

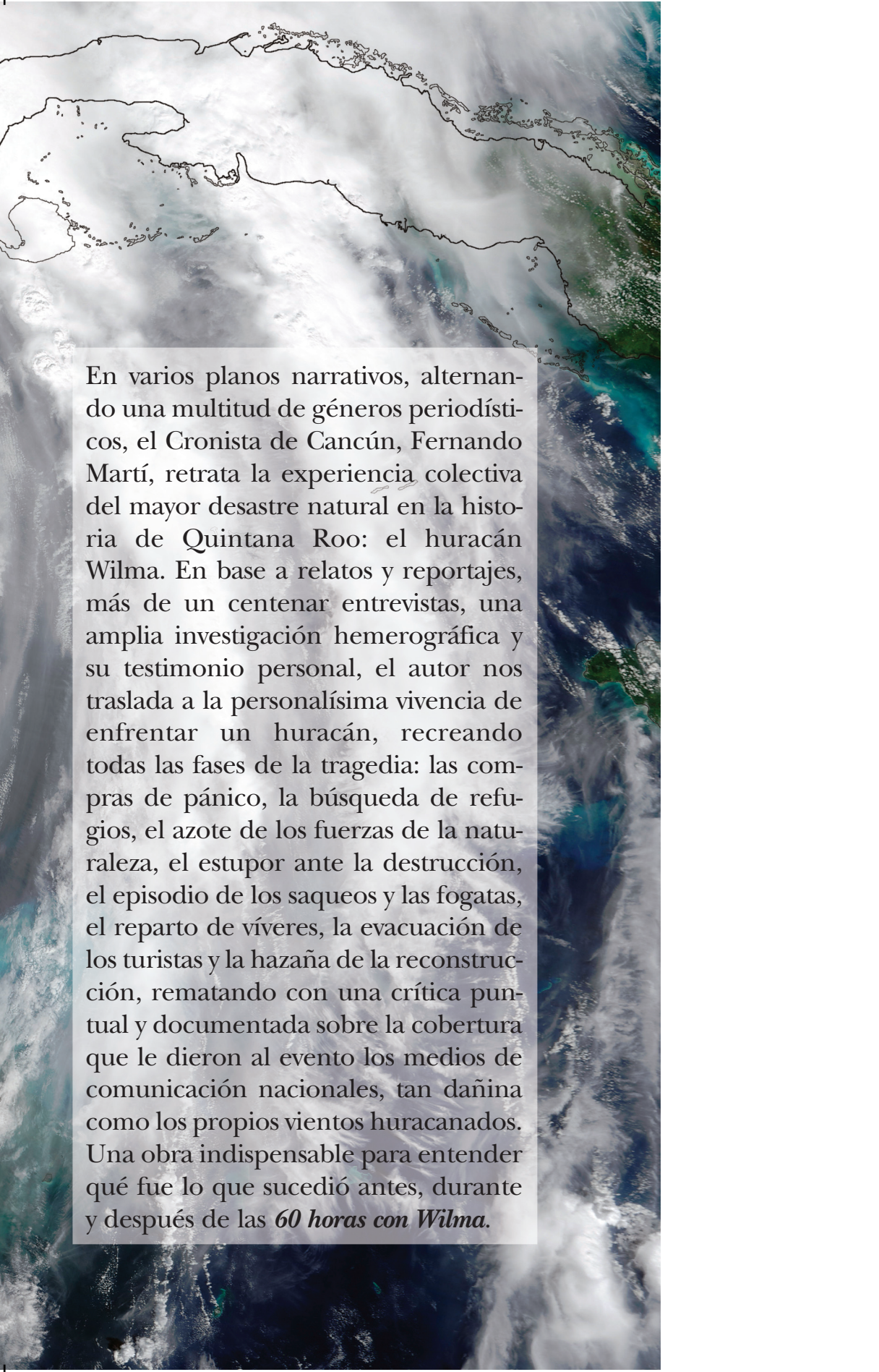
A satellite image of Hurricane Wilma over the Gulf of Mexico. The hurricane's eye is clearly visible in the center. The coastline of Mexico is outlined in black, and the surrounding ocean is a deep blue. The sky is filled with white and grey clouds.

Fernando Martí

60 horas con  
**WILMA**

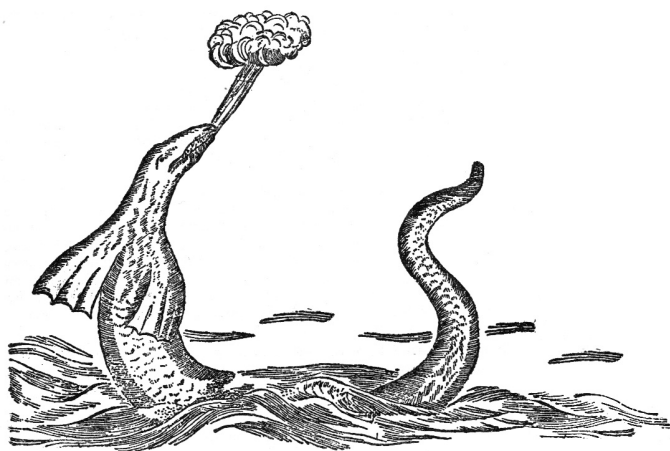
Crónica del huracán más potente de la historia





En varios planos narrativos, alternando una multitud de géneros periodísticos, el Cronista de Cancún, Fernando Martí, retrata la experiencia colectiva del mayor desastre natural en la historia de Quintana Roo: el huracán Wilma. En base a relatos y reportajes, más de un centenar entrevistas, una amplia investigación hemerográfica y su testimonio personal, el autor nos traslada a la personalísima vivencia de enfrentar un huracán, recreando todas las fases de la tragedia: las compras de pánico, la búsqueda de refugios, el azote de los fuerzas de la naturaleza, el estupor ante la destrucción, el episodio de los saqueos y las fogatas, el reparto de víveres, la evacuación de los turistas y la hazaña de la reconstrucción, rematando con una crítica puntual y documentada sobre la cobertura que le dieron al evento los medios de comunicación nacionales, tan dañina como los propios vientos huracanados. Una obra indispensable para entender qué fue lo que sucedió antes, durante y después de las *60 horas con Wilma*.

## 60 HORAS CON WILMA





FERNANDO MARTÍ

60 horas con  
**WILMA**  
**Crónica del huracán más potente de la historia**

ATLAS DE QUINTANA ROO  
CANCÚN  
2006

## 60 HORAS CON WILMA

Diseño gráfico:  
ÁNGEL HERNÁNDEZ

Investigación fotográfica y hemerográfica:  
MARCELA RODRÍGUEZ

© Fernando Martí  
cronistadecancun@hotmail.com

© Atlas de Quintana Roo, SC  
Avenida Nader 66 SM3  
CP 77500  
Cancún, Quintana Roo  
No. 03-2006-091910392400-01

Esta obra no puede ser reproducida total o parcialmente,  
sin permiso por escrito de los editores

ISBN 970-95149-0-3

IMPRESO EN MEXICO



A GABRIELA,  
MI HURACÁN FAVORITO

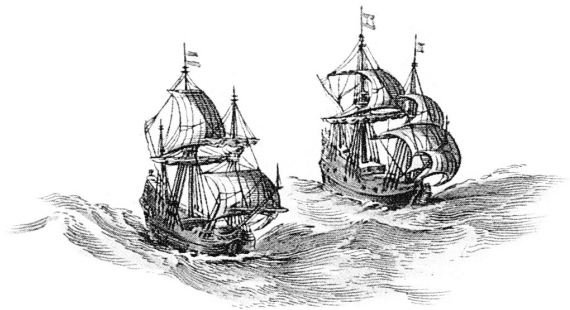
**60 HORAS CON WILMA** es una edición de Atlas de Quintana Roo, SC. Esta obra se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2006 en los talleres de Gratec, SA de CV, Oriente 235 No. 54, Colonia Agrícola Oriental, Delegación Iztacalco, CP 08500, México, DF. La edición consta de 2 mil ejemplares.

**TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS**



## GUÍA DEL DAMNIFICADO

AHÍ VIENE WILMA	9
JANET, LA TRAGEDIA HECHA NOSTALGIA	23
GILBERTO, EL HURACÁN DEL SIGLO	37
CÓMO SE COCINA UN HURACÁN	55
CRÓNICA DEL OJO ALEGRE	79
DE LOS CAUTOS Y LOS DESCREIDOS	99
CRÓNICA DEL OJO DISTANTE	129
DE LOS CÁNDIDOS Y LOS DESPAVORIDOS	141
CRÓNICA DEL OJO INMÓVIL	165
DE LOS DESFALLECIENTES Y LOS ESFORZADOS	175
CRÓNICA DEL OJO MORADO	197
DE LOS ATRIBULADOS Y LOS RÉPROBOS	205
CRÓNICA DEL OJO PARCHADO	229
WILMA DRIZA	235
EL OTRO HURACÁN	337
ÁLBUM DE RECORTES	353
VAYA BIEM, WILMA...	367
CRÓNICA DEL OJO DIGITAL	385





## AHÍ VIENE WILMA

**I**nquieto, incrédulo, absorto en su trabajo, el meteorólogo Jeff Masters se ubicó frente a su computadora al caer la tarde del 20 de octubre del 2005, en el frío ambiente otoñal del boscoso estado de Michigan. Director de uno de los sitios de climatología más populares del Internet, *Weather Underground*, Masters había estado siguiendo desde su nacimiento la trayectoria del huracán Wilma y, hablando con franqueza, se sentía incómodo con sus observaciones.

Wilma no se estaba comportando como un huracán normal, si esa expresión tiene sentido. En las últimas horas, el meteoro había desafiado las predicciones de todos los modelos de computadora y, de la noche a la mañana, se había convertido en el huracán más potente de la historia, con un ojo diminuto de dos millas náuticas y una asombrosa presión de 882 milibares, la más baja en 150 años de registros en el Océano Atlántico. Más extraño aún, sin razón aparente, Wilma sostenía un franco derrotero hacia el oeste, una falta de respeto para los pronósticos que la colocaban sobre la isla de Cuba o, a lo máximo, en el Canal de Yucatán.

Cuando las imágenes más recientes de satélite aparecieron en la pantalla, Masters efectuó una serie rápida de cálculos. Sabía lo que buscaba porque, donde los neófitos sólo ven colores, el ojo experimentado de los científicos es capaz de descubrir cortinas de viento, cúmulos de granizo, torrentes de agua y masas de vapor que, enloquecidas pero organizadas, forman ese fenómeno impredecible y mortífero que llamamos huracán.

Masters sintió un leve escalofrío cuando terminó sus mediciones. Wilma no sólo era potente; ahora, también era un huracán extremadamente lento, con un hipnótico avance de ocho kilómetros por hora, que abría la posibilidad de que en las siguientes horas se volviera estacionario. Si lo hacía sobre el mar, malo, porque los huracanes se fortalecen en las aguas cálidas del océano, para luego descargar esa energía acumulada cuando tocan tierra. Pero peor, mucho peor, si se mantenía inmóvil sobre el litoral, por el efecto destructivo de los vientos prolongados sobre las poblaciones costeras.

Muy consciente de que sus comentarios en Internet son leídos por miles de personas, minutos antes de las nueve de la noche, Masters apuntó en su *blog*: “Wilma efectuó su esperado giro hacia el norte, y se dirige a Cozumel como un extremadamente

peligroso Categoría 4, capaz de destrucción masiva. El ojo interior se ha colapsado, dejando en su lugar un ojo nuevo, enorme, de 40 millas de diámetro.”

Masters no se hacía ilusiones en su pronóstico: “El impacto de Wilma en México puede ser catastrófico. Una franja de 50 millas recibirá vientos sostenidos de más de 200 kilómetros por hora, causando un daño increíble. El paso de Wilma durará dos días, provocando mucho más estragos que una tormenta en rápido movimiento. De hecho, la extrema duración de los vientos puede causar el peor daño que jamás se haya visto en un huracán. Y una marea de 11 pies originará terribles daños a las estructuras costeras.”

Con tono sombrío, Masters concluía: “Wilma puede ser el peor desastre natural en la historia de México.”



Dos días antes del mensaje de Masters, a 10 mil kilómetros de distancia de los monitores de *Weather Underground*, el gobernador de Quintana Roo, Félix González Canto, auxiliado por gráficas multicolores y un proyector de imágenes, pronunciaba una conferencia frente a un grupo de empresarios españoles, en el puerto mediterráneo de Valencia, España.

Sabedor que octubre es un mes intenso en la temporada de huracanes, González Canto se había mostrado renuente a participar en el encuentro. En su ánimo pesaba la experiencia de su antecesor, el gobernador Joaquín Hendricks, quien se había visto envuelto en un escándalo nacional cuando se descubrió que paseaba por Europa, mientras los vientos huracanados de Isidore devastaban la costa norte del estado.

Pero González Canto también tenía buenas razones para no faltar. La reunión, el Emex 2005, organizado por la Generalitat de Valencia, era un encuentro de alto nivel entre la Conferencia Nacional de Gobernadores de México, la Conago, y sus pares españoles, los presidentes de las comunidades autónomas. Doce gobernadores y un par de ministros mexicanos ya habían confirmado su presencia. Además, Félix había sido invitado a presidir la mesa de Turismo, un tema que tenía personal interés en impulsar, no sólo por ser la actividad troncal de Quintana Roo, sino también porque el país anfitrión, España, era desde hacía años el principal inversionista en la región. En cuanto a los huracanes, para esas fechas Quintana Roo ya había sufrido el azote del Emily, en julio, y el de Stan, a principios de octubre. En términos estadísticos, era poco probable recibir un tercer impacto el mismo año, y las aguas del Caribe parecían tranquilas cuando el gobernador inició su gira, en la mañana del sábado 15 de octubre.

No lo estaban. Ese mismo fin de semana una indecisa depresión tropical se estaba convirtiendo en tormenta en las cercanías de la isla de Jamaica. Y, treinta y seis horas después, se incorporaba a los libros de récords, con la intensificación más violenta que hubiera registrado un huracán en la cuenca del Caribe

Por celular, mientras cenaba con su comitiva, el gobernador recibió un mensaje de Luis Pavía Mendoza, un radiodifusor de Cozumel, advirtiéndole que Wilma se había convertido en una amenaza. De inmediato se comunicó a su oficina.

– Viene directo, es Categoría 1–, le dijeron.

– Voy para allá, armen una reunión de Protección Civil –, replicó.

Fue una decisión correcta, porque la gira había dejado a Quintana Roo en un estado de relativa indefensión, con muchos mandos medios incorporados a la comitiva. Junto a él estaban los alcaldes de Cancún, Francisco Alor; de Playa del Carmen, Carlos Joaquín; de Cozumel, Gustavo Ortega Joaquín; y de la capital del Estado, Chetumal, Cora Amalia Castilla, responsables directos de la seguridad de sus comunidades. También lo acompañaban el vocero del Gobierno, Jorge Acevedo, a cargo de un área crítica, ya que la información se vuelve crítica en caso de huracán, y la secretaria de Turismo, Gabriela Rodríguez, pieza clave para coordinar el traslado de turistas a refugios, o en caso extremo, para evacuarlos.

A España cada quien había llegado por su cuenta, arreglando su propio itinerario, de modo que la súbita decisión de cortar la gira se convirtió en una noche frenética de empacar maletas y cambiar reservaciones. Félix mismo voló esa madrugada a Madrid, para de ahí seguir a Miami, donde llegó, por el cambio de horario, a las tres de la tarde del día 19. En el aeropuerto se encontró con la secretaria de Turismo, a quien le preguntó, en ese momento, cuántos turistas habría en Quintana Roo.

– Unos 70 mil –, informó Rodríguez.

– Pues va a estar duro, porque esa fregadera ya se convirtió en Categoría 5 –, apuntó Félix.

La funcionaria pidió instrucciones:

– Lo mismo que hicimos con el Emily, evacuar a los turistas que podamos y atender a los que no podamos. Pero nos vemos en la noche, en la reunión de Protección Civil –, remató el gobernador.

Él volaría en el jet privado del Gobierno del Estado, para luego iniciar una rápida gira en helicóptero por las poblaciones más expuestas de la zona.

Mientras esperaba la salida de su vuelo comercial, Rodríguez comprendió lo paradójico de la situación: contra el más elemental instinto humano, el de supervivencia, un variopinto grupo de personas se afanaba en esos momentos, cada uno por sus propias razones, para llegar a la zona de peligro antes de que Wilma hiciera imposible todo acceso a Quintana Roo.



A esa misma hora, todo era actividad en el cuartel general de la Cruz Roja, Delegación Cancún. En parte, eran los preparativos contra el impacto de Wilma, que si bien aún podía cambiar de opinión, y no golpear Cancún, de cualquier manera iba a impactar otro rincón de Quintana Roo.

Pero la otra parte del ajetreo obedecía al incesante despacho de víveres que la sucursal de Cancún estaba mandando a Chiapas, devastada hacía un par de semanas por las lluvias torrenciales del huracán Stan. A nivel Cruz Roja, Cancún tenía una deuda moral con la delegación de Chiapas: en 2003, para la reunión ministerial de la Organización Mundial de Comercio, famosa porque se suicidó un activista coreano y se militarizó la zona hotelera, Chiapas había mandado dos tráilers cargados de equipo, siete ambulancias, un hospital móvil y 60 elementos de apoyo, soporte tan oportuno como generoso. Ahora, mientras Wilma se acercaba a sus costas, Cancún estaba devolviendo el favor.

Y lo estaba devolviendo con mucho brío, bajo la supervisión estrecha del director de la delegación, Ricardo Portugal. Publicista de profesión, Portugal había estado ligado a la Cruz Roja durante tres décadas, empezando desde la misma base de la pirámide, como socorrista, de los que montan ambulancias y participan en los rescates. Al tiempo, todavía como mercadólogo, había asesorado a la Benemérita en sus campañas para obtener recursos, como el Oro Raspadito y la Colecta Nacional, y en un paso lógico, terminó incorporándose a la nómina al frente del área llamada Captación de Fondos. Ese trabajo le fascinaba pero, años después, al enterarse que se encontraba vacante la dirección de Cancún, él mismo se propuso para el puesto.

Portugal había aplicado a fondo sus destrezas para lograr donativos por la emergencia del Stan. El acopio fue formidable y la delegación había enviado a Chiapas varios camiones cargados de alimentos, ropa y medicinas, cumpliendo con rigor los protocolos internos de Cruz Roja. En palabras llanas, eso significa que los alimentos se pesan, se envuelven y se agrupan en despensas, calculadas para soportar una familia durante un lapso específico. De igual forma, la ropa se separa por tamaño y por sexo, se comprueba que las medicinas sean las requeridas y no hayan caducado, y cada paquete se etiqueta. Por experiencia, Portugal sabía que vale más retrasar unos días los despachos que enviar la ayuda a granel, pues el personal de las zonas afectadas, lógicamente, siempre está abrumado por la contingencia misma.

Mientras preparaba el último envío, Portugal no estaba seguro si esa ayuda le haría falta a Cancún en las próximas horas. El día anterior, tras la emisión de un programa de radio, había sostenido una fugaz conversación con José Chi, el meteorólogo oficial del Ayuntamiento.

- ¿Cómo lo ves? –, preguntó Portugal.
- Errático, caprichoso... –, arguyó Chi.
- ¿Entonces?
- No se puede decir todavía si viene o no viene, o con qué fuerza viene, o si se disuelve o no se disuelve, pero hay que ponerle atención.

Viniera o no viniera, Portugal era quizás el cankunense que llevaba más tiempo preparándose por si venía. Eso es rutina en las delegaciones de Cruz Roja: ante la más mínima sospecha de desastre, los mandos hacen sus preparativos para la batalla. Hay que checar cuáles vehículos funcionan y cuáles no, y cuáles se podrían reparar en caso dado. Hay que revisar el estado de los equipos de rescate. Hay que hacer acopio

de material médico para emergencias y efectuar los pedidos con semanas de anticipación. Hay que conseguir mapas de las zonas críticas y discutirlos con los cuadros de socorro. Hay que revisar una y otra vez la lista de paramédicos y de voluntarios. Hay que determinar los turnos de servicios y las labores de cada quien. Hay que diseñar esquemas de comunicación entre los participantes, comprobar que funcionen los radios, verificar el estado de los conmutadores, prever cientos de llamadas de emergencia. Hay que preparar el avituallamiento del cuartel general. Y hay que mantener, todo el tiempo, prevenida a la opinión pública.

Por suerte, Portugal dirige una de las delegaciones mejor equipadas del país, que en su inventario suma siete ambulancias, dos unidades de rescate urbano –una con equipo hidráulico, que remueve muros caídos o separa los hierros retorcidos en los accidentes automovilísticos; la otra a base de cuerdas, para hacer rapel en pozos o edificios altos–, y cinco unidades de rescate acuático –con lanchas rápidas y motos acuáticas–, todas ellas operadas por 25 paramédicos pagados, de tiempo completo.

Aun así, Portugal sabía que en caso de recibir el azote de un huracán intenso, su plantilla no sería suficiente. Mas siempre que hay una emergencia aparecen los voluntarios, gente que conoce el oficio, que incluso sirvió en Cruz Roja, y que sigue emocionalmente vinculada a la institución. Haciendo números, calculó que podría reunir 80 paramédicos y que debía preparar su cuartel para tal batallón.

Al final de ese largo día, Portugal se comunicó con el presidente de Cruz Roja en Cancún, Carlos Constandse:

– Ya tengo listo el último tráiler para Chiapas. Son doce toneladas, casi todas de agua y de ropa, despensas ya son muy pocas. Pero ya veo muy cerca el huracán. Quiero que me autorices a dejarlo aquí –, argumentó Portugal.

– Tómalo con reserva –, replicó Constandse. – Los huracanes son muy erráticos...

– Sí. Y éste viene más errático que cualquiera. Pero yo tengo una corazonada, no me preguntes por qué. Además, si viene, voy a tener que acuartelar a la gente y necesito provisiones.

– Adelante –, remató Constandse. – Pero deseo de todo corazón que te falle tu corazonada.



Cuando se aproxima un huracán, un personaje que se vuelve muy popular entre los reporteros de Cancún es el meteorólogo del Ayuntamiento, José Chi Ortiz. Grabadora en mano, los colegas pasan a su cubículo a recoger la predicción del día, para luego reproducirla a pasto en periódicos y noticieros.

Igual que Portugal, Chi tenía una corazonada, pero ésta tenía otro derrotero: de acuerdo con sus latidos, Wilma iba a impactar Belice, o peor aún, giraría un poco al norte y le pegaría al sur de Quintana Roo, una región mucho más vulnerable, aunque suene paradójico, que los vistosos destinos turísticos del norte del Estado.

La ciudad más frágil, a juicio de Chi, era la capital, Chetumal, totalmente indefensa contra una marea de tormenta.

Como fuera, Chi tenía la suficiente humildad para aceptar que los meteorólogos son tan erráticos como los huracanes a la hora de efectuar predicciones. A su entender, es posible calcular las variantes del clima cuando uno trabaja con zonas de alta presión, pero los huracanes son exactamente lo contrario: zonas de baja presión que avanzan con rumbos caprichosos sobre un escenario sin fronteras, el océano. A la hora de elaborar pronósticos, aun en condiciones normales, los trópicos son un acertijo. La interacción entre el mar y la atmósfera es tan intensa, que aun una medición tan sencilla como la presión llega a ser complicada.

Pero para Chi esos eran asuntos teóricos, pues en la práctica, su oficina no cuenta ni con los instrumentos más básicos que requiere un meteorólogo. En el pasado, había pedido y suplicado a diez presidentes municipales consecutivos la adquisición de un barómetro (para medir la presión atmosférica), un termómetro (la temperatura), un anemómetro (la velocidad del viento), y un pluviómetro (el volumen de lluvia), pero sus oficios se habían perdido en las pobreza eternas del Ayuntamiento. Lo único que tenía era una herramienta de aficionado, el Internet, misma que consultaba cuando lo llamó Rodolfo García Pliego, el secretario de la Comuna.

– ¿Cómo la ves, Pepe? –, preguntó su superior jerárquico.  
– Creo que va hacia el sur, pero no puedo asegurar –, contestó Chi.  
– Estate pendiente. Hay que seguir dando las alertas –, instruyó García Pliego.

Esas palabras eran reconfortantes para Chi. En el pasado, había tenido que lidiar con la cerrazón de varios alcaldes, reacios a emitir alertas por consideraciones de imagen. El meteorólogo todavía recordaba un ríspido diálogo que había sostenido con un edil en extremo renuente, Carlos Cardín.

– No des esa información, vas a espantar a la gente –, instruyó el alcalde.  
– Es que está muy cerca –, alegó Chi.  
– Te estoy diciendo que no lo digas –, cortó Cardín.

Chi se sublevó y se lo dijo a sus interlocutores cotidianos, los periodistas, sabiendo que estaba en riesgo su chamba. Si me corren, que me corran, se atrevió.

No lo corrieron, quizás porque es bastante útil. Físico matemático de la UNAM, titulado en meteorología del Centro Internacional de Adiestramiento en Aviación Civil, Chi había trabajado diez años seguidos, del 70 al 80, como meteorólogo de planta en el aeropuerto de México. Cansado de la metrópoli, emigró a Cancún y al principio trabajó de lo que hubiera:

– Di clases de matemáticas, instalé aires acondicionados, administré bienes raíces, compré y vendí autos usados –, recapitula.

Pero cuando se aproximaba Gilberto, el alcalde en turno, Pepe González Zapata, lo mandó buscar. Sabía sobre su ocupación anterior y quería una opinión profesional sobre la trayectoria del meteoro.



– Me recibió en su despacho, primera vez en mi vida que entraba a la oficina de un gobernante. Me preguntó si había chance de que se desviara. No, le dije, y aunque se desvíe, es un monstruo, algo nos va a tocar. Hasta ahí llegó mi participación –, recuerda.

Pero catorce meses después, a González Zapata se le ocurrió crear un Centro Meteorológico y lo contrataron. Le dieron una computadora, una televisión conectada al Weather Channel, unos radios para comunicarse con la Marina, es decir, un equipo más o menos moderno para la época. Y, desde esa fecha hasta hoy, todos los días, sin fallar un día en diecisiete años, José Chi Ortiz ha elaborado el boletín del estado del tiempo del Ayuntamiento.

El parte de ese día tenía tintes dramáticos: alerta roja por huracán. Sentado en su cubículo, consultando los mapas meteorológicos del Internet, Chi se dio cuenta que se repetía la historia del Gilberto. Wilma también era un monstruo: aunque se desviara, algo le iba a tocar a Cancún.



Esperando que Wilma se desviara, el empresario Pancho Córdoba, director del parque Xcaret, tenía dos días de mal dormir. Todo estaba programado para que el jueves 20, en punto de las siete de la noche, iniciara desde ahí la transmisión de un evento de alcance mundial: la entrega de los premios MTV Latinos, que contaría con un auditorio estimado en 400 millones de personas y las actuaciones estelares de dos ídolos del rock, la colombiana Shakira y el puertorriqueño Ricky Martin.

Pero el huracán estaba nublando el horizonte.

Conseguir tal espectáculo había requerido meses de negociaciones. Desde el año 2004, por medio del Consejo de Promoción Turística de México (CPTM), el consorcio televiso había contactado al gobierno de Quintana Roo, explorando la posibilidad de organizar el show, por primera vez en la historia, fuera de los Estados Unidos. Eso requería un patrocinio en metálico de un millón de dólares, más otro millón que aportaría el CPTM, pero las horas y horas que MTV dedicaría a promover el evento, en los ochenta y tantos países a donde llega su señal, justificaban, en términos de impacto publicitario, el desembolso.

De cualquier manera, pese a que exigía ese pago millonario, era MTV la que ponía las condiciones. La principal era un escenario adecuado y, en visita de inspección, una avanzada de la cadena revisó las opciones propuestas para Cancún y sus alrededores: el Centro de Convenciones, el campo de golf del hotel Moon Palace, y el teatro Tlachco, en Xcaret.

Una vez que MTV confesó su interés en el teatro, Córdoba y sus socios tuvieron que evaluar sus exigencias. El Tlachco es un teatro monumental, techado pero sin paredes, con capacidad para 6 mil espectadores. Los 365 días del año hospeda un espectáculo folclórico de 120 minutos, con 250 artistas en escena, que sus promotores consideran una parte integral de la experiencia de visitar Xcaret.

– Eso no se lo puedes quitar a los turistas –, explica Córdoba.

Pero MTV no sólo requería el teatro: también solicitaba cerrarlo con 17 días de antelación para adaptarlo, lo que incluía reducir su capacidad a 4 mil 800 asientos. Las tramoyas serían modificadas, los equipos de luz y sonido remplazados, y Xcaret tendría que construir un camino de acceso de un kilómetro, para los invitados especiales. Todo a fondo perdido, porque a cambio el parque no recibiría ni un solo peso. El único pago sería el beneficio indirecto de la publicidad.

Con todo, el parque decidió que valía la pena.

Firmados los contratos, con tres semanas de anticipación llegaron ocho tráilers repletos de equipo y un ejército de ochenta técnicos, que montaron sus propios talleres de carpintería y en pocos días construyeron una serie de escenarios voladores, que a la hora de la función subirían y bajarían, cargando ballets y orquestas. Luego llegaron los actores de ensayo, incluyendo los dobles de las estrellas, y tras extenuantes jornadas de ajustes pudo llevarse a cabo un ensayo general, el viernes anterior.

Pero ese fin de semana nació Wilma y el lunes, a mediodía, el director del consorcio, Pierre Luigi, ya estaba al teléfono con Pancho Córdoba.

– Nos ha costado mucho a todos, sería muy penoso cancelar –, dijo Córdoba.  
– Además, es Categoría 1 y está bastante lejos.

– ¿Qué sugieres? –, preguntó Luigi.

– ¿Qué tal adelantarlo, hacerlo el miércoles 19? –, propuso.

Luigi efectuó algunas consultas y, unas horas después, dio su visto bueno. Eso convirtió al lunes en pandemónium: un vértigo de llamadas y avisos para cambiar las reservaciones de avión y de hotel de las docenas de artistas, los cientos de periodistas, los miles de invitados. Pero el martes Wilma ya era Categoría 5 y esta vez Córdoba tampoco pudo dormir de corrido, pues la llamada de Luigi entró en la madrugada.

– Tenemos que cancelar, es muy riesgoso –, anunció.

– Lo mismo te iba a decir –, aceptó Córdoba.

Y otra vez pandemónium, ahora en martes. Luigi mandó un avión especial para recoger a sus dobles y a sus ochenta técnicos, pero la gente de Xcaret tuvo que repetir las llamadas y los avisos de la cancelación definitiva.

Además, en medio de ese ajetreo, Córdoba todavía tenía un pendiente. No sólo se había quedado sin evento, sino que ahora tenía muy pocas horas para desmontar todas las instalaciones vulnerables del parque Xcaret, incluyendo los ocho tráilers de equipo de MTV.



Rodeado de ejecutivos y asesores, el uruguayo Gabriel Gurméndez trataba de tomar una decisión de la que podían depender muchas vidas. A diferencia de Pancho Córdoba, él no podía cancelar la función y proceder a desmontar el escenario. Por el contrario, su negocio debería mantenerse abierto el mayor tiempo posible, para

garantizar una vía de escape a todos aquellos que no estaban dispuestos a tener un encuentro con Wilma.

Y es que Gurméndez era el administrador de la principal puerta de entrada y de salida de la ciudad: el aeropuerto. En el ambiente de zozobra que precede al impacto, era necesario que la terminal funcionara a su máxima capacidad, permitiendo la evacuación del mayor número posible de turistas. Esa era la estrategia usual en caso de huracán y, desde principios de semana, Gurméndez había estado en contacto permanente con el municipio, con los hoteleros, con Turismo, para asegurarse que las cosas estaban funcionando.

– No nos vaya a pasar lo mismo que con el Emily –, se sinceró, al hablar con la secretaria de Turismo.

– Estamos en eso. Hay que evitarlo a toda costa –, contestó Rodríguez al otro lado de la línea.

La advertencia de Gurméndez se refería al último huracán, cuando varios hoteles de la Riviera Maya, en forma descontrolada, dejaron marchar a sus huéspedes al aeropuerto, sin asegurarse que había vuelos suficientes. Para colmo, el aeropuerto suspendió operaciones con demasiada premura, cuando aún las condiciones del clima no eran tan severas. El resultado fueron cientos de turistas sin avión y sin hotel, que insistían en pasar la noche en las instalaciones del aeropuerto.

Gurméndez sabía, entonces y después, que el aeropuerto no era un refugio adecuado, ni seguro. De ahí provenía su dilema: lo ideal era mantenerlo abierto tanto como fuera posible, y a la vez, cerrarlo sin correr el riesgo de que algún pasajero se quedara varado. Para determinar ese instante, el cuerpo directivo de la terminal se reunía con frecuencia, evaluando los avances de Wilma.

Esta vez las cosas parecían mejor organizadas. Acicateados por los fallos del Emily, los mayoristas empezaron a mandar vuelos de rescate desde el mismo martes. Miércoles y jueves las pistas se saturaron de operaciones, estableciendo cifras récord en ese éxodo metódico.

Pero no faltó un elemento de caos.

– Llegaba mucha gente sin boleto y sin reservación. Había muchas personas que parecían paralizadas, estáticas, viendo si se podían ir. Y las familias ahí, esperando. Fue un día de mucha tensión –, recuerda Gurméndez.

Toda la tarde hubo un intenso movimiento. Las largas colas frente a los mostradores de las aerolíneas se fueron contrayendo, conforme los viajeros afortunados lograban obtener su pase de abordar, en los numerosos vuelos de itinerario o de rescate que operaron ese día. Para quienes no tenían tanta suerte, autobuses de ADO esperaban en el estacionamiento a los pasajeros sin lugar, y en forma gratuita los conducían de vuelta a los hoteles o a los refugios. Mientras trataban de agilizar el éxodo, cientos de empleados del aeropuerto y de las líneas aéreas se afanaban por resguardar sus equipos de trabajo, y no era inusual que, junto a la persona que se encargaba de documentar un vuelo, se ubicara en actitud expectante un compañero de trabajo, con la clásica bolsa negra de basura desplegada, al pendiente de desenchufar

la computadora y envolverla tan pronto terminara de usarse. Tanta diligencia tuvo su premio: poco después de las cuatro de la tarde, ya con algunas ráfagas de las bandas externas, casi todos los turistas habían salido del edificio.

Gurméndez respiró aliviado tras escuchar los últimos informes de su equipo: los aparatos delicados, todos protegidos; los tanques de combustibles, llenos; las brigadas de voluntarios, completas. Todo había funcionado conforme al manual. Lo único que faltaba era asegurarse que todos los aviones despegaran.

Y después, claro, la formalidad de declarar cerrado el aeropuerto.



Igual que Gabriel Gurméndez, pero a dos horas y media de vuelo del aeropuerto de Cancún, en sus oficinas corporativas de Dallas, Texas, la mayorista Terri Linex estaba muy pendiente del avance de Wilma. Desde el martes previo, la ejecutiva interrumpía cada rato sus labores para verificar el progreso del meteoro en Internet. Ahora, cuando el impacto parecía inevitable, Terri no podía dejar de pensar que ella llevaba años propalando, a los cuatro vientos, que Cancún era una ciudad libre de huracanes.

Vicepresidenta ejecutiva de Fun Jet, una de las operadoras más exitosas en venta de paquetes a Cancún, con un promedio de 70 vuelos charter a la semana en temporada alta, Terri conocía la región desde hacía tres décadas. Y siempre había estado convencida del mito. Te va a encantar Cancún, es precioso, les decía a sus clientes, y lo mejor, está fuera del cinturón de huracanes. Incluso después del Gilberto, su fe en la invulnerabilidad de Cancún se mantuvo intacta. Ése fue una excepción, se salió un poco de proporción, alegaba, pero nunca volverá a suceder.

Ahora, a pocas horas de que sucediera, su preocupación estaba centrada en los cuatro mil turistas que la empresa tenía en la zona, divididos a partes iguales entre Cancún y la Riviera Maya. Para su fortuna, sus representantes en México, el dinámico matrimonio formado por Lolita López Lira y su marido, José Luís Martínez Alday, estaban entregados en cuerpo y alma a la tarea de protegerlos.

En uno de los numerosos telefonemas que cruzaron ese día, Lolita le informó que se había resuelto el problema del hotel Dorado Royal.

- Los llevamos a Mérida, ya están instalados –, anunció López Lira.
- ¿En el Centro de Convenciones? –, preguntó Terri.
- No, hubo un cambio de planes. Están en la Universidad del Mayab, pero están muy bien. El único problema es que nos detuvieron el camión de la comida –, explicó Lolita.

En efecto, los mil huéspedes del Dorado habían viajado por autobús a la capital de Yucatán, pero en la aduana sanitaria quedó retenido el camión de los víveres, con el burocrático argumento de que llevaba huevos y carne de cerdo, productos que alguna absurda disposición prohíbe que crucen la frontera estatal. Ese transporte sería retenido 24 horas en la frontera, para luego ser devuelto a Cancún, cuando

su carga ya había entrado en proceso de descomposición.

– No te preocupes –, agregó Lolita. – Hacemos las compras en Mérida.

López Lira informó a su colega del destino de los turistas restantes, distribuidos en refugios a lo largo y ancho de la zona. A su vez, Terri le platicó que había logrado mandar un vuelo de rescate a Cozumel, pero que 22 turistas se habían rehusado a volver a casa.

– Son una boda, los novios y sus invitados –, relató Terri. – Tienen todo organizado para el viernes.

– A ver cómo les va –, comentó Lolita.

Cuando colgó, Terri estaba consciente que le esperaba un fin de semana ajetreado. Claro, habría que esperar el paso de Wilma y evaluar los destrozos, pero las imágenes que veía en su pantalla no presagiaban nada bueno. En su mente, todavía estaban frescas las dantescas imágenes del huracán Katrina, que apenas un mes antes había devastado la costa de Mississippi y la ciudad de Nueva Orleans.

Si el huracán era severo, Terri tendría que moverse rápido para conseguir aviones, tantos vuelos de emergencia como fueran necesarios para rescatar a sus tres mil clientes rezagados, incluyendo a los 22 alegres contertulios que se habían negado a abandonar lo que ahora parecía el punto más probable de impacto: la isla de Cozumel.



En su residencia del conjunto Pescadores, frente a la playa de Cancún, Marcia Reynoso se sentía alterada. Nativa de las Bahamas, desde la infancia estaba habituada al paso de los huracanes, que azotan ese archipiélago con una frecuencia superior a un evento por año. Más tarde, participó en la cobertura de tales contingencias como periodista, oficio que dejó en suspenso cuando contrajo matrimonio con el empresario gallego Luis Reynoso.

Reynoso tampoco era ajeno al tema de los ciclones. Originario de Vigo, puerto del norte de España de añeja tradición náutica, llevaba más de 30 años viviendo en la zona del Caribe, la mayor parte dedicado al negocio de los barcos, donde por necesidad había aprendido los riesgos de los meteoros tropicales. Radicados después en Cancún, Reynoso se mantuvo en el mismo giro, operando los populares *galeones*, réplicas de barcos antiguos que, cargados de turistas, escenifican a diario una batalla entre piratas en las cristalinas aguas de Bahía de Mujeres.

La inquietud de Marcia provenía de esos antecedentes. Siendo ella del trópico, siendo Luis conocedor del mar, no se habían preparado a conciencia para la llegada del Wilma. Era verdad que habían tapiado todo el frente de la casa: gruesas tablas cubrían las puertas y ventanas que daban a la playa. Pero la tarde anterior al impacto, la pareja aún no decidía dónde pasaría la contingencia.

En principio, Luis había pensado en el hotel Radisson, en el centro de la ciudad, pero un amigo le ofreció un par de habitaciones en el sexto piso del Oasis

América, en la avenida Tulum, la principal arteria de Cancún. Entonces decidieron que Marcia se quedaría en una de ellas con las hijas del matrimonio, Isabela y Aleana, mientras Luis ocuparía la otra con Foster, el padre de Marcia, quien sufría de diabetes y tenía que medicarse con regularidad.

Esa decisión implicaba rechazar la oferta generosa de un amigo íntimo, Paco Laza, quien les había ofrecido refugio en su propia casa. Tratando de convencerlos, Paco argumentó que un tercer amigo, Gabriel Frías, se cobijaría con su mujer bajo el mismo techo, y que ese encierro forzoso era en realidad una oportunidad para abrir unas botellas de vino y pasarla bien.

Antes de partir, Luis llamó a su empresa para confirmar que los galeones habían sido puestos a resguardo, en el fondeadero de Isla Mujeres. Muy altos y, por tanto, muy vulnerables a las ráfagas, esas réplicas de navíos corsarios requerían una complicada maniobra para protegerlos, que en pocas palabras consistía en saturarlos de lastre y hundirlos en el fango del lecho marino, para evitar que los arrastrara el viento.

Al filo de las dos de la tarde, aún con el sol brillante, los Reynoso enfilaron hacia el hotel Oasis América. Antes de salir, como siempre, Marcia echó un vistazo a la estancia de la casa, oscurecida, por los tapiales que cubrían las ventanas, y se preguntó si habría hecho lo suficiente para proteger su morada. Al final, al abordar el vehículo, su última reacción fue asegurarse de que su padre llevara consigo las medicinas que exigía su estado de salud.



Igual que los Reynoso, en ese instante miles de familias cancunenses tomaban precauciones de última hora para enfrentar el huracán. Las autoridades habían decretado una evacuación obligatoria de la zona hotelera, situada en la estrecha isla de Cancún y unida por puentes al continente, de modo que una larga caravana de vehículos avanzaba con lentitud, pero sin pausa, sobre los dos carriles del bulevar Kukulcán, única vía de comunicación con tierra firme.

Miles de turistas eran conducidos en esos momentos a los refugios, por lo general escuelas y gimnasios situados en el centro de la ciudad, donde pasarían una incómoda noche recostados en el suelo, sobre colchonetas, usando baños colectivos, cenando comida precocida, con nula privacidad, pero todo era mejor que aguantar en los hoteles la fuerza colosal de este meteoro. Asomados a las ventanillas de los autobuses, en sus rostros era posible adivinar toda una gama de emociones humanas, desde el miedo apenas controlado hasta un franco regocijo por la inminente aventura, pero sin duda los gestos prevalecientes eran de incertidumbre y perplejidad.

A diferencia de los turistas, cuya protección corría por cuenta de los hoteles, los moradores permanentes de Cancún tenían una difícil decisión que tomar: dónde pasar el huracán. Muchos habían protegido sus casas en forma rudimentaria, clavando tabloncillos de tripal sobre las ventanas y reforzando los vidrios con tiras de masking



tape, y se habían abastecido con latas de comida y linternas de mano, para hacer frente a las horas de encierro forzoso que significaba el impacto, reclusión que nadie sospechaba fuera a durar más que una larga y tediosa velada.

Esa era la certeza de Annette von Euw, del empresario Carlos Moreno y del conductor de televisión Óscar Cadena, vecinos todos del fraccionamiento Campestre, quienes se sentían a salvo en sus moradas, situadas a más de cuatro kilómetros en línea recta de la línea costera, en una meseta elevada donde se ubica la carretera que conduce al aeropuerto.

Similar era la percepción de los habitantes del centro de la ciudad que, si bien tiene zonas que se inundan, éstas suelen drenar con rapidez. Además, ya que la superficie del casco urbano es llana, los residentes tienen la confianza en que no se producen corrientes ni avenidas. Entre los residentes que compartían esa certeza se hallaban gentes tan diversas como el financiero Francisco Laza, el empresario de bienes raíces Luis Arce, la comerciante Minthy Lorena Estrada y el rotario Guillermo Villanueva, que ni siquiera consideraron la posibilidad de buscar amparo entre muros que no fueran los de su propia casa.

No así el notario Luis Cámara, el político Francisco López Mena, el turistero Guillermo Martínez o el empresario Carlos Constandse, todos ellos moradores de residencias o departamentos que se encuentran a la orilla del agua. La vista de las aguas turquesas del Caribe Mexicano es, sin duda, un espectáculo seductor y reconfortante desde la estancia de la casa, pero puede volverse una auténtica pesadilla en el centro de las ráfagas ciclónicas. Todos ellos veteranos del Gilberto, cada quien por su cuenta decidió que el riesgo no era válido, y buscaron protección en zonas menos expuestas, léase, en casas de parientes y amigos, e incluso en hoteles situados en el centro de la ciudad.

En cambio, los industriales Gerardo Treviño y Francisco Garza, el comerciante Alonso Millet y el naviero Rudolf Bittorf, se apertrecharon en sus residencias en la ribera misma de la laguna Nichupté, e incluso tuvieron invitados para la ocasión. Parte de su lógica consistía en suponer que la laguna, al fin y al cabo cuerpo de agua interior, ofrece una protección mayor que la playa, conclusión que refuerza la suposición de que la escasa profundidad del vaso lagunar, poco más de dos metros en promedio, impide la formación de oleajes intensos.

Más osados aún, porque no podían entrar en ese supuesto, fueron el constructor Octavio Lavalle y el empresario Eduardo Albor, que esperaron la arremetida del vendaval en la peor de las ubicaciones, confiando en la resistencia de casas, que se ubican a pocos metros de la línea de fuego, o más bien, de la línea donde horas después iban a reventar montañas de agua: la playa norte de Cancún. En algunas partes, esos terrenos ni siquiera son tierra firme, pues surgieron de los rellenos artificiales que se efectuaron en la década de los 70's para consolidar la isla, y tienen una elevación de unos pocos metros sobre el nivel del mar.

De alguna manera estaban tentando al destino, jugando a la ruleta rusa con la mexicanísima y proverbial conseja que asegura que la muerte no se adelanta ni se

atrasa, sino que, cuando te toca, te toca. Y es que, cuando se acerca un huracán, la única decisión realmente importante que cada quien tiene que tomar es elegir un refugio, ver a dónde se mete. Porque como bien lo saben los sobrevivientes de tales engendros, del Gilberto, del Paulina, del Stan, del Katrina, y sobre todo, en el Caribe Mexicano, los horrorizados sobrevivientes del Janet, una mala elección puede hacer la gran diferencia.

Una mala elección puede cruzar la delgada línea que separa la vida de la muerte.

# JANET, LA TRAGEDIA HECHA NOSTALGIA

*El deporte favorito de los chetumaleños es la nostalgia*

**FRANCISCO BAUTISTA PÉREZ**

HISTORIADOR DE QUINTANA ROO

**T**e voy a contar la historia, forastero. Está entretenida, como tus historias del Wilma, pero no te la cuento para que te entretengas, sino para que sepas de qué madera está hecha la gente de por acá. ¿La historia del Janet? Me la sé de memoria. No soy de aquí, pero durante años he dedicado mis ocios a juntar periódicos viejos, a llenar con recortes y con apuntes muchas cajas de cartón. Y en las tardes, cuando sopla el fresco, me acerco a los porches de las casas a platicar con esta gente, a tratar de sonsacarles sus secretos, que al principio estaban anestesiados por el dolor, y luego se empañaron con el tiempo. Me aprendí todas las historias: la del soldado decapitado, la de la casa voladora, la del coime del billar, la de la mujer del sargento Réndiz. ¿Cuál quieres oír primero? Bueno, déjame empezar por el principio, porque para entender lo que sucedió aquella noche, primero tienes que fijarte dónde estás parado. Fíjate allá, enfrente, en el mar. Y ahora voltea para atrás, fíjate en la ciudad. ¿Y qué ves? Un llano, que antes no era llano, eran pantanos que estaban a la orilla del mar. Fíjate bien, ve dónde estamos. No le sé calcular bien, pero desde aquí se ve clarito, estamos a un metro sobre el nivel de la bahía. Con esto te quiero decir que Chetumal está en la peor de las ubicaciones para recibir un golpe de mar, a pocos palmos de altura. Si la marejada sube dos brazas, no tiene remedio, la ciudad se va a inundar. Pero me estoy adelantando, ya te estoy dando pistas del origen de la tragedia. Antes querrás saber a quién se le ocurrió la peregrina idea de construir la ciudad en un lugar tan peligroso. Pues al Supremo Gobierno. O al Glorioso Ejército, da lo mismo. A quien haya sido, te puedo asegurar que no estaban pensando en ciclones. Estaban pensando en una frontera que no existía y en el negocio de la madera, que les estaban robando. Si eres mexicano, habrás aprendido esa lección en la clase de historia: esta región está impregnada del olor de la madera. Por trescientos años, ya sabes, todo esto fue de España, pero los españoles sólo pensaban en escarbar oro, y se encaramaron en las montañas. Los siguientes cien años esto fue de México, pero los mexicanos sólo pensaban en revoluciones, en disputarse a balazos la silla presidencial. En cambio los ingleses, calculado-

res, oportunistas, abusados, se dieron cuenta que esto era una mina de madera. Y sin pedirle permiso a nadie, se metieron por la puerta de atrás. De nada sirvieron los gritos de alerta, fueron clamores en el desierto. Clamores en la selva, vamos a decir. Los súbditos de Su Majestad se pusieron a cortar madera, con ganas de enriquecerse, hay que aceptarlo, con voluntad de conquista, hay que reconocerlo, y en nuestras narices sembraron la semilla de un país intruso, Belice. Cuando el Supremo Gobierno se dio cuenta, ya no había forma de echarlos, como no fuera hacerles una guerra ruinosa. Lo que pareció más sensato fue tratar de contenerlos, primero firmando un tratado de límites, que se sabía no iban a respetar, y luego instalando un puesto militar en la desembocadura del río Hondo, para hacer que lo respetaran. Fue una cuestión de lógica militar. Entonces el Supremo contrató, me parece que en un astillero de Nueva Orléans, la construcción de un pontón, que no es otra cosa que una barcaza, una plataforma flotante sin autonomía, pues no tiene motores, que te funciona a la vez como campamento y como cuartel. El jefe de la misión, que se encargó de ir a recogerlo, fue el marino Othón Pompeyo Blanco. Él supervisó el remolque, él decidió donde fondearlo y, con toda seguridad, él escogió el terreno para trazar el campamento de tierra firme. Este mismo sitio, este monte plano donde estamos parados, que alguna vez se llamó Rancho del Obispo y que en aquellos tiempos estaba rodeado de pantanos. Pero el almirante cumplía con las instrucciones que traía, estaba en la desembocadura del río. Ahí se fondeó la barcaza. Mientras sus hombres limpiaban el monte, Don Pompeyo recorrió con mucha diligencia los villorrios cercanos, menos que villorrios, más bien campamentos chicleros y madereros, perdidos en la selva, invitando a sus rústicos moradores a afincarse en el llano, a guarecerse de los ingleses y de los mayas, que andaban sublevados desde hacía medio siglo, bajo la protección del pontón. Digo, no fue tan simple, se llevó varios meses, y la verdad, con trabajos convenció a unas cuantas familias, pero con ese vecindario variopinto, cien días después de su llegada fundó con mucha solemnidad la población de Payo Obispo. ¿El nombre? No tiene nada que ver con el Janet, pero déjame ponerle ese granito de sal a la historia. Dos siglos antes, o así, había estado acá mismo el mismísimo obispo de Guatemala, Don Payo Enríquez de Rivera, en visita pastoral. ¿Te imaginas? ¡En visita pastoral! Tenía agallas ese cura, pues tuvo que viajar desde la ciudad de Guatemala hasta la costa atlántica a lomo de mula, tuvo que penetrar la impenetrable selva del Petén, y tuvo que navegar toda la costa de Belice y la mitad de Quintana Roo, para pastorear las míseras aldeas que formaban su diócesis. ¡Vaya señorón! No me extraña que haya llegado a ser arzobispo de México y virrey de la Nueva España. Tan arduo viaje terminó en Bacalar, pero esa breve escala, tal vez la última de la travesía, fue suficiente para que el ranchito pasara a llamarse Rancho del Obispo, y luego Cayo Obispo, un craso error porque aquí no hay cayos, y luego, para que Don Pompeyo le pusiera a esta ciudad Payo Obispo, ese sí un nombre correcto, pues entonces había clérigos que se firmaban a la usanza de los reyes, como ahora el rey de España, nada de Juan Carlos I o Juan Carlos de Borbón, sino así, con mucha majestad, Juan Carlos Rey. Igual, desde que era obispo de Guatemala, este padrecito tenía esa costumbre de príncipe y usaba la moda cortesana, así se

firmaba, de lo más elegante, Payo Obispo. Tal detalle no agrega nada a la historia del ciclón. En cambio, agrega mucho la escasa prudencia del comandante Blanco, o de sus superiores, pues trazaron el campamento en un paraje no sólo expuesto a la fuerza de los vientos, porque a eso lo estás en todas partes, pero sin la menor protección contra un golpe de mar. Bien lo dijo el cronista Pacheco Cruz, es lamentable que los fundadores de la ciudad no hubiesen pensado en el futuro. ¿Por qué no construyeron, preguntaba, en la parte alta de la ciudad? ¿Por qué autorizaron edificar la parte baja a sabiendas del peligro? ¿Acaso Blanco, esto lo digo yo, no sabía que estaba en la senda de los huracanes? Sepa Dios. Él era oriundo de Tamaulipas, no de la costa, sino de la parte montañosa, de Ciudad Victoria, pero por fuerza tiene que haber oído de los ciclones que pegan en Tampico. Sólo se puede especular. Tampoco había estado en el Caribe, pero hay que recordar que órdenes son órdenes, y que él traía las suyas, así que no se puede asegurar que la ubicación de Payo Obispo haya sido su personal y soberana decisión. Lo que sí es seguro es que la historia lo trató de forma muy generosa, pues Don Othón P. Blanco, quien no fincó su residencia en Payo Obispo, pues se marchó terminando su misión, vivió su larga vida con domicilio en la Ciudad de México, dedicado a la política, y ya lo ves, este municipio, uno de los más extensos del país, lleva su nombre. Tal vez por eso tuvo suerte, porque no vivió aquí, y no se echó ningún enemigo. Por la contra, a Payo Obispo lo dieron de baja en el sexenio del general Cárdenas, cuando todo lo que olía a iglesia molestaba el descreído olfato de la familia revolucionaria. Fue cuando nos plantaron nuestro actual nombre, Chetumal, que no está mal, tampoco es queja, es comentario. Pero no te impacientes, fuereño. Sé que divago y que me pierdo en circunloquios. Qué quieres, aquí las tardes sólo saben si estánazonadas con recuerdos. Lo que te quería decir es que desde antiguo, mucho antes de que se fundara Payo Obispo, había testimonios dramáticos del paso de los huracanes por estas latitudes. Como no quiero aburrirte, te contaré sólo de uno, del parte que le rinde el coronel José Rosado, que era gobernador del presidio de Bacalar, al virrey de Nueva España. Eso fue en 1785. Déjame leerte la primera página, porque no tiene desperdicio. Dice así: *El día 29 de este mes a la oración reventó un furioso temporal de viento y agua, que duró hasta el 30, a la misma hora, en cuyo discurso sucedieron las lástimas que expreso en la adjunta relación, que con toda prolijidad acompaño a v. s. Empezó el viento por el Norte, a pocas horas se cambió al Sur, y después al Sureste hasta que corrió toda abuja, pero tan fuerte que dicen los ancianos de este lugar, y yo con ellos, que jamás han visto, ni oído decir igual dureza, ni permanencia, que pasmó a los vivientes, pues el ruido que traya parecía el Día del juicio.* El huracán, te puedes imaginar, hizo pedazos la villa. La lista de destrozos es elocuente: todas las piraguas del rey, menos una, a pique; todas las milpas, destrozadas; doscientas casas, derribadas; dos pescadores, muertos. Pero lo interesante del texto de Rosado es lo que dice sobre el viento: por el norte, por el sur, por el sureste, hasta que recorrió toda la aguja, y ahí se entiende que la aguja es la aguja de la brújula. Si se lee con atención, si se analiza con mente lógica, tienes que llegar a la conclusión, digo yo, de que el viento giraba en remolino, ¿o no? Sin instrumentos de medición, sin fotografías de satélite, nada más observando el estropicio, el remolino se hace evidente. A esa deducción llegó, sin

otros instrumentos que sus ojos, un comerciante yanqui que se llamaba Bill Redfield, a principios del siglo de los miles y ochocientos, o sea, muy poco después del huracán de Bacalar. Este Redfield vivió el raro suceso de que un huracán azotara Middletown, un pueblo de Connecticut, muy al norte de los Estados Unidos, casi en la frontera con Canadá. Este científico natural, que ni siquiera terminó la primaria, observó en sus viajes de negocios que el huracán había derribado bosques enteros en equis dirección, pero, a cien kilómetros de ahí, los había derribado en la dirección contraria. Quiero creer que los árboles de Connecticut no estarán acostumbrados a los huracanes y se caen con cierta facilidad. La cuestión es que Redfield tuvo una inspiración y checó con la gente la hora exacta de los peores vientos, los tumba bosques, en ambos extremos de su recorrido. Ya adivinaste la respuesta: a la misma hora. En sentido contrario, pero a la misma hora, y separados por cien kilómetros, distancia que hoy sabemos sería el tamaño exacto del ojo del huracán. Con mente lógica, Redfield dedujo que se trataba de un torbellino y mandó reportes a las revistas científicas, pero tuvieron que pasar décadas hasta que su hallazgo fue aceptado por los académicos. Todo esto te lo cuento porque aún hoy, cuando viene un huracán, la gente piensa en proteger sus casas del lado del mar, precaución sensata pero insuficiente, porque el viento te puede pegar del otro lado, como observó Redfield, o de todos lados, como escribió Rosado. Pero ya me desvié otra vez. Siguiendo con la historia, he de decirte que Payo Obispo, con tan discutible ubicación en materia de ciclones, la tenía magnífica y estratégica por razones de negocios. Estaba en la boca del río Hondo, y por esa corriente fluía la producción de madera que se extraía de la selva, tanto del lado inglés como del mexicano. Bajaban los troncos flotando por el río, los alineaban y unían en la bahía, luego los remolcaban hasta Belice, desde donde se exportaban al mundo como producto británico. Pero hazte una idea del tamaño del negocio: tan sólo en el campamento Mengel, ocho leguas río arriba, talaban árboles cerca de mil quinientos hombres, que a diario hacían sentir al cedro y a la caoba el filo de sus hachas. Con ese golpeteo rítmico, Payo Obispo creció a buen ritmo, y pronto dejó atrás su condición natal de campamento militar, para transformarse en un risueño y ambicioso pueblito, con signos notorios de prosperidad. Ambicioso y próspero, te lo repito. De la mano de las empresas madereras, que pronto instalaron sus oficinas y sus bodegas, brotaron toda clase de negocios, las tiendas de abarrotes, la fábrica de hielo, la panadería, la botica, el taller mecánico. El gobierno también hizo lo suyo: el muelle, para no tener que exportar desde Belice, la oficina de correos, la aduana, la escuela mixta. Y luego, un golpe de suerte: en 1915, el gobierno de Carranza trasladó a Payo Obispo la capital del Territorio, con lo cual nos cayó encima un aluvión de familias y de dinero. También nos cayó otro aluvión, el de los turcos, así les decían, aunque la verdad no eran de Turquía, eran casi todos libaneses, otros eran sirios, pero eso sí, católicos en su gran mayoría. Gente muy trabajadora, muy entrona, como todos los migrantes, como los mexicanos que se van del otro lado. También había algunos negros, que venían de Belice y de Honduras, los mestizos del resto del país, los yucatecos, los mayas. Una mezcolanza, como es costumbre en el Caribe. En fin, sería bueno que supieras un par de cosas de lo que sucedió en los



siguientes años. Primero, claro, que la ciudad siguió creciendo. El mismo cronista Pacheco Cruz estimó que en 1955, cuando pegó el Janet, ya tendría unos doce mil habitantes. Creció tanto que los colonos fueron desecando los pantanos y construyendo ahí mismo sus casas. Creció tanto que se dividió en barrios, el Centro, Pueblo Nuevo, Barrio Bravo, Julubal, Punta Estrella. Creció tanto que se construyó un aeropuerto, por el camino a Bacalar, y se estableció una ruta regular de vuelos, que traían gente y correo dos o tres veces por semana. En fin, creció tanto que abarcó todo el plano y llegó hasta la única elevación de la zona, que nosotros le decimos El Cerrito, y de ahí siguió creciendo. Fíjate otra vez en la ciudad, porque ese dato es importante. Desde aquí, desde la bahía, por cualquier calle que mires hacia el norte, a unos 800 metros de la costa vas a ver una pendiente. Más que una loma, yo diría que es un desnivel. El terreno se eleva unos diez metros, once o doce a lo sumo, y luego continúa la planicie. Es un altiplano, digamos, aunque sólo tenga unos palmos de altura. Pues Payo Obispo llegó hasta El Cerrito en la década de los treinta, aunque claro, eran raros los vecinos que se mudaban para allá, sentían que estaba lejísimos. Otra cosa que te quiero contar es la apariencia de la ciudad. Con tanta madera, no necesito decirte que la ciudad era de madera, o que parecía de madera, con técnicas de construcción que les habíamos copiado a los ingleses. Muchas casas no estaban sobre el suelo, se elevaban sobre plataformas, esas que les dicen palafitos. Las has visto, son las casas que quedan suspendidas en el aire, sobre pilotes, a uno o dos metros de altura. Otras no, se veían más cerca del piso, aunque ningún piso se puede asentar directo sobre la tierra, porque la madera se pudre. Lo mínimo, hay que hacer un entramado y elevar un poco el suelo, y poner un par de escalones en la entrada de la calle. Una población preciosa, de anchas calles, rectas, bien trazadas, muy arboladas. Parecía un pueblo de juguete, con sus cercas, sus porches, sus balcones, todo de madera pintada de blanco, y sus puertas y ventanas de persiana. Hasta las cisternas eran de madera, porque la ciudad no tenía agua entubada. Claro, decir cisternas es un decir, porque eran unos barriles enormes, de dos o tres metros de alto, que captaban el agua de lluvia. Y no les decíamos cisternas, sino corbatos, palabra que por cierto busqué en el diccionario y no aparece. Los techos, todos de dos aguas, de lámina de zinc, o algunos de cobre, todo un lujo. Las casas de los pobres eran de bajareque, ya tú sabes, paredes de palos enlazados con ramas y techos de palapa. Los ricos vivían en casas de madera, algunas de dos pisos, pero unos cuantos habían empezado a construir viviendas de material. Esa usanza la introdujo el gobernador que mandó el presidente Cárdenas, por cierto un buen gobernador, el general Melgar, que no le gustaba el aspecto británico de Payo Obispo. Tampoco le gustaba lo de Payo Obispo, pues él fue quien promovió el cambio de nombre. Y mandó construir tres edificios que resultarían vitales la noche del Janet, porque eran de material, de piedra, cal y cemento, y porque estaban en El Cerrito, a salvo de la marejada. Esos edificios eran el hospital Morelos, la escuela Belisario Domínguez y el hotel Los Cocos. Todavía existen los dos primeros, y tienen los bajo relieves originales, que hizo un escultor colombiano que vivía en Mérida, el maestro Rómulo Rosso. A mí me gustan, aunque estén pasados de moda. Tienen ese estilo que se llamó nacionalismo revolucionario, como

los murales de Diego Rivera, o de Siqueiros, esas alegorías socialistas de un mundo gobernado por obreros y campesinos. Aquí había algunos obreros y bastantes campesinos, había ricos y pobres, como en cualquier lado, pero creo que debo decirte, sería bueno que se sepa, que Chetumal era una sociedad muy igualitaria en el trato, cómo te diría, muy respetuosa de la dignidad de las personas. Ahora ya no tanto, pero en esa época, te pongo de ejemplo, había una viuda pobre que organizaba rifas, siempre iba con sus boletos a Palacio, y se metía al despacho del Secretario de Gobierno, aquí le traigo su número, Don Gabriel, y el licenciado tenía un trato deferente, cómo está usted, Doña Meche, y le preguntaba por sus hijos, y sabía dónde vivía, y sabía que era la viuda de Pedro Pérez. Con la edad, todos se volvían dones y doñas en Chetumal. La nana de los niños era Doña Mina; el chofer del camión, Don Henry; el administrador del aserradero, Don Héctor; el soldado retirado, Don Atenógenes; la esposa del carpintero, Doña Martha; el mozo de Palacio, Don Arturo. Todos se conocían, y a nadie le importaba compartir una cerveza o un chisme en lo que hoy llamaríamos el antro de la ciudad, que era una combinación de restorán, de cantina y de casa de la vida alegre, el Nicté-Há, que regenteaba, claro está, una doña, Doña Fina Muza. Hay otra cuestión: en Chetumal había, y sigue habiendo, una auténtica veneración por los linajes. Aquí sí que cuenta la alcurnia, y si te apellidas así o asá, la gente de inmediato te identifica, ah, eres hijo de fulano, ah, eres de tal familia. Te parecerá ocioso, pero la gente se sabe de memoria los orígenes de la otra gente, los matrimonios, los partos y los entierros. Y ostentan sus apellidos con gran orgullo, hasta el día de hoy, sobre la puerta de sus negocios: Casa Garabana, Casa Villanueva, Casa Aguilar, Casa Baroudi, Casa Mólgora, Casa López, Casa Marrufo. Y aquí ya vamos llegando al meollo del asunto, ya te habrás hecho una idea de qué clase de ciudad era Chetumal, y acentúo esa palabra, era una ciudad, no un pueblo ni un villorio, cuando fue arrasada por el Janet, la noche del veintisiete de septiembre del cincuenta y cinco. Una ciudad risueña y ambiciosa, que sólo tenía doce mil vecinos, pero que se sentía dueña de su destino, que tenía su liga de beisbol, su banda de música, y esto te va a calar hondo, hasta su teatro municipal, el Juventino Rosas, que todavía les hace falta a ciudades dizque más modernas. Lo que no tenía eran las comodidades de la vida que hoy damos por sentadas: no había agua entubada, no había alumbrado público, aunque las casas céntricas sí tenían luz, y no había teléfonos. Las noticias llegaban con el periódico y las urgencias por el telégrafo. Por ambas vías, Chetumal se enteró por ahí del 24 o hasta el 25, que un tremendo huracán se le venía encima. No era la primera vez que se daba la alerta. En el año quince, un informe de la Secretaría de Fomento asentaba que “el 20 de octubre sopló uno de los ciclones más fuertes de que se tiene noticia”. En el treinta y uno, o en el treinta y seis, no estoy seguro, un huracán sin nombre, porque entonces no les ponían nombres, arrasó Belice causando mil muertes y le dio una buena zarandeada a Payo Obispo. Luego, en el cuarenta y dos, otro impacto, pero éste sí, directo: un huracán tardío pegó en noviembre y derribó casas, desgajó árboles y tiró los postes de la luz, dejando la ciudad sin energía por semanas. Y antes del Janet hubo otro susto: el Hilda, que andaba muy lejos, bordeando la costa norte de Cuba. Ese huracán se volvió loco, atravesó la isla de arriba

abajo, y enfiló directo a Chetumal, lo que parecía una trayectoria imposible. Por suerte, si se puede decir eso, al final torció de nuevo y penetró por Vigía Chico, ahogando a casi toda la población, que ni siquiera pudo ser avisada. Tierra adentro, devastó por completo la zona maya, acabando con las humildes milpas de Carrillo Puerto y alrededores. Eso sucedió el 16 de septiembre, once días antes del Janet, y fue tan grave que el gobernador en turno, un jalisquillo que se llamaba Margarito Ramírez, quien por cierto tenía fama bien ganada de indolente, se fue para allá a supervisar los daños. Nada más eso era todo un logro, porque el tal Margarito, siendo gobernador de Quintana Roo, se daba el lujo de pasar largas temporadas en su amada Guadalajara, y dejaba por semanas y por meses el despacho en su segundo de a bordo. La cosa es que con Margarito en la zona maya, empiezan a llegar a Chetumal las noticias del Janet. Los cables que reproducían el *Excelsior* y el *Diario de Yucatán*, los oráculos de aquel entonces, eran escalofrantes. El huracán había golpeado Barbados y Granada, dejando un saldo de más de 200 muertos. Los reportes de vientos eran contradictorios, Miami decía una cosa, Belice otra, la Marina de México otra. Que si 180, que si 220, que si 280, de cualquier manera suficiente para ponerte nervioso. También se publicó que la presión del ojo era de 914 milibares, la segunda más baja de la historia. Para tensar los nervios, la víspera se supo que un avión caza huracanes de la Fuerza Aérea americana había desaparecido dentro del ojo, falleciendo sus once ocupantes. Chetumal no durmió tranquila. Pero el 27 en la mañana ya no había duda, venía derecho, aunque no faltaban los incrédulos de siempre, que aseguraban que se iba a desviar. El tiempo estaba malo. Amaneció nublado, caía una pertinaz llovizna, y de repente se soltaba el agua, chubascos intensos y fugaces, con sus ráfagas en aumento, señal inequívoca de que ya estábamos en las bandas exteriores de la tormenta. Sssssshhhhhh, aullaba el viento al pasar por los árboles, ya lo viviste en Cancún, son unos segundos pero se te empieza a poner el cuero de gallina. El gobierno envió a los barrios camionetas con altavoces, para anunciar el peligro. Le decían a la gente que se preparara, que claveteara ventanas y puertas, que se saliera de las zonas bajas, que se fuera a los refugios, sobre todo al Morelos, a la Belisario y a Los Cocos, allá en El Cerrito. Algunos se fueron al aeropuerto, terreno seguro, o al menos elevado, pero otros se metieron al cuartel de la Compañía Fija, al cine Ávila Camacho o al Palacio de Gobierno, justo frente a la bahía. Las calles se llenaron de gente. Había mucho movimiento, y mucha confusión. Nadie tenía un plan de emergencia, los soldados salían a ayudar a la gente a irse a los refugios, pero la decisión dependía de los vecinos. Si querían, iban, pero muchos preferían quedarse, ya lo sabes, siempre pasa, querían cuidar sus pertenencias. Pasadas las cinco de la tarde, ya con el tiempo muy malo, en el aeropuerto vieron que se acercaba una avioneta, dando tremendos bandazos por los vientos cruzados. Se suponía que la pista estaba cerrada, pero el piloto aterrizó sin permiso, seguro que por órdenes de su único pasajero, el gobernador Margarito, que hizo el vuelo suicida desde Carrillo Puerto. Cuando llegó a Palacio, se enteró que docenas de familias se negaban a evacuar las zonas bajas, y no se le ocurrió nada mejor que salirse a las calles, él en persona, a convencer a los remisos. Incluso los metía en su propio auto y los llevaba a Palacio, en ejercicio de su autoridad.

El gobernador de rescatista, imagínate qué desorden. Carlota Amar estaba en su casa y cuenta que su padre, Don Nahim Amar, llegó a cenar después de clavetear las puertas de la tienda. Comenzaron la merienda, pero veían por la ventana pasar a la gente, rumbo a los refugios. Y de pronto, por la misma ventana aparece el gobernador. Chatito, le dijo, vengo a buscarte, este huracán está tremendo, llévate a tu familia donde tú quieras, pero no te quedes aquí. Los refugios estaban saturados, pero en persona se ofreció a llevarlos al aeropuerto. Don Nahim y familia salieron a toda prisa al campo aéreo, donde encontraron cerca de 300 personas. Salvaron la vida, porque la casa y la tienda se cayeron. Claro, cada hora que pasaba empeoraba el temporal, y eso, más que los ruegos del gobernador y de la tropa, animaba a la gente a buscar refugio, pero entre más noche el traslado era más penoso. El cronista que te he mencionado, Santiago Pacheco Cruz, que en realidad no era cronista, sino delegado de la Secretaría de Educación, vivía en una habitación del Hotel Iris, en la parte baja. Durante horas titubeó si se quedaba, en conciliábulo improvisado con los otros huéspedes, en su mayoría agentes viajeros. Fíjate lo que escribió: *Daba grima contemplar el éxodo de las familias, iban desesperadas, afligidas, jadeantes, los semblantes demacrados, reflejándose la angustia y el dolor, y con la carga a cuestas. Al fin pudo más la prudencia, o el susto: Eran casi las 22 horas, y después de escuchar el último reporte, sentimos apoderarse de nosotros una terrible incertidumbre, que llegó a plantearnos una severa incógnita. Enmudecimos, viendo el semblante de los otros. Tal parecía que una voz misteriosa nos alentaba diciéndonos, abandona el hotel y ve a refugiarte, no te hagas el valiente y sálvate.* Total, Pacheco fue a dar a la Belisario, donde encontró la misma pelotera. Según relató, *la escuela semejaba un panal, un hormiguero humano donde no se podía dar un paso, verdadera confusión de familias, ancianos y cantidad de infantes que parecían estar en una gran feria, en tanto que otros grupos hacían oraciones encomendándose a sus imágenes o a su Dios.* Por supuesto, el mismo caos se repetía en cada refugio, el hospital, el cuartel, el hotel, el Palacio, el cine, que en realidad no eran refugios, sino sólo las construcciones más sólidas de la ciudad. Ese profe Pacheco Cruz, que tenía vena de poeta, cuenta que en aquellos instantes no había distinción de clases, todo era armonía, todo camaradería y resignación. Y ya con tonos líricos exclama: *¿A quién culpar? La única culpable era Natura, que hizo confabular a sus dos poderosos cuerpos devastadores, el aire y el agua, para atacar y hacer cantidad de víctimas, sin respetar edades ni sexos. ¡Natura es la única culpable!* La cuestión es que la tal Natura dejó sentir su poderío en serio como a las once y media de la noche, cuando los vientos más intensos alcanzaron la ciudad. Te podría contar aquí, si las conocieras, la historia de muchas familias que en un instante lo perdieron todo. Tendría caso si los nombres te fueran familiares, si reconocieras los semblantes, si ubicaras a los descendientes. No hay caso, porque te son ajenos. Lo mismo te da que se llame Juan que Pedro, y además, con leves diferencias, te puedo decir que lo mismo le pasó a Juan que a Pedro. Es lógico, la gente vivió el huracán de forma parecida, las vivencias fueron semejantes, los recuerdos son muy parejos. Varían el lugar, las circunstancias, pero al último las anécdotas se parecen. El que más ha investigado ese tema es un cronista actual, uno que nombraron historiador de Quintana Roo, Paco Bautista. Después de mí, no creo que nadie sepa más sobre el Janet que él.

Bueno, él publicó un libro, lo mejorcito que se ha escrito, que se llama simplemente así, *Janet*. Búscalos, te lo recomiendo. A mí me encanta leerlo, pero tengo que advertirte que es un libro para chetumaleños. Si no sabes dónde está la Obregón o la Carranza, si no ubicas Punta Estrella o Los Caimanes, hay pasajes en que te vas a sentir perdido. En fin, déjame contarte una de las historias que Bautista rescató en sus crónicas. No me acuerdo, por más que hago memoria, si fue el caso de la familia Réndiz o la familia Briceño. ¿O eran los Marrufo y los Pinzón? ¿Los Aguilar y los Villanueva? ¿Los Coral o los Madrid? ¿O los Barquet? ¿O los Angulo? El caso es que, pasadas las once de la noche, las casas se empiezan a caer. Volaban fragmentos de puerta, marcos de ventana, pedazos de techo, volaban los tablones de las paredes, o las paredes se caían enteritas. Mudos de espanto, los hombres luchaban a pulso contra el vendaval, detenían las paredes que se pandeaban, claveteaban los maderos que se torcían, arrimaban muebles a las entradas, mientras las mujeres, en cantidad embarazadas o recién paridas, se apretaban en el centro de la pieza, atentas a los niños, que gemían despacito debajo de las mesas o de las camas. Vaya escena. Pero Natura no había terminado, de pronto lo que volaban eran las paredes, a veces hechas añicos, a veces de una pieza, nomás se ladeaban y caían sobre los ocupantes, y las familias quedaban a la intemperie, bajo los escombros de la ahora inútil guarida, y no había más que correr, o gatear, o arrastrarse hasta la casa de enfrente, un poco mejor hecha, que todavía resistía. Tránsito dantesco, porque Chetumal estaba sumida en total oscuridad, las gotas de lluvia se te clavaban como alfileres, y la distancia entre casa y casa, distancia inexistente, de saludar sin elevar la voz, a tiro de piedra, ahora estaba cubierta por troncos caídos, raíces expuestas, cables filosos, postes fuera de lugar, trampas de agua y lodo, y si te arrastras por ese teatro de guerra, por los patios, por las calles, jalando a tus hijos, uno en cada mano, no tienes más que un ruego, Dios mío, que no se me suelten, porque los pierdo. Tal vez atrás venía la esposa, el hermano, la cuñada, el padre anciano. Enlazados, con los brazos en jarra, grupos de desamparados llegan a la casa vecina, pero el alivio podía ser ilusorio. Este nuevo refugio también trepida, los muros también crujen, el techo se desgaja, la casa se desploma sobre dueños y huéspedes, y vuelta todos a arrastrarse en el arroyo, a seguir luchando por salvar la vida. Aunque nadie lo pudo ver en la noche cerrada, hubo momentos en que cientos de personas estaban a cielo abierto, a merced de la tormenta, arrastrándose en el fango. Pocas casas resistieron el ventarrón, muchas salieron maltrechas, al borde del colapso. ¿Has oído hablar de Aguilar Camín? Pues entonces era un niño, y la experiencia lo dejó marcado, creo yo. Fíjate lo que escribió: *A las doce, con un estruendo bíblico, se desprendió la pared del frontis de la casa, que era toda de madera, con techo de dos aguas y un corredor con mecedoras. Mi madre corrió a detener el derrumbe extendiendo inútilmente los brazos al cielo. A las doce y media, la pared se desplomó del todo, arrastrando bajo ella la mitad delantera de la casa. Nos refugiamos en el baño que era, como la cocina, de cemento pero quedaba junto al corbato, un depósito de madera flejada que captaba el agua de lluvia. El temor de que el corbato pudiera reventar sobre nosotros, nos indujo a emigrar a la cocina. Era el último sitio seguro de la casa. Mi tía nos hizo cantar para disipar el hecho; temblando y húmedos, calados de miedo y frío, entonamos, absortos, cantos interminables.* Como la cocina de las

Camín, las que mejor aguantaron fueron las casas de material. Muchas perdieron los techos, pues eran de lámina, pero las paredes mantuvieron la vertical. El problema fue que eran pocas y todas terminaron repletas, con cualquier cantidad de refugiados, veinticinco, cuarenta, sesenta, hasta cien en un solo lugar. No cabía un alfiler, nadie se podía mover, la atmósfera era asfixiante, pero si otros llegaban las puertas se abrían, la masa humana se apretaba y los recién llegados, al menos de momento, estaban a salvo. Una película de horror, digo yo. Entonces, cuando el huracán estaba en su apogeo, de repente todo cesó. De repente no se escuchó nada. De repente la lluvia paró, el viento se detuvo. Ahora sabemos que en esos momentos el ojo del Janet entraba a Chetumal, con su calma chicha, pero poca gente entendió lo que pasaba. Fue tan súbito, tan sorpresivo, tan milagroso, que el alivio fue inmediato, pensaron que todo había acabado, respiraron aliviados, sonrieron felices. Trágica ironía, porque Natura les tenía reservado lo peor, y aquí es donde cobra su verdadera dimensión la imprudencia de construir la ciudad en zona baja, pues una monstruosa marejada de tormenta, asociada al ojo, se precipitó en ese preciso instante sobre la ciudad. Unos dicen que entró con la fuerza de una ola, otros la describen como un tsunami, o sólo como una inundación, lo cierto es que en dos o tres minutos las aguas de la bahía cubrieron los ochocientos metros que separan la costa del Cerrito. Las manzanas ubicadas frente al mar fueron literalmente barridas, creando una mole gigantesca de escombros que se desplazó tierra adentro, empujada por las aguas, destruyendo todo a su paso. Quienes estaban en la calle, buscando refugio, no tuvieron ninguna chance: el caudal los arrastró, los trituró entre los escombros, los sepultó bajo montañas de lodo. Bautista dice que la orientación de las calles, de sur a norte, permitió que el torrente corriera con libertad, arrojándolo todo: casas, árboles, despojos y personas. En plan crítico, él siempre ha denunciado la torpeza de no haber evacuado esa zona por completo. Y es que Bautista cree, y yo también lo creo, que hasta ese momento no había muertos, o había muy pocos, los que cuentas con los dedos de una mano. Pero la matazón la hizo el agua. El agua, que se llevó la antigua residencia de los gobernadores, y mató al conserje y al maestro de inglés. El agua, que arrastró a los siete hijos del cabo Réndiz, arrancando al bebé de brazos de la mujer. El agua, que enredó en los postes del telégrafo los cuerpos de los hijos del mecánico. El agua, que convirtió en burbujas el último aliento del soldado Atenógenes. El agua, que tapó por completo el salón de billar donde dormía el coime. El agua, que se llevó al mar a los amigos del taxista. En dos o tres minutos, tal vez en uno solo, el agua cubrió la ciudad, y luego se retiró sin prisas, en diez minutos, quizás un cuarto de hora, derribando lo poco que el viento había dejado en pie. Los relatos de los sobrevivientes son terroríficos. En el cine Ávila Camacho, situado de cara a la bahía, el mar rompió las puertas e inundó el lunetario. En total oscuridad, las familias se apretujaron junto a la pantalla, pero el nivel subió muy rápido y el pánico cundió cuando descubrieron, probándola, que era agua salada. Un diputado sacó la pistola y amenazó con matar a sus propios hijos, para no ver cómo se ahogaban. Por suerte, entre la mujer y los presentes lograron detenerlo. La escena de la inundación se repitió en casi todas las casas que aún estaban de pie: el agua se colaba bajo la puerta, el



nivel subía en segundos, alguien la probaba, entendían que el mar se había desbordado y que en su encierro morirían ahogados, y abrían la puerta para escapar, pero el nivel del otro lado de la puerta era mucho mayor, lógico, por abajo no entraba tan rápido, así que cuando abrían recibían de frente el torrente, el golpe de uno o dos metros de agua, caían los ancianos y los niños, caían las mujeres encintas, las madres con sus críos de pecho, y a tratar de salvarlos, bueno, primero a tratar de ubicarlos, porque todo sucedía en las tinieblas. Eso no se te puede olvidar, todo el drama del Janet se da a oscuras, cuando no sé si existían, pero no eran comunes las linternas de mano. Escapar fue la salvación de algunos, y la perdición de otros, sobre todo de los niños, que fueron atrapados por la corriente, sin fuerza para resistirla abrazados a un poste o a un árbol. También se salvaron los que tenían casas de dos pisos, porque el agua nunca llegó al segundo nivel, y los abusados que se refugiaron en el Cerrito, porque la marejada hasta ahí llegó, a los pies de la loma. Mas no todo acabó ahí. Tras tantos minutos de pesadilla, el ojo acabó de pasar sobre Chetumal y el huracán recobró su brío. Fueron otras dos horas de lluvias torrenciales, de ráfagas violentas. La ciudad estaba rendida, ya no tenía nada que cuidar, todo había sido destruido. Y qué curioso, fueron esos vientos de salida los que proyectaron una estaca de madera, a una velocidad increíble, para incrustarla como daga en la ranura de un poste. Lo digo en serio: el poste y su estaca estaban en el parque Hidalgo y ahí estuvieron, como una especie de monumento al Janet, o más bien, como un recordatorio de su increíble fuerza, durante veinte años, hasta que llegó otro huracán, el Carmen, que ladeó un poco el poste, ni siquiera lo tiró. Pero los empleados del Ayuntamiento, sin el menor respeto por el simbolismo, derribaron el poste y lo echaron con todo y su estaca histórica a la basura. ¡Qué brutos! En fin, el Janet, como cualquier huracán, tiene sus historias y sus mitos. Para mí, la más cruel es la historia de la esposa del sargento Réndiz, Doña Guadalupe, quien se quedó sola con sus siete hijos, porque su marido, policía municipal, andaba de servicio. Esa señora llegó a México sin papeles hace mil años, creo que venía de Honduras o de Nicaragua, y creo que venía huyendo de los estragos de otro huracán. Aquí se casó y aquí tuvo siete hijos, pero toda la vida sintió temor de que Migración la detuviera y la deportara. Por eso nunca le gustó salir de su casa, jamás se animó a hacer un trámite, y tal vez por eso, a la hora del Janet, decidió quedarse en su frágil choza, sola y con sus siete hijos, a la orilla de la bahía. La marejada se llevó a los siete, arrancándole al bebé de los brazos. Dos se salvaron, como pudieron, prendidos a los escombros que flotaban, salvados por brazos providenciales. Tres murieron, ahogados, sus cuerpos sepultados en el río de lodo. Dos desaparecieron. Nunca encontraron al bebé, ni al niño de cinco años, pero años después alguien le comentó a Doña Lupita que habían visto en Veracruz a uno parecido, no sólo parecido, igualito, y ella se hizo a la idea de que allá vive. Ella vive también, aquí en Chetumal, pero sale poco de su casa, todavía le tiene miedo a la Migra. ¿Puedes creerlo? Pues lo de Veracruz podría ser cierto. Muchos niños, arrastrados por las aguas, privados de sentido, amanecieron entre montones de escombros, enterrados en el lodo, rodeados de cadáveres, en una ciudad que se vino abajo. Ya no había calles, no había casas, ni siquiera los adultos tenían forma de orientarse. Las horas del alba fueron dramáticas, con una

muchedumbre de madres buscando a sus hijos en el cementerio fangoso. Cuando encontraban a uno vivo, entre todas lo sacaban, lo liberaban del barro esperando siempre que fuera el suyo. Si no era, lo llevaban al hospital, o se lo daban a los soldados, porque esos niños requerían atención inmediata, por lo general estaban malheridos, deshidratados, en shock profundo. La hija mayor de los Réndiz, Lupita, una criatura de ocho años, fue a dar al Morelos con dos rajadas en la cabeza, el párpado caído sobre el ojo izquierdo, la cara hinchada, un brazo roto. Cuál sería su estado que su padre, el sargento de policía, no la reconoció. Pero Lupita tuvo suerte, otros padres no aparecieron y el gobierno tomó la inevitable decisión de enviar a los niños a Mérida, en vuelos de rescate, para que recibieran los primeros auxilios. Así, muchas familias se separaron, a veces para siempre, porque nadie reclamó a los niños, tal vez creyéndolos perdidos, o bien, muchos niños eran tan pequeños que no sabían ni su nombre, o cabía la posibilidad de que los muertos fueran los padres. La cuestión es que a Doña Guadalupe le dijeron que habían visto en Veracruz a uno igualito, justo el milagro que esperaba, justo lo que quería creer su corazón de madre, lo que deseaba saber, que otro de sus hijos se había salvado. Ese amanecer en Chetumal, ya te imaginas, fue el purgatorio. Nada de lo que te pueda decir se acercará al horror que se vivió. Las fotos son elocuentes, hablan más que las palabras, pues muestran que casi todas las construcciones entre la bahía y el Cerrito sufrieron daños, y las primeras manzanas fueron arrasadas. Se mantuvo el Palacio, aunque el agua le llegó al segundo piso, y se mantuvo el cascarón del cine, pero era un cascarón, igual que el Hotel Iris, cuatro paredes pelonas y tambaleantes, sin nada adentro. Sobrevivió también el obelisco, justo en la bahía, y unas pocas casas de material, pero el paisaje ahora consistía en una masa informe de restos de paredes, de restos de puertas y ventanas, de restos de techos y palapas, de restos de árboles, de palmeras, de corbatos, de postes, de muebles, de todo. Y en medio de esa devastación, la escena milagrosa, la silueta impecable e intacta de la casa voladora. Esa es, con mucho, mi anécdota preferida del Janet. Escúchala, todo encaja, son como las piezas de una novela. Un carpintero, de nombre Salomón y de apellido Bellos, construyó para su prometida, de nombre Martha y de apellido Sosa, una hermosa casa de madera, cerca de la orilla del mar. Una casa recia y amplia, con la técnica de los palafitos, afincada sobre pilotes de madera, que ella recibió como regalo de bodas. Ahí nació su primer hijo y, como en los cuentos, ahí vivían felices en espera del segundo, cuando les avisaron que un ciclón amenazaba la ciudad. Uno más, pensaron, sin siquiera considerar irse a un refugio. Es más, la ofrecieron como albergue a sus vecinos, de manera que cuando empezó a soplar recio el viento, a media tarde, ya había dentro docena y media de personas, los hombres bebiendo en la mesa, las mujeres pendientes en la recámara, los niños ruidosos en el salón, y Martha, en medio de tanto ajetreo, sintiendo llegar el término de su embarazo. Conforme empeoró la cosa, aumentó la concurrencia. Las víctimas de los derrumbes cercanos pedían amparo, y la puerta se abrió muchas veces. Los últimos en llegar fueron dos soldados de Punta Estrella, molidos, que acababan de vivir la pavorosa experiencia de ser revolcados por el viento. Con ellos, habría en la casa unas cincuenta personas. Fue entonces cuando el viento cesó y vino

la calma, pero detrás vino la ola, aquí sí con mucha fuerza, por la cercanía de la bahía. El impacto contra la casa fue tremendo. Todo se cimbró, pero ahí se vieron qué buenas eran las hechuras de Salomón: aguantaron las paredes, aguantaron puertas y ventanas. Los que no aguantaron fueron los pilotes de madera, los cimientos que la mantenían anclada al suelo. Y la casa, intacta, como un arca de Noé, con su cargamento humano, empezó a flotar. Mira cómo lo narra Bautista en su libro: *Giró como trompo, quedó liberada. Como una embarcación sin ancla emprendió el recorrido, y chocó con otras casas, o lo que quedaba de ellas. Salió de su propia manzana; cruzó la Othón P. Blanco sin ninguna dificultad y pasó (a mano derecha) junto a la casa de Arturo Ferguson, (quien) había dejado clavada la puerta, con su familia en el interior. Pasaron por el lugar, y en el probable momento, en que perecían ahogadas la esposa y las hijas. Al cruzar Reforma en diagonal, pasó sobre la esquina de la Obregón... y no llegó a colisionar con la casa de Pedro Martínez porque la vivienda ya no estaba ahí; seguía en esos momentos una trayectoria semejante, pues también había sido arrancada de su base, con todo y ocupantes, e iba adelante con algunos segundos de ventaja. Por último, flotó sobre el terreno de Lucio Orozco, pasó de largo, y terminó tocando fondo sobre el aljibe de Manuel Dzul, en la calle Hidalgo, donde fue depositada con suavidad, a unos 300 metros del sitio original.* Todos los que iban adentro resultaron ilesos. ¿No te parece un final feliz? Pues todavía más feliz, porque Martha, yo creo que del susto, parió al día siguiente, dando a luz a un robusto mocetón, como su padre, que no podía llevar otro nombre que no fuera el de su padre, Salomón. La casa, nadie me ha explicado cómo ni cuándo, tal vez sobre rodillos, fue devuelta a su anterior domicilio, y en la banqueta el Ayuntamiento mandó colocar una placa que dice *La casa voladora*, y en breves líneas resume la historia. Ahí vive todavía Doña Martha, pero no se te ocurra ir a verla, está aburrida de contar el cuento. Una nota simpática, como quien dice, para endulzar tanta tragedia. Porque la tragedia fue grande. Todos perdieron algo, todos resintieron quebrantos, la muerte de un ser querido, la destrucción de la casa, el colapso del negocio, y todos sufrieron la desdicha inmensa de perder su ciudad, ser despojados de golpe del paisaje que te resulta entrañable. Muertos no fueron tantos, al menos los oficiales, en total ochenta y siete, más de la mitad niños. Pero ahí no aparecen, cómo podrían hacerlo, los desaparecidos, y mucho menos los muertos de Xcalak, un puerto de pescadores que el Janet borró del mapa. No vienen al caso, la cifra exacta es irrelevante. Los muertos duelen cuando te son cercanos, cuando los quieres, cuando son estadísticas te da lo mismo. Cuarenta y ocho horas después llegó el primer avión, uno de Mexicana, con personal de apoyo, con doctores, con medicinas, y claro, con periodistas. México se enteró así de la hecatombe. El gobernador Margarito, tan apático que había sido, hay que aceptar que se portó a la altura. Anduvo en los refugios repartiendo despensas, en los puestos supervisando vacunas, en el aeropuerto recibiendo apoyos, despachando a las víctimas. También presidió las interminables juntas de los técnicos sobre la reconstrucción de la ciudad. De algo sirvieron, porque la ciudad resucitó en dos años. Siempre pasa lo mismo: la tragedia se junta con la mala conciencia del Gobierno Federal, y los recursos que siempre te han pichicateado, de repente empiezan a fluir. En dos años Chetumal ya tenía energía eléctrica, alumbrado público, calles pavimentadas,

y estaban en proyecto el agua potable y el puente internacional. Sin el Janet, no los hubiéramos visto en décadas, prueba irrefutable de que el hubiera sí existe. Hasta nos pusieron caseta de larga distancia, porque antes sólo había teléfonos locales, de esos de cuerda, y no pasaban de veinte. ¿Qué aprendimos del Janet? ¿Qué nos enseñó Natura? Me he hecho cientos de veces esa pregunta y no tengo una buena respuesta. Janet se ha convertido en un mito, un episodio con tintes heroicos, porque sin duda se requiere coraje y nervio para enfrentar la tragedia, para volver a ponerte de pie en el mismo sitio donde te atropellaron las aguas turbulentas. Pero eso de hacerle un monumento al ciclón me parece patético. ¿A quién honramos? ¿A las víctimas o a los sobrevivientes? Creo que somos la única ciudad en el mundo que le ha levantado un monumento a un huracán, y además, un pésimo monumento, porque está horrible. ¿No lo conoces? Anda a verlo, está cerca del Malecón. En la explanada se organizan cada año las conmemoraciones, y los párvulos recitan los versos espantosos del poeta Heredia: *Huracán, huracán, venir te siento / Y en soplo abrasado / Respiro entusiasmado / Del señor de los aires el aliento*. ¡Vaya mentecato! No hubiera respirado tan entusiasmado si el Janet le da una zarandeada. ¿Qué aprendimos, pues? ¿Cuál fue la lección? Déjame decirte que cuando se discutía la reconstrucción de la ciudad, el gobernador Margarito, que de golpe se volvió lúcido, argumentaba con vehemencia que había que abandonar las partes bajas, y trazar una nueva urbe más allá del Cerrito, en terreno seguro, sugerencia con la que estaban de acuerdo todos los técnicos. Pero mientras Don Margarito pontificaba, hasta Palacio se oían los martillazos de los vecinos, levantando sus viviendas en el mismo sitio de antes. Nadie esperó ni un día: apenas enterró a sus muertos, se apoderó de la ciudad una fiebre de reparación, las herramientas sonaban de día y de noche, y la propuesta de trasladar la ciudad a la parte alta se fue diluyendo, hasta que terminó por olvidarse. Pero la gente, aunque digan lo contrario, sí tiene memoria. Con los años se fue saliendo de la parte baja, y si tú le preguntas a un chetumaleño por qué no vive en el malecón, te va a responder que no está loco, que ahí pegó el Janet. Menos prudentes fueron los sucesores del gobernador Margarito pues, contra toda lógica, construyeron en la zona de riesgo muchos edificios vitales. Ahí se quedó el Palacio de Gobierno, y ahí se construyeron el Palacio de Justicia, la sede del Congreso, y hasta la Universidad. ¿Qué te quiero decir? Pues eso, que Chetumal se va a volver a inundar en un próximo huracán, indeseable pero ineludible, que la marejada va a llegar hasta el Cerrito, y que los edificios neurálgicos de la ciudad quedarán inservibles, al menos por unos días. Confío en que esta vez nadie se ahogue, porque al menos el Janet servirá para recordar el riesgo, y supongo que se decretará una evacuación obligatoria y drástica. Pero Chetumal, en muchos sentidos, sigue siendo una ciudad expuesta, indefensa. Me pesa decirlo, pero creo que no estamos preparados, de nueva cuenta, para enfrentar un huracán poderoso. No sé quien dijo que los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla. Aquí está peor: de tanto repetir la historia se nos ha olvidado la lección, nos hemos quedado con la pura nostalgia.

# GILBERTO, EL HURACÁN DEL SIGLO

---

*(recital a ocho voces)*

ANTONIO ENRÍQUEZ SAVIGNAC, *el fundador*

Cuando estábamos haciendo el proyecto Cancún, le pedimos al Centro Nacional de Huracanes, en Miami, un estudio sobre el Caribe Mexicano. Y nos quedamos asombrados cuando vimos los resultados: en un siglo completo, ninguna trayectoria pasaba por encima de Cancún. La isla parecía inmune a los huracanes. Tan seguros estábamos que lo empezamos a pregonar, se lo decíamos a los agentes de viajes y a los periodistas.

Recuerdo que un día fui a ver a Don Ausencio Magaña, el cacique de Isla Mujeres. Era dueño de todo: las lanchas, la empacadora, el frigorífico, o sea, controlaba la economía de la isla. Todo un personaje: alto, delgado, vestido todo de blanco, de punta en blanco, como dicen los yucatecos, pantalón, guayabera, zapatos, sombrero, todo impecable, elegantísimo. Siempre lo consultaba, porque esos viejos saben mucho, te suelen dar buenos consejos. Voy a verlo y le digo, sabe, Don Ausencio, según nuestros estudios, los huracanes no pegan en Cancún. Y le enseño gráficas, estadísticas y proyecciones. Me dejó hablar un rato, pero luego me interrumpió, mire, jovencito, me dijo, esas cosas no tienen timón.

Bueno, con todo respeto, yo no pensaba así. En el 88, siendo secretario de Turismo, seguía convencido de que Cancún estaba libre de huracanes. Así que, cuando se dieron las primeras alertas del Gilberto, paramos oreja, pero realmente no le dimos la importancia que merecía. Recuerdo que le hablé al Presidente De la Madrid y le dije que se nos venía un huracán. Él le dio algunas instrucciones a los mandos militares, pero no pasó nada más.

El mero día nos agarró un poco descolocados. El 14 de septiembre todo era confusión. Sabíamos que el huracán había pegado fuerte, pero no había luz eléctrica, ni teléfonos, ni ningún medio de comunicación. Y esa es una regla de los desastres naturales, entre más te tardes en oír lo que pasó, significa que el daño es mucho mayor.

Esa noche me habló Gumaro Lizárraga, de ICA, para decirme que iba a volar

a Cancún al día siguiente, aunque el aeropuerto estuviese cerrado. Ellos eran dueños de los Sheraton, y querían saber qué había pasado. Me preguntó si quería ir. Claro que quería, me apunté de inmediato.

Sobrevolamos la costa y, desde el aire, pudimos apreciar la magnitud del desastre. Todo el paisaje café, quemado por la sal. Los árboles caídos por cientos. Algunos edificios derrumbados. Muchísimos barcos y lanchas encallados, sobre todo en Punta Sam y en Isla Mujeres. El aeropuerto estaba deshecho, pero la pista estaba limpia, así que aterrizamos sin permiso, a la brava. Nos recogió un Ángel Verde, que llamamos por radio, e hicimos un recorrido de varias horas, con las escenas clásicas del huracán. Las estructuras endebles, todas abajo. Los anuncios derribados, igual que los letreros y las decoraciones chafas. Los postes y las palmeras, en el suelo. Muchas calles estaban inundadas y las playas deshechas, sobre todo en los hoteles que se habían pasado de la raya y habían construido sobre la duna. Yo traía un nudo en la garganta.

Hubo un detalle que me sorprendió, por todas partes se veía gente recogiendo la basura, levantando los escombros, limpiando el frente de su casa. Nadie les había dicho que lo hicieran, simplemente lo hacían. No estaban dispuestos a dejarse derrotar por un huracán. Para mí, ese es el espíritu que explica el increíble éxito de Cancún.

Esa misma tarde nos regresamos a México, y yo me fui a la ceremonia del Grito, en Palacio Nacional. Ahí hablé en corto con el Presidente, pero había un gentío y era imposible tener un acuerdo. Me citó al día siguiente, después del Desfile, y entonces le informé que Cancún estaba muy mal, y que Cozumel y la costa de Yucatán se veían todavía peor, que las carreteras estaban cortadas, los aeropuertos inservibles, las líneas de energía caídas, en fin, el panorama del caos. De la Madrid estaba marcado por el 85, por el terremoto de México, donde el gobierno se vio lento, no respondió con agilidad, y luego se vinieron unas críticas tremendas. Así que esta vez reaccionó rápido. Toño, me dijo, métele a fondo. Tenemos que volver a poner a Cancún en el mapa turístico para diciembre.

En ese momento quedaban dos meses y medio de sexenio. Entonces, la disyuntiva era pasarle la papa caliente al nuevo gobierno, o tratar de recuperar lo que se pudiera de la temporada de invierno. Y aunque habíamos perdido la mitad de las playas, por lo menos teníamos la otra mitad. El Presidente se metió de lleno en el tema. Me dio instrucciones para montar una gira a los pocos días, y fuimos a Cozumel, a Cancún y a Yucatán. Llevó a varios secretarios de Estado, y lo más importante, se saltó las trabas burocráticas. Me acuerdo que me dijo, todo lo vas a ver conmigo, cualquier cosa que se te atore, me llamas. Fonatur contrató entonces la limpieza de los bulevares, el bacheo, las obras de cabecera, la jardinería, y el Presidente le dio instrucciones a Teléfonos de México, a la Comisión Federal de Electricidad, a Recursos Hidráulicos, a todas las dependencias, para recuperar lo más posible en tan corto lapso. Eso nos permitió tener a Cancún en pie, con algunas fallas, pero ya con capacidad para recibir turistas, en diciembre. De la Madrid tuvo los pantalones

de aventarse a tomar decisiones, cortando toda la burocracia. Lo más fácil hubiera sido decir 'que lo arregle el próximo gobierno'. Pero lo tomó por los cuernos y le entró.

**PATRICIA LÓPEZ MANCERA, *la voluntaria***

Mi mamá falleció a fines de agosto, de manera repentina, en la Ciudad de México. Fue muy traumático y el médico familiar me recetó calmantes, unas pastillas para los nervios. Pocos días después, cuando regresé a Cancún a mi puesto de relaciones públicas en el hotel Intercontinental, había una vaga alerta de huracán. Hubo una junta del comité directivo y el gerente, Martin Seibold, preguntó quién se quería quedar. Nadie levantaba la mano, ni los de Seguridad.

Yo no me había preparado, no tenía comida, ni lámparas, ni nada, y andaba flotando en el valium, así que me apunté. Aquí al menos habrá comida, pensé. Se ofrecieron también el gerente residente, el de alimentos y bebidas, Salvador Baca, el chef, algunos cocineros, los de seguridad. En total, éramos 28.

A las tres hubo una junta en el hotel Presidente. Gabriel Escalante y Lucía Samaniego estaban como locos, evacúen la isla, gritaban, viene muy fuerte. Me habló una amiga, Martha de León, preguntando dónde me iba a quedar. Como ella no tenía dónde, le dije que se viniera al hotel, que tenía una habitación de dos camas. Sin preguntarme, Martha invitó a otra amiga, una brasileña que trabajaba en Hyatt, Diana Miller.

Llegamos al hotel como a las cuatro, todavía había huéspedes. El de Seguridad se puso histérico, cómo traes más gente, crees que estamos jugando, pero luego le ordenó a mis amigas que se fueran al cuarto, en el sexto piso, y no salieran. A mí me pidieron que llevara algunos turistas al hotel América, que era del mismo dueño y, como estaba en el centro, era nuestro refugio. Al regreso, el Ejército ya no me dejaba pasar.

A las siete ya estábamos instaladas en el cuarto, que tenía triple protección en todas las ventanas. Aparte de los vidrios, unas puertas corredizas, las black out, y unas persianas de madera. Nos dijeron que aprovecháramos para bañarnos, porque a las diez iban a cortar el agua y el gas. Yo fui la última, me quedé dormida en la tina. Cuando salí, como a las once, mis amigas ya estaban durmiendo.

Le hablé por radio a Baca. Estoy muy inquieta, no me quiero quedar aquí, puedo ayudar en algo, pregunté. Ayúdanos a checar, aquí te espero, contestó. El hotel nos había dado radio, botas, y unos chalecos rompevientos. En Seguridad me dieron una lista de puertas de acceso y me mandaron a revisar que todas tuvieran cadenas y candados. Me tocó la cafetería, que daba a la alberca, y ahí descubro que las tablas que tapan las ventanas eran un poco cortas, que había una rendija como de diez centímetros sin protección. Me asomo por ahí, y gracias a un reflector que se había quedado prendido, veo la espuma del mar, las crestas de las olas en la terraza de la alberca.

Me asusté mucho, qué cosa es esto, pensé, qué miedo, ahora sí nos va a llevar el pintor. Regresé muy nerviosa donde estaban los demás, estamos en peligro, les dije, hay que avisar a nivel nacional. Me metí a una oficina y me puse a llamar a todos los teléfonos que me acordaba de los medios, a Televisa, pedí que me comunicaran a Noticieros, quería hablar con Zabłudovsky. Yo ya veo olas altísimas, le dije al que me contestó, necesitamos ayuda. Su llamada fue grabada, la puedo pasar al aire, preguntó. Claro, dije, pero manden a alguien. Esa llamada la pasaron al día siguiente, en el programa de Guillermo Ochoa.

A los diez o quince minutos bajaron la luz. Desde las doce los vientos ya cimbraban las ventanas, pero como a la una se empezaron a romper los vidrios. Por el radio oía a los de Seguridad, reportando cómo se quebraban. Empezó a entrar agua al cuarto de máquinas, y nos dijeron que nos fuéramos al mezanine. Las paredes hacían ruidos muy raros, yo no sé si el viento mueve las tuberías, era como un gorgoreo. En eso me doy cuenta que esa pared es la espalda de la alberca, y siento que se va a reventar. Yo aquí no me quedo, dije, y me fui.

A las tres se quebraron las puertas del lobby, salieron volando, con las cadenas y candados que habíamos revisado. Se hizo un túnel de viento en el lobby. Ahí vi algo increíble, los vidrios se inflaban como burbujas, por unos instantes se hacían como globo, antes de estallar en pedazos. Los marcos de aluminio quedaban torcidos, como un serpentín. Aparte se empieza a desprender el plafón. Me metí con otras personas a las oficinas que están detrás de recepción, el ruido era tremendo, oíamos cómo se estaba derrumbando el lobby.

Como a las cuatro oigo por radio a los de Seguridad, que dicen que el mar ya se metió a las habitaciones del atrio, en donde había un jardín interior. Están saliendo de la tierra unas culebras, qué hacemos, dice uno. Pues mátalas, le responden. Qué le iban a decir, ni modo que le dijeran, ahí déjalas. Imagínate, culebras en el hotel, era como el Apocalipsis.

Como a las cinco y media, una explosión, tembló todo el edificio. Se había caído un muro aparente, como de veinte metros de largo por tres de altura. Entré en crisis nerviosa. Me subí al mostrador de la recepción, al de mármol, y me quería amarrar a una de las columnas. Les decía, nos vamos a morir, hay que amarrarnos. Me bajó el de Seguridad. El chef me puso el pico de una botella de tequila en la boca, me hizo darle un trago, me calmó. No va a pasar nada, me dijo, acuéstate aquí atrás.

Al rato amaneció. Fue cuando ¡riájales!, los vientos se pusieron más fuertes. Era peor porque podías ver, veías pasar volando los árboles, o veías pasar manchas detrás de las ventanas, manchas azules, o rojas, vete a saber qué eran, sólo podías adivinar. Lo peor eran los chorros de agua y viento, qué impresionante es eso, qué horror, parecían como manguerazos. Ahora sí, qué nos va a pasar, pensaba. Estaba tan nerviosa que no me podía acordar de una oración completa.

En eso habla uno de Seguridad y dice que ya encontró un camino para pasar a la torre de habitaciones. Todo ese tiempo habíamos estado en las tripas del hotel, pero para llegar a los cuartos tenías que atravesar el lobby, que ni soñarlo. Cuando



hubo luz de día, encontraron cómo pasar por abajo. Te vas a tu cuarto, me dice Baca. Nada más que para subir era por la escalera de emergencia y nos tuvimos que echar unos pasos de la muerte, por donde el viento soplaba durísimo. Todo el cubo de la escalera era un túnel de viento y en cada piso se había arrancado la puerta, te empujaba la corriente. Íbamos amarrados, y yo pegada como lapa al de Seguridad.

Cuando llegamos al sexto piso me solté, ya ni le hice caso al de Seguridad, corrí hasta el cuarto donde estaban mis amigas y empecé a tocar. No me abrían, toqué más fuerte, no me abrían, toqué durísimo, casi tiro la puerta. Por fin abrió Martha, toda somnolienta. Qué pasó, me dice, qué horas son. Durmieron de un tirón toda la noche, no se habían dado cuenta de nada.

**GABRIEL ESCALANTE, *el hotelero***

Para hablar de Gilberto, hay que hablar primero de la situación que atravesábamos en esos momentos. Desde el 85 u 86, Cancún estaba muy de moda entre los inversionistas, por la modalidad financiera que se llamaba el swap, la conversión de deuda por inversión. Fue cuando llegaron Meliá, Sheraton, Oasis, y varios más. Creo que habría unos 8 mil 500 cuartos, pero había también la percepción de que Cancún debía tomar sobre sí la responsabilidad de promover el destino.

En una de las juntas de la Asociación de Hoteles, que yo presidía, siendo gerente del Hotel Presidente, apareció Manolo Salgueiro, el director del Grupo Oasis, un hotelero fregón, muy bien informado, y nos platicó cómo se unió la iniciativa privada en España para mercadear sus productos, en específico el fondo de promoción. Empezamos a investigar formas para promocionar Cancún, y en ese contexto se pensó en Señorita México, y no sólo eso, sino también en Miss Universo. Lo que quiero dejar claro es que Cancún estaba creciendo enormemente, era muy dinámica la situación económica.

Entonces viene el huracán Gilberto, por sorpresa. El huracán fue el catalizador de todo, nos lastimó, pero también nos impulsó. En aquellos tiempos, la Asociación de Hoteles era el conductor de la economía de Cancún, no había otro medio. Por eso tuvimos que tomar acciones de inmediato, como hacer Miss Universo, en mayo del 89. Afiliamos a Cancún a la Asociación de Hoteles del Caribe, algo que no se aprovechó a cabalidad, y por supuesto, impulsamos la creación del Fondo Mixto de Promoción y Publicidad. Eso lo acordamos con el gobierno federal, a través de Carlos Hank González, quien aportó dos millones y medio de dólares, con el gobernador Miguel Borge, que puso otros dos y medio, y los hoteleros pusimos el resto, otros dos y medio. A través de Fonatur, con Pedro Joaquín Coldwell y (Ricardo) Ampudia, se hizo la campaña de publicidad más exitosa de la historia, con la agencia Saatchi & Saatchi, donde se amalgamaba lo más moderno del turismo con nuestra civilización maya. Junto a eso, hicimos una agresiva campaña de relaciones públicas, trayendo periodistas de todo el mundo, para que fueran testigos de la recuperación de Cancún.

Esa es la parte bonita.

La parte más dura fue la experiencia que viví antes del impacto. Citábamos a junta en la Asociación de Hoteles para evaluar el avance del huracán y nadie iba. Las alarmas se dieron tardísimo, yo creo que por inexperiencia. Se intentó evacuar la zona hotelera, en lo más posible. Aunque económicamente nos haga daño, pensamos, hay que evacuar. Yo tomé esa decisión con Pepe González Zapata, el presidente municipal, a la una de la tarde, en el Hotel Presidente. Nadie nos hacía caso, no nos creían, ni los yucatecos nos creían. Ni madres, decían, no va a pegar, no va a pegar, y luego hasta a Mérida le pegó. Hubo hoteleros que dijeron, yo no sacó a mi gente del hotel. Me acuerdo de los más necios, de Giovanni Ronghi del Hyatt, de Arturo Arellano del Fiesta Americana. A las diez de la noche, ya con el huracán encima, seguían las evacuaciones, pero se quedaron muchos turistas en muchos hoteles. Es significativo que no hubo pérdida de vidas humanas, ni de turistas, ni en la ciudad. Pero fue un gran riesgo, cuando terminó el huracán yo tenía barcos en la alberca del hotel.

El que diga que tenemos una cultura de huracanes no sabe de lo que está hablando. A las pruebas me remito. La alarma se retrasó por falta de experiencia en huracanes y, cuando se dio, nadie creyó en ella.

Yo me quedé en el Hotel Presidente y me pasé nueve días sin dormir. Después del impacto, había una junta diaria en la Asociación de Hoteles, y ahora sí venían los hoteleros, no por capacidad de convocatoria, ahora venían por necesidad. La hacíamos en las tardes, antes de que se fuera la luz, veíamos lo que necesitaba cada quien, cómo lo podíamos apoyar. Eran juntas extenuantes, terminábamos alumbrados con quinqués, y en el día recorriamos la zona hotelera. En la Asociación teníamos un pizarrón donde se iba anotando cómo se abrían los cuartos.

También teníamos una junta diaria con el gobernador, en su oficina. Ahí nos enterábamos de la reconexión de los servicios básicos e informábamos de los hoteles que empezaban a funcionar. Creo que Miguel de la Madrid vino el 17 de septiembre, estoy casi seguro, porque es el día de mi cumpleaños y, cuando se fue, lo celebramos con velitas. Al presidente le dijimos que no íbamos a despedir a ningún trabajador, y le pedimos a cambio condonación de impuestos, facilidades aduaneras, cielos abiertos, de lo cual, tengo que decir, no se nos dio ni madres.

#### VAGNER ELBIORN, *el damnificado*

Tenía cuatro años de haber llegado a Cancún, con cero experiencia de huracán. Fuimos de los primeros que nos instalamos en el conjunto Pescadores, que por ningún motivo podías considerar una playa peligrosa. Vivíamos muy tranquilos. En la víspera, oímos rumores de tormenta tropical, de huracán, pero las autoridades escondieron el fenómeno para no crear pánico, y esperaron hasta el último momento.

¿A qué le llamo hasta el último momento? Unas seis horas antes, no más. A

toda prisa, sin saber muy bien de qué se trataba, conseguimos unas tablas de triplay y medio tapiamos, movimos los muebles y quitamos unos cuadros. Habíamos decidido quedarnos en la casa pero, cuatro horas antes, me avisan que hay que evacuar la zona hotelera. Nos avisó Memo Cerda, que trabajaba en los Palace. Era el más enterado, tenía más información. Entonces decidimos irnos a Mérida. Pero en eso me llamó Pepe Pelfini. Él vivía en la Nader, en el Centro, y nos ofreció asilo. Terminamos en su casa, éramos como 48 gentes.

El huracán fue impresionante, veíamos cómo volaban cosas, tablas, láminas, pero no hubo pánico. Cuando amaneció, sigue un poco el viento, pero de repente se calma. Mi hijo Gerardo, que es muy aventado, me dice, papá, vamos a ver cómo quedó la casa. Nos fuimos en una pick-up.

Desde que salimos, la sorpresa fue mayúscula. Había muebles tirados en el bulevar, el mar estaba conectado con la laguna en varios puntos. Llegamos hasta las Perlas y de ahí fuimos a Pescadores, con el agua a veces a las rodillas, y a veces a la cintura. No había un árbol, no había una reja en pie.

Cuando llego a la casa, ¡oh, sorpresa!, no había puerta de entrada. En el estacionamiento trasero estaba tirada una barra de bar, de cuatro metros de largo, que yo había traído de Cuernavaca, pesadísima. Inicio la entrada, había una montaña de arena en la sala. Haz de cuenta que hubieran vaciado ahí varios camiones de sascab. Los muebles, todos habían desaparecido, no quedaba ni uno. Hasta los ventiladores habían volado.

Escalé la montaña de arena y veo, en el cancel de la terraza que da al mar, algo que me sorprendió, como una cortina de acero. De momento, pensé que algún vecino la había puesto ahí, para proteger mi casa. Pero pasé el cerro, salgo al jardín, y veo aquella cosa. Me quedé perplejo. De esos momentos en que no puedes creerlo, estoy soñando, pensé, esto no es cierto. Sí era cierto, un barco del tamaño del mundo, tan alto que llegaba hasta el tercer nivel, a menos de un metro de mi recámara. Estaba yo en shock, cuando se acerca Memo Cerda y me dice, nos tenemos que ir, estamos en el ojo y el huracán va a volver. Efectivamente, Gilberto regresó, ahora de sur a norte. Al atardecer se calmó, a eso de las seis de la tarde. El estrés se había apoderado de nosotros.

Al día siguiente, los vecinos de Pescadores hicimos un trato: nadie se va de aquí, no nos salimos. Mientras limpiamos, vivimos en los segundos y terceros pisos, porque las plantas bajas eran lo único que estaba destrozado. Nos organizamos: las señoras cocinaban en el estacionamiento, nosotros limpiábamos las casas. Yo tenía el problema adicional del barco, y el barco empezó a oler mal. En eso, salió la noticia de que el *Portachenera*, así se llamaba, traía cincuenta toneladas de pescado. Se llamaba así porque portaba cherneras, que son lanchones que usan para pescar chernas, un pescado parecido al mero. El barco traía como diez o doce de estos lanchones, y el producto lo procesaban, lo empacaban y lo congelaban. Un barco fábrica, pues.

Para eso, ya habíamos establecido contacto con los tripulantes. Nos contaron que una ola gigantesca los había arrastrado, y otra más grande aún los montó en

la playa. Ellos tampoco podían creer en dónde estaban, el mar los había arrastrado con las dos anclas bien firmes. Platicamos con el capitán. El barco traía una planta desalinizadora de agua y una de luz. Cuando todo Cancún estaba a oscuras, los cubanos nos dieron energía para las casas.

De volada, nos pusimos en contacto con las autoridades para que vaciaran el barco. El pescado estaba perfectamente empacado y congelado, flejado, con sellos en idioma ruso. A los pocos días llegaron unas gentes de la embajada cubana, o del gobierno, de lo más estirados, súper bien vestidos, exageradamente bien vestidos, con poco acento cubano, con la instrucción de que nadie podía bajarse o subirse al barco. Les decíamos los ojones.

Se corrió la voz y se empezaron a organizar tours a verlo. Era como una atracción turística, llegaban cientos de gentes, de día y de noche, pero ya que veían el barco de paso se metían a la casa. No había puertas ni cancelas, se metían a curiosear, no digo que con mala intención, pero era tremendo tenerlos ahí. Entonces me fui a una reunión que había en el Hotel América. Estaba ahí el gobernador Borge, tratando los asuntos de la reconstrucción, pero yo pedí el micrófono y le dije, gobernador, nadie nos presta atención, estamos en una situación muy difícil, nadie se nos ha acercado y yo tengo un barco en el jardín de la casa. Borge me contestó, no tengo ningún informe al respecto. Pues está usted mal informado, le respondí, y siento que se molestó. Al terminar me llamó, me pidió que tuviera calma, que iba a mandar unas gentes a investigar. Sólo mandaron tres policías, que hicieron su turno y se fueron. Tuvimos que organizar nuestro propio servicio de vigilancia, para que la gente viera el barco, pero que no se metiera a las casas.

Los ojones lo controlaban todo. No dejaban que los marineros se bajaran, y casi teníamos que hablar con ellos a escondidas. Nos dimos cuenta que eran gente humilde, llenos de carencias. En cambio, los ojones estaban instalados en el hotel de junto, Las Perlas, que también sufría las consecuencias del choque. De hecho, el barco se impactó con un balcón del hotel y lo derribó.

De repente me llega el chisme de que Las Perlas está en tratos con no sé qué autoridad para convertir el barco en restaurante, dicho por uno de los ojones. Para eso, empezaron a salir del barco unas ratas tamaño conejo, bajaban tan campantes por los cabos. Llamamos a Sanidad Internacional, fumigaron las casas y el barco. Nos dieron consejos, nos dijeron que consiguiéramos gatos: no iban a poder con ratas de ese tamaño, pero el olor iba a evitar, al menos, que se metieran a las casas. Yo tenía la suerte de tener un jaguarundi, un felino en extinción de la zona, una especie de gato gigante. Me lo habían regalado como gato, pero empezó a crecer, las orejas en punta, y nos dimos cuenta que no era gato. Con las prisas de la evacuación, se nos había olvidado llevarlo. El animal se subió al refrigerador y ahí aguantó todo el ciclón, pero fue tal el estrés que perdió todo el pelo y se volvió mansito. Eso no lo sabían las ratas y no se metían a mi casa.

A las pocas semanas empiezan a llegar otros barcos cubanos, que se suponía iban a mover el barco. Colocaron unos rieles, les decían chimpáes, empezaron a

excavar alrededor del barco. Salían olores muy fétidos, mezcla de pescado podrido y combustibles, un olor repulsivo. Dijeron que iban a venir unos remolcadores rusos. Se pusieron como a un kilómetro de la playa, sacaron unos cables de acero grandotes, del grueso de un puño. Por el tamaño de la mole, parecía que no iban a aguantar. Los echan a andar, y dicho y hecho, se revientan a la primera. Apenas lo movieron unos centímetros.

Al rato intentaron otra maniobra. Vinieron excavadoras y bulldozers de Grúas Ochoa, se decidió girar el barco, apuntar la proa hacia el mar. Yo tuve que tirar la columna de la terraza para que pudiera girar el barco. Solicitamos a Ecología que nos permitiera dragar, pero jamás lo permitieron. Yo estaba en todo, porque de la recámara me podía saltar al barco. Se acerca diciembre y siguen los famosos intentos de girarlo. Y lo único que logran, al girarlo, es enterrar la quilla aún más en la arena.

Ya nos habíamos hecho amigos de los marineros. Eran muy buenos técnicos, no sabes la cantidad de arreglos que hicieron en Pescadores y muy bien hechos. Por regla de los ojones, sólo les podíamos dar cigarros y Bacardí, pero platicábamos a gritos, desde mi terraza. Una vez les dimos ropa, y vimos cómo los golpeaban en la cubierta del barco, como castigo por haberla aceptado. Eran buena gente, no así los ojones. Eran hoscos, eran toscos...

Entonces volvió la teoría del restaurante. Ya preocupado le pedí a Elsi Cubría que hablara con su papá, que era el director de Marina Mercante. Él hizo toda la tramitología necesaria para que se autorizara partir el barco en pedazos. Los cubanos empezaron a vaciar el barco. Tenían muchísimo equipo de comunicaciones, yo creo que aparte de pesquero era algo más, no sé si espía, pero esa cantidad de equipo era algo exagerado para un barco pesquero.

Arriba seguía habiendo treinta y ocho marineros. Llegó Navidad y les ofrecimos hacer una cena. Los ojones nos dieron chance de hacer la cena, pero sólo de tres horas. Vino mi familia de los Estados Unidos, y la de México. Les hicimos su fiesta. Ellos trajeron moros y cristianos, y tarjetas de Navidad de Havana Club, en inglés. Nosotros cocinamos una cena en regla: pavo, ensalada, fruit-cake, y a cada uno le regalamos una camiseta, previo permiso de los ojones, que insistían en que fuera un regalo austero, y para todos el mismo. Ellos me regalaron una tarjeta que decía algo como, el destino nos hizo hermanos a través del mar y nuestros corazones siempre estarán unos muy cerca de los otros.

Cubría hizo un trato con un astillero de Veracruz para cortar el barco. Se descubrió que tenía doble fondo, todo el casco estaba lleno de combustible, por poquito volamos. Me sorprendió eso, todo el barco tenía doble fondo, estaba camuflajeado.

Se fueron llevando de a poco a los cubanos. El proceso de desbaratar el barco se llevó cuatro o cinco meses, piezas de dos por dos, de tres por cinco, piezas enormes que iban depositando en la playa, y luego llegaban los camiones y se llevaban la chatarra. Yo me quedé con la placa que tenía el nombre del barco, *Portachernera*. La ahogamos en una base de cemento y el hotel se quedó con el mástil, todavía está ahí, en el restaurante.

El barco fue una pesadilla los primeros meses. Luego se convirtió en una experiencia, luego en una historia de vida. Con instantes muy difíciles, pero también muy plenos. Años después fui a Cuba, al torneo de pesca Hemingway, y traté de ubicar a uno de los tripulantes, Mario Barea, el segundo de a bordo. Usted para qué lo necesita, me contestaron con hosquedad. Les expliqué cómo lo había conocido. Me dijeron que lo iban a tratar de ubicar, pero luego vino un militar y me dijo, usted diviértase en su torneo, haga lo que vino a hacer, pero no ande buscando gente que no deba. Así que nunca lo encontré.

**MIGUEL BORGE**, *el gobernante*

Desde que supimos del Gilberto nos pareció un huracán de mucho cuidado, por el tamaño que traía, por su fuerza. No estábamos hablando de un huracán cualquiera, era un huracán de dimensiones excepcionales y teníamos que prepararnos. Mi referencia era el Janet, un huracán que tuvo ráfagas de 350 kilómetros por hora, y el Gilberto las traía también. Olas de 12 a 15 metros, que fue lo que destruyó Chetumal, y el Gilberto las traía también. Antes habían pegado otros huracanes, pero no del tamaño del Gilberto.

En esa época no estaban tan desarrollados los sistemas de Protección Civil. Las comunicaciones eran más escasas, no había tantas estaciones de radio ni de televisión, para alertar a la población. La noche anterior, la del 13, fuimos perdiendo comunicación con la Zona Norte, entre las 10 y las 12 de la noche. Ya sabíamos que teníamos un gran huracán, pero teníamos que adivinar qué estaba pasando.

Lo que hicimos fue prepararnos para salir en un convoy de 11 autobuses, llenos de voluntarios, juntamos cerca de 450, con los compartimentos de equipaje repletos de alimentos, latería, galletas, botellones de agua. Esto habla un poco de lo que pensábamos encontrar.

Los daños que vimos en Carrillo Puerto fueron mínimos. El primer grupo de damnificados lo encontramos en el ejido Pino Suárez, poco antes de llegar a Tulum. Estaban a la orilla de la carretera, les dimos algunas despensas. En Playa todavía sentimos la fuerza del viento, caminamos hasta el muelle, y era notable cómo el viento te empujaba. En Puerto Morelos había muchos tráilers parados, que se quedaron varados por el huracán.

Antes de llegar a Cancún, por Bonfil, hay un cascarón viejo, una construcción que iba a ser hotel. Ya casi oscurecía, pero de ahí emergió una muchedumbre, unas 40 ó 50 gentes, que se habían pasado toda la noche y el día sin comer, tenían hambre.

Llegamos a Cancún. Obviamente no había alumbrado, organizamos las brigadas de limpieza, y yo me seguí hasta Chiquilá. No crucé a Holbox, las condiciones del tiempo lo impedían. Regresé a Cancún como a las seis de la mañana. A Pepe González Zapata, el presidente municipal, le pedí que todo lo que pudiera hacer a pie, lo hiciese de pie. Era necesario tener contacto con la gente, te iban a pedir cosas,

a lo mejor no se las podías dar, pero era necesario que tuvieran fácil acceso a su presidente y al gobernador.

También hablé con el comandante del ejército y le pedí que cerraran la zona hotelera, para evitar el saqueo, y que se pusieran retenes a ambos extremos de la isla. De hecho, pasó un incidente curioso, pues unos de esos días quise entrar y no me dejaban, tuvieron que pedir autorización. Pero tenían razón, yo no tenía ahí ningún negocio, que era la condición para dejar entrar a la gente.

Me quedé dos o tres semanas de fijo en Cancún. De ahí iba a Isla, a Cozumel, había que trabajar en mangas de camisa. Teníamos reuniones diarias para organizar la recuperación. Pusimos un tablero de control, con su ruta crítica de lo que había que ir haciendo. Tuvimos problemas para conseguir lámina de cartón, porque Gilberto pegó en muchos estados y se agotó. Cuando la conseguimos no fue la negra, sino una roja, muy gruesa y muy resistente.

Con nuestra ruta crítica fuimos avanzando, agua, luz, drenaje. En el tablero decía, en tal zona la luz va a entrar tal día, aquí el agua tal día, y así cada servicio. En las reuniones se evaluaba, y cada funcionario informaba, adquiría compromisos, y si no cumplía, informaba por qué, qué había pasado y pedía lo que le hacía falta para lograrlo.

Otra cosa importante fue que platiqué con hoteles y sindicatos, para que no se despidiera personal. Eso podía llevarnos a actos vandálicos. Acordamos que a los trabajadores se les pagaría cuando menos el salario mínimo. Se armó un esquema muy bonito, y eso ayudó a la atmósfera de cooperación, se aceptó y se cumplió por las partes. Fue una piedra angular para que todos pudieran trabajar en armonía.

Si bien la nota era la destrucción de Cancún, muchas comunidades del medio rural fueron afectadas, cantidad de apiarios fueron destruidos, y el maíz se acostó, se acamó, como dicen los campesinos. La pesca resultó muy dañada. El proyecto del Complejo Pesquero de Puerto Morelos se quedó en proyecto, porque el mar se llevó toda la infraestructura. Los pocos muertos, cuatro, cinco, seis, todos fueron pescadores.

El presidente De la Madrid vino en un par de ocasiones. Hubo mucho apoyo de la CFE, de Turismo, de Comunicaciones, de Conasupo. Una vez llegué a Isla Mujeres con (Pedro) Ojeda Paullada, que era secretario de Pesca, y vimos una fila enorme. De qué se trata, quise saber. Es su esposa, me dijeron, que va a entregar despensas. Y de dónde va a sacar tantas despensas, pensé. Al poco rato me llamó por teléfono y me dice, se acabaron las despensas, la gente está exigiendo, me autorizas que abra las bodegas de Conasupo. Claro que lo autorizo, ábrelas, si no, te van a linchar.

Los primeros días el ambiente fue muy tirante. En una reunión se levantó un señor y me dijo, tengo un barco metido dentro de mi casa. Creí que estaba delirando, que se lo imaginaba. Le dije que iba a pasar a verlo, pero cuando terminó la reunión le comenté a los que estaban conmigo, miren cómo se pone la gente, mira hasta dónde llegan las historias, es producto de la tensión, hay un poco de histeria. Pero al rato fui a ver, y efectivamente, había un barco en el jardín de la casa. El gobierno de

Cuba lo abandonó, después de meses de infructuosos intentos de rescate. Yo traté de sacarlo, llevé algunas gentes, era un barco magnífico que podíamos integrar a la flota pesquera, pero los ecologistas se opusieron. El señor de la casa me decía, voy a levantar una denuncia por daños, y yo le decía, mire, si usted levanta una denuncia, como el barco es cubano, el juicio va a ir a dar a la Corte Internacional de La Haya, y va a tener el barco ahí por años. Al final, con todo el dolor de mi corazón, hubo que despedazarlo.

Hubo otro elemento importante. Cuando pegó Gilberto estábamos gestionando la celebración del Miss Universo. Pero cuando vino el huracán la empresa se echó para atrás, nos canceló. Tuvimos que meter el acelerador. El gobierno del Estado se endeudó y trabajamos a marchas forzadas. Para las posibilidades que había en aquella época, creo que la recuperación fue muy rápida. Por suerte, Cancún no era una ciudad muy grande, tendría unos 80 ó 90 mil habitantes. En diciembre invitamos a los directivos de Miss Universo Inc., y cuando vieron Cancún dijeron, no hay problema, aquí lo hacemos.

Los incendios fueron consecuencia del huracán, seguidos de un año de sequía. El Gilberto secó el manglar, lo dejó como deshidratado, lo dejó café. Pero así dejó también la selva, y eso era combustible fácil para que se iniciaran incendios. Las matas de guano seco vuelan en brasas, hasta se ven bonitas, pero esas brasas volaban por encima de los guardarrayas y nos prendían del otro lado. Y por las cavernas del subsuelo, el aire ardiente avanzaba, y aunque parezca increíble, nos prendía del otro lado. Hicimos kilómetros de guardarrayas de 20 metros de ancho, como hacer una carretera de Cancún a Chetumal

No era un incendio, eran muchos, y cada día brotaban dos, tres, a veces cinco. Y no teníamos una buena tecnología para ubicarlos, México no tenía satélites propios, dependíamos de los satélites americanos. Hablé con Sedesol, pero sólo nos daban una imagen cada 24 horas, no nos servía. Los incendios crecieron tanto que llegamos a tener tres mil gentes tratando de apagarlos, más gentes que en la nómina del gobierno del Estado.

Ni el gobierno federal, ni el estatal, estaban listos para una contingencia de ese tamaño, nos agarró fuera de base. En total, se quemaron 134 mil hectáreas. Yo creo que por la magnitud del siniestro hubo una preocupación muy grande y se hablaba de que pasarían 100 años, de hecho, un subsecretario dijo que pasaría un siglo antes de que se recuperara la selva. Un despropósito, pues las especies de esta selva son maduras a los 17 años, a esa edad tienen su tamaño adulto. También se habló de extinción de animales, eso es falso, los animales huyen, hasta los changos se salieron a la carretera.

Era humanamente imposible parar los incendios, no podíamos detenerlos, no contábamos con aviones cisterna, ni los podíamos rentar, porque los americanos tenían incendios enormes en California. Trajimos expertos americanos y canadienses, ellos sí saben, tienen el problema siempre, y nos decían que no se podía hacer más, que lo estábamos haciendo bien. Para taparle el ojo al macho, llegamos



a comprar un avión cisterna muy pequeño, de 800 litros de agua. Le decían el Dromedario, por la forma, pero era muy poca agua, cuando llegaba a la superficie del incendio el agua ya era vapor, por las altas temperaturas. Sabíamos que sería poco útil, pero la presión de la opinión pública era enorme.

Al final llovió. Nosotros habíamos avanzado un poco, pero si no llueve, hubieran seguido extendiéndose y extendiéndose. Fue tremendo. Económicamente, como gobierno del Estado, nos hizo un daño peor que el Gilberto.

Los huracanes no nada más traen agua y viento, a la larga pueden traer fuego.

### VALERIO, *el capitán de barco*

En aquel tiempo, el barco se llamaba *El Tropical*. Era un monocasco de acero de treinta y tres metros de eslora por siete de manga, con cuatro máquinas Detroit, cada una de 650 caballos de fuerza. Pa' que me entienda, un buen barco, muy sólido, comprado en los Estados Unidos. Servía para hacer fiestas a los turistas. Sacábamos un tour en la mañana, de ocho a tres, y otro en la noche, que se llamaba Fiesta Pirata. Le cabían 300 personas y los llevábamos a Isla Mujeres, de donde regresábamos como a las once a nuestro muelle, en Punta Langosta.

Eso hicimos la noche anterior. La compañía todavía quería que sacáramos el viaje de la mañana, decían que no se había dado la alerta, pero yo me negué. Los marinos ya sabíamos cómo venía la cosa. Perdimos toda la mañana haciendo los preparativos, son necesarios en una embarcación de ese tamaño. Desmontamos el toldo de la cubierta superior, bajamos la lanchas salvavidas, afirmamos todo lo que se podía caer.

Salimos como a las dos de la tarde al puerto de abrigo de Isla Mujeres, pero al llegar ya no había lugar. En aquel tiempo no existía Puerto Aventuras, así que todas las embarcaciones de Cozumel ya estaban aquí, más las de Cancún, más las de Isla, más los veleros de los gringos. Ahí no se puede apartar lugar, el que llega primero se fondea. Y ya estaba saturado, no había cupo.

Decidimos fondearnos en la bahía de Isla, casi frente al muelle del ferry. Pero no me gustó el lugar. La capitanía les dio chance a unos pesqueros cubanos, entre ellos el que terminó varado en Cancún, el *Portachenera*. No me gustó cómo se habían fondeado. Según ellos, para aguantar mejor, se amarraron pegados, estaban cuatro barcos acodados, uno con el costado del otro. N'hombre, qué iban a aguantar. Ahí el fondo es muy bajo, y además lodoso, las anclas garrean y con rachas de trescientos cincuenta kilómetros, adiós. Se nos van a venir encima, van a golpear otros barcos, pensé.

Decidimos salir a capear el temporal. Nos fondeamos a la mitad de la bahía, entre Isla y Cancún. Echamos don anclas, en ángulo, en V, que en tecnología marina se llama fondeo a barbas de gato. Mandé prender las cuatro máquinas, sin enclocharlas, solamente como una precaución, por si hacían falta. Cuando empezó el mal tiempo,

hicieron falta. Las anclas no aguantaban, empezaron a garrear, el barco se empezó a ir para atrás. Cuando venían las ráfagas, porque el ciclón no viene todo parejo, viene por ráfagas, metía adelante para ayudarle a las anclas.

Olvídense que si se movía. En la bahía se formaban olas de seis, ocho metros, ya me imagino en mar abierto. El problema es que hay que mantener el barco aproado hacia la ola, de frente, porque si te agarra una ola lateral, fácil te voltea y te hunde. Pero las anclas nos empezaron a estorbar. Borneábamos mucho, para un lado y para el otro, y me dio temor que se enredaran los cabos de las anclas.

Así que decidí levantarlas y enfrentar el temporal con los puros motores. Era un riesgo, porque a veces se nos paraban las máquinas. Tienen un sistema de enfriamiento que jala agua de mar, con agua de mar se enfrían, pero los filtros se nos tapaban con tanto sargazo que traía el ciclón. Teníamos que parar la máquina y limpiar los filtros, echar talacha en plena tempestad.

Por el radio, oíamos lo que pasaba en otros barcos. Cuando hay huracán, Capitanía cierra, se van a su casa. Pero había muchos barcos fuera, te estás comunicando con ellos, que si ya viene lo fuerte, que dónde estás, dame tu posición, y cosas así. Eso antes, porque en lo duro, cuándo vas a contestar, si lo único que estás viendo es cómo salvar tu barco.

Como a las doce de la noche empezó lo recio. Con todo y los motores, el ciclón nos fue echando para atrás, arrimándonos a la costa. Cada ola nos aventaba y con las máquinas a todo lo volvíamos a aproar, a no dejar que nos volteara. Así nos pasamos toda la noche, a golpes de timón. Ahí sí necesitas todo lo que sabes, y mantener la calma, eso es básico, está en riesgo tu vida y tu tripulación.

En la mañana, empecé a sentir golpes en el casco. El barco cala cinco pies, y la sonda me marcaba cinco pies, y por ratos sí, nos estábamos aporreando en el fondo, se sentía cuando lo tocábamos. O sea, el viento ya nos estaba metiendo al bajo. Ahí no había tanto riesgo, el casco es muy grueso, de tres pulgadas. No se iba a romper con el fondo de arena.

Al rato empezó a amainar el temporal y ya estábamos bastante cerca de la costa de Cancún. El ciclón nos arrastró como unas tres millas, pero no varamos, con las máquinas pudimos salir.

Mucha gente se perdió en el Gilberto. Los periódicos dijeron otra cosa, pero en una sola cooperativa se ahogaron 32 pescadores. A mí se me ahogó un sobrino. Estaba chambeando aquí, pero se había quitado de con nosotros, y se fue a los camareros. Se supo que varios camareros se hundieron, y unos cubanos, y mucha gente de acá, de las cooperativas. No sabían, no les avisaron a tiempo. Pero por radio se oían los llamados, pidiendo auxilio, diciendo que ya estaban haciendo agua. Y luego nada...

Nos pasamos veinticuatro horas en el ciclón. Cuando pasó, nos retiramos a Playa Langosta, la idea que traíamos era descansar, llevábamos un día sin dormir, sin comer, mojados, estábamos cansadísimos. Pero Capitanía nos pidió que fuésemos a Isla a evacuar gente que había quedado muy mal, gente que había perdido todo,

hasta sus casas. Fue una maniobra lenta, porque el muelle se había roto y los tuvimos que subir poco a poco, en balsas.

¡El Gilberto estuvo muy fuerte!

¿El Wilma?

No, del Wilma no tengo nada que contar.

El Wilma me lo pasé en mi casa.

ÁNGEL CARBAJAL, *el ausente*

La noche del 15 de septiembre nos estábamos registrando mi esposa Gianella y yo en la recepción del Gran Hotel Minerva, en Florencia. Mientras esperábamos, veo sobre el mostrador la edición del *Corriere della Sera*, que dice con letras de parada: ***¡Il paradiso perduto!*** Como nuestra siguiente escala era Venecia, lo primero que se me ocurrió pensar era que Venecia se había inundado. Pero empiezo a leer, así por encimita, porque no domino el italiano, y veo que dice algo de México, algo de Cancún, y me topo con unas declaraciones de Gabriel Escalante, que era el presidente de los hoteleros. Decía que les había pegado un huracán, que se llamaba Gilberto, hasta ese momento el más devastador de la historia.

Con el alma en un hilo empecé a leer en voz alta, dizque en italiano, para que mi esposa se enterara. Pero Gianella no me dejó ni terminar: se angustió, empezó a pensar en la casa, que está a la orilla del mar, y en los amigos.

Estábamos en viaje de placer. En aquella época yo era promotor de bienes raíces, y despachaba en Cancún como cónsul honorario de España. Habíamos pasado por ahí, donde dejamos a los niños con mi familia, de modo que esa no era preocupación, pero fuimos a recorrer Italia en un coche prestado.

Subimos de inmediato al cuarto, tratamos por un largo rato de hacer llamadas, pero no pudimos comunicarnos con nadie. No sabíamos, claro, que no había teléfonos.

La angustia fue subiendo de tono. En la Ciudad de México, logramos hablar con la familia de Gianella, y nos dijeron que las noticias eran alarmantes. Algo terrible, pero al menos nuestros hijos estaban bien, estábamos juntos, esas certezas te consuelan en esos momentos, sientes pena por los demás, pero no puedes evitar sentirte bien por estar a salvo.

Decidimos salir a cenar. En la recepción del hotel nos recomendaron un restaurante típico, el Quinto, de gente local, llamado así en honor a su propietario, un cantante de ópera. Ahí estábamos, escuchando a los tenores y las sopranos, que actúan de manera más bien espontánea, cuando Gianella no pudo más con la tensión, y se soltó llorando.

Los italianos, como buenos latinos, preguntan muy comedidos, qué le pasa a la señora, y no queda más remedio que explicarles que venimos de Cancún, que hemos perdido nuestro paraíso. La sorpresa fue que la gente se empezó a acercar a

nuestra mesa, todos tratando de ser solidarios, primero platicando, luego acercaron unas sillas, juntaron unas mesas, el dueño del restaurante mandó traer unas botellas de vino, luego abrieron unas de champaña, total, se hace la fiesta, 30 ó 40 personas tratando de consolarnos y de ser amables, de cobijarnos, de apapacharnos, realmente consternados por lo que había pasado.

No nos dejaron pagar ni un centavo y nos llevaron hasta la puerta del hotel, y todavía al día siguiente nos invitaron a su casa. El contacto perduró: unos meses o unos años después dos o tres de esas familias vinieron a visitarnos a Cancún

Al concluir el viaje regresamos a México, encontramos nuestra casa bastante dañada, y pasamos por el vía crucis de todos los cancenenses, la reconstrucción.

Tal vez suene cursi, pero la impresión más profunda que tengo del Gilberto es el aprecio y la simpatía que nos mostraron esa noche los italianos. No había una gente allá que no supiera lo que había pasado la noche anterior, y no había nadie que no lo lamentara con sinceridad.

#### **FEDRA ILLESCAS, *la niña chiquita***

Yo estaba desayunando yogurt, cuando todo se empezó a mover. Mi mamá salió del baño y nos dijo, váyanse a la puerta, voy por Guillermo. Es mi hermano menor, tenía dos años, pero no aparecía. Se asustó y se metió detrás de la puerta de su cuarto, con el chupón en la boca. Mi mamá lo encontró y se fueron con nosotros, a la puerta. Mi mamá decía, no se espanten, no se espanten. Cómo no nos íbamos a espantar, si mi mamá estaba temblando. Cuando terminó el temblor, Guillermo se sacó el chupón y decía, corro y me caigo, corro y me caigo, o sea, que quiso correr cuando empezó a temblar y se caía.

Mi mamá nos llevó a la escuela. No había pasado nada por donde vivíamos, pero al rato empezaron a regresar las mamás en crisis, a recoger a sus hijos. Nos fuimos a casa de unos tíos y ahí se pusieron a ver las noticias, dijeron que se había caído la maternidad y otras cosas. Ahí nos quedamos, pero la segunda noche volvió a temblar. Por la ventana, las torres de la luz se movían horrible. Nos regresamos a la casa con mis tíos y esa noche nos dormimos vestidos. Ellos decían, si vuelve a temblar tú cargas a Fedra, tú cargas a Guillermo, tú cargas al gato.

Después del temblor, mis papás empezaron a buscar a dónde irnos. Unas amigas de la escuela me dijeron, por qué no se van a Cancún. Sí, como no, Cancún, pero luego se lo dije a mis papás, por qué no nos vamos para allá.

Mi papá se vino primero, un año antes. Estuvo ahorrando, para que nos pudiéramos venir. Acá conoció a una chava, Dulce, que le dijo que le iba a conseguir una casa y unas placas de taxi, a cambio de sus ahorros. Entonces nos venimos para acá. Llegamos en agosto, cuando ya iban a empezar las clases y nos fuimos a vivir a casa de la chava esa. Pero luego vino alguien de su familia y nos cambiamos a un hotel.

Nos metieron a escuela de gobierno. No me gustó, porque nosotros veníamos de colegio particular. La maestra decía, a ver, quién llegó tarde, y nos ponía a barrer el patio. A mí me decía, güera, mañana te traes un cepillo. Me chocaba. Las niñas de la escuela me decían, vamos a jugar pesca pesca. Y yo, qué, cómo se juega. Corremos y me tienes que alcanzar y tocar. Ah, jugaban a las trais, pero todos los juegos tenían otros nombres. A las escondidillas les decían busca busca, me daba mucha risa. Y para decir pido, o sea, pido de pedir tiempo, que te esperen tantito, decían tapón. Bien loco. Mi mamá me decía, vete al súper y tráite un pinol. La del súper me decía, no hay. Pero si ahí está, quiero de ese, se lo señalaba. Ah, ese es pinil, me regañaba.

Una mañana, en la escuela, empiezan a decir que venía un huracán. Yo no sabía qué era, no tenía ni idea. Mis papás nos recogieron temprano, estaba lloviendo. Nos llevaron con una sobrina de mi papá, Adriana, que vivía en un cuartito con su hermano. Decían que era más seguro que el hotel. Era chiquitito y hacía un calor de los mil demonios. Había una cama, una hamaca y un colchón tirado en el suelo, y ahí nos acomodamos todos.

El cuarto tenía una ventana grande, por afuera le pusieron madera, y por adentro un colchón. De comer sólo había atún y pan bimbo, y agua embotellada. Ahí nos quedamos toda la tarde, mi mamá nos echaba aire con un abanico. Al rato se fue la luz, pusieron música en un radio de pilas. A nosotros nos durmieron. Yo me desperté, porque oí que mi mamá decía, esto está muy fuerte. Agarraron un tablón y se recargaron contra la ventana. Los miré un rato, pero me volví a dormir.

En la mañana desperté y mi mamá me estaba echando aire con una revista, de verdad estábamos empapados de sudor. Mis papás se querían salir, pero los vecinos los pararon, no se salgan, es el ojo. Se oía algo que pegaba en el techo, mi papá dijo que era un tinaco que se había caído. Yo ya me quería ir al hotel.

No me acuerdo cómo terminó el huracán, pero sí me acuerdo que nos quedamos en el cuartito. Adriana y su hermano se regresaron a México, no queremos saber de otro ciclón, dijeron. Después del huracán, no había nada que comprar, no había verdura, ni fruta, ni carne. Desayunábamos panes de tía rosa con coca cola, y lo único que comíamos era atún. Estábamos sin agua, cada dos días pasaba la pipa, y guardábamos el agua en una hielera. No teníamos mesa, comíamos sentados en la cama. Un día que regresamos de la escuela mi mamá nos dio de comer arroz con huevos estrellados. Ese día me puse a llorar, me puse triste, no aguanté, nunca habíamos sido tan pobres, le dije a mi mamá. No, mi amor, me dijo, es que se nos antojó. Pero yo sabía que no teníamos dinero.

La chava esa, Dulce, se transó a mi papá, y no le consiguió la casa, sólo las placas de taxi. Mi papá se iba a trabajar, pero nadie tomaba taxi después del huracán. Cobraba cuatro pesos el viaje y le daba treinta pesos diarios a mi mamá, para la comida.

Mis papás platicaron si nos regresábamos, pero decidieron que no, que nos quedábamos. Entonces mi mamá se fue a México con Guillermo, a vender el departamento que teníamos en Tlalpan, y nos quedamos Rodrigo y yo, solos con mi papá.

Diario comíamos con una señora que vivía en una casa de palitos, mi papá le daba los treinta pesos que antes le daba a mi mamá, y ella nos hacía de comer.

A los dos meses regresó mi mamá. Sí pudo vender el departamento y con ese dinero compramos uno aquí, con dos recámaras y una sala comedor. Después que nos cambiamos, las cosas empezaron a mejorar.

En la escuela, la maestra nos dijo que el Gilberto había sido el huracán más fuerte del siglo.

# CÓMO SE COCINA UN HURACÁN

---

*(Recetario del Caribe Mexicano)*

*Platillo típico de la región, con alta dificultad de preparación. Se macera al aire libre, sobre una base caliente de vapor y agua salada. El punto de ebullición puede ser incierto. No es fácil ligar los ingredientes. Se acostumbra tragarlo en verano, de mala gana, a la orilla del mar.*

## *Ingredientes*

*1 amplia zona de baja presión  
1 porción de efecto Coriolis  
1 océano de agua cálida  
1 racimo enorme de cumulonimbus  
Humedad en abundancia  
1 pizca de cizalladura*

## *Modo de hacerse:*

*Licuar, moler, hervir y enfriar la mezcla, todo al mismo tiempo. Agregar todas especias, salpimentar al gusto. Batir y batir, para evitar que se corte o se cuaje, hasta alcanzar el punto de ciclón. Checar cada tanto la presión y la temperatura. Cocinar por largas horas, eternos días. Incorporar picante, servir con violencia. Rinde de 1 a 5 categorías. Hay que prevenir a los (no) invitados que el guiso es indigesto, y suele dejar un resabio húmedo y amargo.*

## ***Platillo típico de la región***

La mayoría de los habitantes de Cancún, aun viviendo de cara al Caribe, no tenemos ni idea de cómo se cocina un huracán. Por costumbre, la gente maneja con estudiada soltura unos pocos tecnicismos, categoría tal, vientos así, presión asá, pero la secuencia que obedece el torbellino nos resulta un misterio.

Tal ignorancia tiene un atenuante: un huracán es un guiso en extremo complejo, de génesis incierta, de intensidad voluble, de trayectoria errática, con condimentos que no han sido del todo comprendidos, ni siquiera por los meteorólogos.

Por tanto, entenderlo es un desafío canijo: la materia es técnica, el lenguaje

es árido (pese a tanta humedad), la descripción es problemática, y el lenguaje de los expertos es incomprensible.

Pero la receta tiene su encanto. Los vaivenes del clima son un tema vibrante, cautivador, plagado de retos, y quienes se ocupan de ellos, los meteorólogos, aunque tengan una formación científica, con frecuencia se ven obligados a usar sus dotes de intuición (e incluso, de imaginación).

También tiene el potaje su lado sabroso: un huracán, que en esencia es una perturbación climática, tan normal como la lluvia, es también un suceso descomunal, siempre catastrófico, generador de mitos, de exageraciones, de leyendas...

La gente teme los huracanes, y aunque no entiende (aquí me incluyo) ni su estructura, ni su mecánica, ni sus ciclos, esa ignorancia abona supersticiones disparatadas, como que hay regiones invulnerables, que los manglares los detienen o los desvían, o como la insensata propuesta de destruirlos con armas nucleares.

Tampoco hay que descartar, de último, el argumento regionalista (por no decir provinciano): los huracanes nos pertenecen, son algo *típico*, han formado y deformado nuestro paisaje por siglos. De hecho, el diccionario avala que la palabra huracán proviene de una voz caribe, *jurakán*, o *hanrakan*, que significa 'gran viento'.

¿No merecen, acaso, una mirada curiosa y atenta?

¿No vale la pena, aunque sea por encimita, meterse a la cocina y tratar de entender el guiso?

Eso es lo que sigue, el esbozo de la receta básica que, desde luego, puede estar torcida por un factor insuperable: mi propia ignorancia.

### ***Alta dificultad de preparación***

Durante décadas, burlarse de los pronósticos del clima ha sido un pasatiempo universal. Es cosa sabida que los meteorólogos nunca le atinan: si dicen que habrá sol, hay que sacar el paraguas; si dicen que lloverá, hay que ir a la playa.

Son todo un caso...

Desde luego, hay que considerar que no la tienen fácil: al público consumidor de noticias, que hoy somos todos, al llegar a la sección del clima lo único que le interesa es el futuro, lo cual ha convertido a la climatología en una suerte de ciencia adivinatoria. Es más, no es exagerado afirmar que tales ansias han distorsionado la esencia de esa ciencia, y han tornado la destreza de predecir, no la paciencia de averiguar, en la cualidad más apreciada. En las escuelas donde se imparte la especialidad, el grado máximo se llama *meteorólogo previsor*, lo que en buen español significa que el grueso de la chamba de los egresados consistirá en elaborar pronósticos. Y es que a nadie le importa cómo estuvo ayer: lo que cuenta es cómo estará mañana, pasado mañana, el fin de semana...

En teoría, tales predicciones no son imposibles. El clima no es mas que un conjunto de fenómenos físicos que, siempre en teoría, podrían explicarse con un modelo matemático. Si tengo tal masa de aire, con tal temperatura, desplazándose en



tal dirección, puedo pronosticar cuánto bajará o subirá el termómetro, en dónde, y a una hora muy aproximada.

Además, de manera simplista, son pocas las variables que intervienen en la fórmula. En primer lugar, el sol, que calienta el globo terráqueo de manera uniforme, en horarios definidos para cada punto de la esfera, con una intensidad determinada.

En segundo lugar, la atmósfera, una mezcla de gases que se expanden y se contraen de acuerdo a la temperatura y la presión, a velocidades que han sido medidas con exactitud y explicadas a satisfacción.

Y en tercer lugar, el océano, la masa líquida que cubre las tres cuartas partes de la superficie terrestre, que en igual forma, responde de manera lógica y precisa a los influjos del entorno.

Esos son los grandes peroles donde se cocina esta receta.

Ciertamente, puede haber brasas de otro fogón. Por ejemplo, las cenizas que arrojan los volcanes a la atmósfera o el choque de un mega asteroide con la Tierra, que han podido provocar, teorías van y teorías vienen, tanto una era glacial como la extinción de los dinosaurios (o ambas).

Pero la inmensa mayoría de los fenómenos que llamamos *clima* proviene de la interacción de tres fuentes bien estudiadas: el sol, la atmósfera, el océano. Ese es el origen de las fronteras de las selvas, del avance de los desiertos, del derretimiento de los polos, de las primaveras floridas y, por supuesto, de los huracanes.

Ahora bien, conociendo la relación simple y lógica de los agentes involucrados, deberíamos ser capaces de predecir la génesis y la duración de estos fenómenos, ¿no es así?

No es así.

Y la razón es que la interacción de esos componentes no tiene nada de simple y, a veces, no tiene nada de lógica.

El sol, por ejemplo, *no* calienta la Tierra de manera regular, por la sencilla razón de que la Tierra se mueve en demasía, pues gira sobre sí misma cada 24 horas, y de remate, es una esfera inclinada, de modo que en algunas zonas, las tropicales, recibe los rayos de frente, mientras que en otras, las polares, los recibe oblicuos.

Como resultado, la atmósfera se enfría y se calienta en forma muy compleja, y los vientos viajan en todas direcciones, de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, de norte a sur y viceversa, de este a oeste y viceversa, en cualquier dirección y viceversa, y también giran en remolinos, produciendo tornados y huracanes, al tiempo que la masa aérea acumula una enorme cantidad de vapor de agua, humedad que se convierte en nubes, nubes que se precipitan como lluvia, como granizo, como nieve, nubes que el viento arrastra, y colisiona, y surgen los truenos y las centellas, y a eso hay que agregar las oscilaciones magnéticas, las corrientes de chorro, la capa de ozono y su agujero, el efecto invernadero, la radiación ultravioleta y hasta el viento solar, que al chocar con la atmósfera produce las idílicas auroras boreales.

El océano, también en perpetuo movimiento, aporta lo suyo a esta ensalada

planetaria: corrientes en todas direcciones, ríos del mar docenas de veces más caudalosos que el Amazonas, fríos y templados, superficiales y profundos, que describen eses y ochos, que se pasan por arriba y por abajo, y de remate, que cambian de latitud, que no se están fijos, que se desplazan sin razón aparente.

Al final, claro está, también hay que sumar las cenizas de los volcanes, las emisiones de humo de las fábricas, los vapores de azufre de las gasolinas, la lluvia ácida y hasta los cambios en la salinidad del mar.

En resumen, los meteorólogos enfrentan todos los días, de un lado, un tremendo rompecabezas, con millones, o billones, o trillones de variables, algunas ni siquiera bien entendidas, y por el otro, un público impaciente que les exige pronósticos exactos, con la inquietud de saber si es preciso cargar el impermeable.

Hay que tenerlo en cuenta: en la actualidad, pese a los rotundos avances tecnológicos, no existe ninguna computadora que pueda, ni remotamente, almacenar y combinar todas las variables climáticas que afectan el planeta. Con suerte, y con algún margen de error, se pueden prever las condiciones de áreas mínimas del planeta, los famosos microclimas, pero aún estamos lejos de comprender la condimentada salsa que llamamos clima.

Triste cruz la de los meteorólogos: errar es su destino.

### ***El punto de ebullición puede ser incierto***

Algunas variables ni siquiera son bien entendidas.

Cuando alguien recorre la literatura del clima, a menudo va a encontrar frases que no corresponden al lenguaje de una ciencia exacta: *se ignora, no ha sido explicado a satisfacción, no hay evidencias concluyentes, no se sabe con certeza.*

Un ejemplo clásico: el temible fenómeno del Pacífico conocido como El Niño.

Para entender El Niño, primero hay que tener una imagen de lo que sucede en el Pacífico, a la altura del Ecuador. En épocas normales, un cinturón de vientos sopla de este a oeste, desde la costas de Ecuador y del Perú, que tienen aguas muy frías, hasta las costas de Indonesia, que son mucho más calientes, tanto como 8 grados centígrados. La explicación de esa diferencia es simple: durante meses, el sol ecuatorial calienta las aguas empujadas por los vientos, en su lenta travesía por el Pacífico. Y de paso, eleva medio metro el nivel medio del mar, pues mantiene ‘empujado’ todo el Pacífico ecuatorial hacia el oeste.

Pero de repente, sin aviso, los vientos se debilitan y la masa de agua caliente, acumulada en Indonesia, empieza a fluir hacia Sudamérica. Con el agua se desplaza también la atmósfera caliente, cargada de humedad. Tal suceso suele ser trágico para los pescadores del Perú, pues al agua tibia contiene poco plancton, y poco plancton significa pocos peces. Cuando llega El Niño –por lo general cerca de Navidad, por eso lo bautizaron así–, las aguas se calientan y las pesquerías se arruinan.

Pero también sufre buena parte del planeta. La humedad de la atmósfera,

desplazada de oeste a este, invierte el patrón climático de ambas regiones, y entonces se registran diluvios e inundaciones en América del Sur, desde Colombia hasta Chile, y sequías e incendios tropicales en Indonesia y Australia. Incluso, se reportan alteraciones en las lluvias en lugares tan distantes como México y el suroeste de Estados Unidos, y cambios en el flujo de las mareas a escala global.

Los científicos han medido meticulosamente los efectos de El Niño. Pero sus certezas tienen un hueco: la fecha de nacimiento de la criatura.

Nadie sabe qué lo desencadena.

Nadie sabe cuándo ocurrirá.

Nadie sabe cuánto durará.

En los últimos cuarenta años se han registrado diez Niños, pero la ciencia no ha sido capaz de predecir ni uno sólo, ni de calcular su fortaleza ni su duración cuando ya empezaron, porque a veces duran unas semanas, pero a veces se prolongan todo un año. Y esto se vincula al tema de Wilma, ya que las observaciones de ese lapso sí dejan claro que, cuando no hay Niño, hay más huracanes intensos.

¿Por qué?

La respuesta usual: nadie lo sabe.

### ***Se macera al aire libre***

Criaturas con sentidos limitados, prisioneros de nuestros prejuicios, los terrícolas estamos convencidos de que vivimos en la superficie de un planeta generoso, verde, templado aun en sus extremos, sin duda acogedor. Es una visión idílica, que descarta el hecho de que el 99 por ciento de la masa terrestre no tiene condiciones propicias para la vida.

La biosfera, es decir, la envoltura planetaria en donde pueden crecer las plantas y respirar los animales, tiene escasos kilómetros de espesor: cinco hacia el cielo (tal vez un poco menos), cinco hacia el fondo del mar (tal vez un poco más). Una costra insignificante, apenas poco más que una milésima del diámetro del planeta: si la Tierra fuera un balón de fútbol, el forro de la biosfera tendría el grosor de un papel celofán. Fuera de esa franja, la vida no tiene soporte posible (aunque los aviones comunes traspasan a cada instante esa frontera).

Los terrícolas vemos, sentimos, sabemos que vivimos sobre la corteza del globo, en casas y ciudades, en países y continentes, rodeados por el mar. Los meteorólogos tienen otro enfoque, una visión fantástica, alucinante, invertida y divertida, porque comprenden que habitamos el fondo de un océano de gases, un mar tan inestable y hostil como el que empieza en nuestras playas (y mucho más extenso).

El fondo de un mar hostil: a 5 mil metros de altitud la atmósfera está helada, a unos 17 grados bajo cero, por eso las cumbres altas siempre están nevadas, y a 10 mil, la altura donde vuelan los aviones, está gélida: 50 grados bajo cero. Pero la atmósfera tiene una altura incierta: hay indicios de gases a mil kilómetros de altura, cifra engañosa, porque las capas superiores son tenues y discontinuas. Más abajo, en las

capas medias, hay violentas corrientes de viento, ríos de aire en medio del aire, como hay ríos de agua en medio del mar, pero éstos se desplazan, eso es lo normal, a velocidades medias de 200 o más kilómetros por hora, o sea, las condiciones imperantes en un intenso huracán.

En las capas bajas, las que afectan y moldean la vida, también suceden cosas extraordinarias: corrientes de chorro (aún más veloces y errabundas que las otras), tormentas eléctricas, trombas y tornados, y el tópico ineludible, huracanes. Hasta una granizada puede integrarse al inventario de las maravillas, pues supone que el vapor de agua subió, disperso en moléculas, hasta convertirse en cristales de hielo diminutos; que en ese estado sólido pudo quedar suspendido en el aire por minutos o por semanas; que al fin se aglutinó con otras moléculas hasta alcanzar suficiente masa para precipitarse a tierra; que en el viaje hacia abajo, derritiéndose, encontró corrientes ascendentes que lo devolvieron a las alturas; que camino arriba volvió a congelarse, para luego volver a caer, y volver a subir, y caer, y subir, y caer, cautivo de los vientos; y que al fin llegó a la superficie terrestre, donde un meteorólogo, analista de los cielos, lo partió por la mitad y dedujo, por las capas concéntricas de las heladas y las derretidas, el bailoteo celestial de la esferita de hielo.

Tenemos entonces, sobre nuestras cabezas, una bóveda no caprichosa, pero sí inestable, que se comporta... ¡como un fluido! Eso es lo que es: los científicos, al hacer sus ecuaciones, le confieren a la atmósfera la calidad de fluido, cuerpo cuyas moléculas tienen poca coherencia, cuerpo que toma la forma del recipiente que lo contiene.

Igual que el otro fluido, el que tenemos en la orilla de la playa: el mar.

Pues bien, en la frontera de estas dos licuadoras cósmicas, de repente se produce la peor de las perturbaciones: un huracán. Tiene que ver con ambos: los huracanes son fenómenos atmosféricos que viven del calor del océano. En aguas frías, mueren. En tierra, mueren. Pero, durante su fugaz existencia, ambos océanos, el aéreo y el líquido, interactúan de una manera formidable, un trueque tan dramático y tan dinámico que desafía la imaginación.

Por eso, para entender un huracán, primero hay que imaginarlo, hay que tener abiertos los sentidos.

Como quien dice, hay que agarrarle el gusto.

### ***Ingrediente esencial: una zona de baja presión***

La catedral sagrada de la tormentología moderna son las oficinas del Centro Nacional de Huracanes (CNH), ubicadas en Miami, que dependen de un ministerio menor que se llama Administración Nacional Oceánica y Atmosférica (NOAA). Con su presupuesto imperial, la NOAA publica más libros y ensayos sobre huracanes que cualquier otra institución, elabora día con día el pronóstico oficial de los mares tropicales y opera la flota de aviones caza huracanes más moderna del mundo.

La NOAA también tiene un documento en Internet llamado *Preguntas y*

*Respuestas Frecuentes sobre Huracanes*, mal ordenado y peor traducido, que enlista los seis ingredientes indispensables para que se cocine un huracán. Como éstos tienen que mezclarse en forma simultánea, el orden de aparición que les confiere su autor, el especialista en huracanes atlánticos Christopher Landsea, es por necesidad arbitrario.

Un primer ingrediente, esencial, es un *sistema de baja presión*.

Todos sabemos que el aire pesa, es decir, que los 1000 kilómetros de atmósfera sobre nuestras cabezas pesan, y que ese peso presiona hacia abajo, hacia la superficie de la Tierra. ¿Cuánto? A nivel del mar, alrededor de 1013 milibares, es decir, lo mismo que una columna de mercurio de 760 milímetros. Para efectos del Wilma, salen sobrando el mercurio y los milímetros, pero es importante recordar, como tema de huracán, que a nivel del mar la presión media es de 1013 milibares.

¿Eso quiere decir que en las montañas la presión es menor?

Correcto: la presión disminuye con la altura. En la cima del Everest, el aparato que se usa para medir la presión, el barómetro, marcaría menos de 300 milibares.

Pero en la superficie del mar también pueden producirse áreas de baja presión, cuando el aire se calienta y asciende, porque mientras eso sucede, el aire no *pesa* menos, pero sí *presiona* menos. Ese es un fenómeno característico de los trópicos, donde todo el año, pero más en verano, el intenso calentamiento provoca columnas de aire que ascienden a las alturas.

Si el sol calienta todo el océano, ¿todo el océano se convierte en zona de baja presión?

Correcto: en los meses cálidos, los océanos registran menor presión atmosférica que en los meses fríos. De hecho, por razones no muy claras, océanos como el Índico y el Pacífico Sur tienen una presión media menor que la del Atlántico. Y en cada océano, por razones tampoco claras, hay zonas que tienen menor presión que otras.

Aquí lo importante es imaginar que todo el océano se convierte en una plancha cálida, de la cual asciende aire caliente cargado de humedad. Ese aire llega hasta las capas superiores de la atmósfera, la llamada troposfera, enfriándose con la altura. El vapor que acarrea se agrupa en nubes, y las nubes se condensan y se vuelven lluvia, en circuito permanente, por no decir eterno. Eso se llama el ciclo del agua.

Abajo, en la superficie del océano, cuando se produce un área de baja presión, lo que sucede es que el aire de los alrededores ‘fluye’ para llenar el hueco. De hecho, a la altura del Ecuador, hay un delgado cinturón terrestre de baja presión, conocido como Zona Intertropical de Convergencia (llamado también Ecuador Meteorológico), porque ahí convergen los vientos de ambos hemisferios. Esa franja está siempre repleta de nubes de tormenta y es una cuna de huracanes.

Pero pueden formarse zonas de baja presión en cualquier punto del océano, unas reducidas, otras enormes, de cientos de kilómetros cuadrados, de modo que los vientos que atraen cubren enormes franjas del océano.

Tanto en el Atlántico como en el Caribe, cada temporada de huracanes se

producen docenas, por no decir cientos de zonas de baja presión, que en su etapa embrionaria son las causantes de las tardes lluviosas y del mal tiempo repentino. La inmensa mayoría se disgregan solas, pero, mientras deambulan por el mar, sus giros y desplazamientos son la base de los pronósticos del día siguiente.

¿Vale la pena ubicarlas?

No es labor de aficionados.

Esa chamba pertenece a los detectives del cielo, los meteorólogos.

### ***Ingrediente esotérico: una porción de efecto Coriolis***

La ciencia está llena de paradojas, es decir, de propuestas que desafían el sentido común, que de entrada parecen contradictorias.

Ante la rotunda evidencia, nuestra mente ha llegado a aceptar algunas de ellas, como el hecho de que la Tierra es redonda, cuando los sentidos la perciben plana, o como el hecho de que gira, cuando todo indica que permanece inmóvil.

Pero hay otras más difíciles de asimilar, como la relatividad, que postula que el tiempo casi se detiene a la velocidad de la luz: si un gemelo lograra viajar al espacio por pocos meses, regresaría a la Tierra para encontrar a su hermano convertido en un anciano.

O como el principio de incertidumbre, que sostiene que no se puede determinar hacia dónde caerán las moléculas de agua en un chorro que asciende, o sea, que cada molécula *escogerá* hacia donde caer.

O como los experimentos con partículas subatómicas, que han demostrado que esos diminutos cuerpos pueden estar en dos lugares... ¡a la vez!

Todo esto viene a cuento porque otro ingrediente que requiere un huracán está determinado por una ley física comprobada, exacta pero desconcertante, que postula que cualquier cosa que se mueva en línea recta sobre la superficie de un objeto en rotación sufrirá una desviación en su trayectoria.

Ese arqueo obligado se llama *efecto Coriolis*, en honor del perspicaz científico francés que lo enunció, a principios del siglo XVIII, y cuyo nombre figura, como homenaje póstumo, en una de los arcos de la Torre Eiffel.

Para el guiso que nos ocupa, el objeto en rotación sería la Tierra, que gira sobre su eje, cada 24 horas, en dirección oeste-este.

Las cosas en movimiento pueden ser muchas: aviones, barcos, misiles, vientos, huracanes.

Y el sentido de la rotación es lo que determina el desvío: si el objeto se mueve en el hemisferio norte, se desviará a la derecha; en el sur, torcerá a la izquierda. Lógico, más se curvará entre más lejos se encuentre del Ecuador, donde el efecto se reduce a cero.

El efecto Coriolis es la clave que explica el giro de un huracán. Atraídos por el vacío, los vientos buscan el centro de la zona de baja presión, con un leve desvío a la derecha. Desde donde vengan, norte o sur, este u oeste, mostrarán esa tendencia.

Sin embargo, al aproximarse, serán retenidos por la fuerza de la baja presión, mucho más poderosa que el efecto Coriolis, formando un remolino que girará en sentido inverso, a la izquierda, contra las manecillas del reloj (en la otra mitad de la esfera, el hemisferio sur, la curva será a la izquierda, y el remolino a la derecha).

Ese contraste ha dado origen al mito de que todos los remolinos, incluyendo los del inodoro, giran contra reloj al norte del Ecuador, y viceversa. Falso de toda falsedad: el efecto Coriolis es una fuerza diminuta, que requiere grandes distancias para manifestarse. Los torbellinos de la coladera tienen su explicación en los desniveles del piso del baño y en el diseño de los excusados, no en la rotación de la Tierra.

Pero el efecto Coriolis existe, y forma parte de los cálculos rutinarios de los pilotos de avión y los lanzadores de cohetes. También figura en la teoría de los huracanes, pues establece una condición ineludible para su génesis: que la baja presión se encuentre, al menos, a 500 kilómetros del Ecuador, para que el sistema empiece a rotar. A menor distancia, las tormentas avanzan de frente y nunca llegan a ser ciclones.

Cabría acabar este apartado con un sabroso entremés: en el mar, sobre un barco, los huracanes *parecen* idénticos a las tormentas comunes, que avanzan de frente, sin girar. Engañados así por sus sentidos, los marineros antiguos desplegaban las velas, con la esperanza de mantenerse frente al temporal, pero, tratándose de un huracán, la estrategia era suicida, porque los vientos en espiral los llevaban al centro exacto del meteoro. Entre los pocos que lograron sobrevivir esa pifia se encontraba un corsario y aventurero inglés, William Dampier, atrapado por un severo tifón cerca de las islas Filipinas, en 1680. Tras varios días de zozobra en que casi zozobra, cuando el vendaval cedió, Dampier consultó sus instrumentos y, con asombro, comprobó que estaba casi en la misma posición que al principio, cuando una tormenta lo hubiera desplazado cientos de kilómetros. Cosas de la vida: Dampier terminó convertido en un científico respetable y escribió un magistral tratado de hidrografía, *Discourse of Trade-Winds*, que resultó ser el texto fundamental para explicar la naturaleza giratoria de los ciclones.

### ***Ingrediente energético: un océano de agua cálida***

Cuando los reporteros le preguntan qué es un huracán, el meteorólogo del Ayuntamiento de Cancún, José Chi Ortiz, se remite a la más sencilla de las imágenes: una olla de agua hirviendo. Igual que la olla sobre el quemador de la estufa, el huracán metafórico de Chi reposa sobre una fuente de intenso calor, el mar de los trópicos.

Desde luego, la caldera de un huracán deambula sin control por el océano, gira en remolino, y el vapor que sube también baja, pero el ejemplo es válido, porque la formación de un huracán requiere, por fuerza, del calor del mar.

Los océanos son grandes almacenes de calor. No es exactamente que el agua esté tibia cuando uno se baña en la playa, sino un fenómeno físico que permite a las moléculas de agua almacenar calor, y ese calor es el combustible abundante y limpio

que usa la gran máquina consumidora de energía que llamamos huracán.

Para que eso suceda, es necesario que durante meses el sol caliente el mar. Parte de ese calor se pierde por la constante evaporación, pero otra parte se va acumulando. De hecho, aunque en el Atlántico Norte los meses más soleados, y por tanto los más calidos, van de mayo a agosto, el mar se sigue calentando y alcanza sus máximas temperaturas, que coinciden con la máxima actividad ciclónica, en septiembre y octubre.

El riesgo empieza cuando los termómetros rebasan los 26 grados centígrados, que son la cota mínima para sostener un huracán. Pero con este requisito los huracanes no tienen problemas: desde finales de julio, es habitual que todo el Atlántico tropical, desde África hasta América, haya rebasado esa barrera, y en los meses críticos no es extraño que lleguen a los 30° C.

Los espíritus curiosos, interesados en verificar las temperaturas oceánicas, tienen su mejor herramienta en Internet: hay multitud de páginas que muestran, mediante tablas de colores, las zonas más cálidas, que pueden ser (no siempre son) las autopistas que siguen los meteoros. Porque llevar el termómetro a la playa no sirve de gran cosa: el agua tiene que estar caliente hasta 50 ó 100 metros de profundidad.

### ***Ingrediente decorativo: un enorme racimo de cumulonimbus***

Para los habitantes de las junglas de asfalto, la lluvia siempre es una molestia. Tal vez por eso miramos sin atención el cielo y hemos olvidado las lecciones de geografía que explicaban, con elegantes latinajos, las distintas formaciones de nubes: cirrus, nimbus, cumulus, estratus.

Los trópicos, durante todo el año, son el escenario ideal para la más vistosa de tales formaciones: los cumulonimbus. Se trata de esas robustas nubes de algodón, con forma de hongo y apariencia de coliflor, cuyas crestas pueden alcanzar hasta 18 kilómetros del altura. Pero su delicada apariencia es engañosa: en su interior, tras las esponjosas paredes, se ubica el centro dinámico de las grandes tormentas de lluvia y de granizo, espacio tan hostil que incluso los aviones grandes prefieren no invadirlo.

La abundancia de nubes sobre un océano tropical es señal inequívoca de que se está registrando una intensa evaporación, lo cual implica una masa ascendente de aire y vapor de agua. No vemos ese vapor cerca de la superficie porque se encuentra disperso, pero al llegar a las alturas se enfría, se congrega y se forman las nubes. Y cuando las nubes se saturan de humedad, llueve. Ese es otro ingrediente de la receta, según Landsea, descrito en el lenguaje técnico de los meteorólogos: una atmósfera que se enfríe rápidamente con la altura.

Ahora bien, en el momento exacto de la formación de una gota de lluvia, tiene lugar un fenómeno que vale la pena detallar, porque ahí está la clave de la energía que consume un huracán. El agua de mar, quedó dicho, guarda una gran cantidad de calor. Cuando se convierte en vapor y asciende, conserva íntegra su carga calorífica. Pero al condensarse en gota, libera ese *calor latente*, energía pura que queda



libre en el aire. Tras un chubasco normal, no pasa nada: el aire frío absorbe el exceso de calor. Pero un ciclón es una bomba de succión que extrae del fondo oceánico millones de calorías por segundo, y esta energía, al ser liberada, permite sostener la fuerza huracanada de los vientos.

Las cumulonimbus constituyen casi toda la masa de un huracán, desde las paredes del ojo hasta las bandas exteriores. Pueden tener unos 18 kilómetros de espesor, tocando casi la superficie del océano en un extremo, llegando a la estratosfera en el otro. Pero no hay que perder de vista la fisonomía plana de los huracanes, que pueden ser cien veces más anchos que altos. El Gilberto es un buen ejemplo, pues sus 18 kilómetros de altura apenas equivalían al uno por ciento de sus mil 600 kilómetros de diámetro.

En palabras de una autoridad peninsular en la materia, Juan José Morales, un huracán es “un inmenso pero delgadísimo disco de nubes”.

### ***Ingrediente lubricante: humedad, humedad, humedad***

Los huracanes son criaturas del mar.

No sólo necesitan su calor, también necesitan su vapor, cocinero eficaz para implementar el intercambio de energía. Una vez que la caldera se ha puesto en movimiento, es necesario que el aire que fluye hacia el centro sea húmedo, o sea, que contenga vapor, condición garantizada en los mares tropicales.

Pero en el Atlántico, la garantía de aire húmedo tiene dos excepciones. Primero, al mismo tiempo que se inicia la temporada de huracanes, tiene lugar en el desierto del Sahara, al norte de África, la época severa de tormentas de arena. No hay manera de medir cuánto polvo termina suspendido en el aire, pero hay científicos que calculan su peso en... ¡mil millones de toneladas!

La cuestión es que esa nube de polvo, impulsada por los vientos alisios, cruza la totalidad del Atlántico, genera espectaculares puestas de sol en la Florida (que se pintan de anaranjado, por el reflejo de los rayos solares en las partículas flotantes), amenaza la supervivencia de los corales en el Caribe (por su alta concentración de mercurio tóxico), y de paso, perturba la formación de uno que otro huracán. Las fotos de satélite son impresionantes: la nube arenosa puede cubrir la mitad del trayecto entre ambos continentes.

El otro deshidratante ciclónico viene del norte: en el otoño, impulsadas por las altas presiones, irrumpen en el Caribe masas de aire seco continental, o sea, aire que ha perdido humedad, porque el sol lo reseca durante meses sobre los continentes.

Desde luego, cuando se produce este choque de colosos, hay un intercambio de fuerzas: el huracán humedece la masa de aire seco, y el aire seco, valga la redundancia, reseca el huracán. El choque los debilita, pero rara vez los destruye. La presencia de aire seco suele ser letal sólo al principio, cuando una depresión tropical lucha por ascender de rango. Entonces sí, el soplo cálido del desierto suele convertirse en una seca tumba.

***Ingrediente picante: una rajita de cizalladura***

Los huracanes son máquinas que requieren de una buena alineación.

En otras palabras, para que no se corte el remolino, es necesario que la máquina de succión que se encuentra en la superficie del mar trabaje en línea con el cúmulo de nubes que gira en las alturas.

Cuando un huracán avanza va encontrando en su camino, por decirlo de alguna manera, ‘cortes’ verticales de viento, es decir, corrientes superpuestas cuya velocidad puede variar con la altitud. Si la diferencia de velocidad entre las corrientes altas y bajas es pequeña, el huracán puede absorber su efecto, pues se alinea sobre la marcha y sigue adelante. Pero si la brecha es mayor, el choque puede desalinear las capas del huracán y provocar su fractura. En las etapas iniciales, otra vez, tal encuentro suele ser fulminante.

En inglés, ese elemento, o ingrediente, o condición, se llama *vertical wind shear*. Masters dice: “La *shear* manda.” (*Shear rules!*)

Gray, de la Universidad de Colorado, dice: “La *shear* puede debilitar o destruir el ciclón tropical al interferir con la organización de una convección profunda alrededor del centro del ciclón.”

Robbie Hood, de la NASA, dice: “La razón por la que no existen huracanes en el Atlántico Sur es la tremenda fuerza de la *shear*.”

Gerry Bell, de la NOAA, dice: “Tememos una fuerte temporada de huracanes porque las lecturas de *shear* son muy débiles.”

Todos coinciden que es un factor de la máxima importancia, de modo que esta receta requería una traducción precisa del vocablo. Pero cuando le pregunté como diría *shear* a Alberto Hernández Unzón, uno de los voceros oficiosos de la meteorología nacional, me regresó un término inaudito.

– Ah, sí, la *cizalladura*.

– ¿La qué?

– La *ci-za-lla-du-ra*.

Le enseñé mi cuaderno de apuntes, preguntando si la ortografía era correcta.

– Creo que sí –, dudó.

El breviario de Landsea, sus FAQ en Internet, tampoco aportaron un término aceptable, pues lo llaman ‘cortante vertical del viento’, y lo definen como ‘la magnitud del cambio de la velocidad del viento con la altura.’

Decidí entonces archivar el lenguaje de los técnicos y durante semanas traje en la cabeza el dilema de cómo traducir *vertical wind shear*.

¿Perfil vertical del viento?

¿Patrón de altitud del viento?

¿Cortina de magnitudes?

¿Gradiente de soplos?

En el trayecto, *shear* se convirtió en un concepto familiar y logré entender que, cuando la diferencia entre la velocidad de los vientos de superficie (los primeros cinco kilómetros), y los de la troposfera (entre 10 y 18 kilómetros), es mayor a 40

kilómetros por hora, los proyectos de huracán se desalinean y se quiebran. Ojo, no se trata de la velocidad de los vientos, sino de la diferencia de velocidad entre los vientos de arriba y los de abajo. Así pues, un huracán maduro puede dislocarse si encuentra valores altos en el *perfil vertical*... mmhhh... en el *patrón de altitud*... mmhhh... en la *cortina de magnitudes*... mmhhh... en el *gradiente de soplidos*... mmhhh... en como quiera que se llame ese factor.

En resumidas cuentas: ojo con la cizalladura.

### ***Receta de cocina: modo de hacerse***

Por pura ley de probabilidades, hay muchos momentos en que esos seis ingredientes coinciden en la superficie del océano, instante justo en que se empieza a cocinar un huracán.

El sistema de baja presión, repleto de cumulonimbus, cargado de humedad, empieza a rotar sobre sí mismo, y avanza caprichoso, si no encuentra masas de aire seco, ni la famosa cizalladura. Sus vientos son débiles, pero poco a poco el calor extraído del mar incrementa su fuerza.

Hay discrepancias sobre cómo llamar al guiso en esa etapa. Al nacer, algunos autores lo llaman *onda tropical*, y luego lo ascienden a *perturbación tropical*, pero otros usan sin distinción ambos términos. La duda se resuelve si conserva su identidad por más de 24 horas, porque entonces el Centro Nacional de Huracanes le asigna un número y le confiere la calidad de *depresión tropical* (TD, para abreviar).

Ahí empieza a definirse el centro del meteoro y se adivina la ubicación del ojo. Todavía no está claro el eje de rotación, y los meteorólogos pasan horas y días discutiendo en Internet, en ejercicio tan tedioso como ocioso, dónde se localiza el ‘ojo verdadero’.

Si las condiciones son favorables, si la velocidad de los vientos aumenta, si el giro se acentúa, la olla empieza hervir y el potaje sube a la siguiente categoría: *tormenta tropical*. Entonces se le asigna un nombre de persona (que conservará hasta extinguirse), en riguroso orden alfabético, de acuerdo a su fecha de aparición.

Los límites de la tormenta tropical están mejor definidos. Para efectos prácticos, vientos sostenidos mínimos de 60 y máximos de 120 kilómetros por hora. Tampoco hay un criterio universal del concepto *vientos sostenidos*, pues el NHC considera suficiente medirlos por un minuto, mientras que la escuela australiana, el otro templo de la sabiduría ciclónica, estima que el registro debe durar diez minutos. Como sea, en ese hervor se define el ojo, clara señal de que la tormenta ya tiene todas las características de la categoría máxima, la de *huracán*.

En este punto, lo que sucede sobre el océano es un prodigio, un espectáculo alucinante de las fuerzas de la Naturaleza. En torno a la zona de menor presión se consolida el ojo, centro cálido, limpio de nubes y libre de vientos, cuyas paredes se elevan en línea recta entre 15 y 18 kilómetros de altura. Alrededor de ese plácido tubo de aire, el viento gira contra reloj a velocidades de vértigo, mínimo 120 kilómetros

por hora, y en sus paredes gaseosas se alinean docenas y cientos de tormentas eléctricas, provocando lluvias con proporciones de diluvio. Al mismo tiempo, tanto en la periferia del ojo como en las bandas exteriores, la bomba de succión aspira una masa de aire caliente y de vapor, cuyo volumen supera cualquier fantasía (un ciclón mediano absorbe unas 900 mil toneladas de aire por día), aportando la energía que se requiere para mantener ese ritmo frenético. El flujo es tan intenso que incluso se calienta el tope del ojo, en la troposfera, que en condiciones normales tiene temperaturas gélidas. Al otro extremo, sobre el océano, los vientos provocan marejadas de película, las famosas olas montañosas que, chocando entre sí desde todos los ángulos del cuadrante, alcanzan con facilidad diez metros de altura.

La escalofriante descripción anterior corresponde a un modesto, insignificante, insípido huracán Categoría 1. Pero el meteoro, que se retroalimenta a sí mismo, puede ir subiendo peldaños: 1, 2, 3, 4, 5. En este último nivel, los vientos de la pared serán de 240 kilómetros por hora, las olas montañosas de 20 metros, las bandas exteriores de cientos de kilómetros. Como se mire, es un escenario de pesadilla, sobre todo sabiendo que el único desenlace posible es que choque con tierra firme, donde es inevitable que deje una cauda de destrucción y muerte.

Tal vez por eso no los percibimos como lo que son: una maravilla.

### ***Licuar, moler, hervir y enfriar la mezcla, todo al mismo tiempo***

Esta apretada descripción, metida con trinche y cucharón en los estrechos límites de un párrafo, es tan simple que no dejaría satisfecho ni al más simple de los meteorólogos. De manera simultánea, cientos de reacciones físicas se combinan en el centro dinámico de los huracanes, y muchas tienen que ser explicadas con fórmulas matemáticas, con ecuaciones y cálculos diferenciales, imposibles de formular en prosa corriente.

Es un callejón sin salida: una descripción que resultara suficiente para los científicos, sería impenetrable para los legos.

Dado que esta receta hay que mantenerla lo más sencilla posible, quedaron fuera de la olla muchos ingredientes que los expertos consideran esenciales, pero que casi nadie es capaz de comprender, y yo soy incapaz de expresar.

Un ejemplo cualquiera: la vorticidad, que los textos científicos definen como la velocidad de giro de las partículas que componen un fluido. En el caso de los huracanes, es conveniente conocer esta variante, porque las partículas de aire que forman las corrientes no viajan de frente, como un avión, sino que giran sobre sí mismas, pero tampoco como un planeta, sobre un eje, pues no tienen eje. Una partícula, dice la teoría, por pequeña que sea, sufrirá un arrastre mayor por abajo que por arriba, debido a la viscosidad, y tenderá a rotar. Pero el cálculo del giro, que implica medir los momentos angulares y la aceleración, es un indicador para medir la capacidad destructiva de los vientos.

Cuando entran en materia, en su materia, el lenguaje de los meteorólogos

modernos es un código cifrado, hermético, inescrutable...

Cito a Gil, Davidson y Munch, científicos del NOAA, hablando del mismo tema: “La advección de un escalor por el viento depende de la intensidad del viento, del gradiente del escalor y del ángulo entre las direcciones de ambos vectores. La intensidad de la advección es directamente proporcional a estos factores.”

Cito al propio Gray: “Las anomalías de vientos zonales orientales de troposfera fuera de la costa de Sudamérica implican que la cortante superior de la Circulación de Walter asociada con El Niño permanecerá en el Pacífico ecuatorial.”

Cito a Meehl y Washington, reproducidos por la revista *Science*: “Los incrementos de los gases de invernadero en la atmósfera producen una radiación positiva del sistema climático y el consecuente calentamiento de las temperaturas superficiales, causado por la expansión térmica del agua salada.”

Mejor dejar la receta como estaba, sencillita. Además, hay que apuntar que la teoría de los huracanes, pese a su jerga enigmática y su pedante aplomo, no alcanza la categoría de ciencia exacta: como en cualquier cocina, el puchero final puede estar lleno de sorpresas. Las recetas cambian con frecuencia, pues cada tanto aparecen escuelas de interpretación que reacomodan todo el legajo teórico. Dado que es difícil combinar los trillones de variables, dado que es complejo efectuar mediciones precisas, las conclusiones no siempre son inobjetables.

Por ejemplo, en los últimos años, se ha puesto en boga la hipótesis de los *ciclos multi-década*, para explicar el súbito incremento en los ciclones del Atlántico que se registra desde 1995. Esta teoría, conocida con el petulante nombre de Oscilación Atlántica Multi-Década, propone que hay ciclos alternos de pocos y de muchos huracanes, y que cada ciclo dura unas cuantas décadas, conclusión que deriva de examinar los registros de los últimos 150 años. En efecto, en ese lapso hubo temporadas altas y bajas, pero ese andamiaje parece muy endeble para afirmar, sin sombra de duda, que nos encontramos en medio de un periodo pico, de lo cual se desprende el anuncio apocalíptico de que tendremos huracanes intensos las próximas dos décadas.

Los escépticos encuentran esa conclusión precipitada. Ciento cincuenta años son muy pocos para un fenómeno que se ha repetido cientos de miles de veces. Tampoco se ha logrado explicar por qué, en las temporadas bajas, se cuelean años intensos, o al revés, las altas tienen años magros (como el 97, temporada raquítica de tres huracanes y cuatro tormentas, o como el 2006, que se esperaba terrible y resultó inocua). Por último, como El Niño, nadie sabe qué desencadena la supuesta oscilación, o cuánto durará cada periodo.

Esta ciencia, pues, todavía se adereza con generosas cucharadas de intuición.

### ***Agregar todas especias***

No hay que ser tan severos con los meteorólogos: en el campo de los huracanes, la tienen muy difícil. La receta tiene demasiados secretos, y el carácter especulativo de su oficio los estrella con frecuencia contra la terca realidad.

No es que sean negligentes, ni improvisados, ni charlatanes.

Tan sólo son ignorantes, en el sentido etimológico de la palabra, es decir, *no saben, carecen de conocimiento*, y las herramientas con las que cuentan, incluyendo las computadoras más poderosas del planeta, resultan rudimentarias para explicar a satisfacción los enigmas del clima, incluyendo esta sopa extra condimentada que figura en el menú de todos los mares tropicales.

Nuestra ignorancia en la materia todavía es enciclopédica. Un breve recuento:

**No es fácil ligar los ingredientes.** Para empezar, *nadie sabe* cómo se inicia un huracán. A veces, demasiadas veces, los seis ingredientes están en la olla, las condiciones están dadas, el sistema empieza a organizarse, y de repente... ¡se desintegra! Así de fácil, *los ingredientes no ligan*, y el sistema se disgrega sobre la mar. O no evoluciona: titubea como perturbación nonata y se desvanece. Esa no es la excepción, aunque tampoco sea la regla: las condiciones ideales coinciden sobre el Atlántico cientos de veces cada año, pero sólo en pocos casos un mecanismo *aún no explicado* provoca el desarrollo del meteoro. Sobre el tema, vale la pena apuntar la existencia de las llamadas ‘ondas africanas del Este’, que son perturbaciones de la atmósfera a mediana altura, entre la superficie del mar y los 5 kilómetros de altura, auténtico semillero de huracanes, pues ahí se originan el 60% de las tormentas ligeras y el 80% de los ciclones intensos. El problema: se llegan a contar hasta 60 ondas en un año, pero sólo unas pocas dan origen a un meteoro. Dicen las FAQ de Landsea: “Al presente, se desconoce por completo cómo las ondas del este cambian de año en año, tanto en intensidad como en localización, y cómo están relacionadas con la actividad ciclónica del Atlántico.” En resumen, en la cuna de un huracán reina el misterio.

**Salpimentar al gusto.** *Nadie sabe*, con certeza, *cómo y por qué* se reorganiza un huracán. Los expertos que siguen la ruta de los meteoros hacen año tras año predicciones fallidas, pues es común que las tormentas se disgreguen y sus restos se dispersen, pero tampoco es extraño que vuelvan a congregarse, *se reorganicen*, tornen a crecer, o influyan en la formación de otro sistema. El caso más célebre del 2005 fue la décima depresión tropical (TD10), identificada sobre el Atlántico el 12 de agosto. Al día siguiente, una masa de aire seco la hizo pedazos, animando a los especialistas a darla por muerta. Pero a los pocos días, los restos diseminados de TD10 mostraron signos de recuperación. Jeff Masters escribió, el día 14: “Es poco probable que el sistema se reintegre.” El 15: “La cizalladura está impidiendo su desarrollo.” El 15, en la noche: “Es improbable que quede algo de TD10 dentro de dos días.” El 16: “Es posible que hoy se desbarate totalmente.” El 17: “Los restos lograron sobrevivir y siguen girando.” El 18: “Es posible que TD10 se reorganice hoy.” El 18, en la noche: “TD10 está muerta. Un avión caza huracanes voló entre sus restos y no encontró huellas de circulación.” Pero no estaba muerta, revivió el 21: “Los restos de TD10 están justo frente a La Española.” El 22: “He estado renuente a prestarle atención después de declararla muerta, pero las imágenes ya muestran una rotación moderada.” El 24: “Sobre Las

Bahamas, las nubes han formado el patrón característico de las depresiones tropicales.” El final de la película: sobre las Bahamas, la TD10 interactuó con otro sistema menor, la TD12, que dos días después se convirtió en el huracán Katrina, de trágica memoria. Esos titubeos en los meteoros no tienen una explicación satisfactoria y pueden darse en el caso de huracanes maduros, como Gert (1999), que se desintegró sobre el Atlántico y, cuando estaba por pasar a la historia, cambió de ojo y se reorganizó a 100 kilómetros del centro original, salto en el vacío imposible de predecir y arduo de interpretar. Estos titubeos huracanados son la sal y pimienta de cualquier profecía ciclónica.

***Darle un segundo hervor.*** *Nadie sabe*, a las claras, *por qué se intensifica*, y menos aún, *por qué se debilita* un huracán. Aunque el mecanismo de aceleración es lógico, y la imagen de una máquina térmica que se retroalimenta es adecuada, hay un momento en el cual, aun con todas las condiciones a favor, el meteoro empieza a perder fuerza. De hecho, puede suceder que se intensifique y se debilite varias veces, *sin una explicación satisfactoria*. Como consecuencia, los pronósticos yerran con rutinaria frecuencia, pues meteoros que prometen mucho apenas se desarrollan, mientras otros, que lucen inofensivos, se tornan catastróficos (caso Katrina, caso Wilma). Dos días antes de que Wilma asolara Cancún, Masters le puso sabor al caldo: “Hay buenos argumentos para predecir que Wilma tocará tierra como un débil huracán. El ojo se ha colapsado y la tormenta requerirá 24 horas para reorganizarse. Además, una fuerte cizalladura puede debilitarlo a Categoría 1. Pero también hay buenas razones para pensar lo contrario. El ciclón conserva intacta una intensa circulación interna, y sobre las aguas cálidas del mar, podría superar la cizalladura y subir a Categoría 4. Ambos escenarios son perfectamente posibles.” Lo dicho: aún no saben...

***Batir hasta que alcance el punto de ciclón.*** Otra pregunta que puede tener varias respuestas tiene que ver con los huracanes de máximo poderío, los Categoría 5. Por lo regular, los meteoros sólo pueden mantener esa intensidad, con vientos superiores a 240 kilómetros, por unas cuantas horas. Es raro que toquen tierra con tanta fuerza, pues se supone que el roce de las bandas exteriores con el aire seco de tierra firme los debilita (caso Katrina, caso Wilma). Pero no todos acatan la regla: a veces conservan la Categoría 5 varios días, e incluso, alcanzan un poderío que, en progresión aritmética, los haría Categoría 6 ó 7, con vientos superiores a 300 kilómetros por hora (caso Janet, caso Gilberto). En síntesis, *no se conocen con exactitud* los mecanismos que regulan el acelerador y el freno.

***Cocinar por largas horas, eternos días.*** *Nadie sabe*, con certeza, cómo calcular la trayectoria de un huracán. Está claro que hay fuerzas que afectan su dirección (los frentes fríos, las masas de aire continental, la cizalladura), pero *no son suficientes para explicar* los caprichosos giros que sigue el ojo. Hay requiebros que no tienen una causa evidente, en especial cuando tuercen hacia el sur (caso Isidore, caso Mitch), o cuando

se estacionan (caso Roxanne, caso Wilma). En los croquis que maneja el CNH, los mismos que publican los periódicos, los huracanes ‘parecen’ tener un rumbo, errático y todo, pero rumbo al fin. Pero en una escala menor, no continental, con registros cada tres horas, el zigzaguo del ojo es enloquecedor. Wilma, en las 60 horas que vagabundeo por Quintana Roo, viró en todas las direcciones que marca la brújula, e incluso retrocedió por el camino andado. Otro terreno oscuro es la velocidad de desplazamiento, pues no hay bases sólidas para explicar por qué Wilma se estacionó esas 60 horas sobre el Caribe Mexicano, a una velocidad hipnótica de 3 kilómetros por hora, y dos días después atravesó Florida en un suspiro, a 40 kilómetros por hora (luego murió en el Atlántico a toda máquina: casi 80 kilómetros por hora). Ninguno de esos movimientos es obra de la casualidad: hay factores que inciden, pero no ha sido determinado cuánto inciden, y hay factores que se sospecha que inciden, como la circulación en la alta atmósfera, que ni siquiera son mensurables (en la actualidad, con las rudimentarias computadoras con que contamos). Para usar la analogía de Neil Frank, ex director del CNH, un huracán es como una hoja dirigida por corrientes de aire dentro de una corriente de viento, pero en este caso las corrientes no tienen fronteras fijas.

*Evitar que se corte o se cuaje.* Nadie conoce, a cabalidad, las tripas del meteoro. Apuntan las FAQ de Landsea: “No se han podido comprender con precisión los mecanismos generales por los cuales se forma el ojo y la pared del ojo”, aunque sostiene que hay evidencia de que la atmósfera se está comportando “como un líquido rotatorio.” En otro documento de trabajo, informa la NOAA: “Dicho simplemente, la observación continua de la estructura termodinámica (de temperatura y humedad) y quinemática (del viento), cerca de la superficie del mar, nunca se ha documentado en un huracán. Este espacio, donde la atmósfera se junta con el mar, es crítico, ya que es donde la energía de calor del océano es transferida a la atmósfera. Ese ambiente también es importante porque es donde se encuentran los vientos más fuertes e, incidentalmente, donde vivimos los seres humanos. En consecuencia, observar y entender esta capa es crucial, si queremos mejorar nuestra habilidad para hacer pronósticos acertados de trayectoria e intensidad.”

Lo dicho: todavía no saben...

En resumen, hay demasiadas variantes para ofrecer una receta única de huracanes. En base a criterios estadísticos, analizando el comportamiento de miles de ciclones, se puede llegar a conclusiones preliminares, y proponer patrones sobre su nacimiento, su fuerza y su rumbo. Pero hay demasiadas excepciones: huracanes que se frustran, que resucitan, que se aletargan, que se paralizan, que se tuercen, que se empecinan, que se niegan a obedecer los cánones.

A ciencia cierta, esta es una ciencia incierta, incapaz de satisfacer a un público que, ignorando lo que se ignora, exige saberlo todo.

Nuestra ignorancia es enciclopédica: no hay que pedirle peras al olmo.



***Rinde de una a cinco categorías***

Ante la amenaza de un huracán, lo único que exige el público es que el olmo produzca peras, o sea, saber sin género de dudas dónde y cuándo pegará el meteoro. Como tal exigencia es imposible de cumplimentar, la ciencia ha adoptado un lenguaje impreciso y retórico para informar a su creciente auditorio, hoy formado por millones que navegan en tiempo real en Internet, la evolución de los huracanes.

En el caso de la intensidad, ese idioma difuso es conocido como la escala Saffir-Simpson. La idea original provino de un aficionado a los huracanes, un contrastista de Florida llamado Herbert Saffir, que en 1969, inspirado en la escala que mide la intensidad de los terremotos, la de Richter, compuso una tabla para huracanes que consideraba un solo factor: la velocidad del viento. Expresada en millas, la escala no respeta ninguna progresión aritmética:

La Categoría 1 va de 74 a 95 millas, en total, 21 millas.

La 2, de 96 a 110, o sea, 14 millas.

La 3, de 111 a 130, o sea, 19 millas.

La 4, de 131 a 155, un abanico de 24 millas.

Y la Categoría 5 es infinita, porque ahí cae todo lo que exceda de 156 millas.

La razón de ese desorden es que, como Richter, Saffir sólo quería expresar la *capacidad destructiva* de los huracanes, en un lenguaje comprensible para el público. Entonces, lo que elaboró fue una relación tentativa de destrozos, en donde la Categoría 1 corresponde a daños *mínimos*, la 2 a *moderados*, la 3 a *extensos*, la 4 a *extremos*, y la 5 a *catastróficos*.

Si no puso Categorías 6 y 7, en apego al criterio de la velocidad del viento, quizá fue porque no encontró un calificativo peor que catastrófico.

Saffir cedió su escala al CNH, cuyo director en turno, Bob Simpson, consideró conveniente enredar las cosas, agregando a la escala otro criterio, el de marejada de tormenta, tratando de que coincidiera con la fuerza del viento. La escala resultante, a partir de entonces la Saffir-Simpson, expresada en pies, propone:

Para Categoría 1, olas máximas de 5 pies.

Para la 2, de 8 pies.

Para la 3, de 12 pies.

Para la 4, de 18 pies.

Y para la Categoría 5, igual que el anterior, de 19 pies en adelante.

En una etapa posterior, pero sin acreditar a nadie la autoría, el CNH agregó a la escala la presión atmosférica del ojo, con lo cual un huracán será:

Categoría 1, mientras el barómetro no baje de 980 milibares.

Categoría 2, hasta los 965.

Categoría 3, hasta los 945.

Categoría 4, hasta los 920.

Y Categoría 5, la máxima otra vez, de 919 para abajo.

El problema de esta salsa es que sus ingredientes tampoco ligán y se contradicen entre sí. Aunque estén vinculados, cada variable tiene su autonomía, y se da el

caso que un Categoría 3 en milibares, sea un Categoría 4 en vientos y un Categoría 2 en marejadas. Para evitar la confusión que ellos mismos provocan, el CNH da prioridad al criterio de los vientos, pero esa óptica puede ser riesgosa. El peor ejemplo es Katrina, que impactó la costa de Mississippi como Categoría 3, pero con una violenta marea de tormenta Categoría 5-plus, de 24 pies, que penetró varias millas la línea costera. Mediciones posteriores al impacto arrojaron el asombroso dato de que Nueva Orleáns nunca recibió vientos superiores a Categoría 1 y 2.

La escala Saffir-Simpson sirve para prevenir al público, de manera rupestre, sobre la peligrosidad de un huracán, pero sus defectos la convierten en arma de doble filo: una lectura incorrecta puede retrasar o evitar una evacuación que salve miles de vidas. Casi todos los expertos la estiman deficiente, poco seria, pero nadie ha propuesto un sustituto mejor, de manera que la inercia la mantiene en su lugar.

Además, para México y sus vecinos, la Saffir-Simpson tiene un fallo adicional: no considera los volúmenes de lluvia. En los Estados Unidos, donde los huracanes penetran por zonas de planicies, ese factor puede ser secundario, pero en nuestras regiones montañosas, las súbitas avenidas de agua y de lodo, el desborde de los ríos y las inundaciones, no las marejadas, son los responsables de la mayor devastación.

Por si algo le faltara, pues, habría que concluir que la Saffir-Simpson es una escala chouvinista.

### ***Checar cada tanto la presión y la temperatura***

La potencia de un huracán puede implicar un problema de comunicación de masas, pero antes de llegar a ese punto representa un desafío técnico: no es nada fácil medir esos bichos.

En épocas normales, con sus computadoras último modelo, los meteorólogos cubican la atmósfera, seccionando el plano terrestre como la cuadrícula de un cuaderno y la altura de la atmósfera como las capas de una cebolla. Los cuadrantes se miden en kilómetros: 12 x 12, 50 x 50, 200 x 200. Las capas en milibares, de acuerdo con la altura: 1000, 800, 500. Luego, con sus aparatos, miden en cada celda la presión, la temperatura, los vientos, la humedad, y terminan por elaborar mapas celestes repletos de líneas curvas, muy semejantes a los niveles topográficos, que les permiten predecir, a veces con asombrosa precisión, el clima del día siguiente.

Pero no se puede hacer eso en caso de huracán. Los meteoros se desenvuelven en condiciones extremas de viento y de marea, que destruyen con facilidad los globos meteorológicos, las sondas atmosféricas y las boyas flotantes, vehículos usuales de los instrumentos de medición. Unas pocas sobreviven, pero la información que rescatan es insuficiente para trazar una imagen completa del fenómeno (el paso de Katrina sólo dejó una boya de los cientos que existían en la costa americana). Además, sembrar toda la superficie del Caribe con aparatos científicos requeriría una inversión astronómica.

Otra técnica moderna para medir el clima son las imágenes de satélite.

Instalados frente a sus consolas, los técnicos pueden revisar así las variables atmosféricas. Mas tan cómodo recurso tampoco funciona en caso de huracán, porque el indicador principal, la velocidad del viento, arroja lecturas imprecisas.

La técnica consiste en estimar el desplazamiento de las bandas de nubes, o sea, si esta formación estaba aquí y diez minutos después está acá, conociendo la distancia recorrida, se puede determinar la velocidad. La dificultad estriba en que la velocidad del viento no es constante. En el ojo mismo, el remolino tiene una aceleración irregular, y una pared puede tener vientos sostenidos 50 kilómetros más fuertes que la opuesta. Las estimaciones de satélite pueden malinterpretar los datos y equivocarse al calificar el huracán por una o dos categorías.

La única solución, ¡y vaya solución!, es visitar al centro mismo del huracán. Esa es la misión escalofriante pero rutinaria de los aviones caza-huracanes, cuyo plan de vuelo consiste en penetrar cuantas veces sea posible el ojo, cargados con todo un arsenal de equipo meteorológico.

Los cronistas que han tenido la suerte de vivir esa experiencia la describen como una combinación de tedio y espanto. Tedio: las misiones suelen durar 10 horas, los aviones son incómodos (todos turbohélices, de cabina reducida), y la travesía se efectúa dentro de las bandas de nubes, una monótona y continua cortina gris. Afuera, los vientos huracanados pueden ser extremos, pero los pasajeros no pueden sentirlos. Pero sí hay espanto: en las paredes del ojo hay corrientes verticales muy violentas, que someten al aparato a una severa turbulencia, de 2 ó 3 gravedades, aunque sólo dura unos segundos.

Las misiones caza-huracanes son tan seguras que el único accidente fatal de la historia aconteció en 1955, cuando un avión se extravió en el ojo del huracán Janet (hay un libro que cuenta esa historia: *Stormchasers*, de David Toomey). Los curiosos pueden leer también la visita de Jeff Masters al ojo de Hugo, en 1989 (con las palabras *Hunting Hugo*, en cualquier buscador de Internet), truculento relato porque dos de los cuatro motores del avión se incendiaron al entrar al ojo y el aparato no tenía suficiente potencia para salir.

El único país que efectúa ese tipo de exploraciones en los ciclones del Atlántico es los Estados Unidos, mediante dos agencias: la NOAA y la Marina. Entre ambas, operan una docena de aparatos repletos de computadoras, y obtienen antes que nadie información precisa y confiable sobre los ciclones, misma que comparten con todo el mundo, sin regateos, hasta se diría que con generosidad, a través de la red (la escuela australiana, más práctica y más humilde, efectúa desde hace años sus misiones con aviones de juguete, no tripulados, manipulados a control remoto, sin arriesgar vidas humanas: esa puede ser la técnica del futuro, pues los Estados Unidos usaron ya un prototipo, que penetró con éxito el ojo del huracán Ofelia, en septiembre del 2005).

Por eso, cuando se aproxima un huracán al Caribe, todo mundo voltea hacia Miami.

No es devoción al imperio: es que no hay a dónde más mirar.

***Se acostumbra en verano, a la orilla del mar***

La curiosidad sobre la fuerza de un huracán está ligada a otra pregunta de imposible respuesta, causa entre el público de la mayor ansiedad: la trayectoria. Esa es la incógnita mayor, pero es la más compleja de resolver, y en consecuencia, la que suele poner en ridículo a los profetas de la atmósfera.

Empujados por el efecto Coriolis, al desplazarse por el Atlántico, los huracanes también muestran un desvío a la derecha, que termina por enviarlos con rumbo norte. Incluso, la curva puede describir una hipérbole, que los enfila de regreso al Atlántico, en dirección noreste. Pero el efecto Coriolis es una fuerza mínima y la nulifica cualquier obstáculo (frente frío, aire seco), provocando que el huracán mantenga rumbos raros: oeste, suroeste, sur. Todo eso visto desde lejos, porque, visto desde cerca, el ojo se mueve a la deriva, en un pronunciado zigzag que registra cambios de rumbo cada pocos kilómetros.

Eso sucede incluso sobre el mar, en aguas de temperatura uniforme, de modo que los mapas térmicos tampoco son una buena guía para adivinar su derrotero.

Con el actual nivel de conocimientos, lo mejor que existe son los conos de pronóstico que elabora el CNH, a 3 días, que se actualizan cada pocas horas en Internet. En ese gráfico, con datos combinados de muchos modelos de computadora, los expertos estiman la zona de posible impacto, que se va ampliando de acuerdo a la distancia, y emiten alertas para prevenir a las poblaciones costeras.

Pero tal proyección es demasiado imprecisa. Aunque el CNH va modificando su cono conforme avanza el huracán, no es imposible que el punto de impacto real quede al margen de esa estimación. Tres días antes de sus respectivos aterrizajes en Biloxi y en Cancún, el cono colocaba a Katrina sobre Pensacola, y a Wilma sobre Cuba, que no sintieron ni siquiera brisas leves. En la última década, los pronósticos a 72 horas del CNH han tenido un margen de error promedio de 300 kilómetros, medidos a partir del centro del ojo. Y si 300 kilómetros pueden ser pocos en un globo terráqueo, son muchos a la hora de decretar emergencias y ordenar evacuaciones, y ningún político va a movilizar una ciudad cuando la probabilidad más alta es que no pase nada (prefiere cruzar los dedos y jugársela: caso Nueva Orleans).

Ironías del destino: 72 horas es también el lapso que requieren los planes de evacuación de zonas densamente pobladas o muy vulnerables, como los Cayos de la Florida, Nueva Orleans o la costa de Texas. Pero al menos hay un lapso: las ciudades más expuestas de Quintana Roo, Chetumal, Playa del Carmen, Cozumel y Cancún, ni siquiera tienen un plan de evacuación, porque se supone que no se pueden inundar.

Como sea, aunque las mediciones de intensidad no sean exactas, aunque los pronósticos de impacto no sean certeros, hay que admitir que estas estrategias de comunicación del CNH han calado hondo en el público y constituyen el núcleo de la cultura de huracanes. Puede ser que la gente ignore todo lo relativo a presiones atmosféricas, temperaturas oceánicas, efectos Coriolis y demás chácharas, lo cierto es que si se entera que se acerca un Categoría 3, luego luego entiende que es hora de irse preparando.

***Es indigesto, y suele dejar un resabio húmedo y amargo***

Antes de terminar esta receta, hay tres aderezos que no quisiera dejar en la alacena, porque explican muchos de los destrozos que vemos en las fotografías cuando pega un huracán. Son resultado de la esforzada, metódica y productiva labor que realizan los científicos del clima, que día a día colocan en su lugar las piezas del prodigioso rompecabezas que encierra la palabra atmósfera. Ahora me arrepiento de haberlos tachado de ignorantes, aunque lo sean, porque saben mucho, más allá de que su ciencia no alcance para predecir huracanes, como otras ciencias no alcanzan para prevenir las crisis económicas, los cambios de humor o el cáncer. Con la probada técnica de ensayo y error, van por buen camino, y si sus postulados no salvan más vidas, tal vez les corresponde más culpa a los políticos, que rara vez anteponen la seguridad colectiva a su interés personal.

He aquí, pues, algunos de esos maravillosos hallazgos.

Uno, aunque sea redondo, el ojo de un huracán tiene ‘lados’, y el lado más destructivo es el ‘derecho’ (hay autores que prefieren dividirlo en cuadrantes). Los vientos más fuertes se concentran en esa zona, antes que nada por una razón aritmética, pues ahí se suma la fuerza del viento al avance del huracán. Por ejemplo, si el ojo tiene vientos sostenidos de 100 kilómetros por hora, y avanza sobre el mar a otros 25, la pared donde los vientos se alinean con el avance tendrá un registro real de 125 kilómetros por hora, y la pared opuesta de 75 (no es tan esquemático, pues hay otros factores de aceleración).

Ahora bien, ¿cuál es el lado derecho? Eso depende hacia dónde avanza el huracán. Si avanza hacia el norte, hacia arriba en un mapa terrestre, el lado derecho quedará a la derecha, hacia el este. Pero si avanza hacia el oeste, hacia la izquierda del mapa, su lado derecho quedará al norte. Eso explica por qué Cancún sufrió una devastación tan masiva y tan pareja con Wilma, pues en un huracán estacionario, la fuerza del remolino se empareja, y todos los lados se vuelven letales. Para colmo, el ángulo de entrada de Wilma provocó que casi toda la ciudad sufriera la embestida de los vientos por los cuatro costados.

Dos, aunque no se vean, los huracanes pueden tener varios ‘ojos’, remolinos concéntricos que se ocultan tras las bandas de nubes. Esos torbellinos, empezando por el ojo visible, tienden a apretarse conforme aumenta la velocidad del viento. Incluso, algunos científicos piensan que los anillos periféricos presionan y provocan la contracción. En ese modelo, en los huracanes intensos de Categoría 4 ó 5, el ojo puede reducirse a tal grado que no logra mantener su estructura: las paredes se colapsan y el ojo desaparece, para dejar su lugar al primer anillo concéntrico.

Eso fue exactamente lo que pasó con Wilma 24 horas antes de impactar Cozumel, cuando tenía un ojo microscópico de 2 millas de diámetro, el más compacto que registra la historia, que al desintegrarse dejó su lugar al enorme ojo que impactó la península, de 40 kilómetros de diámetro (aunque no tan enorme: han llegado a medirse ojos de 200 kilómetros). Cuando eso sucede, los huracanes se debilitan y bajan de categoría, porque los anillos exteriores no tienen las mismas ráfagas que el

ojo perdido, pero el proceso, que se llama ‘ciclo de sustitución del ojo’, es un claro indicio de que existen condiciones propicias, si no es que ideales, para una nueva intensificación.

Tres, aunque parezca ciencia ficción, junto a la pared derecha del ojo puede producirse un remolino aún más violento: tornados. Tornados reales, hechos y derechos, que duran minutos eternos, como los que destruyen pueblos en las planicies de los Estados Unidos. Todavía mal estudiados, esos torbellinos extra se formarían por el roce de la pared con la masa de aire casi inmóvil del ojo, y pueden alcanzar la misma velocidad (y el mismo poder destructivo), que sus parientes terrestres: unos 500 kilómetros por hora.

La presencia de tales engendros explica por qué los huracanes dejan ‘pasillos’ de total devastación, donde una línea de casas es arrancada hasta sus cimientos, mientras las casas de enfrente permanecen en pie. Pese a su fugaz existencia, a veces los expertos logran ubicarlos: Wilma traía dos, sobrevivientes del colapso del primer ojo, pero pudo generar muchos más cuando tocó tierra, invisibles por su magnitud y su ubicación, letales por su fuerza. Los tornados en un huracán no son un descubrimiento reciente, pero siguen siendo tema novedoso, casi por completo desconocido. Digamos, por lo pronto, que son una maravilla dentro de otra maravilla, un ingrediente más de esa receta cósmica que llamamos huracán, una parte más de ese tremendo cataclismo, de ese guiso de los cielos que no queremos apreciar y no deseamos degustar, por la muy sensata y entendible razón de que siempre nos deja un sabor húmedo y amargo.

## CRÓNICA DEL OJO ALEGRE

Nativo del Altiplano, vecino de múltiples colonias, viví con interrupciones las primeras cuatro décadas de mi vida en la Ciudad de México, ajeno por completo al impacto de los huracanes. Si acaso, de la infancia recuerdo vagamente, cuando llovía sin parar por un par de días, que los adultos comentaban en la sobremesa que nos estaba pegando ‘la cola del ciclón’.

Esas improbables colas de ciclón eran un tormento en las vacaciones de verano, que solíamos pasar en Acapulco. Llovía y llovía, y en virtud de esa regadera intermitente, se nos prohibía bañarnos en la alberca, orden absurda y arbitraria pues, con impecable lógica, alegábamos que lo único que podía hacer la lluvia era mojarnos, cuestión que acontecía de cuerpo entero si nos metíamos en la pileta. Firme en su mandato, pero hastiada de tanta queja, mi madre sugería invocar a los santos, y ahí estábamos con la cantaleta, *San Francisco / labrador / quita el agua / y pon el sol*, coro que nos aburría en pocos minutos y vuelta a empezar con los lamentos.

Con menos frecuencia, en las vacaciones decembrinas, llegamos a ir a una finca cocotera que mi abuelo materno tenía cerca de Paraíso, en Tabasco. La Montaña, se llamaba, en un paisaje que estaba a cientos de kilómetros de la menor elevación. Como sea, ahí conocí la versión local del ciclón: el *norte*. Llovía y llovía y, como estábamos lejos del mar, soplaba poco más que un viento fresco que, para nuestro asombro, a los tabasqueños, acostumbrados a vestir camisa y a dormir en hamaca, les parecía un frío invernal.

Años después, en el 72 o el 73, siendo reportero novel, cubrí unas inundaciones en la zona agrícola de Irapuato. Lluvias torrenciales habían desbordado los ríos y las presas, y el agua subió varios metros en las extensas llanuras. Pero la imagen que tengo es nebulosa: pueblos inundados, viviendas maltrechas, cosechas arruinadas, pero no recuerdo pérdida de vidas humanas.

En el recuento de las inundaciones, hay que incluir también a la Ciudad de México. Rodeada de montañas, extendida en el fondo de una olla, construida sobre el lecho de un lago, la capital del país siempre tuvo un sistema deficiente de drenaje pluvial. Escenario de diluvios repentinos, que allá llamamos *trombas*, me tocó más de una vez presenciar los rescates en los puentes del Periférico, con el nivel de las aguas sobre el techo de los automóviles atrapados.

Por último, a mediados del 88, Fonatur me contrató para editar un libro sobre

las ciudades turísticas de su autoría. Como el trabajo urgía, recluté varios fotógrafos, y le tocó al británico Michael Calderwood efectuar el levantamiento de Cancún. Fue una suerte, porque Michael realizó estupendas tomas en la primera semana de septiembre, donde se aprecia la asombrosa belleza de las playas históricas de Cancún, que quedaron para el recuerdo en el tomo llamado *Ciudades turísticas. Una estrategia mexicana de desarrollo*, hoy por desgracia casi imposible de conseguir. No contábamos que el día 13 de ese mes, el huracán Gilberto dejaría las playas de Cancún también para el recuerdo.

A esos breves e insípidos lances se limitaba mi experiencia en cuestión de huracanes, o de cualquier otro diluvio proveniente del cielo, cuando llegué a establecerme en Cancún, a principios de la década de los 90.



En cambio, nativo del Altiplano, mamé desde la cuna lo que podríamos llamar cultura de terremotos. Con un término menos siniestro, más juguetón, allá los llamamos *temblores*, y son, aunque esporádicos, un impuesto que hay que pagar por vivir en la metrópoli.

Mi primer recuerdo se remonta a la infancia, el año del 57, cuando una madrugada mis padres nos sacaron de la cama y, en familia, nos apretamos bajo el marco de la puerta más cercana. Ahora dudo de la sabiduría de esta precaución, o al menos, nunca he oído que alguien haya salvado así la vida, pues tal refugio supone que al tiempo que los techos se desploman, el quicio de la puerta soportará la sacudida. Pero durante años repetí el ritual, aún medio dormido, sin cuestionar la eficacia de tal estrategia.

Como quiera, la impresión más fuerte de ese primer terremoto provino del día siguiente, cuando la ciudad entera comentaba, entre estupefacta y doliente, que se había caído El Ángel. Se cayó, en efecto, y las imágenes de su cuerpo dorado, roto sobre el asfalto del Paseo de la Reforma, fueron la comidilla por semanas.

Y es que no eran frecuentes, sino más bien extraños, los derrumbes que hacían noticia. Un temblor, no estoy seguro si el mismo del Ángel, tiró un edificio que pertenecía a Cantinflas. Otro, las instalaciones de la Universidad Iberoamericana. Un tercero, parte de un puente en las barrancas de Las Lomas. Tales colapsos eran la excepción, más que la regla.

No recuerdo cada cuánto temblaba, pero creo no exagerar si digo que cada año, máximo cada dos, se sentía un sismo. A veces se reducía al tintinear de los vidrios, a veces se bamboleaban las lámparas colgantes (para cerciorarse cómo va la cosa, es el primer sitio al que uno dirige la vista), a veces bailaban las casas. Pero la mayoría de estos vaivenes eran inofensivos, se reducían al desplome de cornisas y de cables, y desde luego, pasaban con rapidez a formar parte de la desmemoria.

Como reportero, cubrí en equipo varias de esas contingencias. Apenas terminada la sacudida, la redacción entera se afanaba por conseguir los datos. La primera llamada, de rigor, era al Sismológico, para determinar la intensidad y el epicentro. Luego al



Cuerpo de Bomberos, que reportaba las fugas de gas y los derrumbes; a la policía, que daba parte de choques y de heridos; a la Cruz Roja, que detallaba las crisis de nervios y los ataques cardiacos; y finalmente, a los corresponsales de las zonas vecinas, por lo general Guerrero o Oaxaca, que describían los estropicios en su región. Con esos elementos se armaba la nota, que sólo a veces alcanzaba la gloria efímera de la primera plana.

El terremoto del 85, dos minutos eternos que se iniciaron a las 7:19 de la mañana del 19 de septiembre, me sorprendió esperando un elevador, en camino para llevar a la escuela a mi hijo mayor, Patricio. Presurosos volvimos al departamento, situado en un séptimo piso del rumbo de Tacubaya, y otra vez en familia, nos colocamos bajo el marco de la puerta que daba a la terraza. La sacudida iba en aumento, y terminó siendo tremebunda. En un instante, adquirieron pleno sentido las palabras trepidatorio y oscilatorio, porque todo trepidaba y todo oscilaba, las paredes y los techos crujían, los muebles saltaban y patinaban, y los cuadros volaban, no en caída libre, sino hacia adelante, como impulsados por un resorte, al tiempo que nuestra empleada doméstica, Lucha, tal vez nativa de una zona no telúrica, daba gritos histéricos y, de rodillas, invocaba al Altísimo.

Por momentos, el temblor parecía ceder, ir disminuyendo, pero de pronto renovaba su brío, y otra vez los crujidos, el zangoloteo, nuestro pánico silente, con el niño mayor abrazado a las piernas y el bebé en brazos, y los alaridos suplicantes de Lucha. En una de esas trepidaciones, se abrieron las puertas de un viejo armario y, en estruendosa cacofonía, se vinieron abajo las copas de cristal y la antigua vajilla, en la familia por generaciones. Esa pequeña tragedia doméstica nos mantuvo embobados, mirando hacia el interior del departamento. Desde la terraza, de haber volteado, hubiésemos visto, en la distancia, el desplome de algunos edificios.

Por fin pasó la cosa. Tras unos instantes para recuperar el color y tranquilizar a Lucha, que lloraba desconsolada, tomé el teléfono y llamé a casa de mis padres, que vivían por el rumbo de Satélite. Me contestó mi hermana Beatriz:

- ¿Están bien?, pregunté.
- Sí. ¿Por qué?
- ¿No lo sintieron?
- ¿A poco tembló?
- Durísimo–, le informé.

Tras ese diálogo cifrado, impregnado de la cultura del temblor, llamamos a casa de mi abuela, en la Del Valle, y de mi suegro, en la Florida. Ellos sí que lo habían sentido, pero todos estaban bien (hasta los teléfonos, que de milagro seguían funcionando).

Con esa información fragmentaria, llegué a la peregrina conclusión de que el temblor había estado fuerte, muy fuerte, pero no había pasado a mayores. Así que llevé a Patricio a la escuela (igual que muchos padres), y me fui al club deportivo, a un par de kilómetros de distancia, sin encontrar de camino nada que anunciara la catástrofe. Las malas noticias empezaron a surgir en la húmeda neblina del baño de vapor.

Se cayó el Ritz, anunció un recién llegado.

Se cayó el Multifamiliar Juárez.

Se cayó Tlatelolco.

Se había caído eso y mucho más. Cientos de edificios y casas, treinta mil muertos entre los escombros, millones de vidas transtornadas, mi querida ciudad hecha pedazos.

¿Qué podía hacer un reportero para redimir ese desastre?

Escribir, por supuesto. Así que abandoné mis labores habituales y, por muchos días, otra vez libreta en mano, recorrí las calles de la ciudad buscando historias y encontrando milagros, como la increíble valentía de los ‘topos’, voluntarios que se colaban por los huecos de los derrumbes buscando sobrevivientes, o los bebés de las incubadoras del hospital, que encontraron vivos después de una semana sin agua ni alimentos, o sin mucho buscar, la recia y generosa solidaridad de mis paisanos con sus vecinos, y también con los extraños.

Esos días fueron mi primer contacto directo con un desastre natural. Ni qué decir, la palabra temblor adquirió una nueva dimensión, ahora vinculada, y para siempre, a la destrucción y a la muerte. Esa noción fulmina tus certezas: sabes que no te tocó, pero que te podía haber tocado, y que es nada lo que puedes hacer para evitarlo. Aunque vivas en casa firme, no puedes evitar que el temblor te aplaste en casa ajena, que te agarre desprevenido e inerme. Morir o vivir es cuestión de suerte.

Aunque las posibilidades sean muy remotas, ahora ya sabes que puedes acabar entre las víctimas de un terremoto, o de un tsunami, o de un volcán, por supuesto las de un huracán, e incluso, que no es imposible que te cuenten entre las víctimas de las guerras locas que inventan los políticos y de las bombas estúpidas que siembran los terroristas. A nivel colectivo, se pueden tomar muchas precauciones. A nivel personal, no hay defensa: la moneda siempre está en el aire.

Dice la sabiduría popular que cuando te toca, te toca.

Esa es la nueva certeza: la vida es muy frágil.



No viví el Gilberto, pero llegué a Cancún pocos meses después, cuando aún estaban frescas las anécdotas del estropicio. Había de todo: historias terroríficas, divertidas, solidarias, conmovedoras, asombrosas. Un rasgo común me llamó la atención: los afectados coincidían que el meteoro casi los había tomado por sorpresa, que los preparativos habían sido escasos y tardíos, y narraban una evacuación de último minuto.

¿Qué no había en el Caribe una cultura de huracanes?

En Cancún no, por lo visto. Tal vez la explicación era que la mayoría de los vecinos que tenía la ciudad provenían del interior del país, y que a Quintana Roo no le había pegado un huracán fuerte desde el Janet, más de treinta años antes, en el 55.

Pero la cultura de huracanes es una materia de rápido aprendizaje. A la primera entiendes que necesitas tener provisiones (y que habrá compras de pánico), que te vas

a quedar sin luz (y requieres velas y linternas), que los vidrios se rompen (hay que ponerles masking, para que no vuelen los pedazos), que los árboles se caen (hay que podarlos antes), pero también aprendes una serie de mitos, como que tu casa explotará si la cierras herméticamente (ninguna casa se puede cerrar herméticamente, y aun así, la diferencia de presión no sería suficiente para hacerla estallar), o que la abundancia de manglares puede proteger una porción de costa.

Después del Gilberto, Cancún se volvió una ciudad atenta a la aproximación de los ciclones. Por sistema, desde entonces, la radio y los periódicos advierten cuántos días faltan para el probable impacto, y la trayectoria que estima el Centro Nacional de Huracanes, de Miami, es literatura que circula de mano en mano.

Pero el probable impacto suele quedarse en eso, en probable impacto. Casi nunca se concreta, y si se concreta, no pasa a mayores, y esos reiterados amagues acaban por convencer al público de que la amenaza no es real, que no vale la pena preocuparse. De por sí, como los temblores inocuos, los huracanes fallidos pasan a ser borrones en el cuaderno de la vida, apuntes inútiles que se acumulan en el saco de los olvidos.

Cuando fraguaba este texto, supuse que sería una buena idea efectuar un recuento de los huracanes que golpearon, o que amenazaron en serio a Quintana Roo, en los dieciocho años transcurridos entre el Gilberto y el Wilma. Dedicado al periodismo buena parte de ese lapso, creí que la lista la tendría en la cabeza, así que lo primero que hice fue un ejercicio de memoria.

Por referencias me acordaba del *Keith*, historia derivada del Gilberto, pues los recuerdos de muchos cancenenses señalaban que había sido tan dañino uno como el otro. En efecto, con fuerza de tormenta tropical, casi al final de la temporada del 88, Keith le pegó de lleno a Cancún el 22 de noviembre. Como el Gilberto, este meteoro menor también los agarró desprevenidos pero, a diferencia del primero, traía una cantidad de agua impresionante. Durante doce horas diluvió sobre Cancún y el recuento de daños no deja dudas de la seriedad del incidente: 215 viviendas destruidas, 30 lanchas hundidas, 70 millones en pérdidas y un total de 670 damnificados.

Luego me acordaba del *Opal* y del *Roxanne*, que se vinieron seguiditos, en el 95, mi primera experiencia directa de huracán.

Luego del *Mitch*, en el 98, cuya fuerza se percibía desde los muelles de la zona hotelera de Cancún, cuando el monstruo se hallaba a 800 kilómetros de distancia.

Después, en el 2002, del *Isidore*, que hizo pedazos el sistema de lagunas costeras y de manglares de la costa norte del estado.

Y luego, en el 2005, el *Emily* y el *Stan*, desastres mayúsculos que merecerían capítulo aparte, tan sólo opacados por la magnitud del *Wilma*.

Keith, Opal, Roxanne, Mitch, Isidore, Emily y Stan...

Siete huracanes en 18 años, uno cada treinta meses, uno cada dos años y medio.

¿Tan poquitos?

La duda me hizo bucear en Internet, y en los archivos cibernéticos revisé todas las trayectorias de los huracanes atlánticos, del 88 a la fecha. Vaya sorpresa: había pasado por alto al menos media docena de meteoros, cuyas trayectorias penetraban

o arañaban la entidad. ¿Sería acaso que los periódicos, incluyendo los que en alguna época dirigí, no les habían dado la debida importancia? Comenté el tema con la reportera Marcela Rodríguez, dándole la lista de descubrimientos. Déjame echarle una revisada a la hemeroteca, prometió.

Qué flaca es la memoria (o, al menos, mi memoria). Viviendo en Cancún, haciendo periodismo, leyendo los periódicos por hábito, se me borraron un montón de contingencias que habían encontrado espacio en las páginas frontales de los diarios. No sin pena, enumero a continuación los hallazgos de Marcela:

En agosto del 90, *Diana*, otra tormenta tropical, penetró Quintana Roo por la zona maya, remojó la Península, se volvió Categoría 1 en el Golfo, y se disolvió al impactar Veracruz. El saldo en Quintana Roo: 36 casas destruidas, 110 dañadas y 250 damnificados.

En agosto del 96, *Dolly* siguió una trayectoria casi idéntica, pero alcanzó Categoría 1 en la despoblada Bahía del Espíritu Santo, al norte de Bacalar. Los medios hicieron tremenda alharaca con su cercanía, pero al final sólo pudieron reportar 16 viviendas caídas, 22 casas afectadas y 85 damnificados.

En septiembre del 2000, una depresión tropical se formó en el Canal de Yucatán, provocando un diluvio sobre Cancún. Trece colonias quedaron bajo las aguas y el jefe de Bomberos de la ciudad, como es costumbre, declaró a la prensa que en toda la historia de la ciudad no se había registrado una lluvia tan intensa. Para alborozo de los párvulos, el 80 por ciento de las escuelas cerraron sus puertas al día siguiente, mientras el meteoro se convertía en el huracán *Gordon*, en el Golfo de México, para dos días después rematar en la Florida.

A principios de octubre, también del 2000, le tocó el turno a Chetumal, cuando una segunda *Keith* penetró el territorio sobre la línea fronteriza con Belice, causando numerosas pérdidas en las precarias flotas de pescadores que operan en el Banco Chinchorro.

En agosto del 2001, tras una larga travesía desde las islas de Cabo Verde, *Chantal* fue noticia en los periódicos durante muchos días, pero nunca logró pasar de tormenta tropical. Con esa calidad inundó una docena de colonias de la capital del Estado, para luego desintegrarse en las montañas de Chiapas.

En julio del 2003, también proveniente del Atlántico, *Claudette* atravesó todo el Caribe, alcanzó Categoría 1 cerca de la Isla de Swam, se degradó a tormenta antes de pasar sobre Cancún (en donde dejó las inundaciones de rigor), y volvió a ser huracán en el Golfo, antes de morir en Texas.

Y en julio del 2005, otra depresión se formó frente a Majahual, humedeció toda la península y, en la olla cálida del Golfo, fue por unas horas el huracán *Cindy*, antes de concluir sus días en Luisiana.

Incluso, Marcela descubrió que, después del Isidore, hubo cierta histeria, y los diarios siguieron de cerca los pasos del huracán *Kyle* y de la tormenta *Lili*, que ni cerca le pasaron al territorio mexicano.

Sin contar éstos últimos, de todas maneras la lista se incrementaba en siete

nombres, más los siete originales, más el Gilberto y el Wilma. En total, 16 huracanes (o amenaza de huracán) en 18 años, uno cada trece meses y medio, más o menos igual que los temblores.

Eso ya suena más acorde con la experiencia de vivir frente a las inestables aguas del Caribe.

Y también insinúa por qué los olvidamos: porque son muchos.

Y porque sus destrozos son menores. Claro, menores a nivel colectivo, a escala de ciudad o de país, porque en el plano personal perder una casa, o una lancha, o un automóvil, ya no digamos un familiar, siempre es una vivencia trágica.

Pero así es esto de los huracanes. A veces vienen de lejos, a veces de cerca, a veces se fortalecen, a veces se debilitan, a veces se encarreran, a veces se estacionan, a veces se desintegran, y lo básico, a veces te pegan, te arrasan, te machacan, pero casi siempre se desvían, y entonces, como los temblores, para la mayoría de la gente, las más de las veces terminan siendo como el lobo del cuento: puro cuento.



Claro que hay veces, y quizás por eso las guarda la memoria, cuando el susto es mayor.

A fines de septiembre del 95, la depresión tropical número 17 se formó en el Canal de Yucatán, frente a Quintana Roo, y creciendo en tamaño, se mantuvo estacionaria por un par de días. Como de costumbre, se lanzaron alertas de mal tiempo, pero nadie estaba preparado para el diluvio que cayó en todo el estado el domingo 1 de octubre. En unas horas, la perturbación cortó la carretera Chetumal-Escárcega, anegó las zonas bajas de Carrillo Puerto y Playa del Carmen, y dejó bajo un metro de agua las principales avenidas de Cancún. Mal le fue también a los estados vecinos, al desbordarse los ríos Palizada y Usumacinta, quedar aislada Ciudad del Carmen en Campeche, e inundarse extensas llanuras en Tabasco. Pero peor les tocó a Guatemala y El Salvador, que reportaron muchas víctimas fatales, por las avenidas de lodo.

Al emerger en el Golfo de México, el fenómeno alcanzó la categoría de tormenta y el nombre de *Opal*, llegando incluso a ser huracán, pero el mayor daño ya lo había hecho. En total, el número de damnificados se estimó en 80 mil, y los daños materiales en cientos de millones de pesos.

Cuando aún los medios hacían recuento de los estragos, en la noche del 9 de octubre la siguiente tormenta de la temporada, *Roxanne*, tuvo una rápida escalada, alcanzando vientos de 100 kilómetros por hora, al mismo tiempo que torcía el rumbo norte que llevaba, que la colocaba sobre la isla de Cuba, para enfilar directo hacia Cancún.

En aquella época, yo despachaba como director de un periódico recién nacido, *La Crónica de Cancún*. En los titulares del día 10 advertíamos con mesura, *Alerta en toda la Península*, y también, *Roxanne afectará Cancún*, pero cuando llegué a la oficina esa mañana la situación había adquirido un giro más dramático: Roxanne había ascendido a Categoría 1 y traía un rumbo franco, inequívoco.

La ciudad estaba desquiciada. No sólo por el calambre de Opal, que había sido

severo, sino porque Roxanne constituía la primera amenaza seria después del Gilberto. Una febril actividad se percibía en las calles. Todo era tapiar ventanas, clavetear puertas, descolgar letreros, bajar anuncios, comprar provisiones, sacar lanchas de la laguna. Es la escena típica de la víspera: cada quien deja a un lado sus pendientes y se ocupa de la emergencia.

Sobre todo de comprar: con Roxanne, las compras de pánico dejaron limpios los anaqueles, y en pocas horas era imposible conseguir pilas, velas, agua embotellada, atún, sardinas, linternas, masking tape, en fin, las precarias armas con que se enfrenta un huracán.

En el diario tomamos algunas providencias. Los reporteros desconectaron sus computadoras, los prensistas resguardaron sus rodillos, los administrativos envolvieron sus expedientes. Novato de huracán, tomé a la ligera la decisión de reducir a pocas páginas la edición del día siguiente, pero a la vez quería tener las mejores fotos y la mejor crónica de esa súper noticia. Así que convoqué a junta editorial al filo del mediodía y pedí voluntarios para pasar el huracán en primera línea, en los hoteles de la zona de playas. Una reportera, Haidé Serrano Soto, fue la primera en alzar la mano. No sin envidia la vi prepararse para la aventura: en el fondo, me hubiera encantado recibir esa orden de trabajo.

Ya con las instalaciones en resguardo, a media tarde me fui a la reunión de Protección Civil, en el Ayuntamiento. Roxanne ya era Categoría 2, y mantenía el rumbo. Según el pronóstico, lo tendríamos encima al filo de la medianoche.

Pero Roxanne nos dejó plantados. Viró de pronto al oeste y, ya Categoría 3, penetró a la altura de Tulum, en un área poco poblada. De hecho, los mayores estragos los hizo en la zona agrícola de Carrillo Puerto, donde literalmente barrió con las cosechas. El meteoro cruzó la península (inundando Tecax y Ticul), y tornó a fortalecerse al llegar al Golfo de México, pero entonces, con esas conductas erráticas que a veces adoptan los huracanes, se estacionó en la Sonda de Campeche casi diez días, derivando hacia el norte y hacia el sur, subiendo a huracán, bajando a tormenta, haciendo círculos y piruetas, hasta que al final, simple depresión tropical, naufragó frente a las costas de Veracruz.

Para explicar ese derrotero caótico, los yucatecos, siempre prestos a pinchar a sus vecinos, ofrecían una peculiar interpretación. Es que Roxanne, decían, llegó a Campeche... ¡y se apendejó!



En octubre del 98, el susto se llamó *Mitch*. Esa bestia nació frente a las costas de Panamá, en un par de días alcanzó fuerza de huracán y, en otro par de días, Categoría 5, con vientos de 300 kilómetros por hora. Es difícil imaginar el potencial destructivo de un engendro semejante. A 800 kilómetros del ojo, en las playas de Cancún, la marea se levantó un par de metros, y olas masivas golpeaban las terrazas de los centros comerciales, a la vez que derribaban muelles bien plantados en la Riviera Maya.

Mitch atrajo enseguida la atención de los medios, en parte por su colosal tamaño, en parte por los gestos teatrales del gobernador en funciones, un afamado bandido llamado Mario Villanueva, que con mucha seguridad pronosticaba que el huracán pasaría justo encima de la capital del Estado. Los huracanes, vale la pena apuntar, son un escenario perfecto para el lucimiento de los políticos. Y Villanueva, a seis meses de terminar su periodo, peleado con su partido, distanciado del Presidente, sospechoso formal de tráfico de drogas, perseguido por la policía, necesitaba con desesperación convertirse en el héroe de la película.

Pero Mitch, para decepción del despota, también nos dejó plantados. A última hora, en un giro no previsto por ningún modelo de computadora, enfiló hacia el sur y azotó por varios días Honduras, El Salvador y Nicaragua, provocando enormes avenidas de agua y de lodo que sepultaron pueblos enteros. Las imágenes de Guanajo, un pueblo de Honduras que el ciclón borró del mapa, ahogando casi a la totalidad de sus habitantes, dieron la vuelta al mundo. Las pérdidas de vidas humanas se contaron por miles, los damnificados por cientos de miles, los destrozos por miles de millones. Una década después, el área afectada aún sufre las secuelas de esa siniestra visita.

Y ni siquiera fue el final. Mitch se desintegró como tormenta en la cordillera de Centro América, pero sus restos cruzaron Guatemala y Chiapas (inundando pueblos), emergieron como depresión tropical en el Golfo a la altura de Tabasco, se reorganizaron en tormenta tropical, le pegaron a Yucatán por el lado de Celestún, se debilitaron, volvieron a cobrar fuerza al cruzar el Golfo, impactaron Florida sobre el puerto de Tampa, y aguantaron todavía una semana en las aguas frías del Atlántico Norte.

De que estos bichos pueden ser necios, ni duda.



El siguiente desastre, el huracán *Isidore*, azotó la costa norte de Quintana Roo en septiembre del 2002, siendo su más notable damnificado nada menos que el sucesor de Villanueva en el trono estatal, el gobernador Joaquín Hendricks. Isidore había nacido en las costas de Guyana, cruzado con parsimonia el Caribe, golpeado Jamaica como tormenta, y arremetido como huracán contra la punta occidental de Cuba, pero de repente torció al oeste, barriando la costa norte de Quintana Roo, tras lo cual se estacionó sobre Mérida. Los daños fueron cuantiosos: todo el sistema lagunar del litoral quedó hecho pedazos, y hubo cientos de damnificados en los poblados de Holbox y Kantunilkin. A Yucatán le fue mucho peor: 50 poblaciones afectadas, más de 70 mil damnificados.

Isidore agarró dormido a Hendricks, o más bien, lo agarró durmiendo donde no debía. Imprudente, el gobernador partió a Europa en suspicaz sigilo, mientras Isidore merodeaba por el Caribe. Y pocos se hubieran enterado de su correría de no ser porque su esposa, María Rubio, lo acusó en la prensa de estarse paseando con su novia, mientras ella atendía las zonas afectadas. La revelación causó un escándalo nacional y poco ayudó que Hendricks, al volver a toda prisa de su escapada, anunciara que su mujer sufría un trastorno mental y la destituyera del DIF.

El desplante le salió caro. Altiivo de nuevo cuño, apático hasta la médula, aislado por el escándalo, Hendricks jamás logró superar el descrédito. De por sí, aunque le encantaba ser gobernador, siempre le aburrió gobernar, al grado que sus ministros esperaban semanas para obtener una audiencia (leer informes, escuchar propuestas, encabezar reuniones le producía un hastío insoportable). Pero el golpe de Isidore y otros errores postreros, como encargarle a su amigo Sebastián una faraónica escultura de 200 millones de pesos (que no pudo terminar), dejaron su imagen por los suelos. Nadando de muertito, más que nada dedicado a sus negocios particulares, terminó muy aislado su sexenio. Pero sus desplantes persistieron: enfadado porque su partido perdió la mayoría en el Congreso local, hizo tremendo berrinche y no se presentó a rendir su último Informe de Gobierno.

Vaya cuate...



En septiembre del 2004, los periódicos empezaron a seguir la trayectoria de un meteoro descomunal. Se llamaba *Iván* y venía de Cabo Verde, pero su aspecto era tan aterrador que la prensa lo bautizó con un apodo inequívoco: Iván el Terrible.

Iván penetró el Caribe el 8 de septiembre, con Categoría 3, barriendo Trinidad y Tobago, donde cobró sus primeras víctimas. Tres días después, ya Categoría 4, asolaba Jamaica, dejando cientos de muertos, y luego, más que terrible, se mantuvo casi 40 horas en Categoría 5, avanzando entre los 15° y 20° de latitud. Hay que consignar este dato: todos los modelos de computadora incluyeron Cancún, que se encuentra en los 21°, como probable punto de impacto.

Por suerte, Iván también nos dejó plantados. Torció al norte, vapuleó el extremo occidental de Cuba, cruzó el Golfo, atravesó miles de kilómetros de tierra firme, emergió al Atlántico a la altura de las Carolinas, se reorganizó como tormenta, se enfiló hacia el sur, le pegó de nuevo a Florida, volvió a cruzar el Golfo y fue a morir a Texas.

Muchos cancenenses no nos dimos cabal cuenta del peligro. Lo dicho: cuando un huracán te pasa cerca, pero no te da de frente, todo parece reducirse a chubascos intensos y palmeras alborotadas. Por eso me sorprendió, cuando redactaba este texto, la irritación del jefe de Pronóstico del Servicio Meteorológico, Alberto Hernández Unzón.

Se la jugaron en serio, me dijo. Fue una irresponsabilidad total no evacuar la zona hotelera, a menos de doce horas de un probable impacto. Si Iván pega, de seguro habríamos contado muchas víctimas. Nosotros sugerimos, pedimos, suplicamos, pero nadie nos hizo caso.

Bueno, tal vez el gobernador Hendricks andaba en otro de sus viajes.



Pese a ser nativo del Altiplano, ya siendo adulto sentí una viva atracción por el mar. Primero aprendí a bucear, sigo aprendiendo a pescar, y esa afición tardía me llevó a



adquirir, en el 2000, un viejo barco abandonado que, tras meses de reparaciones, surca desde entonces las aguas del Caribe Mexicano con un nombre metafórico: el *Tafil*.

Ese gusto sí me gusta. Tanto, que años después obtuve la licencia de *patrón de yate II*, lo cual me autoriza a navegar distancias respetables. Así fue como, en julio del 2005, con el pretexto de un torneo de pesca, invité a varios amigos a visitar el arrecife de Alacranes, situado en el Golfo de México, a unos 180 kilómetros al norte de Progreso. Desde Cancún, la travesía sumaba poco más de 500 kilómetros, unas 30 horas a velocidad *Tafil*, lo cual suponía varias escalas. ^

Con ese destino, el miércoles 13 me hice a la mar (acompañado por Francisco López Mena, Fernando Espinosa de los Reyes y Guillermo Martínez Flores), mientras la tormenta tropical *Emily* caracoleaba en el Caribe, frente a Venezuela. La primera noche dormimos en Contoy, una microscópica isla situada a un costado de Cabo Catoche, perdimos la mañana del jueves buscando las ruinas de Boca Iglesias, y a media tarde llegamos a Holbox, sólo para enterarnos, vía Internet, que *Emily* venía directo a la península.

Retorno súbito, obligado, y cada quien para su casa, a tomar sus precauciones. Salvo resguardar al *Tafil*, he de confesar que yo no tenía mucho qué hacer. Mi oficina es una casa segura, con pocas ventanas, lejos del mar, y el escaso equipo vulnerable, como las computadoras, es fácil de proteger. Mi casa igual: algunas tiras de masking sobre los cristales y listo. El único riesgo podía ser un enorme laurel de la India que, con sus robustos 15 metros de altura, se alzaba en el patio central, justo frente a la recámara principal, rematada con un techo abovedado. Alguna vez pensamos en podarlo, pero sus ramas alojaban docenas de nidos, y sus plumosos inquilinos nos obsequiaban cantarinos conciertos cada amanecer. Además, ese tronco añoso había resistido sin problema el embate de pasados meteoros. A decir verdad, mi mayor preocupación esa víspera fue decidir dónde pasaría el huracán, pues las ansias de reportero de vivirlo en primera fila, cerca del mar, seguían intactas.

Al llegar a este punto debo hacer un paréntesis, porque me veo en la necesidad de introducir a la narración, como una referencia personal, a mi mujer, Gabriela Rodríguez, que en capítulos anteriores aparece citada como la secretaria de Turismo. En efecto, Gaby ocupaba ese cargo desde abril, y vivió los huracanes en un doble rol, por una parte como funcionaria responsable de un área crítica, por otra como pareja de un periodista que va interpretando la realidad como un reportaje. Confío en ser objetivo cuando describa su participación en los hechos, aunque no puedo descartar que mi visión esté empañada por el cariño.

Por lo pronto, ese fin de semana estuvo plenamente enloquecida movilizándolo turistas, coordinando refugios, atendiendo cónsules, dando entrevistas y participando en las reuniones de Protección Civil. De hecho, ahí naufragó mi intención de vivir el huracán cerca del mar, pues eso implicaba irse temprano a la zona de playas y conseguir refugio en un hotel, con alguno de los equipos de seguridad que permanecen en los inmuebles. Como era de esperarse, el domingo terminó de trabajar muy tarde, cuando ya los vientos huracanados se sentían en el centro de la ciudad, de modo que al final nos refugiábamos en la casa.

Fue una mala decisión. Como a las diez se fue la luz y a oscuras, tumbados en la cama, chacoteando, oímos cómo aumentaba la fuerza del viento hasta convertirse en un zumbido penetrante, con ráfagas aullantes. Y al embate de una de esas, el laurel se quebró: con un chasquido atronador se partió el tronco y la mole vegetal cayó justo sobre la casa, con un ruido de los mil demonios, como si estuvieran lloviendo peñascos.

*¡Craaash! ¡Boooom! ¡Zooook!*

Ninguna onomatopeya resulta suficiente para describir el estruendo.

Salimos disparados, cada quien para su lado, hasta refugiarnos en el baño. Tras sofocar las risas nerviosas, todavía con el corazón acelerado, dirigí una linterna al patio interior, y lo único que vi fue una tupida maleza de laurel. Traté de abrir la puerta, pero las ramas caídas la mantenían bloqueada.

La noche, que fue larga, se nos hizo corta. Los vientos empezaron a ceder de madrugada, todavía oscuro, con lo cual pude subir a la azotea a descubrir los daños. *Pude* es un decir: la espesura cubría todo el techo, de modo que por un rato me colé y me arrastré entre el follaje, sólo para cerciorarme que el tanque de gas no tenía fugas. De milagro, encontré que los dos principales ramales del laurel, tremendos troncos de medio metro de diámetro, habían caído, me imagino que simultáneamente, o casi, sobre sendos muros de carga, librando por muy poco las bóvedas de la recámara, que tal vez no hubiesen resistido el impacto.

Pronto di fin a la expedición, porque Gabriela tenía otros planes. Todavía con la penumbra del amanecer nos fuimos a la zona hotelera, al espectáculo habitual de árboles caídos y anuncios derribados. Ahí nos encontramos al alcalde de Cancún, Francisco Alor, quien se había pasado la noche en blanco, vestido de comando, con los equipos de rescate. Tras el intercambio de partes, nos fuimos a recorrer los refugios. El que más me impactó fue el Centro de Convenciones, donde más de mil turistas habían dormido en los salones de trabajo, en cientos de camastros, uno junto al otro, con cero privacidad, tapándose con un simple cobertor y con muy frugales alimentos. Pero se veían felices: habían sentido y oído la fuerza de Emily, y estaban muy conformes con la decisión de las autoridades de haberlos encerrado (orden que la víspera habían discutido, e incluso, resistido).

Pero hay que apuntar que Emily no le pegó de lleno a Cancún: barrió con su costado derecho el sur de Cozumel, y luego entró a tierra firme por la Riviera Maya, entre Xcaret y Puerto Aventuras, con vientos sostenidos de 225 y ráfagas de 270 kilómetros por hora, típicos de un Categoría 4.

Ahí sí, los destrozos fueron mayúsculos. La mitad de la planta hotelera de Cozumel resultó averiada, unos con puertas caídas y vidrios rotos, pero la mayoría con lesiones serias, estructurales, que obligaron a cerrarlos por completo. En la Riviera Maya no les fue mejor: muelles barridos, terrazas desplomadas, palapas desaparecidas. El parque Xcaret, con la vegetación hecha trizas, anunció un cierre temporal. En Puerto Aventuras, un fraccionamiento náutico muy sólido, los inmuebles resistieron, pero el viento arrancó de cuajo grandes árboles que obstruyeron los caminos y los canales. Más de siete mil viviendas resultaron dañadas, más de 20 mil hectáreas agrícolas siniestradas,

más de 30 mil turistas desalojados. En el recuento, Emily fue una catástrofe mayor, que ocasionó el cierre de 9 mil cuartos de hotel, casi una quinta parte del inventario estatal.

Con ese panorama, en las siguientes semanas no le vi un pelo a Gabriela, absorbta en visitas de ministro, giras de gobernador, reuniones de evaluación, campañas de publicidad. Yo me aboqué a asuntos más mundanos, empezando por el retiro de los restos del laurel, faena que requirió una cuadrilla equipada con motosierras, poleas, andamios y cadenas. Tuvieron que hacerlo pedazos, y luego sacarlo en tres viajes de camión, pues el cadáver pesaba, a ojo de jefe de cuadrilla, unas diez toneladas (quién sabe si la cúpula los hubiera aguantado).

Como sea, mientras planeaban dónde serruchar y donde apuntalar, el jefe de la cuadrilla emergió, entre socarrón y misterioso, del espeso follaje que cubría la azotea. Sabe qué lo salvo, preguntó. La suerte, respondí. No, venga a ver, me dijo. Y ahí, bajo las tupidas ramas, a escasos centímetros del tronco más grueso, sobre un pequeño cobertizo que existía en el patio, maltrecha, torcida, ladeada por el golpe, pero erecta, estaba una vieja cruz de hierro, el famoso crucifijo de San Cristóbal de Las Casas, con sus balanzas y sus serpientes, sus escaleras y sus herramientas, que yo, descreído como soy, había colocado en ese espacio con un propósito puramente decorativo. Dele gracias a Dios, sentenció el capataz.

De verdad, los milagros están donde la fe los necesita.



Poco después del Emily, un soleado día de agosto amanecí con el Tafil en el arrecife de Alacranes. El ciclón había retrasado la celebración del torneo de pesca, pretexto perfecto para la excursión, así que en compañía de un par de amigos (Guillermo Martínez y Alfonso Barnetche) y de mi hijo menor, León, le dedicamos unas jornadas a la buena vida: bucear, pescar, y charlar bebiendo cerveza las largas horas que duran los preparativos para la cena.

De vuelta en Progreso, camino a casa, nos enteramos que un pequeño huracán, *Katrina*, estaba impactando la costa oriental de Florida. Eso se encontraba muy lejos de nosotros, y a muchos grados de latitud norte. De hecho, Katrina se había formado cerca de las Bahamas, a los 23°, y había subido hasta Miami, a los 26°, de modo que era casi imposible que afectara la navegación del Tafil, paralela a la costa yucateca, a menos de 22° (para efectos prácticos, un grado equivale a 111 kilómetros).

Con esa certidumbre levamos anclas el día 26, en un día espléndido, con cielo despejado, y una suave brisa soplando en la dirección habitual, en contra nuestra, de este a oeste. Pero a media mañana el cielo se cerró y el viento viró en redondo, ahora de oeste a este, empujándonos por la popa, orientación increíble que sugería la influencia de un fenómeno externo.

Ese fenómeno se llamaba Katrina. Tras fundir las luminarias de Miami, que en algunas zonas permaneció a oscuras por semanas, y machacar, vaya ironía, el edificio del Centro Nacional de Huracanes, inutilizando el radar que le seguía la pista, el meteoro

había penetrado el Golfo y descendido a los 24° de latitud, escalando con rapidez la velocidad de sus vientos. Todavía estaba muy lejos del Tafil, pero era indudable que nos encontrábamos en una de sus bandas exteriores, y por la tarde vimos un aumento paulatino en la altura de las olas.

Ahí no hay que andarse con cuentos. Es improbable que un huracán descienda de latitud, pero no es imposible, se han dado muchos casos, y lo único cuerdo y urgente es buscar refugio, porque si el meteoro te sorprende en el mar estás perdido. Así que cortamos la marcha y nos dirigimos a la isla de Holbox, puerto que ya estaba cerrado a la navegación por instrucciones de la capitanía (cerrado para salir, desde luego, nunca para entrar).

Para los marinos, para los pescadores, para cualquiera navegante, resguardar la embarcación se convierte en prioridad absoluta en caso de huracán. No hay ningún navío, del tamaño que sea, capaz de resistir las olas montañosas de un huracán mayor, y como nunca sabes dónde va a pegar, ni con qué fuerza, hay que prepararse para lo peor, esto es, para evitar a toda costa que se hunda el barco.

En los Estados Unidos, nuestro referente más cercano en cuestiones náuticas, ni siquiera se toman la molestia: ahí los seguros sí funcionan y cubren las pérdidas con prontitud. Por eso dejan los barcos fondeados en las marinas, librados a su suerte, y por eso salen en las noticias esas estrujantes imágenes de barcos partidos, amontonados por las olas sobre los muelles.

Pero en México los seguros no funcionan: tras el Wilma, por ejemplo, hubo casos de yates hundidos donde la aseguradora se negó a cubrir el siniestro, alegando que la causa del naufragio había sido la marejada, no el huracán, y que esa contingencia no estaba incluida en la póliza.

De modo que hay que buscar amparo. Por ventura, en el Caribe Mexicano tenemos el refugio ideal: los manglares. A pesar de su aparente fragilidad, el manglar es un árbol sólido, reciamente anclado en los fondos rocosos del litoral, con troncos gruesos y flexibles, que resisten a la perfección los vientos huracanados. Además, crece en las orillas de las lagunas costeras, donde pueden llegar las embarcaciones menores, y en esos bosques de manglar hay muchos huecos, hechos casi a modo para que quepan los yates.

La técnica consiste en amarrar los barcos de tantos troncos como sea posible, pero con los cabos largos y flojos, de manera que el barco flote, aun cuando está sujeto, y resista los cambios de marea y las ráfagas de viento (si los cabos se tensan y el barco no flota, al subir la marea las olas rebasan la borda y lo hunden).

Mas ahí esta el problema. Para que los cabos no se tensen, alguien tiene que permanecer a bordo. Sé que suena horrible, y lo es: ante la amenaza del huracán, los marineros se quedan a bordo de los barcos, con la encomienda de soltar y de cobrar los cabos, para que el barco siempre flote, y a la vez, permanezca más o menos en el mismo sitio (si se mueve demasiado, el casco puede golpear los troncos de manglar, con riesgo de perforarse, hacer agua y provocar el naufragio).

Existe un acuerdo tácito, no escrito, duro y ventajoso, entre los propietarios de barcos y sus marineros: hay que quedarse a bordo en caso de huracán. No es extraño,

por tanto, que algunos renuncien la víspera del impacto, pero, sin afán de justificar el abuso, también hay que decir que muchos emprenden con manifiesto gusto la riesgosa faena.

Y la razón está dicha: los huracanes casi nunca pegan.

Así que los marineros, para encontrar buen lugar, suelen irse a los manglares con dos o tres días de anticipación, y terminan armando muy buenas chorchas con sus vecinos de ocasión, los marineros de otros barcos. Van siempre bien provistos de bebidas y alimentos, y sobre todo, nunca se quedan sin luz y sin música, que les fascina a volúmenes ensordecedores. Además, pueden escuchar por la banda civil los partes de la capitanía de puerto, mantienen comunicación vía celular con sus familias, y de remate, van a recibir por el encargo una buena propina.

Esa fiesta del manglar tuvo lugar diecisiete veces consecutivas después del Gilberto. Claro, también hay que apuntar que la fiesta número dieciocho fue Wilma, y aun entre los marinos más correosos, hubo bastantes sinceramente arrepentidos.

Ese era también el único plan posible con el Tafil a su vuelta interrumpida de Alacranes. Llegados a Holbox, ingresamos en la laguna de Yalahau y nos fondeamos a la vista de unos robustos mangles, con la esperanza de no tener que usarlos. Ahí permanecimos 48 horas, con la presencia intermitente del delator viento del oeste. Y es que Katrina se había tornado en monstruo: el 28 de octubre alcanzó la Categoría 5, con una presión en el ojo de 904 milibares, que lo convertía de momento en el cuarto huracán más potente en los libros de récords del Atlántico.

El resto de la historia es conocida. Katrina impactó la costa de Mississippi el día 29, con una marea de tormenta de siete metros de altura, devastando una línea costera de 80 kilómetros y borrando del mapa poblaciones enteras, como Gulfport y Biloxi (donde se encontraba, otra ironía, la base aérea de los cazahuracanes). Como efecto lateral, las intensas lluvias rompieron los diques que protegían Nueva Orleans, que si bien no recibió el impacto directo del meteoro, quedó en un 80 por ciento bajo las aguas, en una catástrofe que los expertos venían pronosticando a lo largo de los últimos 50 años.

El presidente Bush, siempre tan atinado, dijo: “No creo que nadie haya previsto la ruptura de los diques.”

El jefe de Seguridad Interior, Michael Chertoff, explicó: “Esa tormenta perfecta rebasó la visión de los planificadores.”

El comandante de la Guardia Nacional, general Russel Honore, agregó: “No es error nuestro, son actos de Dios.”

A lo cual el escritor Ted Steingberg, un experto en desastres naturales, autor de libros sobre el tema, replicó: “Llamar a esos eventos actos de Dios ha sido siempre una manera de evadir la responsabilidad por la destrucción y las muertes.”

Como sea, mientras los políticos se echaban la bolita y el alcalde de Nueva Orleans, Ray Nagin, ponía cara de víctima (cuando se contuvo de ordenar la evacuación por 40 horas críticas), el país descubría horrorizado las secuelas del impacto: cuerpos flotando en las calles, centenares de cadáveres en las fosas comunes, desaparecidos por miles, suburbios enteros bajo las aguas.

Mi meteorólogo favorito, Jeff Masters, escribió en su *blog*: “El esfuerzo por evacuar cien mil personas pobres fue muy pequeño, sin el transporte suficiente. Hacer eso habría costado decenas de millones de dólares, dinero que ni la ciudad, ni el estado, ni el gobierno federal querían gastar. ¿Para qué gastar dinero en la gente pobre? El dinero se gasta en proyectos que les gusten a los grandes contribuyentes. Así que el plan desde siempre fue dejarlos morir. Y murieron, como todos los expertos sabíamos que pasaría. Murieron en gran número. No sabemos cuántos, con certeza. Dado que el plan era dejarlos morir, la ciudad de Nueva Orleans sólo se aseguró de tener suficientes bolsas de plástico para los cadáveres. Diez mil bolsas, pero como Katrina no le pegó directo a Nueva Orleans, diez mil bolsas probablemente sean suficientes.”

Sigue Masters: “La orden de evacuación obligatoria sólo se dio hasta al domingo, 20 horas antes del impacto. No se sabe a qué horas empezaron a funcionar los camiones. El mayor Nagin dijo que metieron 50 mil al Superdome y otros refugios, dejando otros 50 mil en sus casas. Fue una suerte que Katrina no le pegara a Nueva Orleans de frente, porque los 50 mil del Superdome también se hubieran muerto.”

Hay que insistir en los yerros de la evacuación, porque ahí esta la clave de este holocausto. Nueva Orleans tenía un plan sobre el papel, de acuerdo al cual los autobuses serían despachados a lo largo de sus rutas regulares a recoger gente, para de ahí llevarla al Superdome, que sería usado como punto de concentración. Más tarde, se preveía sacarlos de la ciudad.

Pero Charley Ireland, director adjunto de la Oficina de Desastres de la ciudad, opinó: “Eso nunca sucederá, porque no hay suficientes autobuses. Entre el transporte público y las escuelas, suman como 500 autobuses, y cada uno lleva 40 personas, o sea, dos mil en total. Además, los choferes no se quedaron, se fueron a sus casas a rescatar a sus familias. Los choferes saben que es su deber, pero el contrato que tienen firmado con la compañía, con el sindicato, no los obliga.”

A la postre, jamás se supo el número de víctimas. Las cifras oficiales se fijaron en poco más de un millar, pero la lista de desaparecidos todavía contiene cerca de cuatro mil nombres. En cuanto a Nueva Orleans, pasarán años antes de que la bulliciosa capital del jazz logre recuperar el esplendor perdido. Una catástrofe difícil de imaginar para el país más poderoso de la Tierra, el primero en tecnología y recursos para protegerse de los huracanes.

Para los adoradores de este imperio imperfecto, un último dato: ni un solo político o funcionario fue procesado por negligencia por la tragedia del Katrina.



Como suele suceder en temporada de huracanes, el tiempo lucía espléndido la tarde del viernes 30 de septiembre, cuando un grupo de amigos tomamos la carretera rumbo al sur para pasar el fin de semana en Playa del Carmen, a unos 70 kilómetros de Cancún. Pero el sábado en la mañana se nubló, a mediodía empezó a llover, y llovió y llovió, sin fuerza pero sin pausa, toda la tarde y toda la noche, arruinando el paseo. Como el

asunto no tuviera visos de mejoría, el domingo a mediodía volvimos a Cancún, para encontrar una ciudad bajo las aguas.

El diluvio había sido histórico. En algunas zonas, el agua había alcanzado metro y medio de altura, devastando las precarias viviendas de las zonas populares. Todas las calles y avenidas se habían convertido en arroyos, y centenares de coches permanecían varados en su cauce, a veces tapados hasta el techo. Los pozos de absorción se habían saturado, y chorros de agua rebosaban por las alcantarillas. Muchos refugios oficiales estaban inhabilitados, sobre todo escuelas, construidas en zonas bajas. Por la radio, ya se anunciaba la suspensión de clases para el día siguiente.

Ese caos era resultado de la visita no anunciada de una perturbación común, que se convirtió en la tormenta tropical *Stan* justo antes de tocar Quintana Roo. Vale la pena reparar en ese hecho. En los meses cálidos, cualquier depresión puede crecer a tormenta y a huracán en pocas horas.

Stan lo logró y, repleto de agua, atravesó la península yucateca, emergió al Golfo, alcanzó por unas cuantas horas la efímera calidad de huracán, y se disolvió rápidamente al chocar con la Sierra Madre Oriental, a la altura de Veracruz. En términos de fuerza, Stan fue un huracán muy menor, con vientos máximos en la frontera de los 120 kilómetros. Y también fue fugaz: entre su gestación y su muerte, apenas pasaron unas 90 horas, menos de cuatro días.

Pero Stan fue uno de los huracanes más destructivos del 2005. Tras alejarse de Quintana Roo, las lluvias que derramaron sus anchas bandas causaron severas inundaciones en todo el sureste mexicano. Las extensas planicies de Tabasco y Campeche quedaron anegadas, lo mismo que los valles de las distantes regiones de Puebla y de Oaxaca. Muy mal le fue a Chiapas, donde Stan coincidió con una tormenta en formación sobre el Golfo de Tehuantepec, y esa indeseable sociedad se tradujo en el desplome de los cielos. Treinta y tres ríos se salieron de madre y arrollaron pueblos enteros en la región costera y en los alrededores de Tapachula. Las avenidas fueron tan violentas que la televisión mexicana logró filmar los momentos en que el caudal se llevaba los puentes y arrasaba las casas. Y muy mal le fue a Veracruz, que recibió el impacto de frente, con daños de consideración en 140 poblaciones.

El saldo de Stan para México fue pavoroso: cientos de muertos (nunca se sabe cuántos), 19 mil lesionados, 58 mil evacuados, 155 mil viviendas destruidas, 125 carreteras dañadas, 800 colonias populares inundadas.

Y lo increíble: peor, si cabe la palabra, le fue a Centro América. El diluvio alcanzó las zonas montañosas de Guatemala y El Salvador, y provocó los consabidos torrentes de lodo. Un pueblo entero, Panabaj, se vino abajo por estar asentado en una colina que se volvió fango, matando a la totalidad de sus 800 habitantes. La cifra total de víctimas ascendió a mil 500, más otros miles de desaparecidos, reportándose decesos incluso en Nicaragua y en Honduras.

Una tragedia, pero a la vez una lección, porque el ojo de este huracán modesto pasó a cientos, no sólo a cientos, a más de mil kilómetros de las regiones que vistió de luto.

Así que retiro lo dicho: cuando el huracán no te centra, a veces no pasa nada, pero a veces pasa todo.



Sin tener todavía completo el recuento de daños de Emily, cuando aún los estragos de Stan eran noticia fresca, a mediados de octubre una onda tropical empezó a tomar forma al sur de Jamaica, a más de mil kilómetros de las costas de México.

Dado que esa noticia no era noticia, sólo los fanáticos del clima se enteraron del suceso, vía Internet. El jueves 13, como reflejo mecánico, Jeff Masters alertaba: *¡Ojo con Jamaica!*, mientras el viernes 14, con vena poética, Steve Gregory rezongaba: “Apenas le había pedido a las estrellas que los trópicos se enfriaran, y ya tenemos el siguiente sistema.”

Fue hasta el sábado 15 cuando la perturbación, aún dispersa e indecisa, obtuvo el título de depresión tropical, la número 24 del año. Pero los modelos de computadora desentonaban en el pronóstico. Los americanos (GFS y GFDL) preveían la formación de una débil tormenta tropical, con impacto en Belice a los siete días. El modelo británico (UKMET) anunciaba un huracán menor, cruzando por el Canal de Yucatán. El canadiense lo mantenía como tormenta en ese estrecho, pero después lo escalaba a huracán, con impacto final en Bahamas o la Florida. Por último, la Marina de los Estados Unidos (NOGAPS) pronosticaba un huracán, estacionario en el Caribe por una semana.

La TD24 los hizo quedar mal a todos. El domingo 16 se movió con lentitud en dirección oeste, sin variar de intensidad, y apenas el lunes 17 se convirtió en la tormenta tropical *Wilma*, muy endeble aún para percibirse como amenaza. Entonces los pronósticos empezaron a coincidir, estimando que un ojo se formaría el martes 18, ya tarde, o en la madrugada del miércoles 19, cuando el sistema estaría sobre el Canal de Yucatán. Eso suponía un giro hacia el norte y un aumento en la velocidad de avance, pero Wilma seguía sin atender sugerencias: siguió hacia el oeste, a paso cansino.

Eso fue suficiente para llamar la atención de los periódicos de Cancún, que el lunes 17 empezaron a dedicarle titulares, más en tono de hastío que de alarma. Wilma llegaba en mal momento, pues el jueves 20 estaban programados dos eventos mayores. Por la mañana, la inauguración del Travel Mart, versión local del Tianguis de Acapulco, un encuentro entre mayoristas y hoteleros donde suelen negociarse buena parte de los contratos de alojamiento de la siguiente temporada. Y la noche de ese mismo día, en Xcaret, la ceremonia de entrega de los premios MTV Latinoamérica, que por primera vez se realizaba fuera de los Estados Unidos y que, desde hacía semanas, con creciente expectación, se anunciaba en los cortes comerciales de la televisora rockera. Si llovía, si soplaba el viento, Wilma podría convertirse en una molestia mayor.

Todavía el martes 18, todavía tormenta, Wilma mostró una actitud elusiva. Ni siquiera tenía un ojo bien definido, pero el centro de la perturbación estaba cubierto por una formación nubosa, llamada CDO, un denso cúmulo de nubes tipo cirrus, condición que no dejaba de intrigar a los meteorólogos pues es característica exclusiva de



los huracanes intensos. Con esa inusual envoltura, Wilma aumentó su velocidad a 12 kilómetros por hora, una buena señal, porque entonces no aumentaría en potencia, pero conservó el rumbo oeste, desafiando la necesidad de las computadoras, que la urgían a virar al norte. Y ese rumbo sí era mala noticia, porque crecía la posibilidad de sufrir el impacto en territorio mexicano.

Con ese panorama, todavía tranquilo, el martes tomé providencias para llevar el Tafil a los manglares. Junto con mi marinero, Héctor, aseguramos los cabos al fondo de un canal, paraje que nos pareció ideal hasta que en las horas siguientes se atiborró de lanchas. Si alguna se hunde, rezongó Héctor, nos vamos a quedar atrapados. Agudo en cosas de mar, me hizo ver que los marineros inexpertos estaban amarrando cabos a los troncos de las casuarinas, a la orilla del bulevar. Esos remedos de pino, originarios de Australia, crecen muy altos, pero echan poca raíz, de modo que se vienen abajo con los vientos huracanados. Pero no dejan de ser árboles y pesan cientos de kilos: el impacto puede partir en dos una lancha pequeña.

Ya sin urgencias que atender, esa tarde me enteré, por Gabriela, que se había suspendido, a la mitad del programa, la gira española del Gobernador. Vamos todos de regreso, me avisó.

Pero todo cambió esa madrugada. En la más rápida intensificación registrada en un ciclón atlántico en 150 años, la presión de Wilma se precipitó en caída libre durante doce horas, para parar la columna de mercurio en 882 milibares, batiendo el viejo récord del Gilberto, de 888, lo cual técnicamente lo convirtió en el huracán más potente de la historia. Los vientos sostenidos rebasaron los 290 kilómetros por hora, y en su centro se formó un ojo apocalíptico, de dos millas de diámetro, el más compacto y violento que jamás había captado una imagen de satélite.

Los expertos se debatían entre el desconcierto y el asombro. Masters asentó en su diario: "Nunca había existido un huracán como Wilma. Es increíble la fase de intensificación... es increíble el diámetro del ojo... es increíble que sea tan compacto... es increíble que los cazahuracanes hayan podido penetrar ese ojo microscópico."

Desde luego, el miércoles 19 todos los modelos de computadora cambiaron su pronóstico y colocaron a Wilma sobre el Caribe Mexicano, sobre Cozumel, sobre Cancún, sobre Isla Mujeres, pero era una corrección tan inútil como tardía, porque a esa hora ya todos sabíamos que nos iba a pegar un huracán.

Las escenas de siempre: tapiar ventanas, rescatar lanchas, comprar provisiones, aunque esta vez, tal vez por el antecedente del Emily, tal vez porque el ensayo se ha hecho costumbre, se percibía un ánimo sereno, nada de ese tinte histérico de contingencias pasadas. Hasta las compras de pánico fueron serenas, y los almacenes se dieron maña para satisfacer el aumento en la demanda.

Gabriela llegó de España a media tarde del miércoles 19 y se fue a la reunión de Protección Civil. El gobierno se había propuesto evacuar tantos turistas como fuera posible, de modo que esa noche casi no durmió, de nuevo gestionando vuelos y coordinando refugios, y salió de madrugada, a otra más de las maratónicas sesiones convocadas por el Ayuntamiento (hay que reconocer que esas juntas, transmitidas en vivo por la radio,

fueron muy eficaces para alertar a la población sobre el peligro).

A mediodía del jueves 20, con las primeras ráfagas, a mí sólo me faltaba una cuestión por decidir: dónde pasar el huracán. Pero esta vez tenía una idea fija, obsesiva: quería estar en primera fila. Y las circunstancias me iban a proporcionar el sitio ideal: el Centro de Convenciones. En Emily, el recio edificio sirvió a la perfección como refugio, pero en esta ocasión el alcalde Francisco Alor había ordenado la evacuación completa de la zona hotelera, y se negó en redondo a dejar turistas en el inmueble, pese a la opinión en contrario de la propia Gabriela y de Jesús Almaguer, presidente de los hoteleros, que lo consideraban digno de confianza.

También yo sentía que lo era. Ciertamente, tiene ventanas por los cuatro costados, pero también tiene salones interiores, protegidos por gruesos muros, calculados para resistir cualquier tormenta. Además, tiene su propia planta, lo cual suponía no quedarse sin luz, e Internet inalámbrico, vital para seguirle el rastro al meteoro. Por último, feliz casualidad, ahí se ubica la Secretaría de Turismo, o sea, la oficina de Gabriela, quien estaría en condiciones de gestionar esa peculiar estadía sin mayor dificultad.

Por qué no nos quedamos en tu oficina, le sugerí. Las ventajas eran tan evidentes que llamó de inmediato al director de Operaciones, Javier Gámez, quien no sólo accedió, sino que decidió venir con nosotros, y de paso traer a su novia, Laura Cattorini. Ya de noche, pasamos por ellos en mi camioneta, una todo terreno que ni pintada para la ocasión, superamos con la identificación de ambos los retenes del bulevar y, en medio de un vendaval turbador, cruzamos el puente de la Nichupté, oímos a lo lejos un mar embravecido, vimos los primeros escombros voladores.

Poco antes del arribo, Gabriela recibió una llamada: era su secretaria, Urania López, informando desde el lugar de los hechos que, con el huracán encima, los directivos del Hotel Regina se resistían a evacuar a los turistas. Diles que no hay de otra, que vas a llamar a la fuerza pública, instruyó. Y ya vete a tu casa, por favor.

Qué hace Urania de rescatista, pregunté.

Así se han pasado el día, Urania y los demás, alegando con los hoteleros que la evacuación obligatoria es obligatoria. Creen que es un juego, criticó.

Bueno, nosotros íbamos a jugar un juego similar, aunque era a riesgo personal, no poníamos en apuro la integridad de terceros. Y así fue como, al filo de las ocho de la noche, llegamos con el ojo alegre y la sonrisa pronta hasta uno de los sitios más expuestos de la isla, con la extravagante idea de presenciar el impacto de Wilma en primera fila.

## DE LOS CAUTOS Y LOS DESCREÍDOS

---

### 🌀 *Ojo con Jamaica*

*Una amplia área de baja presión de 1006 milibares está centrada al sur de Jamaica, y es una amenaza definitiva para convertirse en una depresión tropical en los próximos días.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, OCTUBRE 14, 8:08 A.M., HORA DE CANCÚN.

Los huracanes son una maravilla de la naturaleza, que nos aportan grandes beneficios. Pero tienen su lado negativo y hay que saber entender su comportamiento, su evolución, los riesgos que implican y el momento adecuado para protegerse.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

Cuando comienzan su viaje en las islas Cabo Verde, cercanas a la costa africana, generalmente viran al norte antes de entrar al Caribe. Si se meten entre las Antillas menores, hay que mantenerles el ojo puesto. Es cuando uno siente cierta intranquilidad persistente, que no termina hasta que el sistema se desvía. Hay algunos que no lo hacen: Gilberto y Emily, por ejemplo, nos apuntaron directamente desde un principio y no hicieron caso de los expertos, que predecían su giro.

**FRANCISCO MORALES ROJAS**, *cronista espontáneo (desde Cozumel)*

Son los huracanes fenómenos de carácter tropical, marítimo y veraniego. Las condiciones para su formación se dan única y exclusivamente en el sector tropical de los océanos, por lo común entre los 10 y 20 grados de latitud, y también única y exclusivamente durante los meses cálidos, sobre todo en el caso de los que afectan a la península a fines del verano y principios del otoño.

**JUAN JOSÉ MORALES**, *educador*

*Los huracanes en la península de Yucatán, 1993*

Nosotros monitoreamos casi diario por Internet. Así empezamos a monitorear Wilma. En un principio nos pasó igual que a todo el mundo. Lejos, errático, sentíamos que ni

siquiera nos iba a llegar. Pero tenemos gente que ya le entiende muy bien a estas cosas, incluyendo a Meche Cole, que es una experta. Meche, no sé por qué, estudió mucho esto. Ella te puede decir cuándo viene un huracán, cuándo no, con qué fuerza, desde tiempo antes, porque abre muchas páginas, compara y hace sus ecuaciones. Haz de cuenta, como si fuera meteoróloga. Cuando ella detecta algo que puede ser peligroso, me habla siempre por teléfono, chécate tal página, ponle atención. Así nos trajo como semana y media. Cuando se empezó a juntar el Comité de Huracanes, nosotros ya teníamos camino andado.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

La afición me viene desde el Gilberto, fue mi primer huracán. Me admiró mucho, empecé a leer, a investigar. Encontré un librito maravilloso, *Los huracanes en la península de Yucatán*, el de Juan José Morales, me lo devoré. Entonces sólo teníamos el *Weather Channel*. Ya que tuvimos Internet, mi primera idea fue encontrar páginas de huracanes. Hoy estoy suscrita a varias páginas que me avisan de cualquier alerta, me mandan un mensaje a mi correo. De todos modos, desde que empieza la temporada, todos los días checo dos páginas especializadas. Veo los vientos, las corrientes de chorro, me voy haciendo una idea, aunque sé que son totalmente impredecibles. Todo eso me encanta.

**MECHE COLE**, *coordinadora de damas voluntarias, Cruz Roja Cancún*

Rara vez nos golpean antes de septiembre. Este año, sin embargo, Emily llegó en julio y Wilma casi en noviembre, cuando los ciclones son más traicioneros porque se forman en el Mar Caribe, y no te dan tiempo de hacer bien los preparativos.

**FRANCISCO MORALES ROJAS**, *cronista espontáneo (desde Cozumel)*



### ***Aquí viene Wilma***

*La depresión tropical 24 está aquí, pero no será llamada así mucho tiempo. Todo parece indicar que se convertirá en la tormenta tropical Wilma para el domingo, y en el huracán Wilma para el martes.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

SÁBADO, OCTUBRE 15, 3:17 P.M., HORA DE CANCÚN

Una semana antes del huracán le platiqué a mi hermana Wilma Yolanda, con residencia en Mérida, que posiblemente nos alcanzaría un huracán con su nombre. Ella me respondió, según el carácter dominante del que hace gala, hermanita linda, cuídense, porque si se llama como yo, les va a llegar muy fuerte.

**MINTHY LORENA ESTRADA ALBOR**, *comerciante*

Cuando estaba por Jamaica pensé, con este no hay pa' trás. Quiero decirte que el comedor de mi casa se convierte en un centro de control, con la mesa llena de mapas. Tengo mis compases, y mis escuadras, y saco mis coordenadas, y hago mis cálculos. Y cuando lo analicé, desde que iba por ahí, dije, este ya no se mueve, este viene para acá.

**MECHE COLE**, *coordinadora de damas voluntarias, Cruz Roja Cancún*

☪ **No Wilma esta noche**

*La depresión tropical 24 luce poco impresionante esta noche. Las imágenes de satélite continúan mostrando un sistema amplio y poco organizado, que no es todavía una tormenta tropical. Wilma sería una amenaza, en todo caso, para Honduras.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

DOMINGO, OCTUBRE 16, 8:49 P.M., HORA DE CANCÚN.

He visto muchísimos sistemas de esas características desvanecerse, desintegrarse sin razón aparente. Hay que estar alerta, pero prender los focos rojos con tanta prisa sería irresponsable.

**JOSÉ CHI ORTIZ**, *meteorólogo del Ayuntamiento de Cancún*

La mayor o menor incidencia de estos fenómenos en la península no depende de las condiciones locales. Nacen y se desarrollan en lejanas regiones del océano, y en su mayoría siguen trayectorias que los llevan lejos del territorio mexicano. Eso significa que la mayor o menor frecuencia en la península depende de la mayor o menor cantidad que se formen. Mientras más sean, más probabilidades habrá que llegue uno a México.

**JUAN JOSÉ MORALES**, *educador*

*Los huracanes en la península de Yucatán, 1993*

El municipio Benito Juárez tiene algunas ventajas para contrarrestar el efecto de los huracanes. Uno, está en suelo calizo, que drena muy rápido. Dos, no hay ríos ni lagunas. Tres, no hay montañas, que provoquen deslaves. Cuatro, no hay cauces, por donde se produzcan avenidas de agua. Cinco, el talud continental es profundo, lo que impide altas marejadas. Seis, hay muchas construcciones sólidas, de mampostería. Y siete, está rodeado de manglares, con un efecto de radiación. El manglar rompe el efecto del viento, estamos seguros, aunque esto no se ha podido comprobar científicamente. Yo estoy promoviendo, con la Universidad de Florida, un estudio de vientos con radares meteorológicos móviles, para probar esa tesis.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

La principal desventaja, la número uno, es la población, que se rehúsa a tomar precauciones, pero hay otras. Dos, estamos situados en un área vecina a tres zonas matrices de huracanes. Tres, la mayoría de la población no conoce el fenómeno. Cuatro, los asentamientos están pegados a la costa. Cinco, no tenemos buenos sistemas de comunicación, como tecnología satelital. Seis, hay demasiada flora no nativa, ficus, almendros, tabachines, flamboyanes, todas plantas exóticas que no resisten el huracán. Siete, hay demasiados postes e instalaciones aéreas. Ocho, no hay un buen reglamento de construcción, hay muchas fachadas frágiles.

**MARIO STOUTE HASSÁN**, *subdirector de Protección Civil*

☪ **Wilma establece récord**

*Después de dos días de luchar como depresión, Wilma al fin tuvo un sostenido incremento en su convexión, que le dio impulso para alcanzar fuerza de tormenta tropical. Ahora, la temporada del 2005 tiene la distinción de ser la más intensa de la historia, con 21 tormentas con nombre.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

LUNES, OCTUBRE 17, 8:00 A.M., HORA DE CANCÚN.

Desde el lunes anterior comenzaron las noticias de que la tormenta tropical número no sé cuantos había pasado a ser el huracán Wilma, y que traía la misma trayectoria que el devastador huracán Gilberto, y que aún se encontraba a más de mil kilómetros de las costas del país, y que era muy temprano para predecir su curso. Mientras son peras o son manzanas, me fui a comprar despensa, ya que este mismo año entró Emily y, poco antes, ya no encontrabas pan, agua, atún...

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Mi hijo de 16 años, más que nadie, deseaba conocer un fenómeno de esta naturaleza. Siempre escuchó cuando hablábamos de Gilberto. Le decíamos, no, hijo, no sabes lo que dices, después viene lo peor, no hay luz, agua, alimentos. Y contestaba, no importa, yo quiero vivir esa aventura, pase lo que pase.

**MINTHY LORENA ESTRADA ALBOR**, *comerciante*

Como director de la Cruz Roja, yo no me preocupo por cubrir la emergencia diaria. Esa la tengo resuelta. Me preocupo por el desarrollo institucional, por hacer más paramédicos, más guardavidas, más rescatistas, por tener más equipo. Y, sobre todo, por captar fondos para que no paremos el servicio, porque éste es gratuito. Cruz Roja no tiene una partida presupuestal del Ayuntamiento, ni del Gobierno Estatal. No estamos exentos de

impuestos, de pagar la luz, el gas, el teléfono, el agua, los combustibles. Vivimos de los donativos y conseguirlos es mi máxima prioridad, salvo en caso de huracán. Ahí sí me preocupo de la emergencia. De hecho, si hay un huracán, la emergencia es lo único que importa.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*



***Huracán Wilma: Categoría 1 y subiendo***

*Wilma se convirtió en huracán hoy, empatando el récord de doce huracanes en una temporada, establecido en 1969. La intensificación muestra una fase modesta, con una presión de 970 milibares. Las condiciones para su desarrollo son favorables, pero no perfectas. Parece razonable esperar que sea Categoría 3 para el miércoles, y le doy un 40 por ciento de chance de ser Categoría 4 para el viernes.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MARTES, OCTUBRE 18, 3:06 P.M., HORA DE CANCÚN.

Ironías de la vida: estábamos en España haciéndole promoción a Cancún, explicando que ya nos habíamos recuperado del Emily, cuando ya teníamos encima el siguiente huracán.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

El martes, desde España, hago un enlace a la radio local. Al aire digo que voy de regreso, pero también que es difícil que nos vuelva a pegar un huracán. Según las estadísticas, explico, la probabilidad es muy baja. Hasta existe una creencia de que por donde pasó un huracán, no pasa otro. A las 24 horas ya estaba anunciando exactamente lo contrario.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Un huracán como el Gilberto difícilmente se repetirá en varias generaciones, pues fue algo excepcional. Resulta en extremo improbable que antes de cien años concurren de nuevo circunstancias meteorológicas similares, capaces de dar origen a un sistema ciclónico de tal potencia y magnitud que alcance las costas de la península.

**JUAN JOSÉ MORALES**, *educador*

*Los huracanes en la península de Yucatán, 1993*

El martes, con la autorización del alcalde, quien estaba en España, convoqué al Comité de Protección Civil. Casi todos los directores del Ayuntamiento, Capa, la CFE, Telmex, el aeropuerto, el Ejército, la Marina, los hoteleros, las cámaras. Cada quien

fue tomando responsabilidades. El sector naval y militar, instalar el centro de mando. El sector Salud, revisar sus unidades y sus reservas. El DIF, preparar las despendas. Protección Civil, checar los refugios. Turismo, planear la evacuación. Tránsito, concentrar las unidades de transporte. Cruz Roja, preparar su estrategia. Cada quien a trabajar en su área de responsabilidad. Es un ejercicio que hemos hecho muchas veces, lo hacemos con cada huracán, pero es muy útil, todo mundo se entera de lo que hacen los demás, se forma un espíritu de equipo de trabajo.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento de Cancún*

☛ ***Wilma se intensifica rapidísimo***

*Un avión caza huracanes reportó una presión de 954 milibares. Wilma es un sólido Categoría 2, y podría ser Categoría 3 para mañana. Los modelos de computadora coinciden en una trayectoria por el Canal de Yucatán, con probable impacto en la Florida.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MARTES, OCTUBRE 18, 6:36 P.M., HORA DE CANCÚN.

No les confío a los modelos de computadora. Lo ponían sobre Cuba, pero no tenían idea. Aparte de las mediciones, yo tuve un *feeling* muy especial. Mandé limpiar la azotea, tirar los cocos de las palmeras, me preparé a conciencia. Estaba segura que nos iba a pegar.

**MECHE COLE**, *coordinadora de damas voluntarias, Cruz Roja Cancún*

Me pareció muy curioso ver que la mayor parte de las personas le restaban importancia. Muchos de mis conocidos no tenían idea de qué se necesita tener, y casi siempre minimizaban el asunto, argumentando que es muy difícil la entrada de un huracán de gran magnitud, y que las noticias en general son muy alarmistas. Tenían un poco de razón. Sin embargo, se podría decir lo mismo de la posibilidad de un terremoto en la Ciudad de México, y yo ya había vivido el sismo de 1985. Según mi lógica, un lugar en constante riesgo de huracán es Quintana Roo, pero la gente no lo ve así.

**CARLOS VILLALOBOS**

Cuando oí por primera vez que un enorme huracán se había formado en el Caribe, en un cortísimo lapso de tiempo, no pasó por mi mente que viniera hacia nosotros. Al fin y al cabo esto es Cancún, ¡y eso no pasa aquí! ¡Eso no me pasa a mí! Pasa en Florida o en Cuba, y además, ya Emily había tocado tierra aquí, en julio. Por lo tanto, era improbable, si no imposible, que ese huracán llegara a nuestra ciudad.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*



El martes se empezó a considerar la evacuación de la zona hotelera. Los hoteleros no estaban muy de acuerdo, ellos estiman que el tipo de construcción que tienen resiste un huracán. Puede que resista, pero el desalojo tiene un carácter preventivo: si algo sucede en medio de la contingencia, un accidente o algo así, lo cual es posible entre tanto cristal, no te puedes mover. Los refugios no son cómodos, pero están concebidos para que no salgas lastimado. El criterio básico de los refugios es la preservación de la vida.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento de Cancún*

Tenemos un inventario de 256 refugios en el municipio. En la zona rural hay 40, para los hoteles están reservados 93, el resto son para la población civil. El procedimiento es que el hotelero hace el convenio, Protección Civil hace una inspección y da el visto bueno. En la inspección participa Seguridad Pública, Tránsito, Bomberos, Desarrollo Urbano, la Secretaría de Educación, y hasta el Colegio de Ingenieros. Para autorizar un refugio, lo más importante es la estructura y la disponibilidad de agua, que tenga suficientes baños. Aunque el espacio sea para 300, si sólo hay agua para 150, se autoriza para 150. Los 256 albergues pueden refugiar alrededor de 70 mil gentes. En Wilma abrimos 101, la mitad para turistas, la mitad para la gente, menos de la mitad de los que tenemos. Como quien dice, podríamos decir que estamos sobrados de refugios.

**AMADOR FERNÁNDEZ**, *coordinador municipal de refugios*

Setenta y dos horas antes del impacto, imagínate, teníamos cuatro pronósticos distintos. Jamás tienes la certeza. En 2005 se dijo que habría 14 huracanes, y hubo 29. Y esos son los expertos a nivel mundial, los que se supone que saben. Entonces, la probabilidad de error en los cálculos del gobierno municipal es enorme. Aunque los cinco centros meteorológicos más importantes del mundo me digan que no va a pegar, igual nos preparamos. No te puedes confiar, tienes que estar listo, en estas cosas más vale que sobre, y no que falte.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento de Cancún*

Cuando llegué a la Coordinación, había una competencia entre las diferentes instancias a ver quién acertaba en el pronóstico de cada huracán. El Servicio Meteorológico tenía su versión, la secretaría de la Defensa otra, Marina otra, y hasta Protección Civil tenía la suya. ¿A quién hacerle caso? ¿Cómo tomar las decisiones? Los junté y les dije, mejor todos juntos y ahí se van poniendo de acuerdo.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

En Telmex tenemos una gran experiencia en manejo de crisis. Nos vamos manejando con las alarmas y con nuestra tecnología le vamos dando seguimiento. Tenemos una

red con el Centro Nacional de Huracanes, de Miami, para estar monitoreando, y en Mérida se encuentra el Centro de Atención de la Red, y haz de cuenta que entras a un centro de control de la NASA, todo lleno de pantallas y computadoras. Desde ahí checamos cada una de nuestras instalaciones.

**JOSÉ LUIS NÚÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

En CFE, sabemos que la península es un área expuesta y tenemos un plan de contingencia. No sabemos de qué tamaño va a ser el evento, pero tratamos de calcularlo. Antes de que pegara Wilma, ya habíamos concentrado docenas de cuadrillas de trabajadores en Valladolid, lo mismo que cientos de postes y muchos kilómetros de cables. Creíamos estar listos para cualquiera que fuese el tamaño de la eventualidad.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

A nivel estatal hay un operativo en caso de huracán, un manual. El manual dice todo lo que tengo que hacer y yo no hago nada que no esté en el manual. No improviso. Si el manual está mal, nos equivocamos, pero es muy difícil estar improvisando cuando estás en crisis. El manual dice que mandemos al personal a su casa, pero ellos ya saben a dónde tienen que ir cuando pase la contingencia.

**LUIS FERNANDO DORANTES**, *delegado de la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado*

Emily fue para nosotros un calentamiento de brazo. Fue un huracán leve y rápido, pero muy destructivo. No tuvimos problema en la zona hotelera, porque es una instalación subterránea, pero sí los tuvimos en la ciudad y en la carretera. ¿Qué te lesiona en un huracán? Lo externo: la postería, los cables. Esa es la síntesis: los cables se nos caen. El problema es aéreo.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

Cancún consume al mes cinco millones de metros cúbicos de agua, o sea, más de 160 mil litros por día. Nuestros tanques de rebombeo, los que dejamos llenos en cualquier emergencia, sólo tienen una capacidad combinada de 40 mil litros, la cuarta parte del consumo diario. Nuestra capacidad de almacenamiento es muy limitada. Aguakán tiene que bombear todo el tiempo o la ciudad se queda sin agua. Somos muy dependientes del sistema eléctrico.

**ROBERTO ROBLES**, *director de Planeación de Aguakán*

La infraestructura hidráulica es subterránea, no le hace nada un huracán, y los tanques son muy fuertes, están diseñados para aguantar. De antemano sabemos que el daño lo

vamos a tener en las conexiones eléctricas y para eso nos preparamos, para echar a andar las bombas de los pozos lo antes posible.

**LUIS FERNANDO DORANTES**, *delegado de la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado*

Cuando se va la luz, pasamos a depender íntegramente de la capacidad de almacenar agua de cada domicilio. Por eso recomendamos que en cada casa haya una cisterna, aunque sea subterránea. En caso de emergencia el agua está ahí, a la mano. Pero como no es obligatorio, como no está en los criterios que exige la ley, los desarrolladores de vivienda popular ni siquiera consideran esa opción.

**ROBERTO ROBLES**, *director de Planeación de Aguakán*

Hay siete líneas de transmisión que vienen a Quintana Roo, la principal desde Valladolid, todas interconectadas al sistema peninsular. Son las hileras de torres de alta tensión que ves en la carretera. Son torres enormes, de 54 metros de altura, lo mismo que un edificio de 15 pisos, unidas por un cable desnudo de acero, forrado de aluminio. El acero le da la consistencia mecánica para resistir el esfuerzo, el aluminio es el conductor. Si te subes a una de esas torres es una sensación muy fuerte, la línea está energizada y se escucha un ruido sordo, toda la torre vibra por el efecto del viento. A mí, esas son sensaciones que me gustan.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

El manual nos marca prioridades y la primera es la zona de captación. En Cancún tenemos una vasta zona de captación, hay como 140 pozos. Todos están alimentados por líneas aéreas de alta tensión, rodeadas de árboles que derriba el huracán. Nosotros hacemos un mantenimiento preventivo, tiramos los árboles más peligrosos, pero no podemos tirarlos todos, y los árboles nos tiran muchas líneas. Los cárcamos de rebombeo de aguas negras es la otra prioridad, porque en caso de huracán, si bien no hay agua, la gente sigue yendo al baño, con la poca agua que tiene. Hay unos cuarenta en la ciudad. Eso es lo primero que hacemos, acceder a las zonas de captación y a los pozos, a ver cuántas líneas se nos cayeron.

**LUIS FERNANDO DORANTES**, *delegado de la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado*

Las horas previas al huracán, la meta es cerrar herméticamente cada una de las centrales telefónicas. Una central puede tener desde 128 líneas hasta un millón. Aquí, la más grande tiene 70 mil. En total, tenemos 140 centrales. Tapiamos directamente las puertas y levantamos muros de block, hasta de un metro, en las zonas que pueden inundarse. Desde que empieza la alerta naranja desplegamos un montón de cuadrillas. Se trasladan vehículos anfibios, helicópteros, plantas de energía, pipas de almacenamiento de

combustible. Se deja todo preparado para cuando se vaya la luz, que obviamente es nuestro mayor problema. En la fase crítica, se abre una multiconferencia en donde están enlazados, en forma permanente, desde el director general de la empresa hasta cada uno de los responsables de área. En ese ejercicio participan más de 100 gentes, entre técnicos, comunicadores, expertos en desastres, gentes del área operativa, financiera, comercial y enlaces con las autoridades. En Telmex nos tomamos muy en serio estas contingencias.

**JOSÉ LUIS NÚÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

El último año estuvimos sometidos a una especie de acoso: el Emily, una falsa amenaza de huracán, dos amenazas de bomba, una serie de contingencias que nos habían puesto a prueba. Cuando tuvimos noticias del Wilma, pusimos en marcha el operativo usual. Pero siempre pensamos que al día siguiente íbamos a restablecer operaciones. Nos preparamos para un evento mucho más corto. Todo lo que hicimos fue con la mira puesta en el día siguiente.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

En el Gilberto no se previó, se rompieron todas las ventanas, y todos los pacientes terminaron metidos en el área de quirófanos. Esa experiencia nos marcó, vimos la necesidad de tomar un curso de desastres. No importa qué desastre sea, epidemias o incendios, hay que saber qué hacer en el antes, el durante y el después. Son prácticas muy útiles. Ahora cada año hay la amenaza, pero ahora se prepara a la gente, se trata de egresar a los pacientes de convalecencia, se motiva al personal con juntas y ya tenemos un 70 por ciento de ventanas con cortinas anticiclónicas, almacenamos víveres, agua, hacemos pruebas con la planta de luz. Es una planta viejita, pero tiene buen mantenimiento y fue la única que funcionó.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

Todos los bancos tienen su manual para enfrentar estas emergencias: proteger valores, envolver el dinero en bolsas de plástico, colocarlo en partes elevadas, resguardar los equipos de cómputo, no dejar nada expuesto. Hay una cultura de prevención y, en este sector, siempre nos ajustamos al librito.

**FRANCISCO FARRES**, *presidente del Centro Bancario*

Estuvimos preparándonos fuerte en el antes, a tener reuniones internas, a conocer nuestro estado de fuerza. En esos momentos empiezas a tomar decisiones. Decido cuántas ambulancias necesitan reparaciones, qué problemas tenemos de medicamentos, cómo andamos de material de curación, y empiezas a hacer pedidos, porque sabes que si el tiempo se echa encima, no va a haber proveedor que te surta, porque todo mundo va a

estar en lo suyo. Como Cruz Roja, tienes que estar siempre tres pasos antes, y así lo hicimos. Empecé a tener mucha comunicación con el arquitecto Constandse. Carlos es muy prudente, me decía, tómallo con reserva, tú no viviste el Gilberto y los huracanes son erráticos. Le digo, sí, estoy consciente, y este huracán viene más errático que cualquiera. Pero yo tengo una corazonada, no me preguntes por qué. Y Carlos me dijo, ok, voy a generar gastos, voy a empezar a comprar material de curación. Entonces nos empezamos a preparar. Mucho antes de que sucediera, ya estábamos preparándonos.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Caritas es la organización mundial de la Iglesia para dar ayuda, que nosotros llamamos caridad. Cuando hay un desastre, cada diócesis organiza una colecta y cada obispo manda su chequecito. Es muy efectivo.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

Uno o dos días antes del huracán, empecé a llamar a México, a las cabezas de fundaciones fuertes, gente a quien conozco. Son instituciones hermanas, muchas presididas por egresados, comprometidas con la Legión: Kilo de Ayuda, Compartamos, Teletón. También llamé a Roberto Delgado, quien fue asistente mío en la rectoría y ahora preside Altius, que aglutina a las fundaciones de la propia Legión. El doctor Delgado coordina también un esfuerzo maravilloso, Unidos por Ellos, en donde participan las entidades de beneficencia más vigorosas del país. La idea era darles un informe preliminar, tenerlos al tanto, hacerlos conscientes de lo que teníamos en puerta. Roberto me dijo, estamos juntando para Chiapas, estamos por mandar un convoy. No manden todo, le contesté, aquí lo vamos a necesitar.

**SALVADOR SADA**, *ex rector de la Universidad Anáhuac*

En este papado, la caridad tendrá un papel relevante. El Papa ha escrito su primera encíclica, *Deus caritas est*, Dios es caridad, Dios es amor, revelando la importancia que le otorga a este aspecto de la fe. En Roma, en el encuentro que tuve con él, Su Santidad me dijo, sus prioridades deben ser el seminario, la formación de catequistas y la caridad. Esas fueron las prioridades que marcó el Papa a esta diócesis.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

En el consulado estábamos muy preparados. Hicimos varios ejercicios con la embajada. Diseñamos un equipo de apoyo, con gente llegando de Londres, de México y de Belice. Hicimos un chequeo de todas las instituciones, Cruz Roja, hospitales, autoridades. Mantuvimos contacto muy cercano con todos los mayoristas británicos. Estábamos equipados con teléfonos satelitales. Dos o tres días antes de Wilma, llegó un contingente de

ochenta gentes de la embajada. Había una gran sensibilidad por lo de Katrina y queríamos hacerlo muy bien.

**MARK CARNEY**, *cónsul de Gran Bretaña*

Yo tomé el puesto de cónsul en mayo, organicé la fiesta del día nacional el 14 de julio, y tres días después, el 17, tuvimos el impacto del Emily. Un pequeño huracán, entre comillas, que nos sirvió de entrenamiento. Con eso afinamos nuestro plan, que incluye hacerle llegar información a los franceses que viven en la zona, más o menos unos mil, a quienes siempre les preparamos un albergue en el hotel Mayan Palace. Aparte, la embajada nos manda unos teléfonos satelitales y tenemos un grupo de internación, que trabaja con la embajada británica en la Ciudad de México. Nos aplicamos mucho en la fase de prevención.

**FLORENT HOUSSAIS**, *cónsul honorario de Francia*

Hay que estar preparado todo el año. Es más, hay que estarse preparando todo el tiempo. Si yo no genero un entendimiento con los sistemas locales de protección civil, un lenguaje común en donde todos entiendan lo mismo, sepan qué hacer y a qué horas hacerlo, voy a tener problemas a la hora de la emergencia.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

Siempre se dice que Quintana Roo tiene una cultura de huracanes y que eso funciona como una vacuna, que la gente sabe prepararse. Yo sí tuve mis temores de que esto no fuera cierto. ¿Por qué? Porque cuando pegó Gilberto el estado tenía 300 mil habitantes, y ahora, sólo Cancún tiene 750 mil. Playa tenía doce mil, ahora tiene cerca de cien mil. Los antiguos ya lo habían vivido, pero la inmensa mayoría nunca había tenido una experiencia de huracán. ¿Qué nos preparó? Otro huracán, el Emily. Sin el Emily, las cosas no se hubieran dado igual. Fue un huracán rápido e intenso, que no generó mucho daño, porque entró por una parte poco poblada. Por donde menos daño podía hacer, por ahí se metió. Pero nos dio la ocasión de probar el sistema, de engrasar la maquinaria. Eso me daba cierta confianza, fue un ensayo de verdad.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*



**Wilma, engendro de la Naturaleza**

*Nunca hubo un huracán como Wilma antes. Con una increíble fase de intensificación, Wilma aplastó el récord de la presión más baja en un huracán del Atlántico esta mañana. Un caza huracanes reportó una lectura de 882 milibares hace unas horas. El ojo tiene dos millas náuticas, el menor que se ha registrado jamás. Este es un huracán*

*compacto, muy violento. El pronóstico de los modelos lo sitúa sobre la punta occidental de Cuba. Y después de Cuba, vendrá Florida.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MIÉRCOLES, OCTUBRE 19, 8:22 A.M., HORA DE CANCÚN.

Salgo y en el coche prendo el noticiero: *Wilma se ha convertido en el huracán más potente de la historia y sigue su curso hacia la península de Yucatán.* ¡Gulp! Pero tú querías vivir en la playa, ¿verdad? Pues ahora te aguantas.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Derivado de experiencias anteriores, en junio, al inicio de la temporada, hacemos un incremento en bodega de los productos típicos de huracán. Agua, café, azúcar, sopas en bolsita, las maruchan instantáneas, velas, veladoras, pilas, lámparas, colchonetas, lonas, atún, galletas básicas, todo eso se aumenta de un 50 a 80 por ciento en existencia. Los dos días previos al huracán vienen las compras de pánico. Esta vez fue miércoles y jueves, sobre todo el miércoles, ¡impresionante! Estaban las 27 cajas trabajando y en cada caja había una cola de 40 ó 50 personas. Aquí tenemos 10 mil clientes diarios, en promedio. Ese día tuvimos 40 ó 50 mil. ¿Ventas? Digamos que si yo vendo mil a la semana, con el pánico vendo mil 800 en un solo día.

**JORGE HUGO MUÑOZ**, *gerente de Wal Mart*

Tres días antes comenzó la venta fuerte. Tuvimos que trabajar doce horas o más. Un día antes del huracán había una cola de entre setecientas a mil personas esperando comprar. La gente no se preparó, vinieron el último día, como locos. Muchos pensaban que no iba a pegar, pues habían estado pasando huracanes y no llegaban a esta zona. Esos días la venta incrementó de un 100 a un 200 por ciento, y si normalmente tengo en la bodega unas 15 mil hojas de triplay, ese día nos quedamos con un 20 por ciento en existencias.

**HUGO OSORIO PÉREZ**, *director de Triplay y Maderas Queen del Caribe*

Les avisé a los propietarios de barcos con 36 horas de anticipación, esa es la norma. Ahí tiene que ver la experiencia que tengas en cuestiones meteorológicas, consultas páginas de Internet y haces tu propio juicio. La gente que es precavida viene rápido, los dueños de lanchas las sacan del agua, los barcos más grandes se van al manglar. Entre martes y miércoles los sacamos a todos. Yo aquí no dejo que se quede nadie, se rompe el barco y me rompe el muelle. Los que no saben te dicen, voy a esperar un poco más. Los apuro, acuérdate que las rampas son limitadas, que hay conato de huracán. Algunos son tan descuidados que tienen abandonado el remolque, nunca le dan

mantenimiento, lo traen en la emergencia y, con el peso del barco, se le truenan los baleros. Y ahí se quedan, tirados en el bulevar, a última hora. No hay que ser...

**CARLOS AUSTIN**, *propietario de Mundo Marino*

La primera medida era propiciar una salida masiva de turistas de la zona de riesgo. En ese momento, teníamos un estimado de 70 mil visitantes. Por suerte, cuando se emitieron las primeras alertas, muchos mayoristas tenían puesta la mente en Cancún, pues el jueves se inauguraba el Travel Mart. Empecé a hacer contacto desde Miami, al regreso de la gira a España. Con la lección del Emily, la reacción fue inmediata. Cuando los llamaba, era común que ya hubieran iniciado gestiones para traer vuelos de rescate, vuelos *ferry* se les llama, aviones que llegan vacíos y se van llenos. Con ellos el operativo es fluido, saben cuánta gente tienen y en dónde están. Ese fue el eslabón clave para efectuar una evacuación en gran escala.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Nosotros reaccionamos en automático. Apenas se confirma que viene un huracán, empezamos a organizar la evacuación. Imprimimos el nombre de todos los pasajeros, la ubicación en los refugios y sus vuelos de salida. Por suerte, Wilma nos tocó en temporada baja, sólo teníamos cuatro mil turistas. Emily nos había agarrado con doce mil.

**LOLITA LÓPEZ LIRA**, *operadora de viajes*

Teníamos que sacar turistas por cualquier medio. Esa mañana reservamos todas las habitaciones disponibles en Chetumal, y en los estados vecinos, Yucatán y Campeche, para mandarles turistas de la Riviera Maya, que tiene menos refugios que Cancún. Por carretera lograron salir, más que algunos cientos, algunos miles.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Nosotros nos anticipamos un poquito. No esperamos a que el huracán estuviera arriba para empezar a evacuar. Como unas diez mil gentes salieron esa semana, muchas por carretera, sobe todo hacia Mérida y Chetumal. Y desde el lunes empezamos a cancelar las reservaciones para el fin de semana. En la Riviera Maya la evacuación fue voluntaria, no obligatoria, pero los hoteles comprenden que es la mejor medida que pueden tomar.

**JEAN AGARRISTA**, *presidente de los hoteleros de Riviera Maya*

Una evacuación modelo fue el Dorado Royal. Los huéspedes salieron en autobuses a Mérida, desde el martes o miércoles. Se suponía que iban a quedarse en el Centro de



Convenciones, pero la Secretaría de Turismo, la de allá, nos quedó mal. Nos movimos y conseguimos otro albergue, la Universidad del Mayab. Ahí se quedaron, eran cerca de mil quinientos turistas, desde allá vieron pasar el huracán. Aprovecharon para conocer Mérida y estaban tan contentos que luego no se querían ir.

**LOLITA LÓPEZ LIRA**, *operadora de viajes*

Como parte de mi actividad profesional, viajé ese lunes a la Ciudad de México. El martes se dio la primera alerta y el miércoles tuvimos una junta en la embajada. El primer problema era que teníamos 700 franceses de la empresa Renault en el Club Med de Cancún. Se decidió evacuarlos de inmediato, con aviones enviados desde París, pero no estábamos seguros si el aeropuerto de Cancún estaría operativo el jueves, si el huracán no nos iba a ganar la carrera. Preferimos operar por Mérida, los turistas viajaron por autobús y los aviones los recogieron el jueves por la tarde, antes de la crisis. Esa evacuación no tuvo problemas.

**FLORENT HOUSSAIS**, *cónsul honorario de Francia*

Nuestro dolor de cabeza fueron los hoteles pequeños. Las grandes cadenas tienen sus planes de contingencia y se las entienden solos. Los chicos son un problema. A pesar de haber tomado cursos, y de tener un manual, se esperan al final y te llaman, qué hacemos con nuestros huéspedes, no tenemos refugios. Un desastre, te digo. En cambios los grandes están bien organizados. Además, entendemos que el municipio no nos puede ayudar, que su deber está en las zonas marginadas. Así que lo resolvemos solos.

**JEAN AGARRISTA**, *presidente de los hoteleros de Riviera Maya*

El miércoles previo al huracán, mi jefe directo nos preguntó si contaba con nosotros para quedarnos en el hotel, desde el jueves en la noche hasta el sábado por la mañana. A los casados y con hijos los exentaban de presentarse. No habiendo terminado de platicar con nosotros, apareció el contralor, jefe directo de mi jefe, diciéndonos que habría una junta de altos mandos de la cadena (mi hotel es parte de una cadena, con siete hoteles en Cancún). En esa junta se decidiría si se evacuaría o no a los huéspedes. De ser así, no tendría caso que los empleados nos quedáramos en el hotel. Ahí es cuando me di cuenta que este huracán venía en verdad fuerte.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Nosotros tenemos con los hoteles un plan de contingencia, por si viene un huracán. Primer paso, cancelar las reservaciones de los turistas que van a llegar. Dos, regresar a los huéspedes a sus destinos por avión. Tres, sacarlos por tierra de la zona de peligro. Todo eso se hace los días previos. Y cuatro, el mero día, llevarlos a un refugio seguro.

Hay un punto que no es muy conocido, y en muchos aspectos nos retrasó el operativo. Los hoteles no acataron la medida preventiva de evacuar la zona turística. Eso ocasionó que a la hora de la hora, ya con el huracán encima, se hicieran los últimos movimientos. Era una instrucción precisa del Comité de Protección Civil y los hoteles se resistieron a acatarla.

**AMADOR FERNÁNDEZ**, *coordinador municipal de refugios*

Nuestros hoteles son muy fuertes. Son proyectos de un constructor muy detallista, Fernando López, y gastamos mucho dinero para que sean muy fuertes. En ese momento teníamos tres mil huéspedes y pensamos que se deberían quedar en los hoteles. Vaciamos las habitaciones del lado de la playa. Teníamos suficiente comida para muchos días. En el día, hicimos una junta con los huéspedes. Algunos eran veteranos del Gilberto, lo habían pasado en su misma villa, son los socios repetitivos de un tiempo compartido. Ellos infundieron ánimos a los socios nuevos. De verdad, estábamos bien preparados.

**MARK CARNEY**, *director de Royal Resorts*

Se decidió que se evacuaría a los huéspedes, por lo cual se me informó que ya no me presentara a trabajar el jueves. Entre mi tía, mis primas y yo, arreglamos la casa y las cosas para que no se mojara nada, pues en épocas de lluvias normales la calle se inunda. Además, mi tía me contó que en el Gilberto la casa se inundó casi un metro.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

A los huéspedes que no se pudieron ir, unos 30 ó 40, los mandamos al Xbalamqué, con el que tenemos un acuerdo. Se fueron con unos 15 empleados que los atendieran, de relaciones públicas, amas de llaves, meseros, un chef. Aunque se queden en otro hotel, ellos siguen siendo nuestros huéspedes,.

**LUIS MARCÓ**, *gerente del hotel Ritz Carlton*

El miércoles llegué de Madrid, vía Miami, y me incorporé de inmediato a la reunión de Protección Civil. Fue una grata sorpresa escuchar los informes de los participantes. Se sentía de inmediato que Cancún estaba preparado al máximo.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

En las 24 horas previas al huracán, hice una gira relámpago por todo el estado. Es muy importante que la gente sepa y perciba que no está sola, que el gobernador en persona está atento al problema. A Isla llegamos en helicóptero, la noche del miércoles. A esas horas, el huracán traía ese rumbo. Había gente que no quería evacuar, sobre todo los

recién llegados, que desconocen de qué se trata. Varias familias estaban muy quitadas de la pena en un edificio, a menos de cien metros de la playa. Llamé a la alcaldesa y le dije, dales una hora y, si no se salen, los retiras a la fuerza. No íbamos a dejar que expusieran la vida. Ese es el problema de la población nueva, no saben a lo que se exponen.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Las zonas de alto riesgo son la Donceles, la Lombardo, Puerto Juárez, la Franja Ejidal, Punta Sam, Corales, Las Culebras. Según nuestros cálculos, unos 67 mil ciudadanos viven en zonas de alto riesgo.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

Hay una fórmula matemática que rige todos nuestros planes: *riesgo* es igual al *valor*, multiplicado por la *vulnerabilidad*, multiplicado por el *peligro*. Me explico. El valor es el número total de personas, que en este caso serían 750 mil. La vulnerabilidad es el porcentaje de personas que viven en zonas susceptibles de ser dañadas, que en este caso es el 18 por ciento de la población, unas 135 mil personas. Y el peligro es la recurrencia de los huracanes, que en esta zona tiene una frecuencia de retorno de cada 2.5 años. Si multiplicamos, tenemos un factor de riesgo de cero punto treinta y nueve. En cambio, en la Florida, que está más poblada y que le pega más de un huracán al año, el factor de riesgo es de cero punto nueve.

**MARIO STOUTE HASSÁN**, *subdirector de Protección Civil*

La noche del miércoles, tras la reunión del Comité de Protección Civil, en presencia de la secretaria de Turismo, el gobernador me dice, vas a tener que tomar la decisión más difícil de tu vida, evacuar o no evacuar la zona hotelera. Gaby opinaba que algunos hoteles podrían funcionar como refugios, Almaguer también. Mi gente me enseñaba diagramas, trayectorias, pronósticos, pero yo ya no veía nada, tenía la sensación de que algo podía pasar. Tenemos que evacuar, decidí. El gobernador me ofreció todo su apoyo y la secretaria se alineó, de inmediato.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

La decisión de evacuar corresponde al Ayuntamiento y hay que respetarla. Los hoteles, por voz de Jesús Almaguer, opinaban que había hoteles seguros, como los Royal, y también pensaban en el Centro de Convenciones. Yo compartía ese punto de vista, pero aquí se trataba de acatar una decisión legítima de la autoridad. Además, Alor se mostró muy firme. Se va todo el mundo, dijo, y el que no quiera, se va por la fuerza.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Yo me resistí a la evacuación y prefería esperar, por lo menos hasta tener el margen de un día. Todos tenemos nuestro momento de protagonismo y ese era el momento de los meteorólogos, el momento de hacerse notar. Desde mi punto de vista, es tan impactante que te pegue, como evacuar y que no te pegue. El gobernador dijo, si Almaguer dice que evacuemos, evacuamos. Luego se hizo evidente que venía derecho, que no podíamos jugárnosla, como nos la jugamos en el Emily. La decisión de evacuar la tomamos el gobernador, Paco Alor y yo.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

Ante la duda, hay que evacuar.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

Nos reunimos en el Ayuntamiento. Estaban Almaguer, Constandse, el presidente municipal, Gaby, algunos otros. Era importante que todos estuvieran de acuerdo, que todos coincidieran que evacuar era lo mejor. Finalmente la decisión la toma el gobernador con el alcalde, pero con la opinión de los convocados.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*



***El pronóstico de Wilma, altamente incierto***

*Hay un alto grado de incertidumbre sobre el comportamiento que tendrá Wilma en las próximas horas. Los modelos prevén que rozara la península de Yucatán, por unas doce horas, para luego dirigirse a Florida. Incluso un análisis de cómputo sitúa el impacto en Nueva Inglaterra, el próximo lunes. Wilma sigue siendo un potente Categoría 5, con 892 milibares en el ojo.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MIÉRCOLES, OCTUBRE 19, 8:41 P.M., HORA DE CANCÚN.

El *Bahía del Espíritu Santo* es, por tamaño, el segundo barco de la empresa. Es un transbordador que cubre la ruta de carga Calica-Cozumel. Tiene dos mil toneladas de peso muerto, 96 metros de largo, 16 de ancho, 12 de altura y un calado de tres punto seis metros. Es un barco de doble rampa, con cuatro propulsores, dos en cada extremo, de modo que el barco no tiene proa ni popa, puede viajar en ambas direcciones y lo que entra por un lado sale por el otro. Se armó en 1990, en astilleros ingleses, con tecnología de punta. Nosotros cubrimos cinco veces diarias la ruta. El 16 de octubre, tres días antes del Wilma, el barco Cozumel II, de la competencia, chocó contra el muelle de Calica y lo dejó inservible. Entonces, nos obligó a hacer la ruta Cozumel-Puerto Morelos, mucho más larga, en lugar de cinco cruces teníamos tres. En esas

estábamos, todavía ajustando los cruces, cuando el día 19 el Wilma nos amanece Categoría 5. No hay en toda la zona un refugio para barcos de ese tamaño, así que decidimos mandarlo de inmediato a La Habana. Zarpan con ese rumbo pero el ciclón ya está encima. Cuando doblan la punta de Isla Mujeres, encuentran olas de cuatro metros, la popa se levanta tanto que las propelas quedan al aire, se van en banda, como se dice. Además, este barco no está hecho para navegación de altura, sino para rutas de cabotaje, no es un barco para trabajo rudo. El capitán, Saúl Camargo Chávez, considera que es muy peligroso seguir: si el huracán sorprende al barco en el Canal de Yucatán, no hay duda de que lo hunde y se pierde la tripulación. Esa es una opción inaceptable. Así que se regresa y se mete al resguardo de Isla Mujeres, pero está rodeado de pequeñas embarcaciones. Si el ciclón lo mueve, puede hundir a muchas. Como último recurso, se decide fondearlo frente a la isla: el capitán tira sus anclas y se queda en el mar, a esperar su cita con Wilma.

**JOSÉ ENRIQUE MOLINA**, *director de Transbordadores del Caribe*



***Wilma amenaza dar golpe devastador a México***

*El huracán Wilma continúa por el Caribe hacia México como un extremadamente peligroso Categoría 4, capaz de destrucción masiva.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

JUEVES, OCTUBRE 20, 7:52 A.M., HORA DE CANCÚN.

El transcurso de esa noche fue complicadísimo. Hice una gira por todos los refugios, a donde ya empezaba a llegar la gente. Teníamos 140 abiertos y ahí comprobé que muy pocos los ocupaba la gente, casi todos eran para turistas. Eso me dio confianza, sentí que la ciudadanía se había preparado, que se sentía segura en sus hogares. Nos pasamos la noche en vela, inspeccionando instalaciones.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

En términos generales, la gente estaba bien preparada. Sí tenían provisiones, pero no para tanto tiempo. Todo esto se derivó de las reuniones del Comité de Huracanes. Ahí se tomaron decisiones importantes, que en otras ocasiones, por lo que tú quieras, no se tomaron, como fue la decisión de evacuar la zona hotelera. En el Emily, a mí me llamó la atención que no se evacuó, a pesar de que venía franco hacia acá, teníamos muchas probabilidades de ser impactados, y no tomaron esa decisión. Y ahora se tomó de una forma seria. Obviamente, había más información, había la certeza de que venía muy fuerte, pero se tomó rápido la decisión de evacuar, no nada más la zona hotelera, sino también las zonas bajas. Primero, a manera de invitación, y después ya de una forma más severa, y aún así no se fue la gente. Yo siento que sí estaba preparada la población en cuanto a qué deberían de tener en sus casas, pero no para todo el tiempo que íbamos

a estar siendo golpeados por este monstruo. Porque eso es una realidad. Ahí sí siento que faltó informar más a la comunidad de que iba a ser verdaderamente fuerte.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*



**VIENE**

**HOY EVACUAN ZONA HOTELERA**

**FEROZ**

**PREPÁRENSE**

**POR ESTO QUINTANA ROO**

TITULARES DE PRIMERA PLANA, JUEVES 20 DE OCTUBRE, 2005

El jueves inicio una transmisión ininterrumpida en Enfoque Radio, cuando ya estamos seguros de que iba a pegar. No sabíamos en que parte del estado, pero era casi un hecho. En los días anteriores apenas le habíamos dado importancia. Tal vez el lunes ni lo mencionamos, sino hasta el martes. Incluso Medina Robledo, el de Protección Civil estatal, aseguraba que eran bajas las probabilidades de que nos afectara. Pero nos dimos cuenta de lo que se venía cuando se convierte en Categoría 5. Así que el jueves a las dos de la tarde, después del informativo, tomamos la decisión de quedarnos en transmisión permanente. Es una decisión que se toma muy rápido. Todos los reporteros sabían que tenían que visitar los refugios y reportar la situación en las regiones. Mucha gente nos llamaba para pedir información. Había muchas interrogantes. Mucha gente había asumido que no iba a pegar el huracán. Con el Emily nos habíamos quedado sin luz, pero esta vez teníamos una planta. Seguimos el recorrido del gobernador. Una vez lo agarré en el helicóptero, estaba en Los Chunes y me dice, la alarma es para todo el estado. Cuando menos siete veces hablé con el gobernador. Con cada alcalde, 2 ó 3 veces. Todos los alcaldes tenían teléfonos satelitales y yo tenía los números. El que más me hablaba era Francisco Alor. En cambio, hablé poco con Manuela Godoy y con Secundino, el de Lázaro Cárdenas. Yo creo que no sabían bien cómo usar el satelital.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*

Nuestra estación tiene muchas deficiencias tecnológicas. A la consola de cinco canales, le sirven dos. La antena tenía más de 15 años sin recibir mantenimiento, el salitre había hecho estragos, la base estaba picada, suponíamos que no iba a durar mucho. Lo usual es que en la temporada de huracanes emitamos alertas, tenemos recomendaciones grabadas en inglés, en francés, en japonés, en italiano, en maya. Las pasamos todo el tiempo. Convoqué a una junta y les platiqué la situación. El equipo decidió quedarse, transmitir en vivo. Vamos a quedarnos hasta que la antena se caiga, me dijeron.

**ITZIA RUIZ**, *directora de Radio Ayuntamiento*



**FURIA MÁXIMA  
IMPACTARÁ WILMA EN LA ZONA NORTE**

**QUE QUINTANA ROO SE ENTERE**

TITULARES DE PRIMERA PLANA, JUEVES 20 DE OCTUBRE, 2005

El aeropuerto trabajó con gran eficacia, a su máxima capacidad. Los aviones llegaban y se iban uno tras otro. Incluso se manejó bien el problema de los pasajeros que llegaban sin boleto, a pesar de los anuncios que se daban en la radio. Entre miércoles y jueves, a las carreras, con una presión enorme, pudieron salir del estado casi 30 mil turistas.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

En octubre traíamos buena ocupación para ser temporada baja, un 70 por ciento, por los eventos de MTV y el Travel Mart. Pero el miércoles se dejó venir la gente. En esa época había trece frecuencias diarias a México, más tres a Miami, más una a Los Ángeles, pero nos dimos cuenta que el 30 por ciento sobrante iba a ser insuficiente. Se desviaron dos aviones el miércoles, y otro el jueves, y se fueron todos llenos. Mi responsabilidad era llenarlos, pero esa fue la parte fácil. Realmente, había mucha desesperación por salir.

**OTHÓN ZOZOAGA**, *gerente regional de Mexicana*

Entre las aerolíneas hicimos un convenio verbal, recibir boletos de cualquier compañía, para sacarlos a cualquier lado. Se hizo una reunión del Comité de Gerentes en el aeropuerto, el martes o el miércoles. Lo bueno fue que entraron las importantes, Mexicana, Aeroméxico, Delta, American, Continental. Gracias a eso, los vuelos salían retacados.

**HÉCTOR PÉREZ PEÑA**, *gerente regional de Aeroméxico*

Así como la comunidad estaba muy enterada, los turistas parecían sorprendidos, como que estaban en la playa cuando les avisaron.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

El grano negro del arroz fue que ese jueves, a contra corriente, llegaron a Cancún cuatro mil turistas. A unos pocos los pudimos mandar de regreso, pero la mayoría se fueron directo del aeropuerto a los refugios.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

A mí me tocó el operativo del aeropuerto. Llegué como a mediodía y mis instrucciones eran apoyar a la gente que no pudiera salir, o a los que llegaron, mandarlos a los

refugios, evitar que alguien se quedara en el aeropuerto. Llevábamos unos camiones de Estrella de Oro, y cuando se llenaban, los despachábamos. De pura causalidad, yo traía mi lap top. La abrí para mandar un mensaje a la oficina, pero un turista me vio y me la pidió prestada. El aeropuerto tiene Internet inalámbrico, pero tienes que ser usuario de Prodigy, tener tu clave de acceso. Si no, no entras. Mientras ese turista mandaba su mail, avisando que no iba a salir, que no tenía vuelo, se acercaron otros dos o tres. Todos querían avisar a sus casas que estaban bien, pero que no iban a volar. Total, se empezó a correr la voz y se pusieron en fila. Al rato eran veinte, al rato eran como cuarenta o cincuenta, haciendo cola para usar la lap top. Me pareció que era el mejor apoyo que les podíamos dar. Estuvimos ahí hasta que se cerró el aeropuerto y todos los que estaban en la cola pudieron pasar su mail.

**CARLOS NAKASONE**, *funcionario de Sedetur*

Oficialmente, el aeropuerto se cerró a las seis. Pero el último vuelo, uno de Mexicana, despegó a las cinco y cuarto de la tarde.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*



***Wilma, pesadilla para México***

*El huracán Wilma hizo su esperado giro al noroeste y se encabeza hacia Cozumel. El impacto puede ser catastrófico.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

JUEVES, OCTUBRE 20, 3:05 P.M., HORA DE CANCÚN.

Nos refugiamos el jueves en la tarde en el hotel Oasis América. Poco después hubo una explosión y se fue la electricidad. Las ventanas se sacudían por la fuerza del viento, la lluvia era intensa. Soy de Bahamas y de inmediato entendí que teníamos encima un gran huracán. Le dije a Luis, mi marido, aquí nuestras vidas corren peligro.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Yo soy gente de mar, mi negocio son los barcos turísticos. Así que decidí quedarme en mi casa, junto a la laguna, para estar cerca de los marineros. Siempre lo había hecho así.

**RUDOLF BITTORE**, *cónsul honorario de Alemania*

Esto es lo que he hecho toda mi vida. Somos la marina más antigua de Cancún, estamos aquí desde el 77. Aquí pasé el Gilberto, a la orilla de la laguna, y no vi ninguna razón para no pasar aquí el Wilma. De aquí salió un contingente de dieciséis barcos para el manglar, entre los nuestros y los ajenos, y era importante tener comunicación



por radio. Como la antena grande seguro se cae, montamos una pequeña y nos trajimos dos o tres baterías de coche. Por mi formación, te puedo decir que no sentía miedo. Hasta cierto punto, sabemos cómo manejar la situación, y puedes salir bien librado, si no cometes estupideces.

**CARLOS AUSTIN**, *propietario de Mundo Marino*

Nosotros somos de Monterrey, donde no hay temblores ni ciclones. Decidimos pasarlo en casa de mi cuñado, Gerardo Treviño, para estar en bola, en chorchas de cuates. Dejé mi casa cerrada y me fui para allá. Todas las ventanas estaban tapiadas y teníamos planta de luz, así que la tarde del jueves fue súper tranquila. Nos la pasamos viendo la tele. La verdad, sentíamos que estábamos en una fortaleza.

**FRANCISCO GARZA**, *industrial*

Nos quedamos en la casa, en Poktapok, junto a la laguna, porque siempre nos hemos quedado ahí.

**MECHE COLE**, *coordinadora de damas voluntarias, Cruz Roja Cancún*

Creí que me había preparado en serio. Primero, tapié todas las ventanas de la casa, que está en el Campestre, a varios kilómetros del mar. Luego, instalé dos plantas de luz, una para la corriente, la otra para el aire acondicionado. Me aseguré que hubiera gasolina suficiente y compramos bastantes alimentos. Hasta rentamos unas películas, para matar el tiempo, e invitamos a los parientes a refugiarse con nosotros. Cómo iba a pensar que seríamos nosotros los refugiados.

**CARLOS MORENO**, *empresario*

Mi casa es antihuracán. Tengo planta de luz, tengo pozo de agua, los muros están diseñados para resbalar los vientos, puede estar sumergida toda la casa hasta por 55 horas. La casa es como una burbuja y tiene un ático de ocho metros cuadrados. Yo la diseñé, es una losa, está herméticamente sellada. Muchos traen diseños externos que no pueden resistir los efectos de la marea de tormenta. Incluso, hacen efecto embudo. Los hoteles que están en V hacia la playa o tienen rampas, facilitan la entrada del agua.

**MARIO STOUTE HASSÁN**, *subdirector de Protección Civil*

Abrimos el hotel el 14 de mayo. Habíamos tenido una experiencia con el Emily, cuando estábamos al 85 por ciento, con gente en las dos alas del hotel. Tapiamos las ventanas del primer piso con madera, los vidrios con masking tape, pero tuvimos filtración de agua por los ductos de aire acondicionado, se nos metió mucha agua. Incluso, en un

par de habitaciones se nos abrió la ventana. Con Wilma volvimos a tapiar, a poner masking, compramos alimentos, atún, pan bimbo, mayonesa, latas de frijoles, cereales, jugos. Nuestra operación es muy simple, 23 empleados, no hay cocina, no hay restaurante, un hotel austero para viajes de negocios. El jueves en la noche mandamos llamar a todos los huéspedes al área del lobby, y les dimos algunas indicaciones. Pregunté si había algún médico. Había dos, revisaron el botiquín. En total, éramos 123 personas. Creo que en esos momentos el sentimiento imperante era la curiosidad

**IZADORA MAGAÑA**, *gerente del hotel City Express*

En la OVC teníamos un operativo para informar a los mayoristas qué había pasado. Después del huracán, cada uno iba a salir a los mercados más importantes, uno a Miami, otro a Los Ángeles, otro a Chicago, y así. A mí me tocaba Nueva York, pero el jueves nos dimos cuenta que unos agentes de viaje americanos no habían logrado salir de Cancún, estaban en un refugio. No se pueden quedar aquí, por qué no te los llevas a Mérida, me dijo el director. Me dieron una camioneta y así me fui, al volante. Eso fue lo que me salvó de vivir Wilma.

**PATRICIA LÓPEZ MANCERA**, *directora de relaciones públicas de la OVC*



**SE AGUÓ LA FIESTA DE MTV  
DESALOJAN HOY ZONA HOTELERA  
INSTALAN EL PLAN DN-III-E**

**NOVEDADES DE QUINTANA ROO**

TITULARES DE PRIMERA PLANA, JUEVES 20 DE OCTUBRE, 2005

En un helicóptero rentado, el jueves visité los municipios de la Zona Norte. En todos había un operativo bien montado, la gente se estaba preparando. En Holbox, me sorprendió la calma de los pobladores. Les decíamos, viene el huracán. Sí, respondían, nos vamos en el próximo barco. Protegían sus casas, empacaban sus cosas con tranquilidad, están habituados a la emergencia y se la toman en serio, pero con calma. Fuimos también a Cozumel, a Isla y a Playa. En la tarde, como a las cuatro, estábamos sobrevolando Punta Cancún, viendo la evacuación de la zona hotelera, la fila de vehículos que avanzaba, cuando de pronto un golpe de viento golpeó la cola del aparato. Nos movió feo, nos hizo girar en redondo. El piloto no dijo nada, enfiló directo a la zona de Malecón, aterrizó y dijo, ya no me muevo de aquí.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Hicimos recorridos, siempre los hacemos porque es una evaluación primaria, es ver qué cantidad de gente tienes en la calle, verificar cómo va la evacuación, porque sabíamos

que una evacuación, en esta temporada alta, ya que había mucha gente en Cancún, no iba a ser rápida. Honesto, lo digo abierto, se aplicó muy bien Tránsito, se aplicaron muy bien los transportistas, se aplicaron muy bien los hoteleros, porque fue una salida rápida, eficiente. En la zona hotelera nunca viste grandes congestionamientos, lo pausaron bien, esa sí fue labor de equipo, de Turismo, de Tránsito, de la Asociación de Hoteles, de los prestadores de servicios. Fue en verdad un buen trabajo.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Hay un sistema de evacuación que ya está organizado por la Asociación de Hoteles. Consiste en dividir la zona hotelera en cuatro sectores, y cada sector y cada hotel ya tienen organizados sus autobuses, mediante convenios con Autocar o con Turicum. Cada hotel hace también su propio convenio con un refugio, casi siempre una escuela. Y cada hotel surte sus refugios con comida y bebida, lo usual para 48 horas. Hay un coordinador de Seguridad en la Asociación que está en contacto con Protección Civil. Así organizan la evacuación y les sale muy bien.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Una evacuación no se puede improvisar en 48 horas. Se prepara con semanas de anticipación, y al abrir la temporada debe hacerse una reunión para recordar procedimientos, plan operativo, sistemas de alerta temprana, estrategias de comunicación, no dejar nada al azar. Es una sincronización que tiene que ensayarse previamente.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

La zona hotelera la evacuamos en forma organizada, con mucho orden. Todo el día, yo tuve a mi disposición los autobuses urbanos, y en ellos llevamos a los turistas a los refugios. Pero a las ocho y media de la noche, con el huracán encima, me avisan que dos hoteles que no habían querido evacuar, decidieron que siempre sí. Para matarlos. Eran los Royal, junto al Omni. A esa hora ya no teníamos choferes, todos se fueron a sus casas, con justa razón, a cuidar de sus familias, así que improvisamos con los elementos de Tránsito. Fuimos por ellos, en total mil quinientos huéspedes, más de 30 autobuses. Para colmo, ya no teníamos donde meterlos, los lugares cercanos estaban todos llenos, no los querían recibir. Ya no me acuerdo dónde los llevamos, pero sí les pido a los señores hoteleros que, la próxima vez, piensen un poquito en los demás.

**JESÚS CÁRDENAS**, *director municipal de Tránsito*

Tomada la decisión, hubo varios hoteles que se negaron a evacuar. A mí me tocó hablar personalmente con los gerentes de Marriott y Westin. Si ustedes siguen sosteniéndose en esa postura, les dije, va por los huéspedes la fuerza pública y ustedes van al bote. No

se entendió que había que salir por disposición federal, los criterios personales no tenían nada que ver.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

(Jesús) Almaguer jugó un papel importante. Él controló un sector que usualmente es muy difícil, los hoteleros. Nos ayudó a bajar los mensajes y a que se entendiera cuál era la estrategia.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Hubo hoteles que se resistieron a evacuar. Tuvo que ir gente de Sedetur, como apoyo a Protección Civil, a presionarlos. Funcionarios que no tienen nada que ver con el área operativa, como Javier Regalado, de Estadísticas, Carlos Nakasone, de Filmaciones, y mi propia secretaria, Urania López, estuvieron hasta la hora límite en los hoteles, ya con vientos huracanados. También nos ayudó Luís Cardaña, del Seguro Social. Hay que revisar esa situación para futuros eventos, porque se pone en riesgo a terceros, a policías, a choferes, a sus empleados, a los mismos turistas. Cuando el Ayuntamiento decreta la evacuación, los hoteles deben acatar en automático.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Estaba en el desalojo del aeropuerto cuando me llamaron de Seguridad Pública, para preguntarme si tenía autobuses para desalojar a los huéspedes del Regina. Sí tengo, les dije, pero estoy en el aeropuerto, si me aguantas vamos para allá. Cuando llegamos, la gente ya estaba en el salón de abajo. Usamos una entrada de carga y descarga, porque el lobby estaba imposible. Los vientos te tiraban, ya no podías cruzar. Llenamos unos siete u ocho camiones y los despachamos rápido, fue un operativo sin problemas.

**URANIA LÓPEZ SANSORES**, *funcionaria de Sedetur*

A las seis de la tarde, la Asociación de Hoteles avisó que era obligatorio evacuar. La orden federal era, nadie se queda. No estamos contentos con eso. No estábamos preparados. Tuvimos que buscar camiones a esa hora, nos ayudaron mucho Gaby y Miriam Cortés. Sacamos a todos los huéspedes, a los tres mil, aunque algunos se quedaron escondidos en sus villas, no se querían ir. A media noche estábamos buscando refugios, en medio del huracán.

**MARK CARNEY**, *director de Royal Resorts*

Del Regina me pasé a los Royal. Primero llegamos al de atrás, al que está junto al Hilton, creo que es el Islander. Íbamos junto con Tránsito, con los autobuses. Fui a la recepción

y les dije que íbamos a evacuar. Un momentito, me dijo el muchacho, voy a avisar. Pero nos dejaron esperando, nadie salía. En la recepción había algunos huéspedes nerviosos, no querían dejar el hotel, pero tampoco se querían quedar en sus cuartos. Ya llevaban mucho tiempo en el lobby. Le dije varias veces al de la recepción, me decía que lo estaban viendo, pero nadie tomaba una decisión. Así estuvimos más de media hora. Entonces les dije a los turistas, la evacuación es obligatoria, súbense a los autobuses. Cuando se iba llenando el tercer camión salió una gerente histérica, gritoneando. Me decía, con qué derecho se llevan a la gente. Le dije, mamacita, mira qué horas son, y todavía me faltan tres hoteles. Era como las nueve y el viento estaba horrible. Todavía me dijo, es tu culpa si algo pasa. Luego fuimos a los otros Royal, el Mayan y el Caribbean, creo. Ahí no tuvimos problemas, pegaba el autobús y se subía la gente. Terminamos como a las once de la noche.

**URANIA LÓPEZ SANSORES**, *funcionaria de Sedetur*

Nosotros nos salimos porque nos obligaron a hacerlo. Y pasó lo que temíamos, que los socios se la pasaron muy mal en los refugios, cuando se la podían haber pasado bastante bien en los hoteles.

**ARMANDO MILLET**, *presidente de Royal Resorts*



### **IMPACTO INMINENTE**

### **SORPRENDE RAPIDEZ DE WILMA A LA CIUDADANÍA DECRETAN ALERTA MÁXIMA**

### **VOZ DEL CARIBE**

TITULARES DE PRIMERA PLANA, JUEVES 20 DE OCTUBRE, 2005

También fuimos a las playas, sobre todo a la Playa del Niño, porque eso lo hicimos desde el Isodoro. Y la verdad, sí sacamos a mucha gente, que haz de cuenta lo toman como un deporte, literalmente, porque no es nada más el espectáculo de ver olas altas, quieren ir a surfear, o van de mirones, y ya está el viento fuerte. Cuando viene el viento fuerte, la arena literalmente te está picando como agujitas, lo sientes como alfilercitos en la cara, y es dañino para los ojos. O igual, cuando viene el viento fuerte te va a aventar, o te van a atropellar, o te vas a caer y te vas a lastimar, o te va a tragar el mar, y tienes que estar ahí, con la policía, porque siempre estábamos los dos, sacando gente de la playa.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

No sabíamos si nos quedaríamos en la casa o iríamos a otro lado, a casa de algún pariente o a un refugio, pero estábamos conscientes de que Bocky, nuestro querido perro, era

un problema. Quedarnos en casa nos ponía a pensar, porque sabíamos que estamos en una zona baja y susceptible de inundaciones, el fraccionamiento Bahía Azul, detrás de la Donceles. Y no, realmente no sabíamos qué pasaría en esta área de la ciudad, pero si era necesario, nos quedaríamos y punto.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

El jueves por la tarde, poco antes del impacto, cuando el huracán ya se encontraba casi encima de Cozumel, tuvimos una reunión del Grupo de Ciclones. Ahí, los meteorólogos nos explicaron la gravedad de la situación. Habían hecho sus cálculos, cuánta lluvia caería, cuántas horas soplaría el viento, y nos anunciaron la catástrofe. Tanta cota de inundación, daño masivo a los hoteles, destrucción de estructuras en la costa, afectación a miles de viviendas. Recuerdo a Michael Rosengaus, el director del Servicio Meteorológico Nacional, y Raúl Rivera Palacios, el meteorólogo estrella en Protección Civil, anticipando las malas noticias. Nos quedamos mudos, nos quedamos muy preocupados. Esos señores saben de lo que hablan, porque eso fue exactamente lo que pasó.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

El primo Agustín nos ofreció que fuésemos a su casa y yo pensé que era una bendición, pues, aunque sabía que había un perro, estaba en el jardín y la casa era muy grande. Así que decidimos aceptar, ciertamente aliviados de salir de la zona baja. Pusimos las provisiones en el coche y Bocky se subió, aunque con su instinto, él había intentado subirse al coche toda la tarde, varias veces, como las aves y los tejones, tratando de protegerse. Cuando estábamos por salir, la esposa del primo Agustín habló para decir que con perro no, pues había una perrita en celo dentro de la casa, y Bocky la inquietaría. Así las cosas, la única opción era quedarnos

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

La gente fue muy reacia a salirse de sus casas. Creo que la policía debió tener un tono más severo, no te estoy diciendo, ojalá te salgas, o te quieres salir, sino contundente, tienes que salirte, no hay de otra. Protección Civil hacia lo mismo, pero la gente estaba muy reacia. Y claro, ya con el ojo encima, la misma gente de esas zonas nos pedía que fuéramos a buscarla.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Volvimos a nuestro puesto de observación y comando: la cama. Alrededor de las diez escuchamos un altavoz en la calle de atrás. Cuauhtémoc, el vecino, dijo que era una patrulla instando a la gente a evacuar, por ser susceptibles de inundación. Yo me pregunté,

si realmente teníamos que evacuar, dónde iríamos. Platicamos con los vecinos para ver qué hacer y decidimos todos quedarnos.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Veinticuatro familias que habitamos la Unidad Habitacional Militar de Puerto Juárez, incluyendo la mía, tuvimos que ser evacuados ante la proximidad de Wilma. Pero el Ejército, junto con Protección Civil, efectuó una evacuación masiva de las colonias en riesgo, sobre todo de las zonas bajas, como la Franja Ejidal y Las Culebras. Sacamos a miles de gentes y las llevamos a los albergues. Siempre hay algunos que se resisten a salirse, pero nosotros les hacemos la invitación en tono firme, enérgico, que no deje lugar a dudas. Si aun así se resisten, hacemos que nos firmen un papel, que acepten que se quedan bajo su responsabilidad. No los podemos obligar, vivimos en una democracia.

**ARTURO OLGUÍN HERNÁNDEZ**, *comandante de la guarnición militar de Cancún*

Los huracanes tienen periodos de gestación y desarrollo relativamente largos. Se puede, por tanto, detectarlos y seguirlos desde su nacimiento, vigilar su evolución hora tras hora, pronosticar su trayectoria con bastante aproximación y dar aviso con antelación a las poblaciones amenazadas. Todo ello permite prepararse para su llegada y evitar, o al menos reducir, los daños potenciales.

**JUAN JOSÉ MORALES**, *educador*  
*Los huracanes en la península de Yucatean, 1993*

Hay que decir que Dios nos envió todas las lanchas, como en el chiste, para salvarnos, pero como en el chiste, esperábamos que fuera Él en persona quien lo hiciera. No entendimos Su mensaje. Fuimos advertidos, pero decidimos quedarnos.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

De nada sirven los pronósticos, las alertas y las alarmas si la gente no los toma en serio o si no adopta medidas de precaución. Más vale pecar por exceso de precauciones que por falta de ellas.

**JUAN JOSÉ MORALES**, *educador*  
*Los huracanes en la península de Yucatean, 1993*

Así fue el jueves. Te confieso que estábamos estresados todos los del Comité, porque a esa hora ya sabías qué clase de monstruo venía. Ahí sí había certidumbre, ahí sí nada de que hubiera esperanza de que se desvíe, todo mundo sabía que venía derecho,

franco y fuerte, y con el pronóstico absoluto de que se iba a quedar arriba de nosotros, pegando, pegando, y pegando...

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Una decisión difícil que tuve que tomar fue dónde pasar el huracán. Por mi formación, yo tenía el impulso de quedarme ahí. Pero lo lógico, lo sensato era estar en la capital, coordinando los esfuerzos. Lo que sí hice fue instalar en mi propio despacho al Comité de Protección Civil, en sesión permanente. Ahí nos pasamos 70 horas seguidas y me pareció que debía ser el gobernador quien encabezara las sesiones, que la gente percibiera que estaba ocupado en la emergencia, y no sólo que lo percibiera, que así fuera.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Día de reuniones, reuniones, reuniones. Estaba en marcha el operativo aeropuerto, coordinado por Turismo, y nosotros nos dedicamos a vaciar la zona hotelera. Empezamos a hacer cortes de circulación, instruimos a los centros comerciales para que cerraran temprano, en la tarde tuvimos la última reunión de Protección Civil. Así se nos fue el día. Como a las ocho, llega un elemento de la Armada y me dice, el manual de seguridad dice que ya no debemos de estar en la calle, pero en la Donceles y la Lombardo hay cien personas que deben ser rescatadas. Había que ir. Estaba rodeado por mis directores y les digo, señores, esto no es obligatorio, el que quiera venir, bienvenido. Todos dijeron que sí. También se unió el conductor de TV Azteca, Javier Alatorre. Pedí camionetas de Seguridad Pública, y cuatro o cinco camiones. Cuando llegamos, teníamos el agua a la altura del pecho. Se caían árboles, volaban láminas de cartón, el viento sacudía los vehículos. Una cosa impresionante, había muebles flotando por todas partes. Así llegamos hasta Punta Sam, sacando gente de sus casas. Cuando quisimos, ya no pudimos regresar, las calles se nos perdieron. Ahí sí sentí miedo, pensé que no llegábamos. En el refugio de La Rejollada ya no cabía nadie, así que tomé la decisión de llevarlos a Palacio. Regresamos como a las doce, exhaustos. Y como a las tres de la mañana una de las señoras rescatadas empieza su trabajo de parto. Alatorre, en su hummer, nos hizo favor de llevarla al Hospital General. Ahí entendí que había valido la pena. El operativo fue un gran riesgo, pero rescatamos a 150 personas.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*



## CRÓNICA DEL OJO DISTANTE

---

Primero reportero por vocación, luego editor por obligación, con pesar alejado por años del oficio de recabar datos y rellenar cuartillas, la idea de pasar el huracán en el Centro de Convenciones me daba una oportunidad inesperada de sacar el cuaderno de apuntes, de ser testigo directo de un evento que tal vez se convirtiera en noticia. Tal vez Wilma pegara, tal vez no, pero si pegaba, ese edificio iba a ser un observatorio privilegiado.

La elección del sitio no obedecía tan sólo a mis nostalgias de tunde máquinas. Aparte de las comodidades prometidas (la planta de luz, el Internet inalámbrico, la cocina caliente), la decisión implicaba una certeza: yo estaba seguro que el refugio era seguro.

Cierto, el inmueble se encuentra en Punta Cancún, en el extremo norte de la isla, expuesto a los vientos por los cuatro costados. Ciertamente, el edificio es una caja de cristal, y los vidrios rotos figuran entre los proyectiles que encabezan la lista de accidentes en un ciclón.

Pero esa profusión de ventanales es engañosa. Tras las galerías cristalinas, recios muros soportan uno de los edificios mejor contruidos de la ciudad. No era posible descartar que un vidrio saltara en pedazos, pero en mi candidez de novato suponía que, si el viento estaba soplando en determinada dirección, lo que procedía era observar el huracán por los ventanales que apuntaran en dirección contraria, con lo cual la inmensa mole de concreto se convertiría en el más eficaz de los muros protectores.

Por lo pronto, a la hora del arribo hubo que tomar la primera decisión: dónde dejar la todo terreno. De oídas, sabía que el peor sitio es la cercanía de árboles, de postes o de letreros, que cayendo o volando pueden descalabrar un vehículo. El estacionamiento del frente no ofrecía garantías: es un amplio descampado, rodeado de árboles, de postes y de letreros. Con pena observé que ahí se encontraba, librado a su suerte, el flamante Lincoln Continental del empresario Isaac Hamui, el propietario del recinto. No era buena idea, tampoco, meterlo bajo techo: aunque improbable, cualquier estructura puede colapsarse, y yo había visto reducidos a chatarra una media docena de carros, estacionados bajo el cobertizo de una gasolinera que no resistió el empuje de las ráfagas de Emily, en las cercanías de Puerto Aventuras.

Javier sugirió pararlo en la entrada de servicio del Centro de Convenciones y, a primera vista, ese abrigo parecía ideal. Se trata de un cajón de concreto de dos carriles, rodeado por una rampa ascendente, cuyo único acceso está protegido por un zaguán de hierro de dos hojas, ancladas con enormes bisagras a los muros del edificio. Por ahí entran, en reversa, los tráilers y los torton que acarrean todo lo que se exhibe en un centro de convenciones, de modo que en la parte posterior la plataforma tiene metro y pico de altura. Alrededor sólo había muros, o sea, ausencia total de proyectiles potenciales. Una camioneta de reparto del Centro ocupaba ya la mitad del espacio, de modo que me estacioné, en reversa también, en el carril sobrante, asumiendo que la seguridad de la todo terreno era asunto resuelto.

Nos recibió el jefe de seguridad del inmueble, con un saludo que delataba su formación militar: Palacios, a sus órdenes. Él mismo nos condujo hasta el vestíbulo principal, donde concluían una visita de inspección tres o cuatro oficiales de la Marina, de alto rango, que habían solicitado establecer ahí su centro de operaciones. Radios de onda corta, walkie-talkies, vehículos de rescate. Excelente, pensé, nos vamos a enterar de todo el ajeteo.

Satisfechos con su inspección, los marinos informaron a Palacios que requerían doce catres, uno para cada elemento de la brigada. Su plan era recoger a sus compañeros en la ciudad, junto con el equipo, y volver en un par de horas, antes que la fuerza de los vientos impidiera el tránsito.

Palacios ya tenía el problema resuelto. En el segundo piso, con muros corre-dizos, había dividido un salón interior, el *Isla Mujeres*, en cuatro dormitorios. Uno lo ocuparían los marinos. Los dos siguientes, el personal de la empresa comisionado para enfrentar la contingencia: cinco de seguridad, tres de mantenimiento, tres de cocina; más la familia ampliada de Palacios (su esposa Mary, sus dos hijos, niños ya mayores, y una curiosidad de perro, un snautzer llamado *Troy*); más la esposa embarazada de uno de los guardias, que se negó en redondo a quedarse sola; más un arqueólogo venido de Chetumal, Alejandro, habilitado como protector del museo aledaño; más nuestros anfitriones, Laura y Javier. Como eran tantos, decidieron dividirse por géneros: hombres en un cuarto, mujeres y niños en el otro. Esos dos espacios, y el de los marinos, lucían hileras de camastros de playa, separados por sillas rectas pegadas a la pared, distribución que les confería cierto aire de campamento militar.

En cambio, en el último apartado, que resultaba inmenso, habían colocado sólo dos camastros, en el fondo, con una mesita que hacía las veces de buró. Al centro, había dos sillones de sala de espera y una mesa baja, como una recepción improvisada. Y junto a la entrada, en el costado, una larga mesa cubierta con paño verde remedaba un escritorio. En resumen, un montaje de suite hotelera, para solaz de la secretaria de Turismo.

Sin contar a los marinos, en total éramos diecinueve. Palacios nos explicó que el desayuno se serviría en el pasillo ubicado frente a los dormitorios, que los baños de ese piso quedaban reservados para las mujeres, y de paso, nos advirtió que

él estaba a cargo de nuestra seguridad, por lo cual nos instruía a mantenernos alejados de las ventanas y a no deambular sin rumbo por el edificio, reglas que chocaban de frente con mis planes de reportear la nota.

Pero no era hora de discutir con Palacios. En la oficina de Gabriela, en el primer piso, había una televisión, y todavía era tiempo de alcanzar el noticiero, de ponernos al tanto del derrotero de Wilma. Así que invitamos a Laura y a Javier a compartir una cena de botanas, con un par de botellas de vino, traídas ex profeso para darle algo de fiesta a la única noche, eso creíamos, que el Wilma nos obligaría a permanecer en cautiverio.



El noticiero fue un fiasco: López Dóriga y colegas se prodigaron en vaguedades y lugares comunes, para confirmarnos lo que ya sabíamos: ahí viene Wilma. Ninguna mención sobre el cambio de velocidad, algo que nos diera una pista sobre la magnitud del impacto inminente, sino tan sólo el espectáculo teatral de una reportera siendo despeinada por el viento. Al rato lo checo en Internet, pensé.

En cambio, la cena fue hartamente amena. Laura, nativa de Francia, anunció que era su primera experiencia de huracán, y que estaba un poco asustada. Javier, oriundo de Puebla, ya tenía una marca en su currículum: había llegado a Cancún en abril, para hacerse cargo del área operativa del Centro de Convenciones, y en julio tuvo que atender la emergencia del Emily, noche que el recinto sirvió de refugio a más de mil turistas.

Javier nos entretuvo un rato con esa historia. La oficina municipal de Protección Civil había preguntado al área de Ventas cuál era la capacidad del edificio y, habituados a vender congresos y convenciones, los ejecutivos rebotaron una cifra astronómica: 14 mil. Por suerte, alguien escuchó el disparate, y Javier tuvo que hacer un levantamiento de todo el edificio, salón por salón, estimando el espacio que ocupan los camastros y unos imaginarios pasillos de circulación. Al final, la capacidad del Centro como refugio se fijó en mil 800 personas.

Todo nos salió bien, presumió Javier. Los hoteles mandaron camastros y cobijas, nosotros nos surtimos de alimentos, y hubo bastante orden, logro no menor si piensas que, en un salón sin comodidades, duermen cientos de personas desconocidas entre sí, a muy corta distancia. Unos roncan, otros se mueven, y los camastros no son lo más cómodo. Por la mañana tuvimos el peor incidente, cuando muchos estaban desesperados por fumar, y eso estaba prohibido. Casi se nos amotinaban, exigiendo salir al exterior, pero todavía se sentían algunas ráfagas de viento, y no era cosa de protegerlos toda la noche, para que un proyectil casual los lesionara en la mañana. Pero a mediodía ya los habíamos devuelto a todos.

Gabriela, que vivió el Gilberto siendo gerente de un hotel pequeño, el Yalmakán, relató los tropiezos que provocó el retraso en las alertas. Ese mismo día los turistas se fueron a pasear a las ruinas, y regresaban al hotel al caer la noche, ya con

el viento embravecido, para enterarse que se aproximaba un huracán. Llevarlos a los refugios fue toda una odisea.

Esta vez, nosotros nos preparamos para recibir tres mil turistas, confió Javier. De hecho, por la mañana llegó el primer autobús, pero también llegó la llamada de Protección Civil, ordenando la evacuación. La cuestión es que las bodegas estaban atiborradas de comida, incluyendo 800 cortes de *rib-eye*, ordenados para una convención médica que, ahora sí que por causas de fuerza mayor, se había cancelado. Les prometió una comida opípara, ofreció.

En esa cháchara estábamos cuando oímos clarito, en la caja de resonancia del edificio vacío, el estrepitoso tronido del primer ventanal. No se suponía que empezara tan rápido, vamos a ver, me dijo Javier. Caminando de prisa, llegamos en segundos al fondo de la galería, donde ya se habían reunido Palacios y su gente, y de lejos vimos el hoyo negro por donde se colaba el chorro de viento. Con precaución, nos aproximamos lo suficiente para sentir la fuerza de la ráfaga, atentos al trepidar de los ventanales cercanos, pero no llegamos ni cerca de donde cayeron las astillas. Seguro fue un proyectil, opinó Javier, estos vidrios pueden resistir hasta 240 kilómetros por hora.

Ya se está poniendo duro, sentenció Palacios.

Bueno, de eso se trataba, de que se pusiera duro, de que los vidrios saltaran en pedazos, que cayeran los árboles, que volaran los techos. Ahora sí era seguro: Wilma había llegado y nosotros estábamos en primera fila.



Con esa noticia regresamos donde las mujeres.

Laura estaba algo inquieta, así que procedí a darle una cátedra de la seguridad que nos rodeaba. No que fuera un experto, pero conocía el inmueble desde el año de su construcción, en el 92, cuando el mismísimo arquitecto que lo proyectó, Octavio Lavalle, me invitó a recorrer el esqueleto en obra negra.

Lavalle es un constructor de primera, siempre al día en conocimientos técnicos. Sus planos preveían cimentar el edificio con pilotes, a 12 metros de profundidad, pero cuando encontraron un subsuelo irregular se fueron hasta 18 metros, donde toparon con una capa de roca sólida que se extendía, sin alteraciones, 60 metros más. No podía haber plataforma más estable que esa.

Después, Lavalle calculó sus columnas y sus muros para soportar vientos sostenidos de tornado, y reforzó los techos de los salones grandes con un entramado metálico, que hacía casi imposible su desplome. En el último piso, donde se encuentra el claro más grande, en el salón *Gran Cancún*, los cálculos de resistencia fueron tan extremos que se estimó la probabilidad de que mil personas de 70 kilos saltaran al mismo tiempo, como suele suceder en una disco o en un seminario de superación personal, propinando a la estructura un golpe combinado de 70 toneladas. Ni eso tira el edificio, expliqué.

Lavalle fue cuidadoso hasta en los detalles. Por ejemplo, los cuartos de máquina estaban casi blindados, como tenía que ser, y los conductos que permitían la fuga de aire caliente estaban sellados con puertas de persiana tipo *louver*, un prodigio técnico que permitía el paso del aire, pero impedía el del agua, de modo que no se podían inundar.

Por último, los vidrios, todos de cristal de 9 milímetros, estaban calculados para aguantar vientos de 240 kilómetros por hora, como bien decía Javier. Wilma traía ráfagas de esa intensidad, pero era posible que su fuerza menguara al tocar tierra. Además, como mal gruñía Palacios, hay que mantenerse lejos de las vidrieras, aunque en mi caso, confesé a mis contertulios, tenía serias intenciones de no acatar tan desconsidera orden.

En eso volvimos a oír, más lejos pero igual de clarito, el estallido del segundo ventanal. Esta vez bajamos los cuatro, pues el percance se dio en la planta baja. Idéntica escena: ya estaba ahí Palacios, vimos de lejos el hoyo negro, sentimos la brisa alborotada. Qué curioso, dijo Javier, son los mismos vidrios que tronaron con el Emily, los que están junto al *Vip's*. Pero seguía convencido que eran proyectiles, porque la ráfaga ni siquiera les daba de frente.

A ver si mañana nos podemos asomar por las escaleras de servicio, en la fachada sur, para que vean cómo está pegando el mar en la terraza de los hoteles, ofreció Javier.

De ninguna manera, es muy peligroso, atajó Palacios.

Servicial, aprovechó para informarnos que se había ido la luz, pero en automático entraron a funcionar las plantas de emergencia, muy bien protegidas, asumí, por sus persianas tipo *louver*. Lo único que no podríamos usar serían los elevadores.

Y el Internet, pregunté.

No creo que haya problema, respondió.

Ya no regresamos a la oficina de Gabriela. Nos fuimos directo a nuestra suite, donde traté de concentrarme en la lectura. Pero los camastros resultaron un suplicio. En la playa no lo sientes, te estás asoleando panza al sol, es la posición adecuada, pero no te puedes mantener así toda la noche, el espacio es estrecho, el fondo es rígido, las aristas plásticas se te encajan. De modo que terminé rescatando los cojines planos de alguna oficina e improvisamos un lecho sobre el suelo.

Leer no era fácil: la luz de los salones es baja y difusa. Explorar era inútil: si no ves nada más que vidrios negros, un huracán puede ser una experiencia en extremo aburrida. Oyes siempre el viento, oyes de vez en vez ruidos confusos de objetos que chocan y se arrastran, te imaginas los famosos proyectiles que surcan los aires, las láminas, las parabólicas, los pedazos de árbol, pero no ves nada, no atestigüas nada, no tienes ninguna vivencia.

Las horas se acumulan. Afuera, el huracán es un hecho, pero te estás perdiendo la nota. Dormir, ni que decirlo, es inadmisibile (para mí, porque Gabriela cayó rendida). Pero hay que descansar un poco, cargar las pilas, aunque sea en

duermevela. Así que terminé apagando la luz, con una desazón: nada más falta, rumiaba incómodo, que todo pase de noche, que cuando amanezca la cosa haya terminado.



Estaba más que listo, linterna en mano, cuando empezó a amanecer. Mis temores eran infundados: Wilma todavía mostraba mucha potencia. En las imágenes nebulosas que empezaron a aparecer tras los vitrales, se podían adivinar las palmeras torcidas, señal infalible del ataque del monstruo. Viéndolas bailotear, deduje la dirección del viento y, de acuerdo al plan preconcebido, busqué un observatorio en el extremo opuesto. En esas estaba, adivinando edificios en la película gris, cuando oí a mis espaldas la voz de Palacios.

Por favor, aléjese de la ventana, instruyó.

Nunca he sido partidario de entablar discusiones con los guardianes del orden, pero traté de razonar con él. La única razón por la que estoy aquí, le dije, es para ver de cerca un huracán. Es mi trabajo y tengo que hacerlo, alegué, como usted tiene que hacer el suyo. Asumo la responsabilidad de mis actos, declaré, y soy el culpable directo de cualquier cosa que me pase. Siéntase tranquilo, rematé, me sé cuidar bien.

No, replicó Palacios, yo soy el responsable de su seguridad.

Sin que hubiésemos alcanzado un acuerdo apareció Javier, con una mala noticia: el viento había desvincado las fantásticas persianas *louver*, el agua había empapado las plantas de energía, y no hubo más remedio que apagarlas. En concreto, no teníamos luz, ni Internet, y al rato no tendríamos agua corriente, porque el edificio no tiene tinacos en la azotea: los baños se alimentan a presión con bombas eléctricas. Acto seguido, sugirió hacer un recorrido por el edificio, una evaluación preliminar de daños, dijo. La invitación obviamente me incluía. Por respeto a su jefe habitual, Palacios no puso objeción, aunque creo que hubiera preferido enviarme de regreso a la suite.

Empezamos por la planta baja. El Centro de Convenciones original tenía cuatro niveles: los dos primeros centro comercial, divididos en locales; los dos superiores área de congresos, divididos en salones. El propietario actual, Isaac Hamui, convirtió la zona comercial en área de exhibición, con lo cual las plantas inferiores quedaron convertidas en inmensos pabellones vacíos, forrados de plafón por encima y de mármol por abajo. Cuando hay evento, ese espacio se subdivide con mamparas y cancelas, de acuerdo a las necesidades mercantiles de los participantes. Pero la primera mañana del Wilma, en la penumbra vaga del recinto apagado, esas planicies marmóreas lucían sombrías.

Los daños en los pisos inferiores no tenían relevancia. Una o dos vidrieras más habían sucumbido pero, salvo esas heridas, la estructura estaba ilesa. Al fondo, el local del restaurante Vip's no evidenciaba daños, y un local adjunto, en donde despachaba el Centro Empresarial, lucía intacto. El único motivo de agobio fue descubrir, en el acceso de servicio, donde estaba resguardada mi todo terreno, que una de las

hojas del zaguán se había desprendido, con todo y sus férreas bisagras, yendo a parar bajo la camioneta de reparto, sin causar, de milagro, mayores averías. Pero la reja superviviente bailoteaba frenética frente a mi vehículo, azotándose contra los muros en adelante y en reversa, con un ritmo tan violento que era absurdo pensar que aguantara. No había nada qué hacer, salvo la operación suicida de moverla en pleno temporal, lo cual también implicaba un dilema: a dónde carajos.

Los pisos superiores estaban a salvo. Los ventanales resistían la embestida del Wilma y, aunque las terrazas se habían inundado con medio palmo de agua, esos espejos de agua inesperados no constituían el menor motivo de alarma. El único estropicio serio era el desprendimiento de un portón de acero, ubicada en uno de los pasillos de servicio que rodeaban el *Gran Cancún*, el salón emblema del recinto, un suntuoso galerón sin columnas donde cabe medio campo de fútbol. El empuje de la ráfaga abrió también, aunque sin derribarlas, las puertas de madera que lo separaban del pasillo, permitiendo la entrada de un chorro de viento saturado de lluvia. De a poco, el agua se fue acumulando sobre la costosa alfombra, formando un charco de dimensiones colosales, un chapoteadero inverosímil de veinte o treinta metros de diámetro.

Se va a joder la alfombra, dijo Javier.

Diligente, ordenó enseguida que el personal de mantenimiento tratara de cerrar las puertas de madera, con afán de atajar ese chubasco horizontal, lo cual lograron con un esfuerzo titánico, tras varios intentos fallidos, amarrados todos por una cuerda en la cintura, cruzando viguetas de bisagra a bisagra, arrimando en su apoyo los muebles más pesados que encontraron.

(Muchos meses después del huracán, comparando memorias, Javier me aseguró que ese episodio tuvo lugar mucho más tarde, quizás la noche del viernes o la mañana del sábado, pero esa corrección trastoca por completo la secuencia narrativa de mis recuerdos. Puede que Javier tenga razón pero, en estricto ejercicio de la libertad de fábula, voy a dejar ese suceso en este sitio).

El recorrido por el inmueble me permitió apreciar los destrozos que había causado Wilma en el vecindario. Viendo al norte, una palapa con forma de cono, cúpula del restorán Mocambo, se veía bastante maltrecha, con varios hoyos en su estructura. A un costado, en el edificio de condominios Punta Cancún, se apreciaban bastantes vidrios rotos y las cortinas, deshilachadas, revoloteaban en el exterior. Viendo al oeste, el letrero de la discoteca The City amenazaba con desplomarse. El agua estaba encharcada en el bulevar Kukulkán y la caseta de policía del Centro de Convenciones, de lámina metálica, se había torcido. Viendo al este, varios cristales se habían quebrado en la fachada de Deportes Martí y el letrero del centro comercial La Fiesta estaba en el suelo. En todas direcciones las calles se veían llenas de basura, de trozos de árbol, de láminas retorcidas, de anuncios derribados.

Pero el espectáculo estaba empañado por una película gris: en cualquier dirección, la visión era en extremo borrosa, los detalles inexistentes, las fotografías inútiles.

Estábamos en primera fila, pero era frustrante descubrir que el show era monótono.

Unos minutos de observación te hastiaban, pues no sucedía nada. Las palmeras, desgajadas y todo, mantenían la vertical. Los letreros se zangoloteaban, pero no se caían. Muy de cuando en cuando veías volar un proyectil, pero el incidente resultaba insípido, lejano, por completo desprovisto de emoción. El paisaje era brumoso, aburrido, deprimente...

Cómo la ven, pregunté al aire.

Creo que estamos a la mitad, tal vez dure hasta la noche, se animó Javier.

Pésimo augurio: estábamos tan seguros que sólo duraría una noche, que nadie llevó más que una muda de ropa. Otra noche se antojaba vía crucis. Pero de momento otra noche era asunto distante: apenas eran las siete y media de la mañana.



Reintegrado el grupo, tras un desayuno cuartelario (huevos a la mexicana resacos, tortillas tibias, chiles de lata, jugo de tetrapak o coca-cola), le recordé a Javier su oferta de echar un vistazo al mar, por la fachada sur.

Déjame hablar con Palacios, replicó.

No tengo idea en qué términos logró persuadirlo, pero nuestro jefe de seguridad lucía algo molesto mientras nos encaminábamos al área de servicio, las entrañas mismas del Centro de Convenciones. En esa zona se encuentran los cuartos de máquinas, las cocinas industriales, la fábrica de hielo, los hornos de pan, las cámaras frías, las bodegas, los montacargas, en fin, el equipo que se requiere para atender reuniones de negocios multitudinarias. Restringido al acceso del público, ese centro motor tiene la apariencia típica de una fábrica: muros de block, pisos de concreto pulido, lámparas de diseño industrial, tuberías y ductos aparentes suspendidos del techo.

Por una escalera interior, oscura como caverna, por completo atenuados al raquítico halo de luz de las linternas de mano, subimos al tercer nivel. Antes de llegar, en el entresuelo, Javier apuntó con su lámpara una puerta sombría: son las oficinas de mantenimiento, comentó, un bunker hecho y derecho, por si hace falta.

El aullido de viento y las sacudidas que cimbraban el portón de emergencia, una hoja de acero de tres metros de ancho por dos de altura, trabada al muro por un cerrojo metálico de barra corrediza, no dejaban dudas de que Wilma se estaba manifestando en todo su esplendor. Palacios coordinó el operativo. Tres o cuatro de sus hombres se recargaron contra la puerta, descorrieron el cerrojo y, aguantando a pulso la ráfaga, la abrieron apenas para que nos coláramos a una pequeña terraza, en realidad un descanso de la escalera exterior de emergencia. No querían abrirla por completo, por temor a no poder cerrarla. Por esa rendija nos deslizamos, uno a uno, Javier y Laura, Gabriela y yo, y faltaba más, el jefe Palacios.

Es un reto mayor transmitir con palabras la sensación de estar expuesto a



vientos de cientos de kilómetros por hora. La reacción instintiva es pegarte al muro, encorvarte, hacerte chiquito, consciente de que el peso no te alcanza para anclarte, no que vayas a volar, pero sí, fácil, que serás derribado, proyectado, revolcado en cualquier descuido. La ropa, inflada por la ráfaga, se convierte en una vela desplegada y trepidante que compromete el equilibrio. Los alfileres de lluvia te acribillan, te obligan a apretar los ojos hasta convertirlos en ranuras.

De todos modos, esa mínima abertura nos permitió presenciar el turbador espectáculo. Más o menos a cien metros de nuestro observatorio, un mar desbordado, embravecido, tumultuoso, atropellaba, ola tras ola, en embestida montañosa, las terrazas y las albercas del hotel NH. Esos serían unos cinco, tal vez seis metros sobre el nivel habitual del mar. De hecho, de no haber sido por las colosales moles de los hoteles, la rompiente estaría llegando hasta el bulevar turístico. Si todas las playas de Cancún estaban resintiendo el mismo embate, íbamos a tener muchas fachadas estropeadas.

Al frente, el logotipo de la disco The City lucía deteriorado, a punto de caer. A la derecha, se estaba desmoronando el decorado de la discoteca Coco Bongo, y la guitarra monumental del Hard Rock Café se columpiaba de lo lindo. Un búho decorativo, insignia del restaurante Hooter's, estaba perdiendo sus plumas. En la distancia, se notaban algunos desprendimientos en la fachada del condominio Maralago. Más allá de eso, es decir, a 250 metros, nada se apreciaba tras la cortina gris.

Tratamos de tomar algunas fotos, pero nuestras camaritas de aficionados no tenían la suficiente luminosidad para captar los matices de la escena. La pantalla nos devolvía imágenes grisáceas, sin contornos, carentes de fuerza. Lástima: no habría testimonio gráfico, pero al menos, por pocos minutos, logramos ver de cerca el airado rostro de un huracán.

Urgidos por Palacios, traspasamos de regreso la rendija. No más aventuras, advirtió nuestro celador. De momento no había reparo, así que volvimos a las inmediaciones de la suite. Por mi parte, sentí que ya tenía la mitad de la nota. Ahora era cuestión de sentarse a esperar el retiro de Wilma, para salir a recontar las averías.

Qué horas son, preguntó mi mujer, ansiosa por contactar el mundo vía celular. Era temprano: apenas iban a dar las nueve de la mañana.



Cuando está prendido, sede de algún congreso, repleto de visitantes, el Centro de Convenciones puede ser un edificio vistoso y vibrante. En cambio, cuando está apagado, o mejor, cuando Wilma abatió hasta las microscópicas luces de las alarmas, los salones y pasillos se sumieron en una desconcertante oscuridad, una penumbra que no pertenece a este escenario de neones permanentes.

Lóbreos, de noche cerrada, se tornan todos los huecos interiores, entre ellos los dormitorios de campaña del Isla Mujeres. Afuera, las sombras se diluyen un tanto en el pasillo, donde remolonean, sin nada que hacer, nuestros compañeros de

encierro. No muy lejos, hay ventanales que dejan pasar una luz gris, tan difusa que no alcanza ni para leer.

¿Qué se puede hacer en este cautiverio?

Platicar, claro. Pero nadie tiene ganas, no hay tema que parezca estimulante, no hay tópico de actualidad que entretenga, ni chisme que excite. El letargo se ha instalado en el centro del habla.

Jugar, tal vez. Algunos sacan un juego de mesa o un dominó, pero rápido se aburren, el pasatiempo que los distrae por horas ahora los fatiga en minutos. Hasta los niños, esos maestros de la irreverencia, parecen sumidos en una profunda depresión.

Varios cautivos están acostados en el suelo, boca arriba, sobre la alfombra, con los ojos abiertos, hablando a solas, silbando con desgano, tarareando, bostezando, matando el tiempo. Otros, sentados en el piso, despatarrados, se recargan en las paredes. De tanto en tanto se paran, estiran las piernas, caminan sin brío, se vuelven a echar.

Gabriela inicia su ronda de llamadas al exterior, vía celular: el gobernador, los colegas del gabinete, su equipo de trabajo. Pero los teléfonos portátiles se han vuelto ineficaces: no se oye bien, hay mucha interferencia, la línea se corta. Hasta México, logra hablar por unos minutos con el subsecretario federal, Paco Madrid, cabeza del comité de crisis. Intercambian datos sobre el desalojo previo, estiman la cantidad de visitantes que no se han ido, comentan cómo evacuarlos, pero de repente la línea se vicia, y al final se corta. Gabriela intenta restablecer la llamada, pero tras varias intencionas, acepta que el esfuerzo es inútil. Wilma tiene cautivo al universo, y eso incluye a los sistemas de comunicación.

Qué horas son, vuelve a preguntar.

Las diez y cuarto. No ha pasado más que una hora de nuestro cara a cara con Wilma, y el hastío es lo único vigente en esta cárcel. Así debe ser estar preso, pienso, el infierno de las horas muertas.

Decido echar otro vistazo, sólo por moverme, sé que no habrá novedades, pero Palacios se ha tomado muy en serio su prohibición de aventuras. Uno de sus sabuesos me sigue los pasos, y me reprende con acritud apenas me aproximo a un ventanal. No le hago caso, permanezco inmóvil, no estoy viendo la película gris, estoy esperando su reacción. Repite el exhorto en tono más severo, hágase para atrás, son instrucciones. Finjo sordera, en abierta provocación. Tal vez me regañe, tal vez me acuse, tal vez me jalonee, pero nada de esto pasa, se limita a seguirme a distancia, sin repetir la orden, por el inmenso y desolado cascarón.

Lo que sospechaba: todo sigue igual.

Regreso a la suite, consulto el reloj: las diez cincuenta.

En la mesa del pasillo veo a Palacios, sentado en silencio con el arqueólogo. Hora de limar asperezas, me digo. En aproximación indirecta, le pregunto al segundo cómo llegó aquí, qué lo trajo hasta este ambiente dantesco.

Soy el responsable de cuidar el acervo, responde muy serio.

Qué acervo, me intereso.

El acervo histórico, replica enigmático.

En efecto, junto al Centro de Convenciones hay un museo diminuto, una colección ridícula de copias que no aprecia nadie, ni turistas ni locales, pero que le permite presumir al INAH que tiene una muestra arqueológica en el centro turístico más visitado del país.

Entro de lleno a la estrategia de distensión. Le pregunto a Palacios por sus hijos y por su juguete animado, el *Troy*, que tal vez sea perro mudo, pues no ha soltado un ladrido en toda la contingencia. Palacios celebra la broma e intercambiamos algunas nimiedades. Prometo portarme no bien, pero sí regular, y tenerlo al tanto de mis andanzas. Además, tiene razón: sólo está haciendo su trabajo.

Me retiro a la suite, donde Gabriela duerme.

Qué horas son: las once y media.

Me duermo yo también.

Despierto, cambio de postura, cabeceo un poco, me duermo de nuevo, me despierto, me acurruco, holgazaneo, en intervalos que adivino breves. Qué horas son: casi la una. Nada indica que Wilma esté más tranquila, pero llevamos horas y más horas de vendaval, el desenlace tiene que estar próximo. Por lo poco que sé de huracanes, Gilberto pasó en ocho horas, Emily en menos. Wilma ya lleva catorce o dieciseis, ya basta.

Con Gabriela, me aproximo a la mesa del pasillo, donde el arqueólogo narra algo inaudito: acaba de salir del purgatorio. No sólo convenció a Palacios de que requería ir al museo, sino que el guardián le proporcionó los medios, léase, su personal completo, amarrados como los alpinistas, para que pudiera efectuar el ajetreteo cruce, unos 20 metros a merced de Wilma.

El museo ya valió, dijo el académico. Todos los cristales están rotos y el muro de la recepción se vino abajo. Hay goteras por todas partes y láminas desprendidas en el techo. Las cajas del acervo, mojadas pero intactas. Por cierto, me traje unos garra-fones de electropura, por si hacen falta.

Le pedí que me avisara si volvía a intentarlo, al menos para ser testigo, pero no recuerdo qué pasó después.

Creo que comimos algo, mas no los succulentos rib-eyes prometidos por Javier: si abrían la cámara fría, todo se iba a echar a perder.

Tal vez volví a dormir, no estoy seguro. Sí sé que no leí, no platiqué, no traté de escapar del cerco de Palacios, o tal vez hice de todo, pero esas horas de tedio extremo no dejaron marca alguna.

Wilma nos había anestesiado el ánimo, la voluntad, la curiosidad, el entendimiento. Como el Centro de Convenciones, la vida parecía cubierta por una película incolora.

Cuánto crees que falte, preguntó Gabriela.

No puede faltar mucho, ya lleva casi un día, respondí.

Javier estuvo de acuerdo, el fin se aproximaba.

Esto está eterno, dijo Laura.



Poco antes de las cuatro alguien reportó un hallazgo incompleto: en alguna oficina apareció un radio de transistores, pero no tenía pilas. Probamos a colocarle las que tenían las linternas, pero no le quedaban.

El arqueólogo dio un respingo: en el museo hay pilas, ofreció.

Nueva maniobra de riesgo, otra vez con la técnica de la alta montaña. Algunos opinaban que la misión, aparte de peligrosa, sería inútil: ninguna estación estaría al aire. Pero la mayoría tenía ganas de creer, y algunos vimos como Alejandro, zangoloteado como un muñeco de trapo, alcanzaba la orilla opuesta.

A poco regresó con el tesoro. Javier las instaló en el receptor, produjo un carraspeo el aparato, llenó el salón el zumbido de la estática, y de pronto, milagro, la voz clara y fuerte de una locutora emergió del cuadrante.

Resultó ser la transmisión de Radio Ayuntamiento cuya antena, situada en la azotea del Palacio Municipal, portentosamente resistía el embate de los vientos. Los locutores, en contacto esporádico con los servicios de socorro, daban cuenta de los pormenores del huracán, una emergencia aquí, otra allá, y prometían que a las cinco en punto un oficial informaría sobre el avance del meteoro.

Bueno, pues a esperar las cinco, que ya no faltaba tanto, poco menos de media hora.

Las esperamos escuchando la radio, pero se adivinaba que los locutores estaban tan cautivos como nosotros. Repetían los instructivos de socorro, repetían las medidas de precaución, narraban otra vez la misma emergencia, refriteaban la misma nota, y con exasperante frecuencia, recomendaban a la población no salir de sus refugios, no abandonar la seguridad de sus encierros.

Por fin, a las cinco, el oficial tomó el micrófono para leer el parte climático. Wilma, dijo, es ahora un huracán categoría cuatro, que avanza a una velocidad de 4 a 6 kilómetros por hora. Se estima que el ojo tiene 55 kilómetros de diámetro, con una presión barométrica de 930 milibares y vientos sostenidos de 225 kilómetros por hora. La última posición reportada lo sitúa en los 20.3 grados de latitud y 86.7 grados de longitud, lo que coloca el ojo directamente sobre la isla de Cozumel. De mantener el rumbo, el huracán impactará Cancún dentro de doce horas.

¿Qué qué?

Pues sí, eso era.

Así fue como nos enteramos de que Wilma ni siquiera había comenzado.

## DE LOS CÁNDIDOS Y LOS DESPAVORIDOS

---

El bailecito empezó el jueves por la noche, por ahí de las diez se fue la luz y pensé, ¡ay nanita! De un modo u otro, logré dormir hasta como las cinco de la mañana, cuando empezó realmente lo feo. Parecía que estaba al lado de la turbina de un avión.

**LAURA CELIS GUTIÉRREZ**, *bióloga (desde Puerto Morelos)*

Comienza a soplar el aire y comienza a ponerse feo. Se va la luz. Voy por las pilas, pero Christian se llevó las pilas. ¡Auxilio! ¿Qué pasa o qué va a pasar? Ya sólo se escucha Radio Cultural Ayuntamiento, ya evacuaron Puerto Morelos, ya están evacuando la zona hotelera. Que si viene Wilma directito pa acá, que va a pasar al norte de Cozumel, a tocar tierra en Puerto Morelos, que se sigue por Bonfil. ¿Bonfil? Bonfil está aquí, ¡al ladito! Y luego sale de Cancún, rumbo a Isla Mujeres y Holbox. Se está moviendo increíblemente despacio.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Esa noche no dormí realmente. Muchas veces intenté acariciar el sueño, pero el sobresalto de sentir a Wilma muy cerca, me obligaba a permanecer con los ojos abiertos. Hacía mucho tiempo que no tenía esa emoción e incertidumbre ante lo desconocido. He visto pasar a Isidoro, Mitch, Ivan, Roxanne, Emily, en los últimos años. En mi adolescencia pasamos la experiencia de Gilberto. Aunque fue intenso, la curiosidad y la juventud alejaron el temor de mi mente. En suma, en esta pasarela natural interminable, los he visto pasar sin mirarlos de frente. Ellos y ellas también han pasado sin detenerse, ni siquiera cruzamos palabras. Es más, no hay recuerdo en la memoria.

**ÉDGAR ORDÓÑEZ DURÁN**

Medianoche del jueves. El dios huracán no purifica como el fuego. Su misión es renovar todo un mundo. El huracán vive por ciclos: agua, viento, tierra y el mar. Tú, fuego, cantas agudo y quemas, serás después socio del viento, pero nadie olvida tu voz... de humo. Y tú, temblor del terremoto en tierra, te respeto y nuestro temor ante ti. En

nada tienes la sangre del viento, tu presencia es carne de ultratumba. Tu música siempre será corta y grave.

**RODRIGO DE LA SERNA**, escritor (*desde Playa del Carmen*).

Después del rescate de Punta Sam, fui a la radio y me despedí de la gente. Les dije, ya no hay manera de salir, si ven a alguien en peligro, ayúdenlo, cuiden a sus familias, esto va a estar largo. Pensábamos que la antena se iba a caer en cualquier momento, pero resistía, así que cada hora iba a dar mensajes. Como a las 5 ó 6 de la mañana cité a un almirante de la Marina y fuimos a la zona hotelera a hacer un recorrido previo. Alatorre venía otra vez con nosotros. Cuando vi lo que estaba pasando dije, ya estuvo, Cancún se destrozó. Mi preocupación era no encontrar muertos. Íbamos a la intemperie, parados en la parte de atrás de las orugas. En el bulevar había un espectáculo nunca visto, pero que puedes pagar caro por verlo, incluso con tu vida: el mar entró en la laguna. Cuando cruzamos el Calinda pensamos que el viento iba a aventar el vehículo al mar. Adelantito del Riu ya no pudimos pasar, nos tuvimos que regresar. Dimos la vuelta con dificultades, y de regreso encontramos que el viento había virado, ahora era la laguna la que entraba al mar. Todo era patético, dantesco. Regresamos a Palacio y volví a hablar en la radio, les informé lo que acababa de hacer, les pedí paciencia. No había reportes de ninguna desgracia, pero la ciudad ya estaba destrozada. Así empezó el día más largo de mi vida.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, presidente municipal de Cancún.

### ☛ **Impacto de Wilma en México.**

*El impacto de Wilma en México podría ser catastrófico. Una franja costera de 80 kilómetros recibirá vientos sostenidos Categoría 4 ó 5, causando un daño increíble. Si se estaciona dos días, la extrema duración de los vientos podría causar los peores daños hechos por un huracán. La marea de tormenta no será problema, porque la profundidad del canal costero impedirá una ola gigante. De todas maneras, olas de cuatro metros causarán un daño masivo a las estructuras de playa. Además, lluvias de 30 a 50 centímetros provocarán serias inundaciones. Wilma podría ser el peor desastre en la historia de México.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, OCTUBRE 21, 7:05 A.M., HORA DE CANCÚN.

En el año 66 se desbordó el río Pánuco y provocó una grave inundación en Tamaulipas y Veracruz, pero no había un organismo específico que atendiera de inmediato las zonas afectadas. Tras la experiencia, el gobierno le pidió a la Secretaría de la Defensa elaborar un plan, para garantizar la asistencia oportuna a la población. Ese es el Plan

DN-III. El plan es un operativo permanente: no tiene fecha de inicio, ni se termina, siempre está en alguna de sus fases, pues existe un período de prevención, otro de auxilio, y la fase de recuperación. En términos militares, cuando termina la recuperación estamos otra vez en la fase de prevención.

**ARTURO OLGUÍN HERNÁNDEZ**, *comandante de la guarnición militar de Cancún.*

La Armada trajo unos vehículos anfibios, las llantas son altísimas, como de uno sesenta, y pueden avanzar con que mantengan sólo los faros fuera del agua, eso les da una altura de dos setenta. Y había otro vehículo para transporte de tropa, de origen ruso, extraordinario por la altura. Eso era lo que usábamos para ir a rescatar gente a las zonas bajas, las unidades se movían por una llamada de auxilio de la gente más humilde. La verdad, las Fuerzas Armadas se portaron a la altura.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento de Cancún.*

Los planes muestran su madurez cuando los pones a prueba, cuando los puedes aplicar, antes sólo son teorías. Yo tengo 40 años de carrera en el Ejército, he recorrido toda la República y nunca me había tocado una contingencia de esta magnitud. Para mí, Wilma fue una experiencia profesional muy interesante.

**ARTURO OLGUÍN HERNÁNDEZ**, *comandante de la guarnición militar de Cancún.*

A mí me tocó vivir el huracán en la Secretaría de Gobernación. Existe un Comité de Ciclones Tropicales, donde participan Gobernación, Defensa, Marina, SNA, Meteorológico, Protección Civil, etcétera, y ahora Turismo. Es el primer año que tenemos una silla. En Gobernación se van disparando los sistemas de alerta y cada quien va definiendo su estrategia. En mi caso, debía actuar como enlace entre Sectur y los actores locales, particularmente Sedetur y los hoteleros. Además, presido el Comité de Crisis del Sector Turismo. Éste se encarga, no de gestionar la crisis, sino de informar qué está pasando a las oficinas del CPTM, aerolíneas, turoperadores, o sea, estrategias de información.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

El sistema funciona porque participan todos los actores. Lo encabeza Gobernación, pero lo integran Defensa, Marina, Salud, el Meteorológico, Comunicaciones, la CFE, hasta Comunicación Social, y desde hace un año, Turismo. Además, mantenemos estrecha comunicación con las instancias locales. Cuando emitimos una recomendación es que todos estamos de acuerdo, y las hacemos públicas, porque somos corresponsables de la seguridad de la gente. Pero la decisión de aceptarlas, o no, le toca a la autoridad local.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

Una ventaja fue que Wilma pegó con un gobierno federal que tenía mucha experiencia en ese campo. En el sexenio hubo muchos desastres naturales y estaba fresco lo de Chiapas. La Federación ya tenía listo el esquema, afinado, probado en sus resultados. Y no es lo mismo llegar a repartir láminas de cartón, que tener programas específicos de reconstrucción de vivienda. Muchos habitantes de Quintana Roo, sobre todo en las zonas rurales, pudieron hacerse de una casa de material cuando el huracán les derribó sus casas de palitos.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

El jueves, a las cinco de la tarde, fue la formación general y ya los acuartelamos. Es difícil utilizar esta palabra porque nosotros no somos la policía, ni el Ejército: son voluntarios. Antes, se les hizo la indicación de que cubrieran sus casas, vieran sus necesidades propias, pero yo sabía que si venía más fuerte no iban a poder llegar. En total eran 80 paramédicos, incluyendo a los telefonistas, que también son paramédicos, porque tienen que dar un soporte telefónico. Cuando tú llamas al 065 Cruz Roja tiene la norma, en lo que despacha la ambulancia, de que te vayan diciendo qué hacer. Ya encerrados, lo importante es darles una actividad, porque la tensión es muy fuerte. Por el simple hecho de estar acuartelados, por el simple hecho de que sabes que viene un huracán, el estrés es muy fuerte cuando estás de guardia. Así que los pusimos a tapiar, a acomodar, a checar los equipos, a resguardarlos, a hacer tareas menores mientras pasaba lo más duro. Claro, eso hicimos hasta que se nos volaron el techo y las ventanas. Entonces sí empezó lo más duro...

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Es hasta el viernes que el simulacro de rutina anticiclónica se quebranta, para convertirse en una angustiante realidad. Los medios no dudaban en revelar la furia de un huracán que después de sorprender con su agilidad para acercarse a tierras mexicanas, ahora se mostraba inconvenientemente perezoso, avanzando a seis, siete kilómetros por hora.

**MAGDALA MAHELI HERNÁNDEZ**, *estudiante*

Nos refugiamos en casa de unos amigos de mis primas, los cuales viven en una zona alta y alejada de la playa (nosotros vivimos cerca). El jueves fue el día en que el huracán empezó a hacer su aparición. Esa noche ya se escuchaban los vientos. Yo dormí en el estudio y veía como las ventanas se cimbraban por el viento. Las últimas noticias decían que el ojo pasaría exactamente por Cancún. Ya para el viernes los vientos agarraron muchísima fuerza, realmente fue impresionante ver por la ventana cómo viajaban las nubes en el cielo, con qué rapidez lo hacían.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*



Por ahí de las diez de la mañana empezaron a pasar cosas volando (tenía una muy buena vista desde la ventana de mi recámara). Vimos cómo se empezaron a desprender, una a una, las láminas del taller, aunque no volaban todavía. Se empezó a desprender el techo de mi ventana y de repente, parecía que la ventana completa iba a volar. Como pudimos amarramos la estructura. A media mañana, la madera de las ventanas de la cocina se cayó, junto con los vidrios. Y ya se imaginarán, llegaba el agua hasta el comedor.

**LAURA CELIS GUTIÉRREZ**, *bióloga (desde Puerto Morelos)*

Unas señoras sacaron un rosario y empezaron a rezar. Los vidrios y las tablas volaban, así que me las traje a la subdirección médica. Estaban muy angustiadas, al punto de la histeria. Hay un muchacho de intendencia muy simpático, me reservo el nombre, es amanerado, muy bueno para contar chistes, bueno atendiendo a la gente. Lo llamo y le digo, trata de distraerlas. A los 15 ó 20 minutos, las señoras ya estaban muertas de risa. Le dije, resultaste más efectivo que el *diazepam*.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

Existe un gran desconocimiento en la colocación de la madera, para que aguante y no salga volando. La gente cree que clavando con un clavo normal es suficiente y no, hay que hacer un marco de madera, asegurarlo con clavos de concreto o tornillos, y sobre éste asegurar la madera. Si no se hace así, no sirve para nada.

**HUGO OSORIO PÉREZ**, *director de Triplay y Maderas Queen del Caribe*

El viernes en la mañana las tablas del lobby se empezaron a desprender. Deshicimos las mesas de la sala de juntas para poner refuerzos por dentro. En eso estábamos cuando el ama de llaves me dijo, Rubén salió y ya no puede entrar, no lo pueden meter. Cuando salí, vi al contador amarrado de un pie, y dentro, amarrado de la cintura, al de mantenimiento. Los obligué a meterse, les prohibí volver a salir. Estaba demasiado asustada en ese momento. Alguien me dijo, lic, baje a la gente y métales a la sala de juntas, esto viene peor de lo que pensamos. Les dije, dígales que bajen sólo con una identificación, pero hubo gente que bajó con sus maletas. Una huésped me dijo, se cayó un muro. Subimos a ver y sí, era un muro de tabla roca que se estaba cayendo. Llamé a los de mantenimiento y les pregunté, cuál es el lugar más seguro del edificio. Uno de ellos me dijo, las escaleras. Y si no quieren meterse ahí, preguntó alguien. No es de que quieran, es que lo tienen que hacer, les dije. Pero nadie se resistió. Yo hablé a México y les dije, te aviso que ya no vamos a tener comunicación, nos vamos al cubo de las escaleras. Le hablé a mi mamá, le hablé a mi esposo, que se había quedado en la casa con mi bebé de siete meses, y cuando les hablé, pensaba que no la íbamos a contar. Colgué y me puse a llorar.

**IZADORA MAGAÑA**, *gerente del hotel City Express*

Se vendieron maderas de todo tipo. La que más compró fue la gente humilde, de las regiones de por acá. Aunque les advertía que la madera más económica no les serviría de mucho, esas personas no tienen el presupuesto para comprar un pedazo de madera de calidad, un cimbraplay de 16 milímetros, de 300 a 350 pesos. Así que se llevaban triplay de 100 pesos la pieza, un gasto inútil.

**HUGO OSORIO PÉREZ**, *director de Triplay y Maderas Queen del Caribe*

En la noche el viento arrancó el aire acondicionado del cuarto de Luis y empezó a entrar agua. Como a las diez de la mañana subió el gerente y dijo, todos nos tenemos que ir al cuarto piso, a los pasillos. Los pisos quinto y sexto ya no son seguros. Sólo traigan sus efectos personales, una cobija y una almohada, nos dijeron. Las turistas lloraban, mis hijas también. Insistí, tenemos que salir de aquí, esta no es una buena situación. Llamamos a Paco y a Gabriel, los amigos que nos habían invitado a quedarnos. Vamos para allá, dijeron. Así, sin dudar, arriesgaron sus vidas por nosotros. El nivel del agua llegaba al lobby, pero la calle lateral es muy baja. No pudimos traer todas nuestras cosas, porque tuvimos que nadar, literalmente. El agua me llegaba al cuello. Gabriel ayudó a la niña chica, Luis a la grande. Mi padre tenía miedo de la electricidad, creyó que caería fulminado si tocaba un cable. El viento nos derribaba cuando llegamos a la camioneta. En medio del vendaval, llegamos a casa de Paco. Ahí se estaba bien, no había ninguna inundación en esa zona, las niñas se cambiaron, tomamos algo caliente en la cocina. Como a las dos de la tarde, los vientos arrieron. Paco no tiene anticiclónicas, y el agua empezó a meterse por debajo de la puerta. Decidimos subirnos a la planta alta. Ahí me di cuenta que, por los nervios, papá había olvidado sus medicinas en el hotel.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Ese día fue tenso y nos pasaron cosas raras. Por ejemplo, nos dijeron que había diez turistas atrapados en el Hyatt, y que el edificio se había caído. Establecimos contacto con la matriz en Estados Unidos, Hyatt localizó al constructor y éste aseguró que el edificio era seguro. No se puede colapsar, decían, se los garantizamos. Al final se supo que no eran turistas, eran empleados. Y que el techo sí se había colapsado.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

Por el teléfono, nos enteramos de cualquier cantidad de cosas. Creíamos que Isla Dorada había desaparecido, que se había caído el Hyatt.

**GERARDO TREVIÑO**, *industrial*

El hotel Hyatt Regency está situado en Punta Cancún, es un edificio cilíndrico de catorce pisos. Su lobby es espectacular, pues tiene la misma altura que el hotel, los catorce

niveles, y está techado por un gran domo de aluminio y cristal, como si fuera un invernadero. Hacia el lobby, en los pisos superiores, sobresalen algunas terrazas de las que cuelgan plantas y, en la planta baja, hay un restaurante que es de cristal, el Cilantro, con vista hacia el mar. El jueves vaciamos el hotel, mandamos a nuestros 200 y tantos huéspedes a un refugio en la ciudad, y se acordó que se quedaría una guardia de nueve personas a resguardar las instalaciones, entre ellas el jefe de seguridad, que ya había vivido el Gilberto. Instalamos nuestro cuartel en las oficinas administrativas que están detrás de recepción. El viernes nos dimos el lujo de ver el Wilma desde las ventanas de los pisos superiores. Como a las dos de la tarde ya estaba fuerte, filmamos las palmeras dobladas por el viento y la inundación de la calle. Tengo un video de una ola que se estrella contra el muro de contención, y con la fuerza del viento, el agua salpicó hasta donde estábamos, en el quinto piso. Eso nos persuadió de permanecer abajo. De vez en cuando oíamos quebrarse algún vidrio, pero nos sentíamos tranquilos, incluso algo decepcionados. Le pregunté al jefe de seguridad si eso era todo lo que iba a pasar. Sí, me dijo, estamos en la peor parte. Exactamente a las seis de la tarde con diez minutos, estando varios en el lobby, platicando, oímos un ruido muy fuerte en el techo. Con asombro nos percatamos que el domo se había despegado de uno de sus lados, el aire lo levantaba y volvía a caer, lo estrellaba contra su base. El jefe de seguridad ordenó que todos se metieran en las oficinas, pero él y yo, más el gerente de A y B, nos quedamos a unos metros de la puerta, en medio del lobby, viendo lo que pasaba. El domo se levantó dos o tres veces, cada vez que caía se oía un tronido. La última no aguantó, no sé si se dobló o se rompió, la cosa es que se colapsó, se vino hacia nosotros. Salimos corriendo, nuestro único pensamiento era sálvese quien pueda. El piso estaba mojado y yo me caí, mis dos compañeros me pasaron encima. El domo cayó rápido, pero no tan rápido, lo detuvieron un poco las terrazas, y me imagino, su misma forma. Logré llegar a la puerta, y en eso el domo se estrelló contra el piso del lobby, llevándose de paso al Cilantro, todo el techo y las paredes del restaurante, que eran de vidrio. El estruendo fue tremendo, no puedo describir el ruido, pensé que se estaba cayendo todo el edificio. Entramos en pánico, en shock, no sabíamos qué hacer. Estábamos seguros que se había caído una parte del hotel, tal vez un piso o varios, no sabíamos bien. Lo primero que se nos ocurrió fue pedir ayuda, llamamos por teléfono al corporativo de México, pedimos que nos vinieran a rescatar. Salimos como a los quince minutos, pero no podíamos pasar entre tanto fierro y cristal. Además, el impacto provocó que se rompieran los vidrios del Cilantro que daban al mar, y por ahí entraba una ráfaga impresionante de agua y de viento. Nos encerramos en las oficinas y ahí nos pasamos toda la noche, oyendo unos ruidos durísimos, temiendo que se cayera todo. Estábamos súper nerviosos, creíamos que el mar iba a socavar los cimientos, y que el edificio se colapsaría. Nadie durmió casi nada. En la mañana, como a las siete, con el viento a todo, fuimos a revisar los muros de contención que dan al mar. Ya desde el viernes se había roto una parte del muro de la terraza de la alberca, pero el sábado seguía más o menos igual. Eso nos tranquilizó, nos convenció de que el hotel iba a aguantar. Del corporativo nos dijeron que en el ojo nos fuéramos al Centro de Convenciones, que nos llevaríamos picos y

barretas para romper alguna entrada, y que nos refugiáramos ahí, pero eso no fue posible porque el ojo nunca llegó. Los vientos siempre estuvieron fuertes, no pudimos salir hasta el domingo. No recuerdo muy bien lo que dijimos cuando hablamos al corporativo, estábamos muy asustados. Tal vez exageramos y de ahí surgió el rumor de que se había caído el Hyatt.

**MOISÉS ESPINOSA**, *director de cuartos, hotel Hyatt Regency*

En el hotel, durante el huracán, se quedaron aquí 19 periodistas internacionales, a todos los instalamos juntos, en el sexto piso. Ya habían venido con el Emily, eran de la BBC, la ABC, Fox News, la CNN, los reporteros y sus camarógrafos. Todavía el sábado, durante el ojo, llegó una corresponsal, al parecer de Televisa. Ellos vivieron todo el huracán aquí y tal vez, sólo tal vez, reportaron que se había desplomado el muro de las terrazas. De ahí pudo surgir el rumor de que se había caído todo el hotel.

**GERMINAL GARCÍA**, *gerente de ventas J. W. Marriott*

En la emergencia, me llama por teléfono el vicealmirante Alberto Castro Ríos, jefe del Estado Mayor de la Marina. Nuestra base en Cozumel se cayó, me dice. Cómo que se cayó, me sorprende. Los vientos la tiraron, me cuenta, y lo peor es que ahí teníamos un destacamento, no sabemos nada de ellos. ¡Qué angustia! Pues sí, sí se había caído. Pero antes de que se cayera, cuando los vientos cimbraban el edificio, una mujer, una oficial de la Marina, rompió un vidrio que daba hacia la parte opuesta al vendaval, y amarró unas sábanas para escapar. Pasando por la ventana, los marinos descendieron a pulso, se amarraron a un árbol, y luego, haciendo una cadena humana, lograron cruzar la calle y refugiarse en un hotel. Así se salvaron. No sé si usted ha visto las fotografías, pero de la base no quedaron ni palitos.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

Yo venía de Corales, cuando empecé a ver columpiarse las torres de la Bonampak, las de alta tensión. Hasta se me salieron las lágrimas del terror que sentí

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

El Ayuntamiento tiene un gimnasio muy moderno, techado, con grandes espacios, baños amplios, vestidores, y hasta salones privados, el Kuxil Baxa'al. Los muros son impresionantes, con vigas de acero, se ve muy sólido. Es nuestra mejor instalación y ahí tenemos las oficinas de la Comisión Municipal del Deporte. Antes del Emily se acerca cono nosotros Hoteles Riu, andaban buscando un refugio. Viene Protección Civil, lo checa, da su visto bueno, y hacemos un convenio. Cuando Emily, llega el hotel con 2 mil turistas, y traen de todo: plantas de luz, bombas de agua, cocinas, enfermeras, doctores,

camaristas, y visten todo el gimnasio con camastros y colchonetas. Aquí se pasaron la noche sin problema. Cuando el Wilma, se vuelve a repetir todo el montaje, llegan el jueves, creyendo que iba a ser igual, sólo una noche. Pero el viernes la cosa seguía. Como a las doce del día, vemos que empieza a escurrir agua en una esquinita. Vimos un agujerito en una esquina, se veía la luz del otro lado, y el agua escurría por el muro. Oh, sorpresa, ahí nos damos cuenta que nuestro techo es de lámina. Reporté lo que pasaba y al rato llegó Protección Civil, llegó Samos, llegó Bomberos, llegó Chucho Cárdenas. Hicimos una junta con el responsable del hotel, Ángel Navarro. Por un rato discutimos si alguien se subía al techo para tratar de sujetarlo, pero era suicida, las ráfagas estaban terribles, y el agujero seguía creciendo, ya era como del tamaño de una ventana. Como a las dos y media se tomó la decisión de evacuar. Frente al gimnasio está el Colegio LaSalle, también habilitado como refugio. Fueron a checar y Protección Civil autorizó que cruzaran 700 personas. Entonces se decidió formar una cadena humana, como cincuenta policías y bomberos se amarraron con una cuerda, con los brazos cruzados para que el aire no los tumbara, y los turistas agarrados de los policías, avanzaban hasta cruzar la calle y meterse a la escuela. Ese operativo se llevó como dos horas. Cuando acabó, todavía teníamos mil 300 turistas y el hoyo del techo ya era del tamaño de una recámara. Samos sugirió checar la Casa de la Cultura, que está aledaña, pero el velador no nos quiso abrir. Hubo que romper la cadena, pero de nada sirvió, por el tipo de vidrios de las ventanas, eran muy frágiles. Entonces se llamó a Turicum y a Autocar, como a las cinco, para que mandaran camiones. Otra vez amarrados con cuerdas los turistas se fueron subiendo a los camiones, que los llevaron a otros refugios, creo que escuelas públicas que estaban en las regiones. Cuando terminamos, como a las ocho y media de la noche, más de la mitad del gimnasio estaba destechado. Y aún en esas condiciones la gente del hotel siguió haciendo mudanza para llevarse los equipos y las provisiones, para atender en lo más que pudieran a sus huéspedes. El gimnasio quedó totalmente destruido, el techo casi de desprendió, la duela se levantó, las instalaciones eléctricas quedaron expuestas. Si dejamos ahí a los turistas, hubiera sido una tragedia.

**AMADOR GUTIÉRREZ**, *coordinador municipal del Deporte*

El desalojo del Kuxil Baxa'al iba lentísimo. Entonces me doy la vuelta, veo que atrás hay un portón de acero, llamo a varios elementos, lo abrimos a pulso, contra el viento, que estaba en su apogeo, y lo amarramos contra el muro. Traemos entonces un autobús, amarramos dos sogas gruesas del autobús a la salida, y los turistas empiezan a salir, tapándose la cara con una almohada, con el agua a la cintura. Muy difícil, pero el autobús se va llenando. Yo dirijo la operación desde el quicio del portón y, cuando veo que ya no hay cupo, estiro el brazo para decir hasta aquí. En ese preciso instante se rompen las cuerdas que sostienen el portón, que se azota contra su marco, en donde está mi brazo. Fueron milésimas de segundos, ni tiempo de reaccionar. De milagro, en el vuelo, el pasador de fierro del portón se eleva y eso es lo que choca contra el muro, unos centímetros arriba de mi brazo. Si me pega, me lo amputa limpiecito, lo pierdo

de un tajo. Me quedé helado, lo único que se me ocurrió fue pensar, qué carajos estoy haciendo aquí.

**JESÚS CÁRDENAS**, *director municipal de Tránsito*

Hay refugios que nunca debieron ser autorizados. El gimnasio Kuxil, para empezar. Y los cines de Plaza Las Américas, que se quedaron sin techo. Eso fue dramático, a los turistas los bajaron al estacionamiento, y ahí tuvieron que dormir, en el suelo. Y cuando terminó el huracán, no había donde llevarlos.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles*

Nosotros no avalamos el Kuxin Baxa'al. Lo habíamos inspeccionado y sabíamos que no era seguro, nunca dimos el visto bueno. De alguna manera hubo un manejo político, se tomó la decisión a otro nivel. Pero la cosa se dio y había que enfrentar la emergencia.

**AMADOR FERNANDEZ**, *coordinador municipal de refugios*

Nos reportaron que había peligro de colapso del Kuxin Baxa'al. Se mandaron dos ambulancias, empezamos a evacuar, eran como dos mil turistas. Estábamos en eso cuando se cae un arbolote, y casi nos aplasta la ambulancia 6. Lo que apachurró fue una patrulla.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Cuando fuimos a Punta Sam, Alor grita, allá hay gente, están pidiendo ayuda. Ahí voy a ver y, cuando estoy subiendo, a menos de un metro, me cae un pedazo de techo. Luego, en pleno huracán, estoy ayudando a subir a una turista a un autobús, y apenas se cierra la puerta, se estrella junto a mí una luminaria, convertida en proyectil. Y cuando terminamos el desalojo del Kuxil, voy a buscar mi patrulla y me la encuentro aplastada, debajo de un árbol. Esos días tuve chance de preguntarme muchas veces, qué carajos estoy haciendo aquí.

**JESÚS CÁRDENAS**, *director municipal de Tránsito*

Alguien nos llamó dos o tres días antes, nos pidieron una cotización. Yo rentaba el teatro en mil pesos la hora para eventos y decidimos cobrar lo mismo. El jueves en la mañana ya estaban ahí, traían unos camiones, llenos de víveres. Llegaron con 300 turistas, más 50 del hotel, en total 350 personas. Frente al escenario sólo hay 224 butacas, así que no cabían, se sentaban en las escaleras, o en el escenario, lleno total, como si se hubiera vendido la función completa. El salón de junto tiene 450 metros cuadrados, pero con el Emily se desprendió parte del techo, que es de lámina, sabíamos que no era seguro. Oye, estamos muy incómodos, podemos usar el salón, me preguntaron. Les dije

que no era seguro, pero igual se metieron, estaban acostados en la alfombra. En la noche se empezó a levantar el techo, 60 ó 70 por ciento del techo se arrancó, me contaron que salían corriendo, se apretaban en el teatro, a oscuras, porque la planta tuvo un corto y se apagó. En la noche un gringo explotó, se puso muy violento, empezó a golpear al que estaba cerca. Dónde están los helicópteros, decía, por qué no nos vienen a rescatar.

**GERMÁN WALLS**, *propietario de El Forito*

La Asociación, de buena fe, nos aseguró que todos los hoteles tenían refugios, pero algunos hoteles no cumplieron, o tenían refugios que resultaban inadecuados para el número de huéspedes. En el Emily sucedió, hubo hoteles que metieron cuatro mil huéspedes en un refugio de dos mil personas.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Tuvimos ese problema, sobre todo con los nuevos socios y los no asociados. Tampoco voy a negar que hubo hoteles que abusaron de la capacidad de sus refugios y se trajeron a sus huéspedes de la Riviera Maya. Te hablo de Riu, en concreto. Es entendible, porque no tenían experiencia, pero tenemos que ser estrictos en el futuro.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles*

En pleno huracán, tuvimos que mover gente de refugio. Sobre todo en las escuelas, que no aguantaron. Hicimos más de cinco movimientos de ese tipo. Eso habla de que Protección Civil tiene que ser más estricto al autorizar un refugio y tomar en cuenta la ubicación, porque el problema era de inundación.

**ADRIÁN SAMOS MEDINA**, *comisionado de Policía*

No todas las escuelas están consideradas como refugios temporales. Pero los ciudadanos, en su desesperación, se metieron a escuelas que no estaban autorizadas. Fueron tres casos, producto de la mala información, de la confusión. Por eso se inundaron.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

### **Wilma aplasta Cozumel.**

*La pared occidental de Wilma está golpeando Cozumel con vientos sostenidos de 200 kilómetros por hora. El radar de Cancún muestra la zona de impacto y algunas bandas intensas de lluvia que afectan Cancún y el noreste de la península. Las lecturas de vientos de los aeropuertos de la zona no están disponibles, y dependemos de los caza huracanes para esa información. El último reporte, de las seis*

*de la mañana, no tiene señales de que la tormenta se esté debilitando. De continuar ese curso a su velocidad actual, seis kilómetros por hora, el gran ojo podría penetrar cerca de Cancún, provocando enorme devastación en una sección de 80 kilómetros de costa.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, OCTUBRE 21, 8:21 A.M., HORA DE CANCÚN.

Con Wilma vivimos algo nunca visto por la duración del fenómeno. El tiempo que pasó sin que se restableciera la energía nos pegó muy duro. El 30 por ciento de las 273 mil líneas se cayó. Una de las zonas que más me preocupó fue Cozumel. Toda la isla está conectada por radio, ahí no tenemos un enlace físico, sino a través de microondas. La estación está en la 2 Sur y tiene su espejo en Playa del Carmen. También hay cable de fibra óptica que nos presta la CFE en esos casos. La antena se cayó el primer día y entramos con la fibra. Pero se acabó el diesel de la planta de emergencia, se acabaron las baterías. Fue uno de los momentos más angustiantes, al ver que una central se nos caía por falta de gasolina. Significaba dejar una comunidad totalmente aislada. Jorge Caballero, el gerente local, tomó la decisión heroica de sacarle combustible a su vehículo particular para echar a andar la planta. Todo Cozumel estuvo un par de horas sin servicio.

**JOSÉ LUIS NÚÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

En realidad, el héroe de la película fue el velador, Mauro. Él se quedó al resguardo y vio como la antena que tenemos, de 35 metros, se caía sobre la casa de un vecino. Los transformadores de la CFE empezaron a tronar. En Cozumel tenemos tres centrales telefónicas y se fueron cayendo, una, dos, tres, hasta que nos quedamos sin servicio. Ahí el problema fue que la planta de luz falló, no entró en automático como estaba previsto. Mauro, por iniciativa propia, se metió a la sala de fuerza, alumbró el tablero de control y apretó el botón que le pareció adecuado. Por suerte le atinó, esa es la palabra precisa, y el servicio se restableció. Más tarde se empezó a llenar de agua la fosa de cables. Habíamos sellado el acceso con un murete de tabique, pero el agua lo derribó. Hubo que traer una cuadrilla para sacar agua con una motobomba, pero nos hacía falta gasolina. Sacamos la que pudimos de nuestros vehículos y empezamos a localizar a Seguridad Pública, que de alguna manera resolvió el problema. Gracias al esfuerzo de Mauro y de esa gente, Cozumel se quedó por un lapso muy corto sin servicio telefónico.

**JORGE CABALLERO**, *gerente comercial Telmex Cozumel*

Habíamos previsto problemas de comunicación, porque con Emily hubo un momento en el que perdimos contacto y no queríamos que nos volviera a suceder lo mismo. Previendo la caída de las antenas, incluso compramos celulares de otra compañía, para



tener dos opciones. Establecimos un enlace por radio entre el aeropuerto y Protección Civil, con una antena especial. Adquirimos equipos de radio y le enseñamos a todos nuestros ejecutivos a usarlos, cada quien tenía su aparato y su cargador de batería, para que nada fallara a la hora buena. Estábamos seguros de que esta vez la comunicación no sería el problema. A pesar de todo, el viernes por la tarde el aeropuerto quedó incomunicado.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

Fue como retroceder treinta años, no teníamos Internet, no teníamos teléfono, no nos podíamos comunicar con nadie. Era como si el mundo se hubiera paralizado.

**TERRI LINEX**, *mayorista (desde Dallas)*

Cruz Roja era la única que tenía teléfono y estaba dando servicio, porque el 066 sí estaba trabajando, pero estaba bloqueado. Ni nosotros nos podíamos comunicar con ellos, de tantas llamadas que hubo. No podíamos comunicarnos con nadie del Ayuntamiento, no tenía teléfono Bomberos, no tenía teléfonos Protección Civil, no había celulares. Ese fue un caos dentro del caos, porque hubo incomunicación.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Durante la contingencia misma, recibimos unas 3 mil llamadas telefónicas. De México, de España, de Estados Unidos, de la población local. Teníamos seis personas contestando los teléfonos, seis líneas que nunca dejaron de sonar. Lo único que podíamos darles era un mensaje tranquilizador, pues no teníamos información.

**AMADOR FERNÁNDEZ**, *coordinador municipal de refugios*

Éramos quince gentes en el equipo, ocho de ellos reporteros. La situación se fue complicando. El jueves nos quedamos sin luz, pero entró la planta. Marleni Magaña tuvo un desvanecimiento a las once de la noche, fue un momento de gran tensión. En la noche, cuando me quedé sin voz, Gaby Escamilla se hizo cargo. Me salí a dormir a la camioneta por el aire acondicionado, pero el otro aire, el de Wilma, la movía. El viernes fue un día de demasiada información. Pueden haber sido más de 100 entrevistas en toda la transmisión. Más que entrevistas, eran reportes, enlaces. El gobernador, los alcaldes, la secretaria de Turismo, Almaguer, los de Protección Civil. Ese día se nos fue muy rápido. Por la avalancha informativa, ni cuenta me di que no tenía voz. En la mañana empezamos a tener problemas con la señal, se nos empezó a ir. Éramos el único informativo a nivel estatal, ya se había caído la antena de Turquesa, quedábamos Radio Ayuntamiento y nosotros. Los técnicos me dicen por radio, la antena se está pandeando, se está torciendo. Desde hacía rato yo decía al micrófono, en cualquier momento

nos vamos a salir del aire, auditorio. Eran las cuatro o cinco de la tarde, llevábamos más de 24 horas de transmisión. Yo sigo hablando, le digo a la gente que permaneciera en sus casas, que se protegieran, les sigo diciendo, hasta que alguien entra y me dice, es inútil, David, ya nadie te oye, la antena se cayó.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*

De pronto Radio Ayuntamiento se convirtió en el único vínculo con la comunidad. La antena nunca se cayó, pero no teníamos suficiente combustible para la planta. Decidimos transmitir por periodos, quince minutos cada hora. Cortábamos por dos razones, para ahorrar gasolina y para que la gente no se acabara sus pilas. Un buen amigo nos prestó su ancho de banda por Internet, y eso nos permitió que se enlazara con nosotros todo el mundo. Empezamos a dar informes a Canadá, España, Panamá, Sonora, Monterrey. Nos enlazamos con Zabludowsky, con Pepe Cárdenas, y estábamos dando información de primera mano. Teníamos aquí a Protección Civil, que se enchufaba con su computadora y le explicaba a la gente cómo venía el huracán. Estábamos en comunicación telefónica con el alcalde, Protección Civil, la Cruz Roja, bomberos. Cuando las otras estaciones caen, todo empezó a recaer en Radio Ayuntamiento.

**ITZIA RUIZ**, *directora de Radio Ayuntamiento*

Cuando se cayó la antena sentí desesperación. Desde dónde voy a transmitir, es lo primero que pienso. Junté al equipo, les dije que se fueran a sus casas, creí que iban a ser unas horas, que todo pasaría rápido. En eso estaba cuando me habla el gobernador. Ya no estás al aire, me pregunta. No, se cayó la antena. David, me dice, no me dejes incomunicado Cancún. Félix, yo ya no puedo, sólo que le hable a Alor, pedirle que me dé chance en Radio Ayuntamiento. Háblale, yo le hablo también, me dice. Así que le hablo a Alor y me dice, vente para acá inmediatamente, ve a Itzia. Yo pensé que en Radio Ayuntamiento iba a continuar con mi transmisión, aunque me parecía una situación increíble. Hay que señalarlo, la antena más frágil de Cancún fue la que más resistió. Es una antena hechiza, amarrada con alambritos, y la nuestra es una antena muy moderna que quedó hecha un amasijo de fierro. Cuando llego a Palacio, en un rincón, mojado, solo y desolado, encuentro a Javier Alatorre. Qué pasó, me dice. Se cayó mi antena, voy a transmitir desde aquí. Si quieres te acompaño, dice, y se viene conmigo. La recepción de la gente de Radio Ayuntamiento fue inesperada. Yo había hablado con Alor, traía todo mi equipo, pero la recepción fue hostil. El celo natural de cada medio y de cada periodista. Es la primera vez que me encuentro con Itzia, no la conocía. De entrada nos dicen, no hay micrófono para los dos. Javier dice, yo me voy, no hay problema. No, pérate, le digo, usamos el mismo. Empezamos a ubicar a los alcaldes. Localicé a Gustavo Ortega, que estaba encerrado, no sabía cómo estaba la isla. Localicé a Felix González, lo entrevistamos Alatorre y yo, y ahí es cuando Félix dice, y ahí es cuando entiendo porqué no quería que dejara incomunicado a Cancún, ahí declara que el huracán va

directo a Cancún, que va muy lento, que se puede estacionar, que va a ser muy largo. Ahí es cuando oficialmente, digamos, las autoridades dicen a dónde va el huracán, y a mí me queda claro que el gobernador, en persona, se lo quería decir a Cancún.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*

De origen, yo soy actriz de doblaje, hago voces para niños. En una de esas pensamos, por qué no les dedicamos una hora a los niños. Yo hago la voz de Daniel el Travieso, y otros compañeros encarnan dos personajes, un perro llamado Trapito y Abejita. La idea era transmitirles tranquilidad a los niños, en su lenguaje. Pues David Romero nos oye y le llama al presidente municipal, que cómo era posible que yo hiciera eso, que era una babosada. No lo era. A mis colaboradores desde el principio les dije, lo que tenemos que darle a la gente es tranquilidad. Mis palabras textuales fueron, jodidos ya estamos, el huracán está arriba de nosotros. Hay que darles certeza y seguridad, la gente depende de nosotros. El que no se sienta sereno, el que no esté calmado, ni contesta el teléfono, ni sale al aire. Pero me habla el presidente y me dice, ábrele los micrófonos a David Romero. Claro que lo hice, era una orden. Llegó con Javier Alatorre e hicimos una mesa redonda. El problema del señor es que no deja hablar a nadie, a todos interrumpe, sólo él tiene la verdad. Hasta Alatorre se molestó. Y cuando acabó de hablar se fue, ni se despidió, todavía estoy esperando que venga a despedirse.

**ITZIA RUIZ**, *directora de Radio Ayuntamiento*

Después de la entrevista, entiendo que soy una persona non grata en Radio Ayuntamiento. Yo quería seguir, pero los dueños de la casa tenían otra visión y ponían música. Los criterios de cómo informar eran diferentes, ellos tenían un criterio musical y yo tenía un criterio periodístico. Entendí que no tenía nada que hacer ahí, ponían música, y música, y música. Después lo dije, no me parece responsable que en los momentos críticos de Wilma pusieran música. Ahora me parece que fue un criterio más del alcalde que de los directivos de la estación, un intento por ocultar que miles de personas estaban participando en los saqueos. En ese sentido, hubo un intento deliberado de ocultar información, por instrucciones directas de Francisco Alor.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*

David Romero criticó mucho esa parte, y sin embargo, eso fue lo que nos valió el Premio Nacional de Periodismo. Nos lo dio un jurado formado por periodistas de verdad, a quienes respeto y admiro, como Pepe Cárdenas y Sergio Aguayo. Y lo que más les enterneció, me lo dijeron, es que le hubiéramos dedicado tiempo a una parte tan vulnerable de la población, a los niños.

**ITZIA RUIZ**, *directora de Radio Ayuntamiento*

El viernes, como a las cinco treinta o seis, que estaba la lluvia y los vientos muy fuertes, mi hijo Eduardo tenía mucha fiebre y me atreví a salir en busca de ayuda. Vi una patrulla y le hice señas. Y pararon. Les expliqué la situación, les dije que si me podían llevar a la Cruz Roja. Muy buena onda, me subieron a la camioneta y me llevaron, como dice el dicho, contra vientos y lluvias. La camioneta se tambaleaba y se movía mucho por tanto viento. Así llegamos a la Cruz Roja, pero no paró ahí su gesto tan amable. Me comentaron que se tenían que retirar porque los estaban llamando para otro operativo y que yo tenía que ver como irme. Les contesté que no se preocuparan, que bastante habían hecho con traerme y se retiraron. Me atendió muy amablemente el doctor de la Cruz Roja, que también quiero darle las gracias. No habían pasado cinco minutos y regresaron los de la patrulla, tres hombres y una mujer, y me comentaron que mejor me esperaban para regresarme nuevamente a mi casa, sanos y salvos. Gracias a la intervención de ellos, puedo contar esta historia real durante el huracán Wilma. Que Dios los bendiga.

**FÁTIMA NÚÑEZ BOJÓRQUEZ**, *madre de familia*

En una junta del Comité Médico, que está compuesto por los directores de hospitales privados y oficiales, ahí el doctor Rosado, secretario de Salud, al aire, en la radio, dijo abiertamente, todas las señoras que estén embarazadas, a término, váyanse a los hospitales, a cualquier hospital, existe ya un convenio con todos los hospitales. Esto es un huracán, aquí no es si tienes para pagar. En una emergencia de esta magnitud, todos los hospitales deben recibir a todo tipo de personas y atenderlas. No necesitas ni ser derechohabiente, ni tener dinero para pagar. Yo lo repito a la mañana siguiente, en TVCun, vayan al hospital, va a ser muy difícil ir por ustedes a la hora del huracán, no vamos a poder salir, los vientos vienen muy fuertes. ¿Y por qué insistimos mucho en las embarazadas? Porque Emily nos lo enseñó: siempre que tienes un huracán, se adelantan los partos.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Nosotros esperábamos el parto hasta el 28 de noviembre, pero en el hospital nos explicaron que, debido a la presión atmosférica, los niños se adelantan. Yo le decía a mi mujer, vete a acostar, estate tranquila. Ella estaba calmada por el huracán, pero estaba incómoda. Yo me regresé a ver lo que pasaba afuera, vivimos frente al Hospital General. La última ambulancia llegó como a esa hora, entre el aire y las cosas que volaban. Como a eso de las cuatro de la mañana, el agua ya se nos había metido como 50 centímetros, entrando por la lonchería y llegando hasta la recámara. La casa está 70 centímetros sobre el nivel de la calle, así que ahí había más de un metro de agua. Como la cama se inundó, mi mujer se pasó a dormir a la hamaca. Yo le decía, no te preocupes, cuando pase el huracán vamos al hospital, a ver qué tienes. Yo calculaba que como a las cinco o seis todo habría pasado, así que a esa hora volví a asomarme. Abrí el portón y estaba muy oscuro, pero se alcanzaban a ver jitomates, chiles habaneros, sabritas, cebollas y un

montón de basura flotando, que se había salido de las tienditas de la calle. Con la linterna alumbraba hacia el hospital y vi a Odette, la secretaria del director, en su oficina. Comencé a hacerle señales con la luz, a señas le indiqué que la panzona de mi mujer estaba lista. Al fin me entendió, cuando ya estábamos por cruzar la calle, con el agua hasta el pecho. Entramos por la puerta lateral y pasamos hasta un cuartito, donde había tres embarazadas, caminando para acelerar el trabajo de parto. La jefa de ginecología me indicó que mi mujer se aliviaría hasta la tarde, que no me preocupara. Como yo conozco a la gente que trabaja allá, me di una vuelta por dentro y vi que había mucha emergencia, que los doctores caminaban con bolsas en los pies y otros sin zapatos, con los pantalones arremangados, entre las partes inundadas. Nadie había comido. Así que decidí ir a la casa, a la lonchería, a hacer sándwiches para repartir a la gente. Anduve por todos lados ofreciendo comida y todos la aceptaban. En eso estaba, dándole a unas mujeres que habían dado a luz, cuando la doctora me dijo, tu mujer ya parió. Cómo, no que hasta en la tarde. Pero mi hijo, David, había nacido de parto natural y en perfecto estado de salud. Yo estaba muy contento y le dije a los doctores, no voy a dar puros, pero ahora traigo más tortas para repartir. Y como también tengo una tienda de ropa al lado, ellos me decían, bromeando, también tráenos unas chanclas y camisetas. Y todos nos reíamos.

**DAVID NAVARRO**, *comerciante*

Vimos una gente a lo lejos que se venía acercando, una silueta gris que avanzaba penosamente en la calle inundada. Resultó ser una mujer que venía en trabajo de parto. Se le atendió y se le exentó, no se le cobró.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

Como a las nueve de la noche mi esposa, Kitzai, comenzó a sangrar. Faltaban cinco días para que se le vencieran los nueve meses de embarazo. Llamé a la Cruz Roja y les dije, está muy nerviosa, no siente mucho dolor, pero empezó a tener sangrado hace un rato. Me preguntaron si había perdido el conocimiento, si estaba consciente, si tenía fiebre. Les contesté que estaba bien, pero ella lloraba, y le juro, sólo recordar ese momento me dan ganas de llorar. Por un momento pensamos que el niño iba a nacer acá. El de la Cruz Roja me pidió que me tranquilizara, que debido a la presión del aire los partos se adelantan. Me pidió la dirección, explicando que no iba a mandar una ambulancia, porque el aire estaba muy fuerte, que esperara una camioneta de valores para recogerlos en el momento en que fuera posible, que saliera a la avenida, ya que estamos a dos calles de la López Portillo, y que los esperara, para que fuera más rápido. Trataba de estar tranquilo, pero no quería dejarla. Yo estaba más preocupado que nada, así que me salí a buscar la ambulancia y me encontré con una patrulla de seguridad pública. Me dijeron, qué busca, no debe estar en la calle, es peligroso. Les expliqué y me acompañaron hasta la avenida. Yo sentía como si el tiempo no pasara, hasta que como a las

once la camioneta llegó. Los policías me dijeron que había llegado rápido, pero yo sentí una eternidad. Fuimos a la casa, y luego al hospital. Yo iba adelante, con el conductor del vehículo. Veía cosas salir volando de las azoteas, un rin de auto rodando en la calle, mangueras y tuberías de plástico. Finalmente llegamos al Seguro de la Kabah, ahí fue mi peor experiencia. Mi esposa ingresó por el área de urgencias. Yo me quedé en la sala de espera, sin saber nada. Preguntaba si ya había nacido y no me decían nada. Por fin, como a las tres de la madrugada, me avisaron que estaban bien los dos. Quería ver a mi esposa y no me dejaban, me decían que me esperara en la ventanilla. Se fue la luz. La sala de espera estaba llena de mujeres listas para dar a luz, cada vez llegaban más mujeres y los asientos se fueron acabando. Me senté en el piso a esperar. Ya era sábado, y no había nada de alimentos ni agua en las maquinas del Seguro. Llovía mucho esa noche y el agua se empezó a meter y escurría por las paredes. Entonces salió una enfermera y así como son las del Seguro, nos pidió que ayudáramos a sacar el agua y nos repartió unos jaladores viejos y unos mechudos que no servían. Yo le dije, oiga, y a qué hora voy a poder ver a mi esposa. En cuanto se pueda, respondió. Todavía le dije, oiga, si estamos aquí apoyando, apóyeme usted también y déjeme ver a mi esposa. Me contestó que sí, pero nada. El domingo, imagínese, sin agua en los baños, sin comida, con sed, la necesidad me obligó a salir. Dije, voy a mi casa y eché a andar por la López. Todo tirado, el Chedraui lo estaban saqueando, la gente estaba violenta y decidí volver al hospital, un poco asustado. Una persona me dijo, allá afuera están saqueando el Oxxo, está la policía, pero ve a ver si te regalan algo. Salí de nuevo, vi cómo estaban rompiendo el Banco Santander. Un policía estaba resguardando el Oxxo, me acerqué y le dije, oiga, me regala un jugo, mi esposa dio a luz, está en el hospital y allá no hay de nada de tomar. Me respondió, agárralo, pero pélate, porque si llega mi comandante y me ordena golpear, yo voy a golpear. Él traía un tubo y la gente se llevaba las cosas en costales. Regresé al hospital, me dijeron que me entregarían a mi esposa a las cinco de la tarde. Me fui para mi casa, a buscar a un señor que me ayudara a recogerla en coche. Cuando regresé al Seguro, después de como dos horas, me dijeron que se la habían llevado en un carro de Protección Civil. Por fin llegó en la noche. Los dos bien, gracias a Dios. Mi hijo se llama Jethvan, ella le puso así porque es Testigo de Jehová, aunque yo no estoy de acuerdo.

**SANTIAGO LÓPEZ**, *empleado*

Un señor habló varias veces. Su mujer estaba embarazada, había ido al hospital para que la checaran y lo regresaron. Me dijo, yo lo escuché a usted en la radio. Era verdad, yo había dicho en la radio que fueran al hospital. Yo le hice caso, pero nos regresaron, decía, este es mi segundo hijo y el primero fue cesárea, qué hago, se me va a morir. No tuve más remedio que mandarles una unidad de Cometra, que con mil penas pudo llegar y llevarlos al hospital.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

En la madrugada nos habla un señor y nos refiere que su mujer está en trabajo de parto. Estaba enojado, aparte de nervioso, porque él había oído en la radio que las mujeres que estaban a término debían ir a un hospital y él llevó a la suya, pero en el hospital le dijeron, regrésese a su casa, todavía le falta. Total, le digo que lo vamos a apoyar vía telefónica para que él atienda el parto. La señora tenía contracciones, pero no dilataba lo suficiente, es una cuestión anatómica, les sucede a algunas mujeres. En esos casos lo recomendable es la cesárea, pero nosotros no le creímos, se lo atribuimos a los nervios del señor, era el primer embarazo y el primer bebé, así que le decíamos tenga paciencia, sea más tolerante, tarde o temprano va a salir. Nada, pasan las horas y el señor nos sigue llamando, y entonces nos damos cuenta que el señor tiene razón, que es un parto de alto riesgo. Nos vamos al arriesgue, el director autoriza que en pleno huracán salga una ambulancia. Tuvimos suerte, los socorristas encontraron la casa y pudimos llevar a la pareja al Hospital General, donde la señora dio a luz por vía quirúrgica, o sea, por cesárea. En la contingencia atendimos 50 y tantos partos por vía telefónica.

**ANTONIO PERDIGÓN**, *socorrista de la Cruz Roja*

A los nueve meses del Wilma, vimos un incremento en el número de nacimientos, de un 25 o 30 por ciento. Eso fue exactamente a los nueve meses del huracán. Es lógico, estás tres o cuatro noches a oscuras, sin nada que hacer, pues buscas alguna distracción. Además, como me dijo una paciente, no podíamos ir a comprar la inyección.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

El 22, a las dos de la tarde, recibimos un reporte de una explosión en Playa del Carmen, un tanque de gas, con varios lesionados por quemadura, incluyendo a tres menores, todos graves. Yo estaba haciendo un recorrido a esas horas, regresando de la Donceles, cuando me avisan por radio. La Cruz Roja de Playa no tenía el equipo necesario. Salí a ese servicio. Adelantito de la Kabah se había caído un poste, se bajaron los socorristas y los aventaba el aire. Justo cruzando el aeropuerto, más postes y árboles caídos. Yo acostumbro manejar relajado, nunca voy a dos manos, pero ahora me aferraba con fuerza al volante. Traíamos los cinturones y los cascos puestos, el aire sacudía la ambulancia. A la altura de Puerto Morelos, el aire se llevó un Volkswagen vacío. En serio, el viento arrastró el coche. Ahí tome la decisión de regresarme. Al darle la vuelta a la ambulancia fue donde sentí más feo, creí que el aire nos volteaba. De ida pisaba el freno y la ambulancia se seguía. De regreso lo traíamos de frente, nos zangoloteaba terrible. Te confieso que me puse a rezar. La ambulancia pesa tres toneladas y media.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Unos heridos llegaron referidos de Playa del Carmen. Les explotó un tanque de gas, dos fallecieron y los otros veían muy quemados, con lesiones en el 70 u 80 por ciento

de la superficie del cuerpo. Los mantuvimos entubados, con su plasma, tratamiento de sostén, lavados mecánicos, líquidos y soluciones. Hicimos contacto incluso con el Centro de Galveston, reconocido a nivel mundial. Al final se fueron a PEMEX, al Centro de Atención de Pacientes Quemados, y también se manejaron con éxito.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

☪ **Wilma, estacionario.**

*Durante los siguientes dos días, Wilma vagará errática sobre Yucatán o justo afuera de la costa. Eso expondrá a las estructuras costeras a un periodo muy largo de vientos huracanados, creando más destrucción que el Categoría 4, Emily, este mismo año, e incluso que el Categoría 5, Gilberto, en 1988.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, OCTUBRE 21, 9:17 A.M., HORA DE CANCÚN.

Durante días lo vimos avanzar, pero de repente se detuvo, justo sobre Cancún. Era horroroso, no se movía ni un milímetro. No recuerdo haber dormido esos dos días.

**TERRI LINEX**, *mayorista (desde Dallas)*

Me quedé en la casa, en la laguna, con mi esposa Trudy, y la perrita, Greta. La verdad, estábamos mal preparados. Compramos cortinas europeas, de esas que se corren, pero nunca pudimos ponerlas bien. Una ventana triangular, pequeña, se rompió, por ahí entró una fuerte ráfaga y volaron muchos ventanales. Por esa ventanita entró todo el viento del mundo y la casa explotó, literalmente.

**RUDOLF BITTORE**, *cónsul honorario de Alemania*

Ana y yo estábamos en Mérida el martes, cuando se dio la alarma. Regresamos de inmediato, pero apenas pudimos colocar unas tablas, muy por encimita. Volaron con las primeras ráfagas y voló también el tragaluz central, por donde caía agua como una cascata. Dimos la pelea por horas, pero no había manera, ya era peligroso seguir ahí. Con todo dolor, tuvimos que abandonar la casa.

**ALONSO MILLET**, *comerciante*

El viernes, cuando estaba a todo, llegaron los Millet, Ana y Alonso, con sus invitados, Valeria Losa y Rafa Lang. Venían histéricos, muertos de cansancio, en shock. En su casa se había volado el domo, y llevaban horas sacando agua. No se habían preparado bien, habían tapiado las ventanas de última hora, y no todas. Muertos de cansancio, se



quedaron dormidos, fulminados. A esa hora, los tapiales de nuestras ventanas, que se suponían un trabajo de primera, empezaron a ceder y se voló la primera ventana, en el cuarto de atrás. Ahí decidimos arrimar muebles y colchones a los vidrios.

**FRANCISCO GARZA**, *industrial*

En el balcón de mi recámara, entre el muro y el cancel, se empezó a formar una alberca. El agua se metía por debajo de la puerta, pero en serio. Nos dividimos la chamba, unos trapeaban, con toallas, otros bajaban baldes. La basura había tapado el caño, pero no había manera de salir a destaparlo.

**GERARDO TREVIÑO**, *industrial*

El viento arrancó la antena parabólica, pero quedó sujeta por un cable, y se daba contra todo en la azotea. En una de esas, rompió el domo de la recámara de atrás y por ahí se vino una cascada de agua. Unos adelante, otros atrás, nos pasamos horas trapeando con toallas. Me tomé la molestia de contar las cubetas que bajamos, como de veinte litros, y creo que exprimimos unos 700 litros de agua.

**FRANCISCO GARZA**, *industrial*

Durante horas sacamos el agua a cubetazos. Era asombrosa la cantidad que se metía por todos lados, por el techo, por las ventanas, por las puertas. Hubo un momento en que nos rendimos, que se inunde la casa, dijimos, vámonos a dormir.

**LUIS ARCE**, *empresario*

Cuando bajamos a ver cómo iba el agua en la planta baja, casi me voy de espaldas, había como 70 centímetros. Entonces Fer decidió bajar y salvar lo que aún se pudiera. Se metió en el agua negra, con sus bermudas y su playera, y yo me quedé en la escalera esperando sus viajes. Toda clase de objetos flotaban a su alrededor, las mesas de centro y lateral, platos, contenedores de plástico, botellas de limpiadores y condimentos, ollas y sartenes, la mesa del comedor y las sillas. Él se concentró en lo que aún estaba seco.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Tengo tres cortinas anticiclónicas, tapié mi casa con postes de 4 pulgadas y triplay de nueve milímetros. Con esa armadura hubiera soportado el viento, pero no el mar. El mar se metió a la sala con todo y cortinas anticiclónicas. Yo, por la ventana de arriba, veía pasar un río que unía la laguna con el mar.

**OCTAVIO LAVALLE**, *constructor*

Como a las tres bajé a ver cómo iba el agua, seguía subiendo. Una hora más tarde, más más arriba. Había como un metro y entonces vi algo que me heló la sangre, el refrigerador estaba flotando boca arriba y eso me hizo reconocer la magnitud de la crisis. Asustada de la velocidad con que subía el nivel, alrededor de 20 centímetros por hora, volví a despertar a Fernando, que también se alarmó. Decidimos pedir ayuda. Decidimos hablar a los servicios de emergencia a ver si acaso venían por nosotros, aunque un par de horas antes, el Gobernador había ordenado que los rescatistas se mantuvieran en resguardo, para no poner en peligro sus vidas. Había dicho que sólo se atenderían verdaderas emergencias, ¿sería ésta una?

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Volaron los domos y la casa se inundó, entraron chorros de agua por el techo. Pero todo lo demás quedó intacto. Aparte de eso, no te das cuenta de lo que está pasando afuera. Las cortinas anticiclónicas son una maravilla.

**MECHE COLE**, *coordinadora de damas voluntarias, Cruz Roja Cancún*

Lo primero que se colapsó fue el domo de cristal. Luego, como la casa está frente al mar, el agua se metió a la planta baja e hizo muchos daños. Nunca me sentí en peligro, sabía que la estructura aguantaba y que había una bodega de blancos sin ventanas, mi último refugio. Pero no quería estar encerrado. Así que agarré algunas latas de atún y de plano me instalé en el baño.

**EDUARDO ALBOR**, *director de Dolphin Discovery*

Primero se voló el domo del techo y se hizo una especie de vacío. Las ventanas se cayeron hacia afuera, dos de atrás y una de adelante, con lo cual se hizo un túnel de viento. Nos metimos a la recámara de mi hija y nos pasamos toda la noche deteniendo la puerta, la atrancamos con una cómoda pesadísima. Cuando ya no pudimos más, nos metimos al baño. Desde ahí oímos cómo se desplomaban las bardas del jardín.

**CARLOS MORENO**, *empresario*

Todas las oficinas de Palacio explotaron, menos Radio Ayuntamiento. La última fue la del síndico. Pero cuando digo que explotaron es literal, saltaron en pedazos. Tal vez por el falso plafón se hizo un vacío, o algo así, pero explotaban.

**ITZIA RUIZ**, *directora de Radio Ayuntamiento*

Me quedé en la recámara, cuando súbitamente un chorro, como el de una manguera a presión, comenzó a entrar por la aberturita de un centímetro de la ventana que da al

mar. Me quedé muda. Lo que se me ocurrió fue poner ropa, un cerro de toallas y playeras apiñadas en la abertura. Cuando Fer regresó de abajo me encontró trapeando, era la forma en la que podía moverme, pues estaba medio paralizada de miedo. Me preguntó si ya estaba entrando agua en nuestro cuartel. Yo no podía hablar, así que solo afirmé con la cabeza. Preguntó, por qué tantas toallas, y procedió a quitarlas para ver lo qué pasaba. Al moverlas, le brincó el chorro y se alarmó. Pensó que era agua que se había acumulado en el riel de la ventana y entonces la abrió, para que desaguara. Lo que pasó entonces fue que entró un verdadero géiser a todo lo ancho de la ventana. Era un espectáculo curioso y espeluznante. Él estaba asustado, no sabía que hacer. Si cerraba, el chorro se hacía mas pequeño, pero con mas presión. Como traía un desarmador y un martillo, abrió un poco y en medio de la fuente, comenzó a martillar frenéticamente, tratando de romper la cornisa de la ventana. El agua entraba, ahora sí, a mares. Él empujaba la madera para obligar al agua a irse, pero no se iba, entraba más. Finalmente, agotado, se detuvo, y fue entonces que nos dimos cuenta que esa agua era empujada por la presión de la pared del ojo del huracán y la dirección del viento.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

El hotel tuvo pocos daños. Está en un predio alto, su posición es perpendicular al mar y los vidrios son pequeños y reforzados, de 9 milímetros. En algunas suites se rompieron, pero a medio huracán colocamos maderas por dentro, para reforzarlos. Se quebró también la puerta giratoria del lobby y hubo que reforzarla, por temor a que el viento tirara el candelabro central. Aparte de eso, la cisterna sufrió una fisura y el viento destrozó el pasillo del salón de fiestas, más que nada daños cosméticos. Obviamente es un edificio bien construido, lo hizo el propietario, Ramón Marcos. Lo que no pudimos evitar fue que el agua se metiera por todos lados.

**JEAN PIERRE SORIN**, *director del hotel Meridién*.

El agua inundó el patio de Palacio y las ratas empezaron a salir. De lo más descaradas, ni se escondían. Se metieron por atrás, en una cabina que no tenía ventana. Ahí dejamos la comida pensando, aquí no se moja, aquí no se nos inunda, pero las ratas se comieron nuestra comida. Empezamos a racionar la comida, a una lata de atún por día y algo de agua. No pensábamos que fuera a durar tanto.

**ITZIA RUIZ**, *directora de Radio Ayuntamiento*

Es desesperante no tener información: no hay luz, no hay tele, no hay teléfono, no hay Internet, sólo hay una estación y no está claro lo que está pasando o va a pasar. Ya se soltaron grueso el aire y la lluvia. Yo mejor me duermo arriba, por si se desborda la alberca/cenote. ¡Oh!, la mitad del cuarto de Sebastián ya está inundada, y la sala abierta de arriba está totalmente inundada, y está a un tris de que el agua baje por la escalera.

Cubetas, jergas, jaladores, manos a la obra. Esto es una historia sin fin, lo que sacamos de agua vuelve a entrar en un dos por tres. A mí ya me vale gorro, no estamos logrando nada. ¿Y si ponemos unas tablas? ¡Pero el viento está durísimo y te vas a empapar! Necesitamos más jergas, el agua se está metiendo por los marcos de las ventanas. Voy a poner una tabla por afuera de la ventana. Uuups, ya se voló la tabla. ¿Qué fue ese ruido en el techo? Es la antena de Sky, de un lado para el otro. Está entrando agua por el ducto del aire acondicionado y también por el tragaluz. Ya me voy a acostar, estoy súper cansada. No vamos a dormir nada.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Tan desesperante como no tener información es tener información, y no poder hacer nada. Yo estaba con el gobernador en España cuando se dio la alarma, pero no pude tomar una conexión adecuada, porque me habían robado el portafolio con todo y pasaporte. Tuve que ir a Barcelona, donde perdí medio día. La cuestión es que aterricé en Ciudad de México el 20, cuando estaban cerrando al tráfico los aeropuertos de toda la zona, sobre todo Cancún y Mérida. Logré documentar en un vuelo a Chetumal, pero ya cuando estábamos por salir lo cancelaron, tampoco se podía descartar que Wilma pegará ahí. Me pasé casi 24 horas en el aeropuerto, buscando la manera de llegar. Al mismo tiempo, estaba en contacto con mi esposa y mis hijos, que se hallaban en Cancún. Por Internet y por teléfono estaba enterado de que el huracán venía muy fuerte y muy lento, les daba toda clase de instrucciones, les prevenía, no hagan esto, cuiden esto otro, pero sentía una impotencia total. El viernes en la noche logré tomar un vuelo a Campeche. Llegué como a las diez de la noche y una camioneta de mi oficina me recogió cerca de las tres de la mañana. Estaba lloviendo en toda la península, no dejó de llover hasta que llegamos a Chetumal, como a las siete de la mañana. Me fui directo a la oficina del gobernador, de donde no salimos hasta el domingo.

**JORGE ACEVEDO**, *vocero del Gobierno del Estado*

El viernes, desde Mérida, volé a Nueva York. Perdí todo el día en escalas y, cuando llegué al hotel, corrí a la televisión a ver qué había pasado. Cuando logré sintonizar Televisa, López Dóriga estaba diciendo, literal, esto fue lo que pasó en Cancún, ahora vamos a Playa del Carmen. Vi el reporte de Playa, que no era tan grave, pero me perdí todo lo de Cancún. Al rato López Dóriga dice, hoy es viernes, día de las mangas del chaleco, pero después de la tragedia de Cancún, hoy no estamos para mangas. Me quedé sin habla.

**PATRICIA LÓPEZ MANCERA**, *directora de relaciones públicas de la OVC*

## CRÓNICA DEL OJO INMÓVIL

---

**L**a noticia de que Wilma todavía no empezaba tuvo un efecto demoledor en nuestro ánimo. Si faltaban doce horas para que llegara, tal vez pasarían otras doce para que se fuera, otro día completo en prisión, incomunicados, aburridos, inútiles, en fin, la chocante posibilidad de una renovada eternidad en el limbo.

Pero las malas noticias del día no habían terminado.

Como a las siete, cuando se iniciaba la segunda noche, Palacios nos informó que el Isla Mujeres no era refugio seguro, que enfrentábamos un riesgo dual: que se inundara, por abajo; o que se cayera el plafón, desde arriba.

Ambas calamidades tenían un origen común: el agua. Cayendo por muchas horas, la lluvia terminó por inundar las numerosas terrazas exteriores del inmueble, que más que terrazas son azoteas en desnivel, rodeadas de muretes perimetrales, que desaguan por gravedad. Los desechos y los escombros terminaron por tapar las coladeras, y el agua, que en la mañana tenía unas pulgadas de fondo, había subido hasta medio metro en esas represas causales, formando albercas tan vistosas como fuera de lugar.

El problema fue que cada terraza tenía una puerta de acceso, y el agua empezó a colarse por la ranura inferior, lenta pero incontenible, formando arroyos que empezaron por empapar las alfombras, pero terminaron por trasladar las albercas a los salones interiores. El pasillo frontal donde comíamos, por ejemplo, ya se veía amenazado por un charco que avanzaba

Al mismo tiempo, era probable que la lluvia hubiese saturado los ductos de aire acondicionado o el sistema eléctrico, pues el agua había llegado a los entresijos, y, en numerosos salones, las goteras eran abundantes.

Linterna en mano, efectuamos un rápido recorrido. El salón *Cozumel*, contiguo al *Isla Mujeres*, tenía un aspecto lamentable. El techo tenía tantas filtraciones que caía una lluvia pertinaz, parte de la cual, según Javier, podía provenir del *Gran Cancún*, a esas alturas rebosante de líquido. El chubasco se concentraba en la parte central del *Cozumel*, pero todo el piso compartía el mismo plafón, así que no había garantía de que la llovizna no iba a alcanzar el *Isla Mujeres*.

Que te llueva es lo de menos, apuntó Javier, el plafón puede reblandecerse y venirse abajo.

No había más alternativa que el bunker, las sombrías oficinas de mantenimiento, situadas en el cubo de concreto de los montacargas, sin una sola ventana exterior. Hasta allá nos fuimos los diecinueve, cargando camastros los hombres, arrastrando maletas las mujeres, en mudanza de muchas vueltas, sacando cuanto llevábamos de la zona que estaba en riesgo de inminente inundación.

Ni qué decirlo, el bunker tenía un problema de espacio.

El lugar consistía en un estrecho salón, apenas más ancho que un corredor, con tres cubículos minúsculos, que hacían las veces de privados. Javier nos mandó al del fondo, donde pegamos el escritorio a la pared y colocamos los cojines en el suelo, con lo cual quedó totalmente lleno: para abrir la puerta, tenías que levantar una parte de la cama.

En la oficina propiamente dicha, los camastros se alinearon sin espacios divisorios, uno pegado al otro, y hubo que olvidar la división de hombres por un lado, mujeres por el otro. Más bien se agruparon por departamento, junto a sus colegas cotidianos. También hubo que olvidar las linternas, pues tanta actividad agotó las baterías. El único resplandor de esa noche tétrica provino de la luz temblorosa de unas cuantas velas.

Afuera, frente a la puerta del montacargas, colocamos una mesa redonda con sillas de plástico, donde los encargados de la cocina sirvieron unas barras de queso y galletas húmedas, con refrescos al tiempo.

Pese a tanta apretura, el ambiente era bueno, casi diría que hasta festivo. Eso de cenar a oscuras, de tener que pasar por catres ajenos para llegar a tu sitio, de dormir en lata de sardinas, no dejaba de tener cierto sabor de aventura.

Así que nos alargamos un poco, empezamos a tejer las anécdotas de nuestro encierro, contamos chistes gastados y antiguos, con ganas de reír, tratando de encontrar lo que escaseaba, el lado positivo.

Ojalá tuviéramos unas cartas, dijo alguien, y todos reímos, reclusos en total oscuridad.

Creo que en el museo hay unas, dijo el arqueólogo, y todos reímos, conscientes del disparate.

Hoy prometí dejar de fumar y sólo compré una cajetilla, dijo Laura, y todos reímos, conscientes de este otro disparate.

Me muero por un cigarro, insistió, y otra vez reímos, sólo porque queríamos reír.

Así charlamos un rato, no mucho, porque las tinieblas te abruman, y así nos fuimos a dormir, cansados de no hacer nada, pero en paz con la idea de aguantar el temporal. Al fin y al cabo, la cosa no estaba tan crítica, todavía podíamos disfrutar una charla de sobremesa.



Noche intranquila, de sueños exaltados, de sobresaltos vagos, de confort imposible.

La primera noche sobre el suelo, pasa; la segunda, pesa. Los huesos reclaman

ese trato desusado, las carnes no hallan acomodo.

Afuera, Wilma hace demasiados ruidos. Aúlla, sopla y resopla, golpea y machaca, empuja, tritura, derriba y lanza, destruye.

El noticiero de las cinco no sólo nos dijo que estaba lejos, también nos advirtió que faltaba lo peor. Si el ojo apenas se acerca, los vientos más poderosos están en camino.

¿No será que se repita Katrina, que una ola de ocho metros penetre la costa y se cepille todas las casas de la playa?

¿No será que estar aquí es demasiada imprudencia?

Duermovelo, duermodespierto, duermovigilo, duermorronco...

A media cabezada, con voz ronca de espanto, me despierta Gabriela.

Se está moviendo el edificio, dice.

Trato de tranquilizarla, no es para tanto.

Sí, se está moviendo, dice, al llevar mi mano contra la pared.

En efecto, se movía. No vibraba, se movía, como en un temblor de tierra. Esa inmensa mole de concreto, esos cimientos de dieciocho metros, los cientos de toneladas de hierro y concreto, se desplazan sobre su centro, se bambolean un poco. Es el empuje lateral del viento, diría el constructor Lavalle, de estar presente.

Afuera se escucha un sollozo ahogado, unos susurros de consuelo. También han sentido el vaivén, también están pasmados por esta trepidación inesperada.

Wilma aprieta, Wilma afloja: a veces se percibe el zarandeo, a veces cesa.

Con el alma encogida volvemos a dormir, en este insomnio impuesto, alertas a veces, al rato amodorrados, siempre tensos, porque nunca dejamos de sentir la presencia de Wilma, su machacona insistencia, su impertinente manera de hacerse notar, su grosera forma de sacudir puertas y ventanas, de llamar la atención, de exigir que la dejáramos entrar.



¡Y entró!

Cerca de las cuatro de la mañana, un tronido infernal nos despierta a los diecinueve.

Nadie sabe bien qué pasó, la oscuridad es total, pero alrededor se oyen llantos asustados, gemidos de angustia, cuchicheos de espanto.

Prende la vela, me pide Gabriela, aunque es obvio que lo único que podremos ver es nuestro miedo.

Con la luz de cera, pasando entre los camastros, predicando tranquilidad, calma, calma, no se asusten, no pasa nada, llego hasta la zona del montacargas. Javier me dice que al parecer se desprendió el portón de emergencia del cuarto piso, el mismo de la fachada sur donde una distante mañana vimos la furia del mar.

Palacios ya fue a ver, agrega.

Por el túnel de las escaleras, a pesar de la distancia, los ángulos y los desniveles,

se cuela la corriente de viento. Es increíble, este intruso no deja ningún resquicio libre.

El informe de Palacios es esclarecedor: voló el portón enterito, relata. Lástima, agrega, porque era el último que quedaba, dice.

Cómo está eso, pregunto.

Ya volaron todas las puertas de emergencia, las de cada piso. Y la del zaguán donde está su camioneta. Creo que se están rompiendo los vidrios del cuarto piso, y de la planta baja ni le cuento. Se está poniendo duro, concluye.

De verdad que este Palacios hace su chamba. Con el huracán encima, con un edificio que ya tiene múltiples heridas, con un grupo asustado en un refugio repleto, sabe cuáles son sus deberes y los cumple. En tan precaria situación, está al tanto de lo que pasa en cada rincón de sus dominios.

Hay que esperar, indica Palacios (mitad sugerencia, mitad orden).

Falta un par de horas para que amanezca. Ya no tenemos suficientes linternas, así que requerimos de la luz gris para hacer la inspección matutina.

Faltan horas y, ahora sí, dormir es imposible. Wilma está perforando el edificio, está vapuleando Cancún, y nosotros, a oscuras, de oídas somos testigos de su ataque. Las barreras van cayendo a golpes, y más golpes, de fuera y de dentro, sacuden nuestros tímpanos.

Cómo la ves, le pregunto a Javier en un aparte.

Hace rato, cuenta, estaba en mi camastro y me empezó a caer arenita del techo. Arenita, ¿tú crees? Esto es puro concreto, de dónde iba a salir arenita. Creí que la losa se iba a vencer, por un instante pensé que íbamos a morir aplastados. Y luego en el bunker, en este hoyo. No van a encontrar ni los cuerpos, pensé. ¿Te imaginas?

Ahora que lo dice, me imagino.

Pero esta madriguera no tiene salida.

Esto está tremendo, concluye un invisible Javier.



No bien clarea, subimos a ver el boquete por donde Wilma entró. La reseña de Palacios es fiel: el portón voló enterito. Desvencijado, retorcido como corcholata, todavía se sacude, a merced de su victimario.

Javier propone pasar al Gran Cancún. Eso significa atravesar el pasillo del portón, dos o tres kilométricas zancadas expuestos a la corriente de chorro. Más que pegados, embarrados al muro posterior iniciamos el cruce y, al llegar al claro, lo libramos muy agachados, casi a gatas, sujetos a una barra metálica para impedir que el viento nos arrastre.

El Gran Cancún es un chapoteadero. Hay media docena de charcos inmensos, desperdigados sobre la suntuosa alfombra. Conforme llegamos al vestíbulo, que sólo tiene un par de ventanales rotos, me pregunto cuánto costarán cinco mil metros cuadrados de tapete fino, estampado con diseños modernistas, cortado a la medida.



Bajamos al segundo piso. El agua no llegó al Isla Mujeres, pero el Cozumel es otra poza húmeda, con el agravante de que llueve: el agua brota en regaderas por todas partes. Qué bueno que el plafón aguantó, se alegra Javier.

Alegría prematura: en el primer piso, amplios parches de plafón se están desprendiendo. Quiero ser preciso en esta imagen: no *se han* desprendido, *se están* desprendiendo. Conforme caminamos, aquí y allá, de repente se precipita un pedazo de plafón, dos o tres metros cuadrados de tablarroca empapada, alambres retorcidos, chalupas eléctricas y fragmentos de ducto de aire acondicionado. Caen con estrépito, naufragando con pesadez en el piso de mármol, que esta bajo un palmo de agua. También quiero precisar esta imagen: hay tanta agua que el primer piso rebosa, el agua baja en cascada por las escaleras. El área es demasiado peligrosa: un plafonazo traidor, un coscorrón de veinte o treinta kilos de escombros, puede ser un accidente muy serio.

Con todo, no está tan mal el primer piso como la planta baja. Aquí no se han caído parches, sino parcelas enteras de plafón. Ese se explica porque todo el edificio está drenando sobre ese techo falso, pero hay una calamidad adicional: del lado del Vip's, el ventarrón desprendió una batería de ventanales, y la corriente de chorro atraviesa todo el edificio. Ese descomunal sifón ya derribó al otro extremo un pesado portón de fierro y concreto, acceso de autos y camiones al área de exhibición.

La escena es perturbadora: aquí el túnel de viento no tiene dos o tres, sino doce o quince metros de ancho, y sin pausa va carcomiendo los cien metros de plafón que hay entre las vidrieras vencidas y el portón derribado, arrancando todas las instalaciones que están adosadas al techo auténtico: tubos de agua y de luz, ductos de aire, alarmas, surtidores de incendio. Refugiados tras las columnas vecinas, atisbamos el progreso de la destrucción, pero este paraje es aún más peligroso: no sólo caen pedazos de plafón, sino que el chorro de viento arrastra un surtido rico de proyectiles.

Además, para atisbar destrucción no requerimos mayor esfuerzo. Docenas de ventanales están rotos, muchos por las propias tapias que los protegían, defensas que la ráfaga convirtió en arietes. El auditorio está inundado, con las puertas rotas. La oficina del Consejo Empresarial está hecha añicos, y en la escoria se adivinan los archivos y las computadoras. El muro del estacionamiento posterior cayó como tabla. Y no podía faltar el percance personal: en vuelo libre, el zaguán de la rampa se estrelló contra la todo terreno, en una carambola imposible que rayó el cofre, enchuecó en poste lateral, liquidó el espejo izquierdo y rompió el parabrisas.

Ni hablar, así son los huracanes en primera fila.

Para acabar este recuento de averías, debo consignar que en la última parada del recorrido eché un vistazo al estacionamiento del frente, en cuyo centro exacto, rodeado de árboles y de letreros, lucía su silueta impecable, sin un solo arañazo, el Cadillac Seville de Isaac Hamui.



Esa mañana nos tocó desayunar en las cocinas industriales. No recuerdo nada del menú, pero sí recuerdo que Javier nos regaló una noticia insólita: había encontrado un teléfono funcionando. Era una línea directa, situada en las oficinas administrativas de la empresa, en el primer piso, que de milagro no había sucumbido a la inundación.

Chapoteando como en un estanque, con el agua arriba de los zapatos, reiniciamos el contacto con el mundo exterior. Gabriela llamó primero a su hermano, Pepe, refugiado en el centro, en casa de amigos. Ellos tampoco tenían luz, pero vía telefónica, la familia los mantenía al tanto de la evolución de Wilma.

Estamos en el ojo, informa Pepe. Aquí la cosa está súper tranquila, pero dicen que falta la mitad. No vayan a salir.

Tras los enlaces con la parentela, Gabriela se reporta con su jefe, en busca de instrucciones. Luego llama al Secretario de Gobierno, quien desde Chetumal le informa que hay un reporte de que se cayó el Hotel Marriott. Lo puedes checar, pregunta. Voy a tratar, promete Gabriela. Más sorpresas: desde México, Paco Madrid tiene un informe que dice que el caído es otro, el Hotel Hyatt, en Punta Cancún, con turistas dentro. No puede ser, los evacuamos a todos, replica Gabriela. Lo puedes checar, pregunta Madrid. Ese sí estaba fácil: desde el tercer piso, era posible distinguir su estructura cilíndrica, tan erguida como siempre. También era fácil percibir que los vientos habían menguado, que llegaba la calma pasajera.

Por qué no nos damos una vuelta allá afuera, le sugiero a Palacios.

Bueno, vamos, concede sin oponer resistencia.

¡Este Palacios! Me ha traído corto dos días, y ahora accede, diría que hasta se entusiasma, con la idea de explorar las entrañas del meteoro. Así que mientras Gabriela termina su ronda de informes y contra informes, nos calzamos unas botas altas, nos enfundamos en impermeables, nos colocamos gorros y, por el portón derribado, penetramos el ojo inmóvil de la inquieta Wilma.



Este ojo no parece el ojo.

Las ráfagas no han cesado en absoluto: todavía te empujan, todavía arrastran escombros, aunque con un brío muy disminuido. Sigue lloviendo, a veces como un leve chipichipi, pero otras como un rápido chubasco. El cielo está nublado: ni el más mínimo resquicio en la bóveda gris.

Este no es el ojo prometido, el centro plácido desde donde se observan el sol de día y las estrellas de noche.

¿Será que estaremos en la pared, o muy cerca de la pared? Y si así fuera, ¿no se moverá la pared y lo tendremos encima en segundos?

No hay forma de averiguar. De momento, este es el ojo que tenemos y, aunque

no se ajuste a los pronósticos, hay que aprovechar la pausa.

El portón caído da acceso al traspatio de El Parián, un viejo centro comercial venido a menos, abierto por pura inercia, con muchos locales cerrados y pocos negocios rentables. Lo primero que vemos es la sucursal de Bancomer, encuerada, sin una sola pared, pero el mobiliario ejecutivo conserva cierto orden, sillas y escritorios están en su sitio, como en una casa de muñecas.

A ambos lados, locales menos prósperos han quedado en ruinas. Son fondas sin prestigio, expendios de licor barato, oficinas sin éxito, negocios míseros que sobreviven con las esporádicas compras de turistas distraídos.

Cruzamos la calle con apprehensión, las ráfagas no cesan.

La tienda de artesanías La Fiesta, un auténtico supermercado de baratijas, se ha desplomado por completo. Dos columnas de concreto que sostenían el arco frontal se han vencido, derribando parte de la fachada. Puertas y ventanas han sido arrancadas de sus marcos, y el techo de lámina se ha colapsado, cayendo sobre los anaqueles repletos. La destrucción de mercancía es impresionante: ídolos de barro, ollas de cerámica, jarras de vidrio soplado, espejos de hojalata, tallas de madera, sarapes de lana, huipiles de algodón, botellitas de arena, ceniceros de ónix, cinturones de cuero, penachos de pluma, huaraches, bermudas, camisetas, calendarios aztecas, estatuillas mayas, sombreros de charro, todo se amontona empapado y sucio, estropeado y perdido, como un gran basurero.

Cerca de la entrada, tiradas en un charco, hay algunas cajetillas de cigarros. Veo que volaron de un anaquel cercano, adosado a la caja del negocio. Tomo un par que están húmedas, pero ilesas tras el celofán, y las guardo para Laura, lo cual quizás me convierte, sin atenuantes, en uno de los primeros perpetradores del saqueo.

El local aledaño es de Deportes Martí: tiene todos los ventanales rotos y de los marcos de aluminio cuelgan afiladas aristas, que a la menor brisa se desprenden.

Regresamos a El Parián. Un ayudante de Palacios ha ubicado una tienda Extra, expendio exitoso de bebidas gaseosas y comida chatarra. Hay ahí algunas cosas que nos pueden servir, pero Javier impone una regla: apunten todo lo que tomen, instruye a su gente, para después venir a pagarlo. Al final no es tanto: paquetes de pilas para el radio, sabritas y rancheritos para los niños, pastillas de menta, golosinas, unos six de cerveza. Javier guarda la lista y repite la regla: no hay problema, pero díganme, no vamos a quedar como rateros.

Damos la vuelta al edificio. Ahora sí se ve claro el condominio Punta Cancún. Toda la fachada modular se desprendió y enormes tiras de lámina, hechas charamusca, se amontonan en el frontis. Pero la escena escalofriante está en las alturas: las paredes de los apartamentos se cayeron y en los huecos se aprecian los muebles malogrados: sillones volcados, mesas volcadas, roperos volcados, estufas volcadas. Sin muros, muchos han caído al vacío y están despatarrados en la calle. Pero lo peor, o será ilusión óptica, es que algunos pisos parecen vacíos, barridos, sin muebles y sin paredes, un hueco limpio en la estructura, como si estuviera en obra negra.

El logo de la disco The City se ha venido abajo, trayéndose el muro que

resguarda los compresores del aire acondicionado. El decorado de la disco Coco Bongo, al suelo. El búho de Hooter's, al suelo. La guitarra del Hard Rock, al suelo. La caseta de vigilancia del Centro de Convenciones, al suelo. Los restos de todos ellos sobresalían en el marasmo del bulevar, convertido en un lago de agua sucia, junto a los pedazos de los cientos de anuncios espectaculares que, en épocas normales, arruinan el paisaje del vecindario.

(Entre paréntesis, hasta bonitas se veían las ruinas sin esa basura visual).

Un fuerte chubasco interrumpe la exploración. Fuerte en serio: es un severo recordatorio de que estamos en el centro de una colosal perturbación atmosférica. Y también es un aviso: falta la mitad.

De regreso en casita, por darle un mote cariñoso, Gabriela me recibe con semblante sombrío. Sus llamadas, más el relato de mi excursión, le hacen sospechar la magnitud del impacto.

Tan mal la ves, pregunto.

Me preocupan los hoteles de este lado, confiesa, están muy cerca de la duna. Y me preocupa la duna, se la va a llevar toda. La ciudad, quién sabe, ya llevamos muchas horas. No estamos tan bien preparados. Con Gilberto nos fue de la fregada, pero creo que con esta vieja nos va a ir peor.



En el pasillo penumbroso, Javier se queja con Gabriela. Esta Laura, ya ni chifla, rezonga incomprendido. Qué le pasa, curioseosa cordial. Está histérica, se quiere bañar, explica. Pues claro, yo también quiero, y ahorita mismo, reclama la eventual cómplice, de súbito militante de la facción opuesta.

En efecto, llevamos dos días sin tomar un baño en forma, pero es que no hay forma de tomar un baño. En la zona de personal hay regaderas, de seguro incluidas en el paquete turístico que nos ofrecieron, pero funcionan por bombeo, y hoy son tan inútiles como los grifos del lavabo, meros objetos decorativos.

Pero una nimiedad así no va a detener a estas mujeres. Enseguida descubren que la única fuente de agua dulce son los garrafones de electropura, y ya están pidiendo auxilio para acarrear una buena dotación al baño más próximo. Ahí, mientras una monta guardia en la puerta, la otra da cuenta del botellón, me imagino que racionándolo a jicarazos. Concluido el ritual solitario, alternan posiciones.

No está mal la ocurrencia. Los hombre seguimos el ejemplo, pero nadie se molesta en designar un cancerbero que resguarde el acceso. ¡Qué tonificante puede resultar una ducha! Aún ésta, incompleta y discontinua, con jabón de manos extraído de los dispensarios, con los pies metidos en el agua, sin toallas para secarte, en fin, apenas poco más que un baño vaquero. Pero no hay duda, emerges otro, despejado, rejuvenecido, de excelente humor.

Con ánimo juguetón, cuestiono a Gabriela sobre la precaución de cuidar la puerta, a las claras un exceso de pudor en este edificio vacío, de concurrencia controlada.

Por si entra otra señora, se defiende.

Qué tiene, la provoco.

Ustedes los hombres son unos descarados, no les importa andar enseñando sus vergüenzas, se indigna. ¡Qué vergüenza!

Volvemos a reír, pero el tono es otro. Tanto así, que Laura y Gabriela proponen salir al exterior, a darse un taco de ojo de huracán. Palacios acepta y otra vez ahí vamos en bola, a imprimir en la memoria los destrozos de Wilma, a comprobar qué frágil puede ser la vida de millones de personas. Con el desastre enfrente, la expresión de Gabriela se vuelve a ensombrecer. Va a ser un cerradero de hoteles, pronostica. Igual pasó con el Emily, aunque los cuartos estén bien, si pierdes las áreas públicas no puedes operar. Al menos, no se ven edificios caídos, se espera.

Cuando pasamos junto a la tienda Extra, emerge de las ruinas un personaje singular, un buzo enfundado en su traje de neopreno, cargando bolsas de sabritas y de pingüinos. Sorprendido in fraganti, nos confunde con los dueños del negocio que saquea.

Me pueden vender esto, pregunta.

Llévate lo que quieras, pero sólo comida, instruye Javier. Luego lo interroga: de dónde vienes. De Plaza Terramar, somos como veinte y desde ayer no hemos comido nada. Y el traje de buzo, averigua. Es de surfing, vine con cuates a hacer las olas del huracán.

Nosotros tomamos un par de bolsas de hielo, a medio derretir, que Javier anota en su bitácora. Por dar el ejemplo, por convicción, por lo que sea, está necio en pagar hasta el último centavo (supe que lo hizo, un mes después, cuando la tienda volvió a abrir, y hasta mandó pagar los cigarrillos de Laura a Plaza La Fiesta).

Pero esa misma tarde, desde los ventanales de nuestro refugio, somos testigos del inicio formal de la rapiña. De las entrañas de la zona hotelera van surgiendo, en solitario, en grupos de dos o tres, los justos que se volvieron pecadores. Al principio asumimos que quieren comida, que los mueve la necesidad, pero no, se están llevando las chucherías de Plaza La Fiesta, se están birlando los equipos y uniformes de Deportes Martí. De cualquier modo, son unos cuantos, y asumo que esas sustracciones son consecuencia del aislamiento de la zona hotelera. Ni por asomo se me ocurre que en la ciudad pueda suceder algo similar.

Habría que llamar a los de seguridad, sugiere Javier.

Muchos de esos son los de seguridad, aclara Palacios.



Comemos, dormimos siesta, platicamos a oscuras, sabemos que las tenazas de Wilma se están abriendo y, hasta el momento, no tenemos motivo de queja.

Estamos sanos y salvos.

Hemos logrado hablar con parientes y amigos, con vecinos y colegas. La cosa está horrible, coinciden, pero no hay bajas que lamentar (ni siquiera lesiones que curar).

Javier deja un edecán de guardia junto al teléfono, que en este ambiente acuático sigue funcionando como si nada. Entran pocas llamadas, casi todas para Gabriela, algunas de cónsules frenéticos que averiguan, con urgencia plenipotenciaria, la ubicación de sus ciudadanos. La secretaria los tranquiliza, no hay reportes de víctimas, adelanta, los refugios funcionaron bien, informa, mañana podremos ubicarlos, confía, los vamos a evacuar rápido, promete. Por el momento no puede hacer gran cosa, ella también está damnificada.

A las cuatro, a las cinco, al caer la tarde, a quién le importa, Wilma empieza a aullar de nuevo. Otra vez el diluvio, que intensifica las goteras: a quién le importa. Otra vez las ráfagas, ahora en sentido contrario, que rematan muros y ventanas: a quién le importa. Otra vez los proyectiles voladores, el ulular siniestro, la oscuridad insidiosa, que no llegan a conmovernos, no obtienen más que indiferencia.

Adelante, engendro, acaba con tu malobra.

Ya no asustas a nadie, ya la libramos, ni modo que de salida nos mates de un plafonazo remiso, sería muy mala pata, mejor aquí la dejamos, en santa paz, como dice la canción, agarra tu rumbo y vete, no me amenaces, como dice otra canción, que sea tu cruel adiós mi navidad, por lo que a mi respecta, ahí muere.

Estábamos de buenas...

Antes de dormir recogimos el tiradero, empacamos las raquílicas maletas, sin preocuparnos de separar la ropa húmeda, porque toda estaba húmeda.

Antes de dormir nos despedimos de mano del elenco completo, muchas gracias, la comida estuvo rica, muchas gracias, lo del radio estuvo genial, qué bueno que el acervo está bien, muchas gracias, nos avisan si necesitan algo, sus hijos se portaron a la altura, su perrito está monísimo (creo que no ladró nunca).

Antes de dormir, cortesía del hielo providencial, tomamos cerveza helada.

Antes de dormir ya estábamos listos para irnos (yo me voy con ustedes, decidió Laura).

Luego dormimos muchas horas, de un tirón, exhaustos, redimidos, en perfecta inocencia. A lo mejor hasta soñaba con los angelitos cuando la voz de Gabriela interrumpió el ensueño. Ya amaneció, dijo, ya son casi las siete.

Bueno, era hora de ir a ver el tamaño del moretón que nos dejó Wilma.

## DE LOS DESFALLECIENTES Y LOS ESFORZADOS

---

Pasamos una noche horrible, el ruido del viento era ensordecedor. Era como cuando prendes el boiler y la flama comienza a hacer un ruido, pero aumentado mil veces. El agua golpeando contra las ventanas, los árboles, las ramas y las hojas de un lado para el otro, la antena de Sky en el techo iba y venía. De repente se escuchaban ruidos que no alcanzabas a distinguir qué eran y, lo más impactante de todo, era oír cómo se cimbraba la casa. ¡No puede ser, creo que estoy alucinando, estaré dormida! A la mañana siguiente, Freddy me pregunta, ¿sentiste cómo se cimbraba la casa? No estaba alucinando, él también lo sintió. Días después, en un noticiero, escuché como una señora en Cozumel platicaba que ella sentía que se movía la isla.

ANNETTE VON EUW, *madre de familia*

El viernes empecé a sentir el desgaste, el cansancio, pero sobre todo la impotencia. Estar ahí, encerrados, sin poder hacer nada, cuando todo se está cayendo a tu alrededor. Desde aquí veíamos avanzar la destrucción, desde las ventanas de mi despacho. Por la tarde se intensificó el huracán, entró la peor parte. Creí que el Palacio se iba a caer, todo el edificio se movía. Pensaba, mi municipio quedará quebrado, nos vamos a tener que endeudar, se nos van a ir los tres años en reconstruir, vamos a vivir en crisis todo el gobierno, esto ya se acabó, no hay quien lo levante, y así, puro pensamiento sombrío. Me preocupaba la gente, no sabíamos si había desgracias, o si se estaba acabando la comida, o si el viento los había dejado sin techo. Y lo peor es que sabía que ni siquiera habíamos llegado a la mitad.

FRANCISCO ALOR QUEZADA, *presidente municipal de Cancún*

La casa empezó a temblar. Era increíble que la fuerza del viento y la presión barométrica la sacudieran de esa forma. Realmente la sensación era la de un temblor de tierra, de grado 2 o 3, de esos que sentimos seguido cuando vivíamos en el DF.

LAURA TOPETE, *maestra de inglés*

Hubo momentos en que sentíamos que la casa se nos venía encima y que no íbamos a sobrevivir. Ya no sólo era el miedo que sentía, sino también la angustia por mi madre de 89 años, inválida, al ver cómo entraba el agua como cascada por la escalera, inundando la parte baja y sin poder hacer nada. Pensé sólo en ella y ponerla a salvo en el lugar más seguro que quedaba. En ese momento pensé en la situación que estaban viviendo los demás ancianos de la ciudad, aquellos que estaban en un refugio o asilo. ¿Qué sería de ellos?

**MINTHY LORENA ESTRADA ALBOR**, *comerciante*

Como a las ocho de la noche los vientos nos espantaron. Cimbraron la casa entera y creí que los vidrios iban a reventar. Así hemos de haber alucinado una media hora. Después, a eso de las nueve y media, el huracán se detuvo de pronto. Poco a poco vimos luces en la calle, linternas y lámparas reconocían el paso de Wilma. El arroyo de la calle era eso, un canal de unos 40 centímetros de altura del agua, corriendo a buena velocidad. Bloques de unicel se amontonaban junto al auto y la puerta de la casa. Yacían tablones que habían sido arrancados, ninguno traía cicatrices de violencia. Surgieron sombras que preguntaban, todo bien, cómo estamos, qué tal o cómo fue. Nosotros aprovechamos para estar un rato fuera de las cuatro paredes mojadas de la casa.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Playa del Carmen)*

Le pregunté a Fer si creía que el material de construcción resistiría y me contestó, si han resistido las ventanas y los vidrios, yo creo que sí. Buen punto, pero no me convenció. Nada que dijera nadie para tranquilizarme me convencería en esos momentos.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Fue un día largo, fue una noche mas larga, interminable, de miedos, de oscuridades, de ruidos extraños, inacabables, indescifrables, Y volvieron mis miedos perdidos, olvidados, ocultos, los de hace 50 años, los del Janet, los del huracán que destruyó mi ciudad natal, los de la destrucción total, las casas caídas, los árboles quebrados, rotos, derribados. Mis muertos de ayer que fueron incontables, que por muchos días oliamos, los seguimos oliendo, porque fueron quemados en una fosa común, para evitar enfermedades.

**CARLOS CARDÍN**, *político*

Imagínense, seis personas encerradas en un cuarto pequeño, a oscuras y con mucho calor. Fue horrible. Yo dormí en el suelo, con una colcha abajo. ¡Duró tanto! Esa



noche no pude dormir bien, y no por la tormenta, sino por el encierro. Me moría de calor, y era tanta la oscuridad, que no podía ver ni siquiera mis manos frente a mi rostro. Era prácticamente un bunker. Nunca he sido claustrofóbico, pero esa noche estuve muy cerca de serlo (lo digo en serio).

**RAMÓN MAGALLANES**, empleado de hotel

Abrí la puerta de arriba y, completamente mojado, estuvimos unos instantes. En ese momento intenté preguntarle, ¿qué te hemos hecho para que hagas y traigas todo este manto de intimidación, de derroche de fuerza y de destrucción? Y parecía decirme, en este diálogo en el aire.

*Wilma: He esperado mucho tiempo en regresar, en verdad no quería dañar, Dios cuida la naturaleza, y ustedes la destruyen, los hombres de esta tierra.*

*Yo: No es cierto, queremos hacer las cosas bien y cuidar al medio ambiente, la riqueza natural tan divina es prioridad.*

*Wilma: La ambición y el desmedido abuso son evidentes, han perdido la humildad y creen que esto sólo es para producir dinero, se han olvidado de lo fundamental, hace falta solidaridad y apoyo entre hermanos, y cada día veo más egoísmo en Cancún.*

*Yo: No es cierto, hemos intentado, estamos unidos, quizás falta...*

*Wilma (y no me dejó continuar): No sigas, ojalá ante la adversidad se unan y hagan las cosas bien, Dios para ello les dio este legado precioso, díselo a todos para que regrese la humildad y la solidaridad, aún tengo fe en Cancún.*

Y sin más, se alejó. No intenté gritarle, era imposible que me escuchara. Ya solo pensé, ¿será un mensaje? ¿Será un aviso? Probablemente sí. Inmediatamente comprendí, hay que salir y pregonar a los cuatro vientos, que cuidemos lo nuestro y nos acerquemos a nuestros valores para unir a Cancún, y cuidarlo para seguir conservando esta belleza natural única y sorprendente.

**EDGAR ORDÓÑEZ DURÁN**

Me acuerdo que abría la puerta de la terraza y le gritaba a Wilma, ¡ya!, ¡ya estoy harta!, ¡cállate!, ¡muérete! Pero parece que a Dios no le gustaban mis reclamos, porque cada vez que lo hacía, aumentaba el viento.

**MARTHA PHILIPPE**, gerente de Continental

Le pedía a Dios un milagro y que todo terminara, pero nada milagroso ocurría.

**LAURA TOPETE**, maestra de inglés

Como a las once recibimos una llamada de Novedades, diciendo que se había cortado una persona, con unos vidrios. Salí en una ambulancia, hice como 45 minutos en

un trayecto de dos cuadas. Iba con Rigoberto Ramírez, mi segundo de a bordo. El viento movía la ambulancia. Logramos acceder a un parquecito que está cerca, todos los árboles estaban caídos. Nos bajamos, nos protegimos con una camilla, como si fuera escudo. Estaba todo oscuro. Gritamos y nadie nos hizo caso. Se empezó a caer el techo del Teatro de la Ciudad, volaban los materiales. Rigo me dijo, quiero cubrir el servicio, pero tengo dos hijos chiquitos. Ahí me cayó el veinte. Les había dicho que no quería héroes y yo era el primero en meter el desorden.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

La ventana se rompió, los vidrios me pegaron en la cara y en la cabeza. De la oreja me salía mucha sangre. Me pusieron un pañuelo, no lo veía porque estaba oscuro, pero lo sentía empapado y caliente. Yo nomás pensaba en mis hijos, si los iba a volver a ver.

**SEBASTIÁN YAM**, *albañil*

Una camioneta de Novedades nos interceptó en la Tulum y nos llevó hasta el periódico. Beto se bajó con el agua hasta el cuello. Bajé la camilla y se la llevó el viento, salió volando. Entre Beto y los empleados sacaron al albañil, lo subimos y lo trajimos a la Cruz. Era aparatoso, pero no grave. Ese fue el último servicio de ambulancia esa noche.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

En la noche, el conjunto de casas donde vivimos, Parque Capulines, se volvió una locura. Las tablas de triplay, las tejas, los vidrios empezaron a volar. El agua se metía por todas partes, el aire empezó a zafar la cancelería. Hubo un momento, estábamos en la cocina, cuando mi esposo Guillermo se fue a la sala y yo subí al segundo piso. El era un hombre grande, fuerte, alto. Cuando bajé, lo vi que estaba deteniendo un cancel, con los brazos abiertos en cruz. Ayúdame, me dijo, pero yo sentí que no podía. Fui a buscar a mi vecino de la derecha, pero él tenía el mismo problema, él y su esposa estaban deteniendo los vidrios con unos colchones. Fui por mi vecino del otro lado y accedió a ayudar, entre los dos estaban deteniendo el cancel, cuando de pronto viene una ráfaga y el vidrio estalló. Yo no lo vi, estaba oscuro, pero Guillermo me dijo que metió el brazo para protegerse la cara y tenía una herida. Me corté, dijo, y le pidió a mi hija una toalla. Aquí ya no se puede hacer nada, dice mi vecino, vámonos a mi casa. Ellos sólo tenían una vela, pero con eso veo que la herida está fatal, en el antebrazo, desde la muñeca hasta el codo, a hueso, se le veían todos los tejidos. Te tengo que llevar a un hospital, le digo. Entonces empiezo a hablar, hospital por hospital. Una pesadilla, me contestaban los veladores, que no había médicos, que no había enfermeras, que no había paramédicos, que no había ambulancias, que habían

evacuado. Así me paso más de dos horas, hasta que mi vecino sugiere hablarle a la Cruz Roja. Guillermo tenía el brazo en alto, al principio pudo él solo, pero luego se cansó, nos turnábamos para ayudarlo. No había parado de sangrar, pero no lo veíamos, estábamos a oscuras. Mi vecina me contó luego que en el piso había charcos de sangre. Al final hablamos a la Cruz Roja, yo estaba como loca, muy alterada, el paramédico me dijo, cálmese señora, así no lo va a ayudar, le voy a decir qué hacer, siga mis instrucciones. El paramédico se llamaba Antonio. Póngale una venda, me dijo, pero más tardamos en ponerle la venda y ya estaba empapada en sangre. Ya no tenemos vendas, le dije. Pues tome una sábana y rómpala, pero véndele el brazo. Pero no dejaba de sangrar, así que volví a llamar. No sé cuantas veces hablé con Antonio aquella noche, diez, quince, tal vez más. Me dice, señora, no está haciendo lo que le digo, le está quite y quite la venda, y no deja que coagule. Tiene Kotex, me pregunta. Póngale Kotex en la herida y déjeselos ahí. Guillermo estaba sentado, tranquilo, quieto, muy callado, como un muñeco, como diciendo, háganme lo que quieran, pero de repente se desesperó y dijo, necesito un médico, Moni. Yo también me desesperé y otra vez me alteré con Antonio. Señora, me dijo, que no sabe que hay gente que se está ahogando en Leona Vicario y no podemos hacer nada, yo no voy a arriesgar a mi personal por atender esta emergencia, haga lo que le digo. También recuerdo que una vez me dijo, nadie se muere por una cortada en el brazo. Optamos por llevarlo a la Cruz Roja. Nos fuimos en mi carro, mi vecino, Guillermo y yo, pero no pudimos pasar. No se veía nada, nos metimos a un lago, un tronco chocó con la ventana, el viento estaba muy fuerte. Tratamos otra ruta, pero lo mismo, imposible, nos tuvimos que regresar a la casa. Guillermo se veía bien, hablaba, caminaba solo, pero cuando regresamos empezó a decaer, decía que tenía mucha sed. Le volví a hablar a Antonio, me dijo que le diera de beber, que eso le ayudaría a reponer la sangre que perdía. Hasta entonces me pidió que le describiera la herida y oí que lo comentaba con sus colegas, oí clarito que decían arteria aorta. Guillermo empezó a quedarse dormido. No deje que se duerma, me dijo Antonio, pero me autorizó que lo recostara. No sé si eran las doce de la noche o las dos de la mañana, nadie tenía reloj, pero llevábamos horas en ese trance. Quiero vomitar, me dijo mi esposo. Le acercamos la cubeta, vomitó, pero en ese momento enloqueció, se paraba y se sentaba, se paraba y se sentaba, decía que le faltaba aire, que no podía respirar, y de repente se desplomó, quedó inconsciente. Luego me explicaron que tal vez fue por la falta de irrigación en el cerebro. Mi vecino estaba hablando con el paramédico, le dijo lo que pasaba, nos indicó que le pusiéramos dos dedos en el cuello, a ver si tenía pulso. Yo no podía, estaba temblando. Mi vecino lo hizo, y sí, tenía pulso. Antonio nos dijo que le quitáramos la ropa mojada, toda la ropa, que lo envolviéramos en cobijas, para darle calor. En esos momentos la Cruz Roja decidió mandarnos una ambulancia, pero tardaron como cuarenta minutos en llegar. De hecho, desde el camino nos hablaban los paramédicos, no encontraban la casa, no veían nada, no les podías dar una dirección normal, ellos te decían veo una casa verde, y tú les decías junto a la verde está una blanca, y luego una amarilla, indicaciones de ese tipo. Y ellos tenían que buscar con sus

linternas. Todo ese tiempo Guillermo estuvo inconsciente. Al fin llegaron, en un camión de Cometra. Venían tres, revisaron a mi esposo, uno de ellos le dijo al otro, refiriéndose al pulso, tiene siete. Luego, el otro se me acercó y me dijo, señora, esta persona ya falleció.

**MÓNICA MERCADANTE**, *educadora*

Ya en la etapa fuerte, cuando se había suspendido la salida de ambulancias, recibo una llamada informando que una persona se había hecho un corte profundo en el brazo. Al parecer, trató de detener un cristal y se le rompió en las manos. Por la descripción de la herida me doy cuenta que el vidrio seccionó la arteria, una lesión de alto riesgo. Les di instrucciones de ejercer presión directa sobre la herida, con un paño limpio. Ellos no saben localizar la arteria, pero de esa forma se detiene la hemorragia. Les pedí que no perdieran contacto, que me volvieran a llamar. Al rato lo hacen, me dicen que el sangrado disminuyó, pero que el paciente tiene mucha sed, estaba pálido, tenía sudoración pegajosa, o sea, los signos propios del shock. Por la magnitud de la herida, sabíamos que el paciente tenía que ser trasladado a un hospital, pero no se podía salir, ni queríamos que la familia se alarmara y se saliera, poniendo en riesgo otras vidas. Así pasó un buen rato, me llamaron 5 ó 6 veces, decían que ya casi no había sangrado, les dije que no se confiaran, que no dejaran de apretar. La última llamada fue tremenda, el paciente había perdido el sentido, estaba inconsciente. Tomamos la decisión drástica de enviar una unidad de Cometra, pero tardaron hora y media en llegar hasta la casa, por el rumbo de Costco, a menos de diez cuerdas de la Cruz Roja. Una persona al teléfono me refirió que ya estaban ahí los paramédicos, y eso me tranquilizó. Pero luego tomó la bocina el paramédico, Pedro May, y me dijo, Toño, no pudimos hacer nada, el señor ya falleció.

**ANTONIO PERDIGÓN**, *socorrista de la Cruz Roja*

Un caso grave fue un hombre que llegó inconsciente por detener una ventana, lo arrojó al suelo y le cortó el cráneo, una herida muy sangrante. Llegó anémico, en choque hipotérmico por la pérdida sanguínea, lo dejamos unos minutos más y fallece. Al quirófano, sutura, transfusión, y en unas horas estaba fuera del problema. La gente que no haya asegurado bien sus ventanas no debe tratar de detenerlas. Debe protegerse, dejar que vuelen y que se rompan, pero no arriesgar la vida.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

En mi oficina hay una abogada, Itza Berenice, cuyo trabajo es planear las estrategias del mundo jurídico. No tenía nada que hacer aquí, así que la mandé a su casa. Cómo le fue, le pregunto cuando la veo. Muy mal, mi esposo anda de viaje, me pasé la noche sola, responde. Pero está bien, insisto. No, se me volaron todos los cristales, menos

uno, y me pasé la noche deteniéndolo, para que el viento no lo quebrara, explica. Me duele todo, se queja. Una barbaridad, esa mujer expuso su vida para salvar un vidrio.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento de Cancún*

Al principio tratamos de paliar el desastre, de apuntalar los ventanales que se estaban cayendo. Pero el caso era tan frecuente y tan violento, que no tienes ninguna posibilidad de ganar. Hay que encontrar el lugar más seguro, dejar que pase, no tratar de ser héroe de ningún tipo. Ya después se evaluarán los daños.

**LUIS MARCÓ**, *gerente del hotel Ritz Carlton*

Ya no había muelle, ya no había jardín, y las olas pegaban en la terraza. El viento sacudía con violencia todos los cristales. Hubo un momento en que pensé que la casa iba a tronar.

**GERARDO TREVIÑO**, *industrial*

Vamos a defender la casa, porque es lo último que nos queda, dijo Gerardo. No estuve de acuerdo, era muy peligroso detener los vidrios, no me parecía sensato. Así que me bajé a la sala y, en eso, se empezaron a venir los vidrios de la terraza. No puede ser que arriba haya mujeres y jóvenes haciendo eso, me dije, y que tú no hagas nada. Esto es como un barco que se hunde, hay que obedecer al capitán, decidí. Así que agarré un colchón y fui a detener los cristales.

**SALVADOR SADA**, *ex rector de la Universidad Anáhuac*

Con los colchones, nos dividimos en grupos para detener los vidrios. No sé qué efecto se hace entre el tapial y el cristal, pero la cosa es que los vidrios se abomban, sientes la presión, sabes que si no los detienes van a estallar. Así nos pasamos horas, turnándonos para salvarlos.

**FRANCISCO GARZA**, *industrial*

En la casa estaba Salvador Sada, que fue sacerdote, pero tiene dispensa. Ya no oficia, pero creo que puede hacerlo en casos de emergencia. Cómo estaría la cosa que, en determinado momento, nos juntó a todos en la sala y nos dio la absolución.

**GERARDO TREVIÑO**, *industrial*

Yo tengo dispensa definitiva, sólo puedo hacer eso en caso de muerte inminente. Pero vi un peligro real, sentí que en cualquier momento podíamos tener un accidente.

El miedo se expresaba por un silencio terrible. Era un momento de gran tensión, sentí que era necesario hacerlo.

**SALVADOR SADA**, *ex rector de la Universidad Anáhuac*

Lo que a mí me pasó, le pasó a muchísima gente esa noche. En un momento era tanto el ruido y la tembladera de los cristales, era tal la impresión de pavor, de miedo, de espanto, que la primera reacción era rezar, y rezar muy fervorosamente. En ese momento no había más que rezar, pero fue una experiencia de oración muy fuerte, muy intensa. Esa una reacción espontánea que ayuda mucho, espiritualmente. Los creyentes se encomendaron a Dios, confiaron en Dios y quedaron tranquilos.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

☛ ***Wilma se ensaña con México***

*El ojo del muy peligroso huracán Wilma permanece en el litoral de Yucatán, cerca de Cancún. Los vientos extremos de la pared del ojo han estado golpeando Cozumel y la costa de la península por más de 24 horas, haciendo un daño terrible.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, OCTUBRE 21, 10:13 P.M., HORA DE CANCÚN.

A las doce de la noche se voló la puerta de la sala de radio. Los muchachos la recuperaron y la pusieron en el marco, y luego una ambulancia se echó en reversa y la prensó, para mantenerla en su lugar. Así nos pasamos las siguientes 24 horas.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

A la una y media de la mañana hubo una llamada desesperada, una mujer en trabajo de parto. El viento y la lluvia estaban durísimos. Decidí ir yo mismo. Brincamos el camellón de la Yaxchilán y, sobre árboles caídos, llegamos a la glorieta de la Labná, que era una laguna. Seguimos frente al edificio de Telmex, otra laguna, y pasamos frente a la distribuidora Honda, totalmente destruida. Oscuridad total, objetos volando, postes que bailaban, miedo que se apagara la camioneta. Para recorrer esas dos cuerdas habíamos hecho veinte minutos. Así que tomamos una decisión drástica: nos regresamos. Fue la última salida que hicimos aquella noche. Si yo no puedo salir, dije, nadie sale.

**RIGOBERTO RAMÍREZ**, *coordinador de socorristas, Cruz Roja*

En el mero momento, lo más fuerte, ya estaba todo inundado y se nos iba a reventar la planta de luz. Teníamos ocho pacientes entubados, cinco de neonatal y tres adultos en

terapia intensiva, conectados a los respiradores automáticos. No les puedes dejar de dar aire, se te mueren. Llamamos a la Cruz Roja y nos dimos cuenta que éramos el único hospital que todavía funcionaba. Ese fue el momento más crítico. El agua subía y a dos centímetros de que se inundara la planta, decidimos subirla, pero necesitábamos desconectarla. Eso no sólo significaba desconectar a los pacientes, sino quedarnos a oscuras. Bueno, los médicos y las enfermeras se pusieron a darles aire manualmente. Como 45 ó 50 minutos todo el edificio estuvo a oscuras. En esos momentos estaban en su máximo el agua y el viento. Así las cosas, una docena de voluntarios cargaron la planta, lograron subirla, conectarla, y regresó la luz. Estábamos igual que antes, en medio de la peor parte del huracán, pero el hecho de tener luz nos hizo ponernos contentos a todos.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

En el DIF de la 94 tenemos cerca de cincuenta niños, muchos de ellos bebés. Los metimos a la Casa del Anciano, que no tiene ventanas, tan sólo una puerta lateral, con protección anticiclónica. Teníamos una planta de luz, pero no alcanzaba para todo. O prendíamos los ventiladores, o calentábamos los biberones. Pero no nos fue tan mal. Mal les fue a las cocineras, que se quedaron enfrente, en la Casa Temporal. El edificio se inundó, les llegó el agua a la cintura. Las rescataron como a las tres de la mañana.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

Estábamos en nuestro centro de mando, éramos unas cuarenta personas. En lo peor del huracán, la situación se fue deteriorando. Tuvimos que apagar la planta, nos quedamos sin luz, sin Internet, sin luces de emergencia. Al rato comenzó a entrar agua por debajo de la puerta, tuvimos que poner los equipos en alto. Cuando llegó a medio metro, tomamos la decisión de evacuar. Tendimos una cuerda hasta una puerta lateral de Palacio Municipal, que está como a veinte metros, pero a descubierto. Hicimos una cadena humana, enlazando los brazos, un hombre y una mujer, para proteger a las damas. El agua y el viento estaban a lo máximo. En el cruce, se partió un árbol, y nos cayó encima. Varios salieron lastimados, por suerte sin gravedad. Así llegamos a Palacio, donde tenemos una bodega, en el primer piso. Quisimos usar la sala de juntas, pero estaba llena de refugiados, los que se trajo Alor la primera noche. La bodega estaba inundada, pero ahí dormimos, sentados en el piso, apretados unos contra otros, metidos en el agua. No había de otra, ni modo de irme a un sillón y dejar ahí a mi gente.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

Yo sí me fui, no aguanté. Extendí el impermeable de plástico y me dormí en el suelo de la sala de juntas, en medio de los refugiados.

**MARIO STOUTE HASSÁN**, *subdirector de Protección Civil*

El jueves, después de emitir el boletín, me fui a mi casa. Había un árbol caído en el Ceviche, muchos letreros en el suelo. El viernes llegué de madrugada a Palacio, ni ropa traía. Los vientos arreciaron y se fue la luz, me quedé sin Internet, la única manera que tengo de seguir un huracán. Obvio, necesito una planta de luz, pero eso estará siempre fuera de presupuesto. Y del Internet satelital, ya ni hablamos. Aquí me quedé dos días, con una velita sobre mi escritorio. Me sentía como un mueble, sin hacer nada. Por la dirección de los vientos podía deducir dónde estaba el ojo, pero esa información no le servía a nadie. En medio del huracán, el meteorólogo de la ciudad estuvo cuarenta y ocho horas aislado, sin poder hacer nada.

**JOSÉ CHI ORTIZ**, *meteorólogo del Ayuntamiento*

Yo fui director de Protección Civil del estado durante 12 años, tengo algo de experiencia en la materia. Mi orgullo, mi fortaleza, es la prevención. Siento que el gobierno debería voltear hacia Protección Civil y comprender nuestra labor. ¿Necesitamos un bunker? Yo lo llamaría un centro de operaciones efectivo. Que se construya un edificio seguro. Es un desastre que los mandos de la instancia que regula los planes de prevención y auxilio hayamos terminado de refugiados en una bodega.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

### **Un diluvio auténtico**

*Los volúmenes de lluvia han sido extremos. En Isla Mujeres, frente a Cancún, se han reportado casi 35 pulgadas en un día y medio, y en un punto registraron 4 pulgadas en una hora. En Cuba, donde se esperaba el impacto de Wilma, las lluvias han sido moderadas, entre 4 y 7 pulgadas en las últimas 24 horas.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, OCTUBRE 21, 10:45 P.M., HORA DE CANCÚN.

La fuerza del oleaje fue increíble. En nuestra marina, situada del lado de la laguna, las olas se llevaron el andador de concreto, barrieron las 140 posiciones de atraque y dañaron la mitad del edificio.

**EDUARDO ALBOR**, *director de Dolphin Discovery*

Me quedé solo en la marina, con mis tres perros. Primero nos metimos en la oficina, que está medio metro arriba del nivel de la laguna. Cuando el agua se empezó a colar, nos subimos a la bodega, metro y pico más arriba. En la noche se nos vino el agua encima, la marea subió como dos metros y medio. Me pasé toda la noche subiendo



los archivos a unas mesas, las tuve que encimar unas sobre otras. En la mañana del ojo, frente a la marina, había una montaña de basura flotando, toneladas de sargazo, desperdicios, pedazos de barco. Por suerte, el muelle había aguantado, seguía en su lugar. Como el viento iba a cambiar, pensé que era peligroso permanecer ahí. Nadamos entre ese basurero los perros y yo, le dimos vuelta a la oficina, por el pasillo que bordea la marina, y logramos salir hasta el acceso que da al bulevar, por la parte de atrás. Nos refugiamos en el restaurante de arriba, nos quedamos en el baño. En la tarde volvió el viento, ahora del sureste. Durante toda la noche, el oleaje le pegó de frente a la marina, todo el edificio se cimbraba. En la mañana del domingo, el muelle había desaparecido.

**CARLOS AUSTIN**, *propietario de Mundo Marino*

Toda la tarde el agua siguió subiendo. Los muebles empezaron a flotar, pero dejamos de verlos cuando oscureció. A las tres de la mañana, me di cuenta que el agua estaba llegando al segundo piso, con un nivel cercano a dos metros. Desperté a Gabriel y le dije, creo que las sirvientas están abajo, en la oficina de Paco. Él se puso una máscara de buzo, bajó por las escaleras y fue a buscarlas, pero no las encontró. Fui al cuarto y desperté a Paco, le dije lo mismo, que las muchachas podían estar en su oficina, con riesgo de ahogarse. No te preocupes, me dijo, las muchachas están en mi closet.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

La presión que trae el ojo empezaba a sentirse físicamente. Me dolían los oídos. Lo más extraordinario era que cuando llegaba una ráfaga, ¡la presión levantaba la cama del piso! No podíamos creer lo que estábamos viviendo.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Cometí muchos errores. Por estarle diciendo a la comunidad que se protegiera, no me protegí yo. Mi casa tiene un cristal de seis metros de altura por nueve de largo, de una sola pieza, y otro en el pasillo, de cinco metros de largo. Le pusieron algunos triplays, pero muy endebles. No tuve oportunidad de comprar agua, ni siquiera lámparas. Nunca pensé dónde iba a pasar el huracán, dónde me iba a quedar yo. Todos los cristales y las puertas volaron y las dos gentes de servicio, mi asistente y yo, terminamos en un vestidor chiquitito, que no tiene ventilación. Ahí nos pasamos toda la noche.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*

Teníamos suficiente comida y bebida, pero parecía que la glotis tenía mente propia y no me dejaba deglutir el bocado. Si acaso el bocado convencía a la glotis, entonces era el esófago el que no lo dejaba pasar al estómago. El bocado se atoraba en la parte

alta del mismo y dolía como si fuera una espina de pescado. El agua surtía el mismo efecto.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Una de mis primas, bien entrada la madrugada, quiso ir al baño, pero al salir al pasillo fue tanta la fuerza del viento, que se asustó al grado de no querer ir. Nos dimos cuenta que las tablas de la ventana del estudio ya no estaban, se habían volado. El buró, el librero y el sillón seguían en su sitio, pero el rotoplás del techo no, salió volando, cayendo en el patio de nuestros anfitriones, así como la malla anticiclónica de unos vecinos.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

No podía hablar y el calor quemante en mi pecho y cabeza era intolerable. No sabía qué hacer, el panorama era negro, una situación muy difícil y sin apoyo de ninguna índole. Entonces sí, le comenté a Fernando que verdaderamente sentía que mi corazón no iba a resistir. Él se caracteriza por ser extremadamente pragmático, así que no esperaba yo ningún tipo de consuelo, sino más bien una amonestación. Pero consideré que ya le había advertido que en algún momento podría caer infartada. Sinceramente, yo creía que me iba a morir de un ataque cardíaco.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Como a las cinco de la mañana sonó mi celular. Era mi suegra, desde Chetumal. Le había hablado mi esposa para decirle que el tanque de gas se había soltado, que estaba rebotando en el techo. Traté de hablar a mi casa, que está a unas cuerdas de Palacio, pero no pude. En cambio, sí podía hablar a Chetumal. Para mí eso es un misterio. Le hablé a mi suegra y le dije, avísale a mi mujer que no puedo salir. Así estuvimos triangulando y ya no me pude dormir.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

Recibimos una llamada de México, diciendo que se había derrumbado el hotel City Express. Mi hermana está hospedada ahí, son como 150 personas, decían. Asegúreme que es un derrumbe, sólo así estoy dispuesto a arriesgar al personal, contesté. Ellos podían hablar al hotel desde México y me podían hablar a mí, pero no pasaba la línea directa. Traía ese pendiente cuando me dicen que la gerente del hotel está en la línea. Estamos todos en el cubo de la escalera, me dice. Le pregunto si hay heridos. Heridos, no. Entonces están bien, están mejor que muchos, le digo, mantengan la calma.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Estuvimos 19 horas en el cubo de las escaleras. Las puertas que daban a los pasillos las abría el aire, las remachábamos, las sostenían los huéspedes, se turnaban. Nos quedamos a oscuras, tuvimos que apagar la planta, porque se inundó el cuarto de máquinas. Se nos olvidó cerrar el tanque de gas y tuvimos que salir en la noche. Todo el tiempo se movía el edificio. Tratamos de hablar con Protección Civil, sin éxito. Por el ventanal vimos que había un vehículo con una luz y dijimos, ahí está Protección Civil. Yo hablé con alguien y le pedí que mandara un vehículo. Tienen algún lesionado, me preguntó. No, dije. Mire, respondió, tenemos muchas emergencias, no puedo mandar a nadie, si están en las escaleras, están bien. En el ojo, cuando llegó el de la Cruz Roja, pasamos al otro lado del edificio, por el cuarto piso. Muchos muros ya se habían caído y en el pasillo había roperos, colchones, muebles. La Cruz habló con la gente, con los turistas. Los convencieron de que nadie debía salir, que todavía faltaba. Fue una suerte, porque muchos ya se querían ir.

**IZADORA MAGAÑA**, *gerente del hotel City Express*

Cuando empieza a pegar el viento fuerte, el capitán del *Bahía del Espíritu Santo* prende sus máquinas y aproa el barco contra el viento. Siguen entonces 22 horas endemoniadas, en que la tripulación se la juega contra el huracán, el barco se mece con el impacto de las olas, las anclas crujen, el casco cruje, parece que se va a reventar, pero aguanta. Cuando entra el ojo, el barco seguía en su lugar. Nos sentimos felices cuando nos avisan, mucho más tranquilos. Nos parecía increíble, la habíamos librado.

**JOSÉ ENRIQUE MOLINA**, *director de Transbordadores del Caribe*

El huracán seguía. El ambiente entre nosotros era muy triste, amargo. Estuvimos en silencio largo rato. Mi vecino dijo que había que descansar, tratar de dormir un poco. Ellos se subieron a la recámara y en la sala nos quedamos mi hija y yo, dizque durmiendo, con el cuerpo de mi marido. En la mañana les avisé a mi papás, que viven en la supermanzana 20. Se vinieron a pie, con el agua a la cintura. También le avisé a la familia de mi marido. Cuando el ojo, llegaron los del ministerio público a dar fe. Venían con el agua hasta la cintura, una licenciada chaparrita. Me pidieron ver el lugar del accidente, les platicamos lo que había pasado. Mis papás llamaron a Recinto Memorial, una funeraria con la que habíamos adquirido un plan. Quedaron de mandar una carroza, pero nunca llegó. De todos modos, alguien nos dijo que en las emergencias hay una funeraria que se queda de guardia, y en este caso era Bretón. Ellos sí mandaron un vehículo, todavía en el ojo. Se llevaron el cuerpo de mi marido como estaba, desnudo, envuelto en la cobija. Lo trasladaron al Servicio Médico Forense, para hacerle la necropsia de ley. Mañana puede pasar a recoger el cuerpo, me dijeron. Ahí empezó mi peregrinar.

**MÓNICA MERCADANTE**, *educadora*



**Wilma, súper destructivo**

*Wilma se ha debilitado a Categoría 3 y bajará a Categoría 2, pues el centro de la tormenta se encuentra sobre tierra firme. Pero la destrucción puede duplicarse hoy, pues faltan doce horas de vientos.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

SÁBADO, OCTUBRE 22, 10:13 A.M., HORA DE CANCÚN.

El agua era una sola desde Isla Mujeres hasta el final de la calle, su altura era impresionante. El manglar había quedado destrozado, en lugar de árboles, eran puras varas pelonas. Mi coche había sido sacado de la cochera y estaba en medio de la calle, con el agua casi hasta el techo, y el de Fer estaba estampado de lado, en una de las columnas del garage. No se veía ni un alma.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Cuando amanecí vi por las ventanas, todos los carros estaban sumergidos. Toda la planta baja estaba inundada, tuvimos que nadar hasta la cocina para sacar unas latas de atún. Logré hablar por teléfono con mi hermano, a las Bahamas. Dónde está el huracán, le pregunté. Marcia, me dijo, todavía te faltan tres horas antes del ojo, tienes que subirte a la parte más alta de la casa y tener algo a mano para romper el techo, el problema de este huracán es que tiene mucha agua, va a inundar toda la ciudad. Ahí sentí que íbamos a morir ahogados.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Ya me imaginaba en el techo de la casa pidiendo ayuda, como esas pobres personas en Nueva Orleans.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

El sábado que me desperté la sala abierta de arriba estaba completamente inundada y lo que temíamos había ocurrido: el agua bajaba como cascada por la escalera. Por lo tanto, abajo todo estaba inundado, la sala, cuarto de la tele, el bañito, el clóset, la cocina, el comedor, la entrada, todo.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Por la mañana del sábado, como que al avión se le acabó el combustible y me despertó el silencio.

**LAURA CELIS GUTIÉRREZ**, *bióloga (desde Puerto Morelos)*

Supimos que el ojo había llegado porque se hizo un silencio total. Después de horas de vientos aullantes, de pronto un silencio de muerte.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Era extraño tanto silencio luego de medio día de huracán. Alguien nos dijo que el ojo de Wilma cruzaba en esos momentos por Playa y Cancún. Quién sabe. Hasta ahora no sabemos más que estamos bien y que el viento sopla hacia el norte, ya no va al sur.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Playa del Carmen)*

Fer se acercó a mi cajetilla de cigarros, tomó el último y, ante mi horror, ¡se lo fumó! No había ni uno más.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Afuera estaba nublado, a ratos llovía y a ratos arreciaba el aire. Freddy vivió en Puerto Rico y en Saint Thomas, nos contaba que cuando pasa el ojo del huracán cesa el aire, cesa la lluvia, se despeja el cielo, sale el sol y juras que ya ha pasado todo. Transcurren un par de horas y comienza un airecito y al rato, de nuevo, todo el show. Nosotros no sabíamos qué onda. ¿Ya se terminó? ¿Ahora sí estamos en el ojo del huracán? Hubo gente que salió a las calles creyendo que ya había pasado, otros nos dedicamos a sacar agua con los jaladores, con cubetas, con jergas, con escobas, con lo que tuviéramos.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Cuando entró el ojo, salimos de inmediato de Palacio. La gente empezó a salir, nos pedían cosas, nos preguntaban. Ahí me di cuenta que ya estaban muy presionados, con un estrés muy grande, una sicosis por tantas horas de tensión. Nosotros les decíamos, no salgan, todavía falta. Incluso por la radio estuvimos mintiendo, a propósito, les decíamos que tuvieran cuidado con los cables, que eran peligrosos, que podían tener corriente. Claro, no tenían, pero lo que queríamos era que no salieran. Alguien gritó, tienen que venir a ver esto, refiriéndose a la Bonampak. Cuando llegué y vi las torres caídas dije, chin, hasta aquí llegamos, esto ya se acabó.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

Un grupo de ingenieros nos quedamos en la región 96, desde la mañana del viernes. Cerca, en la región 91, está la oficina del Centro de Control de Energía. Ahí hay una pantalla donde se ve el estatus de toda la red, cómo se encuentra el sistema, qué interruptor abrió o cerró, dónde hay fallas, dónde hay alimentación. Estábamos en

contacto permanente por radio. Los reportes que nos pasaban eran alarmantes, muchas zonas de la ciudad se estaban quedando sin luz. Los sistemas son automáticos: cuando se produce un fallo, en automático se abre el interruptor, se queda sin energía el circuito, y no lo volvemos a energizar hasta no saber qué pasó. En el caso de Wilma, los primeros postes que se nos cayeron son los que alimentan Isla Mujeres. Los postes se fueron cayendo, hasta que nos quedamos cien por ciento sin energía en esa zona. Estábamos preocupados, y peor cuando perdimos el contacto, porque en el edificio se cayó la torre de comunicaciones, se volaron las anclas que la sujetaban al techo. Al salir y ver los primeros impactos, nos dimos cuenta que el daño era masivo. Queríamos llegar hasta el sistema de distribución, pero no podíamos pasar. Nos interesaba ver la Bonampak. Recuerdo que por radio nos dijeron, hay nueve torres en el suelo. El sábado en la mañana, en el ojo, tuvimos la oportunidad de salir y nos dimos cuenta que no eran nueve, que eran todas.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

El sábado, en el ojo, fuimos a ver como estaba la cosa. El Forito había resistido, el salón no. En la calle, frente al Ayuntamiento, estaba una hummer blanca y ahí estaba Alor, vestido todo de negro, parecía comando, con sus botas de hule.

**GERMÁN WALLS**, *propietario de El Forito*

Lo que tira el poste y las torres es el efecto dominó. Los postes tienen un diseño octagonal aerodinámico, para la dispersión de las corrientes. Lo que ofrece mayor resistencia al viento es el transformador. Las torres son como esqueletos metálicos, tampoco ofrecen resistencia. Pero los vientos sostenidos de un huracán terminan por derribar un poste, o una torre, y con eso es suficiente. El cable grueso, fuertemente sujeto, termina por hacer lo demás. Un poste jala al otro, una torre se lleva a otra, y así, en fila india. Eso fue lo que sucedió en la Bonampak, y también en la carretera de la Riviera Maya, el efecto dominó. Hubo varios puntos que se quebraron, pero nunca sabremos cuál fue el primero en caer. Wilma tiró 253 torres de alta tensión y 10 mil postes.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

En el ojo, los Millet fueron a checar su casa y a traerse algo de comida. Como estaba inundado, se fueron en una balsa, empujados por el viento. Pero de regreso el viento estaba en contra y con los remos no avanzaban. Ahí sucedió algo de verdad insólito: en plena avenida Poktapok, con una sogá, vi a Don Alonso Millet remolcando la balsa de regreso, con el agua hasta las rodillas.

**GERARDO TREVIÑO**, *industrial*

En el ojo, decidí ir a ver cómo estaba la tienda. En la excursión, sorprendí a un saqueador bastante ingenuo, extrayendo por la ventana rota unas botellas de Bacardí. Qué haces, le pregunté. Hay que aprovechar, contestó el vándalo. Que aprovechar ni que nada, esas botellas son mías, le dije. El intruso se disculpó y se fue.

**ROBERTO MARTÍN**, *gerente de La Europea*

El sábado nos dejaron ir a nuestras casas, en el ojo del huracán. Llegué como pude, brincando postes y árboles, hasta la región 233. Entonces ya había gente que estaba saqueando en Plaza Las Américas II. Entraban a la tienda Coppel y se llevaban los carritos de súper llenos de cosas.

**WILBERTH CERVANTES GORDILLO**, *agente de Tránsito*

Desde el sábado 22 en la tarde, ya había rumores de que habían asaltado las tiendas Oxxo y Extra, desvalijándolas totalmente, con el argumento de tomar cosas para comer, pero se llevaron encendedores, cervezas, cajas registradoras, y muchos productos más que no son de primera necesidad, ni comestibles.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

En la calle, se notaba que lo que más se quería era un intercambio de información, o chismes al menos. Yo pregunté a dos, qué se sabe por ahí, ya se gastó o todavía. Uno de ellos dijo que el ojo había pasado ya; otro, que nos faltaban aún unas seis o siete horas de vientos con agua. Bueno...

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Playa del Carmen)*

Alrededor de las dos o tres, vimos gente que estaba checando en las casas. ¡Rescatistas! El alma me volvió al cuerpo. Ellos estaban al inicio de la calle y nosotros al final, e iban viendo casa por casa, gritando a la gente para saber qué pasaba con cada familia, caminando muy despacio, con el agua al pecho, y usando una especie de bastones para tocar el fondo y sentir dónde pisaban. Yo estaba tan contenta y tan ansiosa que gritaba desaforadamente, temerosa de que se fueran a ir y nos quedáramos abandonados en la casa. Fernando trataba de calmarme, pero yo ya los quería ahí, en mi puerta. Tras de ellos venía otra cuadrilla con una lancha. Yo seguía brincando y gritando, no fuera a ser que no me vieran.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Para nosotros el ojo fue una bendición. Muchas gentes se pusieron a reparar, a volver a tapiar sus ventanas, rápido. A nosotros nos sirvió porque evacuamos tres colonias.

Salí con un convoy como a las ocho y media: una ambulancia, una unidad de rescate urbano y una pick up con una lancha. Evacuamos Bahía Azul, Donceles 28 y la Lombardo. Sacamos como a 65 personas. El agua había cubierto hasta el primer nivel, pero nadie se había querido salir. Esa mañana me llegaba el agua a la cintura, ya no estaba tan alta, pero teníamos mucho miedo de que nos saliera un cocodrilo. Una señora se había pasado la noche sola, con su perro, y estaba más preocupada de que rescatáramos al perro que a ella. Hasta le hicimos un video. Por altavoz les decíamos que se fueran a un refugio, que venía la segunda parte del huracán. Con todo, algunos se quedaron. Aquí nos aguantamos, decían.

**RIGOBERTO RAMÍREZ**, *coordinador de socorristas, Cruz Roja*

Los hombres abrieron nuestra puerta y quitaron la madera y al ver la lancha me pareció como ver parte del paraíso.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Como a las dos de la mañana del viernes me dicen, hay tres personas que vienen de la comunidad de Francisco May. Los paso y me explican, somos 340 personas, nos tardamos día y medio en salir a la carretera, hay un vado de agua rodeando el pueblo, perdimos lo que sembramos, se nos murieron los animales, no tenemos qué comer. En el ojo armamos un convoy, tres vehículos de la armada y dos anfibios. Llegamos hasta el pueblo y exhortamos a la gente a evacuar. Todavía hay vientos huracanados, no tienen alimentos, pero no quieren. Las unidades regresan, con unos delegados de la comunidad. Cuando me informan, enfurezco. Les echo una perorata, cómo se atreven, sabe lo que cuesta esto, pero mientras hablo me doy cuenta que están rendidos, que se mueren de hambre, al final me da un chingo de pena. Qué podemos hacer, pregunto. Mandar comida, dicen. Calculamos, tantas gentes, por tantos días, son tantas despenzas. Los llevamos en camiones, los anfibios se adelantan, le avisan a la gente del pueblo que se acerque al vado, y atravesamos las despenzas en lancha. Ese fue el vado que se extendió y cubrió la carretera a Mérida. Al final, tuvimos que usar hasta helicópteros.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento de Cancún*

Hay una comunidad muy aislada que se llama Franciasco May. Se formó un gran lago antes de llegar al poblado. Pedimos el apoyo de la Marina, y fuimos en un vehículo anfibio. Viven ahí unas 350 personas, no tenían agua, no tenían alimentos. Intentamos evacuarlos por todos los medios, pero se negaron a salir. No aceptaron, son gente muy cerrada. Les tuvimos que dar todo el apoyo por helicóptero, a un costo inmenso. Así son ellos, no entienden razones.

**AMADOR FERNÁNDEZ**, *coordinador municipal de refugios*



Diez metros a mi izquierda, un tipo se ocupaba en recoger y ordenar y repartir y no sé qué tanto más hacía en el basural de la calle. Empezó a decirme que había que quitar esto y lo otro, mientras los vientos empezaban a arreciar. Me señaló un tablón tirado a dos metros de mí, mejor guárdelo porque es un proyectil, igual que aquello, y aquel, y bla bla bla. No reaccioné como el hombre suponía. Se dijo a sí mismo, no se preocupe, yo lo hago, total, ya llevo cuadra y media haciéndolo. Me limité a decir, es bueno que siempre surjan héroes, aunque a lo mejor conviene más meterse cada quien a su casa. El hombre dijo entonces, un poco alterado, no es de héroes sino de conciencia, señor. Para eso yo iba ya metiéndome a la casa, porque las ráfagas de agua ya empapaban. La conciencia, creo, me recomendaba estar adentro hasta que el huracán se fuera, no me indicó iniciar tareas de limpieza en pro de la buena imagen de la región. Nunca falta gente que siente la imperiosa necesidad de hacer tonterías con tufo de servicio social, mientras un huracán está exactamente encima de nosotros.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Playa del Carmen)*

Gabriel y yo discutimos si deberíamos salir, al final decidimos quedarnos. Sentados, esperando, no sabiendo, eso fue lo peor. Mi mente estaba en los galeones y empecé a rezar por la vida de los marineros. Como a las cuatro decidimos tratar de buscar las medicinas de mi papá. La devastación que vi caminando era para romper el corazón. Tuvimos que nadar en más de dos metros de agua en la Tulum, para llegar al hotel. Llegamos al lobby, los tusitas lloraban, estaban shockeados, en total incredulidad. El hotel estaba destruido. Llegamos al sexto piso, no había muros, no había puertas, sólo escombros. En el cuarto donde estábamos no podía decir dónde había estado la cama, dónde el baño. Ni rastro de las medicinas de papá. En ese momento me derrumbé, no pude contenerme, me puse a llorar. Entendí que era uno de los peores, quizás el peor huracán posible. Las imágenes de Katrina regresaban conmigo, yo no creía que esto estuviera sucediendo.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

El sábado recibimos cien llamadas por crisis nerviosas y cien llamados de posibles partos.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Cuando regresamos le dije a Luis, no hay manera de que la casa se haya salvado, me imagino que nada quedó de la zona hotelera. El agua no había bajado de nivel, y ahora venía también del techo. Nos pasamos toda la noche sacándola a cubetazos. Pero mi principal temor era que mi padre entrara en un shock diabético.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*



### **Condiciones en Cancún**

*El radar de Cancún, que milagrosamente sigue funcionando, muestra que el ojo de Wilma se está degradando y comienza a mostrar grietas. El ojo está ahora lleno de nubes, y la temperatura de las nubes de la pared se incrementa, al tiempo que la tormenta se debilita. Cuando Wilma vuelva al océano al final de esta noche, probablemente será un débil Categoría 2.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

SÁBADO, OCTUBRE 22, 4:13 P.M., HORA DE CANCÚN.

Para ese entonces ya no se escuchaba ni Radio Cultural Ayuntamiento, así que no sabíamos ni qué ondas tropicales. Alberto logró comunicarse con un amigo a Chetumal y éste le informo que el ojo del huracán estaba sobre nosotros, que aún faltaba lo peor, la cola del huracán. Wilma se estaba moviendo extremadamente lento, a cuatro kilómetros por hora y ya había pasado por Cozumel, no al norte de Cozumel, sino a todo lo largo y ancho de la Isla de las Golondrinas. ¡Oh, my goodness! Ya en la tarde se comenzaron a sentir las ráfagas de viento más fuertes y ahora venían de otra dirección, del oeste.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

En la tarde empezó de nuevo el baile, ahora el viento venia por el lado del sureste.

**LAURA CELIS GUTIÉRREZ**, *bióloga (desde Puerto Morelos)*

11: 49 p.m. Los vientos son constantes pero de muy menor intensidad. Casi estoy seguro que amaneceremos sin tanto temporal. Lloverá, pues, pero no creo que con paso de huracán. ¿Ya la hicimos? No sé. Ahora pienso que un huracán no es exactamente un motivo para una novela, por ejemplo. O quizá sí, siempre y cuando la trama no gire sólo sobre el factor humano. Creo que estoy aburrido.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Playa del Carmen)*

Ahora en sentido contrario, pero con más intensidad, las ráfagas empujan el *Bahía del Espíritu Santo*. Las anclas empezaron a garrear, o sea, el barco las arrastraba enterradas en el fondo marino. De repente se pierde un ancla, el barco gira en redondo, el capitán tira la otra ancla, pero ya es tarde, han dejado de estar afirmadas al fondo. Por el radar, el capitán ve una zona de bajos, un arenal, y decide encallar el barco. Eso equivale a un aterrizaje de emergencia, es una maniobra extrema para salvarse del naufragio. El barco roza el arenal, se asienta por unos instantes sobre él, otra vez pensamos que la hemos librado, pero la corriente lo levanta y sigue a la deriva. El

capitán, por sus instrumentos, sabe que se aproxima a la costa de tierra firme, sabe que va a encallar y sólo trata de que el impacto sea el menor posible para la embarcación. Por una combinación de pericia y de pura suerte, porque no se veía nada, para efectos prácticos era como de noche, ese barco de cien metros de largo queda varado en la playa, entre un edificio, que hubiera sido aplastado, y unas rocas, que hubieran partido el casco.

**JOSÉ ENRIQUE MOLINA**, *director de Transbordadores del Caribe*

El consulado está en Mérida, pero fue obvio que íbamos a necesitar estar en la escena inmediatamente. No teníamos información suficiente. Estábamos oyendo que había 15 mil turistas en la zona. Llegué con el primer grupo, en el final del ojo, como a las diez de la noche. La autopista estaba inundada, con casi un metro de altura. Cruzamos en una Suburban, atrás de un grupo de militares. Llegamos a la Cruz Roja, dormí en la Suburban, con dos o tres personas. A mí solo me tocó vivir medio huracán.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

El sábado ya sabíamos que el huracán tenía una dimensión gigantesca, que las precauciones tomadas serían insuficientes. En la tarde noche me reuní con Rodolfo Elizondo, en su casa. Estaba también Paco Madrid, nada más los tres. Fue una reunión muy cordial, definimos algunas prioridades. Elizondo nos dijo que se había tomado la decisión de nombrarlo delegado presidencial, que sacar turistas sería responsabilidad de Paco, y que el contacto con empresarios y la reconstrucción me tocaba a mí.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

Realmente, a mí no me tenía preocupado el hecho de sobrevivir, lo que me tenía preocupado eran dos cosas. Uno, el estado de inundación en que habría quedado mi casa, y dos, el hecho de que los hoteles quedarían fregados, por lo cual era probable que perdiera mi empleo, aunado a que en Cancún, de septiembre a noviembre, es la temporada más baja, y la peor para buscar chamba. Ahora imagínense después del impacto de Wilma. Yo lo daba por perdido, pues no soy empleado con planta.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Fueron tres días de agonía, de no saber qué iba a pasar, sólo oír ese viento de 300 kilómetros por hora, y no poder asomarte a una ventana para ver qué está pasando, sólo oír que todo vuela, que todo se cae, y no te queda mas que rezar y rezar, y pedirle a Dios que te dé la oportunidad de salir de ésta.

**FABIOLA GARCÍA**, *madre de familia*

Aparte de la vela, todo es oscuridad. Llueve suave y constante. No hace frío y tenemos la puerta abierta, porque si no, el bochorno oprime. Pienso que el huracán se está yendo; no sé a dónde, pero siento que se va. Son casi 36 horas de vida huracanada. Siento más la opresión del encierro. Tal vez ésta sea la primera vez que convivimos tanto tiempo nosotros tres. Más aún si agrego la ausencia de luz eléctrica y derivados; más todavía si pienso en lo de no poder salir. Son ya más de 48 horas que nos metimos a la casa. Ha sido un buen asunto. Hasta el momento, los tres hemos interactuado como si nos conociéramos de hace años. Y no es así, son sólo seis meses de historia. Justo ahora, Sabina, la niña, me observa mientras escribo a luz de vela. Se me hace estar viviendo otro tiempo. Algo como de libros o cine, y no, no es otro tiempo. Es un huracán afuera y nosotros tres, adentro de una casa, estamos viviéndolo.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Playa del Carmen)*

## CRÓNICA DEL OJO MORADO

---

Otra vez secretaria de Turismo, Gabriela tenía una idea fija en la cabeza cuando abandonamos el Centro de Convenciones, en compañía de Laura, pasaditas las siete de la mañana. Habíamos pasado 60 horas en cautiverio, soportando la incómoda visita de Wilma.

Vamos a tratar de llegar al Marriott, propone. Si se cayó, va a ser noticia mundial y nos va a afectar durísimo.

*Tratar* era la palabra adecuada. Ciertamente, teníamos una camioneta todo terreno, pero todo el terreno que había rodado esa camioneta eran las chipotudas avenidas de Cancún. Tratar de llegar al Marriott, a media docena de kilómetros, se antojaba misión imposible, pues el bulevar Kukulcán estaba tapizado de escombros.

La todo terreno avanzó sin dificultad en el profundo charco que rodeaba el edificio, con el agua a la mitad de las portezuelas, pero íbamos a vuelta de rueda, atentos a que podíamos chocar con un escomburo sumergido. Y chocamos, un impacto leve, pero seco. Tal vez un poste, un pedazo de fierro, imposible saber. Con dos mujeres decididas a no mojarse, no había otra que meter reversa y sacarle la vuelta, pegándonos al otro lado de la calle, aunque el charco estuviera más profundo. Resultó: el agua casi llegó a las ventanillas, pero cruzamos sin novedad.

Sorteando palmeras caídas tomamos rumbo al sur, a paso de tortuga. Un kilómetro adelante encontramos, sobre la laguna, un colapso cinematográfico: el restaurante Lorenzillo's, construido sobre un amplio palafito, se había desplomado. La mitad inferior estaba sumergida en el agua, mientras la otra mitad era un amasijo de vigas rotas, muros desechos y palapas aplastadas.

El estupor nos mantuvo en silencio por unos minutos.

Seguimos. Un poco más adelante, una cuadrilla despejaba de escorias el frente del Hotel Villas Plaza. Cómo les fue, dije. El que parecía jefe, tal vez advertido que la delincuencia andaba suelta, quiso saber quién preguntaba. Me identifiqué, se identificó Gabriela. Nos fue muy mal, se cayeron las terrazas, y las villas se van a caer en cualquier momento. Vamos a ver, dijimos a coro. Era cierto: el golpeteo del mar había socavado la duna y varias terrazas se habían desfondado. En un edificio horizontal, la marea de tormenta escarbó toda la base y medio edificio lucía suspendido en el vacío, candidato a un colapso inminente. Pero lo peor era el mar: de izquierda a derecha, de

---

norte a sur, todo lo que se veía eran rocas desnudas, muros de contención, cimientos expuestos, terrazas vencidas, fragmentos de albercas, ruinas y más ruinas, pero ni un solo grano de arena.

Fue de esa forma brutal, inapelable, como nos enteramos que las legendarias playas de Cancún habían desaparecido.



Laura Cattorini, que no quiso abandonar la seguridad de la camioneta, no lo quería creer. Qué va a hacer Cancún sin playas, gimoteaba.

Seguimos. El restaurante Pat O'Brien's, en Plaza Kukulkán, lucía maltrecho. El techo de la terraza había desaparecido y una torre decorativa, antaño sobre la fachada, estaba caída. Los vidrios, todos rotos, pero en este punto tengo que dejar de mencionar los vidrios rotos, porque es cuento de nunca acabar. De aquí en adelante, para efectos de esta crónica, todos los vidrios están rotos.

Los siguientes hoteles, el Beach Palace y el Meliá Turquesa, se veían enteros. No lo estaban: su estructura se había resentido, al grado que el primero fue demolido, y el segundo sigue posponiendo la fecha de reapertura (incluso, se contempló demolerlo).

Otra escena dantesca: Plaza La Isla. El viento derribó como naipes los techos prefabricados de fibra rígida, y pandeó las columnas que los sostenían. Los comercios lucían devastados, y muchos muros de materiales ligeros habían desaparecido, como si la zona hubiera resentido un bombardeo. Los logotipos de las tiendas y toda clase de mercancías, ropa, juguetes, muebles, maniqués, rotos y sucios, cubrían los pasillos.

Pero si vamos a hablar de muros desaparecidos, la nota la daba el Centro Empresarial, un lujoso conglomerado de oficinas, conocido como el Elefante Blanco, que promovió sus ventas con el calificativo de 'edificio inteligente'. Tal vez lo era, pero no lo fue su constructor, quien levantó todas las paredes, exteriores e interiores, con una especie de tabla roca reforzada, el alucubón, material que literalmente se desintegró ante el embate de Wilma. Se fueron los muros, se llevaron puertas y ventanas, y ya libre de estorbos, el huracán barrió con muebles y acabados, y siguió con plafones y con ductos, hasta dejarlo limpiquito, sin huella alguna de su efímero esplendor, un cascarón en obra negra, irreal, inverosímil.

(Frente a éstos últimos, por cierto, estaba lo que quedaba del Hotel Sheraton, que la empresa propietaria decidió demoler unos meses antes, con el rentable propósito de construir el doble de cuartos. Wilma los agarró a media jornada y las fotos del Sheraton a medio demoler le dieron la vuelta al mundo, con leyendas que le acreditaban la destrucción al huracán. Esa ficción aún subsiste sin correcciones en muchas páginas de Internet).

Seguimos. Y para seguir, muy a mi pesar tengo que regresar a los vidrios rotos, porque el siguiente despojo era el Hotel Aqua, la franquicia de lujo de Fiesta Americana, un palacio de cristal en estado lamentable. Desde la calle, en sus diez o

doce niveles se apreciaban los plafones colgantes de los pasillos y las puertas vencidas de las habitaciones, antes ocultas tras el tono ahumado de los ventanales.

Seguimos. Plaza Kukulcán no mostraba ningún percance, hasta los vidrios se veían en su lugar. Lo mismo Royal Sands, el tiempo compartido más exitoso de la zona. Lo mismo el Ritz Carlton, un parador suntuoso pero plomizo, que por fuera parece una prisión de alta seguridad.

(El tiempo demostraría la vaguedad de estos juicios, formulados a ojo de buen cubero. El Royal Sands, bien diseñado, salió ileso del encuentro y abrió a las pocas semanas, en tanto el Ritz Carlton sufrió daños de consideración, y diez meses después continuaba cerrado).

Siguiente parada, el Meridién. El portón de acceso lateral estaba en el suelo y, por el hueco de las escaleras posteriores, se podía ver hasta la playa. Curioso por corroborar la magnitud del deslave de arena, atravesé la galería, dando voces para no ser confundido con un saltador. De regreso, me detuvo la voz de un guardia de seguridad.

A quién busca, gruñó.

Al director, al señor Sorin, repliqué, nomás para demostrar que no era un intruso.

Permítame, voy a avisarle, dijo, mientras manipulaba un walkie-talkie. Resulta que Sorin sí estaba en el inmueble, y junto con Gabriela inspeccionamos la playa. Bueno, la ex playa: se había ido completa, junto con parte de la terraza. Su salón de fiestas, el Martinière, estaba hecho trizas, pero para esas horas Sorin ya había hecho una inspección, piso por piso, y comentó que el daño a las habitaciones era mínimo...

(Aunque en ese momento lo ignorábamos, el Meridién fue el hotel de playa que mejor resistió el choque y, en los siguientes días, se convertiría en el refugio operativo del gobierno federal, siendo de los pocos paradores que jamás cerró sus puertas).

Última parada, el J W Marriott. El mismo libreto: me increpa un guardia, le pregunto por el gerente, el señor Germinal, llama por walkie-talkie, anuncia que ahorita viene (a lo que se ve, como los capitanes de novela, los gerentes de hotel, al menos en Cancún, jamás abandonan el barco). A poco apareció Germinal, quien se declaró apantallado de que la secretaria de Turismo en persona apareciera a esas horas. Ella también estaba apantallada: el viento arrasó la recepción del hotel y la zona de boutiques, y el mar socavó la duna, fracturando las terrazas y partiendo una alberca a la mitad. La punta del edificio, de once niveles, estaba en la orilla misma del talud que dejó la marea de tormenta, con un soporte muy precario.

Los daños eran graves, pero al menos el rumor era falso: el Marriott tampoco se había caído.



Comprobada la vertical del Marriott, ahora era yo quien tenía una idea fija en la cabeza: ir a ver el Tafil. En el tramo de ida, habíamos invertido más de dos horas en

un trayecto de diez minutos, pasando varias veces sobre el camellón y remontando, debut de la todo terreno, algunas montañas de escombros.

Fue un recorrido penoso. Pese a su fama mundial, Cancún es una ciudad pequeña, donde todos nos conocemos, así que no era posible disociar la imagen de las ruinas del rostro de personas apreciadas, cuando no amigos queridos. Ahora escribo Pat O'Brien's, Punta Cancún, Base Xcaret o Centro Empresarial, pero cuando los vi abatidos pensaba en Rafa Aguirre, en Pancho López Mena, en Charlie Constandse, en Pancho Córdoba, en Román Rivera Torres. Como la guerra, una tragedia como Wilma te afecta porque te afecta, nunca sales indemne porque siempre hay alguien cercano que sale perjudicado.

Así que ese domingo, al filo de las diez, nos dio gran alegría empezar a encontrar rostros conocidos por el bulevar. No había gestos gozosos: andaban, como nosotros, checando los daños, algunos sus propios daños, las pérdidas sufridas en su patrimonio. No recuerdo cuántos vimos, la Kukulkán se estaba convirtiendo en una romería de curiosos, nunca sospeché que hubiera tantas todo terreno en la ciudad, pero aun así me vienen a la memoria los rostros azorados de Roberto Cintrón, de Javier Zubirán, de Diego de la Peña, de Mike Carney, de Pedro de Regil, de Pancho Garza.

Frente a Plaza Kukulkán, encontramos un equipo de la televisión española, quizás los primeros en la zona, que de inmediato enfocaron sus lentes hacia Gabriela. Con ellos venían el presidente de los hoteleros, Chucho Almaguer, y el mandamás del Grupo Oasis, Memo Portella. Este dúo dinámico, compinches que trabajan juntos, comen juntos y conspiran juntos, de remate son vecinos y, en ausencia de sus familias, puestas a buen resguardo, decidieron pasar juntos la contingencia, con tal mala suerte que, habiéndose separado el jueves por la noche, ya no pudieron volver a juntarse, impedidos por las violentas ráfagas que atravesaban los pocos pasos que distan entre sus departamentos. Así, pasaron lo peor en soledad, cada uno encerrado en su propio baño, sin saber uno del otro, pero esa mañana de resurrección ya se habían vuelto a juntar.

Después del Centro de Convenciones, hacia la ciudad, el impacto de Wilma era igual de severo, y a veces de dramático. El campo de golf Poktapok era una laguna de muchas hectáreas, con pocos árboles de pie. La marina Aqua Tours se había esfumado: tan sólo unos troncos sobresalían del agua, donde antes estaban las plataformas y los muelles. El Teatro de Cancún se había desfondado y el escenario, absurdo, se asomaba al océano. El mismo océano que se había metido en Villa de Pescadores, hasta la cocina de las casas. Otra vez los rostros amigos: Lalo Albor, Paloma Herrero, Memo Martínez, Luis Reynoso, el Flaco Lavalle.

El Tafil estaba bien, con sus asegunes. La fuerza de Wilma había estrellado la quilla, una y otra vez, contra los manglares, terminando por partir el barandal de acero de proa. De los toldos no quedaban ni hilachos y el casco estaba gris verdoso, de tanto ramalazo volador, pero nada que no tuviera remedio. El que no tenía remedio era Héctor, mi marinero: tras las 60 horas de ajetreo, se tomó unos tequilas para



liberar la tensión y terminó agarrando una papalina de antología, una jarra tan impresionante que no hubo forma de que volviera en sí, borracho perdido y dormido sobre la cubierta de proa. Justo la medicina que necesita, pensé. Más allá de la anécdota, alrededor del Tafil todo era catástrofe: varias lanchas se habían hundido, algunas por el sablazo anunciado de las casuarinas. Va a ser cosa de días, calculé.

(Al final fueron dos semanas de encierro. Los propietarios de naufragios fueron reflatando o remolcando sus restos, y cada maniobra permitía la salida de dos o tres embarcaciones. Pero el Tafil estaba al fondo y tuvo que esperar hasta que se despejó todo el canal).

De vuelta en la camioneta, Gabriela era presa de la urgencia. Vía celular, de repente vuelto a la vida, le habían avisado que el gobernador venía hacia Cancún, en compañía nada menos que del Presidente Fox.

Tan pronto, me sorprendí.

Llévame a tu oficina, me están esperando ahí, urgió.

Allá enfilamos, y en el camino fuimos testigos del inicio del renacimiento de Cancún. Sin esperar a nadie, sin directrices de ninguna autoridad, porque ni autoridad había, los cancuenses estaban limpiando su ciudad, amontonando los despojos vegetales, recogiendo los letreros tirados, despejando las calles, barriendo las banquetas, el espíritu que nos iba a sacar adelante.

Al llegar a la oficina, otra vez la misma hazaña, pero explicarla requiere una digresión. Tanto en el Wilma como en el Emily, Gabriela me pidió prestada la oficina, para convertirla en centro de orientación telefónica. El procedimiento era simple: Telmex conectaba a mi conmutador el número de la Sedetur, y el personal de la Secretaría se mantenía en guardia, atendiendo llamadas del público. Pero era necesario hacerlo en la zona céntrica, porque muchos operadores no tienen vehículo propio y, a la hora del huracán, no tendrían acceso a la zona hotelera. La instrucción fue que aguantaran hasta donde se pudiera (luego resultó que se habían ido hasta el viernes, al mediodía), y que regresaran cuando se pudiera, pasado el peligro.

Ya estaban ahí, media docena de héroes incondicionales. En domingo, en cola de huracán, con las huellas de las desveladas, ya estaban ahí para ver si se requerían sus servicios.

No se requerían: no había luz, ni teléfonos, ni nada qué hacer. Gabriela los despachó, no sin antes averiguar, caso por caso, su situación personal. No tiene objeto que se queden, nos vemos mañana, indicó. Y luego partió presurosa hacia Puerto Morelos, para sumarse a la tarea de rescate que, en pocas horas, se había convertido en prioridad nacional.



La llegada a la ciudad, que me salté en el bloque anterior, fue dramática.

El viento había dado cuenta de las torres de alta tensión que alimentan Cancún, colocadas en batería a lo largo de la Bonampak. Cubriendo de lado a lado

el arroyo, los esqueletos metálicos, aún sin corriente, lucían amenazadores, con sus transformadores y sus cables desperdigados por doquier. Eso sí era asombroso: incluido el Gilberto, la ciudad había sorteado los huracanes pasados con daños menores, nada que te preparara para esta destrucción masiva.

En la calle, frente a mi oficina, por boca de los vecinos, igual que en el 85 con el terremoto, me fui enterando de la gravedad del golpe.

Se cayó la Ford, está hecha papilla, dijo uno.

Se cayó la Mercería El Triunfo, no quedó nada, dijo otro.

Se desbarató Plaza Las Américas, terció alguien.

Desapareció Plaza Las Avenidas, agregó uno más.

Bueno, no había más remedio que reportear la nota. En tal afán se me fue el día completo, haciendo apuntes, tomando fotos, recogiendo testimonios, muchos de los cuales incluí en este texto. Son mejores esas voces que la mía, pues tienen el acento inconfundible de la vivencia personal.

Además, encuentro reiterativo y hasta tedioso relatar mi paseo, porque el paisaje que vi en cada esquina fue casi idéntico: árboles y postes abatidos, puertas y ventanas rotas, techos desprendidos, cornisas derribadas, anuncios desvencijados, semáforos caídos, coches aplastados. Más en una calle que en otra, pero en todas eran palpables las huellas del monstruo.

Así que voy a limitarme a los cuatro casos que mencionaron los vecinos.

La concesionaria Ford, en efecto, se había caído. No toda, no los talleres, ni el edificio, pero sí el salón de ventas frontal, la terraza de lujo donde se exhiben los autos último modelo. Los restos de esos vehículos flamantes, todavía con el velocímetro en cero, lucían triturados por el impacto de la armazón metálica de la techumbre, que no sólo se desplomó, sino que se retorció grotescamente, como si fuera de cartón. Por suerte, en el momento del colapso nadie estaba abajo.

De la Mercería El Triunfo, en efecto, no quedó nada. Igual que en el Elefante Blanco, los muros falsos no resistieron el empuje del viento, y la corriente barrió de lado a lado el atiborrado bazar, lanzando a la calle su amasijo habitual de baratijas y chucherías, donde se distinguían restos de vajillas y platones chinos, lámparas y turbantes hindúes, jaulas y cofres tailandeses, sillones de terciopelo, alfombras imitación leopardo y esculturas de plástico. Por suerte, en el momento del desastre nadie estaba adentro.

Parte de Plaza Las Américas, en efecto, se desbarató. Mal construida, cayeron como tabla los muros exteriores de los cines, dejando al descubierto las pantallas y las butacas. Aquí las versiones eran confusas, pues los vecinos aseguraban que en el momento del derribo, las salas servían como refugio de turistas, y que hubo una movilización de emergencia para evacuarlos, con saldo de algunos lesionados. Me prometí corroborar el rumor.

Y Plaza Las Avenidas, en efecto, desapareció. No que no hubiera nada donde estaba, pero todo lo que había era un rosario de locales arrasados, tan desvalijados por el viento que ni siquiera servían para el saqueo. Por suerte, los veladores se habían

metido a los baños de la gasolinera, salvando el pellejo.

En resumen, la ciudad estaba de cabeza, quebrantada, rota, y en serios aprietos, pues los destinos turísticos dependen de su imagen. Esa noche, con la zona hotelera en ruinas, con la ciudad en ruinas, el futuro realmente lucía sombrío. Pero esa noche cuando volví a mi casa, casi de madrugada, aún había en las calles muchos vecinos levantando escombros, retirando basura, limpiando su ciudad.



A la mañana siguiente, otra vez la hazaña del temple: todos los colaboradores de mi oficina se presentaron a trabajar. Algunos sólo fueron a pedir permiso, su vivienda o su familia los requerían, pero todos pasaron lista de presente.

Eso que insisto en llamar mi oficina es una editorial que se dedica a imprimir revistas, sociedad en la que participan muchos empresarios prominentes. La filosofía de la casa propone, sin renunciar a la crítica, destacar el lado constructivo de la realidad, enfoque más bien insólito en el periodismo nacional, entregado con entusiasmo al escándalo y a la denuncia. Tenemos dos productos, *Latitud 21*, de orientación empresarial, y *Brújula*, para el mercado juvenil. Felizmente, cerramos la edición de ambas el 20 de cada mes, de modo que el arribo de Wilma, el 21, no nos afectó: ambas ya estaban en la imprenta.

Pero no íbamos a salir a la calle sin una noticia del tamaño de Wilma.

Así que me reuní con la editora, Mariana Orea, y esa misma mañana decidimos incluir unas páginas extras donde aparecieran, junto a los destrozos del ciclón, la respuesta instintiva de la comunidad, es decir, la gente limpiando la calle.

Pero queríamos algo más contundente y pronto concluimos que la nota de portada de la siguiente edición no podía ser otra que la reconstrucción de Cancún. En base a esa visión, en las semanas siguientes Mariana entrevistó a los socios de la empresa, quienes, en mangas de camisa, o más bien, en fachas de faena, limpiaban sus viviendas y sus negocios.

Todos habían sufrido daños. A Memo Martínez, a Cayetana de Regil, a Luis Reynoso, a Gerardo Treviño, a Octavio Lavalle, el mar (o la laguna) se les metió hasta la sala de sus casas. A Rafael Obregón se le inundó la fábrica de materiales de construcción. Eduardo Albor perdió una marina. Carlos Constandse tuvo que cerrar de nuevo Xcaret. A Andrés García se le inundó la rotativa del periódico. A Carlos Moreno se le cayó una sección de la escuela. A Armando Pezzotti no le fue tan mal en el restaurante, salvo raspones. A Román Rivera le volvió a pegar en Puerto Aventuras, cuando aún no se reponía del Emily. A Armando Millet le dejó los hoteles intactos, pero semi vacíos por semanas. A Luis Cámara lo dejó sin muelle. Y a Isaac Hamui, ya se vio, le arruinó el Centro de Convenciones.

Eran pérdidas reales, concretas, que ilustramos con fotos siniestras, opacas, con el objetivo de la cámara apuntando a los destrozos. Un enfoque atípico en *Latitud 21*, que por norma publica logros, no descalabros.

Pero en esta ocasión era necesario, porque la pregunta era una sola y la respuesta fue unánime. Cuando el siguiente ejemplar de la revista salió a la calle, todos los socios de la empresa revelaban su estado de ánimo después de Wilma, dando razones y argumentos para que su nombre apareciera en un reportaje cuyo título fue: *¡Aquí nos quedamos!*

## DE LOS ATRIBULADOS Y LOS RÉPROBOS

---

Amaneció muy silencioso, los pajaritos no cantaban, ni pasaban loritos escandalosos, ni las chachalacas armaban su relajo. En la carretera que se escucha a lo lejos, no se oían circular coches. Pero Wilma ya se había ido.

**ANETTE VON EUW**, *madre de familia*

Luis me dijo, Gabriel y yo vamos a tratar de ir a la zona hotelera. Esperando ahí, sólo esperando, fue muy difícil. Estaba en la ventana y de repente voló un pájaro. Ahí entendí que ya había pasado el huracán.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Cuando salí a la calle me pareció que estaba en Sarajevo.

**LUIS MARCÓ**, *gerente del hotel Ritz Carlton*

Salir del fraccionamiento Villas Cancún, en la región 510, atrás de la Zona Militar, significó ver los alrededores como zona de guerra, casi igual a las imágenes enviadas de Sarajevo. O a lo mejor, mucho peor, y sin estar en guerra.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

El domingo, como a las siete, vi los depas de enfrente, todas las ventanas destruidas. Una familia estaba huyendo en una balsa inflable, a través de la ventana. Primero se subió el hombre, la mujer le pasó un bebé, luego se subió ella. Se fueron remando hasta la casa de un vecino. Increíble, eso pasaba en el centro de la ciudad.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Después de un huracán, la prioridad de las Fuerzas Armadas es despejar las vías de comunicación. Eso es lo que permite que fluya todo lo demás. Si no hay acceso, no

se puede restablecer nada, ni el agua, ni la luz, nada. Al terminar la fase uno del Wilma, en el ojo, lo primero que hicimos fue despejar la Portillo. La segunda parte del huracán ya no fue tan fuerte y eso nos permitió seguir trabajando. Por eso, cuando la gente salió a la calle, ya no era tan difícil moverse

**ARTURO OLGUÍN HERNÁNDEZ**, *comandante de la guarnición militar de Cancún*

La primera acción que tomamos fue hacer transitables las avenidas, de Palacio al exterior. Igual la zona hotelera, aunque fuera un solo carril.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

A medida que nos aproximábamos al pueblo, el daño era abrumador: su rostro era de vidrios estrellados y cristales chimuelos, tejabanos desprendidos, cables huérfanos de terminales, y más y más postes heridos de muerte. Los autos circulaban ordenadamente, como sensibilizados ante un dios colérico que apenas estuvo aquí. Pensé, si esto es así, en Playa, en Cancún la cosa debe ser peor.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *(desde Playa del Carmen)*

No quedó una palapa viva, todas estaban sin láminas, otras sin el guano, y otras de plano tiradas. La calle de la casa, inundada por los dos lados. Sólo nosotros estábamos secos, pues los vecinos del frente estaban con el agua a la cintura. Era impresionante, los árboles estaban descortezados, las hojas como si las hubieran picado en una tabla, las torres de luz de alta tensión que cruzan por la colonia, dos cayeron sobre las casas y otra parecía un moño sobre sí misma. El camino a Puerto Morelos estaba inundado casi desde la carretera.

**LAURA CELIS GUTIÉRREZ**, *bióloga (desde Puerto Morelos)*

Dar la vuelta atrás de Soriana obliga a brincar charcos y lagunas, y ver más árboles sin hojas y ramas, y basura, mucha basura. En Kabah, cerca de la esquina de la Cobá, hay un minisúper, más de 80 personas hacen fila. Nada de comer, ni las carnitas del rumbo, ni pollos Pirata en salsa de tamarindo, todo cerrado. El Oxxo de La Costa, destrozado. La Cobá deja ver más calles anegadas. Por la Xcaret, esquina con Palenque, no se puede pasar. Mayúscula sorpresa, la nueva Plaza Hollywood totalmente destrozada. El nuevo gimnasio, con ventanales enormes en su base, es una alfombra de vidrio.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

Plaza Américas está dañadísima, al Chedraui se le voló una barda y se ven todos los colchones en venta. En la esquina, el hospital Amerimed no tiene ventanas. No hay

gasolineras, ni supercitos. La nueva Nissan, que no tenía ni un mes de inaugurada, está deshecha. Igual la Mercedes y la Renault. Las torres de alta tensión en la Bonampak están todas tumbadas. La Fonda Argentina, bye bye. El Sport City, kaput. ¡Ya no hay nada!

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Entramos a Playa por la Constituyentes. Imperaba la precaución y cierta cortesía, casi no escuché los cláxones enloquecidos como en horas pico. Es curiosa la repercusión de los desastres naturales, apenas desaparecida la emergencia.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *(desde Playa del Carmen)*

La mayúscula sorpresa de Plaza Hollywood es rebasada veinte veces ante los destrozos de Plaza Las Avenidas, ningún local se salvó. Lo que antes fue alegría y entretenimiento, al menos por unos días será tristeza. El Andrade, las bebidas de litro, el Oxxo barrido por el viento, el Tizoncito, la tienda de mascotas, donde hacen los pasteles. Si no totalmente destruido, al menos la mayoría de los locales se quedó sin techo.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

El Sport City, que si mal no recuerdo inauguraron el año pasado, quedó deshecho. El noventa y nueve por ciento de los supercitos, como los Extra, Oxxo, Seven Eleven, están destrozados y saqueados. La mayoría de los locales construidos tipo gringo, que fueron levantados muy rápido, con falsos plafones y láminas, casi casi desaparecieron. Entre ellos el Sport City, que estaba bien bonito.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

La nueva tienda Copel, destrozada. Para seguir adelante hay un lago de casi dos cuadras. Los que vienen de El Crucero sí se meten al agua. No es difícil conseguir un aventón, que termina a dos cuadras de la avenida López Portillo. Más desolación, rumor de que las despensas las van a dar cerca del Hospital General. Hacia allá va la gente, aunque tenga que meter medio cuerpo en el agua por casi cuatro cuadras.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

Rumbo a la Zona Hotelera había charcos muy grandes y muchas palmeras tiradas, arena, postes, y en tramos nos teníamos que ir en sentido contrario para avanzar. Nos paramos en playa Delfines, o lo que era la playa, al lado del hotel El Pueblito. Para empezar ya no hay playa, hay unas tremendas rocas, y El Pueblito, para llorar. Desde las ventanas, o lo que solía ser el balcón, ya que no había ni balcón, ni vidrios, ni

marcos de ventanas, ondeaban las cortinas hechas jirones. En algunos casos había colchones medio salidos, bardas caídas, jardines y albercas destrozados. Era realmente triste.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

A dos cuadras de El Crucero se ve un lago de casi cuatro cuadras de extensión. Llegar a la Supermanzana 69, sobre la Portillo, significa ver más negocios arrasados: la farmacia de la esquina de la Torcasita, una tienda de aires acondicionados y el Extra del rumbo. El Elektra de la Portillo y la Uxmal, totalmente arrasado, nada de las estufas, comedores, refrigeradores, modulares y aires acondicionados, o celulares, que estaban ahí la semana pasada.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

Continuando con nuestro recorrido la sensación era cada vez más estrujante: había hoteles que no presentaban grandes daños, pero otros, como una sección del Sheraton, se colapsó, como los edificios en México después del terremoto. Los espantosos hoteles Riu, enteritos. En cambio, el recién inaugurado Aqua de Fiesta Americana, despedazado. La Isla, el centro comercial, destruido. Las torres de Clarisa y Palma, muy dañadas. Lo que llaman el Party Center o el corazón de Cancún, con plaza Forum y la mayoría de los antros famosos, el Daddy'O, Coco Bongo, The City, el Bulldog, ¡babalú! Así continuamos y nos metimos al club de golf Poktapok, con sus casas y muelles muy dañados e inundados. Al día siguiente que nos fue a visitar el arquí nos platicó que en casa de un amigo, Daniel Balli, amanecieron unos cocodrilos en su sala. Les juro que es cierto.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

A la hora que llegué al Centro de Convenciones, como a las nueve de la mañana, lo que yo veo es la planta baja. Un caos: plafones deshechos, ductos colgantes, ventanas rotas. Hice un recorrido, pero estuve a punto de caerme tres veces, porque el polvito que sueltan los plafones es muy resbaloso. Así que les dije, pónganse a limpiar, pero ya no subí a ver los pisos de arriba. Doy la orden y me voy, pero cuando salgo al estacionamiento el pensamiento que se me viene a la cabeza, lo primero que se me ocurre pensar es, y ahora, a quién le vendo esta chingadera.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

De ahí en adelante nos silenció la destrucción. Las estructuras de los anuncios espectaculares eran como gigantes arañas recién pisadas, chicharra de alambres retorcidos. Las bodegas y comercios estaban como desnudados a la fuerza, apenas cubiertos



por vidrios estrellados y muretes enclenques. Árboles gigantes partidos por un muro y viceversa. Pasando el puente del aeropuerto nos dio algo de miedo: había algo destruido cada diez segundos yendo a 50 kilómetros por hora. Las universidades se veían anegadas y con daños. El periódico Voz del Caribe temblaba desencajado y roto, sus rotativas goteando, empapadas. Había estructuras de negocios tiritando con cualquier brisa o vibración. Cuánto duele perder en 48 horas, lo que tomó años en verse como una casa próspera, un negocio bien cuidado.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Cancún)*

Cuando caminábamos por la playa vimos los daños que sufrieron las casas frente al mar. La mayoría tenía cortinas anticiclónicas, pero aun así los daños eran fuertes y las que no tenían, pues ni se diga. Para empezar el mar había arrasado con muros, terrazas, albercas y jardines, para luego caer sobre las casas. Ahora sí le tocó a los ricos, decía alguien. Y sí, ahí estaban los ricos recogiendo lo que podían rescatar, barriendo arena y sacando basura.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Era una locura quedarse en Punta Sam, así que nos fuimos a refugiar a la ciudad. Cuando terminó el huracán, mi temor era que la casa estuviera destrozada. El lunes traté de llegar, nos tardamos casi tres horas entrando por atrás, por la carretera a Playa Mujeres. Cuando vi el barco en la playa, el transbordador, entonces sí pensé, de mi casa no debe haber quedado nada. No pude seguir en coche y me fui a pie. Desde lejos vi el cascarón, me acerqué. Los daños eran muchos, pero la estructura había resistido. Un velador se había quedado a cuidar el edificio de junto. Se oía como si un tren estuviera pasando por el techo, me dijo.

**LUIS CÁMARA**, *notario público*

Yo vivo en Quintas Miramar, junto a la Playa del Niño, por la carretera a Punta Sam. Es un conjunto de ocho casas, con un jardín y una terraza que dan al mar, rematando en un muro de contención. Una zona muy expuesta al oleaje, así que todos los vecinos nos refugiamos en otra parte. Yo fui la primera en regresar, el domingo, y parecía que había explotado una bomba. El muro de contención se cayó enterito y el mar se había llevado media alberca. Mi casa, la número 6, y la de junto, la 5, estaban hechas pedazos. El mar se llevó las anticiclónicas y se metió a la estancia. En la sala había metro y medio de arena, te lo juro. Todos lo que es el comedor y la cocina, ni se veían. Los muebles de ratán estaban despedazados, el refrigerador debe haber flotado porque quedó hasta arriba. Hasta encontré una vela y un sillón que eran de la casa de al lado. Pero lo increíble es que las demás casas estaban bien. Las de las orillas, un poco dañadas, pero entre las orillas y las nuestras, que están en el centro, a

las otras no les pasó casi nada. Si acaso se levantó un poco la anticiclónica y les entró agua, pero nada más. Bueno, en la casa 4, que no tiene ni anticiclónicas, que ni siquiera le pusieron masking al ventanal, no se les rompió ni un vidrio. ¿Lo puedes creer?

**MYRNA HUERTA**, *agente de bienes raíces*

Cuando regresaron, vi en la cara de Luis que las noticias no eran buenas. Me miró y me dijo, enfrente de las niñas, no tenemos casa. Isabella empezó a llorar. Tengo que verlo, le dije. Organizamos todo para salir de casa de Paco, las niñas avanzaron, nadando y flotando, más de tres cuerdas. Cuando entramos a Pescadores, la palapa no existía. A la casa no podíamos entrar por el sargazo, una montaña adentro, otra afuera, no quedaba nada. Todo el piso de abajo estaba destrozado. La única cosa que no estaba tocada era una imagen del Sagrado Corazón, el regalo de un sacerdote. No se movió ni un milímetro, estaba toda llena de sargazo, pero intacta. En todo lo demás, mi marido tenía razón, no teníamos una casa.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Muchas gentes me han relatado que tenían imágenes de la Virgen y que esas imágenes ni siquiera se mojaron, que quedaron intactas. En la capilla de la casa cural sucedió algo semejante. Toda la fachada se vino abajo, los cristales se rompieron, pero en la capilla la imagen de la Virgen estaba sobre una columna y no le pasó nada. Esa experiencia la compartieron muchos fieles en sus casas.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

Árboles, ramas, hojas, postes de luz, postes de teléfono, bardas, garajes, puertas, zaguanes, rejas, antenas desplomadas. Llegué a la esquina y no pude pasar por el enorme charco. Donde terminaba el charco, había una casa con la puerta tumbada. Adentro se alcanzaba a ver una Suburban con el agua hasta el tablero. Caminé hacia el otro extremo de la calle y había otro charcote, me metí al agua para cruzar y seguir caminando. En la parte de atrás había una casa cuya barda cayó encima de un Beetle y una camioneta, tronándoles los parabrisas. Enfrente hay una casa que el ciclón cruzó de lado a lado, tumbando la puerta principal y saliendo por la puerta que da al jardín. Desde la calle se podía ver el interior de la casa con todo tirado, y mas allá el jardín con su alberca.

**ANETTE VON EUW**, *madre de familia*

Yo vivía en el décimo piso de los condominios Punta Cancún, cerca del Centro de Convenciones. No pude llegar a la casa el domingo porque estaba inundada la calle.

Desde enfrente, vimos que no tenía ventanas, pero no pudimos acceder al edificio. Había una enorme laguna bloqueando la entrada y todo tipo de escombros. Regresamos al día siguiente. La calle seguía inundada, la basura había tapado las alcantarillas, pero alguien había puesto una soga para cruzar la calle. Subimos los diez pisos de escaleras y, curiosamente, la puerta del departamento estaba cerrada, intacta, y la llave funcionó. Al abrirla, encontramos una devastación total. Ninguna de las paredes exteriores estaba en pie, el plafón desprendido, los ductos de aire acondicionado por todas partes, pedazos de perfiles de aluminio, restos de muebles en el piso. La primera imagen que vimos, desde la puerta de entrada, fue la taza del inodoro. La taza estaba en su lugar, pero las paredes del baño habían desaparecido.

**FRANCISCO LÓPEZ MENA**, *diputado federal*

Cuando regreso a mediodía y ya habían limpiado, entre los poquitos que estaban, ya no vi todo destruido. Recorrí todo el edificio y calculé que las pérdidas serías de dos o tres millones de dólares. Pero al final sólo fueron 700 mil, porque nos pusimos abusados. Por ejemplo, se salvaron todas las alfombras. Las descosimos rápido, las lavamos, las jalaban entre varios, las colgábamos al sol, y a secar. Así se salvaron, nos ahorramos millones de pesos en alfombras.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*



***Wilma, no fuerte todavía***

*Wilma esta terminando su largo impacto en México, y está acelerando en forma paulatina hacia su próximo blanco, la Florida. El ojo abandonó la costa de Yucatán hace doce horas, pero no se ha registrado ninguna intensificación, todavía. Wilma tiene un ojo de casi 70 millas, gracias al colapso del ojo interior a su paso por la península. El huracán tiene tiempo para reformarse y podría convertirse en Categoría 3 antes de tocar los Estados Unidos.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, wunderground.com

DOMINGO, OCTUBRE 23, 10:03 A.M., HORA DE CANCÚN.

Un desastre, no hay otro término. A buen ritmo, el paso se recuperará hasta diciembre. Será ésta una temporada baja muy cruel. Es el huracán más poderoso en la historia y de nuevo le toca al Caribe Mexicano el primer impacto. A estas alturas, todo el pueblo anda en la calle o en la playa. Lo más duro era no hallar un café, cualquiera, para pasar el trago amargo con otro sabor. Así llegaban historias, comentarios, saludos, datos no duros pero que suplen la ausencia de toda comunicación. A esas horas, las once de la mañana, no había ondas hertzianas en el aire. Triste fue ver una cabina de radio, inundada; más aún, enterarse que el chavo de guardia llevaba tres

días ahí metido. Pero las historias no paraban: ¡Saquearon el *Extra*, los Oxxo y el San Francisco! ¡Sonaron tiros! ¡Los tinacos volaban!

**RODRIGO DE LA SERNA**, *(desde Playa del Carmen)*

El regreso fue muy dramático. Teníamos un vehículo todo terreno, pero nos llevó una hora y media antes de salir de la Colosio, menos de siete kilómetros. Vimos un saqueo, una señora con un Audi, sacando cosas de un Oxxo. Todo inundado el camino de acceso. Cuando llegué, el panorama era de destrucción total. Ahí tuve una regresión. Siendo director del aeropuerto de Punta del Este, en el año 99, nos pegó lo que allá llamamos un viento pampero. Allá dicen que son vientos huracanados, pero nada que ver. Fue una situación muy dolorosa, porque yo lo había construido. Hubo daños, se nos voló una parte importante del techo, una terminal quedó casi a cielo abierto. En aquella ocasión, tuve una reacción emocional que fue casi de llanto. En cambio, aquí fue de frialdad. Me dije, yo soy impotente sobre esto, sé que hay que mantenerse frío, esto es cosa de Dios.

**GABRIEL GURMEÑEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

El domingo decidimos mis primas y yo salir a la ciudad, a echar un vistazo. Fue horrible, todo devastado, árboles arrancados de raíz, espectaculares caídos, ventanas deshechas, postes de luz, inundaciones por varias calles, walt mart, chedrauis y sorianas casi destruidos, sin techos en algunos casos, plazas menores destruidas por completo, lo mismo que tiendas de todo tipo, y lo peor de todo, saqueos. Nunca presencié uno, pero sí me relataron cosas muy desagradables, gente rapiñando comida, cosa que se puede disculpar por la situación, pero por desgracia no terminó ahí. También saqueaban tiendas como Elektra, en donde no había nada de comida, gente llevándose teles, lavadoras, computadoras que ni han de saber usar, reproductores de divi-dis, y hasta cajas registradoras.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Yo me salí a la calle. La cara de estupor de la gente nunca se me va a olvidar. También vi que la gente estaba agarrando comida. Era lógico, llevaban cuatro días encerrados, no tenían comida, pero al principio eran padres recogiendo comida tirada, la que el huracán había sacado de los comercios. Conforme van pasando las horas las patrullas nos empiezan a avisar que la gente se está metiendo a las tiendas, que incluso camionetas de lujo están llevándose cosas. Le pedí ayuda al general Olguín, que mandara algo de tropa para infundir respeto. Cuando de repente, no sé de dónde sale, yo creo que fue inducido, las bandas se organizan y empiezan a saquear, a robar. Esa fue mi decepción más grande, y la de mucha gente. La gente no creía que la otra gente estuviera robando. Además, sucede en el peor de los momentos, cuando la policía está

totalmente desgastada, agotada, después de cuatro días de servicio. Yo presencié los saqueos del Chedraui, de Plaza Las Américas II. Vi a una señora llorando frente a su tienda, de rodillas, los vándalos se habían llevado todo su patrimonio. Esto no puede ser, qué está pasando en Cancún, pensaba. De todos modos, di la orden de no disparar a nadie. Entre mí, pensaba que las tiendas estarían aseguradas. Y no tenía policía para contener un evento de esa magnitud. Lo de los saqueos me generó un dolor tremendo.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

Asombran las imágenes que vienen de la avenida Andrés Quintana Roo, similar a la fila de hormiguitas que acumulan alimentos antes de la lluvia. Sólo que estas hormigas humanas, una fila de más de 200, llevan las cajas de plástico llenas de salchicha de pavo, de margarina con 120 piezas, de yakult, algunos combinan piezas de jamón o mortadela con discos compactos y libros de pasta dura, aún en su envoltura de plástico. Ropa, calcetines, boxers, pantaletas, brassieres. Otros, y otras, cargan con marquetas de queso. El hambre es mucha. Tanta, que un joven carga con dos cajas de casi un metro por treinta centímetros de toallas de papel, de las que está a disposición de los usuarios en los baños públicos.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

La gente fue al súper a buscar abasto, a buscar comida, gente como tú y como yo, y encuentran bodegas sin paredes, sin puertas, y la mercancía tirada. Esa gente agarró lo que estaba en el piso. Más que robo, más que delincuencia pura, fue la urgencia. Nunca se había dado una situación así, que estuvieran tres días encerrados, que se les acabaran los víveres. Los que abusaron fueron los menos.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

A la altura de la gasolinera, cerca de la Uxmal y Portillo. Otra vez, de regreso ya con lo sustraído de una tienda de paredes verdes, vienen muchas personas. Algunas no muestran “su mercancía”. La traen en las bolsas de 20 kilos de alimentos para perros. Otros traen sólo una caja de frascos de mole; otro, en su bicicleta, la internacional papilla para niños. Otro trae lleno su carrito de supermercado, es detenido por los policías, se defiende diciendo que la nota está hasta el fondo y no la encuentra. Hasta maletas nuevecitas lleva.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

Incluso llegaban a robar en camionetas de súper lujo.

**WILBERTH CERVANTES GORDILLO**, *agente de Tránsito*

El lado negro de estos cancenenses es evidente, tratar de saciar el hambre los hace tomar jabón de polvo y de baño, perfumes, y muchos productos más. Mientras esta horda roba, algunos ordenados clientes esperan su turno en las tiendas de enfrente del Wal Mart, de la esquina de la Comalcalco y Andrés Quintana Roo.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

En el caso específico del asalto al Chedraui de la López Portillo, no se le puede llamar de otra forma, nosotros llegamos en forma circunstancial, porque una de nuestras ambulancias fue a un servicio, no al Chedraui, sino una esquina antes, a recoger una persona caída, y le tocó ver todo. Estaba nerviosísimo por el radio, pidiendo apoyo de más ambulancias porque había un tumulto, había algo muy feo ahí, estaban golpeando a los policías que trataban de calmar el asalto, pero era mucha más gente que policías, y obviamente, les pegaron a los policías, sí, los lesionaron.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Serían las ocho y media, nueve de la mañana. Estábamos afuera de la oficina de Samos un grupo de mandos, cuando por el Matra, que es un canal especial de radio, exclusivo de seguridad pública, se oye decir, Adrián, Adrián, hay un problema en el Chedraui, estoy en medio de la multitud, Adrián, sácame de aquí, habla Alor. Nos quedamos mudos, tanto que nadie se movió. Ahí es cuando el pendejo de yo reacciono, jalo a los agentes de tránsito que estaban de guardia, lleno un autobús, y vámonos para el Chedraui, ni siquiera íbamos armados. Llegamos por el lado oeste, como viniendo de Mérida, y lo primero que vemos es mucha gente saliendo de la tienda, con carritos de súper llenos de mercancía, hasta televisores llevaban. Al vernos, algunos sueltan lo que traen y corren. Nos bajamos, nos ponemos en barrera, de dos en fondo, en la entrada. Adentro había un mundo de gente. Les decíamos que dejaran la mercancía y los dejábamos salir. Pero esos que se salían no se iban, se quedaban atrás de nosotros, molestos porque les habíamos quitado sus cosas. Yo calculo que habría unas dos mil gentes. La cuestión es que nos empiezan a insultar, y luego a apedrear, desde atrás, y los elementos de Tránsito devuelven las pedradas. Avanzamos, la multitud se repliega, pero son tantas las piedras que luego nos replegamos nosotros. Ahí se nos vino una auténtica lluvia de proyectiles. En pocos minutos ya nos habían superado, íbamos en retirada. En eso, una piedra grande me pega en el pecho. Me suben al autobús y se suben como veinte, y la gente agarra el autobús a pedradas. Un elemento trata de echar a andar el autobús, lo mejor era irse, pero no arranca la máquina y opta por esconderse bajo un asiento. A mi lado estaba una agente de Seguridad Pública, la licenciada Claudia, que estaba asustadísima. Bueno, todos estábamos asustadísimos. Le pedía refuerzos a Samos, pero nunca llegó ese apoyo. Total, ya no ofrecíamos ninguna resistencia, los maleantes se cansaron de aporrear el autobús, que por cierto quedo inservible, hecho pedazos, mientras la gente terminaba de

saquear la tienda a placer. Al final nos dejaron en paz, nos bajamos del autobús y nos regresamos como pudimos. Cuando llegué veo a Samos y le digo, lic, no escuchó que estaba solicitando apoyo. Ni me contestó.

**JESÚS CÁRDENAS**, *director municipal de Tránsito*

Estábamos concentrados en la Dirección de Tránsito, estábamos formados, cuando nos dijeron que la Presidencia Municipal solicitaba apoyo, referente a unas mercancías. Metieron un camión al patio para irnos al Chedraui, alrededor de 50 elementos. A la hora de llegar no estaba Alor, pero nos encontramos con un montón de gente llevándose cosas, despensas, el 90 por ciento llevaba aparatos electrodomésticos, inclusive la mercancía estaba regada. Nuestra instrucción fue tratar de recuperar mercancía y la íbamos pegando junto a la pared. La gente al vernos se sorprendió, ellos creyeron que íbamos a detenerlos. Íbamos sin escudo, sin arma, vestidos de pollo, sólo con los impermeables amarillos. Los vándalos empezaron a incitar a la gente. A las primeras de cambio recibí un tremendo golpe en la cabeza, y luego un botellazo, que me abrió la ceja. Necesité 19 puntos de sutura en la cabeza, 6 puntos en la ceja. Yo nada más pensaba en mi familia, creí que ahí me iba a quedar.

**SALVADOR WILBERT MORENO CAH**, *agente de Tránsito*

Cuando bajamos del camión era un mundo de gente, toda la Portillo estaba llena de gente. Cuando llegamos, Chedraui ya estaba saqueado. Nos habíamos pasado una noche muy agotadora, una noche rescatando gente en la supermanzana 61. Los albergues no aguantaron, estaban reventando, nos tocó toda la madrugada. El edificio de Tránsito tampoco aguantó. En la noche, nada más caminar a la esquina daba miedo. Vamos a rescatar a la gente, me dijeron, y yo pensé, y a nosotros, quién nos va a rescatar.

**ROBERTO OVILLA RODRÍGUEZ**, *oficial de Tránsito*

Eso fue planeado y había líderes. Yo creo que pensaron que, como ahí había unas casas de Raúl Salinas, y Raúl Salinas le robó a México, creyeron que ellos también tenían derecho a robar.

**WILBERTH CERVANTES GORDILLO**, *agente de Tránsito*

Al director, Jesús Cárdenas, lo golpearon con una piedra en el pecho, le sacaron el aire, lo tuvimos que subir al autobús para que se repusiera. Cuando quise bajar, en la puerta me enfrentó un rufián y me dijo, tú no me dejaste robar nada, y me dio con una varilla en la cabeza.

**JOSÉ MANUEL DÍAZ HIDALGO**, *oficial de Tránsito*

Una persona los incitó, vamos a atacarlos. Nosotros somos muchos, ellos son pocos. Nos acorralaron y nos metieron a la tienda. Se fueron acercando y nos empezaron a caer piedras y otros objetos. Cuando nos empezaron a apedrear, pusieron el autobús para que nos protegiera, pero eran demasiados y ya habían perdido el respeto. A mí me reventaron el ojo con una piedra y me abrieron toda la órbita ocular.

**ROBERTO OVILLA RODRÍGUEZ**, *oficial de Tránsito*

Cincuenta policías parecen muchos, pero ni nos notábamos. Era una lluvia de proyectiles, botellas de licor, hñole, cómo dolían las latas de atún. Y no se les veía la intención de asustar. Uno trabaja con maleantes todos los días, sabes cuando te quieren asustar. Aquí no era de asustarte, aquí venían por ti, a matarte.

**WILBERTH CERVANTES GORDILLO**, *agente de Tránsito*

Del Chedraui de la 100 se llevaron el aparato para rostizar pollos. De Aurrerá, el molino para hacer tortillas. Agarraban parejo...

**JOSÉ MANUEL DÍAZ HIDALGO**, *oficial de Tránsito*

Esa zona está llena de pandillas y la violencia se fue incrementando. Las escenas que veías eran increíbles. Una ancianita jalando un colchón, una señorita guapa de lo más arreglada cargando una tele. En la tarde ya ni caso le hacíamos a los saqueos. Seguíamos patrullando, pero todos los comercios estaban siendo saqueados, los chiquitos y los grandes.

**NICOLÁS REYES TORRES**, *oficial de policía*

La capacidad de respuesta de la policía municipal no era la adecuada. En condiciones normales, ya teníamos un déficit de 2 mil elementos. Entonces, cuando se desata este conflicto, en muchos puntos, al unísono, simplemente no lo pudimos cubrir. Hasta los directores agarramos escudos y macanas. A mí me tocó Baroudi, la bodega de abarrotes, la gente la quería saquear. Éramos como 40 elementos, resistimos el primer embate. Le pedimos paciencia a la gente, le dijimos que íbamos a hablar con los dueños, hicimos varios disparos al aire. Pero se dejaron venir, vino el segundo embate, eran como mil 500 gentes. No la pudimos defender, nos tuvimos que retirar. La gente sabía de antemano que la policía no iba a disparar contra ellos.

**ADRIÁN SAMOS MEDINA**, *comisionado de Policía*

Está contemplado en el plan DN-III, en cualquier contingencia, no sólo en huracán, que el Ejército patrulle para evitar pillajes. Aunque la seguridad pública corresponde



a las autoridades civiles, cuando nos pidieron ayuda se les dio. Y cuando la gente vio a los elementos del Ejército, se calmó. No me sorprende lo que pasó. Hubo muchas tiendas que el huracán despojó de sus puertas. Queda ahí abierto, la gente pasa, ve la facilidad, es momentáneo. Como dice el refrán, la ocasión hace al ladrón.

**ARTURO OLGUÍN HERNÁNDEZ**, *comandante de la guarnición militar de Cancún*

Un camión militar, repleto de soldados, pasó por Chedraui en medio de la bronca, pero no se paró.

**JOSÉ MANUEL DÍAZ HIDALGO**, *oficial de Tránsito*

Lo que sí era una realidad dolorosa, triste, difícil de aceptar, fueron los saqueos y el vandalismo que se generó en las primeras horas después del huracán, la locura colectiva, gente grande, gente que se hizo acompañar de sus hijos, mujeres, jóvenes, sin distingos de edades ni de posición social, saquearon lo mismo tiendas de comida que de bebidas embriagantes, tiendas de artículos electrodomésticos y de muebles, saquearon por saquear, no por necesidad, sino por un impulso, casi por inercia, por una sociedad que mostró el cobre, que demostró que no tiene el arraigo suficiente, que el nivel sociocultural de los cancenenses aún no es el idóneo.

**CARLOS CARDÍN**, *político*

Fue el hombre desnudo. Al momento del impacto, afloraron tus miedos, tu humanidad. Yo no puedo criticar a los saqueadores, porque actuaron como seres humanos, como lo que son.

**GLORIA PALMA**, *periodista*

Pregunta tonta: ¿será que los ladrones son católicos, evangélicos, presbiterianos, pentecosteses o perfectos? En fin, todos desconocen el séptimo mandamiento: no robarás.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

El domingo posterior al ciclón las iglesias estaban abarrotadas, se incrementaron muy sensiblemente las confesiones y las comuniones. El producto de algunos saqueos se lo llevaron a los padrecitos. Claro, los padres lo rechazaban, no lo podían aceptar, les decían que lo devolvieran al propietario. Había gentes que estaban muy arrepentidas, cómo es posible que yo haya hecho esto, decían, que le haya dado ese ejemplo a mis hijos. Eso fue una cosa perceptible por todos los sacerdotes.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*



***Wilma se intensifica paulatinamente***

*Wilma ha iniciado una fase de lenta intensificación las últimas tres horas. La presión ha caído de 963 a 959 milibares, el ojo se ha reducido de 60 a 45 millas, y las imágenes de satélite muestran nubes frías, todos signos de un ciclo de intensificación. A este ritmo, Wilma podría convertirse en Categoría 3 hacia la medianoche.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

DOMINGO, OCTUBRE 23, 3:27 P.M., HORA DE CANCÚN

Cuando tomamos posesión se hizo un estudio y una de las conclusiones fue que la policía de Cancún era altamente vulnerable. Esas fueron las palabras precisas, altamente vulnerable, por falta de elementos, falta de equipamiento, y que no estaba lista para cumplir con su misión. En los estándares que establece la ONU, estábamos al ocho por ciento. Hemos avanzado mucho. Una de las consecuencias positivas del Wilma fue que la Secretaría de Seguridad Pública, la federal, escogió Cancún para hacer el plan piloto de modernización de las policías. El plan cubre muchos aspectos. Por ejemplo, que debe haber una legislación municipal en materia de policía, que debe haber manuales de procedimientos, que debe establecerse un escalafón, que hay que definir los perfiles de los puestos, que hay que establecer procedimientos de depuración, en fin, la planeación policial que nunca se había hecho. A eso, hay que sumarle el respaldo financiero que hemos recibido, las patrullas, los uniformes, el armamento. Ahora, Cancún está siendo un ejemplo a nivel nacional y el propio Presidente Fox lo reconoció, cuando dijo que 59 municipios han solicitado que se repita allá el modelo. De acuerdo a los parámetros de la ONU que mencionaba, yo creo que ahora estamos al 70 por ciento.

**ADRIÁN SAMOS MEDINA**, *comisionado de Policía*

Poco después de la golpiza de Chedrauí recibimos otra aviso, por el Matra, diciendo que un grupo de gente se estaba tratando de meter a Palacio. Hay que ir, dice Samos, están pidiendo apoyo. Estamos viniendo de la madriz, le digo, nadie va a querer ir. En efecto, los agentes se niegan, no vamos a ir, no vamos como fuimos, como carne de cañón. Ahí es cuando Samos toma una de las decisiones más cabronas que yo lo he visto tomar: abran la bodega de armas, ordena. Formamos a los elementos y les dimos escudos, cascos y armas. Los subimos a un autobús y nos fuimos a Palacio. Pero cuando llegamos no había nada, más que unos gritones. Ya eran puros nervios.

**JESÚS CÁRDENAS**, *director municipal de Tránsito*

Por la noche sonaban los teléfonos, entraban llamadas, decían que gente armada estaba entrando a las casas. Cuando llegábamos, resulta que los supuestos vándalos

eran los propios vecinos, se confundían por la oscuridad. Como no se conocían, se andaban reportando unos a otros. La prueba fue que no hubo un solo reporte de un macheteado, de un apuñalado, de un baleado. No tuvimos un solo reporte, fue la pura sicosis.

**ADRIÁN SAMOS MEDINA**, *comisionado de Policía*

Hubo temor de que los saqueos llegaran al centro de la ciudad. Esa noche me fui temprano, a las once y media, y al rato llega a buscarme una patrulla, me dicen que me busca Samos. Salí hacia el cuartel, pero esa vez sí tuve miedo, créemelo, en la noche cerrada se oían los balazos. No sabíamos si eran los maleantes, el Ejército, Seguridad Pública, los ciudadanos. Y luego la humareda de las fogatas. Pero fíjate, prendes las torretas a las dos de la mañana y eres un blanco, aunque también eres un apoyo para la ciudadanía. A Tránsito lo comisionaron para cuidar la Mega, el Costco, el Wall-Mart y el Carrefour, la zona del centro. No teníamos nada qué hacer, no había semáforos, ni carriles de circulación, el huracán nos dejó sin chamba. Por eso, por accidente, nos convertimos en policías.

**JESÚS CÁRDENAS**, *director municipal de Tránsito*

Con la ayuda de la tropa se empezó a poner orden, en la noche ya habíamos recuperado la plaza. El problema de esa noche, y de las siguientes, fue que Cancún se convirtió en una ciudad sitiada.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

La Plaza de la Reforma llena de canconenses, extranjeros, militares, policías, periodistas. Ya hubiese querido Alor tener la mitad para su cierre de campaña. Ahora es aclamado para que ayude con comida o despensas. Despensa que tiene un kilo de galletas de animalitos, dos kilos de arroz, igual de frijol, un litro de aceite, latas de atún, y dos o tres cosas más.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

El primer día que salí, mis primas y yo hicimos fila en el Palacio Municipal, para que nos dieran los marinos bolsas con despensa, una a cada uno, por lo que teníamos víveres para sobrevivir. Ahora veo que las donaciones en verdad sí sirven y son verídicas.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

El 24 estaba en el Ayuntamiento, en la Sala de Juntas, y alguien por un altavoz dijo, en la Cruz Roja se van a repartir alimentos. Se hizo un tumulto, querían abrir el trailer a

fuerzas, en el cual teníamos 8 mil despensas. Por radio les avisé que se lo llevaran a la Guarnición Militar, pero llegando a la guarnición se juntó la gente y hubo que repartirlo todo. El general Olguín estaba conmigo, pero fue imposible contener a la gente.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Filas, filas y filas. Marineros bajando cajas de aceite que se integrarán a las despensas que repartieron las autoridades municipales. Camiones vacíos, y cuatro policías por cada uno, resguardándolos. Mucha gente.

**HÉCTOR COBÁ**, *periodista*

☛ ***Alfa impone récord de todos los tiempos***

*Desde que la formación de dos huracanes mayores en julio dejó claro que la temporada de huracanes del 2005 iba a desafiar la de 1933 como la más intensa de la historia, he estado esperando ver las palabras 'Tormenta tropical Alfa' en mi pantalla. Bien, ya tenemos ese récord. La formación de Alfa, la tormenta 22 de la temporada, convirtió esta tarde al 2005 en el año con más huracanes de la historia.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

DOMINGO, OCTUBRE 23, 6:23 A.M., HORA DE CANCÚN.

El Presidente llegó ese mismo domingo, por carretera. Entró por Puerto Morelos, venía con el gobernador desde Chetumal. Nos subimos a un camión descubierto, vimos los destrozos, e hicimos un recorrido por la zona hotelera, completita, de principio a fin. La gente lo reconocía, ayúdenos, le gritaba, o le aplaudía. Cuando llegamos al centro Fox dijo, gobernador, vamos a echarle la mano, hay que trabajar muy duro, como diciendo, dígame sus prioridades y cuente conmigo. Yo sí lo vi impactado, muy sensibilizado, igual que a su esposa. Su actitud era honesta, lo debo de reconocer.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

El sábado me enteré que el Presidente quería ir a Cancún, que sólo estaba esperando que el tiempo mejorara para irse allá. Le hablé para preguntarle si quería que lo acompañara. Por supuesto, me contestó. Ya en el avión me dijo, yo creo que tú te debes quedar a hacerte cargo del asunto, por el conocimiento que tienes del destino. A mí me tomó casi de sorpresa. En esos momentos había problemas en Chiapas, Oaxaca, Tabasco, Veracruz, por las inundaciones. Ciertamente, Cancún es un destino turístico, pero me tomó por sorpresa que el Presidente me haya hecho responsable.

Acepté de inmediato. Bueno, eso fue antes de que nosotros llegáramos, antes de enfrentarme a la realidad. Cuando vi lo que había pasado, estuve a punto de echarme para atrás, de decirle al Presidente que yo no era la persona adecuada.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

El golpe de Wilma fue como si nos hubieran pegado cinco Gilbertos

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Volamos a Chetumal, el ánimo era de preocupación. En un convoy de vans tomamos la carretera. Hicimos escala en Playa del Carmen y entramos a uno de los albergues. Estaba demasiado lleno, las condiciones eran terribles, la gente ya estaba harta, olía mal, se veía sucio. La gente contenta de ver a Fox, pero el presidente se molestó, salió de ahí con el rostro descompuesto. Seguía lloviendo, duro y tupido. En Puerto Morelos nos subieron a vehículos de la Marina, anfibios. Del otro lado del charco, a un camión. Amainó la lluvia, le quitaron la lona al camión, para que el Presidente pudiera ver, y me imagino, ser visto. Todos estábamos mojados. A Cancún entramos por la Colosio y era dramático lo que se veía. La gente estaba saliendo a la calle y le daba mucho gusto ver al Presidente, le gritaban cosas. Recorrimos la zona hotelera hasta Punta Cancún, luego por la Bonampak, hasta el Conalep. Allí estaban los huéspedes del Regina, desesperados de tanta galleta y atún. Hubo una reunión y Fox enlistó los temas que era prioritario atender, consciente de que estaba al mando. Esos días vi al Presidente que nos gusta, con mucha fuerza, mucha decisión, en control de la situación.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

Desde el día anterior, el día del ojo, los turistas se salieron del Conalep a buscar comida. Estaban desesperados, creo que el hotel los envió a última hora y los abandonó ahí.

**JUAN JIMÉNEZ**, *empresario*

No me imagine que fuera tan duro. El Presidente se consternó mucho. Te da tristeza, dolor, sentimientos, dudas, qué va a pasar, cómo pudo acabarse todo. Parecía una escena de esas películas apocalípticas.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

A mí Wilma me dejó una lección: no debe ponerse en riesgo la capacidad operativa del sistema. Los mandos deben tener plena capacidad de acción, en un lugar que esté a salvo de la contingencia. Esa reflexión me viene de la gira que hicimos el domingo. El Presidente nos convocó cuando todavía se sentían los efectos del ciclón.

Nos tardamos todo un día para llegar al lugar del siniestro, usando todos los medios de transporte disponibles. En ese lapso, estuvimos incomunicados: no había teléfono, ni celular, ni siquiera electricidad para cargar los radios de baterías. Está muy bien que el Presidente haga acto de presencia, pero la emergencia se tiene que operar desde un sitio adecuado. No se le puede quitar al sistema la capacidad de operar.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

La emergencia real empieza cuando termina el huracán.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

El domingo en la mañana estaba afuera, barriendo la calle. El deterioro del restaurante había sido mínimo, hasta las palapas aguantaron perfecto, pero había un poco de basura. En eso se me acerca una persona con una pinta extraña, parecía como un predicador de esas iglesias raras y me dice que tiene un grupo de gente, que si les podemos dar de comer. Le digo que no hay manera, que no tengo luz, pero que se diera una vuelta al rato, porque íbamos a regalar comida, para que no se echara a perder. Como a mediodía volvió a aparecer este personaje y me dice, soy del Estado Mayor, ahora sí necesitamos que nos hagas algo de comer, porque va a venir el Presidente y su comitiva, y no hay dónde. Se suponía que iban a dormir en el hotel de al lado, el Villa Maya, un hotel bien modesto, de mochileros. Pues a ver qué hacemos, le digo, porque todo está limitadísimo. Ese día muchos vecinos se acercaron, traían lo que habían guardado en el congelador, filetes, cortes finos, langostas, a ver si se los podíamos preparar, la misma preocupación, para que no se echaran a perder. Ese día todo fue con velitas, porque la cocina está al fondo, y sin luz, es una boca de lobo. Llegó en persona el chef del Presidente y me preguntó, a ver, qué le vas a dar. Pues tengo estas langostas, le digo. Sale, le gustan mucho. El Presidente nunca llegó, creo que el Estado Mayor decidió que era mejor que cenara en su cuarto. Pero en la noche tuve aquí a la mitad del gabinete, esos rostros que sólo ves en los periódicos, echándose unos tequilas para relajarse. Al día siguiente salí temprano, a ver si podía conseguir algo de abasto. Me dijeron que en la Bonampak había unos camiones que estaban vendiendo pollo, o cortes de carne. Cuando regresé, como a las ocho y media, me cuentan los empleados que vino el Presidente, se sentó en la terraza, se tomó un café con pan dulce, no estuvo ni quince minutos y se fue. El Presidente de México vino a mi restaurante y yo no estuve para la foto.

**ALEJANDRO REYES**, *propietario del Mesón del Vecindario*

En el hotel, el Villa Maya, se nos rompieron los vidrios del primer piso, se volaron unas tejas y se inundó, pero las cuatro habitaciones de la planta baja quedaron bien. Somos un hotel muy chico, de 15 habitaciones, no hay restaurante, pero en la recepción hay

unos refrigeradores donde se pueden comprar refrescos, y también vendemos papas fritas, galletas y dulces. El domingo como a las nueve estaba limpiando cuando llegó una persona, anduvo caminando, viendo los daños. Viene y me dice, vengo con un grupo, quiero esta sección para mi gente, necesito que la limpie y me la tengas lista antes de las ocho. Eran seis cuartos. Nos ponemos a limpiar, se me hizo un poco raro porque dejó unos escoltas, y ellos nos indicaron que de la habitación 1, que tiene una matrimonial y una king size, sacáramos la matrimonial y sólo dejáramos la cama grande. Así lo hicimos. Poco antes de las ocho llegan unas personas y, sin decir nada, instalan en la recepción unos aparatos de radio y se ponen a transmitir. De pronto empiezo a ver movimiento, llegan muchas camionetas, yo estaba en el escritorio de la recepción, y por la puerta entra el Presidente Fox y su señora, Doña Martha. Qué onda, pensé. Me quede así, de la sorpresa. Buenas noches, me dijo el Presidente, como los trató el huracán. Pues así, usted lo ve, le digo. Venían también el vocero, el jefe de los militares y otras personas. Pasaron directo a las habitaciones, allá les llevaron de cenar, trajeron la comida de fuera. La noche fue tranquila, yo tenía otros dos huéspedes, unos ingenieros, pero nadie se metió con ellos, creo que ni cuenta se dieron de lo que pasaba. El Presidente se retiró temprano, como a las ocho de la mañana. ¿El precio? Bueno, era temporada baja, el mes de octubre, así que teníamos una tarifa de promoción de 350 pesos y se las respetamos, no teníamos porqué cobrar más. La factura salió a nombre del Estado Mayor Presidencial.

**FERNANDO NAHUAT CANCHÉ**, administrador del hotel Villa Maya Cancún



### *¿A dónde irá Wilma?*

*Todos los modelos de computadora indican que, después de abandonar la península, Wilma cruzará en 18 horas el Golfo de México e impactará Florida, entre Fort Myers y los Cayos, probablemente con Categoría 3. Mi pronóstico personal es que será Categoría 2 e impactará cerca de la Isla de Marco.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

DOMINGO, OCTUBRE 23, 12:45 P.M., HORA DE CANCÚN.

La noche del viernes hice un documento llamado Plan Emergente del Sector Turismo, la noche del sábado otro, un Programa de Acción Inmediata. Eran lineamientos generales, un esquema operativo. El mismo sábado se decidió que Elizondo fuera el coordinador de la emergencia. Discutimos los planes con Fox en el avión a Chetumal. Era previsible que el asunto de los turistas iba a ser prioritario, que era necesaria una muy urgente evacuación del destino. Esa noche, el Presidente me designa para coordinar, desde la parte federal, la salida de los turistas.

**FRANCISCO MADRID**, subsecretario de Operación Turística

Lo más impresionante era la cantidad de escombros y de láminas retorcidas. Muchas de las estructuras de los andenes se habían caído, se habían desplomado. Se rompieron muchos vidrios. La Terminal Uno se colapsó del techo, hubo daño estructural, se habían torcido las columnas de soporte, estaba totalmente inutilizada y requería apuntalamiento urgente. Al techo de ala de avión de la fachada no le pasó casi nada, tuvo una afectación menor. El FBO, la terminal de aviación civil, quedó destruido en medio de un lago, te diría que hasta con olitas, en lo que llamamos el lado aire. La mitad del edificio corporativo quedó al descubierto. La inundación iba desde el camino de acceso y el estacionamiento, y llegaba a las plataformas. En eso había quedado el principal acceso de la ciudad. Quizás uno exagera su papel, pero en ese momento sentí que todo Cancún estaba sobre mis hombros.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

Mi labor era localizar a los turistas, pero fue obvio que sería una tarea imposible. Íbamos de reunión en reunión, nadie tenía teléfono, nadie tenía información. Mi celular funcionaba, podía llamar a la embajada en México y a Washington, pero no podía llamar a nadie en Cancún. Algunos albergues muy malos, otros bien. Sabíamos que en un albergue el techo se colapsó y estaban en el estacionamiento, fuera de Plaza Las Américas. Estaban en shock, venían del Hotel Riu. Estaban cerca del Chedraui, donde hubo saqueos. Era domingo, ¿qué hacemos? Sin información, todo es muy difícil.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

El primer contacto fue vía celular, con los clientes, que nos llamaban desde los refugios. Obvio, teníamos muchas versiones de lo que había pasado, pero poca información. En la Riviera decían que todo estaba bien; en Cancún, que era una catástrofe.

**TERRI LINEX**, *mayorista (desde Dallas)*

El domingo en la mañana, inspeccionando los daños a plaza, destapando los pozos de absorción, me preguntaron si podía darle refugios a los turistas de los Cinépolis, que se habían quedado sin techo. Los tuvieron que bajar al estacionamiento de Plaza Las Américas, donde durmieron una o dos noches. Si no les importa estar sin agua, les dije, adelante. Y ahí se empezaron a venir, como hormiguitas, con sus carritos de súper llenos de maletas. Se acomodaron en las gradas, que son de cemento, con sus cobijas y sus colchonetas. Improvisaron un tendedero para secar su ropa y usaban las maletas como almohada. Se veían cansados pero risueños, al menos tenían un techo para no mojarse.

**JORGE ÁVILA**, *director de la Plaza de Toros*



El mismo domingo, con los representantes de compañías aéreas y personal de Aeronáutica Civil, tuvimos una junta en el restaurante TJ Friday's, una de las pocas áreas funcionales. Paco Madrid fue un personaje importante, estuvo presente, aunque venía enojado por lo del retén, no lo dejaban pasar. Trabajó codo con codo, tenía comunicación con las compañías aéreas, nos ayudo a convencer a todo mundo, porque había gente que ponía trabas, se resistía, fue un factor importante contar con un delegado del Ejecutivo tantas horas. Ese día decidimos que había que dejar una vía libre para llegar, atravesar el aeropuerto y subirse al avión. Ahí se estableció que los pasajeros tendrían que venir en convoy y con el pase de abordar en la mano. Ahí nos pusimos la meta del martes como fecha de reapertura.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

En la noche recibimos una oferta de Estrella de Oro, para trasladar a los turistas en peores condiciones a Mérida. Decidimos contactar para sacar mil americanos. Hablé por Radio Ayuntamiento para decirles a los americanos que si alguien estaba escuchando, había manera de salir. Teníamos que encontrar una manera de sacar a la gente rápido.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

La primera decisión, el domingo en la noche, fue autorizar que los turistas regresaran a sus hoteles. Era situacional, cada hotel lo decidía, y Fonatur tenía buena información de cada inmueble, sabía cuáles eran seguros. No tenían luz, los cuartos estaban húmedos, pero casi siempre era mejor que quedarse en los albergues.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

Nosotros llevamos a nuestros tres mil huéspedes de regreso a sus villas el domingo en la noche. Estaban sucias y mojadas, pero los daños eran pocos. Los hoteles aguantaron mejor que los refugios, son sitios mejor equipados. Ahora ya tenemos el certificado de auto-refugio. Si hay otro huracán, espero que nos dejen quedar ahí.

**MARK CARNEY**, *director de Royal Resorts*

Nuestros huéspedes fueron a dar a catorce refugios diferentes, con los problemas de logística que eso implica. Sólo supervisar que estaban bien y llevarles comida fue un problema mayor. Por eso, hemos invertido mucho tiempo y dinero para elaborar un plan de contingencia modelo, que tiene un máximo nivel de seguridad. Está diseñado para que los turistas permanezcan en el hotel y los edificios están preparados para eso. Yo creo que esa es la solución del futuro.

**ARMANDO MILLET**, *presidente de Royal Resorts*

El domingo regresamos a nuestros 42 huéspedes al hotel. Con la planta de luz, podíamos ofrecerles un poco de comodidad, por lo menos un baño de agua caliente.

**JEAN PIERRE SORIN**, *gerente del hotel Meridién*

Blue Bay tenía como 800 huéspedes en un refugio, una escuela en la López Portillo. Ese domingo, lo importante era regresarlos a los hoteles. Todas las habitaciones estaban mojadas, así que el personal se puso a secarlas, a arreglarlas un poco. Por la noche, como tenemos planta, les pudimos servir una comida caliente a todos, a los 800. Nos esmeramos en tratarlos bien mientras se iban. Estaban tan contentos, tan agradecidos, que entre todos hicieron una colecta y le dejaron 15 mil dólares de propina al personal.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

Como cien gentes del vecindario vinieron a refugiarse aquí, por eso no nos alcanzaban los víveres, esa gente no traía comida. A todos los metimos a consulta externa, hasta a unos americanos, que vinieron a consulta. La última noche los víveres se habían agotado, pero pasó algo curioso. El señor de los tacos El Poblano me vino a pedir ayuda con sus hieleras, porque sus carnes y sus quesos se le iban a echar a perder. Présteme algunos quesos para que coma la gente y yo le presto la luz, le dije. Esa noche cenamos quesadillas.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

La taquería más grande, que está en El Crucero, quedó destrozada. Se perdió toda la plomería, lámparas, ventiladores. El huracán tiró muros, el techo de lámina galvanizada voló, los refrigeradores quedaron sepultados. En la sucursal de la Yaxchilán, el agua se metió como medio metro. Para llegar al local, cruzamos con el agua arriba del pecho y todo el mobiliario estaba regado y mojado. Como siempre, acostumbro tener un colchón de materia prima en existencia. Tenía almacenadas unas 350 bolas de queso, media tonelada de arrachera y unos 300 kilos de carne de puerco. Lo primero que hice, cuando mi personal llegó, fue invitarlos a comer a todos con sus familias. Les dije, saquen los anafres. Y entre los escombros nos pusimos a echar taco. Que más da, entre mi pena y con sentido del humor, lo único que pensé fue, hoy ya comimos todos, mañana a ver de a cómo nos toca. Pero todavía había mucha comida, lo primero que se me ocurrió fue llevarla a los albergues. Un amigo que trabaja en Protección Civil, Guillermo Morales, me dio la idea de conservar todo, me dijo que conocía al doctor Narciso Pérez, director del hospital, que fuera y le explicara mi situación. No estaba muy convencido, pero fui a verlo, nos pusimos a platicar y le pregunté qué necesitaba. Le ofrecí comida y lo que tenía, vasos, platos desechables, servilletas. Me animé y le pregunté si podía tender un cableado hacia la taquería, él accedió,

pero hubo complicaciones con el personal administrativo, que tenía miedo de que la gente se diera cuenta que el hospital me estaba prestando luz. Así que regresé y le dije, si no se puede, no importa, la ayuda que le ofrecí, de todas formas, tómela en cuenta. Después de todo, si no podía salvar la mercancía refrigerada, la iba a regalar a los albergues. Mi preocupación eran los ochenta empleados que tengo, cómo iban a empezar a trabajar. Pero ya ve cómo es el doctor, se empeñó. Me dijo, no hay problema, usted estese tranquilo, a ver cómo le hacemos. Mi ánimo había decaído un poco cuando me avisó que me iba a prestar una oficina. Ahí metí tres congeladores y ellos me prestaron uno más, así pudimos comenzar a trabajar de inmediato. Para el lunes, ya estábamos vendiendo.

**JOSÉ EUCARIO SANTIESTEBAN**, (a) *El Poblano*

El domingo se nos acabaron los alimentos y me atravesé a Plaza Las Américas. Estaban los gerentes en la puerta, cuidando el acceso. Tengo el hotel lleno de gente y no tengo comida, le dije. Llévate lo que quieras, no te voy a cobrar, me dijo el de Chedraui.

**IZADORA MAGAÑA**, *gerente del hotel City Express*

Era dolorosísimo. A todos los lugares que llegabas, se acercaba gente de cualquier nivel social, con necesidades apremiantes. Recuerdo un señor, un ejecutivo, estaba desesperado, me dijo, ando buscando leche para mi hijo, para mi bebé. Hasta ese grado llegó la crisis, asuntos tan básicos como la comida y el agua.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

*Sobrevivir*. ¡Qué palabra tan fuerte! Recuerdo que casi siempre la utilizaba cuando alguien me preguntaba cómo estaba. Cómo estás, y yo respondía, aquí, sobreviviendo, en esta ciudad, con este tráfico, con este poco sueldo, o lidiando con los jefes o los compañeros. O que si se me acabó el gas, o me cortaron el teléfono. En fin, yo le daba ese significado a la palabra sobrevivir, y pienso que mucha gente así lo ve y así lo siente. Ahora sé lo que significa *sobrevivir*.

**FABIOLA GARCÍA**, *madre de familia*

Todos aquellos que se mostraron indiferentes, escépticos, incrédulos, apáticos o indolentes, que se autotranquilizaron diciendo que los ciclones siempre se desvían, o que se mofaron de los avisos de peligro, difícilmente volverán a hacerlo después de haber sentido lo que realmente es un huracán.

**JUAN JOSÉ MORALES**, *educador*  
*Los huracanes en la península de Yucatán, 1993*

Luego nos sentamos en la banqueta de la calle a platicar y a ver las estrellas. Como la ciudad estaba en silencio y a oscuras, el cielo se veía esplendoroso.

**ANETTE VON EUW**, *madre de familia*

Hay otra escena que no puedo olvidar: el domingo, entre los escombros, alguien encontró una bandera de México. Decidimos izarla e improvisamos una ceremonia. Tú sabes que yo soy uruguayo, pero cuando la vi ondear sobre ese panorama de ruinas, se me enchinó la piel, se nos enchinó la piel a todos. Fue un momento muy emocionante.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

## CRÓNICA DEL OJO PARCHADO

Jueves 27 de septiembre, cuarto día de la reconstrucción. El Presidente Fox regresa de nuevo a Cancún, la gira incluye una reunión con prominentes empresarios (sobre todo dueños de hoteles), y alguien me avisa que estoy incluido en la lista, distinción que no puedo confirmar porque no hay teléfonos, ni celulares.

No soy prominente empresario, pero edito una revista para empresarios y a veces me suceden esas cosas. Así que me encamino al lugar del encuentro, el Hotel Le Meridién, pero hay una confusión de horarios, cuando llego hay un gentío, la junta ya empezó, el Estado Mayor no me deja entrar.

Ni modo. Tengo muchos conocidos en el gentío y ahí me entero que después hay otra junta, con la sociedad civil. Esa no me interesa, así que estoy por marcharme, cuando se me acerca un edecán y me jala, usted pásele, usted sí esta en la lista.

En cuál lista, pregunto.

La de Fonatur, responde.

Ya en el salón, sentado en una mesa enorme que preside, con toda propiedad, el Presidente, me entero que la lista la confeccionó el coordinador de la gira, John McCarthy, y que la idea es que miembros de la sociedad civil le propongan algo al Jefe de la Nación, quien está rodeado de medio gabinete. Una voz neutra me avisa que soy el cuarto de la lista.

Menudo lío, pienso, mientras oigo cómo se atropella y titubea el primer orador. Estoy sentado en la mesa presidencial, me escuchará medio gabinete, me grabarán los medios nacionales, pero nadie me avisó que tenía que hablar, no he preparado nada, y tengo la mente en blanco.

Qué le puedo decir que suene medianamente inteligente, más o menos lúcido, no pretendo nada genial, pero al menos no hacer el papelote.

Lo de las playas, descartado, seguro ya se lo dijo Chapur en la reunión de empresarios.

¿Lo de la promoción? ¿Lo de los impuestos? ¿Lo de los créditos?

En total aturdimiento, escucho que termina el tercer ponente, que ya me toca.

Gracias, John, voy a hacer el papelote.

---

Es el propio John quien me presenta y en su introducción dice que Fernando Martí publica una revista que incluye puras buenas noticias.

Ahí se me viene una idea.

De pronto sereno, le digo al Presidente que tengo algunos años en el oficio, y que si algo he aprendido es que las malas noticias, como Wilma, como los huracanes, siempre llegan solas, nadie necesita empujarlas. En cambio, las buenas noticias siempre tienen autor. Detrás de un gobierno honesto, de una empresa exitosa, de un descubrimiento científico, de una hazaña deportiva, siempre hay un nombre y un apellido. Las buenas noticias hay que fabricarlas.

Wilma ha sido la peor noticia en la historia de Cancún, prosigo. Vino y se fue, se acabó como noticia. Pero se puede transformar en la mejor de las noticias, si estamos dispuestos a fabricarlas. Wilma puede ser el origen de la renovación de Cancún, que empezaba a dar muestras de cansancio. Wilma puede avivar la recuperación de las playas, que llevamos 18 años esperando. Wilma, pésima noticia, puede ser un semillero de buenas noticias.

Creo que Cancún va a poner su parte, remato. A Cancún le encantan las buenas noticias. Pero no podemos solos, necesitamos de su apoyo. Apóyenos, Señor Presidente, para que pueda publicar, en mi revista de buenas noticias, las buenas noticias del huracán Wilma.

Aplausos discretos...

El Presidente me hace un gesto, Doña Martha sonrío, John aprueba, recibo palmaditas en la espalda. Desde luego, no me hago la menor ilusión de que me haya escuchado, a fin de cuentas no le dije nada, no le pedí nada, no le propuse nada.

Éste va a ser uno de los miles de discursos, sólidos o huecos, que los presidentes oyen pero no escuchan. Otros tendrán más base, más sustancia, más agudeza, pero el resultado es el mismo: pasarán al olvido apenas se apague el micrófono. Hablar ahí es reflector seguro, pero tiempo perdido: ejercicio de mercadotecnia política, baño de pueblo, ritual programado del líder escuchando a su gente.

Pero aunque sea todo eso y más, no quieres hacer el papelote, y los discretos aplausos me anuncian que la libré, a pura retórica quizás, pero salí del apuro.

Gracias, John, cuando se te ofrezca.



Una semana después de Wilma, me llama por teléfono uno de los fundadores de Cancún. Estoy muy conmovido, confiesa, quiero ayudar en algo. Le platico lo que está sucediendo, el Gobierno Federal volcado en la recuperación de servicios, el gobernador en visitas maratónicas a las zonas afectadas, el Ejército y la Marina atenuando la crisis, la Cruz Roja repartiendo montañas de alimentos, los periódicos exagerando la nota, pero no me deja terminar mi perorata. Los que más sufren son los pobres, yo quisiera mandar un donativo anónimo, anuncia. Le sugiero la Cruz Roja, el DIF, ellos son los que saben, pero me vuelve a interrumpir. Mejor se lo

mando a usted, y usted lo reparte como quiera.

A mí no, replico. Por qué a mí, arremedo a Fox.

Usted puede ver que realmente le llegue a la gente que lo necesita, explica. Dígame a qué cuenta se lo deposito, y menciona una cifra de muchos ceros.

Como sé que no es rico, la cantidad me parece exagerada. La generosidad de este hombre siempre me ha sorprendido, pero ahora me abruma. Prometo faxearle el número de cuenta, pero, antes de hacerlo, esa noche platico con Gabriela. Yo no tengo la estructura para canalizar ese dinero, rezongo. Tú sí la tienes, pero eres del PRI, y además, funcionaria pública. No creo que le guste que parezca ayuda oficial.

Planteado el dilema, discurremos la forma de resolverlo. Gabriela va a pedirle a su gente, experta en ubicar extremas pobreza, que organice el reparto del donativo, por fuerza en especie, bienes básicos que la gente necesite, nada de dinero en efectivo. A mí hasta se me ocurre que repartamos puros bienes de producción, cosas que les proporcionen un ingreso, como máquinas de coser o bicicletas de reparto. Pero tiene que ser anónimo, sin ninguna sospecha de partido político.

Recibido el astronómico óbolo, dos leales de mi mujer, Urania López y Luis Cardeña, quedan al frente del operativo. Ambos organizan un grupo de jóvenes voluntarios, estudiantes en su mayoría, que se lanza a las regiones más pobres de la ciudad a detectar apremios. La lista que elaboran, casa por casa, retrata los alcances del cataclismo: nadie demanda herramientas de trabajo, todos necesitan techos, necesitan trastes, necesitan ropa.

Wilma dejó sin nada a los que viven sin nada. Se llevó sus ollas, y no tienen dónde calentar agua. Se llevó las estufas, y comen frío desde hace días. Se llevó sus techos, y duermen a cielo abierto. Se llevó sus camisas y sus blusas, y no tienen muda de repuesto.

Cambio drástico de estrategia: hay que comprar láminas de cartón con chapopote (para que techen), polines de madera (para que apuntalen), parrillas y tanques de gas (para que cocinen), colchonetas (para que no duerman en el suelo). Como esos bienes escaseaban en la plaza, sobre todo las láminas, las compramos en Chetumal y logramos que un camión del DIF las transporte sin costo. Luego, en las noches, Urania y Luis se lanzan con su brigada (a veces vamos Gabriela y yo), a socorrer desconocidos. No es fácil: todo mundo pregunta quién lo manda, a las primeras aflora la corrupción generada por los partidos políticos, que todo lo regalan a cambio del voto. Pero nuestros operadores fingen demencia, un amigo de Cancún, responden, un fundador de Cancún, divagan, respuesta que no satisface a nadie. Con ese formato, a cuentagotas, va progresando el reparto.

A fines de noviembre empiezan los fríos. Gabriela me dice que el DIF está repartiendo abrigos infantiles, porque los niños del trópico se congelan, baja el termómetro a doce grados y se congelan, sopla la brisa y se congelan, y los padres, que no tienen para el techo, menos tienen para el abrigo. Le hablo entonces a Polly, la esposa del gobernador, le platico del donativo, le confieso el nombre del mecenas, le pregunto cuántos abrigos necesita.

Los que puedas, no nos van a alcanzar, revela.

Ahí vamos Gabriela y yo, a Chiconcuac, en el Estado de México, por el rumbo de Texcoco, a regatear precios, a buscar las tallas diminutas de a 65, las medianas de a 70, las grandes de a 80, chamarritas dizque de lana, peludas por fuera, afelpadas por dentro, con estampados vagamente nórdicos, de leñador, que empacados en grandes costales son enviados por camión de mudanza, para proteger a los niños del trópico del frío glacial que se ensaña con el Caribe Mexicano.

No todo el donativo se destinó a urgencias. Compramos algunas máquinas de coser, para apoyar talleres populares que perdieron sus equipos. Compramos algunos triciclos de reparto, para darle chamba propia a algunos animosos. Contribuimos para techar una panadería, que no fue la más grave pérdida de su propietario, pues Wilma lo convirtió en lisiado. Y dimos dinero para un comedor asistencial, pero los recursos se destinaron a construir una barda.

Contra nuestra intención original, por sugerencia del filántropo, también repartimos dinero contante y sonante. Era práctico, porque algunos necesitaban bajareque para parchar sus paredes, o atadura para reforzar sus palapas, o aun necesidades más apremiantes, como un colchón para dormir, unas ollas para cocer, unos platos para comer, útiles escolares para los niños o vidrios para las ventanas rotas.

El dinero se entregaba así nomás, a la buena voluntad, en dosis mínimas, 500 pesos, mil pesos, dos mil pesos, negociando un poco los términos, te lo doy pero lo tienes que componer, no te lo vayas a gastar en otra cosa, presión que casi siempre tenía éxito, reparaban el daño, adquirían los materiales, pero a veces no, a veces sí se lo gastaban en otra cosa, los brigadistas los descubrían, les reclamaban sin brío, en tono paternal, qué pasó, no compraste lo que quedamos, y la respuesta siempre era esquiva, es que no pude, es que me faltó, es que me puse malo, es que no he ido, en fin, mentiras blancas que revelaban que el dinero se había ido en ir tirando, en ir viviendo, en ir sobreviviendo.

Nos tardamos muchos meses en acabar. A mitad del camino nos agarraron las campañas políticas, los candidatos de todos los partidos se pusieron a repartir dádivas, despensas, camisetas, gorras, láminas de cartón, la afrentosa compra del voto, ahora menos afrentosa porque, vaya que sí, había mucha necesidad. Tuvimos que replegarnos un poco, seleccionar mejor a los destinatarios, dosificar los recursos hasta que se acabaron.

El saldo del operativo no fue, vamos a decir, plenamente satisfactorio, porque a nadie satisface poner una curita en una herida que requiere cirugía mayor. Pero no había de otra. Esas excursiones nocturnas me enseñaron un Cancún sospechado pero remoto, el Cancún de la pobreza agravante, de la desesperanza, del rencor extremo, del infierno alledaño al paraíso. La otra cara de la moneda del modelo vigente, de la receta global, tan eficiente para fabricar unos pocos ricos muy ricos, como para multiplicar a unos pobres muy pobres.

En Cancún hay muchos y nadie ve por ellos, en el sentido de que a nadie



le preocupa que dejen de ser pobres. Viajan a diario a la zona hotelera, ganan salarios míseros (no de hambre, pero sí de pobreza estrujante), no tienen presente ni futuro, van a seguir siendo pobres, no importa quién sea el presidente, y tienen la desgracia de comparar cada día su pobreza con el derroche propio y lógico de una zona hotelera. Con razón están enojados y sin razón muestran poca gratitud por las dádivas, porque asumen que no se las damos, que se las debemos, que no se vale que le pongamos curitas a esa herida salvaje.

Desde luego, eso no sólo no disminuye, sino, por el contrario, acrecienta el gesto desprendido del benefactor anónimo, quien sin obligación ni interés, sin siquiera recibir ni aceptar las gracias, ayudó desde lejos a miles de familias.

Casi un año después, tras un recorrido por las regiones donde se repartió el donativo, le pedí permiso para revelar su identidad en este texto.

Me dijo que no, que él prefería la reserva.

Lamento, pues, no poder hacer un reconocimiento público de su hombría de bien.



No puedo precisar el momento en que concebí escribir este libro. Rumiaba la idea desde las 60 horas de cautiverio, sabiendo que, como Cronista de la ciudad, estaba en falta, pues nunca redacté un texto sobre el otro gran huracán que azotó Cancún, el Gilberto. Empecé a tomar apuntes con un propósito vago, tal vez usarlos para la revista, tal vez escribir una serie en el periódico, pero pronto me di cuenta que este huracán merecía un expediente mayor, un espacio que diera cabida a múltiples voces, un sumario que recogiera la hecatombe desde todos los ángulos.

Pero el proyecto mayor no descartaba las opciones menores.

Así, adelanté algunos pasajes en *Latitud 21* y, a mediados de noviembre, le envié un correo electrónico a los directivos del periódico *Novedades*, preguntando si estaban interesados en publicar una serie sobre el Wilma, que combinaría mis crónicas con los testimonios de la gente.

Sí nos interesa, habla con Laura Ortiz, la jefa de redacción, fue la respuesta.

Laura era mi conocida de tiempo atrás. En el 99, durante siete meses, yo había publicado en primera plana un comentario político, *El Espantapájaros*, exhibiendo los desaseos y los descaros del poder en la época de Mario Villanueva. Y en 2002, casi todo el año, publiqué una sátira semanal, *Cartas de alcoba*, que hasta la fecha sigo preparando en forma de libro. En ambas ocasiones, Laura fue mi enlace con la redacción, y tengo una alta opinión de su profesionalismo.

No había razón para que no nos entendiéramos en el 2005. Lo hicimos rápido: longitud de los textos, tipografía de cabezas, ubicación de epígrafes y créditos, horas de cierre, en fin, los aspectos técnicos propios de la redacción. Fijamos como fecha de inicio el 1 de diciembre, y en día preciso arrancó la publicación del *Diario de Wilma*.

En la primera entrega, aparte de anunciar mi intención de publicar un libro, convoqué a la gente para que me enviara, vía correo electrónico, sus vivencias de huracán. La respuesta fue inmediata y abrumadora. Docenas de relatos saturaron en pocas horas mi dirección en Internet, fruto de la inspiración del más variado público. Había ahí textos de políticos, de empresarios, de amas de casa, de empleados y de desempleados, de policías, de médicos, de socorristas, hasta de colegas. Eran tantos que empecé a publicarlos de inmediato, apenas corregidos, respetando la sintaxis de sus autores, y esos testimonios animaron a otros espontáneos, dando origen a un aluvión mayor de textos. La cosa marchaba bien.

Empezó a marchar mal cuando me entrevisté, a mediados de diciembre, con el nuevo director de *Novedades*, Gerardo García Gamboa, encuentro que no se había dado porque él radica en Mérida. Se suponía que íbamos a resolver el aspecto financiero de la colaboración, pero la plática se abrió con una declaración sorprendente.

Yo no le pago a nadie por escribir en el periódico, soltó.

Pues yo sí quiero que me pagues, aclaré.

Cuánto pretendes, indagó.

No mucho, algo simbólico, lo mismo que me pagaba tu hermano Andrés por las *Cartas* o el *Espantapájaros*, ofrecí.

Yo te aviso, concluyó.

El *Diario de Wilma* siguió saliendo, de lunes a viernes con mi firma, sábado y domingo inspiración de otras plumas, pero ya sospechaba que su existencia no sería larga.

Poco antes de Navidad, vía mail, llegó su sentencia de muerte. Gerardo me ofrecía una bicoca, la mitad de lo que ganaba antes (que ya era poco), una oferta inaceptable. Aun así me sentí tentado a seguir, no lo estaba haciendo por dinero, pero la paga era tan mísera y su mensaje tan seco que me entró la duda, porque algunos personajes de la política ya habían mostrado su disgusto con mis escritos: a lo mejor lo que quiere es que no siga, que me vaya.

Y me fui.

Antes, le contesté con un mail muy educado, dándole las gracias, diciéndole que su oferta era insuficiente, informándole que tenía docenas de relatos guardados, ofreciéndole mandárselos si quería publicarlos. Ni me contestó.

Del público lector me despedí sin dar mayores detalles. Simplemente, avisé que se suspendían las entregas el último día del año.

Fue una lástima, porque todas las historias deben de tener un final feliz. Como se murió de muerte prematura, el *Diario de Wilma* no alcanzó a publicar el desenlace romántico de esta crónica, pues el 17 de enero de 2006, en una ceremonia color de rosa, se unieron en matrimonio Laura Cattorini y Javier Gámez, nuestros anfitriones de huracán.

¿En dónde?

Dónde iba a ser: en el Centro de Convenciones.

## WILMA DRIZA

Antes que nada, agradecer al Creador todas las llamadas antes y durante el paso de la señorita Wilma Driza, como ya fue bautizada por estos lares.

**LAURA CELIS GUTIÉRREZ**, *bióloga (desde Puerto Morelos)*

Mis ojos se han acostumbrado al destrozo y, sin embargo, sigo sorprendiéndome de los resultados. La destrucción es extraña en este caso porque, ¿cómo podemos calificar a la fuerza que así nos ha dejado? ¿Tiene el huracán cualidades humanas, aparte de llamarse Wilma? Yo no veo saña o crueldad, veo tristeza ante lo pequeño que resultamos en un planeta huracanado. Mis ojos se han hoy acostumbrado a lo destruido, pero no quiero esa fracturada imagen de mi tierra para siempre.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *(desde Cancún)*

Parecía que la ciudad había sido bombardeada, tu casa, tu jardín, tu calle, tu fraccionamiento, tu ciudad destruidos, realmente muy triste e impactante. Si así se siente esto, no me imagino lo que es vivir una guerra en donde tu padre, tu hermano, tu esposo o tus hijos se encuentran en el frente, en donde hay un enemigo que te quiere matar. Una guerra que no dura un día o cincuenta horas, sino meses y hasta años. ¡Tremendo!

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

El ojo del huracán atravesó el corazón turístico de México.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*



### ***Wilma impacta la costa de Florida***

*El huracán Wilma impactó tierra firme a las seis de la mañana, cerca de la isla Marco, como un Categoría 3, con vientos sostenidos de 180 kilómetros por hora. La temporada de huracanes 2005*

*continúa desafiando las reglas, pues Wilma tuvo una aguda fase de intensificación antes de tocar tierra, pese a una significativa cizalladura. La velocidad de desplazamiento de Wilma es ahora de 35 kilómetros por hora. Debido a eso, será un evento intenso pero breve para el sur de la Florida.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

LUNES, OCTUBRE 24, 6:56 A.M., HORA DE CANCÚN.

Otra vez en Conalep, dio sus instrucciones claras y precisas el Presidente, y ahí sí vi a un Fox preocupadísimo por el tema de la inseguridad. El Ejército le había dado un reporte de la gravedad de la situación y era obvio que las autoridades municipales estaban rebasadas. Tomó la palabra Carmen Segura y le quiso discutir algo al Presidente. Hágase como digo, le ordenó. Le preguntó a Samos, cómo está el tema de la policía. Verá, señor, nos hacen falta patrullas, equipos, uniformes. Olvídese, no vine a equipar su policía, nosotros nos hacemos cargo, dijo Fox. El buen amigo Alor estaba totalmente rebasado, pero todavía dijo, es nuestro municipio y nosotros respondemos por la seguridad. Había una indignación generalizada por la cuestión de los saqueos. El Presidente lo dejó hablar, pero no respondió. Se notó que estaba resuelto y ahí mismo pidió que lo comunicaran con el Secretario de Seguridad, Medina Mora. En fin, el Fox que nos gusta.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

En esa reunión Fox, preocupado por lo que la gente le dijo, pide que se hagan cargo de la seguridad las fuerzas federales. El Presidente estaba molesto, se quejaba de las condiciones en que estaban los albergues, estaba enojado por los reportes de los saqueos. Hay que meter a los federales, dice. El alcalde replica, con todo respeto, nosotros podemos hacernos cargo de la seguridad. Pues háganlo, le dice el presidente, ¡pero háganlo!

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

En la reunión del lunes, en el Conalep, el gobernador le pide a mi comisionado, Adrián Samos, que le explique al Presidente Fox la situación de la seguridad. En su primera intervención vi muy correcto al Presidente, dígame usted qué necesita, le dijo a Samos. Necesito patrullas, armamento, empieza Samos. No me pida que le equipe su policía, dígame qué necesita en este momento, interrumpe el Presidente. Samos se pone nervioso, el Presidente le impone, un Presidente impone a cualquiera. Fox le pregunta, en tono duro, puede usted con la seguridad del municipio, sí o no. Y antes de que Samos conteste el Presidente da un manazo sobre la mesa y dice, la seguridad de este municipio queda a cargo de la autoridad federal. En ese momen-

to sentí una descarga eléctrica, como si me hubieran dado un toque. Y que me levanto, ni lo pensé, y le digo, me permite, señor presidente, con todo respeto, no hay estado de guerra, ni se han suspendido las garantías, aquí hay una autoridad legítimamente constituida y el mando lo tengo yo. Y volteo y le digo a los mandos de las Fuerzas Armadas, usted, usted, usted, de aquí nos vamos a mi oficina y ahí definimos la estrategia de seguridad. Muy bien, dice Fox, el mando lo tiene el presidente municipal. Pero no porque me lo dé usted, digo, sino por mandato constitucional. Apenas acabé, me asusté de lo que había dicho. Le dije al gobernador, creó que la regué. No, me dijo, estuviste bien. De ahí nos fuimos a mi oficina y decidimos que la Marina se hiciera cargo de la seguridad y limpieza de la zona hotelera, el Ejército de la ciudad, y la PFP de los centros comerciales y edificios públicos. Esa fue la estrategia y se definió en la oficina del presidente municipal, como tenía que ser.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

Sí, el Presidente le llamó la atención al jefe de la policía. La Constitución señala que, en donde el presidente se encuentra, él tiene el mando de las fuerzas militares y policíacas de la zona. Mientras él estuviera aquí, de acuerdo. Pero las decisiones en la seguridad de los cancenenses siempre fueron del presidente municipal, como tenía que ser. Y el responsable de lo que sucedió en el Estado siempre fue el gobernador.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

No es como se comentan las cosas, alguien seguramente malinterpretó. El Presidente sí vino preocupado, dispuesto a ayudar. Lo único que pasó fue manifestarle, decirle que era el momento ideal para renovar la corporación municipal, para iniciar la modernización de la policía. Los hechos demuestran claramente que las palabras se tergiversaron. Qué se puede hacer en este momento, me preguntó. Lo que se puede hacer es apoyar, nada más.

**ADRIÁN SAMOS MEDINA**, *comisionado de Policía*

Cuando ya era inminente el impacto del huracán, teníamos contemplado entrar en contacto con Fox y con Elizondo, para plantearles las acciones que iban a ser necesarias y de carácter urgente. Para elaborar la lista, busqué gente con peso, y que hubieran vivido la experiencia del Gilberto: Orlando, Pepe Chapur, Diego, Abelardo, Pedro Pueyo, Millet. El primer punto fue un crédito blando, solicitar 500 o mil millones de dólares, a disposición de las empresas que lo necesitaran, de preferencia gestionado con el Banco Mundial o alguna institución similar. El segundo punto, exenciones sobre impuestos y en las cuotas de electricidad e Infonavit. El tercero, intervenir con las aseguradoras, pues teníamos la experiencia del Emily, una mala experiencia, pues no nos habían pagado. Y al último lo de las playas, no pedir que nos las die-

ran, pero sí que se acelerara el esquema financiero que veníamos trabajando. Me tocó a mí hacerle el planteamiento al Presidente, en la reunión del lunes, a nombre de todos los empresarios. Fox dijo que sí a todo, con la condición de que mantuviéramos la planta laboral, que no corriéramos a nadie. Yo me aventé y también le dije que sí.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

El presidente siempre se condujo con ánimo de ayudarnos. Ese lunes, cuando fuimos a dejarlo al aeropuerto, se dirige al gobernador y le pregunta, qué es lo importante ahorita. Félix le dice que en el Emily se le planteó la integración de un fideicomiso para recuperar las playas, pero que después de Wilma, eso ya no iba a funcionar. Cuánto necesitan, pregunta Fox. Como doscientos millones, responde el gobernador. A ver, Elizondo, hay que hacer esto, sáltense la licitación, que sea asignación directa, instruye el Presidente. McCarthy, el director de Fonatur, que también viene en la camioneta, ofrece que él podría gestionar otros 100 millones para reparar el bulevar. Hecho, dice Fox, y se dirige de nuevo a Félix, gobernador, cuente usted con esos 300 millones de pesos.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

No me daba tiempo ni de pensar. Sabía que el tiempo era determinante, sabía que si no llegaba pronto, la percepción de la gente iba a ser, el gobernador no llegó, y esa imagen iba a quedar mucho tiempo. Quería estar en todas partes, pero obvio, era imposible. Ahí fue muy importante la presencia de mi esposa al día siguiente, el lunes, en Cozumel. Llenó un gran vacío, mientras yo me quedaba con el Presidente.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

*Soy de los que cuando caen se levantan rápido  
¡Soy cankunense!*

PIZARRÓN MANUSCRITO EN LA FACHADA DE CREENCIAS WINE BAR

Cuando salimos, el lunes, el cien por ciento del sistema estaba caído. Había una planificación y cada quien recorrió la línea que le tocaba. Esa misma noche ya teníamos el inventario de daños, las 250 torres, los 10 mil postes, los 500 transformadores. Había que entrarle parejo a todo: torres, postes, transformadores, subestaciones, al sistema de distribución. Pero teníamos prioridades, agua potable, hospitales, teléfonos, sistemas de seguridad. Sobre todo agua potable, las bombas que conducen el agua estaban muy dañadas, las estaciones de rebombeo no tenían luz, pero eso sí era

urgente, eso sí teníamos que solucionarlo de inmediato porque la vida sin agua es muy dura.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

Como esperábamos, el peor daño fue en las líneas troncales de alimentación eléctrica. Con nuestra gente, a los tres días estábamos listos para surtir agua. Ya habíamos reparado las fallas eléctricas de los pozos y las plantas de rebombeo, pero tuvimos que esperar a que la CFE restableciera la corriente. Ahora, a tres días del paso del huracán, más tres después del huracán, ya llevábamos seis días sin agua. Ese sexto día restablecimos la zona de captación Nuevos Horizontes, que surte el norte de la ciudad. Al siguiente, la zona La Antigua, que surte el centro. Y al otro día, la zona Aeropuerto, que surte el sur y la zona hotelera. Mi prioridad era que la falta de agua no se convirtiera en una crisis, como lo fue la falta de luz.

**LUIS FERNANDO DORANTES**, *delegado de la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado*

En Cancún hay 140 mil líneas de teléfono, de las cuales se cayeron 50 mil. Eso significa que casi el 40 por ciento de la red se afectó. Restablecidas las centrales, recibimos 30 mil quejas de líneas muertas, todas por cables caídos. Nos tardamos ocho semanas en restablecer esos 30 mil servicios. Pero eso también te dice que casi el 60 por ciento de la red no se afectó, se mantuvo en funcionamiento. Teléfonos fue la única vía de comunicación mientras duró el huracán.

**JOSÉ LUIS NUÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

Mi experiencia personal: el lunes voy a ver cómo quedó mi casa, subo y bajo, nuevo escombros, y en esa danza, pierdo mi cartera. Entonces siento lo que en esos momentos sentía medio Cancún, no tenía dinero y no había bancos. En ese momento entendí la petición de la Presidencia de abrir bancos a la brevedad, de lo contrario creas una situación de caos. Pensamos en operar algún sistema alternativo, como el llamado *cash back*, donde con tu tarjeta de crédito puedes obtener dinero en los comercios, en una caja del súper, por ejemplo, pero no funcionó. Eso es difícil de organizar en tiempos normales, imposible en una crisis. Pero el lunes nos pusimos una meta: a más tardar el viernes, día de nómina, cada banco tendría abierta al menos una sucursal.

**FRANCISCO FARRES**, *presidente del Centro Bancario*

Si se moja una central, se daña, como un celular. Son centrales digitales, operan con tarjetas electrónicas, hacen corto si se mojan, se arruinan por completo. No hay más que esperar y cambiarlas completitas. Hubo fraccionamientos que tuvieron un nivel muy alto de agua, y los gabinetes se ahogaron. Ahí tuvimos el peor de los daños, en

centrales pequeñas. Pero los daños ocasionados a las centrales los restablecimos en 48 horas. En la zona hotelera tenemos cuatro edificios, cada uno con capacidad de diez mil líneas. Esos no sufrieron el menor daño, puesto que son herméticos a la entrada de agua. Los cables subterráneos sufren poco daño, porque están rellenos de gel. Si se perforan, el gel impide que el agua toque el cable, sumergidos en el agua duran muchas horas. Lo que realmente se dañó fue la planta externa, el cablerío. Es lo que lleva mucho tiempo en restablecer, hay que parar cable por cable, poste por poste, a veces casa por casa. Los cables caídos fueron nuestro dolor de cabeza. Para levantarlos, trajimos dos mil gentes de todas partes de la República.

**JOSÉ LUIS NÚÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

En total, trajimos cuatro mil gentes de fuera, dos mil para Cancún, dos mil para la Riviera Maya. Las primeras brigadas las teníamos en Valladolid, pero las dos entradas de la ciudad se nos cerraron. Nos salvó la creatividad de la gente. Se hacían colas de carros en la carretera, como si estuvieran jugando al elefante, los vehículos se amarraban con cadenas, todas las máquinas trabajando, y pasabas. La gente la metimos donde pudimos, en hoteles de la ciudad y la zona hotelera, la mayoría tipo campamento, cuatro o seis gentes en cada cuarto. También trajimos 164 plantas portátiles, para apoyar al Ejército, la Marina, los bancos, los hospitales, algunos refugios, y hasta tortillerías. Creo que ahí hay un punto a considerar, porque no es posible que en una zona de huracanes no sea obligatorio para algunos servicios básicos tener sus plantas de emergencia. También metimos planta de emergencia en algunos hoteles y no hicimos ningún cobro por ese servicio, pero los hoteles sí nos facturaron las habitaciones, al precio que quisieron. Creo que algunos hasta abusaron un poco.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

La prioridad, limpiar el bulevar. La Marina nos ayudó muchísimo, nos puso cualquier cantidad de gente y equipo. Los transportistas de Cancún, también, a través de Mendicuti y Garibay, esos fueron mis contactos políticos. Si quería más camiones, los mandaban de inmediato. Los hoteleros no se portaron tan bien, echaban la basura y el cascajo a la calle. Ya habíamos limpiado, y a la mañana siguiente, otra vez el cochino tirado en la Kukulcán. No se vale, sobre todo porque la meta era crear suficiente cantidad y calidad de servicios, para que los mismos hoteles que quisieran abrir, pudieran hacerlo.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

Apenas terminada la emergencia sobrevolamos Holbox y ahí era notable la dimensión de la emergencia sanitaria. Todos los muebles estaban fuera de las casas, como si fueras a pintar las paredes, como si los hubieras sacado. En el centro de la ciudad



había enormes lagunas y desde ahí podías ver nadar a los peces. En el mismo pueblo se encontraron dos cadáveres, personas que se ahogaron en el mar y los cuerpos recalaron justo ahí. No eran lugareños, porque nadie los conocía, tal vez eran balseros cubanos. Lo primero que hicimos fue pedirle a los doce o quince residentes que se habían quedado ahí que se salieran de inmediato, y los llevamos a la parte continental. Imagínate, las posibilidades de que ahí se generara un problema de salud, un brote epidemiológico, eran enormes.

**AMÍLCAR ROSADO**, *secretario de Salud*

El sistema bancario quedó muy dañado. Se medio salvaron las sucursales que están en el lado oriente de la Avenida Tulum, que son cuatro: Bancomer, Banorte, HSBC, y nosotros, Banamex. No sé en que forma soplaron los vientos, pero las sucursales de enfrente fueron pérdida total, el agua subió metro y medio, se mojaron todas las computadoras, y para colmo, sufrimos los efectos de la rapiña, se llevaron casi todo el mobiliario.

**FRANCISCO FARRES**, *presidente del Centro Bancario*

En la zona norte hubo un desabasto serio. Cuando terminó el huracán, la gente ya no tenía agua. Tuve que hacer un operativo para organizar a la gente haciendo colas, llevando sus cubetas para llenarlas. Las colas en la Nichupté eran de 200 metros a las ocho de la mañana. Para llevar agua teníamos 65 pipas de los sindicatos. Ahí la intervención de García Pliego fue importante, alineó a los piperos, se sumaron todas las pipas, y de a gratis, no cobraban. Empezamos con 80 ó 100 viajes diarios, pero el día crítico hicimos 285. Fueron tantos que se acabó el agua en la zona de llenado de pipas. Así estuvimos cinco días, mientras pasaba la emergencia. La Comisión del Agua trajo 15 plantas potabilizadoras portátiles y las mandamos a los asentamientos irregulares. Ahí se conectan directo al cenote, y de ahí a la cubeta. Ese operativo alivió mucho a la población más vulnerable. La gente de la zona norte tiene pocos recursos y no tienen donde almacenar agua. A veces lo único que tienen son cubetas.

**LUIS FERNANDO DORANTES**, *delegado de la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado*

Las zonas de peligro, donde se pueden generar epidemias, eran las inundaciones. Pero muchas zonas urbanas estaban bajo el agua. En terrenos urbanos de Playa y de Cozumel había grandes lagunas. La zona de Rancho Viejo, en Cancún, lo mismo, igual que la Donceles y la Lombardo. En Isla Mujeres, se unieron las dos salinas, la Grande y la Chica. Como son cuerpos de agua con escasa circulación, rodeados por zonas habitacionales, las condiciones para un brote infeccioso eran idóneas. Nuevo Valladolid y los pueblos cercanos estaban cubiertos por las aguas, y en esa zona las facilidades sanitarias son pocas y muchas estaban fuera de uso. Era una situación en

extremo delicada. Como quien dice, el riesgo de epidemia lo teníamos en toda la zona norte de Quintana Roo

**AMÍLCAR ROSADO**, *secretario de Salud*

***¡Vamos Cancún, nada nos detiene!***

MANTA MANUSCRITA EN EL BULEVAR KUKULCÁN

El domingo por la mañana mi cuñada me dijo, Carmen Segura ya está enterada, te va a ayudar. Ella es una funcionaria importante, amiga de la familia de mi esposo, de verdad nos ayudó mucho. Las gentes de la Procuraduría nos dieron unos papeles y los llevamos a Recinto Memorial. Yo quería que cremaran el cuerpo y me entregaran las cenizas, me explicaron que no lo podían hacer sin luz, ni siquiera lo podían embalsamar, pues también necesitan corriente. Me propusieron hacerlo manual, inyectando todo el cuerpo. Así se conserva varios días, porque lo tienes que cremar antes de 72 horas, es por ley. Si no, lo tenía que enterrar. Okey, háganlo así, les dije. Me aseguraron que ellos se encargaban. Pero en la tarde, como a las cinco, me entró la duda. Fui a verlos y ni siquiera habían ido a recoger el cuerpo. Mi hermana me acompañó al Forense. Ahí estaba mi marido, tirado en el suelo, con otros ocho cuerpos. Una señorita electrocutada, un acuchillado y otros más. Por eso yo digo que es mentira, que no hubo saldo blanco. Total, no me autorizaban a sacarlo porque no habían hecho la necropsia de ley. En ese ir y venir, nos enteramos que Bretón tiene un incinerador de gas, que no necesita luz. Hablo con ellos, me dijeron que sí, pero el incinerador está fuera de la ciudad, en un sitio apartado, también por ley. Además, necesitaban el certificado de defunción. Fuimos a la Procu, había un gentío, era el día de los saqueos, no dejaban entrar a nadie. Tuvimos que usar influencias nada más para entrar. Por fin localizamos a la licenciada chaparrita, quien le pidió a un médico que hiciera el certificado. Lo hizo de mala gana, lo firmó, lo llevamos al Forense, y al fin le entregaron el cuerpo a Bretón. El lunes me dicen, necesitamos el acta de defunción del Registro Civil. Ya se la di ayer, les digo. No, ese fue el certificado de defunción, no el acta de defunción. Pero el Registro Civil estaba cerrado, todo estaba cerrado, así que tuvimos que ir a buscar a su casa al oficial que estaba de guardia. Ahí le pedimos de favor, le suplicamos que nos hiciera el acta. Regresamos a Bretón y nos dicen, malas noticias, el camino de acceso al incinerador desapareció, hay docenas de árboles caídos, no podemos pasar. Me sugieren otra opción: conseguir una planta de luz para usar el incinerador normal. Hablo con la gente de Carmen Segura y le explico. Al rato me avisan que me van a enviar una cuadrilla para que despejen el camino. Se van con la gente de Bretón, pero regresan en la noche con más malas noticias, son muchos kilómetros de selva hasta el incinerador, no se pudo avanzar nada. El martes que despierto sé que sólo queda ese día. Vuelvo a hablar a la oficina de Carmen Segura, su secretaria me dice que la CFE nos va a prestar una planta. En

eso me habla el dueño de Bretón y me dice, señora, lo que no puede llegar hasta el incinerador es una carroza, pero, si usted lo autoriza, nos llevamos cargado el cuerpo y lo incineramos. Dadas las circunstancias, les dije que sí. Como a las once de la noche me entregaron las cenizas de mi marido. Yo estaba asustada, ya había toque de queda.

**MÓNICA MERCADANTE**, *educadora*

En rigor, no sé si podemos atribuir todas las muertes al huracán, porque hay accidentes que suceden todos los días. Por ejemplo, si alguien se cae de una azotea, o le explota un tanque de gas, o se electrocuta, o lo atropellan, quién podría asegurar que la causa fue el huracán. Las muertes directas fueron mínimas, tal vez las mismas que en un día normal. Para nosotros, eso es lo que consideramos saldo blanco.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento*

Yo esto lo tomé como un éxito en cuanto a la preparación, que no tuviéramos decesos y que no hubiera una cantidad exagerada de lesionados. De hecho, la cantidad de lesionados la podríamos considerar normal, un poquito arriba de lo normal, pero, para un huracán de esta categoría y de esta magnitud, no es nada, absolutamente nada. Siento que fue un éxito en ese sentido.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Vinieron los que manejan la emergencia en Estados Unidos, los del Ejército. No podían entender por qué no teníamos víctimas. Es simple, nosotros tenemos una organización civil que es la responsable de coordinar los esfuerzos. Ellos no entienden que nosotros podamos coordinar y darle órdenes al Ejército.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

Mi padre, Arturo Medina Vizcaíno, tenía 75 años de edad. Era un hombre activo, muy sano, cuidadoso de su estado físico, sin problemas de ácido úrico o de colesterol. En el huracán se quedó en su casa, que no sufrió ningún daño, ni la rotura de un vidrio. Pero yo siento que él, que era de temperamento reposado, muy controlado, muy tranquilo, experimentó una gran tensión durante esas horas. El domingo me dijo, hubo momentos en que dije, ya, por favor, que esto se acabe, ya duró demasiado. Fue la única señal que externó de su estado de ánimo. Al día siguiente, el lunes 24, murió de un ataque masivo al corazón. Yo lo atribuyo a la tensión que vivió durante el huracán.

**ARTURO MEDINA**, *periodista*

Guillermo Villanueva, mi marido, era rotario. Y los rotarios tuvieron un gran gesto cuando supieron de su muerte: organizaron una colecta y compraron láminas de cartón para techar sesenta casas de la Colonia Chiapaneca. Participaron hasta rotarios australianos. Hicieron una placa, a la memoria de Guillermo Villanueva. Eso me reconforta. Al menos su muerte sirvió para algo.

**MÓNICA MERCADANTE**, *educadora*

☪ **Wilma sale al mar**

*El ojo de Wilma se ha movido fuera de la costa de Florida, pero es aún Categoría 2, con vientos de 170 kilómetros por hora. Wilma continuará generando inundaciones y tornados sobre el sur de la Florida. El ojo, que tiene 65 millas de diámetro, pasó sobre Palm Beach. La estación automática de monitoreo de la ciudad emitió un reporte de tormenta de nieve, pero realmente no era ese el caso.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

LUNES, OCTUBRE 24, 4:14 P.M., HORA DE CANCÚN.

En la reunión matutina el Presidente anunció que Rodolfo Elizondo se quedaba como su representante personal para la reconstrucción. Ahí acordamos, los tres niveles de gobierno, volvernos a reunir esa noche en el mismo lugar. Pero cuando llegué, con algunos delegados federales, como a las siete, nos avisan que la reunión se cambió a Fonatur. De parte de quién, pregunté. Nadie me supo decir, sólo repetían que nos estaban esperando allá. Les dije a los delegados, váyanse ustedes con Elizondo, yo me voy a Palacio con mi gente, luego nos cuentan lo que pasó. Ya en mi despacho, me llamó McCarthy. Vente para acá, me dice. No, John, vamos respetando los órdenes y las instancias de gobierno, quién decidió cambiar la sede, le pregunto. Hazlo por mí, me dice. Por ti lo hago, le digo, no voy.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

Elizondo decide hacer una junta de evaluación por las noches, en las oficinas de Fonatur, para tener un informe de los avances y vencer los problemas de coordinación. Lo usual en las reuniones era comenzar con los militares, que tenían mayor control de los sucesos. Luego las autoridades civiles, en especial Sedesol, que se estaba haciendo cargo de los víveres y los albergues. Luego los servicios básicos, CFE, Telmex, o servicios conexos privados, como los bancos. Y el operativo de evacuación de los turistas, y también los operativos de salud. Pero el municipio simplemente no iba, o mandaba un representante sin jerarquía para tomar decisiones.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

Por la noche nos juntábamos en Fonatur, y ahí estaban el Ejército, la Marina, Sedesol, Comunicaciones, el director de Fonatur, la CFE, la Comisión del Agua, y algunos integrantes del gabinete estatal, sobre todo Turismo y Salud. El único que no estaba era el Ayuntamiento. El presidente municipal se negó a participar, decía que éste era su municipio y que las reuniones se tenían que hacer en Palacio.

**FRANCISCO LÓPEZ MENA**, *diputado federal*

He tenido mis diferencias con él, pero creo que Elizondo tuvo un desempeño extraordinario. En ese episodio, creo que el municipio no entendió el tamaño del madrazo que había recibido y su protagonismo provocó el enfrentamiento. No tanto el gobernador, creo que el alcalde fue quien no entendió...

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

Hubo cierta falta de sensibilidad política de parte del equipo federal. El martes, para poner un ejemplo, se organizó en Fonatur una rueda de prensa, para dar los primeros resultados de la reconstrucción. Yo me enteré de casualidad, porque estaba coordinando con Paco Madrid la evacuación de turistas y fui a verlo. Habían montado un presidium con personificadores, pero no le habían avisado a un solo funcionario del Estado. Era ridículo, porque todo el día habíamos estado juntos, el de Salud estatal con el federal, el de Seguridad estatal con el federal, yo con los de Turismo, y así. Pero la tribuna era exclusiva para la Federación, se palpaba el deseo de acaparar los reflectores. Ahí tuve una discusión muy áspera con Humberto Sarmiento, que habló hasta de la conveniencia de desaparecer los poderes locales. Esa era la actitud, no digo que de todos, pero sí de suficientes. Señalar con dedo acusador al alcalde me parece excesivo. Él tiene su carácter, pero no le faltaba razón para estar molesto.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Tenías información fluyendo, pero no con apertura total, no de todas las partes. No sé si se ocultaba, pero no fluía. No se compartía y no tenías forma de llegar a consensos. Sería muy bonito decir pongámonos de acuerdo y actuemos, pero tenías que negociar y eso no generaba el ambiente de concordia que debía haber prevalecido.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

Hubo diferencias, era una batalla de protagonismos. Había una tensión muy fuerte entre el equipo local y el federal, que yo atribuyo sobre todo al protagonismo de Francisco Alor. En los otros municipios no pasó nada parecido. El gobernador comprendió que el conflicto no llevaba a nada y buscó entablar el diálogo, aunque los funcionarios federales habían sido descorteses con él, e incluso no le dieron la pala-

bra en algunas reuniones. En ese ambiente, me acuerdo que una vez, en los elevadores del Meridién, Félix se le acercó a Elizondo y se lo llevó aparte. Ahí le dijo que quería llevar la fiesta en paz, que la tarea era más importante que las vanidades. Y las asperezas se fueron limando. Hasta Elizondo, que es de trato áspero, reconoció que la invitación a fumar la pipa de la paz provino de Félix.

**FRANCISCO LÓPEZ MENA**, *diputado federal*

Al otro día mandé a Norman Aguiar a la reunión, como representante del municipio. Tal vez eso creó una fricción, pero todo se resolvió a los pocos días, en un desayuno en el Meridién, privado, en corto, en donde Félix y Elizondo limaron asperezas y se pusieron de acuerdo. Creo que del otro lado se sintió que se estaba cometiendo un error. De todos modos, acepto que esos días fueron muy difíciles.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

Las fricciones en la cúpula se transmitieron a los equipos. Por unos días, hubo cierta tensión en el trato, dificultad para llegar a acuerdos. Yo creo que Félix demostró ahí su capacidad de liderazgo. Puso a un lado las ofensas y los desaires, entendió que la causa era superior a las personas. Él estaba entregado en cuerpo y alma a la recuperación, y no permitió que la vanidad de nadie estorbara. Después de su intervención, las cosas empezaron a fluir.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Son los ajustes naturales que se dan entre dos equipos.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

Lo que tuvimos fueron problemas de comunicación, eso generó el conflicto. Fue algo sin importancia.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

### **Wilma se fortalece**

*Wilma continúa confundiendo a los expertos, y se ha convertido de nuevo en un Categoría 3, con vientos sostenidos de 200 kilómetros por hora. De hecho, Wilma está cerca de ser Categoría 4. Wilma se aleja de Florida a más de 60 kilómetros por hora.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

LUNES, OCTUBRE 24, 6:17 P.M., HORA DE CANCÚN.

El paisaje cambió muchísimo. Al principio en el coche, cuando iba a algún lado, me pasaba las salidas o las vueltas. Y es que tu mente tiene registrada cierta información y ahora que cambió el paisaje no existe la respuesta automática, de la que te fías cuando manejas a equis lugar.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Al ir por la carretera de repente no tenía la mas mínima idea de por dónde andaba, pues todos mis parámetros estaban totalmente alterados, la Renault se había caído, naves industriales totalmente despedazadas, bardas completas se habían venido abajo, todos los postes de la orilla de la carretera estaban rotos, sí, leyeron bien, rotos, como si fueran palillos de dientes.

**LAURA CELIS GUTIÉRREZ**, *bióloga (desde Puerto Morelos)*

Veíamos los daños, pero no sólo ves los daños, es una situación sicológica, no reconoces los lugares por donde pasas todos los días, el árbol, el tablero, la referencia, se habían evaporado, no sabías dónde estabas.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

No reconocíamos el entorno porque nuestros puntos de referencia habían desaparecido. Las preguntas, qué era esto, qué había aquí, dónde está la tienda, eran constantes.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Lunes 24 de octubre, 9:43 p.m. Cancún. Hace algo de frío. Estoy cansado y confuso. La casa está bien, aunque hubo que secar y limpiar durísimo. Aún falta, pero creo que puede habitarse. Haidé (mi mujer), duerme en la habitación. Juntos hemos puesto la casa en pie; la suya quedó bien después de todo. Anoche discutimos y nos fuimos a dormir molestos. Hoy siguió la tensión de varias formas, pero igual se distendía. Oh, la vida en pareja. Tantos días de huracán pasan del temor (solidario) al hastío (separador). Creo que es así.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor*

Cuando nos encontramos, todos los cancenenses nos preguntamos, cómo te fue en el huracán. Y todos contestamos, bien. Luego comienzan a salir las historias. La verdad, la mera neta, es que muchos estamos muy tristes, estamos en un shock post-traumático.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

La gente que ves todos los días y quizás saludas con una leve inclinación de cabeza, ahora los abrazabas, y sentías una felicidad genuina de volverlos a ver.

**MARTHA PHILIPPE**, *gerente de Continental*

Siento que nos sirvió para conocer a nuestros vecinos de la calle. Creo que la gente se humanizó con esa convivencia y tenía ganas de cooperar. Lo bueno que dejó el huracán es que ahora los vecinos ya te saludan, te dan las buenas tardes y los buenos días.

**PANCHITO ACOSTA**, *mecánico, región 517*

Después del huracán, se hizo un ambiente de comunidad. No había alegría, pero se sentía hermandad. Muchos querían ayudar a limpiar, y no pensaban en regresar a sus países. La semana siguiente empezaron a llegar nuestros socios habituales de tiempo compartido, los que vienen cada año. Tuvimos un 35 por ciento de ocupación esos días. Son clientes muy fieles. Como no había aviones, volaban a México, y llegaban en camión. Cancún estaba destruido, y ellos llegaban y decían, cómo puedo ayudar. Eso te devuelve la fe en los humanos.

**MARK CARNEY**, *director de Royal Resorts*

Las noches después del Wilma se creó un ambiente del Cancún viejo. Todo mundo andaba en sandalias, los hombres en bermudas, las mujeres sin maquillaje. Esa fue la experiencia más bonita, hicimos una regresión a los primeros tiempos, al Cancún primitivo, con toda la calma del mundo, y la actitud positiva de la gente. Hoy existe un Cancún elitista en muchos aspectos. Antes convivíamos todos, y todos vestidos de la misma manera. Yo, hasta la fecha, siempre ando de bermudas.

**ALEJANDRO REYES**, *propietario del Mesón del Vecindario*

En los siguientes días vi un Cancún diferente, un cambio en la gente. Los amigos se volvían tu familia, los vecinos igual, todo mundo se acercaba para tratar de ayudar. Yo creí que iba a durar, pero eso no sucedió. Por eso es muy importante que a nadie se le olvidé la devastación de Wilma, tenemos que recordar que dependemos los unos de los otros.

**MARCIA REYNOSO**, *periodista (en suspenso)*

Así que dentro de tu paquete para prevención de huracanes, recuerda poner tus latas de alimentos, agua, medicinas, radio, pilas, y sobre todo llevarte bien con aquellas personas que tú no sabes en qué momento te pueden brindar la mano (puede ser



cualquiera), y quizás en el próximo huracán te pueden estar rescatando (o tú a ellas). ¡La actitud hace el gran cambio!

**CARLOS VILLALOBOS**

***Wilma se llevó lo material, pero no nuestro espíritu***

LEYENDA PINTARRAJEADA EN UN TABLÓN SOBRE AVENIDA NADER

De las grandes lecciones que ahí tienes es la brutal caída de los sistemas de comunicación. No sólo hay una falta de información, hay una franca desinformación. Un ejemplo: el domingo está cerrado el aeropuerto de Cancún, así que valoramos la posibilidad de mandar turistas a Mérida. Pero las fuentes oficiales, la SCT, el gobierno local, y aun los empresarios, cada uno tenía una versión diferente del estado de la carretera. Ante esa franca desinformación, no hubo más remedio que tomar un autobús e ir a ver qué pasaba. Mi aprendizaje es que cualquier comentario tienes que validarlo tres o cuatro veces. Nos equivocamos muchas veces por no tomar esa precaución.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

El secretario de Comunicaciones, Cerisola, o alguien de su gente, avisó que ya estaba abierta la carretera a Tulum. Pero el personal que teníamos en Puerto Morelos decía que el charco estaba igual que en la mañana, con cien metros de largo. Ante la duda, el secretario Elizondo decidió que fuéramos a ver. Era un tanto cómico, a la una de la mañana, ya de madrugada, en un autobús, el secretario, el subsecretario, el director de Fonatur, el presidente de los hoteleros, en un viaje de exploración a ver si el autobús pasaba. El autobús pasó, por cierto, pero con más de un metro de agua, y el motor se paró apenas llegamos al otro lado. Y ahí nos quedamos un rato, esperando quien nos diera un aventón de regreso.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Nos habían dicho que estaban abiertas las rutas de evacuación, que había forma de salir, pero varios funcionarios lo ponían en duda. Para zanjar la discusión nos subimos a un autobús y fuimos a ver. Nuestro camión no pasó pero, en sentido contrario, pasó un tracto camión con unas camionetas hummer de TV Azteca. La televisión comercial estaba mejor equipada que el gobierno federal.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

Partimos de la base de que tenemos un suelo muy permeable, que no se inunda. Pero es falso, sí se inunda, porque el agua fluye a las partes bajas. En 2001 tuvimos lluvias

atípicas y avenidas que cortaron la carretera en seis puntos. En 2003, se nos inundó un pueblo completo, San Marcos, en Morelos. En 2005, el Wilma nos inundó una vasta zona de Lázaro Cárdenas, otra en Puerto Morelos, y Cancún quedó aislado por tierra. Pero no tenemos un solo mapa hidrológico de la entidad, no hay un conocimiento en detalle de los cauces. Cuando hacemos obras agrícolas rellenamos los cauces, y se nos olvida que el agua buscará otra salida y nos va a cortar la carretera. Tienes que saber por dónde corre el agua, y luego decidir por dónde quieres que corra.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

Muchos autobuses se quedaron varados en el charco de la carretera a Mérida. Los veías ahí, con un metro de agua, los turistas asomados por las ventanas y las maletas en el compartimiento de abajo, cubierto por la inundación.

**JOSÉ LUÍS MARTÍNEZ ALDAY**, *operador de viajes*

Vivimos aportando recursos para ayudar a gente que vive en zonas no aptas. Así como en otras zonas la gente se pone en los cauces secos de los arroyos, vienen las avenidas y se los llevan, aquí nosotros permitimos asentamientos en las partes bajas, vienen las lluvias y se inundan. Hay colonias completas en oquedades, en barrancas, en zonas que atraen los cauces. Ya sabemos que eso va a suceder, pero cuando sucede, nos admiramos de que se inunden. Eso no tiene nada que ver con el drenaje, tiene que ver con la física. El agua fluye a las partes bajas.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

Ayer intentamos ir a Cancún, pero por Crocócún había una charca inmensa y medio profunda, varios autos y camiones yacían en más de un metro de agua. Así que emprendimos marcha atrás, rumbo a Playa del Carmen. Hoy, de nuevo había una larga caravana de gente, autos, grúas, motos, tráilers, tórtos, y en ambos sentidos. Esta vez ya nos habíamos aferrado a cruzar la charca y llegar a mi casa. Tardamos más en el indeciso momento previo que en cruzar la charca. Discutimos la posibilidad de cruzar con el *Pointer* y surgieron otras voces, un tanto metiches, que sí podía cruzar, que no, que si el agua tenía dos metros de altura, que podía haber cocodrilos. El federal se despidió, van por su cuenta y riesgo. Haidé (mi mujer) dijo, órale, yo prendí un cigarro. Era un charquillo como de unos 150 metros de largo por unos 20 de ancho, el agua nunca sobrepasó el metro de altura. El cochecito fue un héroe.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *(desde Playa del Carmen)*

Las Fuerzas Armadas habían concentrado efectivos y pertrechos en Valladolid, listas para la contingencia. Valladolid es un punto estratégico, porque desde ahí se puede

acceder fácilmente a Chetumal, a Playa del Carmen y a Cancún, y no se sabía dónde iba a pegar el huracán. El problema fue que la carretera quedó bajo el agua. Se formó un gran charco, larguísimo, de varios kilómetros de largo, con partes profundas, que ocultaba por completo la cinta asfáltica. La parte difícil tenía unos cien metros, con el agua a un metro, metro y medio de altura, y con corriente. Los vehículos pesados no tenían ningún problema, pero a los carros el nivel les llegaba a la mitad. Se mojaba el motor y se paraban, o se salían sin querer de la carretera, y ahí se quedaban, obstruyendo el paso. El Ejército colocó señales en los árboles para indicar la ruta, Comunicaciones trajo equipos de bombeo, le tuvimos que entrar todos, pero era poco lo que se podía hacer. En realidad, tuvimos que esperar que drenara sólo.

**ARTURO OLGUÍN HERNÁNDEZ**, comandante de la guarnición militar de Cancún

En la reunión de evaluación, el Presidente Fox incluye el tema de los accesos por tierra. La carretera a Mérida estaba cortada por una auténtica laguna, no se podía pasar. Muy amable, el Presidente interroga al militar encargado de abrir la ruta, le pide su reporte. El militar le dice que no se puede, que es imposible. Por qué no tratan de rellenar, dice el Presidente. Es que es mucha la inundación, se va a perder todo el material, contesta el militar. Por qué no habilitan vehículos de arrastre, dice el Presidente. Es que se van a hundir, le responde. Y así, todas las soluciones que proponía Fox, el militar las descartaba. En eso interrumpe el secretario de la Defensa, me permite, Señor Presidente. Señala al militar y le dice, ya escuchó usted las instrucciones del Señor Presidente, vea que se cumplan. Quién sabe cómo le hicieron, pero al otro día ya estaban cruzando.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, gobernador de Quintana Roo

### **Wilma riega Nueva Inglaterra**

*Wilma continua su carrera al noreste a 80 kilómetros por hora, pero todavía mantiene vientos Categoría 2 de 160 kilómetros por hora. Esta noche, Wilma rebasará la corriente del Golfo y entrará a aguas de 20 grados centígrados, que provocarán un rápido debilitamiento. Su velocidad de avance es tan increíble que los vientos de la pared oriental doblan en velocidad a los vientos de la pared opuesta. ¡Vaya asimetría!*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MARTES, OCTUBRE 25, 8:11 A.M., HORA DE CANCÚN.

Una cosa que me agradó es que nadie esperó a que las autoridades vinieran a levantar las cosas. Los vecinos lo hacían por sí mismos, todos aportaban su granito de arena. En mi hotel, lo mismo, todos apoyamos levantando, o moviendo, o haciendo

otras labores, todo mundo le metía muchas ganas. Por cierto, en Recursos Humanos me enteré que no despedirían a nadie, lo cual me alivió muchísimo. Me sentí más seguro sabiendo que conservaría mi trabajo, por cierto, gracias a Fox. No es propaganda política, pero Fox, supe, condicionó a los hoteleros a que no dieran de baja a sus empleados. De ser así no recibirían ayuda, ni apoyo del gobierno.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Yo no despedí a nadie, pero los puse a trabajar a todos.

**ROBERTO CINTRÓN**, *hotelero*

Y hablando de compartir, quiero hacer énfasis en lo bueno que vi. En este caso fue la solidaridad entre la gente, nadie estaba mentalmente derrotado. Por el contrario, todo mundo se puso a chambear para levantar y arreglar sus casas, calles, colonias o vecindades, trabajos, negocios y la ciudad. En general, no estábamos ni estamos dispuestos a ponernos a llorar. No nos quedó otra que seguir adelante.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Cada quien puso lo mejor de sí mismo, con una entrega total. Hubo muchas escenas que me conmovieron. Por ejemplo, el domingo, en medio del caos, la presidenta del grupo de líneas aéreas, Martha Phillipe, estaba barriendo con una escoba los mostradores de Continental. Otra: el aeropuerto no estaba operativo, no había luz, pero esa noche aterrizó el primer helicóptero, tuvieron que alumbrar la maniobra con los faros de unas camionetas. Era Alfredo Elías Ayub, el director de CFE, un hombre que tiene un problema para caminar. Había un ánimo invencible.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

No barrí mucho tiempo, pero sentía la imperiosa necesidad de ayudar. Barrí hasta que me dolieron las muñecas, que ya traía lastimadas de tanto trapear en mi casa. Las tres noche exprimí jergas, hasta que me cansé, hasta que dije, Wilma, haz lo que quieras.

**MARTHA PHILIPPE**, *gerente de Continental*

Los trabajadores del aeropuerto se presentaron a trabajar desde el primer día, a ver en qué ayudaban. En momentos así tienes un dilema, te quieres quedar con tu familia, sabes que te necesitan, pero es notable, se impuso el sentido del deber, incluso a costa de sacrificios personales.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

Noventa y nueve por ciento de nuestros tres mil empleados se presentaron a trabajar al día siguiente.

**MARK CARNEY**, *director de Royal Resorts*

Ese mismo domingo tuve que enfrentar un conflicto personal. Me había quedado sin casa, tenía que buscar dónde vivir. Pero en la mañana me enteré que el Presidente había nombrado a Rodolfo Elizondo coordinador de la reconstrucción, y me pidieron que me integrara al grupo de trabajo. Yo era entonces presidente de la Comisión de Turismo, conocía bien el medio, y podía servir como enlace entre los actores locales y los federales. No estaba seguro de que podía ser de utilidad, pero pudo mucho el llamado del deber. Con mucha pena, le dije a mi esposa que lo personal tendría que esperar

**FRANCISCO LÓPEZ MENA**, *diputado federal*

Estuve en Cancún durante el huracán Wilma. Nos evacuaron del hotel el primer día y quiero hablar de un trabajador extraordinario, Juan José Porte Petit, que hizo cosas heroicas para cuidarnos durante el huracán. Juan José se quedó con nosotros en el refugio y no nos dejó hasta que regresamos al hotel, cinco días después. Nos mantuvo informados de lo que estaba pasando, ayudó a asegurar las ventanas, mantuvo a la gente calmada. Trajo a su propia familia al refugio, lo que me dice qué importante es su trabajo para él. Si su empresa no aprovecha sus talentos, qué desperdicio. Yo ni siquiera consideraría volver por allá si no fuera por él.

**BOB FOX**, *turista (desde Parker, Colorado)*

Arribé con mi esposa Lisa a Playa del Carmen el 17 de octubre, en viaje de luna de miel. No necesito decir que jamás imaginé algo como lo que vivimos. Wilma fue la más terrorífica experiencia que hemos tenido en nuestras vidas. Sentados en un cuarto oscuro, oyendo el viento y la lluvia, junto con vidrios y árboles rotos, fue tan aterrador que pensamos que nunca iba a acabar. Después del huracán, la frustración y la confusión comenzaron. Cada vez que hablábamos con otro huésped, nos decían que teníamos que hacer algo distinto. La gente estaba tomando taxis para otros aeropuertos, alguna gente dejaba el hotel con sus maletas sólo para regresar al día siguiente, la tensión era muy grande. Nunca supimos qué estaba bien y qué estaba mal. Lo que nos salvó fue la intervención de tres dedicados empleados con quienes tuvimos la fortuna de tratar. En todo ese tiempo, estos tres jóvenes caballeros hicieron un trabajo que la mayor parte de la gente rechazaría. Sin información, hicieron lo posible por calmarnos y responder nuestras preguntas. La gente les gritaba y los amenazaba, pero ellos nunca fallaron. Mantuvieron una sonrisa e hicieron lo que podían. Es probable que sus casas estuvieran inundadas o que su familia no tuviera

comida, pero nunca dejaron su puesto. Podría seguir diciendo maravillas de cómo nos trataron. Sus nombres son Eduardo Soni, Nicolás Sánchez y Arturo Aguilar. México mismo debería estar orgulloso de tener a dos americanos yendo a casa tras una experiencia horrible, diciendo qué maravillosos son los mexicanos, basados en el ejemplo de ellos tres.

**BRIAN FRANKEL**, *turista (desde Columbia, Missouri)*

Los hoteles trataron muy bien a sus huéspedes. En el colegio, nosotros tuvimos un turista que no podía dormir acostado, tenía que dormir sentado, conectado a una maquinita para poder respirar. El hotel puso gente a cuidarlo, de día y de noche, y le consiguieron una pequeña planta de luz, para que su aparato funcionara. Ese hombre se fue muy agradecido, decía que le salvaron la vida. A lo largo del año, muchos turistas han vuelto a visitar el colegio, el refugio donde pasaron el huracán. Están contentos de poder regresar, de ver el colegio restaurado y siempre nos expresan su gratitud.

**JESÚS ARÉVALO HERNÁNDEZ**, *director del Colegio LaSalle*

Tengo que hablar de un joven notable, Hugo Miguel Mendiola. Era nuestro agente y se quedó con nosotros en el refugio. Entiendo que lo obligaron a hacerlo, pero él se quedó con una sonrisa. Debe haber estado preocupado por su familia. Él perdió su mascota, un pajarito, y su casa se inundó. Cuando terminó el huracán llegó a su casa nadando con el agua al pecho, pero no se quedó allá, regresó al hotel por sus clientes. Después de varios días en el refugio, lo tuvimos que obligar a que se quitara la corbata, lo que habla de su dedicación y profesionalismo en el trabajo. Y todo el tiempo su principal preocupación fue nuestra seguridad.

**BRIAN SILVERSTONE**, *turistas (desde Los Angeles, California)*

Yo pasé el huracán como refugiado en casa de David Martínez, nuestro director de Infraestructura, pero los días posteriores, casi sin querer, fuimos metiendo computadoras a su casa, hasta que la sala terminó convertida en la oficina táctica de recuperación del aeropuerto. Hasta una antena le pusimos en el techo, para tener enlace de radio, y David y su esposa jamás protestaron. Hasta contentos se veían.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

¿Sabes? De estas horas de oscuridad en todo sentido, a luz de vela te digo, de cerquita, no estás sola, no estás desamparada, tierra mía. Nos tocó sufrir un poco para percatarnos de nuestras carencias. Ha pasado un dios colérico y abstracto sobre nuestra vida, y mira, aquí estamos, contigo, listos, fuertes, con ganas de vernos como nos

gusta. Nosotros, tus hijos, volvemos a vivir bien en tu generoso regazo, tierra caribena, tierra nuestra, tierra de todos los que te vivimos. Vaya bien, Wilma.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor (desde Cancún)*

***Wilma, nos hiciste lo que el viento a Juárez***

MANTA EN LA PLAZA DE TOROS

Hubo que empezar por las decisiones primordiales, incluso definir dónde íbamos a trabajar. Todo estaba colapsado, no había agua, luz, teléfono, vigilancia. El peor problema fue la comunicación, no tener teléfonos adecuados, no poder solicitar las cosas que se necesitaban. Aparte de la falta de servicios, teníamos un problema enorme, la evacuación de los turistas. No teníamos información de cuántos eran, de qué países y de dónde estaban. Ese fue un operativo extraordinario, un rompecabezas. Lo vivieron Gaby y Paco, y fue heroico el trabajo del gobierno de Yucatán. Para mí fue una gran experiencia, jamás se me va a olvidar.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

Si hay algo triste en un aeropuerto es no oír ningún motor y ver parado el radar. Un aeropuerto en silencio es una cosa muy extraña. Es como una muerte.

**MARTHA PHILIPPE**, *gerente de Continental*

Aterrizar en el aeropuerto de Cancún y ver que estaba todo vacío, que no hubiera un solo avión, fue una imagen muy dura.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

En la reunión del aeropuerto llegan los de Aeronáutica Civil y dicen, sólo de tal a tal hora hay operaciones, y máximo tantos vuelos por hora, porque la aproximación tenía que ser visual. Hay que recordar que el radar de Cancún estaba fuera de servicio, y había que dirigir el tráfico con el de Mérida, mucho más pequeño. Luego de la evaluación técnica, se determina un esquema para que el aeropuerto empiece a funcionar el martes. Fue la idea, que resultó excelente, de documentar en la ciudad a los pasajeros.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

Lo primero que se hizo fue limpiar la pista. El lunes empezaron a llegar aviones, entre 8 y 9 de la mañana, vuelos militares, dos Hércules del Ejército, uno de ellos car-

gado de agentes de seguridad. El martes hubo 60 operaciones militares y 61 operaciones de rescate. Los pasajeros llegaban documentados, atravesaban el aeropuerto por un pasaje señalizado y se subían al avión. Hay que destacar que todos los pasajeros que se subieron a los aviones pasaron por un detector de metales. La gente de la Transportation Security Agency vino a verificar pero, dada la situación, tenían la autoridad para exonerar a las empresas del requisito. No tuvieron que exonerar a nadie. Tenían los ojos como plato.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

El lunes ya tarde me habla Sergio Allard, el director comercial, para avisarme que el martes íbamos a tener cinco vuelos de rescate, y que uno traía 20 toneladas de víveres para la Cruz Roja. ¿Qué haces a esa hora? Tomé la decisión de irme a Radio Ayuntamiento, a medianoche, y me dieron chance de decir al aire que los pasajeros de Mexicana que se quisieran ir, deberían presentarse a partir de las siete de la mañana en la oficina. Hice hincapié en eso, a partir de las siete, en las oficinas de la Tulum. Cité a mi gente a las seis, pero yo llegué a las cinco y media, por si se ofrecía algo. Lo que se ofreció es que, a esa hora, ya había como 500 pasajeros en la calle. Hasta se habían organizado, habían hecho una cola que llegaba hasta el Sport City, y en el camellón había un campamento. Y siguieron llegando. A la hora de la cita, a las siete, ya eran cerca de mil.

**OTHÓN ZOZOAGA**, *gerente regional de Mexicana*

El lunes a medianoche, Mexicana nos avisó que iban a sacar vuelos el martes en la mañana. No había teléfonos, así que fuimos a las regiones a avisarles a los operadores. Luego fuimos a los refugios, con los reps, a buscar a los pasajeros VTP. Metimos toda la flota, las 38 camionetas, a dar vueltas día y noche. Pero, ¡qué noches!, toda la ciudad sin una sola luz.

**PATRICIA MARTÍNEZ**, *directora de Intermar Caribe*

El problema era que teníamos que documentarlos manualmente y darles un cartoncito, que hacía las veces de pase de abordar. Los más fáciles eran los que tenían un boleto físico. Aunque fuera para otro destino, los subíamos. Lo que se nos complicó fueron los pasajeros con boleto electrónico, que es lo más moderno, porque esos no traen nada, y no teníamos manera de checar que estaban vigentes. Bueno, sí teníamos, vía telefónica, tres gentes hablando al 1-800, pero era complicado, muy tardado. Como sea, el martes logramos sacar 816 personas, sólo se quedaron para el miércoles unas 50 ó 60.

**OTHÓN ZOZOAGA**, *gerente regional de Mexicana*



El martes empezó a llegar gente, pero los devolvíamos. Hoy no vamos a tener vuelos, decíamos, venganse mañana. Se corrió la voz y el miércoles, a las siete de la mañana, había 900 gentes frente a la oficina. A mediodía había cerca de dos mil, haciendo cola. Lo primero que hicimos fue separarlos. A los pasajeros de Aeroméxico los atendíamos en la banqueta; los de Delta, con quien tenemos alianza, en la glorieta. Sobre el pasto, pusimos escritorios para documentar, y a los pasajeros con pase de abordar los poníamos en el centro del camellón, para que esperaran los camiones que los llevaban directo al avión. Era increíble ver esa fila de turistas, con sus maletas, haciendo cola en un parque.

**HÉCTOR PÉREZ PEÑA**, *gerente regional de Aeroméxico*

La operación de rescate fue para todos, no sólo para los pasajeros de Continental. Llegó un momento en que ya ni preguntábamos si eran pasajeros nuestros o no, si tenían boleto o no, o en qué vuelo habían venido. Si se querían ir, los documentábamos y los mandábamos fuera, casi siempre a Houston. Eso también lo hicieron otras aerolíneas. Se supone que somos competidores, pero la verdad es que somos una hermandad muy grande.

**MARTHA PHILIPPE**, *gerente de Continental*

La instrucción fue, los enfermos y los heridos, prioritarios, aunque no tengan boleto. Evacuamos como 120 personas con ese criterio, sin cobrarles un centavo.

**OTHÓN ZOZOAGA**, *gerente regional de Mexicana*

El miércoles fue el día más difícil, porque sabíamos que no había capacidad para sacarlos a todos. Había dos mil pasajeros, y sólo pudimos despachar a novecientos. Los mil que no se fueron, otra vez a las siete de la mañana, ya estaban ahí el jueves.

**HÉCTOR PÉREZ PEÑA**, *gerente regional de Aeroméxico*

El martes empiezan las operaciones de rescate, pero algunos se lo toman como que ya está abierto el aeropuerto, y se dejan venir cientos de turistas con sus maletas. El retén se convierte en una larguísima fila de camiones y autos, un tapón. Esa fue, digamos, la crisis del martes al mediodía.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

Hay que ser extremadamente cuidadoso con el manejo de la información. A la distancia, creo que empezamos a decir, el aeropuerto está abierto, pero sólo para vuelos de rescate. Eso era rigurosamente exacto, pero los turistas que se querían ir sólo oye-

ron la primera frase, el aeropuerto está abierto. El efecto bola de nieve, de boca en boca, hizo lo demás. Ahora entiendo que debimos decir, el aeropuerto está cerrado, ni se acerquen si no tienen pase de abordar. Esa distracción pudo ocasionar parte del problema.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

La cola del retén era de un kilómetro, en su mayoría camionetas de turismo, pero también autobuses, taxis, coches particulares. Sólo dejaban pasar a pasajeros documentados, pero hacían una revisión manual, era muy lento. Yo creo que Asur puso poca gente, unos diez cuando mucho, y no querían que los vehículos pasaran hasta que el avión estuviera en tierra, y tampoco había donde estacionarse. Con todo y su pase de abordar, a veces los pasajeros tenían que esperar una o dos horas para pasar el retén.

**JUAN CASTAÑEDA**, *gerente de operaciones, Intermar Caribe*

Ese martes empieza un operativo adicional, el de los pasajeros sueltos. Gabriela encuentra una sede ideal, que fue la escuela LaSalle. Ahí se concentran las aerolíneas, se documentan los vuelos, se trepan los turistas a los autobuses, y directo al avión. Sin ser dramáticos, se subestimó la cifra de turistas que había en la región. Eso obliga a pensar qué tan bueno sería establecer algún tipo de registro en el futuro.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

La decisión de reunir a las líneas aéreas y los pasajeros en LaSalle la tomó Paco Madrid, fue muy acertada. Todos los turistas estaban fuera en menos de una semana, eso funcionó muy bien. Más de 25 mil turistas salieron, dijo el Departamento de Estado. Yo creo que fueron más de 30 mil. Todo hecho por la voluntad del gobierno mexicano.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

Me llamó la secretaria de Turismo, de parte del Gobernador, y me solicitó la posibilidad de que aquí se instalaran las líneas aéreas. En ese momento, todavía no se acababan de ir los turistas, porque el colegio sirvió como refugio. Aquí tuvimos como dos mil personas, en principio eran mil, pero luego se agregaron los que llegaron del Kuxil Baxa'al. Casi se empalman las dos cosas. Las aerolíneas se instalaron en el patio, a pleno sol, entre escombros de árboles que se habían caído. Se juntó una cantidad impresionante de pasajeros, yo le calculo entre cinco y seis mil personas, un mundo de gente. Le pedí al general que me dejara la guardia que se quedó en el huracán, unos ocho o diez soldados, y todo se hizo con bastante orden. Un problema fue que se corrió la voz

de que íbamos a dar alojamiento y comida, y muchos turistas venían a quedarse. No teníamos comida, pero como ya estaban vacíos los salones que se habían usado de refugio, ahí les permitimos que durmieran, se quedaban entre 600 y 800 en las noches. Nosotros aprovechábamos la noche para sacar la basura, porque queríamos abrir la escuela tan pronto como fuera posible. El operativo de las líneas aéreas duró toda la semana.

**JESÚS ARÉVALO HERNÁNDEZ**, *director del Colegio LaSalle*

Las aerolíneas se instalaron en el patio de la escuela, en mostradores muy improvisados, unas mesitas con sillas de plástico. Ahí documentaban a los pasajeros, a mano, en listas manuscritas, sin ningún tipo de computadora. Te estoy hablando de American, Continental, United, Alaska, Frontier, Martin Air, eran como unas ocho o diez, unas regulares y otras charteras. Había una fila por compañía, pero algunas colas eran larguísimas, le daban la vuelta a la cuadra, sobre todo las líneas americanas. Las compañías trabajaron con el orden de llegada, el primero que llegue, el primero que se va, pero no todos se podían ir ese día y algunos hasta se quedaban a dormir en la escuela, o en la calle, para ser los primeros el día siguiente. Nosotros organizábamos los autobuses para llevarlos al aeropuerto y ayudábamos en lo que se podía. Era una situación tensa y, sin embargo, te puedo asegurar que los pasajeros estaban felices.

**LIZZIE COLE**, *directora de Promoción, Secretaría de Turismo de Quintana Roo*

Me acuerdo que la secretaría de Turismo nos mandó unos autobuses, para que llevaran a los pasajeros de LaSalle al aeropuerto, y casi me da la epilepsia cuando vi que no tenían compartimiento de equipaje. Los turistas se tenían que ir sentados sobre sus maletas, o las cargaban sobre las rodillas. Pero era tal su felicidad, verlos con su pase de abordar en la mano era un postre. Te abrazaban y te besaban, estaban agradecidos con Dios y con quien estaba enfrente.

**MARTHA PHILIPPE**, *gerente de Continental*

Nosotros nunca perdimos comunicación y supimos en cada instante dónde estaban nuestros turistas. Lo que sí perdimos fue comunicación con su equipaje, no teníamos idea dónde estaban las maletas.

**LOLITA LÓPEZ LIRA**, *operadora de viajes*

Antes del impacto, hubo un gran desorden en las instrucciones a los turistas. Algunos hoteles les pidieron dejar la habitación como estaba, sin siquiera empacar la ropa. Otros, hacer las maletas y meterlas al clóset, o al baño. Otros, bajarlas a la recepción.

Otros, llevarlas al refugio. Tras el huracán, teníamos turistas volviendo a los hoteles por sus cosas, pero sus cosas estaban en una habitación empapada, en un décimo piso, en edificios sin elevador. Muchos ni siquiera volvieron a recogerlas, tomaron la primera oportunidad de irse y perdieron su equipaje. Ese es un tema que deberíamos considerar.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Los hoteles tuvieron que inventariar cada cuarto, con notarios, porque el equipaje es propiedad privada. Te puedes encontrar cualquier cosa, incluso drogas. A nosotros nos entregaron mil maletas sin identificación, que no sabían de quienes eran. Tal vez de nuestros clientes, tal vez no. Y luego la aduana ponía trabas para dejarlas salir. Por ejemplo, porque traía ropa manufacturada en China. Pero no te imaginas qué maletas, la ropa húmeda, sucia, echándose a perder. Las revisaban y te decían, esta camiseta es china y está prohibido exportarla por las leyes mexicanas.

**JOSÉ LUÍS MARTÍNEZ ALDAY**, *operador de viajes*

En la Riviera no tuvimos ese problema. Si vamos a evacuar, hay tres opciones. Uno, que el hotel sirva como refugio. Dos, que los lleves a un refugio del municipio. En estos dos casos se instruye a los huéspedes para que hagan su equipaje, lo identifiquen y lo coloquen sobre la cama, por si el cuarto se inunda. El tercer supuesto es que los saques de la Riviera Maya, en cuyo caso se llevan sus maletas. En la Riviera no se perdieron equipajes.

**JEAN AGARRISTA**, *presidente de los hoteleros de Riviera Maya*

En Cancún se quedaron aproximadamente el 40 por ciento de las maletas.

**JOSÉ LUÍS MARTÍNEZ ALDAY**, *operador de viajes*

Alguien me dijo que había problemas en el Moon Palace. El martes fui a ver. La gente estaba bailando salsa delante del edificio y comiendo bistec. La gente quería, como en las películas, que vinieran los helicópteros militares y los sacaran de inmediato. Ven mucha televisión, nosotros no hacemos eso si no hay balas.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

El martes anterior al huracán me entero que mi hermano está en Cancún, con sus hijos, sus nietos y su nuera embarazada. El miércoles le digo, ¡salte! El jueves me dice, no, nos vamos a quedar, es algo rutinario para estas gentes. El viernes alcanzo a hablar con él, ya en pleno huracán, por celular, pero no vuelvo a saber nada hasta el miér-

coles siguiente, yo en Cancún, él en México. Sin querer queriendo, fue uno de los turistas que evacuó.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

Hicimos jornadas de catorce, dieciséis horas diarias. Al final de la semana, entre Delta y Aeroméxico, logramos sacar casi 5 mil pasajeros.

**HÉCTOR PÉREZ PEÑA**, *gerente regional de Aeroméxico*

De martes a domingo, no tuvimos un solo asiento que se fuera vacío.

**OTHÓN ZOZOAGA**, *gerente regional de Mexicana*

En todos mis años como funcionaria del Departamento de Estado no había visto algo así. En Líbano tardamos más de una semana, se evacuaron doce mil, y ahí sí había balas.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

Los siguientes cuatro días tuvimos un promedio de 80 vuelos de rescate, hasta el viernes. Hay que recordar que no había radar, las operaciones tenían que ser visuales, así que el horario era limitado por la luz del día. El sábado el aeropuerto quedó abierto al público y ese día recibimos un charter de Martin Air, cargado de turistas, procedente de Ámsterdam. Ese fue el primer vuelo comercial después del Wilma. Nos pareció importante que el mundo se enterara, trajimos prensa, los entrevistamos en la sala de equipaje, se veía que venían a hacer turismo de aventura. Había que dar la señal de que Cancún revivía y esa señal fue la reapertura del aeropuerto. Fue la señal más poderosa que pudimos dar.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

### ***Cancún es más fuerte que Wilma***

LEYENDA EN EL VENTANAL DEL RESTAURANTE BAJA FISH

Como aprendizaje, una cosa que no dimensionamos en que, por muy buenos planes que tengas, algo te va a fallar. El municipio tiene su plan, los hoteles tienen su plan, pero cada quien toma sus decisiones de acuerdo a su visión. Cada agente económico tomó sus muy particulares decisiones, sin consultar a nadie y sin consensarlas. Los hoteles y los operadores mandaban sus autobuses a Mérida, repletos de gente, y asunto arreglado. El problema ya no era de ellos, era de alguien más. Hoy, con los avan-

ces de la tecnología, un desorden así es inaceptable. Es necesario un poco más de generosidad de parte de los hoteleros, pero sobre todo, es necesario que nos pongamos de acuerdo desde antes.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

En el momento del impacto, estimamos que había 70 mil turistas en la zona, en base a la ocupación promedio. Pero ese indicador es poco confiable, porque los hoteles lo dan a conocer de acuerdo al número de cuartos que tienen disponibles, no a los existentes. En épocas normales, esa cifra puede ser confidencial. Pero cuando se aproxima un huracán, en alguno de los colores de la alerta, es necesario que la autoridad conozca la lista completa de huéspedes y su ubicación en los refugios. Por canales electrónicos, una información de ese tipo puede fluir en segundos.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

El lunes, cuando fui a buscar a los turistas, fue difícil porque no había ayuda. Iba a los albergues y simplemente decía, quién se quiere ir a Mérida. Al principio fueron sólo americanos, pero al final transportamos unos 20 mexicanos. Los primeros salieron la tarde del lunes, los últimos el martes en la mañana. El lunes dormí en el piso de la compañía de autobuses.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

La cónsul se presentaba en los refugios y decía, quién se quiere ir a Mérida, ahí sí hay aeropuerto. Claro, después de tres días de huracán, la gente se iba. Pero no había ningún orden, ni siquiera listas elaboraban. Ella fue la que metió el relajo.

**LOLITA LÓPEZ LIRA**, *operadora de viajes*

El principal problema fue la información. Hubo unos 40 agentes del Departamento de Estado, que llegaron de todas partes del país, e iban a cada albergue organizando a la gente. Hay que buscar un medio que no sea el celular, no depender de la electricidad. Hay que hacer un plan básico. Hay que tener un núcleo de información, que todos sepan dónde ir, aerolíneas, operadores, hoteles. Pero las compañías de charter y los hoteles tienen que ser más flexibles.

**LISA VICKERS**, *cónsul de los Estados Unidos*

Yo nunca sentí que hubiera falta de información, que eso fuera un problema grave. Había seis mil alemanes en Quintana Roo, casi todos en la Riviera Maya. Pero las agencias que los trajeron, los cinco mayoristas que operan aquí, los tenían ubicados,

siempre supimos dónde estaban. Son gente muy organizada. No tuvimos ningún turista perdido, ningún daño. Los evacuamos a casi todos por Mérida, pero una semana después, cuando ya había pasado la crisis.

**RUDOLF BITTORE**, *cónsul honorario de Alemania*

Tras el ciclón, buscamos a los británicos hotel por hotel, en Cancún y en la Riviera. Fue una de las cosas más difíciles, buscar a la gente. La comunicación era complicada, había confusión sobre el estatus del aeropuerto, pero pusimos un centro de emergencia en México, y otro en Londres. De acuerdo con las agencias, empezamos a mover gente a Mérida. Salió muy bien, en tres o cuatro días no había un solo británico en la zona. Y después, tuvimos muchas juntas para discutir qué habíamos aprendido y dónde habíamos fallado.

**MARK CARNEY**, *cónsul honorario de Gran Bretaña*

Lo más difícil fue saber dónde estaban franceses, en qué albergues. Los tuvimos que recorrer uno por uno, y es posible que a algunos no hayamos llegado. La instrucción era sacarlos de la región lo más rápido posible, pero mucho se movieron por su cuenta. Trabajamos en contacto con los agentes de viaje y no tuvimos excesivos problemas.

**FLORENT HOUSSAIS**, *cónsul honorario de Francia*

La lista de números telefónicos que teníamos de los refugios era extensa, muy detallada. Pero tras la emergencia se convirtió en un papel inútil, porque casi ninguno sirvió. En muchos albergues, que son escuelas, el teléfono estaba en la oficina del director, y la oficina del director estaba cerrada. O estaba abierta, pero nadie estaba de guardia para contestar. Esos detalles generaron enormes fallas en el manejo de información.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Cuando se metieron los cónsules fue cuando se armó la de San Quintín.

**JOSÉ LUÍS MARTÍNEZ ALDAY**, *operador de viajes*

Wilma demostró también cuán vulnerables somos al contar con un sólo aeropuerto para Cancún y la Riviera Maya. No tuvimos más opción que Mérida, pero esa terminal no está preparada para tales volúmenes de tráfico. Realmente, lo que hicieron allá fue una hazaña, en toda la extensión de la palabra.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

La peor noche, la del martes. Conforme avanza el día, comenzamos a recibir llamadas de Mérida, al principio muy cotorras. Estamos haciendo el pedido de pizzas más grande de la historia, 500 pizzas, nos contaban. O bien, les vamos a mandar un grupo musical para que oigan trova. Pero al rato las llamadas empiezan a ser angustiantes, luego desesperadas. Mandé un destacamento de 150 policías federales, de Mérida y de México, para tratar de poner orden. Y aquí, a las dos o tres de la mañana, decidimos ir a los encierros donde se guardan los autobuses para amenazarlos, entre comillas, diciéndoles que los iba a parar la Federal de Caminos, que no se fueran. Pero íbamos sin luz y nos recibían con armas. Localizar a los operadores, tener juntas con ellos en la madrugada, fue una pesadilla.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

El sábado anterior levantamos las sesiones del Comité de Protección Civil, porque para Yucatán ya había pasado la emergencia. El gobernador había autorizado la instalación de albergues para 2 mil personas, pero antes del fin de semana sólo llegó el grupo del hotel El Dorado, de la Riviera Maya. Alrededor de mil turistas, casi todos ingleses y canadienses, que se instalaron en la Universidad del Mayab. El domingo pienso, algo puede pasar, me voy temprano al aeropuerto y no pasa nada. El lunes, el gobernador y yo vamos de gira con el Presidente Fox, a la zona de Tizimín, afectada por las lluvias. Esa tarde empieza a llegar alguna gente al aeropuerto de Mérida, así que mantengo abierto un canal de comunicación con el consulado de los Estados Unidos. En la noche voy al aeropuerto y veo que hay como 200, máximo 300 turistas en la terminal. Cuando regresamos el martes, a las siete de la mañana, estábamos hablando de cinco mil, seis mil gentes. Era un caos total. Los autobuses trataban de llegar al aeropuerto en sentido contrario, y tenían bloqueados los dos canales de circulación. Había cientos de gentes en las salas de espera, y miles en los jardines y los estacionamientos. El gobernador me dio instrucciones de que pidiera todo: ambulancias, provisiones, camastros, regaderas. La gente venía cansada, agotada, después de ahorrar un año en eso se habían convertido sus vacaciones. Habían sufrido tres días de huracán, estuvieron en albergues no preparados, traían doce o dieciocho horas de camión. Y cuando llegas al aeropuerto, hay una cola enorme para que el autobús pueda entrar al estacionamiento, y no hay nadie que te pueda informar de tu vuelo. No venían heridos, pero sí venían rendidos, con un estrés tremendo. Hubo docenas de desmayos y de crisis nerviosas, incluso conatos de bronca. En alguna hora del día hablé con el Secretario de Turismo y le pedí apoyo. Mañana te mando ayuda, me prometió. Recuerdo que le dije, Rodolfo, mándamela hoy, no llegamos a mañana.

**CAROLINA CÁRDENAS**, *secretaria de Turismo de Yucatán*

En condiciones normales tenemos 15 salidas diarias, con un promedio de 130 pasajeros, unos mil 500 pasajeros al día. En un buen momento, puedes ver tres o cuatro



aparatos en la plataforma. Pero ese día empezaron a llegar aviones sin plan de vuelo, la mayoría de compañías charteras, vuelos de rescate que no estaban programados. A mediodía, había cerca de 25 aviones y estaban totalmente copadas las plataformas y las pistas de circulación. Averiguar por quién venían esos aparatos se convirtió en asunto de máxima prioridad.

**ENRIQUE DOMÍNGUEZ**, *director de Planeación, Secretaría de Turismo de Yucatán*

Me llevé al aeropuerto a las 40 gentes que tengo en la secretaría, todo el personal. El problema era que nadie sabía lo que estaba pasando. Los mayoristas de Cancún contrataron autobuses y mandaron a sus turistas a Mérida, y también mandaron aviones a recogerlos. Se quitaron el problema, pero no le avisaron a nadie. Los aviones llegaban y decían, dónde están mis pasajeros. Y los pasajeros preguntaban, dónde está mi avión. Nadie sabía a qué mostrador debía acudir, y en ningún mostrador tenían información de los vuelos. No había gentes para hacer check in, ni computadoras, ni información de ninguna clase. Para colmo, en esos momentos el aeropuerto de Mérida no tenía comandante, las decisiones importantes se tenían que consultar con la oficina regional, en Tuxtla Gutiérrez, por teléfono. En ese caos, logramos sacar unos pocos aviones con mi gente. En un block anotábamos la lista de pasajeros y ni siquiera considerábamos el destino final. Aeroméxico y Mexicana me dieron todos sus espacios vacíos, y usaron aviones más grandes, para evacuar más turistas. Pero algunos aviones empezaron a irse vacíos. Los pilotos se cansaban de esperar, o se agotaba su jornada de vuelo, o recibían instrucciones de retirarse, lo que sea, pero varios se fueron vacíos o casi vacíos. La noche del martes durmieron en el suelo del aeropuerto entre 11 y 15 mil turistas.

**CAROLINA CÁRDENAS**, *secretaria de Turismo de Yucatán*

Fun Jet me avisó el martes que iban a enviar aviones a Mérida. Sacamos cinco autobuses a las doce del día, calculando que llegarían a las cinco de la tarde. Pero no sabíamos de la inundación de la carretera, nadie sabía. Tuvieron que dar un rodeo gigantesco, perdieron horas, llegaron bien tarde. Tan tarde, que cuando llegaron los aviones ya se habían ido.

**LOLITA LÓPEZ LIRA**, *operadora de viajes*

Me pasé toda la semana pegada al teléfono, tratando de conseguir aviones. Pero la confusión era tremenda. Las aerolíneas no sabían si podían aterrizar, si los aeropuertos estaban cerrados. Mandamos aviones a Mérida y a Chichén-Itzá, pero los pasajeros no llegaban. Algunos se tuvieron que regresar vacíos.

**TERRI LINEX**, *mayorista (desde Dallas)*

Nos trasladaron en un camión de asientos rígidos durante siete horas, a través de la península, con la promesa de que habría un avión esperando nuestra llegada. Llegamos sólo para encontrar que no había tal avión. Nos dijeron entonces que nos llevarían a un hotel. Pero no había hotel, terminamos en un *sports bar*. Muchos de nosotros dormimos en el suelo, otros sobre la barra o en las mesas. Todo esto con el bar abierto al público y las televisiones prendidas. La mañana siguiente volvimos al aeropuerto, pero seguía cerrado. Nos dividieron en grupos, de acuerdo a nuestro destino. Al menos quince veces nos dijeron que nuestro avión estaba por llegar. Esperamos en el sol por horas, con miedo de salirnos de la fila. Finalmente, a quienes íbamos a Dallas nos movieron unos cien metros, a otra parte del jardín. Ahí esperamos varias horas. En algún momento notamos que todos los pasajeros que no eran de Estados Unidos estaban tomando aviones de regreso a casa. Esa noche, sólo los americanos nos habíamos quedado. Nos dijeron que venía nuestro avión, pero por alguna razón todavía estaba en Boston. Esperamos. Los mexicanos nos dieron esteras para dormir sobre el pasto. Nos volvieron a dar el horario de llegada del avión. Esperamos. Para entonces muchos estaban desesperados por irse a casa y pagaron gran cantidad de dinero por usar otras aerolíneas y partir. El agente nos dijo que si hacíamos eso no tendríamos derecho a un reembolso. Seguimos esperando nuestro avión, con más promesas de hora de llegada. El agente nos abandonó el miércoles y nunca lo volvimos a ver. Nos dijeron que nuestro avión llegaría el jueves a mediodía. Los voluntarios mexicanos nos dieron cobijas para nuestra segunda noche a la intemperie. La mañana del jueves llegó Martín Trejo, después de manejar toda la noche para encontrarnos. Nos pidió que nos subiéramos al autobús para ir a otro aeropuerto, cerca de las ruinas. Se imaginan nuestra reacción. Nadie le creía y teníamos miedo de ir. Pero había algo en su mirada que nos hizo creerle. Le pregunté si se quedaría con nosotros todo el tiempo. Me dijo que sí. Sentí un gran alivio en ese momento. No estoy seguro por qué, pero confié en Martín. Mi confianza estaba justificada. Martín nos habló maravillas de los mayas y su civilización durante todo el trayecto. Y se quedó con nosotros hasta que el avión despegó. Un hombre que estaba exhausto y que merece todo nuestro aprecio. Martín hizo toda la diferencia.

**BILL Y NANCY HOWSE**, *turistas (desde Plano, Texas)*

El miércoles estallé en lágrimas. La PFP me subió a una patrulla y fui a la pista a hacer un inventario de cuántos aviones había en la plataforma. Estaba muy tensa. Pero ese mismo día llegó el principio de solución cuando montamos la oficina de enlace. Con la gente de la Secretaría comenzamos por identificar a todos los operadores, a ver tú quien eres, a quién esperas, dónde estás ubicado físicamente. Mientras, logramos que Enrique, que es piloto, se subiera a la torre de control y nos pasara los estatus de los vuelos y de las tripulaciones. Después, salía mi personal a los jardines a buscar a los pasajeros, coreando en voz alta el nombre del mayorista, First Choice, Fun Jet, Apple Vacations, Go Go Travel. Así los fuimos juntando, pero había muchos detalles no pre-

vistos. Las jornadas de los pilotos fue un problema mayor. Llega un alemán y me dice, mis pasajeros estuvieron cinco días en el refugio, dieciocho horas en carretera, durmieron en el piso, se subieron al avión a las nueve de la mañana, y a las nueve de la noche no se han ido, porque la tripulación está durmiendo. Otro punto débil, manos para cargar maletas. El gobernador mandó cadetes y salimos del paso. Otro detalle: el carrito de las maletas no llegaba a la panza de los aviones grandes, porque los aviones que recibe Mérida son más chaparritos. Lo mismo la manguera del combustible, no llegaba a las tomas de los 747. Lo tuvimos que resolver con pipas, pero nos tardamos ocho horas en llenar un solo avión. Además, no había suficientes autobuses, la gente tuvo que caminar entre los aviones para poder abordar, los bomberos tuvieron que hacer vallas. En verdad, no te das cuenta de lo complejo que es un aeropuerto hasta que lo vives

**CAROLINA CÁRDENAS**, *secretaria de Turismo de Yucatán*

Con unas pocas cifras se puede ilustrar lo que le pasó al aeropuerto de Mérida. En tres días, manejamos 28 mil pasajeros, contra un promedio normal de 4 mil 500. Tuvimos 103 vuelos adicionales y cargamos 45 mil maletas, contra un promedio normal de 3 mil 500. Atendimos a mil 500 gentes con suero oral, víctimas de la deshidratación, y yo creo que la Secretaría de Turismo de Yucatán tiene un récord mundial difícil de igualar, para el libro Guinness de récords, pues para alimentar a esa gente hicimos un pedido telefónico de mil pizzas. El empleado que atendió el teléfono no lo podía creer.

**ENRIQUE DOMÍNGUEZ**, *director de Planeación, Secretaría de Turismo de Yucatán*

La gente de la Secretaría, mis respetos, cargaba maletas, hacía check in, distribuía alimentos, calmaba a los turistas. Eso fue importante, porque la tensión era inmensa. Recuerdo a una pareja de argentinos deambulando por el aeropuerto, ella tratando de encontrar vuelo, pero el marido se paralizó, estaba como ido, con el bebé cargado en brazos. Los españoles eran los más complicados, siempre estaban discutiendo, peleando entre ellos, y de repente empezaban los golpes. Tuvimos que separarlos con agentes de seguridad. Pero en general, el comportamiento de los turistas fue ejemplar. Y el viernes, después de tres días de caos, logramos sacar el último vuelo de rescate.

**CAROLINA CÁRDENAS**, *secretaria de Turismo de Yucatán*

Quintana Roo tiene uno de los sistemas de respuesta más ágiles y mejor organizados de la República. Por el riesgo repetido de huracán se ha vuelto un sistema muy sólido, con novedades que se deben producir en otras partes del país. Caso concreto, su vinculación con el sector turístico. No sabe qué maravilla, eso nos permitió proteger

a los visitantes, con saldo perfecto. Yo le pongo un diez de calificación al sistema de Protección Civil de Quintana Roo.

**CARMEN SEGURA RANGEL**, *coordinadora nacional de Protección Civil*

☪ **Wilma se ha ido**

*Las aguas frías y la cizalladura redujeron Wilma a un sistema de baja presión anoche, que se localiza ahora lejos en el Atlántico. El huracán cobró su última víctima ayer, un surfista de Massachussets que nunca regresó a la playa. Wilma dejó sin luz a 70 mil residentes de Nueva Inglaterra y una marea de tormenta de varios pies inundó algunas porciones de la costa.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MIÉRCOLES, OCTUBRE 26, 7:07 A.M., HORA DE CANCÚN.

Tenemos que regresar las películas, le dije a Sebastián. Ay, ma, me dijo, el Blockbuster ya ni existe.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Nunca había visto Cancún como en estos días. La primera visión fatal fue la zona hotelera, de noche, a oscuras, vacía, con soldados vigilando, y los orgullosos hoteles heridos, nada de turismo a la vista.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor*

No había ni agua, ni luz, ni súper, ni tiendas, ni bancos, ni gasolineras, ni aeropuerto, ni paso a Playa del Carmen, ni a Mérida...

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Una de las decisiones más atinadas fue abrir el lunes la telefonía pública. Los teléfonos públicos que tenían servicio quedaron abiertos, un servicio gratuito para toda la comunidad. En total, se consumieron tres y medio millones de minutos, el 80 por ciento de larga distancia. Eso equivale a una llamada de 5 minutos por habitante. El servicio estuvo abierto una semana completa.

**JOSÉ LUIS NÚÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

Una amiga, Claudia, bien optimista y trabajadora, tenía luz, pero no agua. Al pasar los días sin agua se dieron cuenta de que la bomba estaba descompuesta, la arregla-

ron y no había agua. Luego encontraron un tubo roto, lo cambiaron y no había agua. El tinaco estaba cuarteado, compraron otro y por fin había agua, pero no funcionaba la lavadora ni la secadora. ¡No, si después de la tempestad no sigue la calma! Después de la tormenta hay mucho qué hacer y hay muchos gastos.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Donde sí hubo daños fue en las instalaciones hidráulicas domiciliarias. Muchos tinacos no tenían agua, son muy frágiles, como los rotoplás, y volaron con el aire. Cuando eso pasa, las tuberías se rompen, quedan abiertas. Al iniciar el bombeo, detectamos que había una cantidad impresionante de fugas dentro de las casas. Aguakán me decía, ya voy a empezar a enviar agua. Yo lo anunciaba, iba dos o tres veces diario a Radio Ayuntamiento para dar informes, para decir en qué región se iba avanzando, la 60, la 61, la 63, la que fuera, lo anunciábamos, y nada. No llegaba el agua. Las fugas se convirtieron en un problema mayúsculo, porque no nos permitió llegar a las partes más alejadas, mucha agua se tiraba en el camino. Fue una experiencia aleccionadora, los usuarios tienen que revisar sus instalaciones.

**LUIS FERNANDO DORANTES**, *delegado de la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado*

El domingo se hizo un tianguis frente al teatro. De repente se pusieron unos puestos. Vendían sabritas, refrescos, licor, cervezas, cigarros, sándwiches. Había taxistas que sacaban cajas de las cajuelas, o gentes que llegaban con bolsas. Tal vez fuera mercancía de los saqueos, no lo sé, pero el tianguis estuvo varios días. El hotel trajo tumbonas de las albercas, y dormían al aire libre, entre tendedores donde secaban la ropa. El problema más grave fue el del agua, se acabó. Se agotó la cisterna, pero entre ellos se organizaron para hacer cadenas humanas y limpiar los baños. Fui a Capa a solicitar una pipa, pagando, claro está, pero no se pudo. Iban saliendo de a poquitos, al final se quedaron una semana.

**GERMÁN WALLS**, *propietario de El Forito*

A Yvonne y a Manuel se les inundó la casa con metro y medio de agua. Habían subido el estereo a la barra de la cocina, pero el agua llegó mas arriba. A Rickie y a su familia les fue muy mal. En la parte de arriba se les voló un tragaluz y mientras estaban arriba, tratando de sujetarlo, no se dieron cuenta de que abajo el agua subía y subía, todos sus víveres y provisiones acabaron flotando. El Audi que tienen, aunque lo habían estacionado en un lugar en alto, se les inundó todo. Días después lo veías al sol con las puertas y cajuela abiertas, como muchos otros coches. Estas pobres familias sí perdieron todo, auto, refri, lavadora, secadora, tele, colchones, todo.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Un problema mayor fue restablecer la línea troncal de energía, la que viene de Valladolid. Usamos torres provisionales, que son estructuras muy delgadas, ancladas con cable, un trabajo muy complicado por la inundación que había, lo teníamos que hacer en balsas y en lanchas. Hasta tuvimos el caso de un trabajador mordido por un cocodrilo. En cambio, hubo partes que fueron relativamente sencillas. A mediodía del lunes las primeras casas tuvieron energía, cerca de la región 96. La parte de Bonampak fue muy complicada, las torres se fueron arriba de los postes, nos destruyeron los que van a Isla Mujeres y todas las manzanas cercanas. En Puerto Juárez nos tardamos porque lo tuvimos que hacer todo nuevo, se rompió todo. Al cien por ciento, la fase de restablecimiento nos llevó tres semanas. La reconstrucción total, hasta febrero.

**ARTURO ESCORZA**, *superintendente de la Comisión Federal de Electricidad*

Sabemos que es un deber atenderle, pero es un placer servirle. Así dicen los camiones de la CFE, a quienes los cancuenses están muy agradecidos. En la casa tardó 15 días en llegar la luz, pero si veías el estado en que se encontraba la ciudad, te das cuenta de que fue una labor titánica.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Por la falta de energía eléctrica, muchos alimentos se empezaron a descomponer. En las centrales de abastos, en los mercados, en los hoteles y restaurantes. Ahí tienes que actuar rápido, porque los propietarios intentan sacarles provecho, venderlos, rescatar lo que se pueda, pero hay un enorme riesgo para la salud. Levantamos muchos alimentos en mal estado, sobre todo cárnicos y mariscos. Y decomisamos muchos animalitos muertos, que se habían ahogado en los ranchos. En una sola granja, en Puerto Morelos, fueron cientos de puercos, por ejemplo. No tengo la cifra exacta, pero calculo que incineramos más de mil toneladas de alimentos en proceso de putrefacción.

**AMÍLCAR ROSADO**, *secretario de Salud*

Nosotros empezamos a gastar sin preguntar. El principal rubro fue la jardinería. Se me hace un mal nombre políticamente, pero en un centro turístico, el escenario urbano es esencial. Había que reponerlo a la brevedad y en eso nos gastamos 36 millones, sembramos algo así como 20 mil palmeras. Reparamos las tres plantas de tratamiento, que estaban fregadas. Más que bachear, casi repavimentamos 20 kilómetros de bulevar. Reparamos la estructura del puente Nichupté, que ya traía un problema de óxido. Y un problema mayor fue la iluminación, conseguir las dos mil luminarias que se perdieron en la zona hotelera.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

Malena, la otra amiga que estaba con nosotros, no tenía coche, porque se le inundaron las dos camionetas. Una de plano no prendía y la otra dice que, cuando prendía, parecía arbolito de Navidad, ya que se le prendían y apagaban todas las luces, hasta las intermitentes, y luego se daba por vencida y se apagaba. Araceli, mi amiga de la natación, andaba con un Golf bien viejito, que cuando llovía tenía goteras por el quemacocos. Este año su esposo le compró un BMW que no se inundó, pero después del huracán fue a ver a sus papás y cayó en un tremendo bache. Al coche le fue muy mal, hasta la fecha no se lo han entregado, lo siguen buscando en el bache.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Nos pusimos a trabajar en serio, jornadas de 18 y 20 horas de trabajo. De día y de noche había gente reparando las sucursales, y de México mandaron tráilers completos con todo lo que requiere una sucursal, terminales de cómputo, calculadoras, contadores de billetes, sillas, escritorios, todo nuevito. El martes abrió HSBC, y en Playa del Carmen, Banamex. El miércoles, Banamex de Cancún y varios más. Ese día terminó la agonía, ya había servicios bancarios. El viernes, como se prometió, cada banco había abierto cuando menos una sucursal.

**FRANCISCO FARRES**, *presidente del Centro Bancario*

Ya abrieron dos de 40 gasolineras, hay tremendas colas. Ya abrieron algunos bancos, hay tremendas colas. Ya abrieron un par de súper, hay tremendas colas, ya que únicamente dejan pasar a grupos de cinco personas a la vez. Ma, ya no hay nada de comer, por qué no vas al súper. Todavía hay tres latas de atún, yo no pienso hacer colas de cuatro horas, buenas noches.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

El daño a los cajeros fue mínimo, porque son cajas fuertes, muy difíciles de violar. Sólo desapareció uno, instalado en un Oxxo. Muchos los trataron de romper, pero sin éxito. Los cajeros tienen planta de emergencia, que entra en automático si se va la luz. Pero las baterías sólo duran tres o cuatro horas. Igual las sucursales, tienen plantas de diesel. Si enfrente choca un camión y se lleva el poste, no hay problema, nos defendemos mientras viene Comisión. Pero Wilma duró tres días, acabó con todas las pilas y con todo el diesel. De hecho, como no había luz, después tampoco podíamos conseguir diesel para echarlas a andar. Pero ya aprendimos, ahora tenemos hasta un depósito especial de diesel, lleno al tope. Y se están planteando soluciones muy interesantes. HSBC, por ejemplo, tiene una sucursal entera montada en un tráiler, misma que puede llevar a cualquier zona donde haya contingencia. Es una gran idea.

**FRANCISCO FARRES**, *presidente del Centro Bancario*

El sábado fui a desayunar a Vips. No saben que delicia fue tomar un jugo de naranja natural y fruta fresca. Ahí estaba Clarita, una amiga jarocho que es muy ocuyente y que platicaba que el día anterior estaba harta y le había dicho a su marido, yo ya estoy hasta el copete, no sé cómo le vas a hacer, pero si no me traes un six con cerveza helada, no entras a la casa. El esposo llegó con sus cervezas y nos dice, es que les juro que se me salían las lágrimas cuando me tomé la cerveza bien fría.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Una cosa que hay que destacar es el manejo que se hizo del problema epidemiológico. Hicimos una campaña intensiva contra el dengue. Ciertamente, la fuerza del viento se llevó a los moscos, pero los pocos que quedaron tenían condiciones ideales para propagar la enfermedad. La inundación y rebosamiento de las fosas sépticas, que hay bastantes, dejaron una contaminación tremenda. Hicimos muchas movilizaciones. Vinieron brigadas de Yucatán, de Campeche, de Puebla, de México. Ante el brote de cualquier enfermedad, inmediatamente se establecía el cerco. Sobre todo diarreas, cólera, tifoidea, hepatitis. El director general de Enfermedades Infecciosas y el de Epidemias, a nivel federal, se quedaron aquí por tres meses, supervisando a diario la acción de las brigadas. Teníamos reuniones todos los días, cualquier indicio o brote lo atendíamos de inmediato. Y no hubo ninguna amenaza de epidemia, una cosa que hay que reconocer.

**NARCISO PÉREZ BRAVO**, *director del Hospital General*

Conformamos 380 brigadas, con elementos llegados de doce estados del país. Unas hacían vigilancia de epidemias, otras combatían vectores, otras daban atención médica, en fin, cubríamos todas las áreas posibles. Cualquier reporte de enfermedad infecciosa lo atendíamos el mismo día y de inmediato se establecía un cerco sanitario, por lo menos cinco manzanas a la redonda para controlar la propagación. Hubo casos aislados de conjuntivitis, de hepatitis, de enfermedades diarreicas, de dermatosis por hongos y otras bacterias, de influenza. Nos preocupaba mucho el dengue, pero se combatió con éxito, lo mismo que el tétano, repartimos millares de vacunas. Todas las tardes nos reuníamos en el Hospital General, cada quien pasaba su reporte y cualquier señal de alerta se atendía de inmediato. Y así estuvimos muchas semanas, prácticamente hasta el quince de diciembre. Es una gran satisfacción que, tras una contingencia del tamaño de Wilma, no hayamos tenido ninguna amenaza seria de epidemia en la entidad.

**AMÍLCAR ROSADO**, *secretario de Salud*

¡No sabes cómo descansé estos días! Cómo, no tenías veinte mil cosas que hacer. Pues sí, pero yo como en el rancho, después de un baño a jicarazos a las siete ya estaba en



la cama, y al día siguiente me levantaba con los primeros rayos del sol. ¡Descansé mucho y hasta me estaba gustando! A mí también, la verdad es que nos adaptamos muy rápido a las incomodidades, y comienzas a disfrutar las pequeñas cosas, las estrellas por la noche, el silencio, la ausencia de tv, radio y noticias, tiene su encanto. Ay, mamá, estás loca, cómo te puede gustar. Pues... tiene su encanto.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

*Cancún está de pie* parece por el momento una aseveración un tanto frágil, sino es que ilusa. Tal vez convenga un poco de objetividad ante los retos, y con ánimos o sin ellos, levantarnos, que el show debe continuar.

**MAGDALA MAHELI HERNÁNDEZ**, *estudiante*

### ***Cancún está de pie***

CONSIGNA OFICIOSA DEL AYUNTAMIENTO DE CANCÚN

***Wilma, nos dejaste tristes y mojados,  
¡pero Playa sigue de pie!***

LETRERO PINTARRAJEADO EN LOS TAPIALES DE CAFETERÍA ANDRADE

### ***Yo soy de Cozumel y estoy de pie***

RÓTULO EN EL CONSULTORIO DEL DOCTOR CUAUHTLI

El domingo yo salí de mi casa, en el Campestre, como a las seis y cuarto de la mañana, con el agua en la cintura. Más adelante, en un desnivel de la calle, la tenía en el pecho. Llegué hasta donde un poste impedía el paso, ya con el agua al cuello. Traté de pasar por un costado, pero me tropecé con escombros. Tuve que echarme un bucito para pasar, en el agua puerca. Iba caminando de puntitas, así que mejor nadé un tramo. Caminé hasta la salida del Campestre, donde un amigo, en su pick-up, me llevó a la televisora. Hicimos dos horas, de tantos rodeos. Llegué a las ocho y cuarto y no jalaba la planta, pero la compusieron y empezamos a transmitir en vivo, después de las nueve. Me eché una transmisión ininterrumpida hasta las seis de la tarde. En algunas partes del centro ya había luz y también hay televisiones de pilas, así que nos vio muchísima gente. Ese día nos convertimos en el único enlace con la comunidad y narramos de todo, desde los destrozos hasta los saqueos. Y una cosa que se dio todo el día, los rumores. Dijimos todo lo que había que decir, no ocultamos ninguna información.

**ÓSCAR CADENA**, *conductor de televisión*

El domingo abrimos las puertas, no había a donde ir, pero al menos podíamos respirar aire fresco, después de una noche a oscuras en el cubo de las escaleras. En eso hablo con mi hermana a México y me dice, estás loca, en las noticias están diciendo que se salieron los cocodrilos de la laguna. De inmediato mandé tapiar la puerta del fondo y le ordené a los huéspedes que se volvieran a meter.

**IZADORA MAGAÑA**, *gerente del hotel City Express*

Los rumores se desataron, nos llegaban vía telefónica. Que se habían escapado los presos de la cárcel, que andaban asaltando. Sólo eso nos faltaba, pensé, pero mandamos un reportero a checar y era falso. Que se habían escapado los tigres. Un señor llamó y dijo, vi un tigre pasar afuera de mi casa. Para esto, los cocodrilos ya andaban en la ciudad. Luego, que los cables tenían corriente, que te podías electrocutar. Y que la Mara Salvatrucha estaba desatada, matando gente por toda la ciudad.

**ÓSCAR CADENA**, *conductor de televisión*

El procurador de Justicia alertó a los automovilistas que salen a carretera para que tomen las precauciones necesarias, pues llegó un comunicado de la Interpol Guatemala de que hay una banda de los Mara Salvatrucha, denominada *Sangre*, que está asesinando a conductores como prueba de ingreso en esta organización criminal. Se explica que esto es un juego de la pandilla, el cual consiste en que el nuevo prospecto a pertenecer a *Sangre* tiene que manejar con las luces apagadas, y el primer carro que le haga cambio de luces, se convierte en su objetivo. El próximo paso es dar la vuelta, perseguir a la unidad que hizo el cambio de luces y matar a todos los pasajeros, para ser aceptado en la banda. ¿Qué es esto? Definitivamente, estábamos mejor sin periódicos. Aunque sea como avestruz, mejor meter la cabeza en un hoyo.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Decían que en un torton venían entre 27 y 30 vándalos, que se metían a la fuerza a tu casa y que se llevaban todo.

**MARCELA RODRÍGUEZ**, *reportera*

Incluso, varias banditas aprovecharon el momento para hacer de las suyas. Me enteré que se metían a casas, con los ocupantes dentro, los golpeaban y les robaban lo que podían. Esa noche estuvo tan tensa la cosa que los vecinos se unieron para hacer guardias nocturnas, para evitar que los malandros vayan a saquearlos. En la privada donde me refugié, me ofrecí a hacer guardia junto con otros vecinos.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Los daños que sufrió la agencia fueron de consideración. Se nos cayó toda la estructura sobre la sala de exhibición, y en varios puntos quedaron pasajes libres al taller, donde teníamos en servicio docenas de autos. Cuando se soltaron los rumores de los vándalos, tuvimos el temor de que se nos fueran a meter, porque las partes automotrices son muy codiciadas por estos amigos. Por suerte, entre los vehículos que estaban en reparación, había varias patrullas de la policía. La noche del domingo, al oír ruidos, nuestro velador tuvo la feliz ocurrencia de prender las sirenas de las patrullas. Imagínate, se oía como si un escuadrón viniera al rescate. Nunca supe a ciencia cierta si algún ratero intentó meterse, pero si así fue, creo que se llevó el susto de su vida.

**JOSÉ ANTONIO MENÉNDEZ**, *director de la agencia Ford*

Esa tarde fue la primera junta de vecinos, en la calle, al lado de la caseta de vigilancia. Óscar Cadena es el actual presidente de colonos y ahí nos enteramos de muchas noticias y chismes, por fin algo de información. En el Cereso se cayó una barda y se escaparon 600 reos. No, no es cierto, sí se cayó una barda, pero los reos se encontraban adentro y no se escapó ni uno. Se escaparon los tigres de Pepe el Tigre. Sí, eso sí es cierto y se cree que están por Bonfil, a un lado del Campestre, donde vivimos. Aunque están acostumbrados a la gente, hay que recordar que están hambrientos.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Un rumor que se esparció fue una supuesta fuga de presos del penal. Te contaban que se había caído una barda y que se habían salido más de cien internos. En efecto, se cayó una barda, pero lejos del área de reclusión, sin ninguna consecuencia. Sin embargo, el rumor aseguraba que no sólo se habían escapado, sino que habían asaltado las casetas de vigilancia y que traían armas de alto poder.

**RODOLFO GARCÍA PLIEGO**, *secretario del Ayuntamiento*

Con la mayoría de las bardas tumbadas, hay muchos albañiles. Al entrar al fraccionamiento tienen que estar registrados en una lista donde dice en qué obra trabajan y, si no aparece su nombre, no entran. A las seis de la tarde ya no puede haber trabajadores en el fraccionamiento, pero con 600 metros de bardas tumbadas, no hay control.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

Los vándalos organizados ya habían salido desde el sábado, con los vientos del huracán, cuando había menos riesgo para ellos. De eso viven, no se van a agarrar a golpes con la policía.

**GLORIA PALMA**, *periodista*

Nos dijo Cadena: *En la ciudad hay ley seca y toque de queda a partir de las 19 horas, aquí dentro del fraccionamiento el toque de queda será a partir de las 21. Por favor, no saquen la basura de sus casas hasta que se restablezca el servicio. Separen su basura, no mezclen ramas y troncos con cascajo, aluminio y vidrio. Por favor, no saquen los electrodomésticos, los colchones y muebles que hayan sido dañados, hasta saber qué es lo que se va a hacer con todo eso. No se va a permitir la entrada de albañiles hasta que nos hayamos organizado mejor. Los que tengan una planta eléctrica, por favor saquen un foco hacia la calle para que no esté tan oscuro. Afuera del fraccionamiento el saqueo, el robo y la rapiña están a todo. Sin luz y con las bardas caídas, estamos a merced de estas ratas de dos patas. Por lo tanto, hemos decidido organizar rondines de varios vecinos en un coche, que recorran el fraccionamiento con una potente linterna y con radios. Los rondines serán de seis a seis. Voluntarios, favor de apuntarse con el jefe de vigilancia o con el administrador.* Y esa noche comenzaron los rondines.

ANNETTE VON EUW, *madre de familia*

Creo que fue hasta el lunes que se estableció el toque de queda. Nosotros lo habíamos pedido desde el jueves, en el programa Cancunámonos, nos parecía prudente. Nadie nos lo comunicó oficialmente, pero lo supusimos, porque el Ejército empezó a detener a los rateros, a quitarle cosas a los vándalos. La policía no sirvió de nada, se quedaron sin patrullas y le tenían miedo a la turba.

ÓSCAR CADENA, *conductor de televisión*

Ahora y aquí nuestros muertos fueron diferentes, pero son muertos también, los árboles, los muebles en las calles, los que la gente apiló para quemar y hacer la fogata que les dio luz en la negra noche, los que olimos, los que nos hicieron mas tétricas esas noches de miedos diferentes, de temores a otras gentes, los que eran engrandecidos por los rumores, por las percepciones, por lo que la gente cree cuando no tiene certezas, lo que les hizo alzar barricadas en defensa de lo suyo, de las propiedades que no les había dañado el huracán, de sus propias vidas, de sus integridades, por lo que se decía y se creía, porque iba avanzando el rumor y tenía visos de verdad, que estaban siendo saqueadas las casas, que se metía gente con el pretexto de ayudar, de saber si tenían agua, si tenían despensas, pero con intenciones de robar, de violar, o porque los maras salvatruchas se habían desplazado desde Chiapas, en bandas bien organizadas, con gente disfrazada de militares, de policías y al final, fueron los temores del rumor, de un extenso rumor que llevó a creer que se habían fugado todos los presos de la cárcel, y así la ciudad fue creciendo en rumores, en temores, en miedos, que obligaron a las autoridades a toques de queda disfrazados, a rondines nocturnos de todas las policías, encabezados por el propio Gobernador del Estado, a la intervención directa de la policía federal y del Ejército.

CARLOS CARDÍN, *político*

Por lo tanto, a las ocho de la noche todo mundo debía permanecer en sus casas, o al menos, no debía estar en las calles. Al que se le sorprendiese, iría al bote. Imagínense, sin luz, encerrados en la casa, sin nada qué hacer, no quedaba otra que irse a dormir, yo que soy tan noctámbulo, ¡tenía siglos que no me dormía a esa hora!

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Toque de queda nunca hubo. No se discutió ese tema, ni siquiera se platicó en las juntas que tuvimos.

**ARTURO OLGUÍN HERNÁNDEZ**, *comandante de la guarnición militar de Cancún*

Los toques de queda fueron decisión de cada municipio, los presidentes los fueron aplicando de acuerdo a su criterio. En el caso de Cozumel y de Cancún, después que se ponía el sol, no podía haber vehículos en la calle. En Playa fue muy corto, porque la luz llegó rápido. Es una instrucción que se da, el problema fue difundirla.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Si bien no di el toque de queda, sí disminuí el horario de circulación de los vehículos, para evitar tener gente en la calle. Entonces empezó el asunto de las fogatas.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

Lo que se dio fue la construcción social del miedo. Los rumores se convirtieron en el segundo monstruo y el arquetipo de este miedo, para las clases medias, son las zonas marginales. Las fogatas fueron un mecanismo de defensa de la clase media. El miedo era que los pobres se les echaran encima y les quitaran lo que tienen. Los pobres no tenían miedo, porque no tienen qué les quiten. En las regiones fueron muy pocas las fogatas.

**GLORIA PALMA**, *periodista*

Las fogatas las viví en toda su intensidad. Fue genial. A todos los hombres les salió el Rambo que llevan dentro.

**MARCELA RODRÍGUEZ**, *reportera*

Ellos eran los jefes tribales y decían, aquí las mujeres no hablan, nosotros las cuidamos, a ellas y a los bebés. Yo le decía a mi esposo, ya te vas con la tribu. Ni caso me hacía.

**GLORIA PALMA**, *periodista*

Hicimos una junta afuera de mi casa. Toda la gente de la cuadra acudió y ahí decidimos que se iban a prender unas fogatas a lo largo de la calle. Los hombres íbamos a patrullar por turnos y por grupos, de ocho a diez, de diez a doce, de doce a dos, y así hasta el amanecer, pues durante la noche parecía una boca de lobo, no se veía nada. Pusimos una barricada en la esquina, jalamos troncos y piedras que había por ahí, en el camino, para que no entrara gente extraña en vehículos. La situación era muy tensa. Corrían rumores de que estaban robándose el agua de los tinacos y metiéndose a las casas, y golpeaban a los moradores. Entonces decidimos que si había problema en alguna casa, las mujeres sacaran los sartenes e hicieran ruido de cazuelas. Ellos se comunicaban con chiflidos, nosotros optamos por no chiflar, para no confundirnos.

**PANCHITO ACOSTA**, *mecánico, región 517*

Convocábamos puros hombres, pero hubo mujeres que se ofrecieron y salían acompañadas por hombres. O si no, atendían en la vigilia trayendo cafecito y galletas.

**MAGDALENA ROJAS**, *ama de casa, región 517*

Los hombres se juntaban para patrullar, y las mujeres se quedaban a cuidar las casas. Como no había luz ni celulares, se acordaba que las mujeres tuvieran a la mano cacerolas, y que las golpearan con cucharas si aparecían los vándalos.

**MARCELA RODRÍGUEZ**, *reportera*

Recuerdo que una de esas noches nos tocó el caso de Marisela, una muchacha que vive sola, en la esquina. Ella empezó a sonar las cazuelas como a la una de la mañana y acudimos pronto, machete en mano, a revisar su azotea, pues nos dijo que había escuchado pasos, pero no había nadie. Estábamos preparados para defendernos como pudiéramos, con palos, machetes y varas.

**PANCHITO ACOSTA**, *mecánico, región 517*

Un socio de Mérida nos mandó un torton con ayuda, gasolina, plantas de luz, despen-sas. Primero había que descargarla y nos fuimos al estacionamiento del Toks que está por Gigante, en la avenida La Luna. Estaba todo oscuro y nos dio miedo, pensamos que nos iban a asaltar. Alguien sugirió que nos fuéramos más adelante, por el Deportivo Albatros. Salió peor, las brigadas de las fogatas nos detenían en cada esquina, checaban dónde íbamos, quiénes éramos, con cara de pocos amigos. Imagínate, gente que está alterada y armada, con palos y machetes. No podías creer que eso estuviera pasando en Cancún.

**CARLOS MORENO**, *empresario*

Las mujeres también nos organizamos para que, desde adentro de las casas, sobre todo las de dos pisos, vigiláramos a ver si venían. Doña Miriam, la vecina de enfrente, era la vigía, ya que desde su azotea, según esto, observaba con sus binoculares y gritaba, Doña Malena, ahí vienen. Los momentos eran de mucha tensión y aunque por ratos todo estaba tranquilo, como no se veía nada en la oscuridad, pues estábamos alertas. Nosotros decíamos, cuando vean que ahí vienen, métanse corriendo a su casa, y así pasó varias veces. En una ocasión mi vecina de a lado se metió corriendo, puso candados en sus puertas y, cuando estaba adentro dijo, en la madre, dejé afuera a mi hijo. Y ahí la tienes, toda nerviosa, abriendo de nuevo.

**MAGDALENA ROJAS**, *ama de casa, región 517*

Las fogatas eran de troncos, de muebles, de la basura que había dejado el huracán, trapos, pedazos de ropa. Como todo estaba húmedo, le echaban aceite de coche o gasolina para lograr la combustión. El humo que salía era denso, con olor a plástico quemado, de lo más tóxico.

**MARCELA RODRÍGUEZ**, *reportera*

Las fogatas estaban hechas de trapos viejos, otras con madera verde, por eso el humo. Le dijimos a la gente que sacara sus trapos viejos y le agregábamos aceite quemado de los coches, en botes alcohólicos de lámina y ollas viejas. Patrullamos así toda la semana y manteníamos la luz de las fogatas toda la noche. Yo repartía el combustible.

**PANCHITO ACOSTA**, *mecánico, región 517*

Bueno, teníamos miedo hasta de nuestros propios vecinos. Recuerdo que había un vecino joven, altote y fuerte. Estaba sentado en la fogata afuera de mi casa, cuando de repente se estira para bostezar y que le veo tremendo pistolón entre los pantalones. Yo dije, ay virgen, no se le vaya a escapar un tiro ahí sentado y se vaya a dar en los güevos. O le dé a alguien, mejor lo mando a dormir. Le dije, por qué no te vas a descansar, m'hijo, ya te ves muy desvelado. Pero él insistía en que aguantaba otro poco.

**MAGDALENA ROJAS**, *ama de casa, región 517*

A mí sí me asustó, en determinado momento. Me llegué a pelear con mis vecinos. Unos traían pistola en la cintura, y otros traían cuchillos, machetes, palos. Yo vi a académicos muy serios venir corriendo una cuadra, machete en mano. Paraban a los coches, los interrogaban. Nunca supe de alguno que se atreviera a pasar sin permiso, pero las condiciones estaban dadas para que hubiera una desgracia.

**GLORIA PALMA**, *periodista*

Otra noche en guardia, cientos de familias de varias regiones instalan de nuevo sus barricadas. Con fogatas y armados con machetes, tubos y palos, se encuentran listos para defenderse de la delincuencia. La vigilancia se mantiene desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana. Hermi, la muchacha, no puede dormir por el humo de las fogatas.

**ANNETTE VON EUW**, *madre de familia*

El patrullaje empezaba a las ocho de la noche y terminaba a las seis de la mañana. El primer turno era como una fiesta, se ponían a beber sus pomos y los tenían que meter a sus casas casi cargados.

**MARCELA RODRÍGUEZ**, *reportera*

A los dos o tres días me mudé a mi casa, sin agua, sin luz, con todas las ventanas y las puertas rotas. Teníamos temor de que alguien se metiera, así que agarramos ropa, la llenamos de trapos e hicimos muñecos de tamaño natural, y los sentamos en los sillones de la sala. Luego, les pusimos unas máscaras de personajes políticos que habíamos comprado para una fiesta de disfraces, y los alumbramos con lámparas de pilas, para que desde afuera pareciera que había gente. Entonces, yo sí puedo presumir que Fox, Salinas y López Obrador, me ayudaron a cuidar la casa. Algún resultado dio, porque no se metió nadie.

**LUIS CÁMARA**, *notario público*

Hubo una sicosis de mujeres violadas, de asaltos, de las bandas asolando las regiones, que no correspondió a la realidad, que fue más grave que la realidad. Esa noche le propuse al gobernador salir a recorrer las calles. Qué le vamos a decir a la ciudadanía, me preguntó. Vamos a felicitarlos, porque están coadyuvando en el asunto de la seguridad, sugerí. Eso nos dio muy buen resultado.

**FRANCISCO ALOR QUEZADA**, *presidente municipal de Cancún*

Recorrer Cancún en las noches y ver esas filas interminables de fogatas, era una imagen como de guerra, una ciudad bombardeada, en donde ya no hay ni orden. En cualquier calle, infinidad de fogatas, como si se hubieran puesto de acuerdo. El humo que había sobre la ciudad era tremendo. Qué está pasando, te preguntabas. Discutimos con las Fuerzas Armadas qué hacer. Teníamos dos opciones, o prohibirlo, o encauzarlo. Fue cuando hicimos los recorridos, cuando entramos a la zona de las regiones. Por suerte eso ayudó, fue una buena estrategia de contención.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*



*Wilma nos la peló y de Cancún no nos vamos*

GRAFITTI EN UN MURO DE LA RUTA 4

El Presidente dejó todos sus helicópteros y se dio uno de esos casos simpáticos, en que puedes usar el helicóptero del presidente de México para ir a donde quieras. A mí me tocó organizar la segunda gira del Presidente, la del jueves. Elizondo me dijo, tú te haces cargo. Les dije a los del Estado Mayor que yo recomendaba visitar Isla Mujeres, Cozumel, Holbox, y por supuesto, Playa del Carmen y Cancún.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

La visita de Fox, el jueves, fue otro momento reconfortante. El Presidente se tomó su tiempo, saludó de mano a los trabajadores del aeropuerto, recorrió plataformas, se acercó a ver el operativo de ayuda humanitaria. También se acercó a un autocar y les hizo la señal de adiós, saludó de mano a los turistas. Claro que lo reconocieron, estaban impactados. Él les decía *come back, thank you for coming*.

**GABRIEL GURMÉNDEZ**, *director del aeropuerto de Cancún*

El Presidente aterrizó en Cancún con buena parte de su gabinete. La primera escala fue Isla Mujeres, y encontramos mucha gente molesta, con carteles, reclamando, sobre todo por el asunto de las despensas. El Presidente se quedó mucho tiempo, había preocupación por un estancamiento de agua en las salinas. Las bombas eran insuficientes, no había luz, todo era con planta. El caso de Isla no fue bueno. En cambio nos fue bien en Cozumel, que estaba devastada. Se notaba otro ánimo. Obviamente le gritaban, necesitamos despensas, necesitamos la luz, pero sin coraje. Nos fuimos a Holbox, había 200 gentes. Un loco empezó a gritar barbaridades. El Presidente lo encaró. A ver, dijo, vente para acá, qué quieres. Es que no nos han llegado las despensas. A ver, general, unas despensas, ordenó Fox. El caso es que querían despensas, un afloja-todo para sus motores, agua y otras tarugadas. El Secretario de la Defensa les envió un avión completo cargado de mercancías, como nunca van a volver a tener.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

El caso de Holbox fue el ejemplo perfecto de la necesidad de trabajar en equipo, combinando los recursos de la Federación con el conocimiento de las autoridades locales. En efecto, siguiendo las instrucciones del Presidente, el Ejército mandó a Holbox algo así como siete mil colchonetas y siete mil cobertores, para una población de ¡dos mil habitantes! Van a tener con qué taparse por muchos años.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Nos fuimos a Playa y entramos al Iberostar, el Tucán Quetzal. La estrategia de esa visita era llevar a los medios a un lugar donde hubiera turistas, enseñarles que si bien había daño, esto se iba a recuperar. Mucho del enfoque era ese, demostrar que esto no había desaparecido.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

Tal vez el objetivo se cumplió, porque en el Iberostar el Presidente vio a los turistas en la playa y se fue con la idea de que todo estaba bien. Jala, debe haber dicho, aquí no hay problema, vámonos a Cancún. Lo cierto es que estábamos mal y nunca lo dijimos. Nos salió mal, porque todos los recursos federales fueron a dar a Cancún, ni un solo peso a la Riviera. Elizondo nos puso en órbita, Fox no volvió a acordarse de nosotros.

**JEAN AGARRISTA**, *líder hotelero, Riviera Maya.*

Y en Cancún tuvimos una junta muy buena, con los dueños de los hoteles. Ahí quedó prácticamente resuelta la recuperación de las playas.

**JOHN MCCARTHY**, *director general de Fonatur*

La recuperación de playas estaba en su fase final cuando pegó el huracán. Pero había un forcejeo en el seno del gobierno. Elizondo y su gente decían que era necesario, pero se oponían a que sólo fueran recursos federales. El Gobierno del Estado no tenía recursos y los empresarios querían poner, pero a cuenta de impuestos, que es no poner. Incluso se manejó la idea de hacerlo a través de la Cámara, un punto de acuerdo para etiquetar los recursos. Pero el Presidente llegó ese jueves con la decisión tomada, las playas se iban a restituir como una aportación extraordinaria de la Federación. Y se acabó la discusión.

**FRANCISCO LÓPEZ MENA**, *diputado federal*

La reunión del jueves sirvió prácticamente para responsabilizar a todos y a cada uno de los integrantes del gabinete sobre qué era lo que tenían que hacer.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

En esa reunión, el Presidente anunció que Cancún estaría al ochenta por ciento para diciembre. Yo sí le dije, no manejemos cifras alegres, nuestra estimación es que estaremos al cincuenta por ciento. Es bueno ponerte metas, pero no crear falsas expectativas. Creo que Fox fue demasiado optimista.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

El mensaje del Presidente ayudó, aunque otros digan lo contrario. Fue una idea extraordinaria que nos hayamos puesto una meta, aunque no la hayamos cumplido. Y tampoco se puede decir que no la cumplimos.

**ARTEMIO SANTOS**, *director de la OVC*

El lunes abrimos ocho o diez habitaciones para los funcionarios del equipo de rescate, más que nada porque queríamos ayudar. Usaban el hotel para dormir, no podíamos darles ningún alimento. Montamos el salón grande para la visita del Presidente Fox, el jueves, pues no había sufrido ningún daño. Se quedó aquí esa noche, con su comitiva, muy accesible, accedió a tomarse una foto con el personal. Nunca lo pensé como el hotel de las celebridades, ni que fuéramos a pasar a la historia, o algo así. ¿La cuenta? No dimos el servicio completo, no estábamos en condiciones, así que no cobramos ni un centavo. Sólo queríamos ayudar.

**JEAN PIERRE SORIN**, *gerente del hotel Meridién*

En esa reunión quedó muy claro que los empresarios nos comprometíamos a sostener a los trabajadores de planta, no a los eventuales. Por doloroso que sea, a los eventuales los tenemos que separar por unos meses en la temporada baja.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

Al principio, hubo un intento de despido masivo por la sicosis del huracán, pero después los empresarios se alinearon, entendieron la problemática e hicieron su mejor esfuerzo. Hubo hoteles que cerraron en forma permanente y no sabían cuándo iban a abrir. Querían reconstruir, querían remodelar, y eso puede llevar varios meses. A esos los ayudamos consiguiendo permisos sin goce de sueldo, por tiempo indefinido, y a los trabajadores los tratamos de colocar en otras empresas, pero sin perder sus derechos de antigüedad. Todos, sin excepción, soportaron a sus trabajadores.

**ISIDRO SANTAMARÍA**, *líder de la CTM*

Hay una fluctuación normal. Cuando viene la temporada alta, se contrata personal extra, los eventuales, y se les retira en temporada baja. Esos meses, los eventuales trabajan en banquetes y cosas así. También tenemos un programa, el día solidario, un día a la quincena que les descontamos a los que tienen planta para dárselo a los eventuales. A muchos los mandamos a la Riviera Maya, donde hay tanta demanda de brazos, que incluso tenemos problemas para cubrir las vacantes. Y otros se integraron a la construcción. Pero nada de eso fue suficiente, se la pasaron muy apretados.

**ROBERTO CASTELLANOS**, *líder de la CROC*

Ese mismo día, en la tarde, recibo una llamada del corporativo de la joyería pidiéndome que me presentara con la gerente de recursos humanos, que quería platicar conmigo. Para mi sorpresa, antes de decir agua va, me reciben con la noticia de que por culpa de Wilma, la empresa no podía sostener una nómina tan grande. Por lo tanto, me estaban liquidando en ese momento.

**CARLOS MARTÍNEZ MARX**, *subgerente de tienda*

La primera responsabilidad de una empresa es sobrevivir. Si quiebra, se pierde la inversión y se pierde el empleo. En Xcaret, la bronca no era sólo sobrevivir, sino además reconstruir. Yo sabía que en varios meses no iba a vender nada y no iba a cobrar nada, eran demasiados días a cero ingresos. Tuvimos que tomar decisiones dolorosas. Recortamos al 25 por ciento del personal. Lo demás fueron vacaciones anticipadas o permisos sin goce de sueldo. Una decisión que tenía más valor simbólico que económico, se recortaron en 30 por ciento los sueldos de los ejecutivos, pero ese recorte se los guardé y se los devolví en marzo. Hoy estamos como antes, a plena capacidad. Se salvó la empresa y se recuperó el empleo. Eso es responsable.

**FRANCISCO CÓRDOBA**, *director de Xcaret*

Estos días he mirado las calles de la ciudad repletas de gente en movimiento. Anda esa gente como yo, buscando trabajo, con papeles en la mano, tal vez con sus mejores vestimentas, tal vez con unos pesos en la bolsa, como yo. Se sabe que no es funcional, pero así andamos tantos y eso significa que uno forma parte de una realidad forzosa, una paralización de la cadena productiva (según la jerga en boga). Pronto mejorará todo. No sé por qué lo digo, pero así lo siento. A estas alturas nomás falta que me la ofrezcan de albañil, lo aceptaría.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor*

Hubo una guerra de palabras entre un servidor y los dirigentes hoteleros, cuando el Sheraton anunció que iba a despedir a sus empleados. Almaguer declaró que era una medida dolorosa, pero necesaria. Yo repliqué que nos iríamos a la huelga. Al final se arregló, el hotel aceptó extender los permisos y, cuando abran, los trabajadores que deseen volver podrán hacerlo.

**ISIDRO SANTAMARÍA**, *líder de la CTM*

Está de sobra decir todo lo que sentí y aún siento, pero lo que se me hace injusto es que las empresas se están pasando por el arco del triunfo las indicaciones de *no despedido*. Lo que más coraje me da es que se publica, e incluso aparecen reportajes en la tele, acerca de la recuperación del destino, la cual no es cierta. Y también salen notas

acerca de que en Cancún no existe el desempleo. ¿Por qué no me lo preguntan a mí y a otras cinco personas que fuimos liquidados? Ellos se escudan en que no tienen dinero para pagar nóminas, pero sí tienen dinero para pagar liquidaciones y anuncios absurdos en los periódicos, para que la gente vaya a comprar.

**CARLOS MARTÍNEZ MARX**, *subgerente de tienda*

Mi departamento es Intervención e Ingresos, y como ya no hay huéspedes, no hay ingresos, por lo cual prácticamente no tenemos nada que hacer. Todos estamos yendo de lunes a sábado, de ocho a tres, esto de aquí a que se abra el hotel, que en nuestro caso creo que será hasta febrero, o sea, que trabajaré en las mañanas, como yo rogaba que fuese, y además descansaré los domingos, cuando mi día normal de descanso era el martes. En pocas palabras, me salió mejor.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

La central tiene entre 47 y 50 mil afiliados, y controla 260 y tantos contratos colectivos de trabajo. Como la mayor parte de los hoteles y los comercios tienen seguros, siguieron pagando sueldos, pero nuestra esperanza era que volvieran a abrir, lo más pronto posible. Ha sido difícil, un año largo, incluso todavía tenemos seis hoteles que no han abierto. Y es que con el puro salario los trabajadores no viven. Sin propinas, no sacan para sus gastos.

**ROBERTO CASTELLANOS**, *líder de la CROC*

Nosotros vivimos de las propinas. Tenemos 7 mil 800 afiliados en la industria gastro-hotelera y casi todos ganan sueldo mínimo. Si no hay turismo, si no hay propinas, no tenemos ingresos.

**ISIDRO SANTAMARÍA**, *líder de la CTM*

¿Cómo restauras tus inversiones? Tus inversiones no sólo son tus inmuebles, también es tu gente. La mayor parte del personal estaba desesperado. Muchos se habían quedado sin casa, o habían perdido sus cosas. Por eso los hoteleros hicimos un llamado muy fuerte para proteger a la comunidad, y la primera medida fue mantener los empleos.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

La inmensa mayoría de la gente que trabaja en la hotelería, los meseros, los cocineros, los jardineros, los choferes, los de mantenimiento, provienen de la industria de la construcción. Optan por esos oficios porque son más estables, no son tan pesados

y ganan más dinero. Pero antes eran albañiles, plomeros, electricistas, tablarroqueros, carpinteros, lo que tú quieras. Entonces, después de Wilma, se integraron con facilidad a la reconstrucción. No tenían nada que aprender, ya lo sabían. Eso ayudó mucho para mantener la planta laboral.

**ISIDRO SANTAMARÍA**, *líder de la CTM*

No dejo de reconocer que tuvimos pérdidas del 20 ó 30 por ciento de la planta laboral.

**ROBERTO CASTELLANOS**, *líder de la CROC*

Es en estos días cuando comienza a mostrarse la otra cara del desastre, visitar a conocidos para saber si tienen *algo*, si saben de *algo*, si hay *algo* en lo que uno pueda trabajar; dejar los antecedentes por aquí y en otros sitios; llamar y llamar; localizar a quienes le deben a uno; la ruta, pues, que tantos siguen hasta que surja *algo*. Cuánto puede significar ese adverbio, *algo*, en épocas como esta.

**RODRIGO DE LA SERNA**, *escritor*

El peor efecto de Gilberto, el más grave, fue que le pegó por años a la economía del Estado. Recuerdo que mi padre tenía una tienda de artesanías en Cozumel, sus hijos íbamos a ayudar, pero no había mucho qué hacer, no había clientes. La crisis duró mucho. Cuatro años después del huracán, me nombraron tesorero del Ayuntamiento y descubro que el principal ingreso del municipio eran los embargos, o sea, los impuestos que pagaban los bancos cuando se quedaban con los negocios y las casas de la gente. Eso era consecuencia del huracán. Por eso, después del Wilma, tan importante era la reconstrucción como la reactivación de la economía. De inmediato gestionamos créditos para los negocios, y lo más importante, atendimos el empleo. Yo reconozco el gran sacrificio de las empresas de no despedir gente. Si las hubieran retirado en función del daño recibido, hubiéramos caído en un problema social gravísimo.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

***Vamos Cancún!***  
***Unidos y trabajando pronto renacerá***

CARTELÓN MANUSCRITO EN EL ACCESO AL AEROPUERTO

Ese día nos tocó levantar escombros, hasta palas tuve que utilizar, fue una jornada muy pesada. Me sorprendió que ese día a todos los empleados nos dieran despena,

fueron alimentos que el hotel ya no necesitaba, pues no teníamos huéspedes. Fue un buen detalle del hotel, a todos los empleados, somos mas de 800, nos tocó una bolsa bien dotada de alimentos. Y eso no fue todo, al día siguiente y a partir de ése, a los administrativos nos tocó preparar y entregar más bolsas de despensas a los demás empleados, incluso haciendo cadenas para trasladarlas (cadenas humanas, por supuesto). Para mi sorpresa y la de muchos, durante cinco días seguidos el hotel nos dio víveres. Teníamos comida de sobra en nuestras casas. Por supuesto, los sobrantes los compartimos con vecinos.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Al día siguiente empezamos a tener elementos para dimensionar la tragedia, con las contradicciones normales en cifras. La primera pregunta fue, de qué manera coordinar la ayuda. En el terremoto del 85 yo era rector de la Anáhuac, y a través de la universidad hicimos una labor enorme, con la participación del alumnado y los padres de familia. A alguien se le ocurrió que podía repetirse el esquema y me pidió que fuera a ver al obispo, a ver cómo lo podía ayudar. Fui a verlo y, en pocas palabras, el obispo me dijo, tú coordina eso. Así nació la coordinación.

**SALVADOR SADA**, *ex rector de la Universidad Anáhuac*

La Iglesia siempre ha tenido la tradición de ayudar a los que nadie ayuda. Antes del huracán, entramos en contacto con Unidos por Ellos, que estaban mandando ayuda a Chiapas. En ese momento estaba saliendo un tráiler y decidieron venirse para acá. Pero estaba cortada la carretera, tuvieron que rodear, y llegaron a Cancún el lunes de noche, con las primeras brigadas, unos 85 estudiantes. El martes ya se estaba distribuyendo en las parroquias. Yo creo que esa fue la primera ayuda que llegó a Cancún.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

La meta era establecer una coordinación, informal pero eficaz, entre los productores de alimentos e insumos, y los organismos de asistencia, tanto pública como privada. En resumen, canalizar de manera ordenada los donativos del sector privado. Trabajando de tiempo completo, había como doce personas. Designamos un responsable de cada área, acopio y distribución, logística, información, planeación y desarrollo, vinculación con las autoridades. Nos entregamos a esa labor en cuerpo y alma, 18 ó 20 horas diarias. No tengo a la mano la cifra exacta que canalizamos, pero fueron toneladas de alimentos, de ropa, de agua, de medicinas. Y una cosa vital, el apoyo espiritual y psicológico a la gente. Ese alimento también cuenta mucho. Nuestro principal centro de acopio, como en el terremoto del 85, fue la Universidad Anáhuac.

**SALVADOR SADA**, *ex rector de la Universidad Anáhuac*

Cuando hay algún desastre, de inmediato se activa la red. En el auditorio de la Anáhuac ya teníamos montado un centro de acopio para los damnificados del Stan, que resultó el sitio ideal para concentrar toda la ayuda. Los primeros envíos llegaron por avión, y luego empezamos a recibir tráilers completos. Hicimos una línea de producción para empacar las despensas, todo con manos voluntarias, y organizamos brigadas que salían a las regiones a censar las necesidades de la gente. Ese era el modus operandi, de día hacíamos un censo, y de acuerdo a los resultados, repartíamos al día siguiente. Al principio fue duro, porque no teníamos luz, y había que alumbrar el auditorio con los faros de los coches, pero luego conseguimos una planta. En el operativo participaron unas 800 ó 900 personas.

**MIGUEL PÉREZ GÓMEZ**, *rector de la Universidad Anáhuac*

El lunes me llamó Alor, pensaba que la plaza podía ser centro de acopio. Al rato llegaron Julio Durán y un oficial del Ejército, para dar el visto bueno. No teníamos agua por falta de energía, pero mandaron traer una planta. Y ahí, en el centro del ruedo, se pusieron tarimas para poner todo lo que llegaba, láminas de cartón, alimentos a granel, mantas, medicinas. Todo acomodado, aquí frijol, aquí arroz, aquí azúcar. A media semana, era como una central de abastos, llegaban filas de tráilers a descargar. Vinieron como cien soldados e hicieron un campamento en las gradas. Abajo, los voluntarios llenaban bolsas y hacían las despensas, me imagino que fueron miles. Estuvieron aquí unos quince días y la plaza no cobró ni un centavo por el servicio. Al contrario, estamos muy contentos de haber contribuido a la causa.

**JORGE ÁVILA**, *director de la Plaza de Toros*

Admiro a la red Unidos por Ellos porque no sólo mandan tráilers, también mandan brazos. En la emergencia es una pregunta crucial quién va a repartir, cómo va a llegar la caridad a la gente. Hay que trabajar de día y de noche, eso nunca se acaba, siempre se necesitan manos.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

La mayor parte eran alumnos de escuelas particulares, pero hubo sus excepciones. Del ejido Bonfil llegaron unos muchachos con aspecto de chavos banda, y se pusieron a trabajar con todo entusiasmo, se quedaron como cuatro semanas y hacían toda la jornada. Había un señor que manejaba un volquete, terminaba de trabajar en las obras y luego se venía con todo y camión, a repartir en las regiones. Mucha gente nos prestó su auto particular o su camioneta, venían y nos decían, ahí se los dejo, cuando terminen me avisan. El espíritu de solidaridad fue notorio en todas las capas sociales.

**MIGUEL PÉREZ GÓMEZ**, *rector de la Universidad Anáhuac*



Formé parte del grupo de trabajo que apoyó a la Cruz Roja en la separación de víveres, empacarlos, subirlos a los volquetes y los camiones. Hicimos la descarga, selección, división y empaque de los artículos. Éramos unos 200 alumnos, y estuvimos de la siete de la mañana a las cuatro de la tarde. Fue duro, porque después debíamos ir a clases, fueron cuatro días los que estuvimos ahí, nos dijeron que ya no fuéramos cuando dejaron de recibir artículos. Sin embargo, LaSalle continúa apoyando a Leona Vicario y otras zonas, porque hay muchas casas que siguen dañadas y gente con problemas. Todavía hace dos semanas fuimos y nos comentaron que después de la ropa que les regalamos, nadie más los ayudó.

**MIGUEL EDUARDO YUPIL GÓNGORA**, *estudiante de Derecho LaSalle*

Me tocó todo el proceso de empacar las despensas, la logística de ver a qué comunidades íbamos a ir, y que los alumnos se juntaran en la universidad. Llegó ayuda de 14 universidades lasallistas, que mandaron víveres y dinero, con el cual compramos despensas ya armadas. Uno de los aspectos más pesados fue el empaque, fueron cerca de tres toneladas. Armamos las despensas durante una semana, como era mucho tuvimos que turnarnos, fueron jornadas de ocho horas. El problema fue que ya habíamos cerrado las despensas y, si llegaban pañales, por ejemplo, teníamos que abrirlas de nueva cuenta. Además, teníamos que cargarlas y llevarlas al auditorio y estaban muy pesadas. Fuimos con 200 despensas a Valladolid, Cristóbal Colón, Santo Domingo y Leona Vicario, comunidades a las que casi no llegó el apoyo. Fuimos en tres carros, yo llevé el mío, pero como estaba inundada la carretera libre, nos fuimos por la autopista. De ahí intentamos entrar a Nuevo Valladolid, pero no pudimos. Un auto intentó entrar y se le ponchó la llanta. Ahí vimos a un niño en bicicleta, quien fue a avisar a las familias para que fueran donde estábamos. Al principio era poca gente, después fue llegando más, muchos nos pedían para llevar a sus abuelos, hermanos u otros familiares, pero no les podíamos dar nada, porque había gente esperando para recibir su despensa y como no alcanzaba, sólo les dimos a los que estaban presentes.

**RICARDO MAX**, *estudiante de Administración, LaSalle*

Muchas instituciones dieron donativos a través de la Iglesia. Venían los funcionarios, se tomaban la foto para el periódico, y luego entraban en acción los padres. Los padres nunca salieron en la foto, su misión era ayudar. Nos reuníamos a diario con los doce párrocos de Cancún y ahí íbamos detectando las necesidades. Al final de la semana teníamos diez tráilers y más de 500 brigadistas, repartiendo la ayuda. En las dos primeras semanas, en la emergencia, creo que la ayuda que canalizamos superó a la ayuda del gobierno. De manera silenciosa, la Iglesia logró repartir mil 136 toneladas de ayuda humanitaria.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

La red base de distribución fue la de la diócesis. A través de las parroquias se distribuía la ayuda y nos allegábamos información. Todas las noches, con el obispo, teníamos una junta con más de treinta sacerdotes y religiosas, que nos daban un panorama general de la situación, el grado de daño de las comunidades, las necesidades específicas de la gente, y ponderaban la urgencia de los apoyos. Nos trajeron información de lugares totalmente desconocidos, que no aparecen ni en el mapa. Ellos fueron los únicos que llegaron. Eran juntas muy emotivas. Los padres se desesperaban, se angustiaban del grado de necesidad de su gente y de que no alcanzábamos a llegar rápido

**SALVADOR SADA**, *ex rector de la Universidad Anáhuac*

Después de ocho días de estarnos reuniendo, el padre que va a Leona Vicario nos relata que está todo inundado, que están aislados todos los pueblos cercanos, Agua Azul, San Martiniano, Victoria, Juárez, Delirios, Héroes de Nacozari. Estaban inundados y nadie sabía, y lo dice el padre desesperado, de como veía la situación, casi lloraba. Lo escuchó la madre Bertha, de Paipid, la organización que atiende a los enfermos de sida, y esa misma noche, estando en oración, tuvo una iluminación. Qué estamos haciendo aquí, dijo, cuando esa gente nos necesita. Como pudo consiguió una camioneta y un tráiler lleno de despensas y medicinas, y al día siguiente se fueron para allá. Como estaba mal la carretera llegaron ya tarde, casi de noche, y la gente que la estaba esperando le dice, ya no se puede hacer nada, hay que irse a Cancún. No, cómo que a Cancún, dice ella. Es que hay una inundación tremenda, como dos metros de agua. Pues amarramos la camioneta al tráiler y pasamos, dice, esa gente nos necesita. Así se fueron, el agua casi tapaba la camioneta, pero pasaron el charco y llegaron a la aldea, a Agua Azul. La gente estaba muy mal. Muchos estaban resfriados, tenían infecciones de hongos en los pies, por la humedad. Vieron a la gente, se metieron a un dispensario, y empezaron a conseguir canoas para llevar ayuda a los pueblos vecinos. Ahí estuvieron varios días, durmiendo donde podían, en el suelo, no les importaba, eso no les preocupaba. Lo que sí les preocupó cuando regresaron es que no habían podido llegar a Héroes de Nacozari, estaba muy aislado. Ahí conseguimos un helicóptero de Telmex y fuimos a llevarles ayuda. A mí me tocó ir, sobrevolamos, todo estaba inundado. Esas gentes llevaban doce días aislados, sin contacto con el exterior. Yo creo que eso animó a las Fuerzas Armadas a meterse ahí, aunque fuera después. No fueran a decir que se les había olvidado esa zona.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

El primer reparto de despensas lo hicimos frente al DIF. Teníamos dos tráilers, más o menos unas seis mil despensas, pero había un gentío impresionante. Les pedimos que se formaran, pero hacían la cola y se volvían a formar. Además, se formaba toda la familia, incluidos ancianos y niños. Luego pensamos que se formaran sólo las muje-

res, pero los hombres protestaron. El problema fue cuando se acabaron las despen-  
sas, casi se amotinan, decían que teníamos más, que las escondíamos. Se pusieron  
muy agresivos.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

A los pocos días de que fue el desastre, empezaron a pedir que apoyáramos. Pensé  
que sería padre participar. Dos semanas después llevamos 200 despensas a Puerto  
Morelos, fuimos 20 alumnos y dos maestras. Me tocó repartir ropa de mujer. Lo pri-  
mero que se acabó fue la comida, y la ropa de bebé, voló. Cuando llegamos la gente  
ya estaba formada. Nosotros estábamos en el kiosco del parque principal, conforme  
pasaba la gente les dábamos lo que teníamos, despensa, ropa, agua o artículos para  
bebé. Me sentí bien al ayudar, pero es molesto ver cómo se pone alguna gente a gri-  
tar, empujar, exigir. Al final salimos corriendo, porque se aventaron sobre las cosas,  
casi nos aplastan. Empezaron a arrebatarse las cosas y a gritarnos groserías, hasta los  
niños, no lo podíamos creer. Nos subimos al camión y nos fuimos, pero si fuera nece-  
sario lo volvería a hacer, porque la gente lo necesita.

**ROMINA CABALLERO**, *estudiante de Preparatoria LaSalle*

En una salida, Rubí se quedó en Avante, con dos tráilers. Yo me seguí a repartir a  
Pedregal, pero cerca de El Milagro, por Valle Verde, nos pusieron troncos y la gente  
se acercó, armada de palos. Me bajé con una persona del Ejército y les expliqué que  
era para ellos. Abrimos el camión y empezamos a repartir. Se formaban todos, muje-  
res, niños y hombres, en una actitud muy agresiva. Cuando quisimos cerrar el tráiler,  
para seguir en otra colonia, se nos vino todo el mundo encima.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

La Universidad Magna hizo una colecta y reunimos como diez tráilers de ayuda. Nos  
fuimos a repartirlos allá por el 21, frente a la zona de tolerancia. Ni me acuerdo cómo  
se llaman las colonias. Todavía estaba inundado, y es que las calles son columpios, tie-  
nen unos vados terribles. Los estudiantes no creían lo que veían, las casas de cartón,  
sin techo, una pobreza absoluta. Hay mucha miseria que no ves. La gente no conoce  
Cancún, piensa que la última supermanzana es la 15.

**CARLOS MORENO**, *empresario*

Dentro de la ciudad hay lugares que no hay agua, ni luz, ni drenaje, ni pavimento,  
como si fuera la selva.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

Ya teníamos hasta una estrategia para huir. Yo decía, a la de tres corremos, una, dos, tres, y me subía con las voluntarias a una camioneta de la Cruz Roja. El Ejército se quedaba, los soldados cerraban el tráiler imponiendo su autoridad y nos íbamos a la siguiente colonia. Luego nos dimos cuenta que era inútil, la gente caminaba hasta la siguiente colonia y se volvía a formar. Eran los mismos. Entonces, tratábamos de hacer cada parada en colonias distantes.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

Cuando llegamos a Puerto Morelos pensamos que eran muchas cosas, pero cuando vimos a toda la gente que se fue arremolinando, nos dimos cuenta que no nos alcanzarían. Hubo problemas con la ropa, porque llevábamos mucha, pero de tallas pequeñas y no le servía a la gente. Lo que nos dio tristeza fueron los niños, que nos pedían que les guardáramos juguetes y no podíamos hacerlo, porque teníamos enfrente a otra persona que también lo necesitaba. Al final de la repartición nos enojamos porque había quien de contrabando se robaba ropa, y hubo mucha gente que se formó varias veces y se quitó las marcas para volver a recibir cosas. No necesitaban los artículos y no les importaba que los otros sí tuvieran carencias.

**KARINA CHÁVEZ**, *estudiante de Preparatoria LaSalle*

Regresamos a Tres Reyes una noche. Llegamos con una tráiler de agua, dos de ropa y uno de despensa. Había más de cinco mil gentes, nos fue muy bien. Fue impactante. Repartimos también láminas de cartón, la lámina es muy complicada, mancha mucho. Nos pedían diez fardos, les dábamos dos, pero luego los guardaban y los vendían, había que supervisar si los habían usado. Luego salió en los periódicos, no han ido a Tres Reyes. Es que ya repartimos ahí, decíamos. Entonces decidimos reunirnos por las noches con los demás, la Anáhuac, Cáritas, el Ejército de Salvación, la Cruz Roja, el Ejército y el DIF. En un mapa pusimos los lugares donde había ido cada uno, y se ordenó mejor la cosa. Pero también te dabas cuenta que la ayuda nunca era suficiente.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

El Club Méd nos regalo la comida que tenía para sus 700 huéspedes, los que habíamos enviado de regreso a París. No sólo eso, también nos prestó gente para repartirla. Todas las exquisitas viandas que iban a servirse en la convención de la empresa Renault se distribuyeron en los albergues.

**FLORENT HOUSSAIS**, *cónsul honorario de Francia*

Los primeros tres camiones que mandamos al Ejido Isla Mujeres los detuvieron con machetes y los secuestraron. No los soltamos hasta que envíen más, dijeron. No lo

podíamos aceptar, nos lo hubieran hecho en todas partes. Ahí estuvimos negociando, dialogando, prometiendo, hasta que lo soltaron, como a las once de la noche.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

Existe un grupo informal llamado Gente Joven, cuyo objetivo es ayudar a la comunidad. Su líder se llama Iván y lo integran muchachos de universidad y prepa, con edades de quince a veintitantos. Cuando recibimos el donativo, lo primero que les pedimos fue levantar un censo de las necesidades en las regiones. Ellos viven en colonias de clase media, y de repente, tenían la misión de ir a las zonas marginadas de Cancún, tocar la puerta de las casas más pobres y averiguar las necesidades de la gente. Luego, una vez con la lista, ellos mismos regresaban para llevar la ayuda. Lo hicieron caminando y se dieron cuenta de la desprotección y la marginalidad en que viven muchos pobladores de Cancún. Aparte de que llevamos auxilio a los necesitados, creo que para ellos fue una experiencia altamente formativa.

**LUIS CARDEÑA**, *funcionario del Seguro Social*

Esos jóvenes nunca habían tenido oportunidad de ver tales contrastes. La primera vez que salieron venían cotorreando, pero cuando llegas a una choza y ves cómo vive la gente, sin techo, sin ropa, sin trastes, sin paredes, sin muebles, te cambia la perspectiva. Una de las brigadistas me dijo, yo me vivo quejando porque sólo tengo cuatro pares de zapatos, ahora ya aprendí que tengo que dar las gracias por cada uno de esos pares, que hay mucha gente que sería feliz si los tuviera. Cuando regresaban de las brigadas, te dabas cuenta que esa experiencia los había marcado.

**URANIA LÓPEZ SANSORES**, *funcionaria de Sedetur*

En el DIF se aglomeraba la gente todos los días y nos costaba mucho trabajo sacar los camiones. Llegaron hasta a romper candados, a abrirlos por la fuerza. Nos insultaban todo el tiempo, no nos bajaban de rateros. Una vez un tipo decía, la directora del DIF es una esto y una lo otro, no me quiso dar nada. Qué le hizo, le pregunté. Me contestó en forma grosera, respondió. Ah, y quién es ella, pregunté. Una tal Margarita, me dijo. Ah, le dije, voy a hablar con ella para que lo trate bien.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

Ahora nuestra meta es tener en Cancún un *cideco*, o sea, un centro integral de desarrollo comunitario. Esta idea surgió después del terremoto de México, ahí se montó el primero, en el 85, y consiste en establecer en zonas marginadas una estructura que te permita efectuar trabajo social. La base es una escuela Mano Amiga, una clínica, un dispensario, en fin, herramientas para ayudar a quines menos tienen. El segundo

cideco se puso en Acapulco, después del Paulina; el tercero en El Salvador, tras un terremoto; y el cuarto en Mérida, después del Isidoro. Estamos luchando para abrir uno en Cancún, como una consecuencia positiva del Wilma. Lo único que necesitamos en un terreno en una colonia popular. Fuimos con el gobierno y le dijimos, mira, tú tienes que abrir 30 ó 40 escuelas al año para atender la demanda, déjanos abrir ésta, que es de calidad, que no te cuesta, ni le cuesta a los alumnos, y así ayudamos a la comunidad. Estamos esperando que nos contesten.

**MIGUEL PÉREZ GÓMEZ**, *rector de la Universidad Anáhuac*

☛ ***Huracán Beta, el 13 de la mala suerte***

*La temporada del 2005 está resuelta a alcanzar todos los récords, y ahora tiene uno más: Beta es el huracán número 13 del año, rompiendo la marca de 12 que databa de 1969. El 13 puede ser de mala suerte para Honduras y Nicaragua, blancos probables de este huracán que se fortalece, aunque de momento es Categoría 1.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

SÁBADO, OCTUBRE 29, 4:41 P.M., HORA DE CANCÚN.

El episodio más lamentable se dio hacia fines de la primera semana, cuando se encontró una bodega con despensas en Holbox, que podían ser utilizadas con fines electorales. Claro que lo denunciarnos, no lo íbamos a permitir en una crisis como ésta.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

En Cancún se transmite, de lunes a viernes, el noticiero *Enfoque Radio* en la emisora Radio Caribe, que pertenece al Sistema Quintanarroense de Comunicación Social del Gobierno del Estado y que conduce David Romero Vara, un periodista muy controversial. El caso es que el sábado 29, en una emisión extraordinaria de medio día, Romero Vara enderezó un comentario editorial poco usual, poco común, y más bien violento hacia el secretario Rodolfo Elizondo, diciendo con todas sus letras, *Elizondo no debe enfrascarse, ni de provocar, ni de suscitar, ni de alentar estas pugnas políticas electorales, vamos, Rodolfo Elizondo Torres salió también otro pandillero, otro vándalo, pero éste político electoral.*

**VÍCTOR HUGO CASTAÑEDA**, *vocero de la Secretaría de Turismo*

Obvio, quien trató de capitalizar la crisis con fines políticos fue Elizondo. Por eso dije lo que dije, por eso mi señalamiento.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*

El comentario causó gran revuelo en el ámbito nacional, al ser retomado por la prensa, la radio y la televisión, no tanto por el locutor, que obviamente actuaba por instrucciones de terceros, sino porque implicaba un enfrentamiento entre niveles de gobierno. *El Universal* cabeceó, acusan en Quintana Roo a Elizondo de vándalo y pandillero electoral. *La Crónica* puso, Radio Caribe, estación perteneciente al Gobierno de Quintana Roo, calificó de pandillero y vándalo político electoral al secretario de Turismo. *El Financiero* consignó, las acciones se fueron a lo personal y la radio del gobierno que encabeza Félix González Canto, llamó a Elizondo Torres pandillero y vándalo político. El escándalo en los noticieros de radio fue aún peor. *Formato 21* transmitió, el gobierno de Quintana Roo acusó a Rodolfo Elizondo Torres de pandillero y vándalo electoral, por estar politizando la ayuda a los damnificados. *Radio 13* apuntó, ha sido llamado pandillero, vándalo político electoral es lo menos que le han dicho y se lo dicen a través de una radiodifusora. Carmen Aristegui comentó, Elizondo denunció el viernes que líderes priistas acapararon despensas en la isla de Holbox y el sábado un locutor estatal llamó a Elizondo pandillero y vándalo electoral. Juan Ruiz Healy dijo, Elizondo advirtió que la manipulación política de ayuda a damnificados no se tolerará (y) la respuesta de gobernador priista, Félix González Canto, se dio este fin de semana, cuando un locutor de una estación de radio en Cancún, propiedad del gobierno estatal, calificó a Elizondo de pandillero y vándalo político electoral. El lunes, en su conferencia matutina, el vocero de la Presidencia, Rubén Aguilar, dijo que las declaraciones de Elizondo eran la posición de la administración foxista, que las autoridades municipales y de niveles menores habían retenido las despensas y cierto tipo de ayuda, y que esta manipulación se dio con fines políticos.

**VÍCTOR HUGO CASTAÑEDA**, *vocero de la Secretaría de Turismo*

Ahí sí que las cosas se pusieron tensas.

**JOHN MCCARTHY**, *director de Fonatur*

El escándalo mediático exigía un posicionamiento del Gobernador del Estado y del propio Secretario de Turismo. El camino hacia la colisión entre ambos funcionarios estaba totalmente pavimentado y bastaba la más pequeña chispa para que la explosión política estallara, con daños verdaderamente incalculables. Pero ambos funcionarios optaron por el camino del diálogo y la civilidad política. El Gobernador dijo a los medios, *yo he hecho la aclaración, desde ayer, de que en el Sistema Quintanoarrense hay segmentos informativos plurales, abiertos, inclusive hay espacios para todos los partidos políticos, donde manifiestan opiniones, inclusive en contra del propio Gobernador, en contra de presidentes municipales, críticas que son muy naturales en los medios abiertos y plurales, y ésa de ninguna manera es la postura del Gobierno del Estado*. El secretario Elizondo, el agraviado, dio su posicionamiento y afirmó que su misión en Quintana Roo era la de sumar

y coordinar esfuerzos, no de dividir. Ambos funcionarios aparecieron en público, juntos, coordinados, y muy dispuestos a redoblar el esfuerzo para superar la crisis a la que Wilma había sometido a este importante destino turístico. El diferendo, el escándalo generado por el locutor, quedó zanjado.

**VÍCTOR HUGO CASTAÑEDA**, *vocero de la Secretaría de Turismo*

Tú sabes que por ahí hubo algunos raspones, pero lo que se hizo estuvo muy bien, por encima de las mezquindades y de las vanidades del momento.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

En su momento, yo manifesté que no compartía las expresiones de David.

**FÉLIX GONZÁLEZ**, *gobernador de Quintana Roo*

Yo me sostengo. El gobernador tiene su opinión, y yo tengo la mía.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*

En mi opinión, ambos personajes actuaron con prudencia, con cautela, y fueron más políticos que contestatarios. En lo personal, debo decir que el conflicto fue alentado por un funcionario menor del gobierno estatal o municipal que, pretendiendo hacerle un favor al gobernador, le ocasionó una crisis que pudo llegar a mayores. Hay un grave error en la generación de este conflicto, haber utilizado un medio propiedad del Gobierno del Estado. Aunque bien mirado, no se si fue un error voluntario, toda vez que la intención era enfrentar al Gobernador y al Secretario, y utilizar este medio facilitaba la generación del conflicto. Me queda un gran aprendizaje, una lección. El secretario Elizondo actuó como político, con gran sentido de responsabilidad. Nada le hubiera costado contestar las ofensas que se enderezaron en su contra. Era evidente que alguien ya no quería que siguiera en Cancún. De haber entrado al debate mediático, a Elizondo le hubiera costado la salida anticipada de Cancún y alguien habría logrado su cometido. Elizondo respondió con habilidad y concluyó el proceso de reconstrucción de Cancún y, para muchos empresarios, para muchos ciudadanos, Elizondo es el gran artífice de la renovación de Cancún. Elizondo fue insultado, pero ganó admiración, respeto y reconocimiento, porque hoy Cancún está totalmente renovado.

**VÍCTOR HUGO CASTAÑEDA**, *vocero de la Secretaría de Turismo*

Repartir con fines electorales es muy delicado. Pero había urgencia para distribuir la ayuda, así que si llegaba un diputado, o un regidor, o un líder, y decía, yo traigo un



camión, traigo esta lista de colonias, se les ayudaba. Del partido que fueran, también estaban tratando de ayudar. Pero algunos sí abusaron. Yo vi a una diputada que, apenas salió de la oficina, se cambió la camiseta y se puso la de su partido.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

***Señor gobernador  
Elimine el lavado de despensas y agua en esta isla***

CARTELÓN MANUSCRITO EN LA GIRA PRESIDENCIAL A ISLA MUJERES

Estamos poco preparados para enfrentar fenómenos de esta naturaleza. En casos de esa magnitud, creo que la operación no debía estar en manos de los civiles. En la segunda etapa, cuando ya pasó la crisis, pueden entrar los civiles. Pero en las horas críticas, yo estoy convencido, el mando lo debe ejercer un militar. Al menos las primeras 72 horas, que no haya de que el gobernador ya se enojó con Elizondo, y tarugadas así. En muchos momentos, me sentí rebasado en ejecución de órdenes y de instrucciones. Pero yo no voy a andarle pisando los callos al presidente municipal, si es su municipio. O al gobernador, que puede decir, con razón, yo aquí soy la autoridad. En cambio, con los militares, no hay tu tía. Por eso yo le dije al general Vega, usted debería tener el pinche mando.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

Me parece que, para casos así, debe preverse la suspensión del mandato de los gobiernos locales, y respetar una línea de mando. Una vez definido quién es el responsable directo, darle poderes plenos para operar, en tanto se restablecen los servicios públicos primordiales. Tienes que nombrar a una autoridad militar. No sé decirte si deben desaparecer los poderes, pero sí deben suspenderlos. Aun cuando seas el gobernador o el alcalde, no eres necesariamente la gente más preparada para administrar una crisis como ésta. Y que la gente sepa que en casos así, el gobernador o el alcalde serán meros coadyuvantes de la autoridad que esté a cargo de la crisis.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

¿Qué no vivimos en un país de leyes?

**FRANCISCO ALOR**, *presidente municipal de Cancún.*

En la emergencia hay una confusión de pensamiento. Los tres niveles de gobierno tienen distintas visiones, aunque el propósito sea el mismo. A unos les preocupan los pobres, a otros los servicios básicos, a otros la infraestructura turística. El problema

serio es que aun con el nombramiento presidencial de coordinador, no hay una clara jerarquía de mando.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

A los ocho días, sentí que la emergencia había terminado. Ya se había restablecido la luz y ya se habían ido todos los turistas.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

### **CANCUN 5 – WILMA 0**

MANTA EN EL ESTADIO CANCÚN 86

Al otro día que termina Wilma, vimos futuro. Nadie pensó que se había acabado todo y todos se apuraron a reconstruir. Estábamos seguros de que las cosas se iban a recuperar. El entusiasmo después de Wilma fue contagioso. Yo lo notaba en los pueblos, que suelen enojarse tanto por lo que sucede, que se desquitan con la autoridad. Aquí no, te esperaban con gusto, con buen ánimo. Todos fueron propositivos y ese optimismo fue motor para la recuperación. A mí me dio mucha fuerza.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

El huracán destechó el restaurante, tiró la armazón de madera y rompió el horno en donde hacemos el lechón. Dejó un tiradero por todas partes, pero yo tengo muchos nietos, así que les dije, a limpiar todos. En un ratito sacaron la mugre. En la tarde adobamos la pierna y la llevamos a otro horno que tenemos allá, por las regiones. Se coció en la noche y el lunes, aunque estábamos a cielo abierto, empezamos a vender.

**MARCELINO HOIL**, *propietario, taquería El camarón*

El mismo domingo, cuando todavía soplaban los vientos, llegaron unas motos del restaurante Hong Kong a vender comida. No había más que un plato, arroz con pollo frito, pero después del huracán a los turistas les sabía a gloria. En los siguientes días, cuando estuvieron aquí las aerolíneas, llegaron también los repartidores de pizzerías, de taquerías y otros. Hacían buen negocio, porque todo se les agotaba en segundos y podían dar muchas vueltas.

**JESÚS ARÉVALO HERNÁNDEZ**, *director del Colegio LaSalle*

Mi gente llegó a trabajar, pero no podíamos abrir el restaurante, había muchos destrozos. Les dije, pues pónganse a hacer comida para llevar a domicilio. Los mucha-

chos salían en las motos y todo lo que llevaban se vendía rapidísimo, daban vueltas y vueltas, todo se acababa. Al día siguiente abrimos el restaurante, pero en el patio y con un menú limitado. También vino mucha gente, no había lugares para comer.

**KIT BING WONG**, *propietaria, restaurante Hong Kong*

El lunes en la mañana hice un pedido gigantesco de tabla roca y empezamos a reconstruir los plafones. Igual el aluminio, para los ductos. Secar los pisos, secar el edificio, y cambiar los vidrios, 700 mil pesos de cristales rotos. A los quince días, a las tres semanas, ya estábamos listos para volver a operar. El siguiente evento que teníamos era la famosa convención de cardiología y ya teníamos un anticipo de 100 mil dólares. Les hablamos y les dijimos que ya estábamos listos. Nos dijeron que querían cancelar, que no conseguían cuartos. No les regreso nada, les dije, es más, me lo quedo y les aplico las penas convencionales. Nomás eso me faltaba, que aparte de gastar, tuviera que devolver dinero. Es que no hay hoteles, alegaban. Ese no es mi problema, yo estoy listo, decía. Lo que yo quería era negociar y tuvieron que aceptarlo: pospusieron el evento unos meses, pero al final se hizo en Cancún.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

Ese primer día abrimos cinco centros empresariales con líneas telefónicas, Internet, computadoras, para que cualquier empresa pudiera seguir funcionando. Montamos además, cinco salas de prensa. Ahí se hizo, por unos días, el periódico Voz del Caribe.

**JOSÉ LUIS NUÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

Nunca cerramos el hotel. La gente se empezó a ir, se quería ir, pero no había cómo irse. No había vuelos, no había hoteles, no había carreteras. Ocho personas llegaron a media semana, denos chance de quedarnos, aunque sea en camas mojadas, me pidieron. Fueron mis primeros huéspedes. Para fines de noviembre, ya teníamos el 85 ó 90 por ciento reparado. Justo lo que necesitaba porque, para mí, una buena ocupación es arriba del 85 por ciento.

**IZADORA MAGAÑA**, *gerente del hotel City Express*

Se cayó parte de la entrada, se cayó parte del techo, se hizo un remolino adentro de la tienda que desperdigó toda la mercancía. Pero nos llamaron de la matriz, hay que abrir cuanto antes, dijeron, un punto para evitar una crisis social. El domingo empezamos a limpiar, el lunes todo el día y toda la noche. Abrimos el martes, como a las once de la mañana, sin el techo.

**JORGE HUGO MUÑOZ**, *gerente de Wal Mart*

Yo he construido el mismo restaurante tres veces. En el 84 lo hice nuevo, en el 88 lo rehice, tras el Gilberto, y en el 2006 lo volví a hacer, gracias a Wilma. Incluso, en una pared tengo una galería con fotografías de cómo quedó después de cada siniestro. El Gilberto nada más lo movió, no lo destruyó. El restaurante es un inmenso palafito de 40 metros de diámetro, cimentado en el fondo de la laguna, hasta la roca, por más de 300 pilotes, con más de mil metros cuadrados de área construida, techada con palapa. Los pilotes son troncos de madera durísima, de zapote, que se inclinaron por la fuerza del viento. Y más o menos veinte se partieron, los tuvimos que remplazar. En aquella ocasión trajimos una grúa, lo enderezamos jalándolo. Se dice rápido, pero nos tardamos 40 días en preparar la maniobra y 25 minutos en ponerlo en su lugar. Pero esta vez, desde que lo vi, supe que estaba herido de muerte. Más de la mitad de los pilotes se partieron, las paredes y la estructura superior se colapsaron. Tuvimos que hacerlo todo de nuevo, pieza por pieza, detalle por detalle. Pero nos quedó mejor que nunca.

**SALVADOR VIDAL**, *propietario, restaurante Lorenzillos*

La empresa tiene delfinarios en Cozumel, en Riviera Maya y en Isla Mujeres. Wilma nos forzó a cerrar los tres. Teníamos un seguro muy bueno, que incluía pérdidas consecuenciales, pero la decisión fue abrir el parque de inmediato. ¿Por qué? Porque los construimos para tenerlos abiertos y porque queríamos que nuestra gente supiera que la empresa estaba viva. Para todos, abrir rápido fue altamente motivador. Además, como la competencia no abrió hasta el fin de año, pudimos captar el poco mercado que había.

**EDUARDO ALBOR**, *director de Dolphin Discovery*

Le dije a mi gente, tenemos que estar preparados para lo peor. La idea era poder establecer contacto inmediato con nuestros socios comerciales. Para eso, teníamos tres bases de datos. La primera, de turoperadores; la segunda base, de agencias de viaje; la tercera, de periodistas. En la primera semana, las responsables de esa área, Daniela Martínez y Laila Macías, mandaron cerca de 250 mil mails.

**ARTEMIO SANTOS**, *director de la OVC*

Lo mejor del Wilma fue la interacción entre los diferentes actores, la CFE, CAPA, el municipio, Aguakán. Problemas que parecían sin solución se discutían en las mesas de trabajo, y alguien decía yo pongo esto, yo esto otro, hasta tener el resultado que tuvimos. Se trabajó con un notable espíritu de cooperación y nadie puede decir que fue malo.

**ROBERTO ROBLES**, *director de Planeación de Aguakán*

Un factor a considerar en la recuperación fue la decisión unilateral del sistema bancario de suspender el cobro de intereses durante tres meses. Créditos hipotecarios, préstamos personales, tarjetas de crédito, la operación que fuera, la banca absorbió los réditos de octubre a diciembre. Eso le dio un respiro a mucha gente, una bocanada de oxígeno para salir adelante.

**FRANCISCO FARRES**, *presidente del Centro Bancario*

El restaurante pesa, fácilmente, más de cien toneladas. Es sin duda la estructura más pesada que se llevó el huracán y eso habla de la fuerza de tantas horas de viento. Lo hicimos nuevo, pero respetando su esencia, todo de madera, nada de concreto ni de acero. ¿Qué pasa si viene otro huracán? Pues lo volverá a tirar y yo lo volveré a construir.

**SALVADOR VIDAL**, *propietario, restaurante Lorenzillos*

Apenas pasa la tormenta, el director de seguridad de la empresa, el capitán Amado Chío, armó un equipo y fue a llevarles agua, comida, ropa seca. Nos informó que se veía bien, a simple vista. Lo revisamos con calma y, para nuestra sorpresa, los daños eran menores. Realmente la ola elevó el *Bahía del Espíritu Santo* y lo depositó con suavidad en la playa, cerca de Puerto Juárez. Se veía impresionante, un edificio de doce pisos a la orilla del agua, parecía absurdo pensar en moverlo. Empezamos a ver las posibilidades de sacarlo. Tras las primeras juntas, consideramos que las posibilidades, con nuestros propios medios, eran de un ochenta veinte. Ochenta a que sí, veinte a que no. En diciembre se empezó. La idea inicial fue jalarlo con un remolcador, mientras una serie de bulldozers lo empujaban por detrás. Ese fue también el primer problema, de dónde jalarlo. Tuvimos que hacerle dos agujeros al casco, para llegar al esqueleto de acero, y soldar un enorme grillete, del cual se sujetaría el cable que jalaría el remolcador. Un remolcador no es más que un barco con una propela enorme, lo cual le da mucho empuje, pero necesita bastante profundidad para que la propela trabaje. Esa es una zona muy baja, así que calculamos que el remolcador tendría que colocarse a kilómetro y medio de la costa. Pedimos un cable de acero de kilómetro y medio, pero nos falló el cálculo. Tuvimos que pedir medio kilómetro más de cable, y el cable resultó tan pesado, que tuvimos que traer otro remolcador, para que los dos se pusieran en fila y se duplicara el jalón. Hicimos todo, los remolcadores jalaron, los bulldozers empujaron, y no lo movimos ni un centímetro. Y eso que ya habíamos quitado las propelas, por suerte se pueden quitar por arriba, para dejar totalmente limpio el casco. Más juntas para ver que hacíamos. A alguien se le ocurrió construir un sistema rudimentario de esclusas, o sea, ir retirando el material que estaba abajo del barco, tanto del lado de la playa como del lado de tierra firme, e ir construyendo alrededor una especie de represa, como un dique de tierra apisonada. El siguiente paso sería llenar esa represa con agua. Se suponía que el barco iba a flotar

y entonces lo podríamos voltear, e irlo acercando al agua. Usamos en la maniobra ocho tractores, cuatro manos de chango, muchos camiones, y se tardaron como un mes en hacer el primer charco, de unos 30 metros de ancho por 100 de largo. La esclusa funcionó, pero fue insuficiente. Logramos mover el barco unos 30 metros hacia el mar, pero volvió a encallar en la pared exterior de la represa., y no lo pudimos girar lo suficiente. Hubo que hacer todo de nuevo. Otra nueva esclusa con la misma técnica, sacando arena del fondo del barco y haciendo una poza alrededor, como si estuvieras haciendo un castillo de arena en la playa, pero de dimensiones gigantes. Fue un poco más tardado, más complicado, porque ya estabas adentro del agua, tenías que luchar con el mar. Literalmente, era ganarle terreno al mar. En el ínter nos cayeron toda clase de ofertas de compañías holandesas y americanas, que proponían cualquier cantidad de maniobras, pero eran muy caras. Nos pedían la mitad de lo que vale el barco. A todo esto, el barco se convirtió en una atracción turística. La gente se acercaba a las zonas de trabajo, había vendedores ambulantes, venían los domingos en familia. Tuvimos que levantar una barda para que nos dejaran trabajar, lo cual nos valió algunos periodicazos. La parte más penosa fue al final. Hicimos un estudio de mareas y nos dijeron que, en determinada semana, la más alta iba a ser de las tres a las tres veinticinco de la tarde. Impresionante la precisión, por cierto. Empezamos a jalar a las tres, pero los veinticinco minutos se pasaron muy rápido, cuando nos dimos cuenta ya había bajado la marea. Bueno, pensamos, la semana que entra empezamos a jalar una hora antes. Así lo hicimos. El barco fue girando ayudado por todo: el remolcador que lo jalaba desde el mar, los tractores que lo empujaban desde tierra, sus motores prendidos, en avance, y de repente, flotó, así nomás, empezó a deslizarse, volvió a flotar, se metió al agua. Salió fácil, como si no hubiese pasado nada. Hasta dices, qué pasó, y te preguntas, eso fue todo.

**JOSÉ ENRIQUE MOLINA**, *director de Transbordadores del Caribe*

La marina Hacienda del Mar desapareció. De las 70 posiciones de atraque no quedó una. Hasta la gasolinera se fue completita. Pero ya la reconstruimos y tenemos un proyecto para duplicar su capacidad. ¿Dónde? Donde estaba, en el mismo lugar.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

Mis barcos turísticos, *El Corsario* y *La Pinta*, refugiados en Isla Mujeres, quedaron lastimados pero flotando. En cambio *La Salamandra*, *La Casita* y *La Niña*, que estaban en la laguna, se hundieron. Me tocó mal lugar, llegué tarde al manglar, me ganaron el lugar, y los dejé en un canal, expuestos, amarrados de un solo lado. Me falló un tripulante, no llegó, y al que sí llegó le entró pánico, se fue a refugiar a otro barco y dejó todo abandonado. Pero así es la vida, ahora a trabajar para salir adelante.

**RUDOLF BITTORE**, *cónsul honorario de Alemania*

En la historia sólo ha habido siete barcos que se han desencallado. Son maniobras de alto riesgo y es muy fácil que se partan, se rompan, se incendien, les pueden pasar cualquier cantidad de cosas. Hubo problemas con los ecologistas, cualquiera que tenía un gafete de Profepa brincaba, esto no lo pueden hacer, esto tampoco. Por suerte, en una gira que hizo por Cozumel, se le planteó el problema al Presidente Fox y él comprendió de inmediato, dio instrucciones para que las cosas se hicieran rápido, liberó las trabas burocráticas. Claro que tuvimos que extender una fianza de que la playa iba a quedar bien. Establecimos un control de sedimentos, pusimos una malla geotextil y otra de plástico, para evitar derrames de combustibles y contaminantes. La playa quedó bien y no pasó nada. Fox nos ayudó también a que la Armada cuidara el barco. Yo creo que corrimos con mucha suerte, y también creo que fuimos muy tercos en nuestro deseo de salvar al *Bahía del Espíritu Santo*.

**JOSÉ ENRIQUE MOLINA**, *director de Transbordadores del Caribe*

Veintiocho iglesias quedaron afectadas, siete u ocho totalmente destruidas. Sobre todo las capillas, que son palapitas, o tienen techo de lámina. En Santa Teresita, en la 228, el viento se llevó el techo más de 50 metros, cayó en el parquecito que está al lado. En la Congregación de los Legionarios se organizaron colectas para la reconstrucción, fue un gran detalle. Nos ayudaron mucho a reponer esos techos, pero mientras lo hicimos, durante meses se dio la misa al aire libre.

**PEDRO PABLO ELIZONDO**, *obispo de Cancún*

En la mañana del domingo me avisaron que iba a llegar a las instalaciones de la universidad el secretario de Educación, José Luis Pech. Fui a recibirlo y, efectivamente, llegó con unos fotógrafos, se puso unas botas, buscó los sitios más dañados del edificio, se tomó unas fotos y se retiró. El personal de la Universidad se puso a limpiar y a restaurar con un espíritu ejemplar, de día y de noche, para reiniciar actividades lo más pronto posible. A media semana anunciamos que empezábamos las clases el siguiente lunes. Me llamó Pech y me dijo, oye Fernando, no puedes abrir el lunes. Por qué no, ya casi estamos listos, respondí. Es que muchas escuelas quedaron dañadas, se va a ver muy mal que ustedes abran tan rápido y nosotros nos tardemos varias semanas, me explicó. Es que ya estamos listos, no tenemos nada que esperar. Te pido que no abras, insistió. Pues lo siento, le dije. Y abrimos el lunes.

**FERNANDO ESPINOSA DE LOS REYES**, *rector de la Universidad del Caribe*

El lunes posterior al huracán empezamos a limpiar la escuela, una brigada como de treinta voluntarios, entre alumnos, profesores y padres de familia. La voz se fue corriendo y cada día llegaban más. El viernes éramos como ciento veinte y ya habíamos recogido todo. Hicimos una evaluación de los daños: había un muro que falta-

ba, las puertas no estaban ahí, los ventiladores no existían, faltaban muchos vidrios, pero el entusiasmo era de primera. Así, con todo roto y sin luz, el lunes reiniciamos las clases.

**FERNANDO MAINOU**, *vicerector de la Universidad LaSalle*

Nosotros mantuvimos una doble operación, pues teníamos cientos de voluntarios en el auditorio, empacando despensas. Los daños al edificio eran aparatosos, pero no graves. Los limpiamos a toda prisa y, con la escuela medio parchada, el lunes empezaron las clases.

**MIGUEL PÉREZ GÓMEZ**, *rector de la Universidad Anáhuac*

Queríamos abrir la escuela a la brevedad posible. Era difícil conseguir volquetes, el Ayuntamiento los había acaparado, pero logramos que un camión cañero nos diera el servicio. Los soldados que nos pusieron de guardia, el personal de la escuela, maestros, padres de familia guardia, todos ayudaron a recoger escombros. Las líneas aéreas se fueron el sábado y nosotros reiniciamos clases el lunes.

**JESÚS ARÉVALO HERNÁNDEZ**, *director del Colegio LaSalle*

Nosotros te pagamos lo que sea, me dijo el señor del Estado Mayor, pero necesitamos que nos des servicio. Quería que les sirviéramos 200 ó 300 comidas diarias. Imposible, le dije, no te puedo preparar nada, porque no tengo nada, no tengo ni luz. Yo te la pongo, me dijo. Al rato llegó uno de esos camionsotes de la CFE, se para en la puerta, y me ponen la luz. Y desde ese día me lanzo en las madrugadas a conseguir lo que fuera, pollo, pescado, carne, verduras. Los camiones se paraban fuera de los mercados y ahí te vendían. La cosa fue que el Mesón se convirtió en el cuartel de operaciones de buena parte del gabinete. Venía el de Marina y lo oía hablar por el celular moviendo el mundo, tráeme y llévame barcos, mándame helicópteros, mándame aviones. Elías Ayub me pareció un personaje maravilloso, llegaba a las 7 a desayunar, y a las 10 de la noche a cenar, todo el día en la brega, y todavía tenía juntas, a pesar de su impedimento físico. Elizondo, McCarthy, el vocero Rubén Aguilar, López Dóriga, Alatorre, no son personajes que veas todos los días.

**ALEJANDRO REYES**, *propietario del Mesón del Vecindario*

Como empresario, mis respetos hacia el doctor, a la autoridad municipal y muchas dependencias. Gracias a la respuesta de muchos de ellos, nosotros pudimos ofrecer rápido comida calentita. Entre ocho y diez días recuperamos aproximadamente el 70 por ciento de los daños materiales y, durante el mes que siguió al huracán, ya con planta de luz, estuvimos abiertos de seis de la tarde a dos de la mañana, alimentando



a todas las cuadrillas de CFE, Telmex, reporteros, y trabajadores del gobierno estatal y federal.

**JOSÉ EUCARIO SANTISTEBAN**, (a) *El Poblano*

***Ya abrimos  
Pizza y pasta  
Sólo efectivo***

CARTELÓN EN PIZZA ROLANDI

***Nuestras tiendas ya abrieron sus puertas bajo extremas medidas  
de seguridad para prevenir aglomeraciones.  
Lo esperamos diariamente a partir de las 7 A. M.***

DESPLEGADO EN DIARIOS LOCALES DE SORIANA

☪ ***Gama está aquí***

*Un avión caza huracanes que investigaba los restos de la depresión tropical 27 ha descubierto que el sistema se reorganizó en una amplia zona de baja presión, y tiene vientos sostenidos de 90 kilómetros por hora, característicos de una tormenta tropical.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, NOVIEMBRE 18, 4:28 P.M., HORA DE CANCÚN.

La mitad de noviembre y todo diciembre nuestros vuelos se llenaron de albañiles, plomeros, carpinteros, yeseros, lo que te quieras imaginar, trabajadores de la industria de la construcción. Incluso sacamos un VTP con tarifas especiales. Creo que se llamaba VTP Reconstrucción.

**OTHÓN ZOZOAGA**, *gerente regional de Mexicana*

Tuvimos el mejor cierre de muchos años. Yo pensé que la economía se iba a deprimir, que si acaso saldrían los vehículos que se perdieron en el huracán, los que pagan los seguros. Pero no, mucha gente quería estrenar auto, se palpaba como un ánimo de renovación. Noviembre y diciembre establecimos récord de ventas.

**JOSÉ ANTONIO MENÉNDEZ**, *director de la agencia Ford*

Xcaret abrió el 12 de diciembre, sin teatro. En dos meses logramos recuperar los centros de consumo. Para las áreas verdes, compramos trituradoras grandes, muy pode-

rosas, la trituramos y la convertimos en abono, no la quisimos compactar, no quisimos que la vegetación se volviera basura. Fue una decisión inteligente.

**FRANCISCO CÓRDOBA**, *director de Xcaret*

En diciembre del 2004 vendí posadas para 4 mil personas. En el 2005, para 40 mil. Era el único lugar que estaba abierto, y además, había ese espíritu de renovación. Hasta los hoteleros, que siempre hacen sus posadas en los hoteles, las tuvieron que hacer aquí.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

La gira por los Estados Unidos fue vital. Me resistía a partir, porque siempre surgen críticas, se va a pasear cuando todavía hay crisis, pero también había que atender el otro asunto, la reactivación económica. Fue muy intensa, recorrimos todo Estados Unidos en cuatro días, Gaby puede decirte el itinerario. Les pedíamos a las líneas aéreas que regresaran, les prometíamos levantar Cancún, eran compromisos de palabra. Pero sí funcionó y yo me enteré de manera muy grata. A mediados de diciembre volé a Cancún en el avión de gobierno y, al llegar, veo que empezamos a sobrevolar, a dar vueltas. Pasa algo, le pregunto al piloto. Es que tenemos quince aviones en la cola, quiere que pida preferencia, me dice. Claro que no, son turistas, le digo, aquí esperamos con mucho gusto.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

Fue una gira agotadora, una ciudad por día. El lunes volamos a Chicago, el martes por carretera a Milwaukee, el miércoles a Filadelfia y Nueva York, y el jueves a Toronto, en Canadá. Esa misma noche volamos para estar el viernes en Los Ángeles, y el sábado, de regreso a Cancún. La idea era que el gobernador en persona estableciera contacto con nuestros socios comerciales, mayoristas como John Mullen, de Apple Vacations, o Bill Lamacchia, de Mark Travel, o aerolíneas como United, Continental y American. Esas firmas traen cientos de miles de turistas cada año y estaban, más que sorprendidos, impactados por la velocidad de la reacción. El hecho de que el gobernador encabezara la delegación los convenció de que la cosa iba en serio, que volveríamos a tener playas y que la recuperación sería cuestión de meses. Y eso se dio en el momento preciso, cuando ya estaban pensando dónde más mandar sus aviones y sus turistas. Fue una señal muy clara, que se entendió perfecto. Todos se comprometieron a mantener al Caribe Mexicano en su portafolio de negocios, y a reiniciar operaciones a partir de diciembre. Sin esa gira, nos habríamos tardado meses en restablecer el flujo.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Siento que nos equivocamos en la Riviera Maya, en el mensaje que mandamos después, incluso durante la gira. Dijimos que no había pasado nada, que todo el daño estaba en Cancún, cuando en realidad sí estábamos golpeados, muy golpeados. Yo te puedo enseñar fotos de varios hoteles, empezando por el mío, parecía que les había caído un misil. Eso mantuvo el flujo de visitantes a la Riviera, pero también impidió que llegara ayuda financiera para la reconstrucción. Aquí no tuvimos los grandes presupuestos, ni la inyección de dinero. A la Riviera la dejaron un poco olvidadilla, todo se concentró en Cancún.

**JEAN AGARRISTA**, *presidente de los hoteleros de Riviera Maya*.

La marca Cancún es tan importante como la marca Hilton o la marca Marriott.

**ARTEMIO SANTOS**, *director de la OVC*

Al contrario de Gilberto, en donde todas las empresas dedicadas al rubro de la construcción se vieron afectadas por un enorme bache económico, con el huracán Wilma se fueron para arriba las ventas. Nosotros tuvimos que subcontratar gente y trabajamos horas extras, pues ya teníamos obra contratada antes del huracán. Todos los proyectos siguieron y, lo más significativo, el levantamiento y reparación de lo dañado fue muy acelerado. Tengo la experiencia de todos los huracanes que han llegado acá y a Yucatán, y la reparación de las ciudades nunca fue tan rápida.

**JOSÉ ANTONIO TORRE**, *fundador de Vidrio Plano de Cancún*

A mí no me había ido nada bien. La palapa fue derribada por el huracán y todas las cosas de la casa se mojaron. En el taller, gracias a que aseguramos bien la maquinaria y los fierros, no nos pasó nada. Acá en la casa, en obra negra, guardamos lo que pudimos en un cuarto y en otro la pasamos mi mujer, mi hija y seis trabajadores. También tenía un pequeño negocio de venta de pescado del otro lado de la calle, ese también fue destruido. Era mi hobby y servía para que mi mujer tuviera su ganancia, pero ese sí lo dejamos por la paz y no continuamos. Yo pensé que no me iba a levantar. Sin embargo, hubo muchos trabajos de reparación realizados después del huracán. El negocio se incrementó, contraté a cuatro personas más y trabajamos en jornadas de diez a dieciséis horas diarias, durante las primeras semanas. A algunos clientes grandes, como Hertz, le hice muchos trabajos nuevos, puesto que el seguro pagaba. También le trabajé a TV Azteca, en la reestructuración de antenas caídas y mantenimiento de alambrados. A Banco Azteca y Elektra le reparé los techos de lámina, los letreros y la localización de fugas de agua. Reparé anuncios luminosos y otros trabajos en quince Oxxos. Hice chambas en el municipio, más todos los trabajos de reparación de portones y protecciones de ventanas a mis clientes habituales. El negocio fue creciendo y tuve que mudar el taller a un terreno contiguo. Ahí coloqué otras tres

mesas de soldar. Chamba había demasiada, lo que nos hizo falta fue gente, gasolina y la luz. ¡Eso me sacó a flote! La ganancia fue de 400 mil pesos, con los que terminé de pagar mi terreno. También acabé de construir mi casa, la cual se encontraba en obra negra, y salí de todas mis deudas.

**ARTURO ULLOA**, *herrero, región 96*

La gente necesita esperanza. Si llega el gobernador y dice, no se preocupen, las cosas se van a componer, vamos a trabajar, la gente se pone a trabajar y las cosas se componen. Y el que no había agarrado la escoba, vio que el vecino estaba barriendo y la agarró.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

### ***NO SOMOS SOBREVIVIENTES SOMOS VENCEDORES***

MANTA EN LA FACHADA DE PLAZA CARACOL

#### ***Delta impacta las Islas Canarias***

*La tormenta tropical Delta impactó anoche las Islas Canarias casi con fuerza de huracán, matando al menos siete personas. Un hombre murió al ser derribado de un tejado que trataba de reparar, y seis inmigrantes ilegales se ahogaron al hundirse el bote en que trataban de llegar a la isla. Los vientos causaron daño masivo en techos y árboles, y dejaron sin energía eléctrica a los 223 mil residentes de la isla.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MARTES, NOVIEMBRE 29, 9:03 A.M., HORA DE CANCÚN.

Los propietarios de Cancún actuamos muy rápido, en unos meses reabrimos. En cambio las cadenas se vieron lentas, y eso perjudicó a Cancún.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

El huracán dañó seriamente el hotel. Al muro de contención no le pasó nada, pero socavó sus cimientos y, al asentarse, se partió la alberca y las terrazas, se desplomó el nivel exterior en tres puntos. Más de la mitad de las habitaciones sufrió daños, sobre todo por el ingreso de agua. Las 24 suites que tenemos al frente, de los pisos 3 al 14, resultaron bien dañadas. El viento rompió el ventanal del lobby y la puerta principal se destruyó por completo, creándose un túnel de viento que arrasó los tres locales de

la zona comercial. Bueno, todo eso no nos volverá a pasar. La reconstrucción se hizo a conciencia y ahora los hoteles están pensados para resistir un Categoría 5. Por eso nos tardamos tanto, casi un año, por el afán de hacer las cosas bien. Ahora somos uno de los hoteles más seguros de Cancún.

**GERMINAL GARCÍA**, *gerente de ventas, hotel J. W. Marriott*

El edificio estaba bien, pero estaba empapado. Para evitar problemas posteriores, lo primero que decidimos fue secar el edificio. Empezamos por cortar las alfombras, cuatro mil metros de alfombra de alta calidad se fueron a la basura. Contratamos una empresa en Dallas que vino con unas enormes máquinas, con grandes tubos de aire caliente, para secar cuarto por cuarto. A partir de diciembre iniciamos la renovación interna y aprovechamos para mejorar. Cristales más gruesos, cortinas anticiclónicas, plafón nuevo en todos los techos, pintura en toda la casa, mobiliario renovado. Y no abrimos hasta que terminamos. Los huéspedes de este hotel no tienen porqué escuchar martillazos.

**LUIS MARCÓ**, *director, hotel Ritz Carlton.*

El Getaway nunca lo cerré, los huéspedes tuvieron que aguantar los martillazos.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

Xcaret quedó tremendamente dañado en su vegetación, muy característica de la zona. Los árboles altos, las palmeras, las lianas, lo que le da aspecto de selva tropical. Wilma nos pasó encima. Nos deshizo las palapas de tres restaurantes, con todo y hornos. Se voló parte del techo del Tlachco, miles de tejas, voló el 20 ó 30 por ciento de las tejas. Y los techos móviles, que nunca han funcionado, pero se suponía que se iban a abrir para ver las estrellas. Todavía ni cobrábamos los seguros del Emily, cuando ya nos había pegado el Wilma.

**FRANCISCO CÓRDOBA**, *director de Xcaret*

En la compañía estábamos muy contentos. Tres meses después de que nos pegó el Wilma, los seguros nos pagaron el anticipo...¡del Emily!

**MARCOS CONSTANDSE**, *inversionista*

Tres meses después nos estaban pagando, a cuenta gotas, los siniestros del Emily. Para revisar los destrozos del Wilma ni siquiera habían llegado los ajustadores.

**ROMÁN RIVERA TORRES**, *constructor*

El monto del anticipo que me ofrecían era tan ridículo, comparado con los daños que sufrimos, que de entrada me negué a recibirlo.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

El comportamiento de las compañías de seguros fue muy negativo.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

El malestar que se generó al principio fue por falta de liquidez de los asegurados, sobre todo de los hoteles, que querían que las compañías actuaran como financieras. En ninguna cláusula, en ninguna póliza que yo conozca, se habla de pagar anticipos, y sin embargo, empezaron a presionar con ese tema, porque en México se ha establecido la costumbre de dar anticipos, ojo, como una muestra de confianza de las aseguradoras, pero siempre con alguna base. Mucha gente ni siquiera había documentado sus siniestros y ya estaba pidiendo anticipos. Cómo iban a darlos, en base a qué. Incluso, se dijo que había salido un decreto que obligaba a las compañías a pagar anticipos. Eso fue puro cuento, ese decreto jamás existió.

**OSCAR GONZÁLEZ**, *agente de seguros*

Tras las experiencias del Gilberto, el Keith, el Opal, el Isidoro, el Emily, puedo asegurar que la mayoría de los hoteles tenían una buena cobertura de seguros.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

Definitivamente, no sabemos comprar seguros. Firmamos lo que las compañías nos ponen enfrente, y nunca nos fijamos en la letra chiquita. Y cuando viene el ramalazo del huracán, atrás viene el ramalazo del seguro. En definitiva, yo soy anti-seguros.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

Aquí, casi nadie entiende de seguros. Comprendes algo, pero no eres un profesional. Casi todos estábamos sub-asegurados, por consejo de un supuesto experto. Yo pagaba de prima, por decir algo, cien pesos, cuando debía pagar ciento veinte. Eso nos costó mucho dinero a la hora de las liquidaciones, fue una mala asesoría.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

Un seguro de daños no es lo mismo que un seguro de vida, donde presentas el certificado de defunción y se te paga, de inmediato. Los daños requieren una evaluación, la intervención de peritos, la demostración de la pérdida, y en el rubro de las pérdi-

das consecuenciales, la presentación de documentación contable, como estados financieros, declaraciones de impuestos, nóminas del Seguro Social. No somos un país muy organizado y no todo mundo tiene esa información al día, y con la magnitud del desastre, se integraron con lentitud los expedientes. Incluso, a un año de distancia, algunos no están completos todavía.

**LUIS ÁLVAREZ MARCEN**, *coordinador del Comité de Riesgos Catastróficos (AMIS)*

Hubo discrepancias con los clientes en dos rubros. El primero, la insuficiencia de la suma asegurada. Es muy común que los asegurados piensen, no se me va a quemar toda mi casa, si acaso la mitad, y entonces, si la casa vale 500 mil, aseguran solo la mitad. Pero hay una cláusula en los contratos que se llama *proporción indemnizable*, y ésta dice que si aseguras un bien a la mitad de su valor, tienes derecho a recobrar la mitad de los daños. Si tu casa vale 500 mil y la aseguraste por la mitad, 250 mil, si se llega a quemar y los daños son de 250 mil, te vamos a pagar la mitad, 125 mil. Es justo porque si tú dices, yo aseguré la mitad y se quemó la mitad, tengo derecho a todo, yo te podría decir, la mitad que se quemó era la que no estaba asegurada. El otro punto de discusión fue la insuficiencia en lo que llamamos sub-límites, básicamente las instalaciones que se encuentran en el exterior: albercas, terrazas, palapas, jardines, muebles que están a la intemperie y cosas así. Los clientes tienden a ahorrar en este rubro, ponle 250 mil, te dicen, y luego resulta que la pérdida real es del doble. En resumen, el problema es que muchos usuarios estaban infra-asegurados.

**ÓSCAR GONZÁLEZ**, *agente de seguros*

Aquí nosotros somos los pequeños, luchando en solitario contra el monstruo. Las cadenas internacionales son las únicas que no sufrieron por los seguros, porque contratan pólizas para docenas, cientos, incluso miles de hoteles, y meten en el paquete los seguros de vida de sus ejecutivos, los de gastos médicos, en fin, todas las coberturas posibles. Entonces, cuando sufren un siniestro tipo Wilma, las aseguradoras pagan de inmediato, porque no van a arriesgar que les cancelen tantas pólizas. Pero no es el caso de los locales: cada hotel contrató con una compañía diferente, no hay vinculación entre los asegurados y no puedes presionar en bloque.

**ABELARDO VARA**, *hotelero*

En vista de la presión, la Comisión Nacional autorizó a las empresas de seguros a que echaran mano de su reserva técnica, la cual es intocable, para dar anticipos hasta de un 30 por ciento del avalúo, mientras llegaba la lana de los reaseguradores. Y esa tardó en llegar, porque el reasegurador no paga ni un centavo hasta que esté todo documentado. En diciembre, y si me apuras mucho, en enero, la mayoría de los asegurados no había documentado adecuadamente sus siniestros. Las compañías se apo-

yaron en los despachos de ajustadores, y fuimos llegando a acuerdos. Para marzo o abril, el 80 por ciento de las pérdidas habían sido cubiertas.

**ÓSCAR GONZÁLEZ**, *agente de seguros*

Una tarde me llama Elizondo para decirme que acababa de estar con Paco Gil y que, en base al fondo de garantía que tienen las aseguradoras en Hacienda, nos iban a adelantar un treinta por ciento del valor de las pólizas, y el resto se podía financiar por medio de un crédito de Nafin. Perfecto, digo yo. Elizondo lo anuncia, yo lo anuncio. Y las aseguradoras reaccionan así, en automático, no les damos ni madre. Fue un buen intento, pero la verdad nadie presionó en serio a las aseguradoras. Y de Paco Gil, ni qué decir. Jamás los vimos por aquí, jamás le preocupó el tema, nunca sentimos cariño de su parte.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

El Wilma fue un siniestro bien pagado por las compañías de seguros. Como referencia, te pongo los ejemplos de Rita o Katrina, mucho peor pagados que nosotros, y la medida es que cientos de casos han ido a dar a los juzgados, porque aún no se ponen de acuerdo si el daño provino del huracán o de la marejada. En México no hay ese problema: si tienes la póliza contra huracán, te indemnizamos igual si fue inundación, tsunami, golpe de mar, avalancha de lodo o marejada. Pero, lógico, te cubrimos sólo las pérdidas que puedas demostrar, eso es lo que establece cualquier póliza.

**LUIS ÁLVAREZ MARCEN**, *coordinador del Comité de Riesgos Catastróficos (AMIS)*

Tengo mi póliza de daños con una aseguradora mexicana, que me cotizó más barato que la compañía internacional que utiliza la cadena Omni. Fue el peor ahorro de mi vida, me terminaron pagando lo que les dio la gana.

**ABELARDO VARA**, *hotelero*

Desde el principio, la estrategia de las aseguradoras fue usar tácticas dilatorias para no pagar. En una reunión en Fonatur de plano se descararon, alegando que no pagaban porque no estaban seguros que el dinero se fuera a usar en la reconstrucción. ¡Qué poca! Ninguna cláusula te obliga a usar el dinero en determinada forma. Tú aseguras algo, y si lo pierdes, ellos te pagan y tú gastas el dinero como quieres. En esa reunión me paré y les dije, señores, con permiso, no me hagan perder el tiempo. Luego, frente a Fox, prometieron que terminarían de pagar en marzo. Desde luego, tampoco cumplieron.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*



Que si las compañías pagaron, claro que pagaron. Que si pagaron bien, claro que pagaron bien. Que si pagaron rápido, también. La suma redonda, unos mil 800 millones de dólares, lo cual equivale al valor total de todas las primas de incendio y huracán que se venden en todo el país.

**OSCAR GONZÁLEZ**, *agente de seguros*

A las compañías de seguros les costaron 280 millones de dólares todos los siniestros del macro sismo de la Ciudad de México, en 1985. En materia de huracanes, el evento más costoso había sido el Gilberto, con 460 millones de dólares. A un año de distancia, con Wilma hemos pagado cerca de mil 800 millones de dólares. Para las empresas de seguros, Wilma ha sido la catástrofe más cara en la historia en México y en toda América Latina.

**LUIS ÁLVAREZ MARCEN**, *coordinador del Comité de Riesgos Catastróficos (AMIS)*

Las aseguradoras están a merced de los que controlan el mercado mundial, que son las reaseguradoras. Ahí estuvo el problema. A Cancún le pasó lo mismo que había pasado con las Torres Gemelas, con Katrina, con el tsunami. Al final, las aseguradoras locales no se portaron tan mal.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

Al final del día tenemos este dato: las empresas de seguros recibieron 19 mil 800 solicitudes de pago, y ya le dieron solución al 94 por ciento de las mismas. Los casos que quedan siguen en proceso de ajuste y las quejas en la Condusef no han llegado ni al uno por ciento.

**LUIS ÁLVAREZ MARCEN**, *coordinador del Comité de Riesgos Catastróficos (AMIS)*

Las pólizas subieron un mundo, un seis o setecientos por ciento, y en algunos casos, hasta un mil por ciento. Es lógico, hay gente que tiene sus fachadas de tabla roca y se las tuvimos que pagar íntegras, a un costo astronómico. Yo tuve casos en los que pagué setenta veces el valor de la prima anual. Ahora, si quieren ahorrar en la fachada, van a tener que pagar en el seguro.

**ÓSCAR GONZÁLEZ**, *agente de seguros*

A mí las primas de seguros me las multiplicaron por ocho, pero yo deduzco su costo íntegro. El que va a dejar de recaudar es el fisco.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

Yo contrato lo mínimo, lo que me obliga la ley o lo que me dicta el sentido común, como los seguros médicos. Y nada más. Es un riesgo calculado: si tienes varios años sin siniestros, te sale más barato no tener seguros. Claro, el problema está en adivinar cuándo va a entrar el próximo huracán.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

☪ **¡Increíble! Aquí está Epsilon**

*Sólo faltan dos días para que concluya la temporada de huracanes 2005, pero el número de récords continúa en aumento. Epsilon se convirtió en la tormenta 27 del año, excediendo por mucho el récord anterior de 21 impuesto en 1969.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MARTES, NOVIEMBRE 29, 2:01 P.M., HORA DE CANCÚN.

Una decisión muy inteligente fue abordar de inmediato el asunto de las playas. Cancún sin playas no tenía presente, ni habría tenido futuro. La competencia por el turismo de playas es cada día más dura. Cancún, con playas, tiene que enfrentar ese reto todos los días. Sin playas, hubiera desaparecido, ya no existiría.

**ANTONIO ENRÍQUEZ SAVIGNAC**, *fundador de Cancún*

El muro de contención del hotel estaba intacto, pero cuando me asomé, no podía creer lo que veía. La línea de pintura, que antes estaba al nivel de la arena, ahora estaba a dos metros y medio del agua, y en el fondo no quedaban más que rocas. Eso fue horroroso. Qué vamos a hacer, pensé, qué vamos a vender si no tenemos playa.

**LUIS MARCÓ**, *director, hotel Ritz Carlton*

En el hotel Desire, de Puerto Morelos, el agua entró con tal fuerza a los cuartos que escupió los techos. Hubo que esperar a que el manglar bajara su nivel freático, para poder sacar el agua y empezar la reconstrucción. Eso nada más tardó quince días.

**DIEGO DE LA PEÑA**, *hotelero*

Un asunto grave son las playas. Perdimos de diez a quince metros de anchura, un volumen enorme. En Playa, hay una zona que quedó crítica, desde el muelle fiscal hasta el último hotel de Playacar, unos tres kilómetros. Y cuando digo crítica, lo que digo es que el mar le está pegando a los edificios.

**JEAN AGARRISTA**, *presidente de los hoteleros de Riviera Maya*

Sobrevolar las playas y ver puras piedras, ese fue el peor escenario que te podías imaginar.

**FÉLIX GONZÁLEZ CANTO**, *gobernador de Quintana Roo*

El caso extremo de la mala planeación urbana son las construcciones sobre la duna de Cancún, que impiden que se regenere naturalmente.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

Antes del Wilma, lo que se tenían eran estudios sobre la recuperación de las playas que se había llevado el Gilberto y se había ubicado a las empresas. Había algunos esquemas de financiamiento, pero no se había tomado la decisión en detalle. Si no hubiera pasado el huracán, todavía lo estaríamos discutiendo con los mismos actores.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

La idea de recuperar las playas resurgió a principios del sexenio de Fox. Lo primero que hicimos fue un levantamiento de cada uno de los predios con frente de mar, para saber el estado exacto del deterioro. El huracán Gilberto había removido mucha arena, pero después de tantos años no sabíamos con exactitud la magnitud del problema, aunque obvio, era crítico, porque varios hoteles funcionaban sin playa. Con esa información, le pedí a John McCarthy que organizara una comida con la titular de Turismo, Leticia Navarro, y con los dueños de las cadenas hoteleras. El secretario de Turismo estatal, Guillermo Martínez, se sumó a la idea y convenció al gobernador Joaquín Hendricks de asistir. En la reunión hicimos una presentación detallada del problema y propusimos firmar un documento, donde quedara asentada la intención de iniciar un proceso que nos llevara a la recuperación. Así renació el proyecto de recobrar las playas de Cancún.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

Yo traté de interesar al gobernador en el tema. Le organicé una gira a Varadero, para que viera el trabajo de los cubanos. Lo puse en contacto con empresas españolas con experiencia en el tema. Y lo acompañé a una gira por Holanda, en donde visitamos a la empresa de dragas que al final haría el proyecto. Los cuatro años que fui secretario me los pasé empujando el tema, pero al final nunca se llegó a nada.

**GUILLERMO MARTÍNEZ**, *ex secretario estatal de Turismo*

Cuando yo era presidente del Consejo Coordinador dijimos, vamos a presentarle al gobernador una sola demanda. ¿Cuál? Hicimos varias juntas, discutimos prioridades,

y hubo consenso, la recuperación de playas. Se la presentamos, pero Hendricks no hizo nada.

**ARTEMIO SANTOS**, *director de la OVC*

Lo primero que hicimos fue traer a especialistas de todas partes del mundo. Primero vinieron unos cubanos, que tienen la experiencia de Varadero y los cayos, donde rellenan en forma periódica. Luego entró la CFE y se creó un grupo de asesores. Contratamos una empresa canadiense que hizo un diagnóstico y los primeros estudios, junto con una idea de presupuesto. Trabajamos de manera informal, con recursos que aportamos varios empresarios de nuestros bolsillos, sobre todo Abelardo Vara, Orlando Arroyo y un servidor, hasta que hubo necesidad de buscar una forma de financiamiento. Entonces se creó el fideicomiso y se empezaron a considerar proyectos específicos. En uno se proponía construir dos grandes escolleras en los extremos de la playa, Punta Cancún y Punta Nizuc, para evitar el arrastre de las corrientes. En otro, colocar unas enormes bolsas de arena a lo largo de la playa, que actuaran como diques para contener el relleno. Varios hoteles adoptaron esta solución en forma aislada, con malos resultados, no recuperaban ni un metro de playa. Pero hubo un periodo en que todo se atascó, los avances fueron pocos. Era notable el poco interés del gobierno en el asunto.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

Las autoridades estatales tenían muy poco interés en el asunto. Hendricks mostró cero interés y no soltó un centavo. En su gobierno tuvo más de un billón de presupuesto, más de mil millones de pesos, pero consideró que gastar 20 millones en recuperar las playas era un desperdicio. Desgraciadamente, no tuvo visión. Y en el municipio teníamos a Chacho, que pensaba que el único dinero bien gastado era el que lo iba a llevar a la gubernatura.

**ORLANDO ARROYO**, *ex presidente del Consejo Coordinador*

El huracán creó una ventana de oportunidad. Elizondo tomó la decisión y convenció al Presidente de que urgía lana, que la meta era restablecer el flujo de visitantes y de divisas. Cuánto necesitan, nos preguntó. Unos 200 millones, calculamos. Era una cifra estimativa y con esa empezamos a trabajar. La pregunta era si Sectur podía con el paquete y la respuesta fue sí.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

Al final, los expertos de la CFE consideraron que lo más viable era extraer arena del fondo marino y depositarla directamente sobre las playas afectadas, con una anchu-

ra de 70 metros, considerando que se podía perder hasta la mitad. Hay que mencionar que en la solución final no se tomó en cuenta el diagnóstico de los expertos y que la decisión de reponer la playa con 30 metros de anchura es arriesgada, por la pérdida que pueden ocasionar las corrientes. Los estudios proponían una anchura de 70 metros, y no es lo mismo perder la mitad si tienes 70 metros, que perderla si tienes 30. Sólo el tiempo dirá si esa solución de emergencia fue la correcta.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

El proyecto de CFE tenía tres elementos importantes. Uno, el ancho de playa. Dos, la manera de rellenar. Tres, la ubicación de los bancos de préstamo. Los dos últimos se respetaron, usando los bancos de Ollitas y Mega Rizaduras, como estaba previsto. Pero el primero no se dio y era el elemento más importante. Desde siempre, se previó que se podía perder la mitad del relleno por las corrientes, por eso se propusieron 70 metros. La obra que se hizo no tiene la suficiente estabilidad, porque se depositaron los tres millones de metros que se necesitaban después del Gilberto, no los seis o siete que se necesitaban después del Wilma. Eso por decir un número, porque el cálculo ni siquiera se efectuó. Ahora tenemos playa, pero el primer ciclón que venga, débil o fuerte, se la va a llevar.

**ORLANDO ARROYO**, *ex presidente del Consejo Coordinador*

Elizondo había conocido a Jack Fernández, un cubano radicado en Dubai, el que hizo las famosas palmeras. Había ido a Dubai el año anterior, por la curiosidad del fenómeno turístico. Hablamos con Jack y nos dijo, hay estos expertos a nivel mundial. Son tales empresas, cotizan tanto por metro cúbico, y la forma de controlarlos es por metro puesto. Y ahí nos metimos al rollo de la normatividad. Lo mejor era una asignación directa. Si nos metíamos a concurso, había el riesgo de que el perdedor impugnara la decisión y se iba a retrasar la firma del contrato. Elegimos al mejor, según parámetros de evaluación del currículum, tiempo de ejecución y cotización. Hubo un concurso sin concurso.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

Esa obra fue un gran acierto del gobierno del Presidente Fox, que resolvió un problema de muchos años y coronó el esfuerzo de muchas gentes. Doce kilómetros de playa en cuatro meses se dice pronto, pero fueron cientos de reuniones, de estudios, de permisos, de acuerdos, y ahí hay un mérito que le corresponde a la gente que nunca soltó el tema, que siempre lo puso sobre la mesa. El gobierno de Fox entendió lo que estaba en juego y le cumplió a Cancún.

**FRANCISCO LÓPEZ MENA**, *diputado federal*

Lo hicieron rapidísimo. Una semana estaban lejos de aquí, luego pusieron sus tubos, en dos días ya teníamos playas, y en otros dos ya se habían ido. Ahora entiendo cómo es que avanzaban un kilómetro por semana.

**JEAN PIERRE SORIN**, *gerente del hotel Le Meridién*

Ahora les toca a los empresarios de Cancún poner lana para conservar las playas. Sin duda son los principales beneficiarios y no creo que el Gobierno Federal vuelva a salir al quite.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

Era una obra que se tenía que hacer, pero no aprendimos del proceso. Yo no creo que los recursos públicos se deban usar para subsidiar a los ricos. Tampoco a los pobres, pero menos a los ricos. Los principales beneficiarios de las playas son los hoteleros, y al final no pusieron un centavo.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

El fideicomiso para mantener la playa es echarle dinero bueno al malo. La solución a largo plazo sería echar para atrás a los hoteles de playa, demoler los edificios y darle espacio a la duna. Es lógico asumir que la mayoría de esas inversiones ya están completamente amortizadas.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

Ya se había aprobado que el 30 por ciento del cobro de zona federal, más los terrenos ganados al mar, se destinaran a un fondo para mantener las playas o para comprar un seguro. Como las playas fueron tan estrechas no le ganamos nada al mar, y el recurso de zona federal se está empleando en cualquier otra cosa. Ya tenemos playas, pero todo lo que hablamos de protegerlas está en el olvido.

**ORLANDO ARROYO**, *ex presidente del Consejo Coordinador*

Yo sigo pensando que es absurdo que los hoteleros no hayan afrontado el gasto de las playas en forma directa, considerando que el costo por metro cuadrado de playa no es mayor a 50 dólares, cuando el metro de terreno hotelero sobre la playa anda entre 700 y 1200 dólares. Ciertamente, no la estás comprando, no es tuya, pero el costo de reponerla es marginal, es un gasto operativo que se justifica. Si lo consideras una renta, la verdad es muy barato.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

Los hoteleros tienen que poner su parte, no es posible que sigan pidiendo el cien por ciento. Y eso hay que hacerlo vía impuestos, no a través de aportaciones voluntarias. Los hoteles tienen que asumir que las playas son un costo de operación.

**ANTONIO ENRÍQUEZ SAVIGNAC**, *fundador de Cancún*

Lo mejor del huracán, las playas y el destino renovado. El nivel de competitividad se elevó 30 por ciento, para estar en las Grandes Ligas. Ya no competimos con Jamaica, ahora competimos con Las Vegas.

**ARTEMIO SANTOS**, *director de la OVC*

Hay que evitar que el futuro de Cancún dependa de la buena voluntad de alguien. Cancún tiene que tomar su destino en sus propias manos.

**ANTONIO ENRÍQUEZ SAVIGNAC**, *fundador de Cancún*

### ***Wilma no nos derritió***

MANTA EN LA FACHADA DE HELADOS SANTA CLARA



#### ***La increíble temporada de huracanes del 2005***

*Al fin es diciembre, y la temporada del 2005 oficialmente terminó. Pero esta es la temporada del 2005, y las reglas normales no aplican. La tormenta tropical Epsilon todavía está ahí afuera en el Atlántico, y se espera que sobreviva otros dos días, antes de que las aguas frías la desintegren. ¿Cómo podemos resumir esta temporada? Creo que nunca veremos una igual. Tener 26 tormentas, 13 de ellas huracanes, y tres de los más poderosos huracanes de la historia, excede por mucho nuestro conocimiento meteorológico de lo posible, y no creo que se repita en 500 años.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

JUEVES, DICIEMBRE 1, 8:41 P.M., HORA DE CANCÚN.

¿Por qué hubo tanta destrucción? Por la duración de los vientos. Si Wilma pasa en seis horas, hubiéramos tenido el 10 por ciento de daños. Lo puedo decir por los tres muelles de Cozumel, en doce horas no les había pasado nada, pero terminaron cayéndose todos. Me dolió que el que yo construí también se cayera. Yo lo atribuyo a la fatiga.

**ISAAC HAMUL**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

El elemento más destructor de un huracán es el viento, tanto por su gran intensidad y persistencia como por el hecho de que sopla en ráfagas que acrecientan sus efectos. Por otro lado su fuerza, y en consecuencia los daños que ocasiona, aumentan proporcionalmente al cuadrado de su velocidad. Eso significa que un viento de 200 kilómetros por hora no es cuatro veces más fuerte y destructor que uno de 50, sino 16 veces más. De aquí que un incremento relativamente moderado de los vientos pueda multiplicar varias veces los daños, sobre todo cuando se llega a los límites de resistencia de ciertos materiales o estructuras.

**JUAN JOSÉ MORALES**, *educador*

*Los huracanes en la península de Yucatán, 1993*

El viento sopló 60 horas en Cancún, pero sólo tuvimos entre seis y diez horas de huracán de máxima intensidad, Categoría 4. Cuando pegó en Playa, ya era Categoría 3. De trece kilómetros por hora bajó a nueve, luego a tres. Cuando el ojo se estacionó sobre Cancún, el huracán continuó debilitándose. Cuando se va, ya es Categoría 1, por eso la gente puede salir el domingo, todavía con ráfagas, pero ya con poco peligro. No hay que perder de vista esa disminución en la intensidad de los vientos y pensar que tuvimos 60 horas un Categoría 4.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

¿Por qué se cayeron los muelles? Porque son rígidos. La marea subió y empujó las tablas hacia arriba, arrancando los postes. No quedó un solo muelle en todo Cancún, porque las tablas estaban clavadas a la estructura. La solución es no clavarlas, hacer pequeñas plataformas que sean removibles, de un metro de ancho. Esas las desmontas rápido, las subes a una pick-up, las resguardas sin problema. Te las llevas pieza por pieza si viene un huracán. No lo hicimos. Ahora hay que sacrificar miles de árboles y perder varios meses de trabajo.

**RUDOLF BITTORE**, *cónsul honorario de Alemania*

Aquí fallaron las cosas que de antemano sabíamos que iban a fallar. Todos sabíamos que las torres de CFE se iban a caer y se cayeron. En los hoteles se rompían puertas y muros, porque están contruidos con un material que no debe ser, la tabla roca. En nuestras casas falló la cancelería y el viento se llevó todo lo que había adentro. Lo triste es que estemos construyendo otra vez de la misma manera.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

Los constructores se dieron cuenta que con materiales ligeros, colocados sobre armazones, se podían replicar las mansiones de los ricos y hacer grandes naves para los



centros urbanos, con diseños libres, fantásticos y revolucionarios. Este tipo de edificios se ha llevado a su extremo en la ciudad más artificial y divertida del mundo, un sitio que alucinaría a un recién llegado de un país remoto, y me refiero a Las Vegas, la ciudad sin relojes, el enorme conjunto de mazacotes luminosos donde se han tratado de copiar muchas obras maestras del ingenio humano. Pero por Las Vegas jamás pasan los ciclones.

**FRANCISCO MORALES**, *cronista espontáneo (desde Cozumel)*.

Cuánto nos gastamos, como país, en pagar daños previsibles, repetitivos.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

El que construyó el Centro Empresarial obviamente no tenía cultura de huracanes. Tiene muchos errores, algunos intencionales. El más grave fue los perfiles de alucubón, que es una aleación de aluminio, parecida al antimonio. Una lámina muy resistente, muy bien acabada, pintada al calor, en el color que tú quieras, de gran resistencia, que te permite hacer fachadas perfectas. No tenía porqué fallar, ahí es cuando digo errores intencionales, porque hubo una economía mal entendida. La estructura era de sesenta por sesenta y, por economizar, metieron remaches cada uno veinte. Los condominios de Punta Cancún fue la misma historia. Hay que colocar un taquete y un tornillo inoxidable, de dos pulgadas, cada 45 centímetros, ahí le pusieron uno abajo y uno arriba. Había cancelles que tenían tres tornillos en un claro de cuatro cincuenta, y tornillitos de una pulgada. El cuate del taladro no hace su chamba y te lleva la fregada.

**ROMÁN RIVERA TORRES**, *constructor*

Las pijas y las azoteas fueron las máximas fallas. Pijas, para que quede claro, es lo que junta el aluminio a la pared. Esas pijas fallaron porque las pusieron muy separadas, y en la mayoría de los casos se cayó el cancel completo. Por eso alego que fueron las pijas, por falta de supervisión. Como ingeniero, hasta que vino este huracán, me di cuenta de lo importante que es supervisar. Yo, si no veo las cuatro varillas, no cuelo una columna. Pero la pija va hasta el final, y ya no te fijabas. Ahora hay que hacerle caso a las pijas. Deben ir cada 30 centímetros. Te lo dicen los aluminieros, y yo vi pijas separadas un metro cincuenta. Y hubo lugares en que ni pijas, las pegaban con puro silicón.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

Hay diferentes tipos de tabla roca, la normal, la RH, que resiste humedades, y el *duroc*, más resistente, pero tienes un problema con los soportes. El famoso *alucubón* es un

elemento que no puedes usar aquí, los soportes que tienes para fijarlo son muy débiles. Es un elemento que debería estar prohibido.

**OCTAVIO LAVALLE**, *constructor*

Nosotros les advertimos a los constructores, pero no hacen caso. El Home Depot, por ejemplo. Yo revisé el edificio y les dije, sus espectaculares se van a caer. Los muros son muy altos, no van a resistir. El techo es de plástico, traslúcido, no va a resistir. Les van a entrar ríos de agua y se les va a echar a perder la mercancía. Dicho y hecho, no me hicieron caso, pero así sucedió.

**MARIO STOUTE HASSÁN**, *subdirector de Protección Civil*

Para hacer nuestro producto turístico más atractivo y redituable, y no somos los únicos en hacerlo, aquí hemos dado por cambiar la piedra y el concreto por el cristal y el panel constructivo. La solidez se ha trocado por recortes en tiempo y dinero. Hemos hecho edificaciones de película, es decir, de a mentiras, donde el turismo vive sus vacaciones dentro de un lujo cinematográfico y en donde muchos residentes llegados de otros sitios, con economías magras, se han metido al reparto escénico y gastan su dinero en fiestas continuas, en cosas extravagantes y en elegancia de película.

**FRANCISCO MORALES**, *cronista espontáneo (desde Cozumel)*.

No les decimos cómo tienen que construir, no tenemos normas contingentes, en pocas palabras, no ejercemos la autoridad en desarrollo urbano.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

En las azoteas, el agua se nos metió por los ductos del aire acondicionado. Las coladeras se taparon con la misma basura que traía el huracán y eso no lo podemos evitar, ni en este huracán, ni en los que siguen. Con el peso del agua los ductos se cayeron y se convirtieron en caños, inundando el interior de los edificios. La solución es simple: hay que construir gárgolas a 20 centímetros de altura, para darle a las terrazas y las azoteas un nivel máximo de inundación.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

¿Qué nos falló? Los refugios temporales están diseñados para funcionar por periodos cortos, de tres a cinco horas, y aquí fueron cerca de 70 horas de contingencia. Y luego el encadenamiento, se tenían que quedar ahí. En el caso de la población, muchos refugios se convirtieron en albergues. Después del evento tardaron varios días o una semana antes de recuperar sus casas. Como se dieron las cosas, nos faltaron suminis-

tros. No todos los refugios resistieron. La escuela Miguel Hidalgo se nos inundó totalmente, el agua subió casi dos metros, tuvimos que sacar a las familias y llevarlas a otro refugio. El personal de Marina estaba concentrado ahí, unos 300 elementos, y la Marina utilizó lanchas de remo para evacuarlos. Esa escuela ya la eliminamos de la lista de refugios. Ahora somos más estrictos.

**AMADOR FERNANDEZ**, *coordinador municipal de refugios*

Yo pondría entre los pendientes que las instalaciones eléctricas tienen que ser subterráneas, porque ahí estuvo el daño mayor. Es costoso, pero hay que afrontarlo. Igual, reglas para la ornamentación, las especies de árboles tienen que tener raíces profundas. Otro problema, los espectaculares, que no tienen ni ningún requerimiento estructural. Se está generalizando la teja y con el viento se vuelve un proyectil. Las normas en la cancelería de aluminio tienen que revisarse. Y los recubrimientos de tabla roca, que no tienen resistencia mecánica. En Cancún, lo que tenemos son estructuras de fierro y concreto, forrados de materiales frágiles. Y ese forro, completo, es lo que se lleva el huracán.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

Todo lo que queremos de restricciones van a valer madre si nos acostumbramos, si vuelven a pasar otros 18 años sin que pegue un huracán. Lo único que vas a crear, al modificar el reglamento, es más corrupción. No creas que porque se apunta, ya se va a hacer así. Tendrías que crear un aparato gigantesco para revisar y tampoco serviría de nada. Un ejemplo: Desarrollo Urbano te pide todos tus planos y te los sella todos, menos los estructurales. ¿Por qué? Para no tener responsabilidad en caso de colapso. Pero no sólo aquí, no te los sellan en ninguna parte del país. Y aquí y en todo el país, te obligan a tener un director responsable de obra, un DRO. El DRO es un perito, lo marca la ley, tienen que firmar la licencia, firmar los planos, supervisar el avance de la obra, llevar una bitácora, decir que pasó. ¿Y qué pasó? Pasó que ni un solo DRO fue siquiera amonestado por los desastres de Wilma.

**ISAAC HAMUI**, *empresario (y propietario del Centro de Convenciones)*

En todo el país existe el concepto del firmón. Tienen una patente de perito y, en teoría, revisan los planos y supervisan la obra. En la práctica es una patente de corzo, porque ni revisan, ni supervisan. Son cuates que venden su firma.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

La receta es simple: hay que construir bien los edificios. Pongo de ejemplo a Plaza Las Palmas, donde tuvimos una supervisión de calidad. Además, no usamos ningún

material barato, pensando en economizar. El contraste es Plaza Las Avenidas, a unas cuabras de distancia, que quedó en ruinas. A nosotros no se nos rompió ni un vidrio.

**RICARDO MEDINA**, *empresario*

La plaza de toros tiene un techo volado y éste fue su primer gran huracán. Pero ese techo es un prodigio de ingeniería, un diseño de Mario Duarte Carrillo. Es una estructura aligerada de acero y concreto, con láminas de plástico traslúcidas en la parte central, para dejar pasar la luz. Tiene treinta y dos patas, que están amarradas a las treinta y dos columnas de sostienen la plaza. Aparte, ante la amenaza de huracán, los anclamos con sesenta y nueve cables de acero, cables que van del techo al suelo, a unos ganchos colados en concreto, treinta y dos a las gradas, treinta y dos en el callejón y cinco en el centro del ruedo. Colocarlos nos lleva ocho horas y lo hacemos cuando el impacto es inevitable. Había quien decía que el techo de la plaza iba a salir volando, como una parabólica. No hubo tal, no se nos voló ni una lámina.

**JORGE ÁVILA**, *director de la Plaza de Toros*

Aprendimos de los huracanes. Reconstruimos las columnas, pero las hicimos de acero y las forramos de piedra. Reconstruimos las palapas, pero ahora son estructuras de acero cubiertas de pasto. Se ven idénticas a las originales. Pero si nos pega otro ciclón, nada se cae, nos tardamos unos días en limpiar y listo.

**FRANCISCO CÓRDOBA**, *director de Xcaret*

La experiencia que me dejó Wilma fue ver que la gente aprendió algo, y es que a los mexicanos se nos olvidan las cosas. Con Isidoro, incluso con Emily, la gente siguió comprando materiales de baja calidad. Lo entiendo, porque en la construcción los desarrolladores se acaban el presupuesto en los acabados, como el piso, azulejos, cocinas y baños, y cuando llegan a los vidrios, escogen el producto más barato. Bueno, ahora sí vi un cambio de actitud en los empresarios de la construcción y en los hoteleros. Ahora compran calidad.

**JOSÉ ANTONIO TORRE**, *fundador de Vidrio Plano de Cancún*

Nosotros inventamos una técnica novedosa. En el delfinario de Cozumel, los pasillos del muelle ahora están amarrados sin firmeza, de modo que en una tormenta fuerte se sueltan y se hunden. Luego los rescatas y lo vuelves a armar. Los pilotes, que eran cuadrados, los hicimos redondos, para que las olas resbalen. Y le echamos mucho más concreto a la cimbra.

**EDUARDO ALBOR**, *director de Dolphin Discovery*

Un cristal normal de 6 milímetros tiene un costo de 200 pesos metro cuadrado, aproximadamente. El vidrio templado cuesta el doble, y el laminado, que está formado por dos vidrios pegados con una película adherible en el centro, el triple. Esa película ofrece la seguridad de un parabrisas, pues las astillas nunca saldrán proyectadas. Antes, cuando les ofrecíamos el producto, los clientes lo tomaban como un chiste. Ahora fue lo que más se vendió.

**JOSÉ ANTONIO TORRE**, *fundador de Vidrio Plano de Cancún*

Una persiana tipo Caribe, de madera o de vidrio, es una solución antigua, pero funcional. Aquí, lo que rompió el esquema fue el aire acondicionado y no se ha dado la voluntad para tener las dos cosas. La gente que tiene cultura ciclónica sabe que, si dejas pasar el aire de lado a lado, y sobre todo, si puedes controlar el flujo, no te pasa nada.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

Yo tengo un plan de contingencia: en 48 horas desarmo el restaurante. Me llevo todo, el mobiliario, la decoración, el equipo, las cocinas, las oficinas. No dejo más que el cascarón y lo dejo abierto, para que pasen los vientos. Es mi manera de minimizar las pérdidas.

**SALVADOR VIDAL**, *propietario, restaurante Lorenzillos*

Nuestro negocio está en el agua, así que tenemos que desmontarlo completo en 48 horas. Los delfines los llevamos a refugios, albercas interiores donde no corren peligro. Así protegimos a 22 en Cozumel, más dos recién nacidos, y a 18 en Isla. Y sus entrenadores se quedan cerca. Pero Wilma fue demasiado, mucho tiempo, mucho estrés, y las dos crías no aguantaron, las perdimos. Eran bebés, no tenían ni un mes de nacidas. Aprendimos la lección: ya ajustamos nuestro programa de reproducción, para que los siguientes bebés nazcan en la primavera, cuando no hay huracanes.

**EDUARDO ALBOR**, *director de Dolphin Discovery*

Hay un vacío importante en normatividad. En este clima, con la certeza de que tarde o temprano te va a impactar un huracán, tienen que ver normas vinculadas a los niveles de seguridad en materiales y en acabados. El cálculo estructural no es suficiente.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

Yo cambié de inmediato el reglamento de construcción de Puerto Aventuras. Quedó prohibido, por ejemplo, la teja mexicana, que es la redondita, que no tiene base, por-

que por más concreto que le echas no queda bien agarrada. Sólo se permite la catalana, que tiene una base plana, que se adhiere muy bien. Ahora, el aluminio tiene que ser de cuatro pulgadas y reforzado, casi todos tienen de tres en Cancún, y el vidrio tiene que ser templado. Queda prohibido tapiar con triplays, que se vuelven proyectiles para tu vecino. La vegetación la estamos cambiando toda, eso va a llevar años, pero no importa. Por lo pronto, no tulipán africano, no ficus, no espárrago, aunque sea nativo, porque son muy blanditos y el viento se los lleva.

**ROMÁN RIVERA TORRES**, *constructor*

Nuestro reglamento es una simple copia del reglamento del Distrito Federal, donde lo que hay son temblores. Para nada está adecuado a la zona del trópico. Por eso se han cometido tantos errores. Los hoteles sobre la playa no sólo oponen una gran resistencia al viento, también son una barrera contra la recuperación natural de la duna, porque no dejan que se forme una cima natural. La regamos urbanísticamente al ponerlos ahí, pero ya no tiene remedio. Hicimos un muro contra nuestros propios intereses.

**OCTAVIO LAVALLE**, *constructor*

Nos cuesta mucho tener obras inadecuadas. Como no quiero que se inunden Las Culebras, tengo que meter una obra carísima de drenaje, con pozos y bombeo, cuando desde un principio debí evitar construcciones, por la sencilla razón de que es zona inundable. Ya no puedo hacer nada con Las Culebras, pero sí puedo evitar que nuevas colonias se levanten en zonas de alto peligro.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

Coordinado por la Anáhuac, pero con ayuda de todas las universidades, la Ibero, la del Caribe, LaSalle, el Tecnológico, realizamos un censo muy cuidadoso de los daños que sufrió la vivienda en la ciudad. Cerca de mil muchachos peinaron todo Cancún en noviembre y diciembre, casa por casa, elaborando un dictamen de cada propiedad. Primero, se trataba de cuantificar la magnitud del daño, y después, de contar con una base confiable para canalizar la ayuda. Ese documento se le entregó a la Sedesol, pero sin duda es un referente importante de la devastación real que provocó el Wilma.

**MIGUEL PÉREZ GÓMEZ**, *rector de la Universidad Anáhuac*

De principio, propusimos hacer un análisis de las debilidades de nuestras construcciones y plantear una solución. Eso está en nuestras manos, en todos sentidos. Para poner un caso, las torres de CFE, es obvio que se van a seguir cayendo mientras no

sean subterráneas, por lo menos las nuevas deberían seguir esa norma. De eso, lo macro, hasta lo doméstico. Por ejemplo, en azoteas no existe un reglamento, qué puedes poner o qué no. Y nuestras azoteas están llenas de objetos voladores. Claro, en construcción no puedes cambiar los reglamentos de un día a otro, porque puedes afectar a muchas empresas. Pero sí puedes decir, te cambio las especificaciones para todo lo nuevo, y todo lo viejo lo tienes que adaptar en uno, dos, tres años, sin la presión de que lo hagas mañana. Eso lo hemos propuesto docenas de veces en el Consejo y yo estoy frustrado, porque no hemos tenido ningún eco.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

No he visto ningún esfuerzo significativo para tener mejores reglamentos de construcción. Yo creo que ya todo mundo hizo su cábala y calcularon que no volverá a pegar otro huracán en diez o quince años. Entonces, el problema ya no es tuyo, sino del siguiente.

**IVÁN HERNÁNDEZ**, *coordinador de asesores del Gobierno del Estado*

No existe una visión a largo plazo, todo se reduce a mi periodo o mi gobierno. Hay que pensar que, si nos pega otro huracán fuerte dentro de 20 años, Cancún tal vez tenga el doble o el triple de su tamaño actual. Si todo lo nuevo está bien construido, si vamos renovando lo antiguo, el daño será mucho menor. Pero un horizonte tan largo parece no interesarle a la autoridad.

**CARLOS CONSTANDSE**, *presidente del Consejo Consultivo*

### ☛ **No Zeta: la temporada de huracanes terminó.**

*La amplia zona de baja presión al suroeste de las Azores no muestra signos de desarrollo. La convexión ha decrecido desde ayer, y con una cizalladura de 20 nudos, el sistema no tiene chance de convertirse en la tormenta tropical Zeta. Ahora puedo predecir con confianza que el fin de la temporada de ciclones del 2005 ha llegado.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

MARTES, DICIEMBRE 13, 8:37 A.M., HORA DE CANCÚN.

Se tiene que hacer todo un manual y definir la responsabilidad de los hoteleros, de los banqueros, hasta de los tenderos. Hay gente que en la emergencia no puede ni hablar. Yo ahí me di cuenta de mis gentes, quiénes operan en una crisis y quiénes no. Entonces, hay muchos problemas de relación humana. Hoy en este país el alcalde puede ser del PRD, el gobernador del PRI y el secretario del PAN. Necesitamos

alguien que supere esas visiones, que tenga mando de tropa y que le hagan caso. A veces, yo hablaba en las juntas y nadie me hacía caso.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*

Una empresa, Soporte Vital, nos hizo una capacitación contra huracanes en marzo. Se le asigna su tarea a todo mundo, haces un simulacro con los empleados, cada quien conoce qué debe hacer. Te enseñan hasta cómo colocar los camastros, a qué distancia, y cómo dar instrucciones a los huéspedes, tienes que ser cortés pero firme, tener el control de la situación. En junio, con Emily, lo aplicamos y sirvió de práctica. Con Wilma funcionó muy bien, tuvimos un manejo ordenado, no hubo problemas. Por supuesto, en marzo siguiente volvimos a tomar el curso.

**JEAN PIERRE SORIN**, *gerente del hotel Meridién*

Debería existir ese manual. Sé que existe el manual de los militares, pero yo nunca lo vi. Esa sí es una labor de la autoridad federal. Luego vendrían los manuales de hoteles, aeropuertos, líneas aéreas. Necesitamos un sistema de comunicación con back up, del tamaño que sea necesario, porque sin él estás frito. Ese sí falló y fallamos todos. Hay que reflexionar que todo lo previsto, desde la construcción de hoteles, el tipo de arquitectura empleada, los materiales de construcción, no eran adecuados para la realidad de Cancún. La conclusión que saco fue que la emergencia rebasó toda la capacidad de respuesta de los tres niveles de gobierno. A pesar de la tragedia y la pérdida, gracias a la capacidad de improvisación de los mexicanos se pudo llevar a buen término, pero es inconcebible que después de eso no hayamos llegado a acuerdos para solucionar de origen la repetición del fenómeno en Cancún. Y no hablemos de otras partes del país.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

La Asociación de la Riviera sí tiene su manual de huracanes. Describe de todo, desde qué es un huracán, los tipos de tormenta, las velocidades, las categorías, los tipos de alerta. Luego te dice qué hacer en el antes, el durante y el después. Tiene hasta cartas para deslinde de responsabilidades, que te tienen que firmar los huéspedes que se nieguen a evacuar, siempre hay un listillo que se quiere quedar. De ese manual hicimos un resumen para que, a la hora que se necesite, cada quien lo tenga en su mesa. Una versión comprimida de cosas que tienes que checar, y también información que le tienes que dar al huésped. Hasta te dice cómo y cuándo tomar las fotografías del siniestro, para que luego no tengas problemas con los seguros. Es un manual muy completo.

**JEAN AGARRISTA**, *presidente de los hoteleros de Riviera Maya*



☞ **¡Guauuu! ¡Es Zeta!**

*La increíble temporada de huracanes del 2005 ha decidido saludar el Año Nuevo con una tormenta tropical, y un nuevo récord. Las imágenes de satélite muestran que una baja presión en el Atlántico oriental se ha convertido en Zeta, mil millas al suroeste de las Azores. Como sus primas Delta y Epsilon en noviembre, Zeta se formó en condiciones hostiles, con una temperatura en la superficie del mar de 24 grados (cuando se supone se requieren mínimo 27), y un alto registro de cizalladura.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, DICIEMBRE 30, 8:45 A.M., HORA DE CANCÚN.

Los huracanes catastróficos cortan la historia en dos, antes y después. Hay daños que puedes reparar, otros que tardan mucho, algunos que nunca se superan. Lo paradójico es que por un lado son buenos, porque atraen la atención de las autoridades y provocan un alud de obras públicas. Pero eso tiene un costo, el sufrimiento de muchas personas. Las cicatrices de un huracán sólo se perciben años después.

**FRANCISCO BAUTISTA PÉREZ**, *historiador*

Hubo mucho material vegetal derribado y meses después vinieron los incendios. Eso provocó una situación caótica. Tuvimos 37 incendios y se afectaron 41 mil hectáreas. Hubo incendios que duraron dos meses. El primer incendio inició el 3 de mayo, el último lo apagamos el 29 de junio. Se nos complicó mucho, porque fueron simultáneos. La prioridad la tenían los incendios cercanos a la ciudad, al casco urbano y a las comunidades rurales. Luego, a las vías de comunicación. Trabajo muy difícil, llegamos a tener 2 mil 200 combatientes. Usamos cuatro helicópteros Bell 252, muy equipados, con helibaldes de 2 mil litros, rentados a los gringos. Teníamos 20 máquinas de equipo pesado para hacer las guardarrayas, de 10 ó 12 metros, y ahí esperábamos el fuego. Pero hay que ser honestos: la ley, creo que la forestal, autoriza a los campesinos al sistema de quema. Y de eso se aprovechan los fraccionadores que quieren desmontar terrenos cerca de la ciudad. Tuvimos muchos incendios pegados a la ciudad. Nosotros llamamos a cuenta a varias de las empresas y les pusimos multas, pero su objetivo ya lo lograron. Esa es una batalla imposible de ganar.

**AMADOR FERNÁNDEZ**, *coordinador municipal de refugios*

Cancún tenía dos gimnasios techados, el Kuxil Baxa'al, que se destechó con turistas adentro, y el Jacinto Canek, que se vino abajo completo, techo y paredes. Una lástima, porque era el gimnasio popular, ahí había actividades de las seis de la mañana a las once y media de la noche. El huracán también se llevó todos los postes de alum-

brado de los campos al aire libre, que nosotros les decimos soles, no dejó ni uno. Son focos muy brillantes, de luz blanca, de mil watts, carísimos, no es nada fácil reponerlos. El Wilma, como quien dice, dejó el deporte popular a la intemperie y a oscuras.

**AMADOR GUTIÉRREZ**, *coordinador municipal del Deporte*

Si eres cankunense, te sorprende el nivel de la recuperación. Casi todo lo que vimos caído ahora está de pie. Pero si vienes de fuera, si eres visitante, vas a ver demasiadas huellas del golpe. A la vista están los cadáveres que Wilma dejó.

**CARLOS MACÍAS**, *empresario*

Ni me agarra de sorpresa, ni me sorprende lo que sucede. En Gilberto nos tardamos un año para que se recuperara la economía. No creo que ahora sea diferente.

**CARLOS AUSTIN**, *propietario de Mundo Marino*

El sector bienes raíces aún no se recupera. En comparación con 2005, las ventas se nos han caído un 35 por ciento. Con la imagen que nos dejó el huracán, la gente lo piensa dos veces antes de invertir en una propiedad.

**LUIS ARCE**, *empresario*

Los del hotel me pagaron 120 mil pesos, pero los daños fueron de medio millón, que no tenía. Por suerte apareció un inquilino que lo rentó completo. De no ser así, todavía lo tendría en ruinas.

**GERMÁN WALLS**, *propietario de El Forito*

Hemos tenido un año atípico en la economía. Los bancos usamos dos parámetros para medir la dinámica económica: la captación y la colocación. Este año estuvimos muy mal en el primero, lo que significa que la gente tiene poco dinero. De hecho, la facturación de tarjetas de crédito se ha desplomado un veinte por ciento, una señal clarísima de que se está gastando poco, y eso afecta en bloque todos los negocios. Pero en colocación tuvimos un año extraordinario, es decir, los niveles de inversión en nuevos negocios están a máximos históricos.

**FRANCISCO FARRES**, *presidente del Centro Bancario*

Poco después de Wilma sacamos a la venta el polígono de La Herradura, en 30 millones de dólares. Hubo una subasta competida, al final lo compró un grupo italiano, traen un proyecto para hacer torres de condominios, vivienda turística de lujo, cerca

de Ruinas del Rey. Y también vendimos el Robinson Tulum, un hotel que nos dio en pago Situr. Se lo quedaron los hermanos Chapur, a las tres semanas del huracán. Wilma no significó ningún tropiezo en el ritmo de inversión turística en la zona.

**JOHN MCCARTHY**, *director de Fonatur*

Las operaciones que hemos protocolizado en el 2007 son tan sólidas y cuantiosas como en el mejor año de Cancún y la Riviera Maya. Hay una demanda tremenda de terrenos con vocación turística, aunque los precios están por las nubes. En el futuro inmediato, yo visualizo para esta zona un alud de inversiones.

**LUIS CÁMARA PATRÓN**, *notario público*

Realmente tenemos un destino renovado. Muchos hoteles cerraron durante meses, más de lo que estimamos al principio, pero el saldo es benéfico, pues aprovecharon para remodelar a fondo, comprar muebles, mejorar sus áreas y su diseño. Otros de plano demolieron y están levantando edificios nuevos, y de paso han decidido irse por el segmento más elevado del mercado, le están apostando al turismo de alto poder adquisitivo. En resumen, aunque haya sido dolorosa, la experiencia de Wilma fue como una poda, que al final producirá un árbol mucho más frondoso y atractivo.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

Las pérdidas acumuladas a consecuencia del ciclón al año de Wilma, en el sector hotelero, rebasan los mil millones de dólares. Ninguna economía puede resistir sin dolor ese impacto. Pero lo importante es mirar hacia delante, ver lo que hemos hecho, porque es una experiencia única en el mundo. Ningún destino turístico se había recuperado de un huracán tan poderoso en tan corto tiempo.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

Todo es prácticamente nuevo, los hoteles, las plazas comerciales, los campos de golf, los parques ecológicos, y un elemento vital, las playas. Ahora lo que procede es borrar del mapa, literalmente, las cicatrices visibles del huracán, unas cuantas ruinas y escombros desperdigados aquí y allá, porque proyectan una imagen negativa, inoportuna, fuera de lugar. La verdad estamos de vuelta, otra vez en el sendero del éxito.

**GABRIELA RODRÍGUEZ**, *secretaria de Turismo*

### ***I survived Wilma***

LEYENDA EN CAMISETAS QUE SE VENDÍAN FRENTE AL COLEGIO LASALLE

Aquí en Cancún tenemos el problema de que no hay donde resguardar embarcaciones grandes. Con las nuestras tenemos el problema adicional de que son frágiles. Son barcos plataforma, para hacer fiestas, los Caribbean Cabaret, catamaranes de fibra de vidrio, de 35 metros de eslora por 18 de manga, casi rectángulos perfectos. Si los agarrara un huracán, los parte. Nosotros ya sabíamos el derrotero del Wilma y nos fuimos al resguardo de Isla Mujeres, a la laguna Nacax. Ahí nos fondeamos, amarrados a seis duques (postes), tiramos dos anclas en proa y dos en popa, pensando que no iba a pasar más. La situación no fue así. Este aire sopló de los cuatro puntos cardinales. Empieza al este, vira al sur, luego al oeste, al final al norte. ¡Y con qué fuerza! El sábado nada más teníamos dos duques, arrancó cuatro. Cometimos un error, tensamos los cabos, la misma presión del barco jaló los duques hacia arriba y los arrancó. Estuvimos 36 horas con las máquinas prendidas, siempre en avance, para ayudar a las anclas, pero nos quedamos sin protección en la parte de atrás. En la calma nos dimos cuenta que el viento iba a virar. Pensé que tenía que hacer algo, porque si nos íbamos, hubiéramos hecho matazón de barquitos y lanchitas, todos los que estaban alrededor. Ya ve lo que le pasó al Espíritu Santo, se fue garreando toda la bahía. Bajamos una balsa, cruzamos nadando la laguna, hicimos cabos como de 50 ó 60 metros y logramos atarlos del otro lado, los amarramos al manglar, uno de proa y otro de popa. Cuando el aire viró, cortamos la cortina que tiene abajo el catamarán, para que no agarrara tanto viento. Y mientras pasaba la segunda parte, a cubetazos tuvimos que achicar el cuarto de máquinas, que se nos había inundado. Por poco se nos hunde, después de tanto trabajo. Nos pasamos 60 horas seguidas sin dormir. Por eso ahora, si alguien me pregunta, de verdad le digo, después del Wilma, los que vengan.

RODOLFO 'CHITO' DURÁN, *capitán de barco.*

### ***Wilmita, sólo nos hiciste MÁS FUERTES***

MANTA FRENTE A LAS OFICINAS DE MACROCOLOR

Donde realmente fuimos dañados fue en el aspecto moral. Muchos vimos como la gente se volcó en las calles a saquear y robar. Otros, una inicial fraternidad que nos unió, pero que pronto se vio empañada por egoísmos, intereses personales y apatía, que provocaron la desunión de vecinos, amigos y familiares. Los vecinos, a los que no conocía, salieron a cuidar en las noches, a ayudar a limpiar las casas ajenas y a recoger escombros. Pero en el momento en que se presentaron los primeros síntomas de mejoría, olvidaron su cambio positivo y dejaron hasta de saludar. Yo me pregunto, ¿qué pasaría si el próximo año se vuelve a presentar algo similar? ¿Seremos buenos vecinos momentáneos, para luego volver a nuestros asuntos y fingir que vivimos en un mundo aparte, despreocupándonos de lo que sucede a nuestro alrededor?

CARLOS VILLALOBOS

A unos días de la devastación del huracán más despiadado de los últimos tiempos, y después de haber sacado a relucir los incontrolados instintos humanos, que en muchos casos abastecieron a sus propietarios de ropa nueva, electrodomésticos y muebles húmedos, los ciudadanos nos preguntamos qué resultó finalmente más abominable, si el saldo material o el desencanto de una integridad social de papel.

**MAGDALA MAHELI HERNÁNDEZ**, *estudiante*

Estamos listos para el próximo huracán. Construimos un puesto de mando, un verdadero bunker, dormitorios nuevos, oficinas para los comandantes, cocina y comedor para los socorristas, y sala de radio, aparte de cinco bodegas para botiquines, catres, y bodega, cinco plantas de luz y bodega para los equipos de rescate acuático y urbano.

**RICARDO PORTUGAL**, *director de la Cruz Roja Cancún*

Lo que a mí me deja el huracán como telefonista es un gran orgullo. Tuvimos esta oportunidad para demostrar nuestra capacidad, nuestro coraje y unidad. La gente nos dejaba pasar y nos aplaudía. Eso fue muy emocionante.

**JOSÉ LUIS NUÑEZ**, *gerente regional de Telmex*

Volví a ser testigo del alma y el corazón del pueblo mexicano en un momento de crisis. También recordé algo que con frecuencia olvidamos, que hay muchos damnificados permanentes. Qué lástima que sólo cuando hay emergencias de ese tipo volteamos a ver al otro Cancún, al otro México.

**SALVADOR SADA**, *ex rector de la Universidad Anáhuac*

La gente hizo la diferencia. Mostró un alto valor ante la adversidad, un ánimo impresionante, nada de depresión. Hay que valorar la calidad gigante de la gente de aquí.

**JORGE HUGO MUÑOZ**, *gerente de Wal Mart*

¿Qué nos trajo Wilma? Oportunidad para que los neopolíticos salieran en primeras planas como redentores, que los empresarios hoteleros a través de los seguros mejoraran sus instalaciones y les cubran ganancias sin ningún esfuerzo, que los gobernantes salgan beneficiados con presupuestos no esperados; que los usureros hagan su agosto como nunca, que los ciudadanos descontrolados derrochen sin medida sus ahorros y aguinaldos, sin pensar en el mañana inmediato. Si nos sentamos a reflexionar, nos damos cuenta que Cancún, el verdadero Cancún, sigue igual.

**MARGARITA VIN**, *política*

Tenemos poca memoria histórica. Finalmente decimos, esto a mí no me va a pasar. Estamos equivocados como pueblo y como gobierno.

**HUMBERTO SARMIENTO**, *subsecretario de Innovación Turística*

Hay que sacarnos a Wilma de la cabeza.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles de Cancún*

No soy creyente en las casualidades. En este caso veo como un mensaje divino. Nos estábamos quejando mucho de Cancún, de que había muchos pecados, muchos defectos. Para mí este huracán traía consigna, traía un mensaje, cómo es que teniendo este paraíso lo estén destruyendo, tienen que hacer algo para evitarlo, no sigan cometiendo los mismos errores.

**ABELARDO VARA**, *hotelero*

Hagamos conciencia que los desastrosos somos nosotros. No destruyamos la selva y los bosques, no contaminemos el ambiente con basura, ruido, y sobre todo, cuidemos con amor y conciencia el agua. Como Wilma, otros nos seguirán llegando año con año, siempre hemos estado en su camino y, a medida que modifiquemos el ambiente, la manifestación de estos fenómenos será cada vez más fuerte. Debemos de tomar nota de los avisos que nos da la naturaleza. ¡No provoquemos un caos!

**MINTHY LORENA ESTRADA ALBOR**, *comerciante*

No se puede explicar cómo es que el huracán se quedó estacionado por 60 horas sobre nuestras cabezas. Alguien allá arriba dijo, ojalá hayan entendido el mensaje, y así se fue. Creo que este huracán no es tan natural como parece, vino a decirnos, únense, trabajen, cuiden su ciudad. Este huracán vino a decirnos, ya no hagan lo que están haciendo, pórtense bien. ¿Por qué no aprendemos de este tipo de cosas? ¿Por qué no respetamos la naturaleza? ¿Por qué no tenemos respeto por las cosas sagradas, que es donde vivimos?

**ABELARDO VARA**, *hotelero*

*Wilma vino y nos previno  
si no cambian de actitud  
la próxima vez vengo  
¡y los fulmino!*

MANTA EN LA ESTANCIA INFANTIL ROSAURA ZAPATA

Nosotros lo tomamos como un huracán atípico. No podemos compararlo con ningún antecedente, porque no lo hay.

**ROBERTO VARGAS ARZATE**, *director municipal de Protección Civil*

Cuando pegó el Emily me acerqué a Alor y le dije, ya estamos preparados para cualquier huracán. Cuando pegó el Wilma le aclaré, estábamos preparados para cualquier huracán, menos para éste.

**MARGARITA VÁZQUEZ MOTA**, *directora del DIF municipal*

A partir del 11 de septiembre, he visto un efecto en el turismo: las familias viajan juntas, no se separan, por si pasa algo. También lo atribuyo a las calamidades sucesivas, los atentados de Madrid, de Londres, al Katrina, al Wilma, al tsunami. Hay como una mentalidad mundial de, si pasa algo, estaremos juntos. Yo lo llamo el efecto tribu.

**LUIS MARCÓ**, *director, hotel Ritz Carlton*

Es una realidad, nos guste o no nos guste, vamos a seguir teniendo huracanes. Hay que recoger la experiencia, y decidir qué es lo que hay que hacer, como si fuera una materia obligatoria.

**RODOLFO ELIZONDO**, *secretario de Turismo*



### **Reescribiendo los libros del huracanes del Atlántico**

*A pesar de todos las predicciones que la declaraban muerta, la temporada de huracanes del 2005 se ha extendido hasta el 2006. Zeta ha durado hasta el 6 de enero y, aunque podría desintegrarse esta noche, ningún sistema en la historia había alcanzado esa fecha. Pasarán muchos años antes de que podamos explicar qué sucedió realmente en esta temporada de huracanes.*

**JEFF MASTERS**, meteorólogo en jefe, *wunderground.com*

VIERNES, ENERO 6 DE 2006, 11:46 A.M., HORA DE CANCÚN.

En la reunión de Senegal, en marzo del 2006, le propuse a la Organización Mundial de Turismo que reconociera el manejo de la crisis por parte de las autoridades de México y de Quintana Roo. El documento que nos dieron habla por sí solo. Dice a la letra:

*La Asamblea General,*

**Reconoce** la manera efectiva en que México reaccionó ante el embate del huracán Wilma en los destinos turísticos del Caribe Mexicano,

***Toma nota** con satisfacción de la notable velocidad que claramente se observa en la recuperación de la oferta turística de la región, y*

***Exhorta** a los países miembros de la OMT a seguir como ejemplo, en circunstancias similares, la experiencia mexicana que permitió que los turistas que permanecieron en la región regresaran sanos y salvos a sus lugares de origen y, a través de una adecuada cooperación público-privada, permitirá en un corto plazo que el turismo siga siendo una herramienta útil en el desarrollo de la región afectada.*

Ese reconocimiento se lo vino a entregar en persona el secretario de la OMT, Francesco Frangialli, al gobernador Félix González.

**FRANCISCO MADRID**, *subsecretario de Operación Turística*

A mí lo que me enseñó Wilma es a tener paciencia.

**GERMINAL GARCÍA**, *gerente de ventas, hotel J. W. Marriott*

Cuando hablo de seguridad, es porque me doy cuenta de cuán indefensos y vulnerables somos ante la grandeza de la naturaleza. Nos pasamos la vida luchando por tener un techo sobre nuestras cabezas, y ese santuario puede ser traspasado fácilmente por la omnipotencia de los vientos, de las lluvias, de la nieve, de los terremotos, de las fuerzas del mar. Quizás en el futuro vuelva a sentir seguridad. Ahora todavía tengo miedo y no hay escondites o refugios anti-miedo.

**LAURA TOPETE**, *maestra de inglés*

Yo le dediqué mi libro sobre Wilma a mi hija Natalia, quien dice que el huracán le encantó porque se bañó con agua de lluvia, comió puras galletas, se la pasó jugando en la calle, hizo ronda en la fogata encontró pajaritos vivos bajo árboles derrumbados y sus papás se quedaron sin trabajo, para estar más tiempo con ella.

**GLORIA PALMA**, *periodista*

Wilma fue un gran aprendizaje que espero no me sirva para nada.

**LUIS MARCÓ**, *director, hotel Ritz Carlton.*

Cuando volví a Cozumel, a poco de haber pasado Wilma, me encontré a un viejo isleño que pala en mano quitaba el sargazo amontonado frente a su casa, cerca de la avenida costera. Lo saludé con afecto y le dije, me cuentan que el huracán estuvo fuerte. Estuvo, me contestó. Sonrió y siguió limpiando la calle.

**FRANCISCO MORALES**, *cronista espontáneo (desde Cozumel)*



## EL OTRO HURACÁN

**Don Joaquín López Dóriga**  
**Pontífice de la Palabra Efímera**  
**Basílica del Sacro Rating**  
**Reino de la Transición Democrática**  
**¡¡¡Quiuuuuú!!!**

Su Gentilísima e Informadísima Excelencia:

Hace ya algún tiempo que tenía la intención de escribirle, con el peregrino propósito de hacerle saber el difuso pero profuso malestar del que soy presa cada vez que me toca vivir la frustrante experiencia de ver su noticiero por la televisión. Desde luego, ya me hago cargo de que esta insolente confesión, aun en el remoto caso de tenerla a la vista, no va a importarle a Usía ni un bledo, ni un comino, ni un rábano, vamos, ni un pepino, pues la susodicha emisión reina soberana desde el sacrosanto templo del rating, y por muy afiladas que sean mis razones, no habrán de hacerle ni un rasguño a los recios muros de tan rotunda estructura. Así fue como, una y otra vez, la mera sospecha de que esta misiva no llegaría a sus manos, o si acaso llegaba, la certeza de que terminaría ipso facto en el cesto de la basura, actuaban en mi ánimo como un formidable disuasivo, y la intención siempre postergada de escribirle se posponía otra vez, náufrega en un diluvio de pretextos. Dicho de otro modo, tan seguro estaba de la inutilidad del esfuerzo que, sin remedio, terminaba por ganarme la flojera, acicateada por el recuerdo de Mamá Queta, la nana de mis años de infancia, quien, fatigada por los excesos de la insurrecta prole que tenía en custodia, terminaba por rendirse y renunciaba del todo a proferir admoniciones y reprimendas, al tiempo que entre dientes masculaba, chamacos de porra, pa' qué gasto mi saliva.

Igual me pasaba a mí, sustituyendo la saliva por la tinta, ante la perspectiva de escribirle de oquis, pues si algo he aprendido en el oficio periodístico, a fuerza de frentazos, es a tratar de mantenerme alejado de las causas perdidas. Y quizás ahí hubiera quedado la intentona, en el saco de los pendientes eternos, de no ser por la tremenda zarandeada que nos pegó el huracán Wilma, primero, y la contundente paliza que nos acomodó la prensa nacional con su muy entusiasta participación, después, segundo huracán del que todavía no acabamos de reponernos.

Lo digo en serio, Su Ilustrísima, muy consciente de a quién se lo digo. Sin afán quejumbroso, deseo informarle que la cobertura que efectuaron los medios de comunicación tras el meteoro fue tan parcial y tan frívola, o mejor dicho, tan

inescrupulosa y tan torpe, o peor aún, tan superficial y tan distraída, o vamos, como diría Vuesamerced, tan desaseada, y además, como desgracia añadida, tan amplia y tan ruidosa, que no dudo en aplicarle, por si alguno me faltara, el calificativo de un auténtico atropello.

Para colmo, atropello con consecuencias duraderas, porque una cosa es que te planche un fugaz huracán, por más que haya durado tantas horas, derribando tus árboles y tus casas, lesionando tus hoteles y tus playas, llevándose tus turistas y tus negocios, y otra muy distinta es que te planche el huracán estacionario de la desinformación, cuyos efectos en el tejido social, o sea, en la gente, pueden ser tan nocivos y onerosos como los destrozos físicos que provocan los vientos huracanados.

Pero estoy adelantando vísperas, pues, si bien deseo hablarle de Wilma y sus secuelas, me parece de justicia explicar antes la descarada afirmación de que me frustra su noticiero, cuando es obvio que resulta atractivo para millones de espectadores. Tal podría ser el quid del asunto: con tal de hacerlo atractivo para millones de espectadores, su noticiero casi ha prescindido de su principal ingrediente, la información. De principio a fin, se ha convertido en una retahíla de noticias fragmentarias, citas incompletas, reportes sin texto ni contexto, gacetillas pagadas, y lo peor de todo, truculencias policíacas. Y ahí está uno, pegado a la pantalla para ver qué pasó en la gira que hizo el Presidente por Quintana Roo, para poner un ejemplo, y resulta que los treinta segundos que le dedica usted a esa noticia sólo alcanzan para repetir las tres líneas del discurso, o ya de a tiro, el fragmento de una entrevista de banquetta, donde le sonsacaron al mero mero una frase deshilachada sobre el escándalo nacional en vigor. El año pasado, por decir un algo, cuando el escándalo era la pendencia por la silla presidencial, su noticiero siguió a Fox por todo el país, vaya Vucencia a saber con qué afán, porque la nota solía reducirse a las dos o tres bravatas que lanzaba contra López Obrador.

Ese podría ser el quid del asunto, pero no lo es.

Hay que aceptarlo: así es el periodismo por televisión, y no sólo aquí, sino en todo el orbe. Los tiempos son en extremo compactos y valiosos, la información es excesiva. No hay más remedio que comprimirla, trivializarla, hacerla comprensible para millones de espectadores, supuesto en donde es imposible conjugar los verbos explicar, matizar, aclarar o demostrar, guión donde encajan a la perfección las ocurrencias, las frases hechas, las puntadas, los lugares comunes. De hecho, ese enfoque ha deformado hasta la esencia de la vida política pues, para machacar con el mismo ejemplo, Fox bien sabía que, si no lanzaba un par de puyas contra su adversario, corría el riesgo de no salir en la televisión. Y no salir en la tele, en política, equivale a estar muerto.

Dadas esas circunstancias, déjeme decirle que yo he llegado a la conclusión de que ver los noticieros, o más bien dicho, interpretar la realidad por tan estrecho canal, quizás no equivalga a la muerte cerebral, pero sin duda provoca una suerte de catalepsia informativa. En pocas palabras, no te enteras de nada.

Claro, a veces no queda más remedio que prenderla, porque la Santa Tele tiene la insuperable ventaja de la oportunidad. Eso no se lo discuto, siempre son los primeros en llegar, eso tiene un gran valor informativo. De modo que, cuando le pegan un tiro a Colosio, o cuando tiran a avionazos las Torres Gemelas, o cuando el huracán más potente de la historia tritura Cancún, es lógico que quieras estar ahí, en primera fila, siendo testigo casi presencial del desastre. Pero en épocas normales mi opción es mantenerla apagada, lo cual no significa, ni por asomo, una censura o una crítica a quienes se hipnotizan frente a la pantalla. Si alguien escoge vivir en el limbo, por mi no hay fijón.

Luego entonces, no es la vacuidad de su emisión el origen de este lamento, que ni siquiera llega a reclamo, y que, en cualquier caso, espero encuentre usted amistoso. Sí lo es, en cambio, la aparición de un aditivo reciente, una suerte de condimento que sazona las noticias que se han vuelto insípidas, al ser despojadas de su contenido, y que no encuentro mejor palabra para describir que un término que corresponde al lenguaje de las artes escénicas: la teatralidad. En efecto, me repele y me espanta que en su programa las noticias se escenifiquen, se actúen, se coreografíen, se ensayen y se dramaticen, como si se tratara de un espectáculo.

Pero así es, se trata de un espectáculo. A qué vienen, si no, esa multitud de corresponsales que transmiten, en la negritud de la noche, frente a edificios vacíos o en parajes solitarios, reportando que hace muchas horas, ahí mismo, sucedió tal o cual cosa, se dijo esto o aquello, pero ellos siguen ahí, al pie del cañón, impávidos, estoicos, eficaces cazadores de noticias, en posesión del video que atrapó la nota, aunque uno siempre tiene la duda de qué pasó en el ínter, pues, si la noticia se dio hace tantas horas, no es lógico suponer que hayan permanecido inmóviles tanto tiempo, inútiles totales hasta la hora del noticiero, con todo y camarógrafos, más la unidad de control remoto, sino más bien se infiere que se fueron a su casa, cenaron, acostaron a los niños, y sólo al final regresaron al despoblado paraje de los hechos, desierto en el horario tardío del noticiero, para dar la impresión de que la noticia se transmitió en vivo.

Puro teatro...

Y no sé si ha reparado usted, aunque se me antoja imposible que lo ignore, lo que tal actuación significa para un auditorio atento, pues en primer término tenemos a López Dóriga informando, pongamos por caso, que asaltaron una sucursal bancaria, a lo cual sigue el informe del reportero, desde las puertas de una sucursal de la cual sólo se percibe el logotipo luminoso, repitiendo la noticia del atraco, a lo cual sigue el video del gerente de la sucursal, dando los pormenores del atraco, a lo cual sigue una vuelta a cuadro del reportero, con un comentario de cierre previsible, diciendo que la policía investiga o que no hay pistas, es decir, cuatro intervenciones para dar la misma noticia, en el tiempo más caro de la televisión, y dos de ellas perfectamente inútiles, aquí sí que me perdonen los colegas reporteros, pues bastaría que el conductor dijera, hoy asaltaron una sucursal bancaria, y

pasar en directo al video del gerente, que es la esencia de la nota, aunque reconozco que esa secuencia privaría a la escena de su toque dramático.

Puro teatro...

Mas lo que de verdad me encabrita, Su Serenísima, es el tratamiento de la nota policíaca. Si hay balazos, si hay guamazos, si hay un poco de sangre, lo pasan a todo color, lo cual para alguna gente puede ser repulsivo, pero en todo caso es verídico. El problema es cuando no hay acción y entonces se transmite un video editado para dramatizar la nota, sombras de comandos que avanzan armados hacia su objetivo, pistolas que disparan balas perdidas, camionetas que derrapan en la escena del crimen, todo ello ambientado con las sirenas de las patrullas, las exclamaciones crispados de los testigos de ocasión, los mensajes cifrados de la radio y la truculenta música de las películas de horror.

¡Qué horror!

No le voy a presumir de viajado, y menos a Usía, incansable trotamundos, pero sí puedo decirle que mediante el pago mensual de poco más de cuatrocientos pesos estoy al corriente en mi suscripción a Sky Premiere, misma que me permite acceder, por la vía del ocioso escaneo, a los informativos de muchos rincones del globo. Dadas las limitaciones de la lengua, a veces ni les entiendo, pero póngale el nombre que quiera, *God save America*, *vive la France!*, *Deutschland über alles*, *qué viva España*, *forza Italia*, en ningún sitio he percibido que las noticias sufran esa distorsión escénica, muy similar, por cierto, a la de las telenovelas que anteceden su programa.

Como Usía es un caballero de esmerado trato, Su Refinadísima, sé que no me va a salir con la majadería de responder que, si no me gusta, le cambie de canal. De verdad que este mensaje, aún cuando venga envuelto en un tono zum-bón, y hasta afrentoso, tiene un afán constructivo. Además, de nada serviría el remedio, pues en mi modesto sentir de oyente, encuentro que sus colegas tienen una facundia más limitada, y tal vez me atrevería a decir que una actitud más prepotente.

Al menos, Usía no nos somete a la vergüenza ajena de ningunear a sus entrevistados con el altanero recurso del tuteo, una soberana falta de respeto al personaje y al auditorio, pues no es aceptable que un ministro, o un obispo, o un magnate, o un presidente, o hasta un simple ciudadano, reciba a bocajarro ese trato confanzudo, en esencia familiar e igualitario, pero en este caso humillante y abusivo, pues lo impone y se le impone por la fuerza intimidatoria del micrófono.

Al menos, Usía tampoco se enreda en el discurso, como muchos de sus pares, planteando kilométricas preguntas que incluyen argumentos, posturas, contradicciones, citas, circunloquios, vaguedades y un repertorio de respuestas inducidas, oratoria verbosa que pretende, en primera instancia, persuadir al auditorio de que el genio y el ingenio no se encuentran del lado del que responde, por muy personaje que sea, sino del lado del que pregunta.

Al menos, Usía va directo al grano; no especula en demasía, aunque sí ela-

bora; no agrade en exceso, aunque sabe jugar rudo; y pese a que en fechas recientes se le empieza a notar cierto tono doctoral, una perceptible tendencia a pontificar, e inclusive, un rictus de impaciencia y/o de intolerancia para quienes no comulgan con sus juicios, en el balance sale airoso por su dominio del oficio, su don de gentes y su caballerosidad, que siempre se agradece.

Lo que sí no le perdono es tanto teatro.

Y es que, mire Usted, andamos tan descarriados en el tema, somos tan poco juiciosos en el asunto, que en los últimos años un payaso, sí, oyó fielmente Vuesamerced, un payaso zarrapastroso de pelos verdes y nariz roja de bolita, se convirtió en destacado líder de la opinión pública nacional. Y no es que tenga nada contra los payasos, mucho menos con éste, que me encanta, y es más, al que prefiero mil veces de payaso que sin disfraz. Pero alguna diferencia tiene que haber, no sé si coincidirá conmigo, entre un espectáculo de carpa, cuya finalidad es divertir, y un noticiero de televisión, cuya declarada intención es informar. En el primero, sí que se vale hacer teatro, recetarse al interlocutor con una andanada de albures, ridiculizar el diálogo con gestos y con muecas, carcajearse de los discursos oficiales, hacer la ola, revolcarse en el suelo, ponerle música y coro a las ocho columnas, mirarle las pompas a la secretaria, amagar con una que otra mentada de madre, y ya encarrerado, soltar con todas sus letras un rotundo ¡ah cabrón!, un macizo ¡ah chingá!, o el famosísimo ¡nos quieres ver la cara de pendejos, güey!

El éxito de Brozo, quijotesco paladín del sexo mañanero, juzgador enmascarado, inquisidor parlanchín y licencioso, bufón absoluto, y sin embargo, líder de opinión, voz influyente en los círculos de poder, elemento fáctico del quehacer periodístico, no sólo revela la fuerza soterrada de una forma de comunicar, la carpa de barrio, y no sólo pone muy en alto la vigencia de la picaresca nacional, sino también descubre y exhibe la patética falta de credibilidad de los medios de comunicación.

Como quiera que Usía la agarre, hay que aceptar que Brozo dejó muy mal parado, y no es albur, al periodismo nacional.



Antes de entrarle al tema Wilma, Usía, debo de reconocer que, si en la lectura de esta carta ha avanzado hasta aquí, el título que se merece es el de Su Pacientísima Señoría. Y es que apenas voy a la mitad de esta perorata, pues hay otra faceta del periodismo mexicano que me gustaría discutir con Vucencia, aunque lo de discutir quede en veremos, pues no veo cómo hacer para obtener su réplica. Y vaya que me gustaría tener a alguien que me llevara la contra, o al menos que moderara mis sinrazones y desatinos, pues el punto que pretendo tocar es hartito incómodo y sensible, asaz inoportuno y rasposo, de esos que provocan más comezón que el pica-pica. Me refiero, para decirlo de manera clara y transparente, a la escasa claridad y a la

nula transparencia que caracteriza a la prensa nacional.

Claro, cuando digo prensa, no me estoy limitando a los periódicos, sino que lo hago extensivo a la totalidad de los medios de comunicación pues, salvo muy raras y muy ignotas excepciones, casi todas las empresas periodísticas de este país tienen un *modus operandi* que, en la escala cromática de la transparencia, fluctúa entre el más tenue de los grises perla y el más sórdido de los grises rata.

No tengo ánimos para averiguar cuándo y cómo se inició esa historia, si está en nuestros genes, si es un maleficio azteca o una maldición gitana, e igualmente desconozco si tendrá fin, si hay una curación esotérica o existe un antídoto galáctico. Lo que sí le puedo decir es que en la tres décadas y pico que llevo en el oficio, he oído decir demasiadas veces que la prensa es corrupta, que está vendida, que se ofrece al mejor postor, que se prostituye por sistema, que adora el chayo y el embute, que vive del gobierno y que dice puras mentiras, todo lo cual, si bien no es rigurosamente cierto, por desgracia tampoco es inexacto.

A Vuesamerced le habrá pasado lo mismo.

Su biografía, que bajé de la página de su empresa en Internet, apunta que Usía debutó como reportero en *El Heraldo de México* en el 68, fecha que nos desempareja por unos años, pues yo me integré a la redacción de *Novedades* en el 71. Salvo esa diferencia, me atrevo a decir que hemos vivido el mismo país, en el mismo lapso, con el mismo oficio, aunque es obvio, dado el abismo que separa nuestros éxitos, que en mi currículum se han acumulado las duras, y en el de Vuestra Gracia las maduras. De cualquier modo, ese año del 68, emblemático del México moderno, por las Olimpiadas, y a la vez del México bárbaro, por la masacre de Tlatelolco, es base firme para iniciar mi alegato, pues recuerdo, y Usía lo recordará también, cómo los estudiantes, en las marchas de protesta, cuando pasaban frente al diario *Excélsior*, en Paseo de la Reforma, entonaban un coro multitudinario y dejaban salir de miles de gargantas un grito de los más afrentoso: prensa vendida, prensa vendida, prensa vendida.

La humillación le tocaba a *Excélsior* en razón de su domicilio, como dicen los juristas, pero la puya iba destinada a todo el gremio, incluyendo mi *Novedades* y su *Heraldo*. Y es que la cosa, de seguro se acuerda, era del todo descarada. Pipsa, la importadora oficial de papel, monopolio del gobierno, les regalaba o les vendía barato el insumo a los periódicos amigos, y se lo negaba sin más a los enemigos. La Unión de Voceadores, apéndice del sistema, distribuía los ejemplares de los periódicos amigos, y rehusaba siquiera abrir los paquetes de los enemigos. Y las planas de publicidad oficial rellenaban las páginas de los periódicos amigos, y brillaban por su ausencia donde los enemigos, aunque estoy usando términos superlativos e imprecisos, porque para ser enemigo no era necesario ser opositor, bastaba con escribir la más leve crítica, y la calidad de amigo era más bien equivalente a cómplice.

Había que alinearse, a todos los niveles. En la base misma de la estructura, a nivel reportero, el imaginario colectivo ha fabricado muchas leyendas en torno

a la repartición del *chayote*, más tarde abreviado en un apócope juguetón, el *chayo*, que no era otra cosa que el sobre con billetes que recibían los periodistas que cubrían eventos y giras. Por desdicha los chayos, si bien se volvieron legendarios, no tenían nada de imaginarios: eran moneda corriente, muy corriente. Pero había otra práctica aún más infamante, que consistía en dividir el trabajo en fuentes de información, digamos, sector salud, sector educación, sector agricultura, para luego acreditar a los reporteros, carta membretada de por medio, ante las dependencias del ramo, con lo cual en forma automática se les daba de alta en la nómina oficial. Así, quien cubría el sector salud cobraba cada quincena en el Seguro, en Salubridad, en el Issste, un pico aquí y otro allá, para completar el magro sueldo que pagaba el periódico. Y así en cada secretaría, en cada palacio de gobierno, en cada ayuntamiento, pues esa fórmula subsidiaria y perversa de corromper no era la excepción, era la regla.

Pero esas eran migajas, las que recogían los reporteros de a pie. Había otra jerarquía, Usía se acordará, los reporteros consentidos del poder, los reporteros de lujo, que mandaban a las oficinas de prensa hasta las facturas del sastre. Es más, me estoy quedando corto, estoy pecando de discreto, pues por esa vía también tramitaban el patrocinio de sus vacaciones, la adquisición de relojes y de joyas, las colegiaturas de los hijos, la incorporación de sus ayudantes personales a la nómina del gobierno, los chequeos médicos en el Inglés, las cuentas de hospital en Houston, y hasta las deudas de juego en los casinos de Las Vegas.

Las empresas del ramo tenían también su negocio de traspato: los convenios. Se les llamaba convenios de publicidad, pero en realidad no eran tales, eran mega chayos que papá gobierno entregaba a los dueños a cambio de su medida, y si era necesario, de su silencio. Claro que se facturaban como ‘publicidad’, como ‘asesoría en difusión’, como ‘campana de promoción’, pero en el fondo a lo único que obligaban era a magnificar los aplausos y a perpetuar los halagos a la efigie presidencial.

Qué le voy a contar a Usía, que todo eso lo conoció al dedillo. Con tantos amarres, faltaba más, teníamos una prensa no sólo sumisa y obsecuente, sino a las claras mercenaria e impúdica, que con toda transparencia competía para servir de tapete al poderoso. La relación era tan abyecta que más de un reportero fue despedido para apaciguar la rabieta de un jefe de prensa, ofendido porque no encontraba lo bastante zalamera la redacción de una nota. Las ocho columnas de los periódicos le tocaban un día sí y otro también al presidente de la República, perdón, al Señor Presidente de la República, al Conductor de la Patria, al Jefe de la Nación, como entonces solía llamársele, y los diarios dábamos cuenta de sus actividades protocolarias, como los informes de gobierno, con los adjetivos más desmesurados, calificando de hito histórico, mensaje trascendental, jornada gloriosa, gira extraordinaria, encuentro excepcional, lo que la historia ha probado que eran diligencias rutinarias. Eran los tiempos del milagro mexicano, otro concepto lame suelas, y los estudiantes del 68 tenían razón, la prensa estaba vendida.



Eso hay que repetirlo una y otra vez para que nuestros hijos, que no lo vivieron, comprendan lo que es tener hoy día una prensa libre, o más que libre, libérrima, o más que libérrima, de a tiro libertina, prensa brava que a diario le enmienda la plana al Presidente, prensa temeraria que sin mayor temor le endilga motes tan ríspidos como inútil, torpe, fracasado o mandilón, prensa osada que ahora lo tutea, lo interrumpe, lo ridiculiza, lo sobaja y, en el caso de la televisión, lo pone en espera mientras duran las pausas comerciales.

Como yo vengo de la etapa sacramental, lo mismo que Usía, tengo que confesar que ese trato me parece chocante, que tales epítetos se me hacen excesivos, más denigrantes para quien los profiere que para quien los recibe, insultos que sólo se explican por la pobre cuna o la poca escuela de estos profesionales de la diatriba. Como graduado de la vieja escuela, yo todavía pienso que hay que guardar las distancias, que se puede ser duro e incisivo sin ser majadero, que la eficacia de la crítica radica en su oportunidad y no en su estridencia, y que en todo caso, como Usía tiene por costumbre, que cualquier entrevistado merece un mucho de respeto.

Pero, como dicen mis amigos yucatecos, esto es lo que hay, y lo que no hay, no hay. Aunque ande suelta de la lengua, no se puede negar como un avance que la prensa mexicana se haya quitado la mordaza, y los exabruptos de uno que otro lépero no demeritan su actual e inesperada calidad de interlocutor del poder. Lo único que me molesta es que, casi cuarenta años después de Tlatelolco, aún persista el estereotipo de la prensa vendida, y creo que tendríamos que hacer algo drástico al respecto pues, con toda franqueza, yo ya estoy cansado de explicarle a mis hijos que ser periodista no es necesariamente sinónimo de ser bandido.

Por ejemplo, tal vez vaya siendo hora de combatir la vergonzosa práctica de que los reporteros cobren en las oficinas de prensa. Tal vez esa mácula haya sido suprimida en algunos niveles pero, casi cuarenta años después de Tlatelolco, conserva su vigencia y su frescura a lo largo y ancho del país, bajo los gobiernos de cualquier color. Además, Vucencia no lo ignora, las oficinas de prensa se siguen haciendo cargo de las francachelas, de los gastos médicos y de las vacaciones de muchos comunicadores, y una multitud de sobornos cruzan a diario la línea en forma de préstamos, de concesiones, de licencias o de regalos.

Mal asunto, pero hay otro peor...

Casi cuarenta años después de Tlatelolco, los mega chayos llamados convenios conservan toda su frescura y su vigor. Ese dinero gris, subterráneo, vergonzante, hoy ha perdido toda su efectividad, pues si bien obliga a una de las partes a pagar, ya no obliga a la otra a quedarse callada. Luego entonces, se han convertido en un chantaje vil, entregado a cambio de la vaga promesa de cubrir las actividades del funcionario o de moderar el nivel de las críticas, pero ese compromiso se rompe con total facilidad, y no es extraño, Usía lo sabe, que algún medio se agarre de encargo a un político con quien tiene convenio, que lo difame, que lo exhiba, que lo triture, y que no lo suelte hasta que se produzca una revisión, siempre a la



alza, de los montos económicos del acuerdo. Bien mirados, los convenios actuales son el equivalente de un tributo de guerra, donde una prensa despótica, tras ganar la batalla de la legitimidad, exprime sin piedad a la derrotada casta política (que paga, entre paréntesis, porque no tiene nada de inocente).

El problema es que entre las patas de los convenios nos llevamos al lector, o al auditorio, pues esta guerra millonaria distorsiona por completo la manera de jerarquizar la información. Cómo se puede decidir, en justicia, no le publico nada a Quintana Roo porque no tengo convenio, sin afectar la calidad del periódico. O al revés, sí le publico porque me da dinero, aunque la nota no valga nada.

Ese cálculo mercenario se torna muy transparente en las campañas electorales, donde los medios exigen su tajada a cada candidato, con la amenaza de no difundir sus actividades si no hay convenio. Urgidos de conquistar el voto, rehenes de la imagen que perciba el público, no hay forma de que los suspirantes rechacen el trato, pero esa manera de ordeñar la vaca, no me lo negará Usía, habla pestes de nuestra convicción democrática.

Peor asunto, pero hay otro pésimo...

Desde hace veinte, o cuarenta, o sesenta años, qué sé yo, desde antes de que Usía naciera, pero hoy como nunca, la prensa mexicana ha vivido engañando al lector, o al auditorio, a través de ese engendro del demonio conocido como las gacetillas. Vucencia ya me entendió: publicidad pagada, disfrazada de información, que puede aparecer tras la máscara de una columna, un publi-reportaje, una entrevista o una charla en la radio.

Y al llegar a este punto, es probable que tenga que revisar mis dichos, porque en la época de Tlatelolco la cosa era bastante más transparente: el gobierno pagaba, los periódicos cubrían de incienso al presidente, el lector lo sabía, no había engaño. Hoy no hay fronteras precisas: el gobierno paga, y la prensa, a discreción, pega o no pega, aunque eso sí, siempre manda una factura.

Y cuando pega, ¿será que dice la verdad o sólo quiere más convenio?

Y cuando ensalza, ¿será que dice la verdad o es publicidad pagada?

La mayoría de los lectores ignoran que, en este país, casi todos los periódicos venden noticias en su primera plana. No todas las noticias, ni todos los periódicos, claro está, pero ¿cómo saber la diferencia?

Y la mayoría del auditorio ignora que, en este país, muchas entrevistas en radio y en televisión se facturan por minuto. Así es la cosa: los vendedores salen a la calle y en su portafolio llevan la mercancía, entrevista con fulano, a tanto; entrevista con mengano, a tanto; programa completo con zutano, incluyendo control remoto, tanta lana.

Las noticias se han convertido en mercancía.

La prensa vendida, duele decirlo, hoy está más vendida que nunca.

Por supuesto, aun cuando toda exageración tiene un fondo de verdad, hacer tabla rasa al atribuir tal perversión sería injusto y arbitrario. Como Su Gracia no ignora, en los últimos años muchos medios han venido adoptando, e imponien-

do a sus huestes, estrictos códigos de moralidad, que obligan a los reporteros a no aceptar chayos, ya sea que vengan envueltos en un sobre, en un recibo de nómina, en un boleto de avión o en una canasta navideña. Asimismo, un ínfimo número de empresas ha rechazado firmar los pérfidos convenios de publicidad, y han decidido adoptar criterios periodísticos, no mercantiles, a la hora de cubrir las campañas políticas.

A nivel país, sin embargo, esos modelos de rectitud son tan escasos y aislados, y suelen ser tan discretos, que no significan nada en términos de opinión pública, para quienes los periodistas seguimos siendo una gavilla de bandoleros. Además, en defensa de la libertad, desde una óptica que no parece errada, pero sí resulta inoportuna, los mismos medios que han optado por adecentar sus métodos se oponen en forma abierta a que se legisle en la materia, de modo que se vuelvan obligatorias las prácticas a las que ya han arribado por convicción. Por ejemplo, prohibirle al gobierno, por ley, que suscriba los nebulosos convenios, o que someta a algún tipo de concurso o reglamento sus pautas de publicidad, o que se exija algún tipo de preparación académica para ser periodista, o qué sé yo, pero una señal que indique que el afán de enderezarse no es un acto de arrepentimiento solitario, sino que debe convertirse en norma para toda la prensa.

Claro está, Su Claridad, que eso no va a terminar con las rapacerías, pero tenemos que empezar por algún lado, pues resulta del todo inverosímil que demandemos del gobierno claridad y transparencia, cuando buena parte del gremio opera en la sombra, por no decir en la penumbra, con el agravante de que el silencio de los probos termina por funcionar, en la práctica, como una abierta complicidad con los réprobos.

Pero no vaya a pensar que me estoy dando golpes de pecho, o menos aún, baños de pureza. Hemos pasado tanto tiempo en el pantano que nadie nos va a creer, sería cándido afirmarlo, que hay plumajes que no se manchan y que el nuestro es de esos. Cada quien sabe hasta dónde llegó y, en todo caso, creo que en este caso sí tendrá cabida aquel precepto evangélico que reza que de los arrepentidos será el reino de los cielos.

La pregunta, digo yo, es si ha llegado el tiempo de empezar a arrepentirse.

Un país moderno no puede tener una prensa vendida. México está cambiando, o al menos así me parece, en parte gracias a la prensa, que le ha abierto los ojos a millones de ciudadanos, que le ha dado voz a miles de preocupaciones comunitarias, que le ha tumbado el antifaz al sórdido mundo de la política, pero también está cambiando a pesar de la prensa, que se rehúsa a renunciar a sus viejos privilegios, que se empeña en conservar sus vicios, que ejerce su nuevo poder de manera abusiva y desorbitada.

Bueno, eso creo yo.

Y como aún conservo el viejo vicio de preguntar, me encantaría saber que piensa Usía.

Si no es demasiada molestia, si no es encajarse en exceso, le ruego a

Vuecencia que me haga saber sus pareceres, que yo tendré buen cuidado de difundirlos, sin poner un punto, sin cambiar una coma, sin mover un acento, sin alterar una frase, sin corregir un párrafo, ya sea que los incluya en la próxima edición de este mamotreto, si es que la hay, ya sea que los inserte en la edición de los periódicos de plaza, si es que se dignan, ya sea que tenga que pregonarlas a voz de cuello en plaza pública.

Déjelo de mi cuenta, Su Ilustrísima, yo me vuelvo su vocero.

Y además, como estoy arrepentido de mis pecados, puede estar seguro de una cosa: no le voy a mandar la factura.



Desde mi muy particular punto de vista, Su Inmutabilísima Señoría, tengo para mí que no existe una verdad, sino tres.

La primera verdad es lo que pasó, exactamente cómo fue, los hechos exactos y concretos, en una palabra, la realidad.

La segunda verdad es lo que uno cree que pasó, lo que uno piensa que fue, los hechos inexactos y cambiantes, en otra palabra, la percepción.

Y la tercera verdad, que con demasiada frecuencia no tiene nada que ver con las dos anteriores, son las noticias que publican los periódicos.

El problema radica en que la tercera verdad, al mismo tiempo una amalgama de datos sueltos que recoge un reportero presuroso, una mezcla de percepciones de los testigos presenciales, una ensalada de dichos y opiniones de terceros, una historia huérfana de antecedentes y carente de contexto, termina casi siempre por convertirse en la verdad oficial. Otra vez en una palabra, en la historia.

Pongamos un ejemplo trivial, el de un atropellado. Una atropellada mejor, una ancianita. En el lugar de los hechos están los hechos: la ancianita despanzurrada en el suelo, el coche asesino, el adolescente que la planchó. Están también los testigos que lo vieron: un chofer de camión, la señora que iba al súper, el voceador de periódicos. De terceros, porque no estaban presentes, pero ahora son actores principales, la señora mayor que es hija de la ancianita, el policía, el ajustador del seguro, el paramédico. De antecedentes, nada: no sabemos si el muchacho traía prisa, si la ancianita estaba cegatona, si el semáforo sirve. De contexto, algo así como cuántos accidentes se registran por año en esa esquina o cuántas ancianitas son planchadas por adolescentes, ni hablamos.

El reportero llega presuroso, hay que transmitir en vivo, los tiempos de la televisión no son elásticos, pero ¿cómo va armar su nota? El policía dice, parece que venía a exceso de velocidad. El ajustador dice, el muchacho dice que venía a cuarenta. El voceador dice, chirriaron bien fuerte los frenos. La hija de la occisa dice, ni frenó el muy cafre. La señora del súper dice, la señora se bajó de la banqueta. El tendero dice, yo creo que el coche se subió a la banqueta. El chofer dice,

el semáforo estaba en rojo, bueno, o en amarillo, la verdad no estaba viendo. El paramédico dice, murió del golpe en la cabeza, creo. La vecina dice, estuvo respirando un ratito. El muchacho dice, ya hablé con mi papá, estoy esperando al abogado.

Con esos elementos, el reportero arma la nota. Puede optar por la versión light, quizás la verdadera, nadie lo sabe: la ancianita ya no veía bien, se bajó de la banqueta, el muchacho trató de frenar, la muerte fue instantánea. O puede elegir la historia truculenta: el cafre venía a toda máquina, se pasó el alto, se subió a la banqueta, la abuelita tuvo una agonía horrible. Si el reportero no es tonto, va a narrar la segunda: es la única que tiene chance de pasar al aire, la otra nota es tan rosa que no es nota. Y si eso le complica la vida al muchacho, mala tarde, hay fuentes que respaldan la historia.

Y es que en eso se convierte el periodismo, en historia.

Para el caso que nos ocupa, Vucencia, viene perfecto al caso la historia de la ancianita despanzurrada y el reportero presuroso, porque eso fue más o menos lo que pasó cuando el huracán Wilma impactó Cancún: lo atropelló, lo despanzurrió, le sacó las tripas, lo dejó tirado a media calle, tras lo cual, a toda prisa, el reportero lo declaró muerto, occiso total, carente del todo de signos vitales.

Porque, vamos a ver, ¿no fue usted quien el domingo en la noche, a pocas horas del desastre, a la entrada de la zona hotelera, rodeado de espectaculares despojos, le dijo a su auditorio, palabras más, palabras menos, estoy transmitiendo desde la zona cero de Cancún, el Cancún que ya no existe?

Vaya epitafio: zona cero, ya no existe. Para su amplio auditorio, la liga con el atentado a las Torres Gemelas era irremediable. Así le decían al amasijo de fierros retorcidos que provocó el desplome de los rascacielos, zona cero. Y ahí sí era bastante adecuado extender ese certificado de defunción, ya no existe.

Pero en Cancún, ¿había lugar para la analogía?

El S-11 fueron derribados en Nueva York dos edificios emblemáticos, las Torres Gemelas, alguna vez los rascacielos más altos del mundo, en un ataque suicida de varios comandos terroristas, con aviones civiles repletos de pasajeros, provocando la muerte de más de tres mil personas, en un escenario apocalíptico. En Cancún nos planchó un fenómeno natural llamado huracán, no tiró un solo edificio y no mató ni media docena de personas. Ciertamente, había muchos escombros en las calles, el estropicio era espectacular, pero, ¿había lugar para la comparación?

¿No se le pasó un poquito la mano?

En su descargo, tengo que agregar que se le pasó a mucha gente, aunque tal vez debería decir que si un reportero súper experimentado, vamos, el conductor con mayor auditorio a nivel nacional, se puede permitir esas licencias, les está dando muy mal ejemplo a las generaciones que vienen detrás, que encontrarán en la exageración y la ficción, utilizadas para impactar al público, herramientas perfectamente válidas.

Y entre los que vienen detrás, quizás el más aventajado fue Javier Alatorre, quien habiendo vivido todo el huracán y teniendo mejores elementos de juicio

que los llegados a posteriori, fue el más pernicioso de los conductores y se aventó el puntacho de transmitir un programa completo frente a las fogatas, con la escenografía propia de una zona de guerra. El conductor de TV Azteca dejó mal sabor de boca en Cancún, pues demasiadas gentes lo vieron en la calle transmitir sus reportes, mientras fingía que el viento lo movía, cuando Wilma ya casi había acabado de cruzar el Golfo. Y sus fábulas excedidas, como la invasión de los cocodrilos, tampoco le acarrearón muchas simpatías. Para no aburrirlo, me voy a permitir enviarle a la brevedad un álbum de recortes con los más notables desfiguros de la prensa, para que se haga una idea de cómo nos trataron y maltrataron sus émulos. Pero es lo que le digo, Usía, el síndrome López Dóriga: si Joaquín hace esto, yo tengo que hacer más. O al menos tengo que hacer lo mismo, lo cual queda de manifiesto en el uso y abuso retórico de la exclamación ¡vamos!, un sello distintivo del discurso López Dóriga, que se ha vuelto muletilla de cualquiera que agarre un micrófono.

No me quiero detener mucho tiempo en este punto, Vucencia, porque entiendo que debe hallarse cerca del hastío. Las imágenes de un Cancún destrozado le dieron la vuelta al mundo, y así tenía que ser: esa era la nota. Yo hubiera hecho lo mismo: fotos de las playas pedregosas, de las torres partidas, de las colonias inundadas, de los violentos saqueos, de los edificios deshechos, que casi se explicaban solas, no necesitaban ni pies de foto. Con razón, puesto que se ajustaba a la verdad, la prensa transmitió la imagen de ese Cancún herido de muerte, una ciudad borrada del mapa, un destino turístico que jamás se iba a recuperar. Una imagen perfecta, pues llenaba con holgura el requisito de la noticia trasformada en espectáculo, esa distorsión tan cara a la pantalla, porque, ¿qué mejor espectáculo que una ciudad arrasada? ¿Qué mejor show que Cancún en ruinas, sitiado por los vándalos, copado por el miedo, víctima de un cataclismo, y lo mejor de todo, escena de la vida real, en vivo y a todo color, aunque pareciera de película?

Vamos a decir, ya lo dijimos, que se exageró la nota. No sé si se vale, vamos, si la mano no se les pasó más que un poquito. Le pongo un ejemplo: el sábado 22, varios medios difundieron que Cancún se hallaba bajo ocho metros de agua. ¿Ocho metros de agua? ¿Sabe usted lo que es eso? Equivale a una altura de tres pisos y pocas casas en la ciudad tienen esa altura, de modo que los lectores con parientes en Cancún se llevaron el susto de su vida. Claro, hay que reconocer que la especie provino de un meteorólogo alarmista y boquiflojo, fanático de los reflectores, que dice cualquier barbaridad para salir a cuadro. Pero, ¿no tienen los medios cierta obligación de verificar los dichos de sus fuentes? ¿O esa es la receta de los noticieros modernos, fuentes alarmistas que contribuyan al espectáculo, no importa si la información no se ajusta a la realidad?

La cuestión es que el catastrofismo de los medios afectó a muchos cancuenses: hubo exhortaciones al éxodo, hubo amagos de despidos en masa, hubo augurios de quiebra económica, hubo sicosis, la vimos negra, muchos pensaron en tirar la toalla, el temor nos puso nerviosos.

Pero fue un error de juicio, las cosas se enderezaron pronto...

Vamos, una vez que se retiró el reportero con sus prisas, resulta que la ancianita despanzurrada empezó a toser, el paramédico le sostuvo las tripas, entre todos la subieron al coche, el policía les abrió paso, la llevaron al hospital, la operaron, la parcharon, la remendaron, la zurcieron, la pegaron con cola loca, hasta que milagro, empezó a moverse, a hablar, a levantarse, a caminar, sobrevivió, y luego el milagro completo, se fue a su casa, se repuso, se sintió fuerte, volvió a ponerse guapa, se maquilló, salió a la calle, vio que tenía pegue, y ahí anda, conquistando nuevos corazones con su belleza recobrada.

Ahora dígame, si usted fuera el jefe de información, ¿no mandaría de regreso al presuroso reportero a dar cuenta del milagro? Más que la muerte, ¿no le parece mejor noticia la resurrección de Lázaro? Lázaro se murió, como habremos de morir todos, ¿pero no es evidente, axiomático casi diría, que si no resucita no pasa a la historia?

Pues no, el reportero prisiento decidió que la resurrección no era nota, o bien, que iba a quedar en ridículo al mostrar vivito y coleando lo que, en un momento de exaltación, había declarado difunto.

La reconstrucción de Cancún fue una hazaña formidable, Usía. Este libro recoge cientos de testimonios de la epopeya, muchos trágicos y desoladores, pero en su mayor parte creativos y entusiastas, que ahí están a su disposición, si le interesan. Pero dudo que le interesen, por la muy esclarecedora evidencia de que no le interesaron durante todo un año.

Y quiero suponer, una vez puesto a adivinar, que no le interesaron por una razón de peso y por una razón de pesos.

La de peso, porque no había espectáculo. La reconstrucción fue un proceso lento, laborioso, tedioso, con cero posibilidades dramáticas. ¿Qué noticia es mostrar que los hoteles reabrieron y que empezaron a llegar turistas? Si acaso, el momento culminante del proceso fue el inicio de la recuperación de las playas, la imagen poco excitante de una inmensa draga marina vertiendo arena sobre la costa, que en casi todos los informativos mereció una mención de 20 ó 30 segundos, trato poco equitativo si lo comparamos con las dilatadas horas que le dedicaron a mostrar las rocas pelonas.

Y la razón de pesos, bueno, porque no había negocio. Durante todo el año, las cadenas de televisión rehusaron cubrir la recuperación de Cancún desde el punto de vista periodístico, desde una perspectiva informativa, sugiriendo con toda amabilidad que los interesados en rescatar la imagen del destino turístico podían acudir a la ventanilla del departamento de publicidad, donde con todo gusto les entregarían las tarifas de las gacetillas pagadas.

Así pues, habrá que gastar muchos millones para contrarrestar la imagen de un Cancún devastado, inconcebible de momento como opción de vacaciones para millones de viajeros potenciales, que aún conservan en su mente las imágenes de la destrucción. Y qué mejor vehículo que la propia televisión, que de esa

manera se beneficiará al retocar el cuadro apocalíptico que ella misma dibujó.

Negocio redondo. Ahora me explico porqué la prensa sólo se acuerda de los desastres en los aniversarios, cuando regresa al lugar de los hechos con el pretexto de la fecha simbólica, hoy se cumple un año, eso ayuda al guión, y siempre elabora un mensaje predecible, por lo general un recuento de las cicatrices. Y ahora comprendo cuán distorsionada puede ser la percepción del público sobre Nueva Orleans, o sobre las víctimas del tsunami, Banda Aceh y Punket, o incluso sobre Chiapas y Guatemala, tan castigadas por natura, tan olvidadas por los medios a la hora de la resurrección.

Lo trágico de todo esto, Usía, son las consecuencias de ese olvido en un centro turístico como Cancún, como Nueva Orleans, como Punket, que son muy dependientes de su imagen. Si esto fuera zona agrícola, cero problema: los costales con el producto de la cosecha estarían en las bodegas de la central de abastos, se habría restablecido el negocio. Si esto fuera una mina, lo mismo, cuestión de cargar los vagones del ferrocarril y listo. Pero esto es una playa y la gente no viene si piensa que no hay playa, que no hay hoteles, que no hay discos, que no hay seguridad, y si la gente no viene el negocio no se restablece, y puede que los empresarios sufran un poco, porque los ricos siempre sufren poco, pero sufren mucho los trabajadores que se quedan sin empleo.

Ahora dígame, quitando el espectáculo y el negocio, no tendría la prensa la obligación moral de resarcir a una comunidad a la que declaró muerta, informando al menos que resucitó. No le digo que pagar la cuenta completa del hospital, pero qué tal cooperarse un poco con las medicinas. Si la prensa, al informar, no importa si en forma mesurada o atropellada, provoca la ruptura de la cadena productiva y la pérdida de empleos, y si después, al tender el opaco manto de la desinformación, se prolongan o se agravan esos estropicios, ¿no hay ahí un conflicto ético? ¿No merece la ancianita atropellada y despanzurrada el beneficio de una rectificación?

Bueno, Usía, como dicen los clásicos, ahí se lo dejo a su criterio...

Ahora, para aclarar paradas, déjeme concluir esta interminable cháchara con una expresión de simpatía, pues nada más lejos de mi ánimo que señalar a Usía, y no faltará un lector desatento que adivine esa intención, como el causante principal de esa secuela de calamidades, siendo, como lo fue, tan sólo uno de los cientos, tal vez miles de periodistas que reportearon y reportaron la desgracia de Cancún. No es ese el caso, y en todo caso, si lo fuera sería un auténtico atropello. No pretendo acusarlo de nada, ni juzgar a nadie. Si elegí a Usía como destinatario, es porque reconozco su liderazgo en la escena periodística, en donde ha logrado colocarse, a fuerza de buenos decires y buenas hechuras, en primerísimo sitio en las preferencias del respetable. Más aún, me animo a sugerir que se merece tal lugar, pues lo asisten en su labor una cultura aceptable, una memoria prodigiosa, un fino olfato político y una notable agilidad verbal, repertorio que, aunado a su entrega y su tesón, le ha permitido conquistar la siempre inestable cima del nego-

cio de las noticias. Nos guste o no, y es de suponer que habrá opiniones divididas al respecto, hoy por hoy es usted el periodista más visto y escuchado de México.

Luego entonces no me tome a mal, craso atrevimiento de mi parte, que lo haya llamado Pontífice de la Palabra Efímera, pues es título exacto atendiendo a la etimología de la palabra efímero, que significa *lo que dura un día*, aunque ya vimos que los efectos de sus palabras pueden ser prolongados y devastadores. Ni repare en las vaciladas de Sacrosanto Rating y Reino de la Transición, meros recursos retóricos para darle sabor al caldo, aunque sea obvio que el rating rige nuestras vidas y que la prensa pesca muy a gusto en el río revuelto de la transición. Ni se irrite por el trato sacramental de Su Ilustrísima para arriba, pues no tiene más propósito que ilustrar lo irritantes que pueden ser los abusos del micrófono, o en este caso, de la pluma.

Además, si alguna de mis palabras le crea el más mínimo malestar, si lesiona su imagen, si le provoca angustia, si le genera sicosis, si le rompe la cadena productiva, si le afecta el negocio, si pone en riesgo su chamba, si la encuentra agresiva u ofensiva, si le parece un abuso, si lo considera un auténtico atropello, no tiene más que hacérmelo saber, Vucencia, que yo le prometo no caer en el atropello de la desinformación.

Usted nomás dígame, Usía, y yo de inmediato le publico el desmentido.



## ÁLBUM DE RECORTES

(perlas de objetividad periodística)



Cancún yace bajo el agua

*Titular de primera plana*

**La Jornada** / Sábado 22 de octubre, 2005



El huracán, que tardará 30 horas en salir, devastó Cozumel. En la zona hotelera de Cancún, las inundaciones alcanzaron ocho metros de altura.

*Wilma, lenta y destructiva*

**Diario Monitor** / Sábado 22 de octubre, 2005



El huracán Wilma, el más potente de los últimos 20 años, redujo su velocidad y aumentó su ferocidad para engrosarse con las costas del Caribe, donde aún no ha cobrado víctimas, pero sí ha provocado inundaciones hasta de 8 metros en Cancún.

*Lentamente, Wilma devasta Quintana Roo*

**Crónica** / Sábado 22 de octubre, 2005



**Enrique Muñoz:** ¿Qué reporte tiene usted allá de Cancún?

**Alberto Hernández Unzón:** Durante todo el día ha sido algo que nunca habíamos visto en el Servicio Meteorológico... ( )... la inundación ahorita en la zona de Cancún llega hasta el tercer piso de los hoteles.

**Enrique Muñoz:** Me preocupa lo que usted dice, que en Cancún hay hoteles inundados hasta el tercer piso.

**Alberto Hernández Unzón:** Sí, así es, gente desesperada, porque toda la zona hotelera está inundada entre cinco y ocho metros de altura de olas.

**Enrique Muñoz:** ¿Entre cinco y ocho metros?

**Alberto Hernández Unzón:** Sí, eso es lo que la gente dice.

**Monitor de la noche** / Viernes 21 de octubre, 2005



El municipio de Benito Juárez, mejor conocido como Cancún, es hoy una ciudad fantasma.

**JORGE OCTAVIO OCHOA** et al, *Un millón de damnificados por Wilma*  
*El Universal* / Domingo 23 de octubre, 2005



El huracán "Wilma" convirtió a Playa del Carmen en una ciudad fantasma.

**JUAN CARLOS GARCÍA**, *Convierte a Carmen en ciudad fantasma*  
*Reforma* / Domingo 23 de octubre, 2005



En Cancún hay numerosos sectores inundados, además de varios edificios, incluyendo hoteles y un hospital, que corren el riesgo de colapsarse. ( ) En Tulum, el Hotel Riu se encuentra inundado hasta su tercer nivel, mientras que el Hilton Cancún tiene visibles daños que permiten suponer un posible colapso de su estructura

**DANIEL BARQUET**, *Multimillonarias pérdidas deja Wilma*  
*Milenio Diario* / Domingo 23 de octubre, 2005



La situación aquí es verdaderamente dramática. Puerto Morelos prácticamente ha desaparecido.

**EDUARDO CANO**, *reportero de TV Azteca*  
*Hechos de la Noche* / Viernes 21 de octubre, 2005, 22:45 horas

La cobertura de la prensa nacional fue irresponsable, amarillista, indebida, con una falta de solidaridad total. A ellos les interesa que venga un huracán y nos rompa la madre, para tener su nota.

**ÓSCAR CADENA**, *conductor de televisión*



Esta noche estamos transmitiendo en vivo desde esta zona cero, zona de desastres y devastación que es Cancún.



Cancún es un desastre, y es más, es un desastre inimaginable. Ni las crónicas, ni las fotos, ni los videos pueden dar la verdadera dimensión de esta desgracia. Cancún es un desastre inimaginable, porque nadie pensó jamás en la vulnerabilidad de esta costa esmeralda del Caribe Mexicano. Cancún es un desastre inimaginable por la magnitud de los daños aún incalculados, aún incalculables. Cancún es un desastre inimaginable porque apenas lo estamos viendo y cuando tengamos la película completa, del aturdimiento vamos a pasar a la preocupación. Cancún es, pues, un desastre inimaginable, porque ni viéndolo, recorriéndolo, sufriendolo, se puede uno dar cuenta del tamaño de este desastre.



En Cancún permanecen aislados cerca de 40 mil turistas extranjeros. Unos, abandonados en los refugios. Otros, en una escena del Juicio Final, peleando un espacio en el aeropuerto.



Así pues, sin poder salir de la ciudad, sin teléfono, sin radio y televisión, sin gasolina, sin luz, sin comida, ni escuela. Así, sin trabajo, con los hoteles colapsados y las casas inundadas, con las calles anegadas, con la inseguridad que ha estallado, con los saqueos y pillaje, con problemas en el reparto de comida, de agua, de falta de medicinas.



Para darle una idea de lo que es la crisis, habiendo 59 mil cuartos en esta zona, en esta región, en esta costa de Quintana Roo, no hay un solo hotel que esté abierto. Los hoteles están colapsados...



Se dejarán de ingresar mil 500 millones de dólares sólo por concepto de hotel, pero se habrán cancelado, más grave todavía, 70 mil empleos directos, más otros 250 mil indirectos.

**JOAQUÍN LÓPEZ DÓRIGA**

*El Noticiero* / Lunes 24 de octubre, 2005, 22:32 horas



Para todos aquellos que en algún momento de su vida o de sus vacaciones han estado en Cancún, pues debo decirles que no hay nada, quiero decir, quedaron los cascarones de los edificios y ésa es la mejor descripción que puedo hacer, que no hay nada.

**CARLOS LORET DE MOLA**, *Hoy por hoy*

*Grupo Radiópolis* / Lunes 24 de octubre, 2005



Isla Mujeres es más isla que nunca. De pronto da la impresión de que hubo una guerra, media isla está inundada... ( ) ... De los hoteles sólo quedaron techo y paredes, porque todo aquello que tuvo la osadía de ponerse frente al mar perdió la guerra.

**CARLOS LORET DE MOLA**

*El Noticiero* / Martes 25 de octubre, 22.45 horas

Wilma fue peor que el Gilberto, de más intensidad y más lento, y ya es catalogado como el peor de la historia. Por cierto, me he enterado por algunos de ustedes que las noticias, en toda la República, ya daban por perdido a Cancún, que ya no existía y que todo estaba muy jodido. Nada de eso es cierto, no le hagan caso al amarillismo de la tele.

**RAMÓN MAGALLANES**, *empleado de hotel*

Cancún es un lugar que no debería existir, si los partes de los medios informativos hubieran sido verídicos. Aquí se usaron calificativos totalmente desproporcionados

para describir los daños del huracán, tales como ‘territorio colapsado’, ‘región devastada’ o ‘ciudad fantasmagórica’. Tanto Televisa como TV Azteca incurrieron en una clara distorsión informativa. Las imágenes fueron situadas en un set, para rescatar lo más dramático, el sufrimiento en las calles, la ciudad bajo el agua, el paraíso pestilente y negro. Fue una cobertura vergonzosa.

**MARCO LEVARIO**, *director de la revista Etcétera*

El lunes vi a López Dóriga transmitiendo desde la zona cero. Así decía él, la zona cero, por aquello de la zona cero de las torres gemelas de Nueva York, así le decían los gringos. Él hace una gran transmisión, pero dice, el Cancún que hoy ya no existe. Lo que me parece condenable es que no regrese y diga, el Cancún que ya resurgió. La obligación periodística principal, basamental, era regresar a Cancún a reportar el desenlace. Si nos se hubiera recuperado, entonces sí habrían regresado. El golpe de imagen trágico vende. Pero no la reconstrucción, entonces es publicidad, entonces te pasan al departamento de ventas.

**DAVID ROMERO**, *conductor de radio*



Nosotros seguíamos viendo en la mañana saqueos, saqueos descarados de almacenes, de tiendas y de lugares donde no son propiamente asuntos de alimentación, de cines, de lugares de diversión, es un asunto descarado.

**JAVIER ALATORRE**, *Entrevista a Rodolfo Elizondo*  
*Hechos de la Noche* / Martes 25 de octubre, 22:50 horas



¿Qué garantía tenemos los mexicanos de que los recursos del Fonden que se destinen a Quintana Roo no se les dará mal uso, no se perderán por ahí?

**JAVIER ALATORRE**, *Entrevista a Félix González Canto*  
*Hechos de la Noche* / Viernes 4 de noviembre, 22:47 horas

Los medios nacionales estaban como perdidos. Para reportear esto, necesitas haber vivido aquí. Por eso se fueron por el sensacionalismo, porque el único criterio de la tele es el rating. Yo vi a Alatorre transmitir fingiendo que lo movía el viento.

**GLORIA PALMA**, *periodista*

Venía de mi casa, por la Kukulcán. Ya me habían dicho que las televisoras buscaban escenografías para hacer sus transmisiones, lugares que se vieran devastados. A López Dóriga le gustaba Plaza La Fiesta; a TV Azteca, Plaza Forum. Pues voy pasando por ahí, hay un atorón de tráfico, y me doy cuenta que Alatorre está pasando su reporte.

Pero hay algo extraño, se mece como si lo moviera el viento, aunque a esas horas ni viento había, ya habían pasado días del huracán. Estaba falseando la nota, fingiendo que todavía había huracán. No me pude contener, pinche payaso, le grité. Es el chantage típico, vengo a informar, destruyo tu imagen y luego te doy la solución, que consiste en que me pagues una buena cantidad de lana para decir que ya estás bien.

**JESÚS ALMAGUER**, *presidente de la Asociación de Hoteles*

Javier Alatorre se quedó aquí toda la contingencia. En un momento se desmayó, fue a regidores a hacer una entrevista y se desvaneció, se cayó y se cortó en el brazo. Aquí durmió, desde aquí transmitió por teléfono. Lo que Javier hizo después me parece muy grave. Yo estoy por el periodismo responsable, no se puede montar un espectáculo en base a intereses económicos. El periodismo está cercado y el precio que vamos a pagar será muy alto. Es un periodismo para vender, no para informar. No hubo calidad periodística. Como persona, mis respetos, creo que hicimos una buena amistad, pero su trabajo no fue ético.

**ITZIA RUIZ**, *directora de Radio Ayuntamiento*



Esto es como en un estado de guerra

**JOSÉ CÁRDENAS**, *Entrevista a Rodolfo Elizondo*  
**José Cárdenas informa** / Martes 25 de octubre, 2005



Esto es un desastre, ¿verdad?

**EDUARDO RUIZ HEALY**, *Entrevista a John McCarthy*  
**Ruiz Healy y sus 40 comentaristas** / Martes 25 de octubre, 2005



Un millón de damnificados dejó Wilma en Quintana Roo

*Titular de primera plana*  
**El Financiero** / Lunes 24 de octubre, 2005



Un mundo paradisíaco quedó convertido en menos de 48 horas en un escenario aterrador; vacío y ruinas en 20 kilómetros de hoteles, en cuyos pasillos desechos ulula lúgubrementemente el viento. El resto de Cancún, sin embargo, bullía entre la locura y la histeria, bajo las primeras cornadas del hambre.

**HÉCTOR DE MAULEÓN**, *Un paraíso que cae en desgracia*  
**El Universal** / Lunes 24 de octubre, 2005



Sería importante saber, ¿esto realmente es como Nueva Orleans?

**JOSÉ YUSTE**, *Entrevista a John McCarthy*  
*Fórmula Financiera* / Lunes 24 de octubre, 2005



¿No ha desaparecido el destino turístico de Cancún?

**JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ**, *Entrevista a John McCarthy*  
*Imagen informativa* / Miércoles 26 de octubre, 2005



Lo que captan las cámaras de televisión es realmente terrible, y parece que se requerirán años y años para reconstruir Cancún

**SERGIO SARMIENTO**, *Entrevista a Rodolfo Elizondo*  
*La red* / Miércoles 26 de octubre, 2005

Wilma fue escenario del territorio colapsado del periodismo, del huracán del amarillismo.

**MARCO LEVARIO**, *director de la revista Etcétera*

Los medios son negocios: la catástrofe vende; la reconstrucción, no.

**JORGE PLIEGO GUZMÁN**, *camarógrafo de Televisa*

No considero que sea una falta total que se haya magnificado el huracán. Lo que vimos ahí estaba, hicimos el trabajo de informar. Lo único que hicimos fue transmitir la realidad.

**ROMÁN ROSAS**, *corresponsal de Radio UNAM*

Los conductores de la televisión están enfermos de protagonismo.

**ÓSCAR VÁZQUEZ**, *colaborador de Report Américas*



**Nino Canún**: Y que le llamen la atención a este gobernador de Quintana Roo, porque nadie quiere que se entrometa, porque todo lo que ha hecho es un verdadero desastre. ¿Qué ha pasado con él?

**Catalina Noriega**: Mi querido Nino, es inaudito, parecía una joven promesa. Yo me pregunto qué le pasa a esta casta divina de la actualidad.

**Nino Canún**: ¿Para qué lo pusieron como candidato a gobernador si no sirve para nada?

**Catalina Noriega**: Se trepan a un mini ladrillo o a un dado, y se pegan unas mareadas...

**Nino Canún:** Me platicaba uno de los hoteleros, es que es un muchacho baboso. Le dije, es tu gobernador. Y me dijo, no, es un muchacho baboso que ha sido rebasado por todos.

*Y usted que opina* / Jueves 3 de noviembre, 2005



Wilma es el huracán más destructivo que ha tocado tierra en nuestro país, mismo que decidió entrar por las costas de Quintana Roo, estado gobernado por el joven Félix González Canto, al que el meteoro borró del mapa al igual que las playas de Cancún. Ante el caos, el gobierno federal no tuvo más remedio que tomar el control del estado, tanto para la reconstrucción de los daños como para volver a imponer la ley, haciendo a un lado al gobernador y sus autoridades locales, que pasaron a ser figuras decorativas.

**GUSTAVO ARMENTA,** *¿Y dónde está el gobernador?*

*Milenio Diario* / Sábado 29 de octubre, 2005



El gobernador priísta de Quintana Roo, Félix González Canto, está perdido. A lo mejor por esa falta de experiencia en las labores de gobierno. Lo noté frívolo, más preocupado por salir guapetón en las fotos, con las camisas pegaditas, entalladitas, y muy bien perfumado. Pero cuando llega todo el gabinete federal encabezado por el Presidente Fox, el gobernador no tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando.

**CARLOS LORET DE MOLA,** *Hoy por hoy*

*Grupo Radiópolis* / Lunes 24 de octubre, 2005

Yo trataría de regresar al origen y presentar las cosas en forma mucho más sencilla. No creo que un periodista se deba preocupar de que su nota vaya a tirar las acciones en la bolsa, o si va a afectar una empresa, o si va a molestar a alguien. Uno no tiene por qué entrar en las consecuencias. Yo lo veo en términos más sencillos: la nota es la nota.

**GUSTAVO ARMENTA,** *editor turístico de Milenio*



Un millón de personas están incomunicadas aquí en Cancún, porque las estaciones de radio están fuera del aire y sólo emite un canal, TVCun, pero es inútil, como no hay luz desde hace cinco días y no la habrá en muchos más.

**JOAQUÍN LÓPEZ DÓRIGA**

*El Noticiero* / Lunes 24 de octubre, 22.32 horas



Desde Cancún, le sigo transmitiendo aquí, en la zona cero de la destrucción, este huracán que le ha cambiado el rostro a Cancún. Esta noche Cancún, debo decirle, sigue aislada, rota, en penumbras y bajo un toque de queda, que va de las siete de la noche a

las siete de la mañana, y que rige fundamentalmente en la colapsada, fantasmagórica zona hotelera.

**JOAQUÍN LÓPEZ DÓRIGA**

*El Noticiero* / Martes 25 de octubre, 22:34 horas



Más del 40 por ciento de Cancún y Playa del Carmen ya tienen luz.

**JOAQUÍN LÓPEZ DÓRIGA**

*El Noticiero* / Miércoles 26 de octubre, 22:39 horas



La noche es muy oscura en la zona hotelera. No hay energía eléctrica, ni la habrá en mucho tiempo.

**JAVIER ALATORRE**

*Hechos de la Noche* / Lunes 24 de octubre, 22:57 horas



Eso hay que señalarlo, eso es verdad, en algunos lugares de la zona hotelera, pues los restaurantes ya abrieron, batallaron un poco para sacar el agua, para sacar el lodo, para recuperarse un poco, pusieron manteles limpios, pusieron las mesas, sonaron la campana y dicen, aquí estamos abiertos, aquí queremos trabajar.

**JAVIER ALATORRE**

*Hechos de la Noche* / Martes 25 de octubre, 22:57 horas



Isla Mujeres fue impactada fuertemente por el huracán. Sin embargo, su situación ahora es muy diferente, se recupera de manera extraordinaria y rápida, y se declara lista para recibir a los visitantes

**ERNESTINA McDONALD, *corresponsal***

*El Noticiero* / Viernes 26 de octubre, 22:36



La recuperación, la remoción de escombros ha sido tal y el ánimo, insisto, en recibir, en cambiar la situación que se está viviendo, que hubo un hecho que tuvo un significado enorme para los cancenenses: la llegada de turistas.

**JAVIER ALATORRE**

*Hechos de la Noche* / Viernes 26 de octubre, 22:40

Unas semanas después del huracán, la cobertura periodística había prácticamente desaparecido, nunca hubo información acerca del restablecimiento de Cancún. O sea, Cancún desapareció dos veces. La primera, cuando la televisión aseguró que



había desaparecido del mapa tras el paso del huracán Wilma. Y segunda, cuando la televisión lo desapareció de cuadro durante meses y evitó informar que ya se había recuperado.

**MARCO LEVARIO**, *director de la revista Etcétera*

Yo vine a Cancún en diciembre, esperando encontrar una ciudad en ruinas, un Cancún devastado. Lo que encontré fue un lugar con huellas del huracán, pero listo para recibir turistas. Ahí me di cuenta que la catástrofe no ocurrió, que lo que habíamos visto no era real.

**LOURDES PIÑA SORIA**, *conductora de ABC Radio*



¿Tienen ustedes el temor de que se produzca un quiebre económico que derivase en un quiebre social, quiero decir, que haya decenas de miles de despedidos con lo que esto puede conllevar, en fin, que haya síntomas adicionales de descomposición social a los que ya vimos con el saqueo y el pillaje?

**RICARDO ROCHA**, *Entrevista a Rodolfo Elizondo*  
*Detrás de la noticia* / Lunes 31 de octubre, 2005



**José Yuste**: El grave problema ahorita, el grave riesgo que está sufriendo Cancún en estos momentos es convertirse en una ciudad fantasma, que todo mundo huya de ahí, o sea, no voy a tener empleo, y además todo me lo están robando, y hay rapiña, y no hay ley, y no hay seguridad para nadie.

**Marco Antonio Mares**: En el fantasma que ya es prácticamente una realidad.

*Fórmula financiera* / Lunes 24 de octubre, 2005



Pero hay detrás de todo esto gente que se quedará sin trabajo, los 700 mil habitantes de Cancún de qué viven, viven del turismo, qué le va a pasar a toda esa gente, ¿van a perder su empleo o no lo van a perder?

**JOSÉ CÁRDENAS**, *Entrevista a John McCarthy*  
*José Cárdenas informa* / Miércoles 26 de octubre, 2005



Lo que me preocupa es que al devastarse esa calle, la Kukulcán, el bulevar de la zona hotelera, con pegarle a esa calle es ya sobre la línea de flotación, dirían los marineros, se hunde todo, porque ahí trabaja todo mundo.

**CARLOS LORET DE MOLA**, *Entrevista a Rodolfo Elizondo*  
*Primero noticias* / Martes 25 de octubre, 2005



La paralización de uno de los centros turísticos más famosos en el mundo, Cancún, podría lentificar la economía mexicana en 25 por ciento.

*Cancún, paralizado por Wilma*

Despacho de la **BBC de Londres** / Miércoles 26 de octubre, 2005



Este diciembre la zona turística de Cancún no podrá recibir vacacionistas. Los propios hoteleros estiman que podrán reiniciar sus servicios a finales de enero, cuando ya terminó la temporada alta.

**CECILIA HIGUERA**, *Cancún no podrá recibir turistas este diciembre*

*Crónica* / Miércoles 26 de octubre, 2005

Los medios locales tuvimos un enfoque diferente. El primer hotel que abrió fue noticia, el primer crucero fue noticia, el primer avión que trajo turistas fue noticia. Y ni hablar de la recuperación de las playas, le dimos mucha cobertura. Estábamos buscando la nota y creo que también estábamos tratando de levantar el ánimo de la gente.

**ITZEL VÁZQUEZ**, *reportera de Enfoque Radio*

No te voy a hablar como periodista, sino como cankunense. La desinformación tuvo un efecto avasallador entre familiares y amigos, el impacto que tuvieron esas exageraciones fue trágico. Hablabas con tu familia, con gran dificultad, porque no había teléfonos, les explicabas que estabas bien, pero la televisión los bombardeaba con imágenes terroríficas, propias de una ciudad en estado de sitio. Aunque hablaras con ellos no te creían, estaban preocupadísimos. Si así fue con ellos, imagínate lo que representa eso para un turista potencial.

**MARIANA OREA**, *editora de la revista Latitud 21*

Mi suegro, que vive en Villahermosa, entró en crisis. Desde un teléfono público les pudimos llamar, para decirles que estábamos bien, pero al rato ya estaban oyendo en la tele que si los saqueos, que si las bandas, que si los cocodrilos en la ciudad, y no podían comunicarse. Estaba tan alterado que tuvo una crisis y fue a dar al hospital.

**JULIA PATJANE**, *editora de la revista Brújula*



Buena parte de las playas de Cancún, Solidaridad y Playa del Carmen desaparecieron. Sin la arena, está condenado a morir el destino turístico más importante del país.

**MAURICIO FLORES**, *Gente detrás del dinero*

*Milenio Diario* / Martes 25 de octubre, 2005



Yo te pregunto, ¿de qué sirve abrir habitaciones si no hay ni playa?

**JOSÉ CÁRDENAS**, *Entrevista a John McCarthy*  
*José Cárdenas informa* / Martes 25 de octubre, 2005



Cancún sin playa no va a ser Cancún.

**DARÍO CELIS ESTRADA**, *Entrevista a John McCarthy*  
*Negocios en Imagen* / Martes 1 de noviembre, 2005



A ver, las playas. Sin playas no va a ir mucha gente, porque el atractivo de Cancún son las playas. ¿Qué van a hacer con las playas? Yo todavía no he recibido una explicación, vamos, no he escuchado una explicación que nos haga entender cómo van a poner las playas sin que el mar se las vuelva a llevar

**JOAQUÍN LÓPEZ DÓRIGA**, *Entrevista a John McCarthy*  
*Radio Fórmula* / Miércoles 2 de noviembre, 2005



La gente de Cancún dice que no son nada más playa. Pues a mí es lo único que se me antoja de Cancún, honestamente. Qué chiste tiene ir a Cancún si no hay playa.

**DAVID PÁRAMO**, *Entrevista a John McCarthy*  
*Fórmula Financiera* / Viernes 28 de octubre, 2005

La información tiene que ser veraz. Si exageras, provocas un desastre después del desastre.

**AURELIO GARCÍA OLIVEROS**, *periodista de Tele Fórmula*

La destrucción es rápida, entonces, es una noticia impactante. La reconstrucción es lenta, no hay tiempo para estar informando todos los días de los avances.

**GUSTAVO ARMENTA**, *periodista de Milenio*

El mercado genera incentivos perversos para presentar esas imágenes, pero esas imágenes son las que venden. No nos demos golpes de pecho. Cambiar eso no está en manos de los periodistas, ellos están cumpliendo con su chamba. Al mercado no lo vamos a poder modificar, eso lo hemos visto muchas veces en la historia.

**CARLOS VELÁSQUEZ**, *columnista de El Financiero*



En las colonias más pobres de la periferia de Cancún, camionetas con individuos armados

amedrentan a la población al caer la noche, amparados en la oscuridad. Ha habido robos y asaltos.

**FRANCISCO RELEA**, *Después de Wilma, el paro*  
*El País* / Viernes 28 de octubre, 2005



Primero la seguridad. La gente está desesperada y con miedo porque les están robando las cosas, ven que se roban las tiendas, ya comenzaron a entrar a las casas.

**CARLOS LORET DE MOLA**, *Entrevista a Rodolfo Elizondo*  
*Primero noticias* / Martes 25 de octubre, 2005



Lo primero es, ¿ya se eliminaron esas bandas de saqueadores que estaban atacando primero supermercados, y después casas habitación?

**SERGIO SARMIENTO**, *Entrevista a Rodolfo Elizondo*  
*La red* / Miércoles 26 de octubre, 2005



En Quintana Roo, sobre todo en Cancún, se ejerce el pillaje, mediante los delitos de robo, allanamiento de morada, despojo y vandalismo, junto con asaltos callejeros y habitacionales. Centenares de marginados de las regiones ocupadas por desempleados, muchachos sin oficio ni beneficio, se lanzan en las noches, aunque igual en horas diurnas, a quebrar ventanales y romper cortinas metálicas para hurtar. Relatos periodísticos cuentan que son muchedumbres o turbas las que se agolpan y se lanzan al saqueo abierto.

**FROYLÁN LÓPEZ NARVÁEZ**, *Rapiñar y saquear*  
*Reforma* / Miércoles 26 de octubre, 2005



A varios pobladores se les ha venido acusando en las últimas horas de cometer pillaje y rapiña. La versión de nuestros informantes es que estos actos vandálicos los iniciaron gente armada, uniformada, y concretamente, policías y marinos que no pertenecen a la comunidad.

**JAIME CONTRERAS**, *Línea privada*  
*Excélsior* / Martes 25 de octubre, 2005



Durante el paso del Wilma y días posteriores, cuando se desató una ola de asaltos y saqueos, cientos de policías municipales recibieron la orden de cuidar residencias...( )... propiedad de altos funcionarios.

**MARTÍN MORITA**, *Abandonan Cancún por cuidar a políticos*  
*Reforma* / Jueves 27 de octubre, 2005



Cancún no está de pie, como anuncian reiteradamente los gobiernos estatal y municipal... ( ) ... la realidad es que aquí, en los cinturones de miseria, está el Cancún olvidado, el que no tiene servicios, el que no se ve, del que no se habla: éste es el otro Cancún, el de los miserables.

**VÍCTOR BALLINAS**, *Wilma y asaltantes devastaron por partida doble a los pobres*  
*La Jornada* / Miércoles 26 de octubre, 2005



**Maricarmen Cortés**: No solamente son los daños que está generando ahorita, sino el impacto que va a tener en el caso concreto del turismo, porque mucha gente se desanima a viajar a Cancún, porque imagínate, tú estás de turista y te hacinan en un albergue, y estás ahí con 250 personas, que quién sabe a qué huelen todas juntas, ¡a ver cuándo regresas a Cancún!

*Fórmula financiera* / Viernes 21 de octubre, 2005

Para que esto sea negocio se necesita que haya un producto y el producto lo hay, es la noticia. Para que haya negocio se necesita que haya un cliente y el cliente lo hay, es el espectador que está lejos de la noticia y quiere verla. A partir de ahí cada medio agarra su enfoque. Yo creo que es un asunto de conciencia, de responsabilidad personal.

**LAURA RODRÍGUEZ**, *editora del suplemento A Viajar, de El Economista*

A los jóvenes yo les diría, no crean todo lo que ven en la televisión, no crean todo lo que leen en los medios, siempre cuestionen, busquen mas allá, investiguen, lleguen a conclusiones por sí mismos.

**IGNACIO CAMPOS**, *editor del portal Terra*



Primero como que hubo mucha corriente de información muy catastrofista y lentamente ha ido aminorando

**MARCO ANTONIO MARES**, *Entrevista a John McCarthy*  
*Fórmula Financiera* / Viernes 28 de octubre, 2005



Hay quien de pronto tiene evidentes muestras de nerviosismo, pero... ( ) ... de lo que se trata es de mantener el ánimo para hacer la crónica correcta, la crónica adecuada de este castigo brutal que se está registrando en estos momentos sobre Cancún.

**JAVIER ALATORRE**

*Hechos de la Noche* / Viernes 21 de octubre, 22:45 horas

Los reportajes, contrario a las opiniones, deben sujetarse al dogma de la objetividad. En teoría, la objetividad es un concepto magnífico: al considerar todos los hechos en forma imparcial y presentarlos de manera balanceada y justa, se llega a la verdad. Pero la objetividad se fractura cuando los reporteros consignan muchos detalles ciertos, pero manipulan la esencia de la historia. Cuando los datos son correctos, los periódicos ni siquiera intentan corregir sus errores de juicio. Al contrario, tienden a reforzarlos o ignorarlos, hasta que el ruido de las críticas los fuerza a aceptar el yerro. Esto es bueno para los periódicos, pero malo para los lectores. Pero, ¿por qué son los periódicos tan renuentes a reconocer los errores de enfoque? Entre otras cosas, porque ningún periodista ha obtenido un premio por decir que estaba equivocado. Toda la estructura de los medios los alienta a negar el daño que ellos y sus publicaciones causan.

**JABOB WEISBERG**, *editor en jefe*  
*Slate Magazine*

No es la expresión de la vida, sino sólo la faz que hoy tiene la vida. El periódico es actualidad y superficie. La vida íntima, personal y profunda, se haya casi por completo excluida de él; el periódico hace resaltar sólo la vida parcial y aun de ésta pone en primer término lo más periférico, la política, la técnica, la economía.

**JOSÉ ORTEGA Y GASSET**, *filósofo*

## VAYA BIEM, WILMA...

**E**l gurú de los tormentólogos modernos se llama Bill Gray y despacha como director del Proyecto de Meteorología Tropical de la Universidad de Colorado, situada en las Rocky Mountains de los Estados Unidos, a miles de kilómetros de distancia de los mares tropicales. Gray ha escrito una pila de libros sobre el tema y tiene varias teorías de vanguardia, pero se ha hecho célebre porque, desde hace 23 años, publica un pronóstico de la actividad ciclónica en el Océano Atlántico, el mismo que los periódicos dan a conocer cuando se inicia la temporada.

Gray y sus asociados gozan de un gran crédito en la comunidad meteorológica mundial por esa predicción, que elaboran mediante complicadas fórmulas matemáticas, alimentando las computadoras con muchas variables climáticas, que llaman *predictores*, que, al combinarse, permiten especular sobre la levedad o la severidad de la siguiente temporada.

No tiene caso tratar de desmenuzar los dichosos *predictores*, porque realmente son mediciones muy técnicas y muy complicadas, que tienen que ver con la circulación de corrientes profundas en los mares tropicales, los cambios de presión en la superficie oceánica, las variaciones de temperatura del agua en los primeros 200 metros de profundidad, el comportamiento de fenómenos conocidos como la Oscilación Ártica o la Oscilación del Atlántico Norte, y sobre todo, la Oscilación del Sur, mejor conocida como El Niño, a la que la teoría en boga atribuye una importancia de primer orden, resumida en la siguiente hipótesis: si hay El Niño, hay pocos huracanes, y viceversa.

Gray publica sus predicciones en el mes de diciembre, y las ajusta en abril o mayo, antes de que se inicie la temporada de huracanes. Luego las revisa en agosto, septiembre y octubre, pero éstas últimas ya no pueden considerarse pronósticos, puesto que las corrige con los impactos de la temporada en curso.

En cuanto al vaticinio anual, lo primero que sorprende es la credibilidad que tiene, el trato reverencial que le dan los científicos, la insistencia de los medios en difundirlo y la poca energía para cuestionarlo, porque si algo caracteriza al pronóstico de Gray y sus colegas es su falta de puntería.

En pocas palabras, poco le atinan, pero muy poco.

En el año 2001, por ejemplo, previeron cinco huracanes y hubo nueve.

En el 2002, fallaron en sentido contrario: previeron ocho y hubo cuatro.

En el 2003, estimaron ocho días de huracanes intensos, y hubo 17.

En el 2004 se fueron conservadores, dijeron seis días y hubo 22.

Pero el fiasco mayor vino con el pronóstico del 2005, cuando la mezcla de *predictores* arrojó la conclusión de que se registrarían once tormentas con nombre, y al final contamos 27, récord absoluto en la historia del Atlántico.

Eso hizo prender los focos rojos y, en base a la hipótesis de que estamos en medio de un ciclo multi-década de intensa actividad, el documento de Gray para el 2006 se fue al máximo, al predecir que habría un total de 17 tormentas con nombre, con cinco huracanes intensos y una probabilidad del 81 por ciento de que un gran huracán, Categoría 3 o superior, impactara la costa de los Estados Unidos.

Nuevo yerro: a principios de noviembre, con un invierno prematuro en puerta y la sospecha de que la temporada del 2006 ha finalizado, sólo se habían producido nueve tormentas con nombre, y sólo dos de ellas fueron huracanes intensos, Categoría 3, que vagabundearon por el Atlántico a miles de kilómetros de tierra firme. En cuanto a Estados Unidos, sólo recibió las lluvias escasas de dos débiles tormentas tropicales, Albert y Ernest.

Con esa evidencia, no es difícil llegar a la conclusión, compartida por millones, de que las predicciones, en lo que respecta a la intensidad de las temporadas, son tan exactas como las corazonadas de los astrólogos, pues un año fallar por el doble, y al siguiente fallar por la mitad, parece más un juego de adivinanzas que el resultado de una investigación científica.

Como el rigor sí existe, como las mediciones sí son precisas y exactas, como los modelos matemáticos sí son lógicos, no hay más remedio que suponer que algo falta en la ecuación, que uno o varios factores clave no han sido incluidos en el cálculo, o dicho de otra manera, que la tormentología es aún una ciencia rudimentaria, incompleta, insuficiente para hacer pronósticos, como insuficiente era la medicina que recetaba sangrías para aliviar la tuberculosis, como inadecuada era la alquimia que pretendía transmutar el hierro en oro, por más que éstas y aquélla se envuelvan en un lenguaje cifrado, oscuro, excluyente de los no iniciados.

En última instancia, lo que habría que cuestionar con severidad es la alegre difusión de profecías tan inexactas, que de plano se antoja hasta irresponsable, por el costo económico y emocional que provocan. El huracán Ernest, por ejemplo, magnificado por el terrorífico vaticinio de Gray, generó gran alarma entre los residentes de Luisiana y Texas, que el año anterior habían sufrido el embate de Katrina. Y luego, los cálculos del Centro Nacional de Huracanes fueron más erráticos que el propio ciclón: fallaron por miles de kilómetros el punto de impacto, que al final fue la Florida, y previeron que podría intensificarse a Categoría 3, la misma intensidad que Katrina, cuando tenía Categoría 1 y de hecho se estaba debilitando.

La pifia tuvo consecuencias lógicas: miles de vecinos abandonaron sus residencias en las zonas costeras, se previeron evacuaciones masivas, se creó una sicosis en torno a la repetición de la catástrofe. Cuando nada de esto sucedió, hubo una oleada



de críticas contra los pronósticos fallidos, pero la respuesta de la comunidad científica consistió en levantar los hombros y explicar que los pronósticos son pronósticos, y como tales, están sujetos a un margen de error.

Max Mayfield, director del CNH, argumentó: “No es una ciencia exacta.”

Tony Harper, director de emergencia del condado de Miami, explicó: “Todo mundo debe entender que los pronósticos se basan en probabilidades.”

El mismo Gray alegó: “No pienso que fallamos. Era un pronóstico complejo.”

Ese es el problema. Con el nivel actual de conocimientos, es del todo aventurado vaticinar cuántos ciclones habrá el año próximo, tan poco serio y tan poco útil como predecir terremotos o erupciones volcánicas. Atenidos a resultados, lo mismo dan los inescrutables pronósticos de Gray que un simple cálculo aritmético basado en la ley de las probabilidades, que no es ley inmutable, como la gravedad, sino método estadístico que admite grandes márgenes de error y que no es honesto cobijar con un ropaje científico.

La ley de probabilidades está bien para jugar a la ruleta y perder algunos dólares a lo bobo, pero resulta una herramienta inútil para interpretar la interacción del océano con la atmósfera. En 2004, un año bastante activo, cuatro huracanes impactaron la Florida, tres de ellos intensos. En base a la ley de probabilidades, los expertos estimaron que el chance de que otros tres huracanes azotaran la región en el 2005 era de 90000 a 1 Y hete aquí que no la impactaron tres veces, ¡sino cinco!

Pero la comunidad meteorológica es bastante arrogante y se muestra sorda a las críticas. Cuando cuestioné al equivalente nacional de Gray en México, el geofísico Alberto Hernández Unzón, director de la unidad de pronósticos del Meteorológico Nacional, sobre los repetidos fallos en las profecías, hecho un energúmeno me tachó de ignorante, de simple, de inculto, y tras leer un fragmento de este texto, me mandó un correo sugiriéndome que cambiara de oficio, porque escribir no era lo mío.

Y el mismo gurú de la tribu, Bill Gray, al comparar su predicción para el 2005 con la realidad, de plano ignoró las abismales diferencias entre una y otra. Había calculado once tormentas con nombre y hubo 27; seis huracanes y hubo 15; tres huracanes intensos y hubo 7; cincuenta y cinco días con tormenta y hubo 125; y un índice de actividad ciclónica de 115 puntos, que al final llegó a 275. Pero en la primera página de su recuento, Gray incluyó esta sorprendente afirmación: “Estamos muy satisfechos con nuestro pronóstico de la temporada 2005.”



¿Qué pasó en la temporada ciclónica del 2005?

Pasó casi todo lo que podía pasar.

- Pasó que hubo dos tormentas con nombre en junio, un evento sumamente raro.

- Pasó que hubo cinco tormentas con nombre en julio, estableciendo el primer récord de la temporada. Una de ellas fue Dennis, el huracán más intenso de todos los julios, otro récord, que atravesó Cuba de lado a lado, y devastó Cienfuegos y La Habana. Otra fue el huracán Emily, que en un principio los expertos ignoraron, porque “las ondas tropicales de julio *nunca* se convierten en tormentas tropicales en medio del Atlántico, ya que las temperaturas superficiales del agua son bastante frías”. Cuando Emily hizo lo que *nunca* sucede, James Franklin, del CNH de Miami, escribió: “La temporada de 2005 no parece tener ningún respeto por las reglas de la climatología.” Más tarde, Emily penetró el Caribe entre las latitudes 11 y 13, y el pronóstico de Miami fue que se desintegraría. Cuando alcanzó Categoría 5 y se enfiló a la península de Yucatán, Jeff Masters apuntó: “Voy a dejar de predecir lo que va a hacer Emily y me voy a dedicar a mirar.”

- Pasó que agosto fue el mes de Katrina, tal vez el huracán que mayor cobertura periodística ha recibido en la historia, por las miles de muertes que provocó en el país más poderoso del mundo. Katrina también impuso récord como el huracán más costoso de la historia, pues las pólizas de seguro que se pagaron sumaron más de 100 mil millones de dólares.

- Pasó que septiembre fue el mes de los sustos. Durante diez días, el huracán Ofelia caracoleó frente a las costas de Florida y las Carolinas, dejando en ridículo todos los vaticinios de impacto. Jeff Masters escribió: “No le crean a los modelos de computadora o al pronóstico oficial del NHC. ¡Nadie sabe hacia dónde va Ofelia!” En la segunda quincena del mes, un monstruo Categoría 5, Rita, cruzó el Golfo y se perfiló como una seria amenaza para Texas. En plena sicosis post Katrina, los meteorólogos lo calificaron como el huracán con mayor potencial destructivo de la historia, y predijeron una marea de tormenta de 15 a 20 pies, sobre una línea costera de 100 kilómetros, que podría inundar las ciudades de Galveston y Houston. A la postre, Ofelia nunca tocó tierra y Rita pegó como un débil Categoría 3, que en menos de 24 horas se convirtió en tormenta tropical, sin inundar nada.

- Pasó que en octubre le tocó el turno a México y Centroamérica, con las pesadillas llamadas Stan y Wilma. En el ínter, tuvo lugar otra excepción a las reglas. Masters apuntó en su blog: “Okay, esta es una temporada ridícula. Primero que nada, tener a Vince, una tormenta con la letra V a principios de octubre, es increíble. Segundo, Vince se formó en una ubicación absurda, fuera de la costa de Portugal, donde la temperatura del agua era de sólo 24 grados. Ninguna tormenta tropical se había formado tan al este y tan al norte. Tercero, Vince es increíblemente pequeño, y ya es un huracán.” Vince remató su viaje en Huelva, primer huracán en la historia que toca España.

Pasó que en octubre, mientras Wilma arrasaba Cancún, se acabó el abecedario oficial y hubo que empezar a usar las letras del alfabeto griego: Alpha y Beta hicieron su debut en los libros de registro.

- Pasó que en noviembre siguió la mata dando y otro meteoro improbable, Delta, impactó un sitio igual de improbable, las Islas Canarias. El *Tenerife News* repor-

tó: “El emblemático pináculo de roca conocido como El Dedo de Dios, que había apuntado al cielo por miles de años, una maravilla natural y uno de las visitas obligadas en el archipiélago, finalmente fue vencido después de miles de años y se precipitó al mar. La noticia del colapso ha dejado a los isleños en estado de choque.”

- Pasó que en diciembre, cuando la temporada oficial ya había terminado, todavía surgió otro huracán, Epsilon. Steve Gregory apuntó: “Epsilon viaja por aguas de 22 y 23 grados, cuatro menos de los que se necesitan para sostener un huracán. Los vientos altos son poco favorables, más de 20 nudos, y es inusual ver cómo un huracán se intensifica con esa cizalladura, aunque Wilma lo hizo. Pero no se había oído jamás de un huracán que se intensificara con 20 nudos de cizalladura y aguas de 22 grados.” Masters remató: “Como he venido diciendo sobre esta temporada de huracanes, las reglas normales no aplican. Epsilon es otra tormenta que no entendemos.” Y pasó que dos días antes de Año Nuevo se formó, a mil millas de las Azores, otra tormenta tropical, Zeta. Hubo un gran desconcierto en la comunidad de climatólogos por la aparición de este meteoro tardío, que se estuvo debilitando y fortaleciendo por varios días, hasta que estableció otro récord, al desintegrarse el 6 de enero. En las discusiones de Internet, los científicos se reían de sí mismos, conscientes de cuánto les falta saber de los huracanes.

Aparte de las mencionadas, la temporada del 2005 impuso las siguientes marcas:

- La madre de todos los récords, con 27 tormentas con nombre en una temporada. El anterior era 21, de 1933.
- El récord de más huracanes, con 15. El anterior era 12, en 1969.
- El récord de más Categoría 5, con cuatro: Emily, Katrina, Rita y Wilma. El anterior eran dos, en 1960 y 1961.
- El récord de más nombres retirados, con seis: Dennis y Stan, aparte de los cuatro anteriores.
- Y desde luego, la presión más baja registrada en el ojo, de 882 milibares, dudoso honor que le corresponde a Wilma y que, técnicamente, lo convierte en el huracán más potente de la historia.

Esa distinción, de cualquier manera, tiene una salvedad: corresponde al registro de los huracanes atlánticos. En el Pacífico occidental, frente a las costas de Asia, donde tienen mucho océano que recorrer y hartó tiempo para crecer, los huracanes, que allá se llaman tifones, suelen ser más masivos y no es raro que alcancen dimensiones atroces. Tal fue el caso del tifón Tip, en 1979, que tuvo un diámetro de casi dos mil kilómetros y una presión estimada en 870 milibares, antes de impactar, ya debilitado, la costa de Japón. De hecho, el subtítulo de este libro no resiste un juicio riguroso, al calificar a Wilma como el huracán más potente de la historia, pues se han registrado 17 tifones más intensos, y hasta un descarriado ciclón australiano, el Zoe, con lo cual Wilma ocupa a nivel mundial, en poderío, un más que modesto lugar número 19.

En cambio, la que sí se acaparó primeros lugares fue la temporada del 2005. Su

ímpetu fue tan desproporcionado, tan categórico, que hasta el gurú Gray, en ejercicio de una humildad desconocida, le rindió un homenaje oblicuo al escribir en su reporte: “Es imposible entender cómo interactúan todos los procesos climatológicos. Nadie puede entender por completo la total complejidad del sistema atmósfera-océano, y desarrollar un modelo de computadora acertado.”



¿Y qué no pasó en la temporada ciclónica del 2006?

Pues no pasó casi todo lo que debía haber pasado.

- No pasó nada en junio pues, tras un prometedor arranque, con la primera tormenta de la temporada, Alberto, haciendo su aparición el 10 de junio, los trópicos se calmaron y ningún sistema rebasó el rango de depresión tropical.

- No pasó nada en julio, igual de soporífero: una sola tormenta, Beryl, que nació cerca de Bermuda y, en menos de 72 horas, había desaparecido en los gélidos mares del Canadá.

- No pasó nada significativo en agosto: dos tormentas tropicales, Chris y Debby, se disgregaron antes de tocar tierra y el primer huracán del año, Ernest, más allá de la alarma que generó en Texas, apenas alcanzó Categoría 1.

- No pasó gran cosa en septiembre, salvo el hastío: cuatro huracanes se formaron en el centro del Atlántico, pero los cuatro recurvaron miles de kilómetros antes de llegar al Caribe y se extraviaron entre los icebergs del Atlántico norte.

- No pasó nada de nada en octubre: cero tormentas, cero huracanes.

- Y nada indica que pasará algo digno de mención en noviembre, con los frentes fríos llegando ya a las latitudes tropicales. Para efectos ciclónicos, el 2006 terminó el 2 de octubre, dos meses antes de su clausura oficial. En resumen, una temporada de bostezo.

¿Qué fue lo que pasó?

¿O lo qué no pasó?

En rigor, nadie lo entiende con claridad.

A principios de septiembre, Bill Gray declaró que un exceso de polvo seco del Sahara y condiciones similares a las que provoca El Niño, habían inhibido la formación de huracanes. En efecto, a mediados de ese mes se comprobó que las temperaturas del Pacífico ecuatorial habían aumentado medio grado, incremento suficiente para declarar, con carácter oficial, la aparición de un débil El Niño, aunque nunca se había registrado un infante tan tardío, pues el fenómeno suele iniciarse en primavera.

Nadie había previsto la aparición de ese chiquillo. Más aún, tal ausencia se daba como argumento para predecir una temporada de huracanes severa, pero su providencial llegada vino a salvarle la cara a los pitonisos del clima, pues se supone que en años de El Niño se incrementa mucho la cizalladura, y los meteoros sufren para formarse.

Pero natura guarda sus secretos: las lecturas de cizalladura no se incrementaron en los meses siguientes, y de cualquier forma, no se formaron huracanes, terminando con una temporada bastante magra, con un total de tormentas que se ubica incluso por debajo del promedio histórico.

En resumen, la respuesta para explicar la fortaleza del 2005 y la debilidad del 2006 es idéntica y se reduce a dos palabras: quién sabe.



Ahora la pregunta sería, ¿puede repetirse Wilma?

Por ley de probabilidades, no muy pronto, quizás pasen varios años, e incluso décadas, para que otro Categoría 5 impacte el Caribe Mexicano.

Pero en un solo año, el 2005, nos pegaron dos (y a Florida tres).

Ahora, ¿puede repetirse el 2005?

Gray y sus congéneres aseguran que es casi imposible, pero siempre tienen a mano, si llegara a suceder, el formidable pretexto de que la ciencia de los huracanes no es exacta.

Ante la incertidumbre, lo sensato es prepararse a conciencia, asumir que viene, aunque parezca que no viene. Más vale un poco de sicosis, de compras de pánico, de provisiones extra, de gastos inútiles, de exceso de precauciones, que arriesgarse a ser sorprendidos en estado de indefensión.

Eso forma parte de la cultura de huracanes, y sin duda, el norte de Quintana Roo se ha convertido en un templo de la sabiduría en esa materia.

Hay que admitir que, si la mejor escuela es la escuela de la vida, de momento tenemos en Cancún alrededor de 700 mil estudiantes que se acaban de graduar con honores en el curso intensivo de cómo sobrevivir un huracán.



Las catástrofes las provee natura o las perversiones de la política, pero las padecen seres humanos de carne y hueso, que deben preocuparse y ocuparse de una cuestión primaria: la supervivencia. Cualesquiera que sea su índole, desastre natural o conflicto bélico, catástrofe ambiental o motín callejero, al final resulta que las decisiones personales, la manera de enfrentar la crisis, son determinantes en el desenlace.

Ahí adquieren su verdadera dimensión los relatos de los sobrevivientes, hice tal o cual, escogí esto y no aquello, reaccioné así o así. Esos, y no los recuentos estadísticos, son los detalles que construyen la historia. Una lección que hay que tener presente: en caso de cataclismo, de la cordura de tus decisiones puede depender tu suerte, lo cual incluye tu vida, la de los tuyos, tu integridad, tu patrimonio, tu presente, tu futuro.

Claro que tu suerte depende también de la suerte a secas, de la ruleta rusa del destino: hay familias que perecen siguiendo las instrucciones de los fuertes, otras

que se salvan gracias a las dudas contagiosas de los débiles.

Al que le toca, le toca...

Como sea, si no te tocó, la experiencia de sobrevivir, de descubrir y asumir que te salvaste, provoca una vigorosa sacudida emocional, que mucha gente encara como una segunda oportunidad, un volver a nacer, un alumbramiento que ipso facto conduce a una revisión de la lista de prioridades. En las semanas y meses que siguieron a Wilma, un tema recurrente de conversación eran los estilos personales de vida, las gratificaciones siempre pendientes, las inercias, las rutinas frustrantes que se expresaban en propósitos del tipo, me di cuenta de que trabajo demasiado, ya estoy harto de esta relación, necesito más tiempo para mí mismo, tengo que gozarla un poco más, con una conclusión de fondo: la vida es muy frágil.

Ese enfoque proactivo, que podría tener carácter pasajero y terminar por sucumbir a la rutina, contrasta con las percepciones negativas de la vivencia. El caso extremo fue el pánico, no el terror momentáneo sino el pavor persistente, que persuadió a miles a dejar Cancún en forma súbita, abandonando empleos, negocios, e incluso familias. En el siguiente nivel, un terror silencioso invadió a una proporción importante de la población, y los psicólogos, los médicos, los maestros, los sacerdotes y toda la gama de consejeros espirituales pueden dar cuenta, no sólo del aumento de su clientela habitual, sino también del explosivo incremento de los casos de angustia y sus síntomas, insomnio, claustrofobia, irritabilidad, violencia espontánea, desórdenes en la conducta, para no hablar, porque no existen datos confiables, de cuadros clínicos más complejos como la depresión, el alcoholismo y las tendencias suicidas. Y estos malestares no son de ricos: las consultas gratuitas de apoyo psicológico y psiquiátrico en los hospitales públicos han estado abarrotadas todo el año.

El trauma post Wilma sigue presente y vigente en todos los ámbitos de la sociedad. Aunque es un tema soterrado, cubierto por las ganas de olvidar, la verdad es que se encuentra a flor de piel y basta una mención para sacarlo a flote. Eso lo aprendí de viva voz: en las muchas entrevistas que tuve para armar este texto, los protagonistas se desbordaban en recuerdos, se regodeaban en los detalles, se atrevían con las confidencias, se explayaban en las secuelas, en monólogos que rebasaban los límites de una charla periodística y se tornaban una suerte de catarsis personal. De igual forma, si comentaba los pormenores de esas entrevistas frente a otro auditorio, a fulano le pasó esto, en tal parte sucedió aquello, eso daba pie para iniciar interminables intercambios de anécdotas sobre el huracán, que podían prolongarse por horas.

De momento, no creo que sea posible sacarnos a Wilma de la cabeza. Para hacer eso, hay que empezar por el estómago: primero es necesario terminar de digerirla.



Como los terremotos, los tsunamis, las erupciones volcánicas, y en idéntico sentido, como las epidemias y las guerras, los huracanes pueden ser eventos imborrables en la

historia de una comunidad. Parteaguas, suelen decir los cronistas, y les asiste razón. Nueva Orleans, antes y después de Katrina. Nueva York, antes y después de las Torres Gemelas. Ciudad de México, antes y después del terremoto, ni es necesario decir cuál. Y Cancún, por supuesto, antes y después de Wilma.

De hecho, Cancún tenía su parteaguas anterior, el Gilberto, pero la devastación de Wilma fue tan desproporcionada y escandalosa, que la línea divisoria del antes y después se recorrió en el tiempo. Mudanza que sugiere, de paso, que la calidad de parteaguas puede ser pasajera y que sólo subsistirá mientras no se produzca un evento mayor que lo sustituya, o bien, que pueden acumularse varios parteaguas en una historia lineal pues, para poner un ejemplo obvio, para México tan parteaguas fue la conquista española como la Guerra de Independencia, la Guerra de Reforma o la Revolución.

Ahora, mientras conservan su vigencia, los parteaguas son puntos de referencia ineludibles, y pueden llegar a ser un factor de identidad entre los integrantes de una comunidad.

Cronista de una ciudad que apenas tiene tres décadas de vida, llevo años escuchando toda clase de teorías y propuestas sobre la identidad de los pobladores de Cancún. En forma esquemática, quienes se preocupan por este tópico alegan que las comunidades necesitan una visión histórica colectiva, un mosaico compartido de costumbres y tradiciones, y en última instancia, una suerte de orgullo nativo, o al menos adoptivo, una íntima comunión con la patria chica, condición que no es posible hallar en Cancún, donde nueve de cada diez vecinos son inmigrantes o hijos de inmigrantes.

Desde luego, como sucede con cualquier desarraigado en suelo ajeno, los cancenenses se toman muy en serio su condición original de mexicanos, y aun de estrictos provincianos, que se expresa con vigor en la existencia de agrupaciones de chiapanecos, de oaxaqueños, de guerrerenses, de veracruzanos, de regios, de defeños, ya no digamos de yucatecos, y en una afirmación cotidiana de tales raíces, que en las calles de la ciudad es patente y vistosa, y se exhibe sin tapujos en una oferta culinaria miscelánea: carnitas de Michoacán, pozole verde de Guerrero, tortas ahogadas de Guadalajara, ostionerías de Veracruz, tacos y cantinas del Distrito Federal, panuchos y salbutes de Yucatán, pollo estilo Sinaloa, tamales de Oaxaca. En esa ensalada geográfica, son pocos los asideros para sentir identidad local, máxime en una tierra, que me perdonen mis neopaisanos quintanarroenses, que tiene tan desdibujadas sus tradiciones y sus costumbres.

Pero hete aquí que llega Wilma y arrasa parejo. Experiencia personalísima, pero a la vez experiencia colectiva, vivencia compartida, suceso vecinal, cataclismo que le da una nueva dimensión a la cuadra, al barrio, a la ciudad. Tras la hecatombe, resulta que las prisas, los miedos, los rezos, las pérdidas y las anécdotas resultan parecidas, y establecen un vínculo con el vecino distante, el colega esquivo, el conocido extraño. Con ese episodio de terror vuelto lazo común, ya no importa tanto que tú seas de aquí y yo de allá, que nos separe el origen, que nos excluya el círculo, que nos

aparte la jerarquía, porque ahora tenemos un territorio de encuentro, un tema de conversación que nos liga, la cercanía de quienes comparten una catástrofe.

Aunque las diferencias siempre cuentan, ahora cuentan menos. No quiero bordar demasiado sobre este tema, sin duda un terreno pantanoso, pero estoy convencido que los terrores y las resurrecciones de Wilma serán un componente de la futura identidad cancenense. Mucho mayor, desde luego, que la prédica inútil de cientos de discursos políticos y miles de homenajes a los héroes que nos dieron patria.



Con todo y ser una experiencia personalísima, la inmensa mayoría de los cancenenses padecemos Wilma de una manera parecida. Con leves matices, todos compramos provisiones, tapiamos ventanas, sacamos velas y linternas, checamos botiquines, seguimos los reportes de la radio, nos enclaustramos, vimos volar puertas y ventanas, nos inundamos, nos exasperamos, nos desesperamos, y salimos del encierro para encontrar, con azoro, con dolor, que nuestra ciudad estaba en ruinas.

Otro tanto sucedió con la reconstrucción. Más allá de las pérdidas personales, que en algunos casos fueron cuantiosas, y hasta ruinosas, hubo una reacción muy solidaria y muy colectiva, si se vale el término, apostando por una reparación acelerada de los daños. En ese tránsito también hubo muchas coincidencias: la remoción desinteresada de los escombros, el deterioro de las finanzas familiares, la escasez de materiales de construcción, el calvario para encontrar mano de obra, la transformación paulatina del paisaje, de ciudad derruida a centro turístico renovado, y la imperceptible restauración de los ritmos habituales de la vida.

Por supuesto, ver volar con todo y marco el vidrio de la recámara, sentir las ráfagas penetrar los recovecos de la casa, oír una cascada fluir por el tragaluz, percibir flotando los muebles de la sala, es una vivencia única, individual, intransferible. Bueno, única quién sabe: la vivimos en pocas horas miles de cancenenses, y aun cuando cada quien retenga esa experiencia como única, la verdad es que los recuerdos posteriores son tan similares que resultan idénticos. Al armar esta narración de tantas voces, un problema mayor fue seleccionar los testimonios más elocuentes, pero eso implicó eliminar muchos relatos valiosos, por el simple hecho de que, entre sí, se parecían en exceso. Quedo en deuda, sin posibilidad de saldarla, con quienes me regalaron su tiempo y sus memorias, con una generosidad que no merecía ser atropellada en el arbitrario proceso de la edición.

Wilma fue distinta para cada uno, e igual para muchos pero, para un grupo reducido, inconexo, dispar, también fue una vivencia límite, por el hecho de que el oficio, o el destino, los colocó en barrera de primera fila. Es el caso de los médicos y paramédicos que atendieron la emergencia, de los policías y bomberos de guardia, de los soldados y los marinos rescatistas, de los guardias de los hoteles, y de los periodistas sin horario, pero también es el caso de los heridos, de las parturientas, de los



turistas que se quedaron sin refugio, de quienes tuvieron que exponer su integridad de grado o por fuerza. Muchas de estas personas vivieron parte del huracán a la intemperie, del tingo al tango, con riesgo evidente para sus vidas: ya tienen una historia que contarle a sus nietos.

También singular fue la vivencia para quienes anduvieron velando por terceros, sobre todo después de la contingencia, todavía en medio del caos. Faenas como el control de los albergues, la distribución de alimentos, el restablecimiento del orden público tras los saqueos y las fogatas, la localización y evacuación de los turistas, la reinstalación inmediata de los servicios básicos, la apertura del aeropuerto y de las carreteras, fueron hazañas no menores cuyos autores merecen ser reconocidos con nombre y apellido.

Por último, como remate de este recuento, es interesante consignar el papel que desempeñaron quienes tuvieron, esa sí vivencia rara y singular, la responsabilidad de administrar la crisis, de vivir el huracán y sus secuelas como responsabilidad profesional, no como anécdota fortuita. Me refiero a los líderes políticos de aquel momento, en los tres niveles de gobierno, para quienes Wilma no sólo va a formar parte del álbum de las fotos familiares, sino que se convertirá en un capítulo significativo de su currículum.

En el nivel más próximo a los acontecimientos, habría que empezar por el presidente municipal de Cancún, Francisco Alor. Hombre de notable aplomo, muy seguro de sí mismo, jovial y desenvuelto, rápido de palabra y claro de ideas, el alcalde exhibe con orgullo sus atributos políticos, pero no puede ocultar que la suma de tales virtudes se ha traducido en una vanidad desmesurada. A sus espaldas, en los corrillos de la escena política es tópico constante su imperiosa necesidad de figurar, de sentarse en lugar destacado del presidium, de engolosinarse con el micrófono, de salir en el centro de la foto y de todas las fotos, aunque eso implique dar unos cuantos codazos extra. Ese culto a su propia figura tuvo su peor síntoma en el lema de su campaña electoral, luego muletilla oficial de la reconstrucción, *Rescatemos a Cancún con Valor*, con un diseño gráfico que separaba la V del resto de la palabra valor, asociando así la hazaña colectiva al apellido paterno del munícipe.

Tal afán protagónico llevó al alcalde a disfrazarse de comando, todo de negro y con grandes botas, y a participar en persona en rescates peligrosos e inspecciones temerarias en los peores momentos de la tormenta, actitud poco juiciosa, y hasta imprudente, por el riesgo que implicaba. En una emergencia, quienes ostentan el mando deben permanecer ahí, al mando, sin jugar a las gestas heroicas, porque cualquier percance, un accidente que es imposible descartar, dejaría sin cabeza a toda la estructura, en un momento de crisis en que resulta muy complicado remplazarla.

El encanto por los reflectores persistió las siguientes semanas, con un alcalde multiplicado que figuraba en todos los escenarios: la remoción de escombros, el reparto de víveres, los rondines de seguridad, la inspección de los albergues, la restitución de los servicios y un largo etcétera, que desde luego incluye las escaramuzas políticas y las giras presidenciales. Incluso, el edil viajó a México para entrevistarse

con el secretario de Hacienda, Francisco Gil, e informó que había gestionado un decreto para obligar a las aseguradoras a entregar anticipos, disposición que a la postre no cuajó, y luego anunció que estaba negociando la inauguración de un vuelo Moscú-Cancún, a fin de restablecer el flujo turístico.

Pero hay que apuntar que Alor se entregó a la reconstrucción en cuerpo y alma. Dedicó menos tiempo del ideal a coordinar y no puso atención a cuestiones que se antojaban de urgente y obvia resolución, como la modificación de los reglamentos de construcción, con lo cual el Cancún renovado resulta ser tan frágil como el Cancún fracturado, pero más allá de esas pecatas minutas, es innegable que hizo un esfuerzo colosal, de muchas jornadas excesivas durante muchos meses, que su afán por recuperar Cancún fue meritorio y sincero, y que el esfuerzo le reportó numerosas simpatías a nivel popular. Sin su notorio y rotundo liderazgo, la recuperación de Cancún tal vez no habría alcanzado el ritmo frenético que tuvo.

La exuberancia en la actuación del alcalde contrasta con los modos reposados del gobernador, Félix González Canto. Nativo de Cozumel, isla que ostenta el récord nacional en impacto de huracanes, con una sólida formación académica que incluye el paso por una escuela militar en los Estados Unidos y un sólido manejo del inglés, el gobernador es hombre en extremo reservado, de rostro inescrutable, de gesto adusto, aficionado a esconder pensamientos y emociones, reacio a que el público conozca su agenda.

Como el alcalde, es celoso guardián de su imagen, y se muestra en extremo receptivo y atento a los vaivenes de la opinión pública, por lo que mantiene una complicadísima relación con los medios de comunicación, a quienes corteja y consiente en exceso. Pese a tal afán, en público suele mostrarse distante, y hasta distraído, sin ocultar el hastío que le provocan los discursos, por muy sesudos que sean, lo mismo en las ceremonias oficiales que en las juntas de trabajo. De hecho, se ha vuelto nacionalmente célebre su costumbre de mandar en todo momento recaditos por el celular, no importa si se encuentra en un presidium o en una audiencia, tampoco importa si su interlocutor es un ministro de Estado o un subalterno. Aunada a sus prolongados silencios, es tan desconcertante esa manía, lo hace parecer tan despreocupado y tan informal, que suele interpretarse como una falta de capacidad ejecutiva, imagen a la que contribuyen sus escasos 37 años de edad. De hecho, el día D del Wilma, el domingo de la primera gira de Fox, el gobernador se encerró en tal mutismo durante el viaje por carretera desde Chetumal hasta Cancún, que algunos integrantes del gabinete llegaron a la conclusión de que no tenía los tamaños para manejar la crisis.

Hay evidencias sobradas de que no fue así. Félix también se dedicó a Wilma de tiempo completo y, desde el inicio, vio el problema como una oportunidad, muy consciente de que su actuación impondría un sello a todo su sexenio, pues en tal fecha apenas llevaba seis meses en el cargo. La jornada previa recorrió la entidad en helicóptero, bajó en cada pueblo, coordinó las labores de evacuación, se dejó ver y se puso a hacer, proyectando la imagen que corresponde a un líder. Luego, casi no durmió los tres días del huracán, durante los cuales instaló en su despacho el Comité de

Protección Civil y mandó multitud de mensajes por radio que, aun cuando los afectados por el meteoro no podían oír, contribuyeron a galvanizar la opinión del resto del estado. Por último, el gobernador se ocupó en persona de llevar ayuda a cada rincón de la zona afectada y mostró una genuina preocupación por atender a los núcleos más vulnerables.

Su contribución mayor, sin embargo, fue un persistente y eficaz interés en la reactivación de la economía. Apenas ida Wilma, ya estaba gestionando a nivel federal el asunto de la recuperación de playas. Unas semanas después, encabezó un viaje al extranjero para dar seguridades a los mercados que emiten turistas a Cancún y, por meses, se mantuvo en estrecho contacto con el sector hotelero, atento a la apertura de cuartos y el retorno del flujo turístico. Sin duda lo logró pero, irónicamente, donde acaso falló fue en ese terreno que tanto aprecia, el de la opinión pública, donde su actuación se desdibujó por una política inadecuada de comunicación que pusiera en relieve, en forma ordenada y continua, los avances y los logros de la economía. Félix condujo con firmeza y juicio la recuperación, pero la percepción de su liderazgo se redujo al ámbito estatal.

El gran triunfador en ese campo fue el gobierno federal y, de manera destacada, el coordinador de la emergencia, Rodolfo Elizondo, cuya figura se fortaleció hasta en el seno del gabinete tras su actuación en Cancún. Político de viejo cuño, amigo personal de Vicente Fox, el duranguense arribó a la Secretaría de Turismo a mitad del sexenio, sin ninguna credencial que lo acreditara como conocedor en la materia, con el solo aval de la cercanía presidencial. Hombre temperamental, de hablar bronco y golpeado, de trato áspero, con carácter sulfúrico, y hasta colérico, el antiguo vocero de Los Pinos era famoso por las feroces pugnas burocráticas que mantenía con varios miembros del gabinete. Pero tras esa aura rijosa, resultó ser un funcionario metódico y chambeador, que se entregó de lleno a la encomienda y logró desatorar asuntos que llevaban años en la lista de pendientes, como el gabinete turístico.

Como él mismo confiesa, la representación presidencial tras Wilma le cayó por sorpresa y su trato rasposo lo ubicó en situación delicada, pues en pocas horas ya había agarrado bronca con el gobernador y con el alcalde, mal aconsejado por algunos íntimos que no ven más allá de la nariz federal, y cualquier instancia local les parece provinciana y sospechosa. Mas Elizondo tuvo el tino de suponer que sería el perdedor de agravarse el conflicto y, por intuición o por cálculo, recompuso su estrategia, echó mano de todas las palancas que le otorgaba la confianza presidencial, coordinó con eficacia las huestes federales y pudo entregar buenas cuentas, entre ellas la restitución de las playas de Cancún, proyecto que llevaba tres sexenios esperando. Todo lo anterior, aunado a una cuidadosa estrategia de medios, profusa de apariciones y entrevistas, lo proyectó a nivel nacional como un político eficiente, y hasta diluyó su anterior fama de pendenciero.

En resumen, a la hora de la verdad, los tres líderes políticos que enfrentaron la catástrofe de Wilma supieron estar a la altura de la circunstancias. No pudieron desligarse de sus defectos, que suelen ser más pegajosos que las virtudes, pero pusie-

ron a un lado diferencias y ofensas, y mostraron lo mejor de sí mismos. La adversidad los creció, y aunque eso no es garantía para el futuro, aunque su lado oscuro puede terminar por dominarlos, el momento luminoso que tuvieron merece un amplio reconocimiento.

Como dirían los clásicos, prueba superada.



¿Güilma o Vilma?

¿Cómo pronunciar tan infame nombre?

Y cómo escribirlo, ¿Wilma o Vilma?

Aunque parece una cuestión banal, la cosa tiene sus aseguens, porque los ciclones, desde que llegan a tormenta tropical, son bautizados en orden alfabético (con algunos saltos en el abecedario), de modo que la letra W, de Wilma, corresponde al sistema número 21 de la temporada. Si lo escribiéramos con V, lo convertiríamos en el número 20 y provocaríamos una confusión, porque el 20 fue Vince, que se volvió célebre porque, tras formarse frente al África, giró en redondo y fue el primer caso en la historia de los huracanes atlánticos que impactó en España.

De origen, Wilma es diminutivo de Wilhelmina, nombre alemán cuya traducción exacta al español sería *Guillermína* (ya que Wilhelm corresponde a Guillermo). Pero menos le podemos decir así, porque estaríamos usando la séptima letra del abecedario, y usurparíamos el lugar del séptimo ciclón de la temporada, que en el 2005 fue Gert, un bicho inofensivo que se formó en la sonda de Campeche y un día después se disolvió en Tampico, sin pena ni gloria.

Como México es miembro activo de la Organización Meteorológica Mundial, el organismo que bautiza a los ciclones, lo conducente es que escribamos Wilma con doble u, o con uve doble, según dicta la reconquista en curso, más allá de que cada quien lo pronuncie como quiera, porque en español la W no tiene un sonido distintivo, y se puede pronunciar como *U* o como *V*, ya que ambos modos son aceptados por la Real Academia.

La costumbre de bautizar a los huracanes se inició sin orden en la década de los 40s, cuando los chicos del Buró del Clima de los Estados Unidos empezaron a colgarles, medio en broma, los nombres de sus esposas y amigas. Mas alguien se percató de la utilidad del método, pues acontece que dos ciclones deambulen por el Atlántico al mismo tiempo, o que nazcan y mueran con horas de diferencia, o que se acumulen muchos en una temporada, y como de lo que se trata es de alertar al público sobre su cercanía y riesgo, darles un nombre es un buen método para que la gente los identifique.

Con ese criterio, la OMM elaboró seis listas de 21 nombres femeninos, de la A a la W, para ser utilizados en ciclos de seis años, tras los cuales proceden a repetirse. Ese patrón inició en 1950, y es historia conocida las protestas de los grupos feministas, que en 1979 lograron introducir a las listas nombres masculinos, sobre una

base de equidad: la mitad por sexo.

Así balanceado, el patrón sexenal continúa, con una salvedad: cualquier país puede solicitar que un nombre sea retirado de la lista, si el tal meteoro causa en su territorio una devastación extraordinaria, o sea, es como tramitar el uso exclusivo del título, no vaya a ser que un mismo nombre termine por figurar en dos historias nacionales en épocas distintas (en el mismo año sí, porque los huracanes no respetan fronteras). Desde que se estableció ese privilegio, los países miembros han pedido que se retiren 59 nombres de la lista, el último de ellos Wilma, a petición de México.

La OMM también acordó que si se acaban las letras del abecé latino se continúe con las del alfabeto griego, pero esa eventualidad sólo ha sucedido una vez en la historia, precisamente en la temporada del 2005, y no hay un criterio sobre la sacrilega posibilidad de suprimirle letras al venerable abecedario helénico.

Las seis listas de nombres, el ciclo de los años y los huracanes célebres que pasaron a retiro se encuentran en muchas páginas de Internet, pero lo interesante aquí es discutir la pertinencia de llamar a los huracanes con un nombre propio, por el rasgo de humanidad que les confiere.

Creo que cualquiera consideraría ridículo bautizar a los tsunamis o a los terremotos.

¿El tsunami Pancho?

¿El terremoto Lupita?

Y sin embargo, por costumbre se los otorgamos a los ciclones y, mediante ese trato familiar, les damos un equívoco soplo de vida, un abanico de emociones y voluntades, aunque todas sean negativas.

Así, decimos que Wilma se ensañó con nosotros, que no respetó clases sociales (o fronteras), que desató toda su furia, que fue inclemente, que nos castigó por díscolos, que vino a advertirnos, que nos dio una lección y algunas ocurrencias similares, cuando es obvio que la saña, el respeto, la furia, la clemencia, los castigos, las advertencias y las lecciones, son estados de ánimo o actividades que requieren un mínimo de corazón y de cerebro.

Los huracanes han cruzado el Atlántico durante miles de años y han azotado cientos de veces el territorio que hoy llamamos península de Yucatán. Tal vez entonces eran más fuertes y tal vez no, tal vez eran más grandes y tal vez no, duraron más o menos, destruyeron más o menos, pero en ningún caso venían enojados y rencorosos, monstruos con ansias locas de venganza o intenciones paternas de purificación.

Esa imagen monstruosa se las hemos dado nosotros y fue la que aterrizó los cinco años cumplidos de José Andrés, quien por días vio y oyó a sus mayores aplicarse en la defensa de la casa, tapiar las ventanas, atrancar las puertas, correr los cerrojos, juntar provisiones, prepararse para lo que creyó un asalto. Al final, lívido, le confesó a su madre el pavor que sentía de que el intruso derribara barreras y entrara a la casa. Quién, preguntó la mamá. El monstruo, respondió. Cuál monstruo, se rió ella. El Wilma, murmuró.

Por supuesto, el crío se tranquilizó bastante cuando le explicaron que lo único que íbamos a tener era un exceso de viento y de lluvia.



A la manera yucateca, sólo nos resta despedirnos de Wilma.

Vaya bien...

Todavía tenemos su afrentosa visita en la conciencia, pero con el tiempo la vamos a mudar a la memoria.

Después de restar pérdidas, de recobrar ritmos, de recuperar vidas, cada quien guardará en sus recuerdos esta experiencia memorable. Para algunos habrá sido susto, para otros crisis, para muchos desafío. Para todos, experiencia.

Y también hazaña, la hazaña de José Andrés, al derrotar un monstruo que se quería meter por las ventanas.

Para mí, aparte de susto y crisis, fue un reto formidable, una crónica inagotable que parecía no tener fin, un rompecabezas agotador que crecía sin control, un tema excesivo que merece muchas narraciones.

Ésta es una de ellas, incompleta por las prisas, inexacta y contradictoria por la multitud de voces. Y sin embargo, ese es su principal valor, los testimonios personales, las historias íntimas que terminarán por convertirse en leyendas.

Porque en eso se convierten los huracanes, en leyendas.

Después de oír cientos de relatos, yo me quedo con uno, que no es de Wilma, sino de Janet, el huracán que devastó Chetumal en el 55.

Se los voy a contar, forasteros.

Es la historia del soldado decapitado, del cabo Higinio. Era natural de Celaya, de la zona del Bajío, pero los rigores de la vida militar, o el destino, vaya usted a saber, aunque enseguida se verá que esto sí fue cosa del destino, lo llevó a formar filas en la Compañía Fija, así es como se le llamaba al destacamento que estaba acuartelado en Chetumal, y ahí oyó por primera vez en su vida la palabra huracán. Era de buen corazón este muchacho, tan bueno, que se casó con una viudita de apellido Calderón, y le adoptó su hijita, una nena de ojos asustados que se llamaba María de los Ángeles, una carita de querubín que le decían Angelita. Mucho las quería el cabo Higinio, tanto así, que cuando le contaron que venía un huracán, le pidió permiso al sargento Victoria para ir a quedarse con ellas. Ni ánimas, dijo el superior, estás de servicio, pero anda a buscarles refugio y te regresas. Allá fue, allá las dejó en casa de un vecino, allá se quería quedar, allá se le hizo largo el tiempo, allá se retrasó, tanto así, que cuando llegó al cuartel, el sargento Victoria le dijo hasta de lo que iba a morir. Bueno, es un decir, porque nadie sabía que Higinio de verdad iba a morir. Y en todo caso, el sargento también reprendió a otro soldado, el cabo Miguel, y luego los mandó, a Miguel, al parque de Los Caimanes, de guardia, a la intemperie, un abuso, porque ya estaba a toda su fuerza el viento, ya había entrado el huracán, y a Higinio, más abuso, a cuidar la casa del comandante, no sea que alguien se fuera a meter.

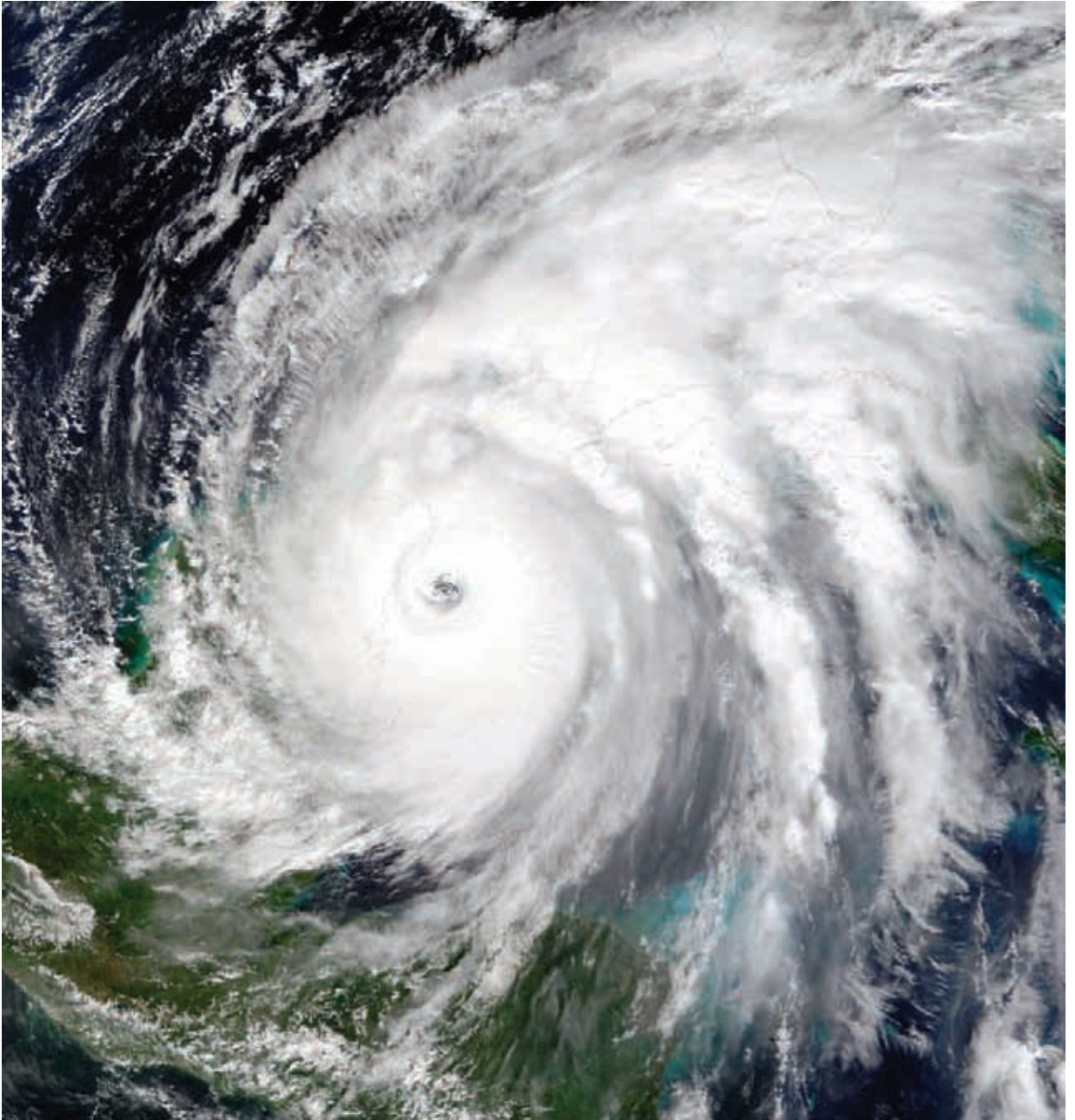
Imagínese, estar cuidando una casa vacía, habiendo dejado solas a la viudita y a su nena. La cosa es que el cabo Higinio se encontró cerca de la casa al soldado José y ahí se le ocurrió la idea, la maldad, pues, de buscar la manera de dejarlo en su puesto, de dejarlo ahí, cuidando la casa, para poder irse a cuidar a sus mujeres. En esas trifulculencias estaba cuando un madero se cae por la fuerza del aire y le parte la pata al soldado José. Muy mala pata, digo yo, porque aparte de romperle la pata al soldado, de partírsela por mitad, le torció sus planes al cabo, que tuvo que arrastrar a José, casi cargarlo, hasta una escuela que estaba cerca. Tampoco iba a dejarlo solo, era compañero de armas, ya sabe usted como es eso, los militares aprenden a ayudarse, hoy por ti, mañana por mí. Bueno, la cosa es que ahí está el cabo Higinio, ahora cuidando al soldado, cuando de pronto malicia, se le ocurre, pues, que ya tiene una explicación para dejar su puesto e irse con sus mujeres, pues si alguien se da cuenta que abandonó el servicio, bien puede explicar que fue en busca de ayuda para su compañero. Claro, nadie iba a ayudarlo con el huracán así, con el viento endemoniado, las ráfagas fortísimas, los proyectiles volando de un lado al otro, los árboles cayéndose, la oscuridad de la noche, pero el cabo Higinio malicia, voy a ver que estén bien, y me regreso. Voy por ayuda, le dijo al soldado, y fuémonos. Bueno, fuémonos es otro decir, porque no había manera ni de irse, pero el cabo Higinio estaba desesperado y echó a correr, ora sí que contra viento y marea, hasta el templo del Sagrado Corazón, ese que está en el Parque de Los Caimanes. Y exactamente ahí, frente al templo, tuvo lugar la tragedia, la muerte inútil del cabo Higinio, porque una lámina de zinc, una lámina voladora, como si fuera una guillotina, le cortó de un tajo limpio la cabeza. Como lo oye, señor, no es cuento. Él venía corriendo y de repente, zas, se quedó sin cabeza. Ahí encontraron su cuerpo al día siguiente, frente al templo del Sagrado Corazón, mucha coincidencia, porque ese muchacho era todo corazón. Lo que no encontraron fue la cabeza. Por más que la buscaron cerca, metida debajo de los escombros, de los árboles caídos, de una barda de la iglesia que se cayó, nada de cabeza. Al final apareció, pero no donde estaba el cuerpo, no ahí donde cayó fulminado, se supone, sino a media cuadra de distancia, en la esquina del parque y de la calle, ahí estaba. Ese misterio lo vino a solucionar muchos años después el otro cabo, Miguel, que fue testigo de los hechos, pero Miguel se guardó el secreto muchos años, pues nunca estaba seguro si la cosa que vio fue cosa de Dios o del demonio. Se lo voy a contar como él lo cuenta, ahora que ya es un anciano, sin quitarle ni ponerle nada, las palabras exactas, lo que él dice que vio, aunque estaba oscuro, porque dice que había una luminosidad, y lo que vio fue que cuando la lámina le cortó la cabeza al cabo Higinio, el muchacho siguió corriendo, desde la catedral hasta la esquina, corrió casi cien metros sin cabeza, y cuando el cabo Miguel se dio cuenta y le gritó, ¡Higinio!, entonces fue cuando cayó. O sea, un milagro. Pienso yo, un milagro de amor, porque el cabo Higinio corría para ir a cuidar a sus mujeres, por eso siguió corriendo. Claro que nadie se enteró de lo que había pasado, porque Miguel se lo calló, y los enfermeros del Ejército dijeron que a lo mejor la cabeza la había arrastrado el agua, algo imposible, porque el mar no entró en esa dirección, en todo caso se la hubiera llevado para

el otro lado. Luego, un escritor dijo que también era imposible, que él había contado los pasos que había dado el cabo Higinio, ya sin cabeza, y que eso era científicamente imposible. Pero yo digo que sí es posible, porque estamos hablando de un milagro. Los milagros son imposibles, por eso se les dice así, milagros. Y además, las cabezas no flotan. O me van a salir con el cuento de la cabeza voladora, para que haga juego con la casa voladora. No, señor, el cabo Higinio siguió corriendo. Cómo no iba a correr, si lo único que deseaba en el mundo era ir a cuidar a sus mujeres.



# CRÓNICA DEL OJO DIGITAL

*(imágenes que dicen más que mil palabras)*











La madre de todos los huracanes, el Janet, devastó la capital del estado la noche del 27 del septiembre de 1955, medio siglo exacto antes de que Wilma impactará Cancún. Como se aprecia en la gráfica, casi todas las casas de la ciudad, construidas de madera, fueron derribadas por los vientos y por la marea de tormenta. En la parte superior, al centro, se observa la estructura del Hotel Bahía, que milagrosamente resistió el impacto de la ola. A la izquierda, en el centro, los famosos corbatos o curbatos, enormes toneles que hacían las veces de cisterna y que muchos lugareños pensaron que se habían reventado cuando se inició la inundación. Chetumal no contaba con energía eléctrica en esa fecha y las labores de rescate fueron penosas. Pese a la devastación, el saldo oficial de víctimas no llegó a cien personas, casi todos menores, y es posible que la real no haya duplicado esa cifra.

PÁGINA ANTERIOR  
Imagen del CNH del  
huracán Wilma al iniciar  
su paso por el corazón  
turístico de México.

ARCHIVO FRANCISCO BAUTISTA PÉREZ



ARCHIVO FRANCISCO BAUTISTA PÉREZ

El primer vuelo de la Compañía Mexicana de Aviación llegó a Chetumal dos días después de la tragedia. En la gráfica se observa, al frente, el sólido edificio de material del Palacio de Gobierno, que era también la residencia del gobernador. Tras la punta del ala del avión, el galerón con techo de dos aguas es el cine Ávila Camacho, donde el diputado amenazaba con matar a sus hijos para que no murieran ahogados. El derrumbe de la ciudad es notorio en el plano posterior, donde contadas edificaciones lograron mantenerse en pie. Al fondo, entre las dos avenidas principales, se observan los edificios del Hospital Morelos, el Hotel Los Cocos y la escuela Belisario Domínguez, construidas en el promontorio del Cerrito, a salvo de la inundación. La sugerencia de construir el centro de la ciudad en la parte alta fue ignorada por los gobiernos posteriores.





El encallamiento del pesquero cubano Portachernera se convirtió en la imagen emblemática del poderío del huracán del siglo, el Gilberto, primer meteoro que impactó Cancún en su historia moderna. El buque, con cientos de toneladas de peso de desplazamiento y las bodegas repletas de pescado congelado, se estrelló contra el edificio del Hotel Las Perlas, vecina del conjunto residencial Pescadores, transportado por una ola gigantesca. El navío permaneció varios meses varado en la playa, sujeto a múltiples maniobras para reflotarlo, pero al final tuvo que ser desguanzado.



ARCHIVO REVISTA PIONEROS



ARCHIVO POR ESTO

La vida sin privacidad en los refugios no parecía tan grave mientras se pensaba que la crisis duraría una noche.

Algunos escudos protectores resultaron muy frágiles para detener a Wilma



EFCANCUN.COM / JAIR DOMÍNGUEZ





EFCANCUN.COM / JAIR DOMÍNGUEZ



EFCANCUN.COM / GERARDO GONZÁLEZ

**Las compras de pánico y los viajes de pánico: el huracán dominó todos los ánimos.**

**PÁGINAS SIGUIENTES**  
**El oleaje de Wilma alcanzó la altura correspondiente a un Categoría 4 en la tarde del 20 de octubre, veinticuatro horas antes del impacto en Cancún. La imagen fue captada en Akumal, en la Riviera Maya.**

HAYR ZUMAYA









Las dramática combinación de las lluvias torrenciales y los vientos huracanados en varios escenarios, durante el prolongado ataque de Wilma: el desalojo forzado de los dos millares de turistas del gimnasio Kuxil Baxa'al, el túnel de viento en la planta baja del Centro de Convenciones, las cataratas cayendo del plafón en las salas de espera del aeropuerto internacional y el rescate de los colonos rezagados en las zonas bajas de la ciudad.



HAYR ZUMAYA. ARCHIVO POR ESTO



ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS



ARCHIVO AEROPUERTO DE CANCÚN



FERNANDO MARTÍ









PÁGINAS ANTERIORES

**El impacto de Wilma aún era violento en el amanecer del domingo, cuando los cancenenses salieron para enterarse qué había quedado de su ciudad.**

EFECANCUN.COM / JAIR DOMÍNGUEZ

**Las inundaciones en una ciudad que teóricamente no se inunda, tanto en la zona hotelera como en el primer cuadro de la ciudad.**



ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS



ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS







HAYR ZUMAYA. ARCHIVO POR ESTO

El golpe demoledor de las aguas huracanadas: las casas de Akumal tras el impacto de las olas montañosas, la palapa del restaurante Lorenzillos en la Nichuipité, y los grandes navíos varados en la playa, el *Bahía del Espíritu Santo* y el *Quintana Roo*.



FERNANDO MARTÍ





FERNANDO MARTÍ



ARCHIVO POR ESTO



FERNANDO MARTÍ



HAYR ZUMAYA. ARCHIVO POR ESTO



FERNANDO MARTÍ



El doliente aspecto de la zona hotelera: el centro comercial La Isla, la tienda de artesanías Plaza La Fiesta, el lobby del JW Hotel Marriott, la fachada posterior del Fiesta Americana Aqua y los cimientos socavados del Gran Caribe Real.

PÁGINAS SIGUIENTES  
El bulevar Kukulkán.



FERNANDO MARTÍ



FERNANDO MARTÍ













FERNANDO MARTÍ

A la ciudad no le fue mejor, pese a su lejanía de la línea costera: la mercería El Triunfo, el centro comercial Plaza Las Avenidas, el efecto dominó en las torres de alta tensión en la Bonampak y el salón de exhibición de la distribuidora Ford.

PÁGINAS SIGUIENTES  
Los muros desnudos de  
Plaza Las Américas.



EFCANCON.COM / JAIR DOMÍNGUEZ





ARCHIVO COMISIÓN FEDERAL DE ELECTRICIDAD



FERNANDO MARTÍ













ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / AEROPUERTOS DEL SURESTE

Aunque la terminal 2 no sufrió daños severos, la operación era imposible en esas condiciones. Cuarenta y ocho horas después de la partida de Wilma empezaron a llegar los vuelos de rescate.

PÁGINA OPUESTA.  
Ni una sola posición de  
ataque sobrevivió el  
embate de las olas: muelle  
de cruceros en Cozumel y  
los palitos que quedaron de  
las marinas Hacienda del  
Mar y Aqua Tours.



ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / AEROPUERTOS DEL SURESTE



HAYR ZUMAYA. ARCHIVO POR ESTO



FERNANDO MARTÍ



FERNANDO MARTÍ





JERUSALEM NICOLAU / ARCHIVO POR ESTO



IMAGEN JENS





JERUSALEM NICOLAU / ARCHIVO POR ESTO



IMAGEN JENS

Como en el diluvio bíblico, las aguas lo cubrieron todo. En las gráficas inferiores se aprecian los cruces casi náuticos en las carreteras a Playa del Carmen, a la altura de Puerto Morelos, y a Mérida, en la zona de Leona Vicario.



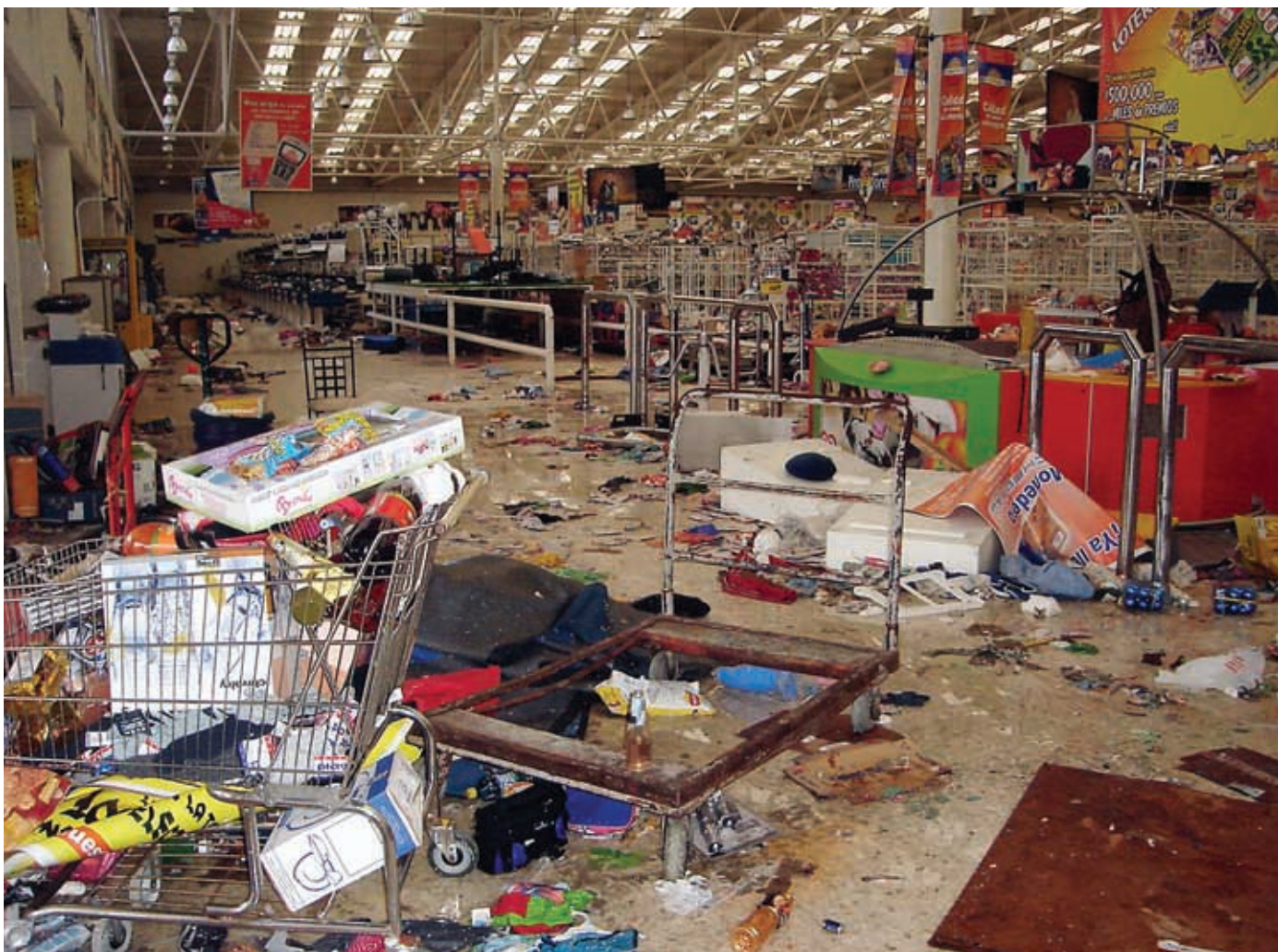


HAYR ZUMAYA. ARCHIVO POR ESTO



ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS





ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS



ARCHIVO POR ESTO

Los saqueos indignaron a la opinión pública y contribuyeron a generar una crisis de inseguridad. Tras los decomisos, las oficinas de la Procuraduría parecían las bodegas de un almacén.





ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS



ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS







EFCAUNCOM.COM / JAIR DOMÍNGUEZ

**Las fogatas del miedo  
en una ciudad presa de  
sus propios rumores.**

**PÁGINA OPUESTA  
Los riñas a pedradas  
con los justos que se  
volvieron pecadores, en  
donde los agentes de  
Tránsito llevaron la  
peor parte.**



ARCHIVO COMUNICACIÓN SOCIAL / DIRECCIÓN DE POLICÍA, TRÁNSITO Y BOMBEROS



EFACANCUN.COM / JAIR DOMÍNGUEZ

Las salas  
abarrota-  
das y  
las pistas  
satura-  
das  
del aeropuerto  
de Mérida.



SECRETARÍA DE TURISMO DE MÉRIDA





HAYR ZUMAYA. ARCHIVO POR ESTO

Entre 35 y 40 mil turistas fueron evacuados en los cinco días posteriores al impacto. A falta de aeropuerto, el camellón de la Avenida Cobá se convirtió en sala de documentación y punto de embarque.



FERNANDO MARTÍ







EFECANCUN.COM / VÍCTOR RUIZ

La fatigosa  
labor de  
empacar las  
despensas y  
la riegosa  
misión de  
entregarlas en  
las calles.



TONY POVEDANO



ARCHIVO POR ESTO



EFCAJUNCOM / ALFREDO MAYA

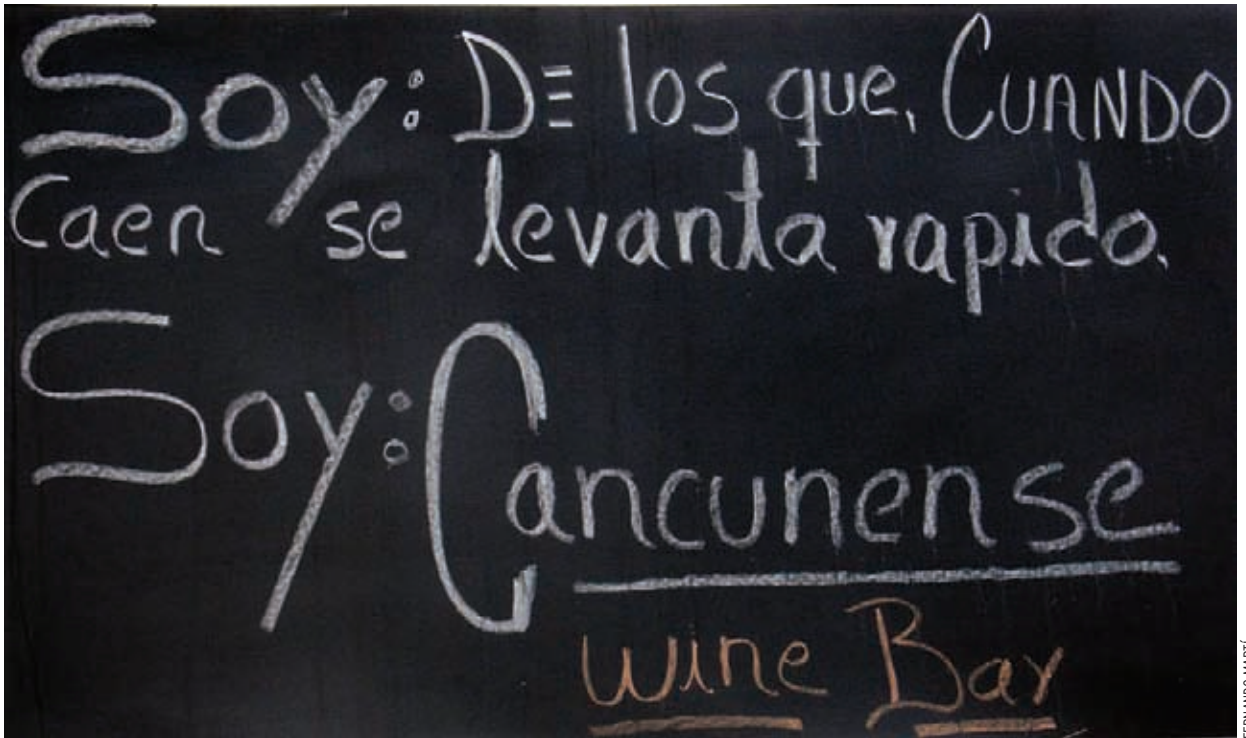
La consternación en los rostros de la cúpula oficial era notoria durante la primera gira del Presidente Fox. Los tres niveles de gobierno se involucraron en la reconstrucción. Cuatro meses después del meteoro, con los turistas como testigos, inició el proyecto de recuperación de playas.



EFCAJUNCOM / GABRIEL GONZÁLEZ







FERNANDO MARTÍ



FERNANDO MARTÍ

El medio de comunicación que usó Cancún para mostrar su ánimo.

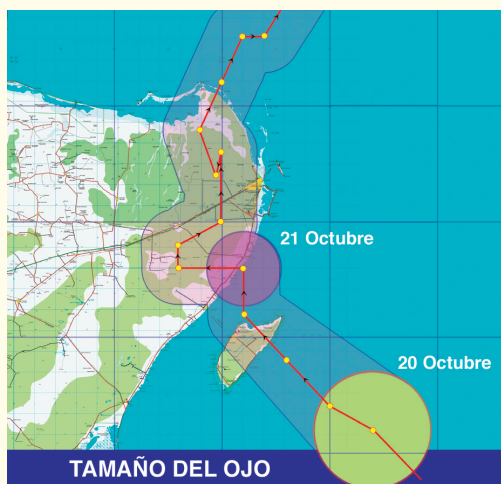


ARCHIVO CARLOS N CHARLIE'S





**Fernando Martí** es originario de la Ciudad de México. Reportero de los diarios *Novedades* y *Unomásuno*, editor de la colección enciclopédica *Almanaque de México*, fundador y director de los periódicos *La Crónica de Cancún* y *Cancún Voz del Caribe*, actualmente dirige la revista *Latitud 21*, de temática empresarial. Ha recibido numerosas distinciones en su carrera, entre ellas el Premio Nacional de Periodismo (1981) y el Premio Internacional EFE Al Reportaje del Año (1978). Con anterioridad publicó *Cancún Fantasía de Banqueros*, *Cancún El Paraíso Inventado* y la recopilación periodística *El espartapájaros*. En 1992 fue designado Cronista de la Ciudad de Cancún.



La noche del jueves 20 de octubre de 2005, las bandas exteriores del huracán Wilma empezaron a azotar Cancún, el destino turístico más exitoso de México. Era

el inicio de una larga pesadilla, que se materializó cuando el meteoro, el más potente en la historia de los ciclones del Caribe, se tornara estacionario y cimbrara las estructuras de la ciudad durante casi tres días. Tras entrevistar más de un centenar de protagonistas de ese moderno apocalipsis, el Cronista de la Ciudad, Fernando Martí, construye una narración colectiva de los sucesos, desde las primeras alertas hasta la gesta de reconstrucción, en donde las múltiples voces superpuestas son el hilo conductor del terrorífico episodio.

≡ A T L A S D E ≡  
 QUINTANA ROO

